

NOE CASADO

**INÚTIL ILUSIÓN
TRAICIONERA**



Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Dedicatoria
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20

Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54

Capítulo 55

Capítulo 56

Capítulo 57

Capítulo 58

Capítulo 59

Capítulo 60

Capítulo 61

Capítulo 62

Capítulo 63

Capítulo 64

Capítulo 65

Capítulo 66

Capítulo 67

Capítulo 68

Capítulo 69

Capítulo 70

Capítulo 71

Referencias a las canciones

Biografía

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre
una
nueva forma de disfrutar de la lectura

**¡Regístrate y accede a contenidos
exclusivos!**

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

Sinopsis

Después de tres años de dura investigación, el juez Fabio Castel asiste al entierro de Ezequiel Zahner, un escurridizo mafioso al que estaba a punto de incriminar. Durante el sepelio aparece una misteriosa y atractiva mujer con zapatos rojos que se despide del difunto.

Berenguela Zahner se alejó de su familia para no verse mezclada en los negocios ilegales de su padre. Convertida en su única heredera, la joven tratará a toda costa de desmontar el imperio ilegal de la familia, pero ¿cómo hacerlo y salir indemne de la investigación del juez Castel?

Fabio la vigila de cerca, pero esas piernas y esos zapatos rojos no dejan de atormentar sus fantasías más eróticas, hasta el punto de que el juez acabará poniendo en peligro su profesionalidad y Berenguela, su defensa.

Intriga, escenas eróticas, persecuciones trepidantes y acciones inesperadas conforman el entorno de una novela erótica de alto voltaje que enfrentará los valores por los que cada uno ha luchado hasta que al fin se declaran enamorados.

*Inútil ilusión
traicionera*

Noe Casado

Esencia/Planeta

*A todos aquellos que nunca escogen el camino fácil
y no se conforman con lo evidente*

Capítulo 1

Fabio

Los entierros, como cualquier otro acontecimiento social, permiten ver a los asistentes y relacionarse con ellos. Observándolos con atención, uno puede llegar a establecer diferentes parámetros, que, como en mi caso, resultan muy útiles a la hora de elaborar ciertas teorías que ayudan a la investigación.

Llevábamos más de tres años persiguiendo a ese cabrón escurridizo. Horas de vigilancia, miles de informes, pruebas periciales, libros contables analizados al detalle y unas cuantas declaraciones de testigos que afirmaban haber visto todo tipo de irregularidades en los turbios negocios que supuestamente realizaba Ezequiel Zahner.

Y ahora el muy hijo de puta se moría de un infarto.

Yo había decidido acudir al sepelio pese a los consejos de mi ayudante, que insistía en que, si alguien cercano al difunto me reconocía, podía meterme en problemas ya que un juez instructor no debería relacionarse con el entorno del sospechoso, pero aun así había terminado acercándome para ver qué ocurría.

Me había preocupado de vestirme acorde con el tipo de personas que acudirían. Traje negro, abrigo oscuro y, por supuesto, gafas de sol tras las cuales observaba cada detalle. Lástima que no pudiera sacar el móvil y hacer unas cuantas fotografías y así luego analizarlas con todo el equipo.

Hacía frío y todos los presentes se arrebujaban en sus prendas de abrigo. A pesar de lucir el sol, las tardes de enero seguían siendo frías. Escuché, a medias, el consabido sermón del cura sobre la vida eterna y demás ventajas que aquel

hijo de siete putas iba a disfrutar ahora que por fin se reunía con Dios Nuestro Señor.

—Joder... —murmuré entre dientes, al notar que el móvil me vibraba en el bolsillo.

Responder era de mala educación; sin embargo, no podía eludir la llamada, pues se trataba del teléfono del trabajo. Siempre procuraba estar conectado por si surgía alguna emergencia.

Aunque, la verdad, vaya momento. De lo más inoportuno.

Aproveché la distribución del cementerio y me alejé unos pasos, quedándome tras una de las monstruosas construcciones funerarias, de tal modo que podía seguir observando y responder.

—¿Diga? —dije en voz baja, impaciente por continuar mi labor.

—Fabio, ¿sigues jugando a los detectives privados?

Puse los ojos en blanco al oír la voz burlona de Estela, la secretaria. Y además mi exnovia. Si no me fallaban las cuentas, llevábamos más tiempo separados del que estuvimos juntos y, pese a las complicaciones iniciales, habíamos logrado establecer una buena relación laboral. Claro que también influía, y mucho, que de vez en cuando siguiéramos acostándonos. A ambos nos venía bien semejante acuerdo y evitábamos complicaciones. Como suele decirse, más vale malo conocido...

—¿Es importante? —mascullé, mirando a mi alrededor para no llamar la atención.

—Depende —canturreó ella para sacarme de mis casillas.

—Ve al grano —exigí.

—Acaba de llegar a tu despacho el inspector de Hacienda al que habías citado.

—Mierda... Entretenlo, haz lo que sea. Intentaré estar ahí antes de una hora —prometí, confiando en que el tráfico me lo permitiera.

Colgué la llamada y me dispuse a volver al lugar desde donde seguir observando todo el desarrollo del funeral de Ezequiel Zahner, pues muchos de los allí congregados eran peces gordos. Aparte de las autoridades locales, también habían acudido otros empresarios. Por supuesto, mi objetivo era comprobar cómo reaccionaban éstos ahora que el muerto dejaba libre el puesto de cacique local.

Caminé con cuidado y, al hacerlo, me di cuenta de que no era el único que miraba desde la distancia. Justo enfrente de mí se encontraba una mujer, con una gabardina oscura y tacones ridículamente altos, que desentonaban en un ambiente tan formal como aquél; se escondía tras sus gafas de sol y llevaba el pelo recogido en un moño clásico, que contrastaba con el rojo intenso de sus labios, los cuales, por cierto, combinaban a la perfección con el color de sus zapatos. Daba la sensación de ser una abogada, una ejecutiva o algo similar. No tenía la certeza de adónde dirigía la vista, pero por el rictus de sus labios me dio la impresión de que estaba allí más por un compromiso que por otra cosa.

Yo tenía más o menos controlados a todos los asistentes, pues en los informes que manejaba sobre las actividades, legales e ilegales, de Zahner figuraban todos sus contactos y, como todos los de la vieja escuela, jamás tenía tratos profesionales con mujeres. Así pues, la presencia de aquella desconocida me intrigó. De nuevo sentí la tentación de hacer una fotografía; de ese modo, al llegar al despacho podría mandar investigarla y saberlo todo de ella.

El sacerdote terminó de recitar las frases de siempre y la desconocida se acercó hasta poder situarse en la primera fila. Lo que me dejó atónito fue que los demás le hicieron sitio sin rechistar y además mostraban un absoluto respeto por ella. Vi cómo la arropaban. Que yo supiera, aquel cabrón era viudo y dudaba que alguno de sus fieles servidores dejara acercarse por allí a una querida. Además, la mujer parecía joven, treinta y tantos, elegante, nada que ver con las fulanas con las que se dejaba ver Zahner en público.

Me quedé inmóvil cuando ella se agachó, cogió un puñado de tierra y, en vez de dejarlo caer sobre la tumba, como suele hacerse, es decir, con suavidad, para que la mano se vacíe poco a poco, lo tiró con cierta saña. Incluso pude notar que respiraba aliviada cuando los operarios del cementerio comenzaron a echar tierra con las palas, dando, por tanto, concluido el sepelio.

Yo tenía un compromiso ineludible y debía salir de allí pitando si quería llegar a tiempo a la cita con el inspector de Hacienda. Pero... ¿quién se entusiasma con una cita así? Nadie, desde luego, y menos yo, pues continuaba intrigado por saber quién era la mujer. Era la única en primera fila. Las demás asistentes, esposas de aquellos hombres, se habían mantenido en segundo plano durante toda la ceremonia. Muy extraño...

Quise acercarme y ver si con un poco de suerte alguien hacía algún que otro

comentario; sin embargo, no me fue posible, pues la mujer se alejó con rapidez, dejando a más de uno con la palabra en la boca. No dio pie a saludos ni a pésames, sino que se marchó del mismo modo que había llegado y todo con el máximo respeto de los congregados.

Ese detalle merecía al menos un poco de atención.

Caminé tras ella, manteniendo una distancia prudencial, en dirección a la salida. La mujer no miró ni una sola vez por encima del hombro. Andar tras ella me permitió, pese a estar en el lugar menos indicado, apreciar su figura, sus curvas y calcular así, a ojo, que mediría cerca de uno setenta y pesaría no más de sesenta y cinco kilos. Cuando llegamos a la entrada principal del cementerio, se detuvo un instante y me puse nervioso, pues quizá se había percatado de mi seguimiento. Miró a su alrededor y yo fingí comprobar el móvil mientras seguía caminando.

Pasé a su lado y atravesé primero las enormes puertas de hierro forjado. No me detuve hasta llegar al coche. Lo abrí y, sentado en el asiento del conductor, continué fingiendo que trasteaba con el móvil para así poder observarla. Desde donde estaba pude incluso hacer alguna foto, aunque de mala calidad. Tendría que servir. Ella se dirigió hasta un reluciente Opel Insignia negro y se sentó al volante. Fotografíé la matrícula y esperé a que se marchara antes de hacerlo yo también.

Arranqué el coche y enseguida oí *Du hast*, de los Rammstein, la canción que me había acompañado en el trayecto de ida. Maniobré con cierta impaciencia hasta incorporarme a la carretera. Conduje hacia mi despacho en los juzgados y, tras dejar el coche en la plaza reservada de parking, subí con rapidez, esperando que Estela hubiera sabido entretener al inspector de Hacienda. Confiaba en ella, era una mujer inteligente como pocas, decidida y con recursos de sobra. Por supuesto, su atractivo físico era innegable. Mientras estuvimos juntos creía conocerla bien, sin embargo, no sé por qué todo se fue a la mierda. Bueno, sí sé por qué: me follé a su mejor amiga y ésta, lejos de mantener el pico cerrado, se fue pavoneando, así que Estela se puso hecha una fiera y rompió conmigo.

Sé que no debería haberlo hecho, pero también sé que nuestra relación estaba pasando por un bache. Ella se mostraba apática, distante, y yo, poco proclive a profundizar en la mente femenina más allá de lo imprescindible, un día estando de fiesta con mi mejor amigo, el canalla de Armando, me dejé llevar. Pasó lo

típico: alcohol a raudales, minifalda borrosa y polvo rápido en el cuarto de baño de un pub. Lo que para mí fue algo insignificante, olvidable incluso, para ella por lo visto no, ni para la que era mi novia, que me llamó de todo menos *guapo*.

—Ya era hora —refunfuñó Estela, nada más verme aparecer delante de su mesa de trabajo.

Bien es cierto que siempre tenía un aspecto imponente, pero ese día se había superado. Llevaba un vestido de punto azul que, a pesar de no mostrar ni un centímetro de piel, marcaba todas y cada una de sus curvas. Las mismas que yo había recorrido mil veces con mis manos y que, si tenía suerte, podría llegar a tocar el próximo fin de semana.

A pesar de todo lo sucedido entre nosotros, seguía deseándola, quizá porque era de las pocas mujeres que se esforzaban por complacer a un hombre en la cama y porque, qué carajo, con los años me había vuelto un poco cómodo y las más de las veces no me apetecía estudiar un nuevo manual de instrucciones para comprender al ligue de turno.

—¿Sigue ahí? —pregunté, obviando su comentario y señalando la salita de reuniones anexa a mi despacho.

—Pues sí. Por lo visto está deseando explicarte no sé cuántas cosas —me respondió, consciente de que antes de formular la pregunta la había repasado de arriba abajo.

Me lo dijo con un tono tan sugerente que terminé sonriendo de medio lado y ella, tan perspicaz como siempre, me dedicó una de sus miradas patentadas que, de no tener una cita esperándome, habríamos acabado encerrados en el despacho, y no para ocuparnos del papeleo.

—Eso espero. Necesito esos informes —murmuré, aparcando los pensamientos sexuales que Estela me provocaba.

—Me debes una, recuérdalo —dijo, cuando yo estaba a punto de abrir la puerta. Arqueé una ceja a la espera de la explicación—. Bueno, para convencerlo de que te esperase, he accedido a cenar con él este sábado —comentó toda ufana.

Negué con la cabeza. A la mierda los planes para el fin de semana. Tendría que tirar de agenda.

—Está bien, te debo una —convine, dando a entender que se la devolvería muy pronto.

En la salita de reuniones, una estancia de lo más incómoda, por cierto, donde

las sillas debían de tener más años que la orilla del río, pues del tapizado original no quedaba ya dibujo alguno, la mesa cojeaba por tres sitios y en verano te morías de calor, me esperaba el técnico de Hacienda con cara de impaciencia.

Me abstuve de recordarle que gracias a mi falta de puntualidad había logrado una cita con una espectacular rubia a la que probablemente no hubiera imaginado ni poder darle los buenos días. Me senté en el lugar que me correspondía y me olvidé de rubias, morenas y pelirrojas (nunca he tenido preferencia por ningún tipo de mujer en particular), y me concentré en los informes que el señor Abad me presentó.

Escuché atento las explicaciones sobre los movimientos de cuentas de Ezequiel Zahner en los dos últimos años. Como ya sospechaba, el pájaro tenía un entramado de sociedades para mover capitales y jugar al despiste. Leí también el último balance de una de sus empresas en apariencia más legal, una constructora que llevaba tres años consecutivos sin apenas actividad visible y con beneficios más que respetables.

La conclusión a la que llegamos el señor Abad y yo es que el difunto blanqueaba dinero a través de su empresa legal. Algo que ya sospechaba la policía judicial cuando me presentó el caso para que yo llevara las diligencias. Necesitábamos demostrar de dónde obtenía los ingresos que le permitían manejar aquellas cantidades que reflejaban sus cuentas.

Los compañeros de la policía, con Armando a la cabeza, sospechaban que poseía un local de dudosa reputación, es decir, lo que venía siendo un club de carretera de toda la vida, camuflado como hotel, y en el que el señor Zahner no figuraba por ningún sitio. De ahí la dificultad de hallar el puente por el que el dinero pasaba de un negocio a otro, porque sin aquella conexión no teníamos un caso sólido y, encima, la posibilidad de llamarlo a declarar a él se había ido a la mierda.

Tras ponerme al corriente y decidir que nos reuniríamos otra vez en cuanto analizasen nuevos datos, me despedí del inspector de Hacienda. Regresé al despacho y entonces me acordé de que tenía un asunto pendiente: la misteriosa mujer del cementerio.

Busqué el iPhone y localicé las fotos. Tal como ya intuía, al haberlas hecho desde tan lejos y con el parabrisas del coche de por medio, la resolución era nula. Ni la alta calidad de mi teléfono podría adecentar aquellas instantáneas. Por

suerte, sí había una que me servía, la de la matrícula del coche. Sólo tenía que levantar el auricular y hacer una llamada.

—Agente Laínez al habla.

—Hola, Armado, soy yo.

—¿Ya tienes plan para este fin de semana? Te lo pregunto porque he quedado con una vieja amiga de la universidad.

—¿Desde cuándo compartes? —pregunté riéndome.

—Hombre de poca fe... —se burló, y no me hacía falta tenerlo enfrente para saber que sonreía.

—No pienso salir contigo y con tu ligue para sujetarte la vela —aduje sin perder el buen humor.

—Yo nunca te haría algo semejante —se defendió, y no quise recordarle un par de ocasiones en las que, no contento con levantarme a la chica, había tenido que contemplar cómo se lo montaba con ella. Claro que hasta la fecha eso nunca nos había supuesto ningún problema, pues la solución era tan sencilla como dar una vuelta por la fiesta de turno y lanzar el anzuelo.

—No te llamo para hacer planes, sino para que me des información —le aclaré, centrándome en el motivo de la llamada.

—¿Qué necesitas?

Le di la matrícula del Opel Insignia y oí cómo él tecleaba para buscar los datos.

A diferencia de las películas americanas, en las que para saber a quién pertenece un vehículo hay que movilizar a todo el Departamento de Tráfico, con Armando bastaba con darle a la tecla y esperar unos treinta segundos a que apareciera la información.

—Cabronazo... —murmuró mi amigo y yo no entendí su reacción—. No me extraña que no quieras plan para este fin de semana.

—¿Me puedes decir a quién pertenece el coche y dejarte de majaderías? —exigí.

—A una tía impresionante. ¿Te la vas a llevar a la casa de la sierra o directamente a tu apartamento? —me preguntó con retintín.

—Dame los datos...

—Me vendría bien que este fin de semana me dejaras ese nidito campestre que tienes. Yo había planeado una pequeña fiesta, tú y yo con una vieja amiga y

una compañera de trabajo, pero como veo que ya te lo has montado por tu cuenta...

Me eché a reír.

—Venga, dime a quién pertenece el Insignia y apúntame para este fin de semana. Estás mayor, viejo amigo, y no creo que tú solo puedas con dos mujeres.

—Entonces ¿para qué quieres los detalles sobre la dueña del coche?

—Es por trabajo, pedazo de salido —le reproché con guasa, y oí cómo se descojonaba al otro lado de la línea.

—Ah, usted perdone, señorita —replicó, utilizando un tono formal—. Con la venia, el vehículo pertenece a una tal Berenguela Zahner.

Se me cayó el auricular de las manos al oír ese nombre.

Había leído mil y un informes sobre la vida de aquel desgraciado y en ellos no constaba que tuviera parientes cercanos, a excepción de una hermana ya mayor que, cómo no, vivía en una residencia de ancianos de lujo; por otra parte, las mujeres de la familia jamás hacían negocios.

—¿Sigues ahí, Fabio?

—Sí —respondí, todavía confuso, tras recoger el móvil del suelo.

La mujer del cementerio no podía ser de ninguna manera la hermana. No cuadraba. Tampoco una sobrina, pues si fuera ése el parentesco ella llevaría el apellido paterno, que no sería Zahner, al no tener Ezequiel hermanos varones.

—Dame su dirección, por favor —le pedí a mi colega.

—Espero que sea por una buena causa. Por la foto, la chica está de toma pan y moja, ya me entiendes, y eso que casi nadie sale favorecido en las putas fotos de carné.

Anoté todos los datos que Armando me iba dictando, al tiempo que elaboraba teorías sobre el parentesco que debía de existir entre la desconocida y el muerto.

Y llegué a la indudable conclusión de que se trataba de su hija.

Una hija a la que, por cierto, él había mantenido al margen de cualquier documento oficial y de su vida.

—¡Joder, qué puto fallo! —exclamé, dando un golpe en la mesa.

Menos mal que la madera tenía más años que el hilo negro, porque de haber sido una de esas modernas de aglomerado, habría dejado mi puño marcado.

Capítulo 2

Berenguela

Sabía de sobra qué iba a encontrarme en el cementerio: un montón de caras apesadumbradas porque mi padre había muerto. Pero el motivo de aquella pesadumbre no era, como podría parecer, por pena hacia el difunto. Simple y llanamente, muchos de ellos temían que, con la muerte de mi «querido» padre, iban a dejar de ganar dinero a mansalva.

Y no sólo eso, también les preocuparía quién sería ahora el encargado de dirigir todo su tinglado. Había desarrollado tal maraña de intereses que muchos de sus colaboradores querían hacerse ahora con un trozo del pastel y, por supuesto, no había que olvidarse de sus conexiones, esas que hacían posible que nadie lo molestara y pudiera campar a sus anchas. A mí me daba igual. Todo podía irse a la mierda. Que se mataran entre ellos.

La única razón por la que había acudido al cementerio no era otra que asegurarme de que, en efecto, estaba bajo tierra. No tenía por qué dudar, múltiples esquelas habían aparecido en la prensa, la noticia había salido en los medios de comunicación, pero aun así necesitaba esa prueba tangible de que era verdad. Como es evidente, no le habían organizado un funeral como a cualquier otro muerto. No, mi padre tenía que despedirse haciendo gala del mal gusto que lo caracterizó en vida. Sólo faltaron caballos negros y plañideras para completar aquel esperpento. Habían enviado tantas coronas de flores que habían tenido que contratar personal extra en la funeraria para colocarlas todas y, la verdad, daba pena pensar que se hubiesen cortado tantas flores para despedir a aquel cabrón.

Llegué tarde a propósito, quería evitar la odiosa obligación de estrechar manos y recibir besos cargados de hipocresía. Hice caso omiso de las condolencias que recibía y en cuanto pude me largué de allí. Escuché las buenas palabras del cura mordiéndome la lengua para no corregirlo e intenté por todos los medios no intervenir, mostrar indiferencia; no obstante, la rabia acumulada durante tantos años pudo con mi contención. El numerito del puñado de tierra fue una forma de escupirle a la cara por tantos años de desprecio.

Mi relación con mi padre nunca había sido buena, pero se torció del todo el día que mi hermano, Ezequiel júnior, murió de sobredosis. La cara de mi padre me lo dijo todo: le habría entregado a su mayor enemigo toda su fortuna acumulada de manera ilegal, con tal de que fuera yo la que, tras encerrarse en su apartamento de lujo con las putas más caras del local durante tres días, acabara fiambre tras un ataque al corazón por haberse metido coca hasta por el culo.

El informe médico dictaminó ataque al corazón a secas. Una mentira difícil de creer, ya que mi hermano acababa de cumplir los veintiocho y, por tanto, las probabilidades de sufrir un infarto eran más bien pocas, pero no había como recurrir a los contactos adecuados para que todo tuviera un aspecto impecable.

Ironías del destino, mi padre también había muerto de «lo mismo».

Cuando me avisaron de su fallecimiento, ni me inmuté. Su secretario de toda la vida, el señor Nogales, casi lloraba, lo que para un hombre mayor como él me pareció excesivo. Insistió en darme todos los detalles sobre el sepelio, así que lo escuché como quien oye llover.

Ya no podía causarme más dolor; había crecido sin su apoyo y sin su cariño y había salido adelante con mi carrera de decoradora de interiores. Algo que yo sabía que le repateaba, pues cuando vio que no me hacía falta su dinero, intentó acercarse a mí, su única esperanza a la hora de preservar el apellido Zahner.

Para él todo lo relacionado con los lazos de sangre, la herencia, la tradición y demás parafernalia propia del siglo pasado era sagrado, de ahí que intentara un acercamiento creyendo que yo le daría un nieto que heredase su dudoso imperio financiero.

Que hiciera borrón y cuenta nueva, me dijo en una de las últimas ocasiones en las que se presentó en la oficina, sin avisar, por supuesto. Como si así por las buenas pudiera olvidar todo lo que había pasado.

¡Y encima pretendía que me quedase preñada!

No me había matado a trabajar y a estudiar al mismo tiempo para ahora tirarlo todo por la borda y ser una mujer casada con hijos. Como suele decirse, se me había pasado el arroz. Fue una especie de victoria sobre su insistencia, también llamada *chantaje*, pues en los últimos meses había recibido increíbles ofertas económicas por su parte para que me casara, previa aprobación del candidato, y yo las rechacé todas.

No sólo porque el dinero no me hiciera falta, sino también por el placer de verlo sufrir, renegar y no poder hacer nada para que cambiara de opinión. Fue una especie de victoria moral observar cómo se consumía en silencio, con todos sus millones y su corte de aduladores como única compañía.

Sí, acercarme al cementerio había sido buena idea. Confirmar que ya nunca tendría que verlo o que ya nunca escucharía su voz amenazante, pese a que ya hacía tiempo que no me intimidaba, había sido beneficioso para mi salud mental.

Fui consciente de las miradas que los presentes me dedicaron. Nuestra enemistad no era ningún secreto entre sus colaboradores; sin embargo, como pasa siempre, todos sabían disimular a la perfección. La mierda se quedaba en casa, bajo la alfombra.

No derramé ni una lágrima, hubiera sido hipócrita hacerlo. Sólo dejé escapar un suspiro de alivio cuando me di la vuelta y caminé relajada por el camposanto hasta llegar al coche. Supe que esa noche no tendría pesadillas.

Ninguno de los allí presentes se atrevió a decirme nada o a seguirme. Nadie excepto un hombre que, a pesar de sus ridículos intentos por pasar desapercibido, fue tras mis pasos. No sabía quién era ni me importaba. Lo único que me llamó la atención fue que no daba el perfil típico de hombre de negocios ni tampoco parecía ser alguien próximo al difunto, pues durante el tiempo que permanecí allí no lo vi acercarse a nadie. Saltaba a la vista que deseaba permanecer en segundo plano. Por eso, cuando me percaté de que me seguía, no quise darle el gusto de mirarlo y continué a mi ritmo, agradeciendo en silencio llevar unos zapatos de tacón que me permitían caminar despacio si así lo quería.

Cuando pasó a mi lado y se dirigió a su coche lo observé bien. Vestido de manera impecable, elegante y sobrio. Clásico incluso. No más de cuarenta años. Tampoco tenía pinta de poli. Por cómo caminaba, paso firme pero sin prisas, pensé que podía ser algún nuevo colaborador de mi padre. Uno de la nueva hornada, con estudios universitarios muy útiles. Quizá un asesor fiscal o un

director de banco.

Me daba igual. Sólo especulé por pensar en algo.

Una vez que me senté al volante, me fijé en el tipo por el retrovisor. Continuaba sin quitarse las gafas de sol, mientras se subía a un llamativo Alfa Giulietta rojo, tan rojo como el color de mi pintalabios.

Respiré un segundo antes de poner el motor en marcha y salir de allí rumbo a mi apartamento.

Por fin había cerrado un lamentable capítulo de mi vida.

O eso creía yo, pues una semana más tarde recibí la llamada del señor Nogales comunicándome que se había leído el testamento de mi padre y que era la heredera universal de todos sus bienes.

—Será hijo de puta... —murmuré rabiosa al colgar el teléfono.

Desde luego el muy cabrón había buscado la forma de arruinarme la vida. Por las buenas yo no había querido aceptar nada de él, así que se las había ingeniado para que no me quedara otra opción.

Siempre pensé que me desheredaría, para mi padre era una forma de castigarme, y que todo iría a parar a mi tía, que siempre lo había apoyado en la sombra, pero que nunca recibió el más mínimo reconocimiento por ello, porque, según decía él, y no se cansaba de repetirlo, la liberación de las mujeres era tener una cocina más grande.

Yo no era tan necia como para no saber qué tipo de negocios había llevado a cabo durante tantos años. Nadie se hace multimillonario trabajando con honradez. Sabía que entre sus fuentes de ingresos se encontraba la joya de la corona, un club de alterne en el que no sólo se intercambiaba dinero por bienes y servicios sexuales, algo ya de por sí ilegal, sino también otro tipo de mercancías de las que mi hermano había sido, por decirlo de una manera elegante, el principal consumidor.

Mi padre lo tuvo a su lado para que aprendiera desde abajo a dirigir todo aquel tinglado basado en el vicio ajeno, sin tener en cuenta que su querido hijo en vez de controlar el negocio se había dedicado, muy a fondo, a probarlo.

No me eran ajenos los escándalos protagonizados por mi hermano cuando se enredaba con alguna de las chicas que trabajan para él (con una o con varias al mismo tiempo), creando rencillas entre las empleadas y perjudicando el funcionamiento del establecimiento, pues, al acostarse con el hijo del jefe, la

chica en cuestión pensaba, erróneamente, que quedaba eximida de seguir trabajando para él y, claro, se formaba un buen barullo que mi padre aplacaba mediante amenazas o mediante dinero, según el día.

Ellos dos creían que si permanecía al margen de sus chanchullos no estaría al tanto de éstos, pero cuando aún vivía bajo el yugo paterno oí sin querer muchas conversaciones entre mi padre y sus colaboradores. Si a eso se le sumaba la afición de mi hermano por pavonearse de sus correrías, era muy difícil mantenerme en la ignorancia.

Cuando me marché de casa perdí el contacto directo, aunque dudaba de que mi padre hubiera convertido sus negocios en respetables. Además, de vez en cuando aparecía algún que otro artículo en prensa sobre detenciones o redadas y, claro, yo sólo tenía que sumar dos y dos.

La noticia definitiva fue la muerte de mi hermano. A partir de ese instante todo se derrumbó. Mi madre, como una buena mujer de la vieja escuela, se había mantenido al margen, mirando hacia otro lado y justificando incluso las correrías de Ezequiel, creyendo que, con el tiempo, su hijo cambiaría. Cuando fue consciente de que por las noches él no sólo se emborrachaba, fue demasiado tarde.

No pudo soportarlo y murió apenas un año después.

Para entonces yo ya hacía tiempo que vivía sin contar con mi padre para nada. Visitaba a mi madre muy de vez en cuando, pues me sentaba como una patada en el estómago que intentara convencerme de que lo mejor era buscar el perdón de mi progenitor. Dejé de ir a su casa y sólo la llamaba en fechas señaladas, por compromiso y para que se quedara tranquila. Ella me ofrecía dinero y yo le mentía diciéndole que vivía bien, aunque tuviera que sobrevivir a base de sopa enlatada durante la última semana de cada mes para poder pagar el alquiler. Cuando ella murió sí lloré, pero no de tristeza; es difícil sentir tristeza cuando se ha perdido la confianza y el contacto. Lloré porque era mi madre y por circunstancias de la vida nos habíamos separado.

Durante los últimos años yo había aprendido a vivir sin familia. A buscar el consuelo en hombres que poco o nada me aportaban y a afianzar los lazos con mi mejor amiga. La única que conocía todos mis secretos y que en más de una ocasión me había salvado de caer en el pozo de la autocompasión.

Y además era mi socia.

* * *

—Necesito hablar —le dije a Natalia nada más descolgar ella el teléfono.

—Pues me pillas ocupada, nena.

—¿Qué estás haciendo un sábado a las diez de la noche?

—Empieza por F —canturreó picarona, y me eché a reír.

—Eso, tú restriégame que te lo estás pasando de puta madre y yo aquí en casa, más sola que la una —le reproché.

—Qué mal pensada eres. Estoy FOMENTANDO mis relaciones sociales con un maromo de impresión, y sí, luego follaré con él.

—Me parto y me troncho —mascullé—. Vale, no te interrumpo más. El lunes nos vemos en la oficina.

—Eh, eh, eh, ni hablar —me interrumpió ella y consiguió que esbozara una sonrisa—. Esta noche la vas a pasar sola, pero mañana a primera hora estaré en tu casa con churritos y hablamos. ¿Te parece bien?

—Oye, no vayas a jorobar un buen plan por mi culpa —dije. Estaba convencida de que Natalia se merecía encontrar a un buen tipo, después de haberse divorciado de un cabronazo manipulador de esos que te dicen que no te pongas minifalda porque tienes las piernas gordas, cosa que es una mentira como una catedral, y todo porque no soporta que otros tíos te las miren. Un celoso-posesivo-asqueroso.

—Bah, este tipo sólo tiene un polvo, no es ningún príncipe azul —me contestó entre risas.

Me eché a reír porque, a pesar de todas las adversidades, ella siempre tenía un optimismo contagioso y porque, además, siempre siempre estaba a mi lado cuando la necesitaba.

—Entonces, trato hecho —sentencié, y gracias a esa conversación pude dormir.

* * *

Al día siguiente, a las diez y media en punto sonaba el telefonillo de casa y una Natalia sonriente apareció con la prometida bolsa grasienta de churros. Nos

sentamos a la isleta central de la cocina y, mientras yo preparaba un chocolate amargo a la naranja, ella me fue contando cómo le había ido en su cita de la noche anterior. Escuché, arqueando una ceja, la historia de cómo había conocido al chico, un tal Carlitos, en un bar de copas, y cómo el tipo le había entrado y ella, que no tenía otra cosa mejor que hacer, había aceptado salir a cenar con él.

—Por supuesto, como cualquier chica de más de veinticinco sabe, una invitación a cenar implica algo más; es de idiotas ignorarlo —comentó toda ufana—. Así que ayer por la noche no le di más vueltas, metí un par de condones en el bolso y me pinté los ojos.

—¿Sólo dos? —Fruncí el cejo—. Unas previsiones poco optimistas, ¿no?

—Mujer, el chico estaba bien, eso no te lo voy a negar, pero en cuanto lo vi dejar las llaves de su coche sobre la mesa para que me diera cuenta de que tenía un Mercedes, eché cuentas.

—A veces tus teorías me dejan muerta —susurré, sirviendo el chocolate en dos tazas.

—Hija, que tengo una edad. Si el tío en cuestión presume de coche en la primera cita, malo, eso sólo puede significar que, o bien la tiene pequeña, o bien es de un solo disparo. Tú ya me entiendes.

Nos echamos a reír a carcajadas. Esa teoría, bastante cuestionable y producto seguramente de las malas experiencias, no iba a rebatirla.

Empezamos a degustar el chocolate y los churros, disfrutando en silencio de uno de los placeres más sencillos que se pueden experimentar con la ropa puesta. Aunque en los últimos tiempos todos los placeres parecían ser iguales.

—Bueno, y ahora que hemos mojado el churrito, venga, suelta qué es eso que te tiene tan apurada.

Suspiré, porque la verdad es que hasta contarlo me ponía de mala hostia.

—Tienes ante ti a la heredera universal del emporio Zahner —resumí en una única frase, puesto que no merecía la pena entrar en detalles.

Natalia silbó, estiró la mano y me dio un apretón solidario, sin duda ante la que se me venía encima.

—Renuncia a todo y listo —dijo convencida—. Que se lo quede el Estado, una ONG o las Hermanitas de los Pobres.

—Sí, claro, y a las pobres monjas les da un síncope cuando tengan que ir a echar las cuentas del club de alterne a final de mes —repliqué con sarcasmo.

—Vale, ni un céntimo a las monjas. Cédeselo a una ONG y punto.

Me puse a recoger los cacharros. Odiaba tener la cocina desordenada, me costaba mucho mantener una charla si no estaba todo en perfecto estado de revista. Una manía adquirida hacía tiempo, pues al haber vivido en cuchitriles tenía esa fijación; siempre había pensado que la casa podía ser una mierda, pero si estaba limpia, al menos resultaba curiosa.

—Tienes razón. Mañana voy a llamar a Nogales y...

—¿Todavía vive? —me interrumpió Natalia frunciendo el cejo y yo asentí—. Mala hierba nunca muere...

—Eso parece... —convine.

—Entonces, decidido: mañana llamas al lameculos ese, se lo explicas y andando.

Convencida de que debía renunciar a cualquier bien que mi padre me hubiese legado, me sentí un poco mejor, pero no del todo.

Cuando mi amiga se marchó, cogí el limpiador multiusos, un par de bayetas y me fui al salón, dispuesta a no dejar una sola mota de polvo. Moví todos los libros, cedés y cualquier otra cosa que hubiera. Así liberaba el estrés acumulado y me ayudaba a pensar.

Dos horas después, levantaba el teléfono para llamar al siervo de mi padre.

Capítulo 3

Fabio

Me subía por las paredes.

Y era una descripción bastante suave de cómo me sentía.

Hacía menos de media hora que Estela me había traído el informe sobre Berenguela Zahner y a cada dato que leía la mala leche iba en aumento, pues todas las piezas encajaban. De acuerdo, mi trabajo consistía entre otras cosas en eso, en encajar las piezas, buscar los elementos suficientes para iniciar un proceso y luego acabar dictando un veredicto; pero, joder, el conjunto de la investigación llevada a cabo hasta ese momento se iba a la mierda, pues no sólo aparecía un imprevisto, sino que además, según constaba en el acta notarial adjunta, esa mujer era la heredera de su padre y, por lo tanto, a quien a partir de entonces debíamos vigilar.

—Me cago en mi puta suerte —mascullé sin poderme contener.

Lo más curioso del caso era que hubiera permanecido tan bien escondida todos esos años pasados, algo difícil de explicar, pues, según su partida de nacimiento, tenía treinta y cuatro años. Estado civil, soltera. Propiedades, un apartamento tirando a modesto y un coche.

Ni una sola multa, ni por aparcar mal. Ni una sola detención.

Un expediente académico brillante. Lo único que llamaba la atención era que hubiera estudiado en una universidad pública teniendo su padre tanto dinero, y cuando vi que había solicitado beca, me pareció una tomadura de pelo. Para mi alivio, parecía que se la denegaban cada año; aun así, ella insistía. Eso me llevó a

revisar su vida laboral y frunció el cejo, pues ¿qué hija de millonario trabaja como cajera en un supermercado, como repartidora de pizzas, teleoperadora, camarera y hasta como animadora infantil?

Repasé la lista de sus empleos, así como las fechas, y me dio la impresión de que se trataba de una broma. Por desgracia no lo era, sobre todo porque las empresas que la contrataban no tenían, en apariencia, ninguna relación con las de su padre y, para mi completo desconcierto, a veces unos empleos coincidían en el tiempo con otros, como si hubiera trabajado en dos sitios a la vez. Mandaría investigarlo, sin duda, porque aquello sólo podía deberse a un error informático.

Continué con su expediente hasta la actualidad. Socia de una empresa de interiorismo al cincuenta por ciento. Cumplidora de sus obligaciones tributarias, al corriente de pagos con la Seguridad Social..., es decir, la ciudadana perfecta. Desde luego, con ese expediente nadie en su sano juicio la relacionaría con negocios turbios, pero una cosa me hizo sospechar: sus cuentas bancarias.

No cuadraban. Tenía varias. Hasta ahí nada que se pudiera considerar reprochable, lo curioso era que disponía de una en la que los movimientos eran los de cualquier hijo de vecino: pagos, recibos, cargos de suministros, tarjeta de crédito con un uso moderado, compras..., y después estaban las de las grandes cantidades, como persona autorizada, no titular. En esas otras sólo figuraban ingresos que, por muy buena que fuera en su trabajo, no podría justificar. Ni siendo la decoradora de moda de famosos ricos y egocéntricos.

Dejé de mala gana aquel montón de papeles sobre la mesa del despacho y me dediqué a reflexionar. Todo resultaba demasiado raro como para elaborar una hipótesis rápida y eso me fastidiaba. Llevaba tanto tiempo con el asunto Zahner entre manos que el apresuramiento por atar cabos me podía jugar una mala pasada. Pero, maldita fuera, mi paciencia tenía un límite.

—¿Se puede?

Levanté la vista y me encontré con la sonrisa burlona de Estela, que, sin esperar a que le contestara, se acercaba a mí contoneando las caderas. Una de las consecuencias de la confianza que existía entre nosotros. Decidí no continuar cabreándome ante la falta de conclusiones y apreciar aquellas curvas femeninas que, como mínimo, me daban la oportunidad de jugar sobre seguro. O al menos eso pensaba, pues antes debía averiguar qué había sucedido entre mi exnovia y el inspector de Hacienda.

A esas alturas no tendría por qué importarme, más allá del simple interés por las andanzas de una amiga; sin embargo, para ser sincero, aún me escocía un poco el hecho de que ella tuviera sus rollos al margen de mí. Un sentimiento ridículo y egoísta, pues yo hacía lo mismo. Quizá se trataba de un resto absurdo de hombre primitivo.

—Ya estás dentro —murmuré, intentando provocarla.

Esas palabras funcionaron, porque me regaló un acercamiento pícaro. Enseguida noté su perfume a mi espalda, así como su aliento cuando se inclinó hasta casi pegar su boca a mi oreja. Puso las manos sobre mis hombros e inspiró.

Estela sabía administrar muy bien los silencios para dejarme expectante. Y, maldita fuera, funcionaba, porque en cuanto me tocó reaccioné y, si bien no lo hacía de la misma forma que antaño, aún podía decirse que sentía cierto interés. De todas formas, era más aconsejable esperar y ver cómo se desarrollaban los acontecimientos, pues con ella cualquier precaución era poca.

—Y, dime, ¿sigues obsesionado con esa mujer? —me susurró, señalando los papeles esparcidos sobre mi escritorio.

Gruñí, porque en un momento tonto había cometido el error de comentarle el asunto de Berenguela Zahner. Las conclusiones las sacó ella sola.

—¿Y tú te lo has pasado bien este fin de semana en la cama con un inspector de Hacienda?

Se echó a reír antes de responderme.

—Que aceptara cenar con él no significa que quisiera follar con él —replicó en tono sugerente.

Fue mi turno de sonreír. Estela nunca se andaba por las ramas.

—Pero... —murmuré, instándola a continuar.

—Pero al final follé con él —explicó, encogiéndose de hombros.

—Me alegro por ti —dije, y hasta yo me di cuenta de que sonaba falso, pues aunque la posibilidad de que Estela y yo volviéramos a estar juntos se alejaba día a día, eso no significaba que no me preocupase por ella. Podría decirse que era una mezcla de anticuado concepto sobre las ex y lógica preocupación por su futuro, dado que no deseaba que cualquier imbécil se la jugara o la hiciera sufrir.

Me volví en la silla para quedar cara a cara y permanecí sentado observándola. En momentos como ése era cuando me replanteaba mi extraña relación con Estela. Quizá debería empezar a pensar en hablar en serio con ella y

dejar de jugar al gato y al ratón. El problema era que yo era bien consciente de que a Estela le encantaba ese juego y yo tenía demasiados hábitos adquiridos como para cambiarlos por ella.

No ponía en duda su aventura del fin de semana, pero si algo había aprendido de las mujeres era a leer entre líneas y Estela no parecía muy emocionada ante la posibilidad de repetir con aquel tipo; si se hubiese tratado de un encuentro memorable, estaría pensando en él o incluso provocándome con los detalles más suculentos y no tentándome.

—¿No vas a preguntar?

—No —respondí con expresión seria.

Alargué el brazo y le puse una mano en la rodilla. La suerte estaba de mi lado, pues llevaba falda, y tampoco me apartó de un manotazo. Fui subiendo deliberadamente despacio la mano por la parte interior de su muslo y me detuve cuando noté el final de sus medias y pude tocar la piel desnuda. Me demoré unos segundos y la miré a los ojos, quizá esperando una autorización que no necesitaba; sin embargo, siempre me gustaba contar con la máxima colaboración posible y, cuando se trataba de seducir a una mujer, por mucho que creyeras tenerla en el bote, ayudaba crear cierta expectación y dejar que ella pensara que tenía la última palabra.

Era más sencillo y placentero.

—¿Te dejó al menos satisfecha? —pregunté, rozándola con las yemas, procurando no acercarme a sus bragas.

—Sí —musitó suspirando, y supe que mentía.

Puede que yo jugara con ventaja, pues cada día escuchaba miles de testimonios y mi cometido, entre otras cosas, era discernir cuándo eran verdad y cuándo no. Sabía interpretar el lenguaje corporal. Y esas aptitudes las podía utilizar en cualquier otra circunstancia, incluidas mis relaciones con las mujeres; no obstante, en el caso de Estela mis conocimientos iban más allá, pues habíamos vivido juntos, con todo lo que eso suponía, y sabía a la perfección cuándo fingía. Todos lo hacían, desde luego; de ahí el interés por poner no sólo los cinco sentidos, sino algo más, para saber si trataban de engañarme.

—No lo dices muy convencida —murmuré, moviendo la mano despacio sobre su piel, mientras me concentraba en no avanzar más allá de lo imprescindible para que ella no perdiera el interés.

—¿Quieres oírme decir una vez más que eres el mejor amante que he tenido?
—ronroneó con aquel acento tan de línea erótica que, por muy vulgar que resultara, siempre me ponía cachondo.

—Nunca viene mal un incentivo extra —respondí, sin querer subir ni un milímetro más la mano para tenerla pendiente. Nada de dárselo a la primera.

—También has sido el más cabrón.

Torcí el gesto ante eso último. Tenía razón. Una vez que empecé a engañarla con su mejor amiga, no me paré ahí. Que me pillara en esa ocasión podía entenderse; sin embargo, el resto fue más bien descuido tras descuido por mi parte, pero entré en una dinámica en la que todo me daba igual.

Empecé a salir más a menudo con Armando, que ligaba hasta en una convención de curas, y yo, que tampoco me quedaba atrás, no había día que no acabara con alguna mujer en la cama. A veces incluso me sorprendía yo mismo de lo poco que me tenía que esforzar.

—Eso no te lo discuto —convine sonriendo, porque hacía tiempo que los dos, como adultos, habíamos superado aquello. O al menos a mí me gustaba pensar la mayor parte del tiempo que así era.

—Este fin de semana ha sido un desastre —terminó diciendo, y arqueé una ceja.

Subí un poco más la mano y rocé su ropa interior. Estela contuvo el aliento y presioné para que me contara toda la historia. No quería escuchar los detalles por simple curiosidad, se trataba de algo más retorcido. Oír la secuencia de los acontecimientos, salpicada como no podía ser de otro modo con sus comentarios sobre la ineptitud de su ligue, me proporcionaba cierta satisfacción, ya que cada palabra iba directa a hinchar mi ego masculino. Una forma ladina de hacerlo a la que no me podía resistir.

—El caso es que todo empezó bien... —dijo ella, mientras yo, con la mano, tanteaba aquí y allá sin ser demasiado preciso—, pero algunos tíos tienen la mala costumbre de...

Disimulé una sonrisa cuando se detuvo, pues su respiración se aceleraba a cada segundo y su jadeo me confirmó lo que ya sabía: que se había excitado Y eso sin apenas tocarla. Aquello venía a confirmar mi teoría de que mejor que sean ellas las que lleven, en apariencia, el control. Racionar los gestos, nada de dar órdenes sin ton ni son y administrar con cuidado los tiempos. Podía resultar

complicado teniendo una erección de caballo confinada dentro de los pantalones, aunque todo era cuestión de práctica.

—¿Sí? —murmuré, instándola a continuar.

—De meterla cuando no toca —finalizó, y obtuvo su recompensa.

Presioné por encima de la tela hasta encontrar su clítoris y lo froté. Yo sabía que hacía falta algo más contundente para que se corriera, pero aquél sin duda era un gran paso para lograrlo.

—Una lástima, sí —convine, mostrando una falsa solidaridad con ella, todo sin apartar la mano de su sexo.

—En el fondo te alegras, ¿no es cierto? —dijo y, sin darme tiempo a reaccionar, apretó los muslos, apresándome la mano entre ellos.

Nos quedamos quietos mirándonos, evaluándonos, pues ambos conocíamos a la perfección las reglas del juego y, aunque alguno de los dos intentara hacer trampa, conseguirlo resultaba cada vez más complicado.

—Sí, me alegro —admití—. Lo que no entiendo es por qué en los últimos tiempos tienes tan mala suerte eligiendo amantes.

—Doy por hecho que no te incluyes en esa categoría.

No respondí a algo tan obvio. No merecía la pena ser modesto. Ella lo sabía muy bien, igual que otras. No siempre me esforzaba al cien por cien por complacerlas; sin embargo, había ciertos puntos básicos que nunca pasaba por alto cuando me follaba a alguna.

Moví la mano hasta lograr hacer el hueco necesario para continuar tocándola. Por supuesto, Estela me lo puso difícil, pero eso formaba parte del juego, así y yo me afanaría más y ella obtendría mayor satisfacción.

Aparté a un lado la tela de su tanga y, sin perder un segundo, le metí un dedo sin tanteo previo. Su gemido me dio alas para continuar. Comencé entonces a mover el dedo dentro y fuera, notando cómo se tensaba y se humedecía. Despacio, observando cada reacción. Permanecí sentado y Estela se situó entre mis piernas, de esa forma me era más fácil masturbarla. Vi cómo iba cerrando los párpados a la par que jadeaba con más intensidad. Decidí entonces utilizar el pulgar para friccionar su clítoris y acortar el proceso. Sabía que ella no se conformaría con una simple presión, precisaba un poco más de habilidad para correrse. No iba a negárselo, por supuesto, aunque si lo demoraba un poco, la satisfacción sería mayor.

—Fabio... —murmuró en aquel tono suplicante que me volvía loco.

Era la mejor forma de oír mi nombre, cuando una mujer estaba entregada; eso me excitaba y enorgullecía a partes iguales.

—Córrete —dije.

Sin exigencias, sin pretender controlarla hasta ese punto. Sólo quería verla alcanzar el clímax con mi mano y alguna que otra sencilla palabra como único estímulo.

—Faltaría más —contestó, utilizando una fórmula de cortesía en apariencia tan poco apropiada para una ocasión así.

Se mordió el labio. Estaba a un paso y yo, a pesar de todos los momentos similares que había vivido, seguía maravillándome ante las reacciones de una mujer al alcanzar el orgasmo.

—Sí, joder, sí —ronroneó, contoneando las caderas con mi mano bien anclada entre sus piernas.

No me aparté, y dejé que fuera ella quien me liberase cuando lo considerase oportuno.

Tras dedicarme una mirada traviesa, Estela bajó la vista hasta mi abultada bragueta y arqueó una ceja, preguntándome sin palabras si podía hacer algo por mí. Dejó que sacara la mano y tomó el mando, algo que yo apreciaba en una mujer. Fue directa al cinturón y, en menos de un minuto, ya había liberado mi polla y se había quitado las bragas.

No tuve que hacer nada, sólo sujetarla de las caderas. Estela se encargó de todo para que yo me sintiera en la gloria. Cerré los ojos, eché la cabeza hacia atrás y noté un leve tirón en el cuello cuando me agarró la corbata para obligarme a prestar un poco más de atención.

—¿Es que todo voy a tener que hacerlo yo? —preguntó con aire retórico, y yo sonreí de medio lado.

Le clavé los dedos en el trasero y empujé desde abajo. Los dos jadeamos y el viejo sillón del despacho protestó, lo que confería a la escena un componente extra de excitación, ya que la puerta estaba sin cerrar con llave y en cualquier momento podía entrar alguien.

No nos importaba. Yo continuaba embistiéndola desde abajo y ella asfixiándome con mi propia corbata. Estela era así, pasional, decidida, y a mí me encantaba. Un motivo más para dar un paso adelante y pedirle que volviéramos a

estar juntos de manera oficial, olvidándonos de aquel juego de aquí te pillo aquí te mato, que si bien resultaba cómodo, empezaba a cansarme.

Habíamos establecido una dinámica sencilla: ocuparnos de nuestras necesidades, nada más. Ambos con absoluta libertad de movimientos. Si un sábado a mí me apetecía follar, cogía el teléfono y si ella estaba libre, perfecto, y si no, tampoco me sentía celoso. Buscaba una alternativa y no pensaba nada más.

—Mmm, Fabio... —gimoteó, tensando cada músculo interno, aprisionando mi polla de una manera muy perversa, tanto, que embestí sólo una vez más antes de correrme y liberar toda la tensión.

Busqué su boca, pero, como siempre, me la negó. Bien sabía yo que se trataba de un castigo por lo que le había hecho. Me puso un dedo en los labios, instándome a no intentarlo de nuevo, y con la naturalidad que la caracterizaba y la confianza que existía entre ambos, se puso en pie, buscó unos pañuelos de papel en el cajón para limpiarse y terminó subiéndose el tanga. Yo tardé más de la cuenta en recomponerme la ropa; me encontraba aún en ese estado de relajación poscoital que te hace procesar de forma mucho más lenta cuanto sucede a tu alrededor.

Cuando Estela ya estaba recuperada, yo me subí la cremallera del pantalón. Ella se acercó y me colocó bien la corbata, como si no hubiera pasado nada. Después se sentó en la esquina de la mesa y cogió los documentos que yo había estado estudiando antes de su llegada. Algo de lo que debería haberme ocupado, en vez de ponerme cachondo con mi exnovia en horas de trabajo.

—Es guapa —comentó, echando un vistazo a las fotos.

—Ese detalle carece de importancia —dije, tratando de concentrarme de nuevo en el trabajo.

—Bueno, yo siempre he pensado que si tienes que enfrentarte con criminales, que al menos sean guapos. —Arqueé una ceja ante semejante comentario frívolo—. No seas idiota, sólo intentaba alegrarte un poco el día.

—Ya me lo has alegrado hace unos minutos —mascullé, arrebatándole los informes.

—Uy, uy, uy que te estás enfadando y eso sólo puede significar una cosa...

Su tono me tocaba los cojones pero bien, y era uno de los motivos por los que, a pesar de confiar en ella, no terminaba de decidirme en cuanto a aclarar nuestra relación.

—Estela...

—Que te obsesiona, ¿me equivoco?

Gruñí y eso hizo que ella sonriera, pues tenía parte de razón.

—Sabes que llevo con este caso mucho tiempo, es lógico —alegué, y supe en el acto que ponerme a la defensiva sólo le daba alas.

—Llámala a declarar —propuso toda ufana.

La miré a la espera de que se explayara.

—Necesito atar cabos —dije, pasando por alto sus dobles intenciones.

—Ay, Fabio, eres tan estrecho de miras...

Se bajó del escritorio y me sonrió con aire travieso, instándome a hacer alguna estupidez.

—Déjame tranquilo un rato —murmuré, recuperando un tono más formal.

—Puede que te hagas el tonto conmigo, pero te conozco; sé cuándo te fijas en una mujer más allá del aspecto profesional.

—No digas bobadas —contesté, y ella alargó la mano para acariciarme la cara con una actitud que rayaba en la condescendencia.

—Ha sido entrar en tu despacho y acabar sin bragas en menos de diez minutos. Si de verdad esa mujer sólo fuera trabajo, no habrías reaccionado de esa manera tan primitiva —me reprochó.

Eché el asiento hacia atrás y me puse en pie. No necesitaba ese tipo de mierda en ese momento. Ni entonces ni nunca. Odiaba entrar en ese tipo de reflexión que sólo te hacía perder el tiempo y encabronarte.

—No te confundas, Estela —dije firme, sin rastro de buena sintonía—. A veces metes la pata hasta el fondo y ésta es una de ellas.

—Yo sé lo que me digo —replicó, sembrando la duda en mi cabeza.

—Tú no sabes una puta mierda —la contradije, dando por finalizada la conversación.

Se marchó y cerró la puerta sin dar un portazo ni nada. Me pasé una mano por el pelo intentando no dejarme llevar por las palabras de Estela, que, por cierto, era toda una experta a la hora de tocarme la moral.

¿Había detectado algo de lo que yo ni siquiera había sido capaz de darme cuenta?

Sólo había visto a Berenguela Zahner una vez en persona y la ocasión en la que más cerca había estado de ella fue cuando nos cruzamos a la salida del

cementerio. Ciertamente me fijé en su físico, no estaba nada mal, por cierto, pero de ahí a obsesionarme en el terreno personal existía una gran diferencia.

Me sentí decidido a abandonar aquella línea de pensamiento y a centrarme en lo que merecía la pena: la forma de destapar todo aquel tinglado.

Capítulo 4

Berenguela

Natalia insistió en acompañarme y yo se lo agradecí. Entrevistarme con el señor Nogales y decirle que rechazaba la herencia era un asunto complicado, pues ese hombre, siervo incondicional de mi, por suerte, fallecido padre, intentaría por todos los medios convencerme de lo contrario o incluso recurrir al chantaje emocional para que me pusiera al frente de unos negocios que nunca me habían interesado. Por varias razones, entre las que destacaba el tremendo odio y rencor que sentía hacia todo lo que mi progenitor había creado basándose en la manipulación, la ilegalidad y el juego sucio. Tampoco le tenía mucho aprecio a Nogales, ya que había sido él quien, en más de una ocasión, se había personado en mi trabajo como servil recadero para ofrecerme ciertas prebendas si accedía a las demandas de su amo. Me trataba como a una hija y, desde luego, se mostraba más proclive a la negociación que mi padre, pues su misión no era imponer su ley, sino darme argumentos para que yo pasara por el aro. El problema era que no existía ninguna razón para que yo me plegara a los deseos de Ezequiel Zahner, y Nogales, fiel servidor de éste, no cejaba en su empeño.

Sentía a veces cierta pena por ese hombre, pues de pequeña había estado a mi lado y sabía que actuaba como un recadero bien entrenado. Al principio mis negativas fueron educadas, pero al ver que no se daba por enterado y se volvía más persistente, empecé a ser desagradable. Ni por ésas conseguí deshacerme de él y de su obstinación, ya que a medida que pasaba el tiempo mi padre debía de ponerse más nervioso, máxime cuando estaba acostumbrado a imponer su

criterio sin oposición alguna.

—Tranquila —me dijo Natalia, cogiéndome de la mano al llegar al portal donde se encontraba el despacho del secretario.

—Gracias —murmuré, pensando que quizá debería haber brindado con orujo, una de las bebidas favoritas de mi padre, hasta emborracharme y así presentarme en un estado tan lamentable que el criado/secretario de Ezequiel Zahner tuviera que llevarme al hospital. Sin embargo, mi a veces odioso sentido de la responsabilidad había descartado que bebiera hasta caer en la inconsciencia, ya que las consecuencias de ese exceso las pagaría al día siguiente.

Estaba hecha un manajo de nervios, a pesar de tener las cosas bien claras.

—De nada, mujer.

—Natalia, dime la verdad: ¿tú qué harías en mi lugar? —pregunté, antes de llamar al telefonillo.

Nos miramos, yo con la tensión pintada en el rostro y ella con una media sonrisa de apoyo incondicional.

—No lo sé —respondió con pesar.

Me dio un nuevo apretón de manos solidario, aunque a mí me seguían temblando las piernas.

—Antes de que se me olvide, gracias por estar aquí conmigo.

—Ya me las has dado. No seas boba —replicó casi ofendida—. Tú harías lo mismo que yo.

—Tu padre, gracias a Dios, es un tipo honrado.

Natalia hizo una mueca como de disculpa.

—Pues sí, cobra la pensión mínima y tengo que echarle una mano algunos meses, pero al menos no me da dolores de cabeza.

Pulsé el botón y esperé a que nos abrieran la puerta. Había llegado a la hora convenida, pese a que me había planteado no hacerlo; no obstante, yo odiaba la impuntualidad.

—Deberíamos haber venido acompañadas de un notario —dije, considerándolo de pronto necesario, ya que de ese modo cada palabra quedaría registrada y evitaríamos cualquier complicación posterior. Porque intuía que las iba a haber.

—No exageres. Para eso estoy yo y te salgo más barata —contestó Natalia.

Terminé sonriendo a pesar de que por dentro los nervios no me dejaban respirar. Desde que había conocido la noticia, apenas había dormido y hasta había perdido dos kilos. Sólo deseaba pasar aquel trance cuanto antes y volver a la rutina habitual. Odiaba los cambios que alteraban mi vida y por ello no pensaba en otra cosa que darle carpetazo al tema.

Empujé la vieja puerta en la que todavía estaba el letrero de PASE SIN LLAMAR y llegamos a la zona de recepción, donde una secretaria, nada más vernos, se puso en pie para atendernos. Sin duda ella era también de la vieja escuela.

—¿En qué puedo ayudarlas?

—Tengo cita con el señor Nogales. Soy Berenguela Zahner.

Al oír mi apellido, la mujer paso de tener una actitud distante y profesional a otra mucho más atenta.

—Sí, la están esperando —dijo, y después se dirigió a mi acompañante—. Si lo desea, puede aguardar en la salita.

—Viene conmigo —intervine, sin dar opción a réplica.

La secretaria nos condujo enseguida al despacho de Nogales, que encontré tal como recordaba. Olor a antiguo, estanterías repletas de libros, escritorio de madera maciza abrigada con cera y sillones muy alejados de los ergonómicos actuales.

Al verme acompañada, Nogales frunció el cejo, pero sus impecables modales hicieron que nos saludara con cortesía, invitándonos a tomar asiento. Ni que decir tiene que escogí la silla más alejada de él y Natalia, sin despegarse de mí, miró a su alrededor. Imaginaba qué estaba pensando. Algo así como «¿Esto es real o un viaje a los ochenta?».

—Me alegro mucho de que estés aquí, Berenguela —dijo el hombre, acomodándose.

Sabía de sobra el motivo de mi visita, o al menos creía saberlo, pues delante de él había dispuesto un buen montón de documentos que a buen seguro insistiría en explicarme, a lo que yo me negaría sin contemplaciones.

—Señorita Yuste... —saludó a Natalia con falsa cortesía.

Yo era muy consciente de que, desde el primer instante en que Emilio Nogales se presentó en nuestra oficina intentando atraerme hacia el redil familiar, entre ambos había surgido una enemistad que se mantenía.

—Señor Nogales... —lo imitó ella, guardando la compostura.

—Si lo desea, ya que los asuntos a tratar entre Berenguela y yo van a ser largos, puede pasar a recogerla dentro de dos horas.

—Estoy muy bien aquí, gracias.

—Empecemos, por favor —tercié, cansada de tanta hipocresía.

Emilio Nogales empezó a trabajar con mi padre cuando yo era pequeña, no recuerdo a ningún otro secretario a su lado, y de ahí que me tratara con tanta confianza, pues participaba en cualquier evento familiar como uno más, aunque siempre a la sombra. Me había visto crecer, pasar de ser la típica niña que idealiza a su padre a enfadarme y mandarlo a paseo, y seguramente había encargado, por orden de él, que me siguieran para tener un pormenorizado detalle de mis progresos en el mundo empresarial. Eso sí, llevaba a cabo todas sus acciones con el beneplácito de su amo.

—Muy bien —dijo él, mirándonos antes de ponerse las gafas y abrir la primera carpeta—. En primer lugar, quiero expresarte mis condolencias; sabes lo unido que estaba a tu padre y cuánto me ha afectado su pérdida.

Mantuve una expresión neutra; él sabía muy bien los enfrentamientos familiares que habíamos tenido, aunque todos se resumieran en uno solo, y por tanto no merecía la pena ahondar en ellos. Ya no tenía sentido y además era una pérdida de tiempo.

—Gracias —contesté con sequedad.

—Vaya al grano, por favor —intervino Natalia, ganándose una mirada de advertencia.

—Hay cosas que llevan su tiempo, señorita Yuste —la reprendió él.

—Tengo prisa por acabar con esto —intervine.

—De acuerdo. Como bien sabrás, tu padre era un hombre de negocios.

«Menudo eufemismo», pensé, mordiéndome la lengua para no interrumpirlo y alargar aquel jodido trámite.

—Su mayor ilusión era que sus hijos continuaran con el legado que él con tanto esfuerzo había levantado —prosiguió el hombre.

—Eso habría que demostrarlo —murmuró mi amiga, tan bajito que sólo yo la oí. No podía estar más de acuerdo con ella.

—Por desgracia, tu hermano murió prematuramente y por ello tu padre decidió, con buen tino, nombrarte a ti su única heredera —explicó él, con su habitual tono educado.

Vi a las claras que pretendía jugar utilizando los lazos familiares, como si éstos fueran a ablandarme. Desde luego, no podía dejar de reconocer su habilidad a la hora de hacer su trabajo.

—Porque no había nadie más —volvió a susurrar Natalia, dando en el clavo.

—He preparado un resumen de todos los activos disponibles, así como de las sociedades en las que tenía intereses. Su intención era que tú te hicieras cargo de...

—Emilio, por favor, no es necesario que perdamos más el tiempo. —Utilicé su nombre abusando de la confianza, porque de esa forma dejaba claro que ya no me intimidaba—. No tengo intención de asumir la dirección de nada ni de tocar un solo euro del patrimonio.

—Si lo prefieres, de momento podemos ir poco a poco. Hasta que te vayas acostumbrando, puedo encargarme yo de administrar...

No me sorprendió la sugerencia, es más, hasta me habría descolocado de que no la hiciera. Lo que sí vi implícito fue su idea de continuar al frente como administrador. A mí eso me daba igual, que se quedase con todo, con tal de que a mí me liberase.

Me puse en pie para dar más énfasis a mis palabras y para salir de allí cuanto antes.

—No quiero nada. Renuncio. Prepare los documentos legales necesarios.

—¡Berenguela! —exclamó, sorprendido ante mi vehemencia.

—Sabe tan bien como yo que nunca me he interesado por los negocios, por los «legales»... —pronuncié con malicia esa palabra, pues no hacía falta mencionar lo obvio y Nogales ni se inmutó— ni por los de ninguna otra índole.

—Reconsidéralo, por favor.

—La decisión es firme —repliqué sin parpadear, sosteniéndole la mirada.

Quería que Nogales tuviera bien clara una cosa: ya no me intimidaba y mucho menos iba a funcionar la baza sentimental conmigo. Yo era inmune o al menos estaba mentalizada para serlo.

Natalia me pasó el bolso, porque ya habíamos dicho cuanto queríamos decir. Luego sacó una de nuestras tarjetas de visita y, con todo el desparpajo del mundo, dijo:

—Prepare los documentos necesarios para la renuncia.

Emilio ni se molestó en coger la tarjeta, se limitó a fulminar a Natalia con la

mirada. Y por si ella no se hubiese ganado ya hacía mucho tiempo el odio eterno del administrador, mi amiga remató añadiendo:

—Y cuando decida cambiar la decoración de este mausoleo, llámenos.

Dimos media vuelta, ya llevábamos demasiado tiempo allí; no obstante, la voz firme y severa de Nogales me dejó o, más bien nos dejó heladas.

—Me temo que no es tan sencillo, Berenguela.

—Debería serlo. Sólo serán unos cuantos documentos que firmar y listo. Cualquier abogado puede encargarse del asunto —contesté, deteniéndome justo en la puerta.

—Figuras como autorizada en las cuentas corrientes...

—¿Qué?! —chillé, parpadeando al comprender lo que eso podía significar.

—Tu padre pensó que, en caso de emergencia, deberías tener firma. De ese modo evitaríamos ciertas complicaciones...

—¿No me lo puedo creer! —volví a interrumpirlo, y ¿eran imaginaciones mías o Nogales había sentido cierto placer al decírmelo?

—¿Qué hijo de la gran puta! —me secundó Natalia.

—¿Desde cuándo? —pregunté, porque necesitaba saber todos los detalles antes de ponerme en contacto con un abogado que me librara de aquella mierda.

—Hace ya unos años. Todo se ha llevado de manera legal, por si te lo preguntas. Se han pagado todos los impuestos, quédate tranquila en ese aspecto.

Me adentré de nuevo en aquella sala en la que sólo me podían ocurrir cosas desagradables, y me dejé caer en la silla. Respiré hondo, porque aquello era una pesadilla. Desde luego, librarme de todo lo relacionado con mi padre parecía una carrera de obstáculos.

—¿Esto es de locos! —mascullé, cada vez más nerviosa ante la que se me venía encima.

—Haga lo que tenga que hacer para deshacer ese entuerto —exigió Natalia.

—Como acabo de decir, no es fácil. Berenguela figura también como apoderada en dos sociedades que...

Me eché a llorar, porque ningún ser humano, por fuerte que fuera, podría con aquello. A cada palabra de Nogales mi vida se hundía un poco más. Todo mi esfuerzo a la basura. Tanto trabajo intentando que mi nombre se desvinculara por completo de las cuestionables actividades de mi padre, y de un plumazo todo se iba al garete.

Y aquello no había hecho más que empezar.

Había soportado la preguntita de rigor cuando oían mi apellido y yo siempre había mantenido la misma actitud distante, evitando dar explicaciones, dejando que mi trabajo hablara por mí. Ya nadie me relacionaba con él y cuando por fin había pasado página, el muy cabrón, desde la tumba, me arrastraba de nuevo hacia el lugar de donde tanto me había costado salir.

—Véndalo todo —dije, secándome las lágrimas—. Me da igual si ofrecen mucho o poco.

—No puedes hacer eso. Tu padre quería que tú...

—¿Ocupase su lugar? —pregunté con ironía.

—Sí —respondió el secretario, haciendo caso omiso de mi sarcasmo.

—Pues no soy una digna sucesora, yo no tengo estómago para los chanchullos. Venda —repetí—. Estoy segura de que muchos se frotarán las manos ante la posibilidad de hincarles el diente a los negocios de mi padre.

El señor Nogales me miró fijamente y después a mi amiga. Saltaba a la vista que todavía no lo había dicho todo y que para ello prefería que yo hubiera acudido sola. Pero me daba igual, Natalia conocía mis secretos y no iba a ser ninguna novedad para ella enterarse de que no todos los negocios de mi padre eran legales.

—Hay asuntos que deberíamos tratar a solas.

—Ella se queda —afirmé tajante.

—Muy bien —convino él a regañadientes.

—No se preocupe por mí, estoy curada de espantos —intervino mi amiga con una buena dosis de ironía.

Nogales reordenó los papeles, ya de por sí ordenados, que tenía delante antes de continuar.

—Al saber que querías montar una empresa, tu padre habló con los del banco para que te concedieran el préstamo.

Abrí la boca y miré a Natalia, que tenía una expresión muy similar a la mía.

—Yo lo avalé con mi apartamento —dijo ella y Nogales negó con la cabeza.

—Aun así no era suficiente para cubrir los imprevistos. A cambio, por supuesto, Ezequiel se comprometió a depositar unos generosos fondos en la entidad de forma regular para que hicieran la vista gorda en lo que al origen del dinero se refería.

—Un trato ventajoso, sin duda —farfullé, preparándome para lo peor.

—También depositamos ciertas cantidades en fondos de inversión contigo como beneficiaria, a modo de garantía extraordinaria.

—¿Y por qué no puedo venderlo? —pregunté, pues me estaba poniendo de los nervios.

—Porque algunos bienes están bajo investigación —me informó, impertérrito como siempre.

—No me diga...

Nogales torció el gesto ante el comentario de Natalia.

—Qué sorpresa —apostillé yo con sarcasmo.

—Si pusiéramos a la venta parte del patrimonio, al estar siendo investigado, nos acusarían de alzamiento de bienes.

—Esto es una película de terror —dije, negando con la cabeza, que por cierto sentía que me iba a estallar.

—Y lo peor de todo es que eres la protagonista.

Nogales fulminó, una vez más, a mi socia por sus ácidas palabras, con las cuales yo no podía estar más de acuerdo.

—¿Quién lo investiga?

—Hace ya tres años que un maldito juez decidió meter las narices en los asuntos de Ezequiel —respondió él, casi insinuando que ese ser se merecía la horca por osar molestar al gran hombre de negocios.

—¿Y por qué no se ha esclarecido ya todo el asunto?

—¿No tenía su padre una cuadrilla de caros abogados dispuestos a todo para salvarle el pellejo? —inquirió mi amiga, adelantándose a lo que yo pensaba.

—Porque ese juez se la tenía jurada —contestó Nogales.

Yo me imaginaba el motivo.

—¿Qué hizo mi padre para intentar que lo dejara en paz? O mejor dicho, ¿qué le ofreció?

—Berenguela...

—Nos conocemos y el gran hombre, como tanto le gusta llamarlo, no admitía réplica de nadie y pensaba que a todo el mundo se le puede cerrar la boca, con el incentivo adecuado, por supuesto.

—No seas mal pensada —me regañó, y torcí el gesto.

—A lo mejor quería colaborar con la justicia y no lo dejaron —terció Natalia

con su habitual tono irónico.

—Señorita Yuste, por favor. Si va a seguir ensuciando la memoria del señor Zahner, le ruego que abandone de inmediato esta sala.

—Ella se queda conmigo y no ha dicho nada que no sea cierto —intervine sin dudarlo—. Todos sabemos lo mucho que a mi padre le gustaba jactarse de tener a quien quisiera en el bolsillo y eso no se consigue sólo con buenas palabras.

—Sea como sea, el juez Castell ha intentado acceder a la documentación, la contabilidad y demás información referente a tu padre. Al no conseguirlo nos ha regalado más de tres inspecciones de Hacienda y unos cuantos registros policiales —explicó él, dando muestras evidentes de su desprecio por la justicia.

—Pero eso no lo ha detenido, ¿verdad? —pregunté, pese a que si aquel juez continuaba tirando de la manta, yo me vería implicada.

—No. Por suerte, durante toda su trayectoria empresarial, Ezequiel había entablado amistad con gente influyente y hasta ahora hemos logrado pararle los pies a ese juez.

—Joder, joder, joder... —mascullé, porque aquello se ponía cada vez peor y yo me encontraba en medio de todo.

—Tenemos que ir con cuidado, pues al morir tu padre mucha gente podría olvidar quién fue y dejarnos de lado. Además, por supuesto, están los que codician lo que tras tantos años de esfuerzo había logrado. Por eso, si nos arriesgamos a ponerlo todo a la venta, saldrían a la luz ciertos intereses que serían un buen argumento para ese maldito juez a la hora de encausarnos.

—No me meta en esto, yo no tengo nada que ver —repliqué con rapidez, porque la cosa tenía bemoles.

—Puede que sea cierto, pero a los ojos de la justicia tienes intereses económicos y figuras en documentos, por tanto, eres responsable.

—Vámonos —le dije a Natalia.

—Recapacita, Berenguela, y, por favor, déjate aconsejar por personas que de verdad te quieren —me recomendó Nogales en tono paternal, enervándome aún más.

No nos despedimos. Ambas nos largamos del maldito despacho como alma que lleva el diablo. Tenía la tentación de meterme tres o cuatro lingotazos y caer en el sopor que por unas horas da el alcohol.

—Vaya cacao —suspiró Natalia, mientras esperábamos impacientes el ascensor.

—Y que lo digas. ¿Conoces a algún abogado experto en chanchullos, negocios ilegales y compra de voluntades?

—No, ¿por qué?

—Porque necesito uno que sea muy bueno —dije, haciendo una mueca casi burlona ante la que se me venía encima.

—De momento vamos a tomar algo, porque me pinchan y no sangro —contestó ella, cuando salimos a la calle.

—Tengo el estómago revuelto, no creo que sea capaz de tragar nada.

—No vamos a comer, vamos a emborracharnos; después cogeremos la guía y miraremos en «Abogados mafiosos» a ver si hay alguno baratito.

A pesar de que estaba a punto de meterme en un lío de proporciones desconocidas, sonreí agradecida de que ella estuviera a mi lado y no perdiera su sentido del humor.

Porque nos iba a hacer mucha falta para mantener la cordura.

Capítulo 5

Fabio

Aparte de un buen amigo, Armando era un tocapelotas de probada eficacia, al que le encantaba buscarme líos cuando a mí menos me apetecía. Y aprovechaba que yo necesitaba toda su colaboración para sacar provecho. Un *quid pro quo* muy extraño, la verdad.

—Venga, tío, que he quedado esta noche —me dijo por enésima vez, en un intento de convencerme de que saliera con él.

Se había presentado en mi apartamento un viernes por la noche con la ridícula proposición de que lo acompañara a un garito de moda, y todo porque, después de unos cuantos intentos, había logrado quedar con una mujer a la que llevaba persiguiendo al menos una semana y, conociéndolo, tantos días eran todo un récord. El procedimiento habitual en esos casos era que al segundo asalto la chica en cuestión cayera o bien él se fijara en otra y punto.

—Estoy reventado —respondí, metiéndome en la cocina con él a la zaga.

Y no mentía: llevaba más de doce horas trabajando y necesitaba poder sentarme cómodamente en el sofá, poner los pies encima de la mesa y no dar un palo al agua, pero para ello primero debía deshacerme de Armando.

Cierto que él y sus apaños me habían proporcionado en más de una ocasión buena compañía, pero aquella noche no me encontraba con ánimos de desnudarme, a no ser que fuera para acostarme y dormir. Y mucho menos me apetecía follarme a una desconocida. Demasiado esfuerzo para una más que probable ridícula recompensa, pues, por lo general, a ciertas horas de la

madrugada casi ninguna andaba fina. Hacía mucho que esa etapa de meterla en caliente y punto había dejado de resultarme atractiva. Ahora buscaba algo más interesante.

—Hablas como un abuelo. Joder, Fabio, que no te estoy pidiendo nada del otro mundo.

Serví una copa de vino y se la entregué, y después llené otra para mí.

—¿No puedes apañártelas tú solo? —pregunté, y me apoyé en la encimera adoptando una postura relajada; tampoco era cuestión de acabar a malas con él.

—Ésa no es la cuestión. Me han preguntado por ti, por lo visto hay alguien que quiere conocerte.

Arqueé una ceja, porque aquel liante que tenía por amigo intentaba que cayera en la trampa apelando a mi vanidad masculina.

—No me interesa —contesté con una media sonrisa—. Las dos para ti —añadí en tono cómplice, dándole de manera tácita mi bendición para que se lo montara como estimara oportuno.

—A ver si Estela va a tener razón...

—¿A qué te refieres? —pregunté, sin estar muy seguro de querer saber la respuesta.

—A que te has obsesionado con esa mujer.

Resoplé, puse los ojos en blanco y negué con la cabeza.

—¿Desde cuándo te llevas tan bien con mi exnovia? —inquirí, no sin cierto tono sarcástico.

Estaba al tanto de que no se podían ver ni en pintura, pues Estela consideraba a Armando una fatal influencia para mí, y no andaba muy descaminada. Decía que por su culpa yo llevaba una mala vida y que mi amigo era el hombre más imbécil que había tenido la desgracia de conocer.

Había tenido que presenciar enfrentamientos entre ambos cuando por casualidad coincidíamos, algo que yo evitaba a toda costa, pero a veces era del todo imposible, ya que viviendo con ella no siempre lo lograba.

Por supuesto, Armando no se quedaba cruzado de brazos, pues me recordaba que por culpa de Estela no nos veíamos tan a menudo como antes y cosas así. Y cuando tenía la oportunidad se encaraba con ella, soltándole lindezas como que era una amargada, una controladora y la típica tía insegura.

Yo sufría, pues no resultaba agradable que mi mejor amigo y mi novia se

enzarzarán en una pelea cada vez que tenían oportunidad, aunque terminé por ignorarlos y así evitaba tomar partido por uno de ellos. Ya éramos todos lo bastante mayorcitos como para andar con esas tonterías.

—No me llevo bien con ella —replicó Armando suspicaz—. Tan sólo he decidido firmar una tregua.

—Ya —murmuré escéptico, y decidí que no merecía la pena amargarme la noche indagando más allá de lo prudente. Además, tenía en mi mano una excelente copa de vino; ¿para qué enfadarme?

—Según tu ex —continuó él, puntualizando lo de *ex*; como si yo no lo supiera—, el caso Zahner te tiene sorbido el seso.

—Sabes a la perfección que es un asunto muy serio y que exige la máxima concentración —repliqué, procurando no sonar muy a la defensiva.

—Hasta ahí de acuerdo, pero... —hizo una pausa para mirarme como sólo lo puede hacer quien te conoce desde hace siglos— ¿no lo estás llevando al terreno personal?

Negué con la cabeza.

—Eso son suposiciones; muy desafortunadas, por cierto.

—A mí no me hables como un juez —me espetó, sonriendo de medio lado.

—Pues no me interrogues —rezongué, sonriendo también.

—Estela dice que no sólo es el caso lo que te tiene obsesionado.

—¿Y qué más dice mi ex?

Armando sacó su teléfono móvil y, con una mueca de disgusto, marcó un número y delante de mis narices habló con su ligue de aquella noche y se inventó no sé qué película para darle plantón.

—Ni yo mismo hubiese creído que llegaría el día en que hiciera algo así —masculló—. Espero que al menos tengas algo decente de cena.

—¿Has renunciado a un polvo seguro por mí? —pregunté, llevándome una mano al pecho, como si estuviera realmente emocionado.

—Pues eso parece. Saca otra botella de este vino que está de puta madre y pongámonos cómodos en tu sofá. Las chicas lo hacen con helado de chocolate, nosotros con Ribera del Duero. Tenemos que hablar.

—No tengo nada decente de cena —dije riéndome y abrí la vinoteca para sacar otra botella.

—Está bien, ahora llamo a algún restaurante.

Como intuía que aquello iba a ir para largo, pasé por el vestidor del dormitorio y me quité el traje. No tenía sentido mantener una conversación de «chicos» con corbata, así que con unos vaqueros y una camiseta me acomodé en el sofá a la espera de que llegara el pedido de comida que había hecho Armando.

—Paga tú, que yo ya hecho suficientes sacrificios por esta noche —señaló cuando sonó el timbre.

Riéndome de sus tonterías, me acerqué a la puerta y vi aparecer al repartidor de pizzas. Le pagué el pedido y me fui con la comida al salón.

—Joder, podrías haber pensado algo mejor —me quejé, dejando las cajas sobre la mesa—. Qué poco original eres.

Armando sabía cómo odiaba la comida rápida, la precocinada y la fritanga. No sólo por una cuestión de salud, sino porque además comer sano no era tan complicado.

—Yo pienso con sueldo de policía y tú con sueldo de juez. He ahí la diferencia —se justificó muy ufano.

—Qué gilipollas eres a veces —repliqué riéndome—. De haber sabido que ibas a encargarte de pizzas me habría puesto yo el delantal y habría preparado algo.

—Eres el hombre perfecto, además de guapo cocinas bien. Me voy a venir a vivir contigo.

—Ni lo sueñes, amigo. Pero sí, me gusta la buena cocina y prefiero mil veces un par de huevos fritos bien hechos que esa mierda que has encargado.

—Venga, saca servilletas, que luego te pones tiquismiquis cuando se mancha algo —dijo él para dar por zanjado el asunto de mis preferencias culinarias.

Hice caso de eso último, porque era cierto. Odiaba el desorden, la suciedad y la gente que vivía rodeada de mugre. Desde que me dejó Estela vivía solo, lo que no significaba que permitiera que debajo de la cama se instalara una legión de pelusa y demás guarrerías. La mujer de la limpieza venía tres días a la semana y me lo dejaba todo como los chorros del oro, pero aun así yo me esforzaba por no manchar más de la cuenta.

Con todo preparado, nos sentamos a la mesa del salón con dos botellas de vino de reserva que no pegaban nada con la pizza; sin embargo, no quedaba más remedio que amoldarse. Por supuesto, con el televisor encendido como si de un tercer acompañante se tratara, pese a que no le hacíamos ni puto caso.

—Bueno, y ahora con el estómago lleno, vas a contarme por qué te interesa

tanto esa mujer.

—Sabes muy bien el motivo —respondí, recogiendo las cajas de cartón y llevándomelas a la cocina para dejarlo todo limpio.

—A otro perro con ese hueso, que no me he caído de un guindo.

—¿Qué otro interés iba a tener? —pregunté con ironía.

Lo cierto es que, si bien había apreciado el físico de Berenguela Zahner, como cualquier hombre haría, por cierto, no se me había pasado por la imaginación nada más, pero entre Estela dándome por el saco y Armando tocándome los cojones, iba a terminar pensando si de verdad me interesaba por algo más que el maldito caso.

—Verte limpiando la mesa con la bayeta me produce sarpullidos. De verdad, Fabio, ¿no puedes dejarlo hasta que venga tu asistenta? —me preguntó cuando regresé de la cocina con útiles de limpieza.

Pasé por alto su insidioso comentario y, tras recogerlo todo, pude sentarme más o menos tranquilo en el sofá, a disfrutar del vino, aunque lo más seguro era que mi amigo y sus peligrosos pensamientos me amargaran la velada.

—He visto el expediente de esa mujer y, sí, yo también querría llamarla a declarar. Por Dios, qué boca...

Puse los ojos en blanco.

—Pensaba que eras un profesional —comenté para pincharlo un poco.

Era muy consciente de que Armando lo era, sin embargo de vez en cuando convenía tocarle un poco la moral y así de paso desviaba el tema de conversación.

—Y lo soy, pero ahora no estoy de servicio y puedo pensar lo que me dé la gana. Insisto, tiene unos labios que, joder...

No hacía falta que me lo repitiera. Había tenido en mis manos unas cuantas fotografías. Unos labios perfectos y siempre pintados de rojo.

—¿Y...?

—¿Te estás haciendo mayor o qué? —Entrecerró los ojos y me miró con la sospecha reflejada en su cara—. Estás evitando el tema y eso confirma la teoría de Estela.

—Ya estamos otra vez...

—Te gusta, ¿no es cierto?

—Vamos a ver si te queda claro el asunto —dije, sin perder el buen humor

—: llevo años ejerciendo como juez y no es la primera vez que estudio un caso en el que aparece una mujer atractiva...

—¡Lo sabía! —exclamó triunfal—. Te parece atractiva.

—Joder, Armando, no seas bruto. Pues claro que lo es, pero de ahí a la película que te estás montando tú solito va un abismo.

—Yo sólo me baso en las teorías de tu ex, que por cierto te conoce como si te hubiera parido.

—¿Y qué dice ella? —pregunté, sin estar seguro de querer saberlo, aunque intuía por dónde iban los razonamientos de Estela.

—¿Cuánto llevas sin acostarte con ella? —inquirió Armando, dejándome momentáneamente desconcertado.

—¿Cómo sabes eso? —repliqué, porque se suponía que era algo secreto, ya que ni Estela ni yo nos dejábamos ver juntos en público. Nuestros encuentros se limitaban a follar y punto. Ni cenas ni salidas ni nada por el estilo.

Armando sonrió con suficiencia.

—Ay, Fabio, me duele tanto que me tomes por tonto... Os he observado, ¿sabes? No os comportáis como dos extraños.

—Ni ella ni yo hacemos nada malo.

—Y además con tu reacción acabas de confirmar cualquier suposición.

—Ahora resulta que sí vas a ser un buen policía —comenté, y él se echó a reír, contagiándome a mí, porque no tenía sentido negar la evidencia.

—Pues sí, señorita, lo soy. Pero por respeto a nuestra amistad te diré que en este caso no me ha hecho falta indagar mucho, Estela me lo contó un día que...

—Vaya, vaya... —murmuré con aire especulativo.

—Pues que está hecha un lío contigo, joder —terminó diciendo, y vi que le molestaba la situación de Estela.

Aquello merecía una reflexión detallada, pues a mí me ocurría algo similar.

—¿Y por qué, si puede saberse, en vez de hablar contigo no lo hace conmigo?

Armando se encogió de hombros.

—Ya sabes que lo mío no es consolar a mujeres y menos a las que me caen fatal. Pero el otro día fui a buscarte y me la encontré alicaída... Maldita sea, ¿qué iba a hacer? ¿Ponerme a discutir con ella?

—No sabía que también dominabas la faceta de hombre tierno —dije para

cabrearlo un poco, porque él siempre se jactaba de no perder el tiempo con sensiblerías.

Lo cierto era que yo tampoco, pues nunca sabía qué hacer cuando una mujer se echaba a llorar o se sentía mal. En las pocas ocasiones en las que, por causas ajenas a mi voluntad, me había visto envuelto en un episodio de enfado o malestar femenino, intentaba que se sintieran mejor y, en mi opinión, un buen polvo podía animar a cualquiera. No obstante, ese remedio sólo debía de funcionar con los de mi género.

—¡No me toques los cojones! Hombre tierno, dice... —masculló Armando, dolido por mis palabras—. En la vida he sido un tipo de éstos. Yo sólo sé consolarlas de una manera.

—Me hago una idea —contesté sonriendo.

—Pues eso, y como no se dejó, pues tuve que sentarme y escucharla.

Arqueeé una ceja.

—¿Estabas dispuesto a tirarte a Estela para que me olvidara?

—¡No! —respondió alarmado y me eché a reír—. Joder, ni loco. Yo no soy de los que fingen ser el amiguito comprensivo para meterles mano a las chicas. Además, está contigo y eso es sagrado.

—No sabes cómo te lo agradezco —respondí, sin estar del todo seguro de si esa afirmación era cierta. ¿De verdad Estela era tan importante para mí como para que me sintiera celoso si mi mejor amigo se acercaba a ella?

Nunca antes me había parado a pensar en semejante circunstancia, pero lo cierto era que no sentí ninguna inquietud ni ningún malestar al plantearme esa posibilidad, igual que cuando ella me contaba sus aventuras. Lejos de sentirme posesivo, me alegraba por Estela, o incluso me solidarizaba con ella cuando no le salían bien.

—Mira, puede que Estela no sea santo de mi devoción, pero es una buena tía y además se preocupa por ti y eso nos lleva al asunto del principio, tu fijación con la sospechosa.

Si yo me creía hábil desviando la atención, Armando no se quedaba atrás, y así, a lo tonto, nos encontramos en el punto de partida.

—Esta semana tiene que presentarse ante mí —confesé—. Su padre fue un hijo de puta esquivando la acción de la justicia, veremos cómo se las apaña ella para defenderse.

—Oh, porque no soy gay, si no... cuando hablas con tanta determinación hasta podría excitarme —se guaseó él, riéndose a carcajadas.

—Déjate de bobadas. No voy a permitir que se vaya de rositas. Ella está tan metida en el ajo como su difunto padre.

—Pero, y es un *pero* muy grande, según todos los informes, no ha aparecido hasta ahora.

—Porque es mucho más inteligente que el viejo. —Hablar de los detalles del caso me hacía sentirme de nuevo seguro y además confiaba en Armando como para hacerlo. Por supuesto, su visión de policía me venía estupendamente.

—¿Crees que ha estado dirigiéndolo todo en un segundo plano?

—Sí —respondí convencido.

—Me resulta algo extraño, pues los zorros como Ezequiel Zahner son de la vieja escuela: las mujeres en casa, la pata quebrada y atadas a la cama. Ya sabes, esas chorradas. Aunque lo último puedo llegar a compartirlo.

—No necesito detalles de tus perversiones —repliqué, borrando de mi cabeza cualquier imagen de Armando con ataduras.

—A ti te lo voy a contar —replicó, y supe por su expresión que si le pedía detalles me los daría; no obstante, si podía evitarlo, me quedaría con la intriga.

Además, yo ya tenía mi catálogo de perversiones, no me hacía falta, de momento, ninguna nueva.

—Ya sé que ese tipo era un cabrón taimado y que lo más seguro es que se esté revolviendo en su tumba al saber que una mujer se va a hacer cargo de sus tinglados, pero ante la disyuntiva de cedérselo todo a un extraño, una de su sangre...

—Sí, las chorradas esas de la sangre y demás. Vale, eso lo capto. Sin embargo, sigue siendo raro que nunca haya aparecido relacionada con los negocios del padre. Según consta, ha llevado una vida discreta, ejemplar incluso.

—Desde luego la mejor coartada —afirmé, porque era la conclusión a la que yo había llegado tras sopesar todos los documentos que me iban llegando.

—Mmm...

—Mmm, ¿qué?

—De momento no me hagas mucho caso, aunque creo que en este caso deberías andarte con más cuidado, puedes salir escaldado.

—Ya he trabajado en casos peligrosos, no creo que éste vaya a ser diferente

—dije, y él arqueó una ceja.

—No me refiero a esa clase de peligro, ya sabes que para lo que necesites te cubriré las espaldas.

—No sé si me gusta mucho eso de tenerte pegado a mí —rezongué, acabándome la copa de vino y más confuso que al principio de la noche.

Peligro. Estela. Obsesión. Labios rojos, zapatos rojos de tacón...

Definitivamente, me estaba metiendo en un lío; el problema era como siempre que tardaba más de la cuenta en encajar las piezas.

Capítulo 6

Berenguela

Buscar un abogado que dominase ciertos asuntos no me resultó sencillo. En primer lugar, porque en las guías telefónicas no había ningún apartado de «Letrados con experiencia en negocios ilegales y chanchullos varios». Supuse que alguno habría, pero dudaba que se anunciase como la especialidad de la casa y al final tuve que conformarme con el primero que pudo atenderme.

No tenía ganas de ser yo quien pusiera un anuncio por palabras pidiendo un abogado versado en negocios turbios y similares. A saber qué tipo de gente podía llegar a responder.

Natalia bromeó diciendo que con toda seguridad había más de los que yo imaginaba.

Eliseo Palazón, casualidades de la vida, había sido uno de mis clientes. No estaba muy segura de si era buena idea mezclar esas dos facetas, porque si la cosa salía mal (y tenía toda la pinta) perdería un buen cliente; no obstante, el tiempo apremiaba y no podía estar busca que te busca.

Natalia, que, aparte de hacer bromas para destensar el ambiente fue la que me sugirió el nombre, no mostró tantas reticencias a la hora de mezclar las cosas, así que levanté el teléfono y con mi voz más profesional concerté una cita.

Ya tendría tiempo de derrumbarme más tarde, cuando estuviera cara a cara con él.

Eliseo Palazón me preguntó de forma somera de qué iba el asunto y yo, para que no saliera huyendo, le dije que se trataba de una herencia complicada. Una

verdad como un templo que pareció convencerlo, de modo que me citó al día siguiente en su bufete.

No tenía la más remota idea de si él había llegado a establecer la conexión, ya que mi apellido había aparecido en los medios de comunicación debido al fallecimiento de mi padre y a nadie se le escapaba que éste había dejado un patrimonio para muchos envidiable; no para mí, por supuesto.

—Encantado de volver a verte, Berenguela —fue el cordial saludo que me dedicó nada más verme.

Me extrañó que saliera a recibirme en persona en vez de esperarme tras su escritorio, pero no quise darle más vueltas al asunto.

—Muchas gracias por recibirme tan pronto —respondí, pensando que al cabo de una media hora, cuando le expusiera los pormenores de mi visita, quizá ya no se mostrara tan amable.

Le expliqué el caso sin omitir nada. Él (debían de entrenarlos en la facultad) puso cara de póquer mientras yo le detallaba la situación en la que me encontraba. Eliseo tomaba notas en silencio, sin interrumpirme, como si lo que le estaba relatando fuera lo más normal del mundo. Quizá así fuera y la rara era yo por no haber tenido en el pasado asuntos turbios que precisaran asesoramiento legal. Me sentí un poco ridícula, pues cuando yo escuchaba cómo un cliente me contaba sus ideas a la hora de elaborar un proyecto, intentaba involucrarme al máximo, incluso llegaba a tomármelo de manera personal, pero los abogados mantienen un rictus serio aunque les cuentes que tu padre era un tipo con negocios turbios, y eso que era la parte menos mala.

—¿Cuál es el veredicto? —pregunté, tras mi larga disertación.

No me quise dejar nada en el tintero, pues pensé, no sé si con acierto o no, que en situaciones como aquélla había que dar hasta el último detalle. Como cuando vas al médico, por mucha vergüenza que te dé.

Eliseo puso cara de circunstancias. Quizá lo había abrumado con tanta información. Me retorcí las manos a la espera de sus palabras.

—Me temo que no va a ser nada sencillo —dijo finalmente, tras un corto y tenso silencio durante el que me miró de reojo y repasó sus notas, sin duda pensando en qué clase de circo me hallaba involucrada.

—De eso ya me había dado cuenta —señalé en voz baja, y no pude evitar ser sarcástica.

Eliseo tuvo la gentileza de sonreírme de manea comprensiva, aunque yo intuía que también incluía la compasión.

—Berenguela, ¿quieres mi más sincera opinión profesional?

—Pues sí, para eso he venido —respondí con sequedad, confiando en que no me dijera bonitas palabras y me despidiera después, dejándome otra vez en la casilla de salida y desesperada por encontrar el abogado que me sacara de aquella situación.

Qué fácil resultaba en las pelis americanas, en las que picapleitos idealistas luchaban contra el sistema para que sus clientes quedasen libres. Joder, aquí no era tan simple.

—Antes de nada, sé por tus palabras que esto te afecta y cuando hay una fuerte implicación emocional la cosa se complica.

—Así es —convine, asintiendo y agradeciendo aquella especie de caricia psicológica.

—No soy de esos abogados que aceptan cualquier caso sin ver antes las posibilidades de ganarlo. Odiaría que surgieran mil y unas complicaciones que dilataran el proceso indefinidamente, algo que sólo supondría gastos y quebraderos de cabeza.

Fruncí el cejo. ¿No es eso lo que dicen todos para ganarse tu confianza y después te meten en un proceso costoso del que no puedes salir?

—No me queda otra alternativa —aduje con pesar.

—Mira, Berenguela, no voy a mentirte. Puede que con suerte, con mucha suerte, logres desembarazarte de todo esto, pero lo veo muy cuesta arriba.

—¿Entonces...? —pregunté, expectante ante la solución que podía ofrecermé. Yo tenía los dedos cruzados por si era útil.

—No podemos dejarlo todo en manos de la suerte —apostilló con aire profesional.

—Me lo imaginaba —rezongué, y Eliseo sonrió de medio lado.

—La solución fácil no existe y ya sé que quieres escuchar otras palabras mucho más optimistas, pero...

—¿Pero...? —Lo animé a continuar, pues se supone que los abogados conocen mil y una triquiñuelas para sortear la ley o para interpretarla como mejor les conviene. No entendía por qué mi caso iba a ser diferente.

—Mi consejo es que aceptes la herencia y...

—¡Joder! —exclamé, y me di cuenta de que el taco estaba fuera de lugar, por mucho que se tratara del más idóneo para resumir la situación—. Perdón, sigue.

—Te he advertido que no te voy a decir lo que quieres oír —me repitió.

—Lo cual agradezco —murmuré; desbarataba todos mis planes, pero al menos podía agradecerle su sinceridad.

—El siguiente paso —continuó, en apariencia impertérrito ante mi salida de tono— es que poco a poco lo vayas limpiando todo.

Ésas eran las palabras que ninguna chica quería oír.

—¿Limpiar?

—Hacerlo legal —me aclaró con su sonrisa más seductora, y me dio la impresión de que sólo la utilizaba en casos especiales.

¿Era yo uno de ellos?

—¿Y con qué finalidad? —pregunté, desanimándome por momentos.

—Para así poder ponerlo a la venta sin ninguna complicación.

—¿Y la otra alternativa? —murmuré, aunque tal como me lo estaba pintando no parecía que existiera otro plan adecuado.

—En primer lugar, convencer a un juez de que tú no sabías nada. —Noté su escepticismo nada más pronunciar esas palabras—. En segundo lugar, tendrías que vértelas con un inspector de Hacienda, y habría que lograr que no te impusieran una cuantiosa multa. Tercero, si te la ponen, que pudieras hacerle frente sólo con tu patrimonio legal. —Recalcó lo de *legal* porque yo le había informado que ese patrimonio consistía en un apartamento hipotecado, un vehículo aún sin pagar y una cuenta bancaria decente, pero nada del otro mundo—. Y cuarto, que eso no te deje en la ruina.

Escondí la cara entre las manos, porque a cada palabra suya yo me hundía un poco más en la desesperación.

El despacho de Eliseo, a diferencia del de Nogales, tenía una decoración clásica y refinada, tal como me pidió cuando se puso en contacto con nuestra empresa. Yo me había ocupado de todos los detalles. Nunca pensé que volvería allí para tratar un asunto tan desagradable.

—¿Cuánto puede costarme?

—Tendría que ver los datos y saber qué acusaciones podrían presentar en tu contra; sobre la base de las cantidades que se te reclaman podríamos cuantificar las posibles sanciones.

—No lo dices muy convencido.

Eliseo abandonó su sitio tras el escritorio, dejando así a un lado su actitud profesional, y se sentó en una esquina de la mesa.

—Si aceptas un consejo... —dejó caer, consciente de que no me quedaba otra.

—Dime.

—Haz las cosas bien. No te dejes llevar por viejos rencores que no conducen a nada. Es mejor ceder en apariencia.

—No es tan fácil...

—Berenguela, te entiendo perfectamente, es un asunto personal que te causa dolor; pero si dejas que el lado visceral tome las riendas no solucionarás nada. Te meterás en un proceso que, además de recordarte lo obvio, puede causarte más dolor.

—¿Y cómo hago para legalizar toda esa mierda?

Eliseo me sonrió.

Por lo visto esa opción era el mal menor.

—Tráeme todos los documentos que existan y empezaremos —dijo con convicción.

Menos mal que él la tenía, porque yo no disponía ni de un ápice.

* * *

Salí de su despacho sin tenerlo claro del todo. No iba a perder tiempo, pero sí podía permitirme veinticuatro horas y una charla de chicas para pensarlo. Conduje hasta casa y metí el coche en el garaje antes de llamar a Natalia y ofrecerle un completo: cena, chocolate y charla. Mientras la esperaba, me di una ducha y me puse ropa cómoda. La noche iba a ser intensa.

Mi amiga se adelantó a mis deseos y se presentó en mi apartamento justo cuando yo comprobaba las existencias de chocolate en la despensa.

—Vengo con los pies molidos de esa obra —resopló, bajándose de los tacones—, pero por ti lo que sea.

—¿Cómo se te ha ocurrido ir con doce centímetros a una obra? —pregunté, negando con la cabeza.

—¿Y qué querías que me pusiera con este traje? —replicó, señalándose a sí

misma.

—Visto así...

—Dejémonos de complementos de moda y desembucha: ¿qué te ha dicho Eliseo?

—Vaya confianzas, ¿no?

—Tuvimos nuestros más y nuestros menos cuando le reformamos el despacho.

Arqueeé una ceja.

—Eso no me lo habías contado.

—No fue nada, un tonto pero que muy tonto. Yo acababa de romper con aquel imbécil y, oye, un buen piropo a tiempo te sube la moral. Tranquila, no me acosté con él.

—¿No? —pregunté extrañada, pues Natalia no era de las que mareaban la perdiz.

—Pues, aunque te cueste creerlo, no follé con él. Le hiqué el diente, pero por H o por B no fructificó. Venga, desembucha.

—No sé por dónde empezar —mascullé, y Natalia me dio los minutos necesarios para reorganizar mi cabeza mientras preparábamos la mesa y servíamos la cena.

* * *

—Esto estaba de muerte, chica, eres el sueño de cualquier tipo —comentó mi amiga sonriendo, tras acabarse la tortilla de patatas que me había currado—. Y eso de que a los tipos se los conquista por el estómago es cierto. Yo he abandonado a más de uno en cuanto me pedía que le preparase el desayuno.

—¡No digas bobadas! —exclamé riéndome.

—Sí, sí, tú riéte, pero es cierto. Venga, ahora atacemos ese chocolate y cuando nuestras endorfinas estén igual que si hubiésemos practicado sexo, hablamos.

Recogí toda la cocina, aunque Natalia me mirase como si fuera un bicho raro por no dejar los platos sucios en el lavavajillas y punto. Nos acomodamos en el salón con la tableta de chocolate. La mitad para ella y la mitad para mí.

—Ahora dime qué te ha contado Eliseo.

—Tengo dos opciones. La mala y la muy mala; ¿cuál te explico primero?
Natalia frunció el cejo.

—¿Y no hay una regular?

—Pues no. La mala es que si quiero meterme en un proceso largo, costoso, agotador...

—Vaya mierda.

—Y que lo digas —convine resoplando.

—¿Y la muy mala? —preguntó, haciendo una mueca.

—La muy mala, que a mí me parece denigrante, es aceptar la herencia —respondí, casi atragantándome al decirlo.

—¡No me jodas! ¿Te ha dicho eso?

—Como lo oyes —farfullé.

Asentí y le di otro mordisco a mi chocolate, a ver si era cierto que comerlo producía la misma sensación de bienestar y placer que echar un buen polvo, porque yo lo necesitaba.

—Según Eliseo, es la mejor alternativa. Hay que tener en cuenta que mi padre se las ingenió para implicarme y que me sería muy difícil convencer a un juez de que yo no sabía nada. Eso me podría acarrear, siendo optimistas, una multa considerable a la que no podría hacer frente.

—¿Y si no somos optimistas, más bien todo lo contrario?

—Si ya nos ponemos en el lado pesimista, me supondría un juicio por todo lo alto, acusaciones de estafa, blanqueo y todas esas cosas que hace la gente rica.

—Joder, joder, joder, la que se nos viene encima.

Palabras como éstas eran las que me hacían sentirme mejor. A pesar de que lo que se avecinaba era serio, Natalia se involucraba y me daba su apoyo incondicional.

—Pues eso, que estoy bien jodida —suspiré y me eché a llorar, porque ni el chocolate me proporcionaba alivio.

Mi amiga me rodeó con los brazos y me sostuvo al tiempo que la crisis de llanto, con mocos y todo, hacía acto de presencia. Me acarició la espalda y no dijo una sola palabra mientras yo liberaba vía lagrimal toda mi rabia y frustración.

No sé cuántos minutos pasamos allí sin decir nada. Como en cualquier crisis lacrimógena, hubo un momento en que ya no me quedaron lágrimas y pude

recomponerme. Cuando nos miramos a los ojos, me di cuenta de que Natalia también tenía los ojos llorosos.

—Límpiate con la camiseta —me sugirió, tras mirar a su alrededor y no ver un solo pañuelo.

—Ni hablar —repuse, y fui hasta el baño en busca de pañuelos—. Eso sería una guarrada —añadí al regresar.

—Hija, qué escrupulosa eres —me dijo en tono de burla, como si no me conociera.

No me ofendía en absoluto porque era cierto, no soportaba ciertas manías de la gente y Natalia era el paradigma del descuido. Ésa era una de las razones de que no viviéramos juntas a pesar de ser las mejores amigas. Ella era caótica en lo que a las labores domésticas se refería y yo, demasiado tiquismiquis como para encontrarme ropa sucia fuera del cesto.

—Ya sabes que me gusta el orden —contesté, sentándome de nuevo en el sofá.

—No me quiero ni imaginar cómo te lo montas para echar un polvo... Tan aséptica, tan profiláctica. Hija, que de vez en cuando hay que darle a la guarrería. Hay que sudar a gusto.

—Dejemos el tema del sexo a un lado, que llevo una época de sequía que ni te cuento —me quejé, agarrando el chocolate.

—Ah, pues por eso no te preocupes, que yo te traigo este fin de semana un buen mozo que te quite las penas y las... telarañas.

—No estoy yo para meneos, la verdad.

—Vale, lo dejaremos para el siguiente. Vayamos al meollo de la cuestión. ¿Qué has sacado en limpio tras la reunión con Eliseo?

—Que estoy jodida y que si quiero... —Hice una pausa, porque a lo mejor sólo había sido una impresión mía y Eliseo no coqueteaba conmigo, pero al final lo solté—. Este fin de semana podría tener plan.

—¿Eh?

—Ya veo cómo te fijas en lo más importante —dije con retintín.

—¿Eliseo te ha tirado los tejos? —inquirió, y creo que no se mostró muy sorprendida.

Torcí el gesto.

—Puede.

—Oye, al menos si le das una alegría al cuerpo podrás decir eso de «jodida pero contenta», ¿no?

Negué con la cabeza. El sentido del humor de Natalia ayudaba a que por lo menos durante un buen rato no se me hiciera todo tan cuesta arriba.

—No estoy muy segura de que un revolcón pueda aliviarme —farfullé, torciendo el gesto, pues no estaba yo muy convencida de que ésa fuera la solución.

—Eso que acabas de decir es un sacrilegio —me regañó sonriendo.

—A veces creo que eres un hombre con cuerpo de mujer —repliqué, poniendo los ojos en blanco.

—Mmm, lo dudo —reflexionó en voz alta, antes de aportar una explicación —: Lo que pasa es que he aprendido de ellos.

Yo resoplé.

—¿Y qué has aprendido? —pregunté con marcado tono escéptico.

—Que son mejores relativizando las cosas o buscando soluciones a corto plazo. Nos llevan siglos de ventaja en eso de ser prácticos.

—A veces tus teorías me dejan alucinada —exclamé, negando con la cabeza.

—Tú hazme caso y espabila.

—No estoy de humor —le recordé.

—¡Si Eliseo te ha pedido una cita, no te lo pienses dos veces! —me animó, como si liarme con mi abogado fuera la solución a mis problemas.

—No me ha pedido una cita —la corregí.

—Llámalo *equis*. Si te gusta, te atrae y él se ha interesado por algo más que por tus líos legales, no sé por qué vas a hacerle ascos a esa posibilidad —dijo, y se quedó tan pancha.

—¡No voy a acostarme con el abogado que tiene que arreglar todo este entuerto! —exclamé, horrorizada ante la posibilidad.

—¿Por qué? Yo sólo le veo ventajas.

—Maldita sea, porque si sale mal...

—Ay, hija, qué pesimista.

—Pesimista no, realista más bien —la contradije.

—Aguafiestas. Tú piensa en positivo, es decir, que te lo vas a pasar de puta madre; y si él también se siente así, ¿no crees que se involucrará más en tu caso?

—Lo dicho, eres un tío camuflado —repetí.

—Tú piénsalo.

Natalia me dejó a medianoche con aquel runrún en la cabeza y, si bien yo había llorado, sonreído y comido chocolate hasta hartarme, mi sentido de la responsabilidad seguía ahí y por tanto me resultó muy complicado conciliar el sueño.

Tumbada en la cama, con la luz apagada y los brazos cruzados sobre el pecho, repasaba todas mis salidas. No la de acostarme con el abogado para que éste me llevara mejor los asuntos legales, sino la clase de lío en la que me podía meter. Escogiera la opción que escogiese, todo se iría a pique, pues mi vida no volvería a ser la misma.

Mi lado visceral me impulsaba a hacer lo que había pensado desde el primer minuto, a deshacerme de todo sin importarme las consecuencias. Aunque la pregunta era: ¿estaba preparada para asumirlas?

Siempre presumía de saber tomar decisiones basándome en lo más conveniente para mí, pero creo que hasta aquel momento no me había visto en una disyuntiva semejante. Y si aceptaba la propuesta más lógica según el abogado, ¿podría soportar, anímicamente hablando, lo que luego tendría que aguantar?

Meterme de lleno en los turbios asuntos de mi progenitor suponía un duro golpe para mi orgullo, pues había jurado y perjurado que nunca me acercaría a ellos, pero aceptar la sugerencia de Eliseo implicaba ponerme al frente de todo. Tal como mi padre había ideado.

—Joder... —farfullé en la oscuridad.

Al final caí rendida, porque el cuerpo tiene una especie de botón de desconexión, y lo último que recuerdo fue una idea que se me había ocurrido y que pondría en marcha al despertar. Al día siguiente, cuando me presentara en el despacho de Eliseo, lo único que podría decirle era que me acompañara a ver a Nogales.

Capítulo 7

Fabio

No podía parar quieto. A pesar de que la lógica me dictaba prudencia, yo había cursado las citaciones para que la hija de Zahner se presentara a declarar. Antes de dar por finalizada la instrucción, quería escuchar lo que tenía que decir.

Eso era cierto; no obstante, también sentía una malsana curiosidad (malsana porque nunca antes me había ocurrido) por tenerla frente a frente y escuchar su voz. No sé cuál podía ser el motivo. O sí. Una mezcla del gusanillo de la duda que tanto Armando como mi ex me habían inoculado, y la sensación de que aquella mujer escondía algo, y no me refería únicamente a su patrimonio.

Su comportamiento parecía demasiado modélico, daba la sensación de que quisiera pasar desapercibida, pero no por los motivos evidentes, es decir, porque le convenía. No, había otra causa y cada día que pasaba crecía la intriga.

Estaba dispuesto a desenmascararla.

Me habían llegado nuevos informes sobre su actividad laboral, sus declaraciones de impuestos y sobre su expediente académico. Lo dicho, la ciudadana ejemplar a la que se le debería dar una medalla, porque, por ejemplo, su declaración de la renta era de manual, no faltaba nada. Detallista y sin rastro de fraude. O al menos a primera vista y eso era lo que, entre otras cosas, me tenía loco.

El inspector de Hacienda también se había sorprendido, pues por lo general la mayoría de los contribuyentes intentaban justificar lo injustificable. Pero Berenguela Zahner no. Incluso, según el criterio de Genaro Abad, podría haber

pagado menos. Toda una novedad.

Durante mi entrevista con el inspector Abad tuve ganas de preguntarle por un asunto más personal, pues le había oído decir a Estela que iba a volver a quedar con él. Una reacción del todo impropia; yo no tenía ningún derecho a meterme en su posible relación.

Además, desviarme del asunto principal era muy poco profesional. Sin embargo, mientras hablábamos no podía dejar de pensar en si tenían futuro como pareja. A primera vista no era el tipo de Estela, pero si algo había aprendido es que dos personas pueden llegar a intimar por muy diferentes que sean, aunque yo siempre me mostrara escéptico al respecto.

En lo concerniente a los hombres, se podría decir que mi ex tenía buen gusto, y no sólo porque hubiera estado conmigo, sino también porque siempre había sido exigente, y el tipo que me estaba proporcionando aquellos datos tributarios no parecía ser muy espabilado, o al menos ésa era la primera impresión que daba.

—¿Puedo hacerle una pregunta personal? —dijo, sacándome de mis pensamientos.

Me pensé muy bien la respuesta. No tenía por qué decir que sí, ya que allí era yo quien hacía las preguntas. Quizá el inspector se hubiese percatado de mi interés, más allá de lo prudente, por Berenguela Zahner.

Joder, si entre todos me iban a condicionar.

—Sí —murmuré con aire distraído, dando a entender que estaba empleando una fórmula de cortesía y que si la cuestión no era de mi agrado no respondería.

—No sé cómo plantearle esto...

Se levantó, visiblemente nervioso, y yo no entendía la razón.

—¿De qué se trata?

—Es sobre su secretaria...

Me mantuve inexpresivo, a pesar de que me sorprendió. Dejé los documentos que sostenía en la mano sobre el escritorio y le hice un gesto para que continuara hablando. Me moría de curiosidad por saber qué tenía que decirme al respecto.

—Sé que mantuvieron una relación en el pasado y, antes de ir más allá, quería saber si eso podría ser un motivo de enemistad entre nosotros —dijo con cautela y el máximo respeto.

Respiré y de verdad que no salía de mi asombro.

El tipo era sincero y se lo veía interesado en Estela, hasta ahí no podía objetar nada; sin embargo, conociéndola, me extrañaba que ella quisiera dar un paso más.

O puede que no la conociera tanto. A diferencia de otros meses, ése no habíamos estado juntos ni una sola vez. ¿La causa? Yo lo había atribuido a mi apatía; no era la primera vez que, debido al exceso de trabajo, pensaba en la cama como un lugar de descanso y no de placer.

Y tampoco había estado de ánimo para irme con otra, a pesar de las ofertas, incluidas las que mi mejor amigo intentaba endosarme. No, por alguna razón había entrado en un periodo de desgana sexual, algo bastante inusual en mí. Tampoco me preocupaba. Tenía toda la atención puesta en el caso Zahner y en el hombre que estaba delante de mí.

Su pregunta, lógica por un lado, me desconcertó, pues en general los hombres no hablábamos de estas cuestiones, y en segundo lugar hacerlo implicaba un grado mayor de confianza, algo que de momento no creía haber alcanzado con Genaro Abad.

—Disculpe si lo he molestado —prosiguió ante mi silencio.

—No, no es eso —murmuré, sin saber muy bien qué hacer.

Podía dar un rodeo y no llegar a ninguna parte, y ante eso el inspector no replicaría, o bien ser sincero y decirle la verdad. Sólo que esa última alternativa implicaba sincerarme primero conmigo mismo.

—Me parece lo más correcto, dadas las circunstancias —añadió y no entendí, o no quise entender, a qué se refería, de ahí que optara por dejarle las cosas claras.

—Vera, señor Abad, en general no acostumbro a hablar de mi vida privada —dije en primer lugar, para marcar las distancias.

—Yo no pretendía...

—Y añadiré que, además de desfasado, me parece que hablar de una tercera persona sin que esté ella presente cuando la cuestión la atañe, no es de recibo. Mi secretaria es mayor de edad y una mujer inteligente, capaz de decidir por sí misma.

—No quería insinuar que ella...

Por lo menos mostró un mínimo de arrepentimiento. Me molestaba que aún

quedaran tipos tan antiguos como él. ¿Pedirme permiso para salir con Estela? Por favor, eso era del pleistoceno. Quizá debería contárselo a ella, que, con su carácter, lo pondría en su sitio.

—Hablemos de lo que nos ocupa, si es tan amable —lo corté, para evitar enrarecer el ambiente.

Por su expresión deduje que no insistiría en el tema, ya que parecía darse cuenta de que había metido la pata; hasta el fondo. De todas formas, pese a que me molestara, hizo que olvidara a Berenguela y me centrara en Estela.

* * *

Cuando me quedé de nuevo a solas en el despacho, reflexioné sobre si mi ex podría ser la mujer adecuada para mí. Pensarlo de esa manera, tan, podríamos decir, aséptica, me dio pena. Quizá influido por la literatura y el cine, que desde siempre nos hacen creer que cuando encuentras a la mujer apropiada lo sabes y punto. Nada más lejos de la realidad; yo había estado con unas cuantas, es más, no me cansaba de probar, pero nunca llegaba a ese supuesto estado de seguridad absoluta que te hace tomar la decisión correcta. Lo único que podía afirmar era que, desde que me crucé con la señorita Zahner en la puerta del cementerio, me había sentido más inquieto que nunca.

Y esa sensación no me gustaba nada.

Unos golpes en la puerta hicieron que abandonara esos pensamientos poco o nada recomendables si quería mantener la cabeza sobre los hombros, y levanté la vista. Estela se coló en mi despacho y caminó hasta situarse frente a mi escritorio. No sonreía y su mirada tampoco presagiaba nada bueno.

Mala señal. Estaba guardando las distancias.

—¿Qué ocurre?

—Ha llegado esto —dijo, tendiéndome unos papeles sin la amabilidad acostumbrada.

—¿De qué se trata? —pregunté, intentando no sentirme ofendido ante su actitud manifiestamente hostil.

—Es un escrito que ha presentado un abogado. Un tal Eliseo Palazón.

No me sonaba de nada ese nombre, por lo que, a pesar de las pocas ganas que tenía Estela de hablar, me vi obligado a preguntar:

—¿Y...?

—Es el abogado de Berenguela Zahner.

Disimulé como pude mi nerviosismo, al sentirme observado por mi ex. Una situación incómoda, pues ella había sido la primera en hacerme notar mi posible obsesión con aquella mujer y cualquier detalle que se me escapara podría malinterpretarlo.

—Muy bien. Luego lo revisaré. ¿Algo más? —inquirí, esperando que Estela se relajara.

Ella no apartó la mirada en ningún momento. Yo aproveché para apreciar su atuendo y cómo aquellos pantalones de vestir grises y su blusa negra le daban un aspecto elegante a la par que muy sugerente.

—No, nada más —murmuró arisca y se dio la vuelta.

No sé si fue intencionado o no; el caso es que caminó hasta la puerta de manera lenta, provocativa, mostrándome aquel trasero que yo tantas veces había tocado, y dándome a entender que las probabilidades de volver a verlo sin ropa eran muy escasas, por no decir nulas. Ella cerró la puerta de manera correcta y mis ojos se fueron directamente a los papeles que me había dejado.

Por fin la señorita Zahner mostraba sus cartas. Ya le habría llegado la citación y por tanto habría puesto toda su maquinaria legal a trabajar, para, al igual que su padre, intentar burlar la acción de la justicia. Pero yo pondría todo mi empeño para que no sucediera. Aunque tuviera que pasar noches en vela, no volvería a pillarme fuera de juego.

Cogí el escrito, confiando en que aquella palabrería legal que tan bien conocía no fuese más que un intento, el enésimo, de echar balones fuera. Mi decisión era firme, pero debía respetar el procedimiento y perder al menos quince minutos leyendo aquello, antes de seguir adelante. Pasé por alto toda la exposición inicial, pues quería ir al meollo de la cuestión, y al llegar a ese punto me quedé ojiplático; aquello era lo último que esperaba.

Según las palabras del abogado, su representada deseaba colaborar y facilitar la labor de la justicia. Prometía no poner impedimentos de ningún tipo.

Continué leyendo y vi, como no podía ser de otro modo, la contrapartida.

Sonreí con cinismo pues, tal como yo esperaba, no eran sino buenas palabras carentes de intenciones reales. Su colaboración «desinteresada» tenía un precio: tiempo para organizarlo todo. Según el señor Palazón, su representada, tras el

reciente fallecimiento de su padre y al no haber mantenido una relación directa con él, no estaba al corriente de lo que abarcaba su herencia y, por lo tanto, le resultaba difícil colaborar si no se la ponía primero al día.

—Joder, qué lista es —murmuré.

Yo tenía dos opciones: dar por buena aquella surrealista explicación y concederles un aplazamiento, lo que me costaba muy poco. Pero hacerlo suponía correr el gran riesgo de que ella y sus colaboradores destruyeran información vital y de ese modo, en caso de que las pruebas no fueran contundentes, pudieran echarle la culpa de todo al muerto.

La segunda opción era la que iba a tomar. Seguir adelante con mi idea de que se presentara y comprobar cara a cara hasta qué punto Berenguela Zahner era tan buena escondiendo la verdad.

Cogí la estilográfica y elaboré un borrador. Me gustaba escribir a mano, me ayudaba a pensar y a encontrar las palabras más adecuadas. Luego me di cuenta de que Estela no estaría de humor para descifrar mi caligrafía, aunque no le quedaría más remedio que hacerlo.

* * *

Cuando terminé de redactar la respuesta, me levanté con la intención de llevárselo en persona. No tenía por qué hacerlo, pues venir a recogerlo entraba en sus obligaciones como secretaria; no obstante me apetecía salir del despacho e intentar que mi relación con Estela fuera algo más distendida.

La encontré pegada a su monitor, tecleando, y apenas dedicó medio segundo a mirarme. Dejé el escrito sobre su mesa y esperé a que terminase. Miré el reloj, era tarde y pronto se marcharía.

—Te invito a comer —dije, interrumpiéndola y procurando ser amable.

Pero no lo suficiente, pues vi que seguía con su actitud hostil.

—Tengo planes —murmuró, tratándome como si fuera un extraño, lo que me jodió, pues la consideraba mi amiga.

—Hasta donde yo sé, todos los días vas a comer con un par de compañeras; no creo que pase nada porque hoy aceptes mi invitación.

—Eres como el perro del hortelano —replicó, cogiendo la hoja que yo le había llevado y examinándola.

Allí de pie junto a su mesa, con las manos en los bolsillos, esperé a que se quejara por tener que pasarlo a limpio. No dijo nada. Se limitó a colocarlo en el atril y a empezar a teclear.

—Puedes hacerlo después, no me corre prisa —dije, porque era cierto.

—Ni jodes ni dejas joder —masculló.

—No sé qué demonios te ocurre estos últimos días, pero creo que en vez de mirarme como si fuera tu peor enemigo lo mínimo que podrías hacer es decirme qué te pasa. Si no recuerdo mal, somos amigos.

—Muy amigos —rezongó con sarcasmo, fulminándome con la mirada antes de concentrarse de nuevo en la pantalla.

—Mira, Estela, sabes que no soy de los que van a estar detrás de ti aguantando estupideces.

—Vete a la mierda —escupió.

Suspiré.

—Si quieres hablar conmigo, perfecto, si no, tú verás, pero procura que lo personal no nos afecte en el trabajo.

Vi cómo inspiraba hondo.

—No me afecta —murmuró.

—Eso espero. Estupideces de parvulario, las justas —añadí serio, porque odiaba las típicas situaciones pueriles en las que sólo nos faltaba sacarnos la lengua y hacernos burla, al más puro estilo niño inmaduro, en vez de decir las cosas a la cara.

Mis palabras habían sido duras, sin embargo, no estaba dispuesto a tener una secretaria gruñona y menos aún sin saber por qué. Éramos adultos, maldita fuera, las cosas se hablaban.

—Muy bien. Terminó esto y en media hora estoy lista —convino, y yo sonreí.

* * *

Para no ponerla nerviosa o que se lo replanteara, me fui al restaurante de todos los días con la intención de esperarla allí, pero cuando estaba a punto de entrar, cambié de idea. Si pretendía mantener una conversación con Estela, debía considerar la posibilidad de que nuestra charla se tornara complicada o incluso

íntima y por tanto estar a la vista de conocidos podía resultar peligroso.

Caminé hasta dos calles más allá, donde había un restaurante en el que era menos probable que nos cruzáramos con compañeros de trabajo, y le mandé un mensaje a Estela para indicarle el cambio de ubicación. Tardó dos angustiosos minutos en responderme con otro mensaje dando su conformidad.

Pedí mesa y me acomodaron casi enseguida. Me senté y me froté la cara, porque se me estaban juntando demasiadas cuestiones y la lógica me dictaba solucionarlas una a una, pero sentía que me bloqueaba, lo que me ponía de muy mala hostia, y al estar de mala hostia no pensaba con claridad, o sea, la pescadilla que se muerde la cola.

Vi entrar a Estela y quitarse las gafas de sol para buscarme con la mirada. También me percaté de cómo la observaban los camareros, y no era para menos. Aquella blusa negra, con los botones superiores desabrochados hasta el punto exacto para seducir sin ser vulgar, hacía que cualquiera se quedara hipnotizado.

—Ya estoy aquí —murmuró, sentándose frente a mí. Cogió la carta y se puso a mirarla en vez de mirarme a mí.

—Me alegro —susurré, intentando no sonar muy irónico.

Dejé que las cosas se desarrollaran con más o menos tranquilidad, así que comimos en silencio, pese a que me enervaba que nos comportáramos como dos extraños, teniendo en cuenta nuestro pasado común.

—Supongo que no me has invitado a comer para hablar del tiempo —comentó, cuando se acabó la ensalada.

De acuerdo, ella se había mostrado directa; yo podía hacer lo mismo.

—Bien sabes que no. Sólo te lo voy a preguntar una vez y, por favor, ahorrémonos marear la perdiz: ¿qué te pasa últimamente para que estés tan arisca?

—Eres tú —replicó, dejándome contrariado; era lo último que esperaba—. Sí, no pongas esa cara. Estoy cansada de que siempre seas tú quien decida cuándo nos vemos, o cuándo quieres estar conmigo.

Me recosté en la silla, porque en ningún momento había pretendido que se sintiera así. Yo no había sido consciente de ese hecho, pensaba que el nuestro era un acuerdo que nos venía bien a ambos.

—No sabía que tuvieses esa impresión de mí —comenté, a la espera de que ampliara su explicación para saber con exactitud qué quería decir.

—¿Lo ves? No cambias. —Seguía mostrándose ofendida y yo cada vez más perdido—. Nunca te preocupas por lo que piensan los demás. Sólo contemplas un punto de vista, el tuyo.

No tenía muy claro qué opinar al respecto, pues hasta donde yo sabía todo el mundo se comportaba de ese modo.

—Estás siendo muy injusta —dije en tono sosegado, y ella resopló.

—Mira, esta conversación es una pérdida de tiempo. No vas a cambiar. Perfecto. Yo tampoco. —Y me dedicó una mirada de reproche.

—Estoy haciendo un esfuerzo por entenderte, pero no me lo pones nada fácil —alegué, porque lo cierto era que sí me interesaba saber qué cojones le pasaba.

—Tú sólo haces un esfuerzo cuando te conviene —continuó reprochándome, sin explicarme el motivo.

—Estela, por favor, habla claro.

—Muy bien. Llevamos ¿cuánto, dos, tres años? fingiendo. Pues estoy hasta el gorro.

—Casi tres —precisé, empezando a vislumbrar por dónde iban los tiros.

—Y no quiero seguir así.

—Hasta donde yo sé, era una situación que nos iba bien a ambos —le recordé, pues así lo creía.

—Sobre todo a ti, que apareces y desapareces cuando te conviene. Yo soy una especie de puerto seguro cuando todas las demás te fallan. Venga, para eso está Estela, para el polvo rápido de desfogue y luego a la mierda.

—Nunca te he tratado así. Esa apreciación es injusta y lo sabes.

Bebí de mala gana de mi copa de vino. Aquella conversación no me estaba gustando nada y tenía todos los visos de ir a peor, pues ella se obstinaba en hacer recaer sobre mí toda la culpa.

—Es cómo me siento y es mejor que lo dejemos. Cada uno por su lado.

—¿Así, por las buenas?

—¿Qué esperabas? ¿Que te suplicara de rodillas? ¿Que te persiguiera?

—No exageres, Estela. En ningún momento te he tratado como quieres hacerme creer.

—Pero de un tiempo a esta parte haces que me sienta como una mierda —insistió, dejándome perplejo.

—Explícate —le exigí, un poco tenso ante esa acusación.

—De acuerdo, no somos pareja, hasta ahí estoy conforme, aunque creía que no me harías sentir como segundo plato o como una de tantas.

—Nunca lo has sido —me apresuré a aclarar, porque era bien cierto.

—Sin embargo, tu comportamiento es ése. Me miras cuando estás cachondo, y en cuanto crees que tengo la posibilidad de una relación mínimamente seria te pones posesivo y te acercas. Pero cuando soy yo quien necesita compañía o un amigo con el que pasar un rato, ni te das cuenta.

—Eso no es cierto —me defendí.

No obstante, analicé su acusación. Puede, y era un *puede* muy grande, que tuviera un punto de razón, pues había ocasiones en que me encerraba en mí mismo y no prestaba atención a nada ni a nadie.

—Ya da igual. He tomado una decisión —anunció ella, y tuve un presentimiento. Uno nada bueno.

—Te escucho.

—Se acabó, Fabio. Ya no puedo más con esta situación. Es tóxica y no estoy dispuesta a dejar que sigas mangoneándome a tu antojo.

Yo no compartía ese veredicto sobre nosotros. Me pareció injusto; sin embargo, opté por no darle más vueltas.

—Muy bien —convine y, pese a que debería haberme callado, añadí con acritud—: Le daré mis bendiciones al inspector Abad para que salga contigo.

Capítulo 8

Berenguela

Cuando me presenté en el despacho de Emilio Nogales acompañada de mi abogado, el secretario de mi padre no se mostró muy colaborador, pues nada más comunicarle mi intención intentó llevarme aparte para hacerme desistir, pero yo no tenía ninguna intención de ceder y al final tuvo que adecuarse a mis propósitos. Por no mencionar que Eliseo le paró los pies y a Nogales, poco o nada amigo de montar escenitas, no le quedó otra alternativa que hacernos pasar a su despacho.

Contábamos con muy poco tiempo, así que lo primero que mi abogado solicitó fue un informe financiero detallado sobre el entramado económico y legal, con la idea de ir descartando problemas, ya que esa parte sólo implicaba pagar los correspondientes impuestos. Lo complicado vendría después, con los negocios turbios.

Yo me quedé con la boca abierta, pues no esperaba tales sumas depositadas en bancos, en forma de propiedades inmobiliarias (un clásico del blanqueo de dinero, me susurró Eliseo), así como obras de arte e inversiones. Pero si mi sorpresa fue mayúscula al conocer esas cantidades, mayor aún lo fue al ser consciente de las ramificaciones de los negocios. Por resumirlo en pocas palabras: yo era una especie de *madame*, pues era la propietaria de un club de carretera camuflado como hostel, tres céntricos pisos alquilados a mujeres que decían ser estudiantes y un restaurante exclusivo, no por lo prohibitivo de sus precios, sino por aceptar sólo a socios, inscritos previa aprobación del

administrador.

—Madre del amor hermoso... —fue lo único que alcancé a decir cuando Nogales me mostró los documentos.

Creo que Eliseo pensó lo mismo, aunque, como abogado, supo poner cara neutra y disimular su asombro.

Yo sabía desde hacía mucho que mi padre no era trigo limpio y que su fortuna estaba basada en negocios que bordeaban la legalidad, pero jamás imaginé que hubiera montado aquella especie de *holding* basado en el alterne y el sexo.

Había sido muy listo y previsor, nada estaba a su nombre para evitar acciones legales directas, y para ello había creado una serie de sociedades para gestionar las actividades y que, en última instancia, dependían en exclusiva de sus decisiones.

Para blanquear, o al menos eso fue lo que pensé, disponía de una empresa completamente legal de suministros para hostelería, que al más puro estilo megalómano había llamado Zahnersa; esa empresa era práctica, pues de ese modo no dejaba escapar ni un solo euro.

—Yo no sabía que el vicio daba tanto dinero —comenté, a medida que iba revisando los libros contables.

Nogales, torció el gesto. Tal como le había oído decir a mi padre en alguna ocasión, eran negocios destinados al entretenimiento. El eufemismo del año.

Se mostró reacio a que yo me llevara aquellos documentos, pues según él podían caer en manos equivocadas, lo que traducido venía a decir: «No me fío de ese picapleitos que has contratado»; nada que me extrañase, ya que para el secretario de mi padre, cualquier persona ajena a la familia era considerado de inmediato un peligro, y ante eso se activaba una especie de protocolo de seguridad para preservar el «legado». Eliseo por su parte tenía toda la pinta de no dejarse intimidar.

Mi abogado tenía a su favor su diplomacia y aplomo, pues durante toda la reunión aguantó las indirectas, los desplantes y las ofensas de Nogales sin entrar al trapo y sin responderle como yo habría hecho. Con contundencia y con la ley en la mano, defendiendo, como le recordaba a la menor oportunidad, a la heredera legal, o sea, a mí.

Me gustó su forma de proceder. De acuerdo, le pagaba para que lo hiciera,

pero me hizo sentir respaldada y se podía considerar como un buen inicio.

—¿Cuál es el primer paso? —le pregunté resoplando, porque a mí todo aquello me venía grande, pero que muy grande.

Eliseo se recostó en el asiento y me miró negando con la cabeza.

—Buscar un buen asesor fiscal —respondió, dejándome más hundida en la miseria de lo que lo estaba ya.

—Éramos pocos y parió la abuela —comenté, aportando una nota de humor al más puro estilo Natalia en aquel sainete en el que estaba involucrada por un capricho del destino o, mejor dicho, por la mala leche de mi padre.

—Mira, Berenguela, sé que vamos contrarreloj, pero es imprescindible dar los pasos correctos desde el minuto uno.

—Pero tenemos que presentarnos ante el juez en menos de tres días y...

—Conozco a la persona indicada.

—Eso no será necesario —terció Nogales, que no nos dejaba a solas con la documentación bajo ningún concepto, lo que de entrada, aparte de ponernos nerviosos a Eliseo y a mí, dificultaba, y mucho, el trabajo. Parecía que le fuese la vida en ello.

—¿Por qué no? —me arriesgué a preguntar.

—Ya disponemos de un equipo asesor. Llevan los asuntos fiscales desde hace más de diez años y conocen cualquier detalle —contestó Emilio.

—No nos sirve —lo cortó Eliseo con su tono más profesional—. Tenemos que realizar nuestra propia auditoría antes de que nos la imponga el juez, y no creo apropiado que se encarguen de ello quienes, con toda probabilidad, han maquillado la contabilidad.

—Estoy de acuerdo —intervine yo, dándome cuenta de que Nogales no rebatía lo de maquillar las cuentas.

Como era de esperar, se tragó sin embargo una respuesta contundente. Si de él dependiera, mi abogado estaría en la calle con una buena patada en los huevos, pues a cada propuesta que hacía desmontaba algún cuidado detalle de las disposiciones de mi padre. No obstante, al viejo secretario no le quedaba más remedio, pues yo, como legítima heredera, disponía de potestad para hacer cuanto me viniera en gana.

La historia se iba complicando y ahora iba a entrar en escena un nuevo actor.

—Explícame otra vez por qué necesitamos un asesor fiscal —le pedí a

Eliseo, una vez que salimos del despacho de Nogales.

Él me había invitado a tomar una copa y, si bien tuve de nuevo la sensación de que no sólo quería entre nosotros una relación formal entre clienta y letrado, acepté, porque sí, me hacía falta un buen lingotazo. Entramos en una coctelería de esas modernas, nos sentamos y entonces Eliseo me lo explicó.

—Llevan años manipulando libros contables, presentando declaraciones de impuestos amañadas y a saber cuántas sorpresas más. Toda esa tela de araña toca analizarla y para ello nadie mejor que un asesor fiscal acostumbrado a la ingeniería financiera.

—Puedo llamar al contable de Natalia y mío, lleva con nosotras desde que abrimos la empresa de decoración y lo considero de fiar.

—No, no nos sirve —me contradijo Eliseo, y pagó la cuenta antes incluso de que yo probara mi cóctel. Pasé por alto el gesto y lo consideré un detalle profesional, no una maniobra de seducción.

—¿Por qué?

—Debemos mantener tu negocio cien por cien legal, ajeno a cualquier influencia. Debe funcionar al margen, como hasta ahora.

—Tiene sentido... —murmuré, saboreando la bebida a base de cava frío con no sé qué más, que estaba buenísima.

—Además, nos enfrentamos a un tinglado financiero difícil de desentrañar, porque, aparte de la imaginación que hayan empleado, nos encontraremos con las trabas que el administrador de tu padre va a seguir poniendo.

—Comprendo... —dije, notando cómo el efecto relajante de mi cóctel se iba a la mierda ante esas crudas palabras.

—No te preocupes. —Me ofreció una sonrisa y me apretó la mano—. Conozco a la persona idónea para esta misión.

—Eso espero...

* * *

Eliseo me presentó a un amigo suyo que a mí me dio la impresión de estar recién salido del cascarón, pero por lo que me contó mi abogado, era una especie de superdotado contable y el único al que conocía con la capacidad de desenmarañar todo aquello en tan poco tiempo.

Yo, a pesar de la que se me venía encima, no pude por menos de mostrarme escéptica, lo que me valió una mirada de advertencia por parte de Eliseo y otra de superioridad por parte de Santiago, el joven asesor fiscal.

—Berenguela, confía en él —me dijo mi abogado al salir del despacho del asesor.

—No, si yo confiar confío, el problema es el juez, que ya verás cómo nos busca las cosquillas.

—No te he mentado en ningún momento ni voy a hacerlo ahora —aseguró Eliseo, y yo pensé que ésa era, probablemente, la única vez que un hombre me diría algo así—. Por eso quiero que ante todo te relajes. No merece la pena que pases un mal rato antes de tiempo.

—Dicho de otro modo: que lo tengo jodido, pero me conceden tres días de prórroga. —Resoplé.

Él sonrió y me pareció más humano. No contento con eso, alzó una mano y me acarició la mejilla. Un gesto demasiado tierno para mí, que llevaba tanto tiempo sin compañía masculina.

—Sí, más o menos viene a ser eso —convino en un tono ligeramente seductor y yo me inquieté, pues por mucho que Natalia me hubiera puesto la cabeza como un bombo, yo seguía pensando que tener un rollo con mi abogado no era sino una forma de complicarme la vida.

Eliseo insistió en acompañarme hasta el aparcamiento subterráneo donde yo había dejado el coche, algo del todo innecesario, ya que no me daba ningún apuro ir sola. Acepté por no ser descortés, pese a que se me había encendido la primera luz de alarma. Él caminó a mi lado en silencio, mientras yo buscaba educadas excusas para, en caso de que se animara, rechazarlo.

Era uno de esos tipos de cuarenta y pocos con pinta de solteros, atractivo, pulcro y con una seguridad en sí mismo que lo hacía aún más interesante. Sería tentador dejarse llevar. Cerrar los ojos y ¡venga! a lo loco.

Quizá Natalia tuviese razón y, como suele decirse, luego yo seguiría estando jodida pero al menos contenta. No obstante, nunca me había comportado con esa ligereza. Aprendí hace mucho que dejarse llevar por un impulso trae amargas consecuencias y, en el caso del sexo, treinta minutos (siendo optimistas) de placer no compensaban las contraindicaciones. Si quería echar un polvo, al menos que fuera con un desconocido al que luego si te he visto no me acuerdo.

Si había que ser práctica, había que serlo hasta las últimas consecuencias. De todas formas, no estaba muy por la labor, ni siquiera sentía deseos de desnudarme, a no ser que fuera para darme una ducha y ponerme el pijama. Mi cuerpo no estaba para muchas verbenas.

Cuando llegamos junto al coche, Eliseo me volvió a sonreír y eso me puso nerviosa; aún no había encontrado argumentos para rechazarlo con cortesía. Desbloquéé las puertas con el mando, dispuesta a parapetarme tras una de ellas y decirle adiós con la mano, pero él se me adelantó y, sin atosigarme, limitó mis movimientos.

—Mi oferta para salir a cenar este fin de semana sigue en pie —me dijo sin parecer prepotente, como muchos tipos, o peor incluso, gilipollas. Algo que habría preferido, pues de ese modo tendría un motivo para decirle que no.

—Lo sé —murmuré, y exageré mi agobio por todo lo que tenía encima.

Eliseo respondió con un mayor acercamiento. Desde luego, qué mala suerte, porque una propuesta así hecha tan sólo dos meses antes hubiera sido bienvenida.

—Creo que nos vendría bien a los dos... —añadió, utilizando un tono más seductor.

Inspiré hondo y esbocé una sonrisa triste que él debió de malinterpretar, pues sentí cómo acercaba su boca a la mía. No hacía falta ser muy espabilada para saber que iba a besarme.

Lo hizo y no opuse resistencia. En cierto modo me sentí halagada y, como un beso bien llevado, por supuesto, no tiene por qué significar nada más, me dejé llevar. Como manda el manual del buen amante, me sujetó de la nuca para reajustar posiciones y así el beso cobró mayor intensidad. Eliseo no besaba nada mal, se mostraba paciente, nada de robar el aliento o avasallar. Se podría decir que era perfecto.

Su mano fue moviéndose por mi espalda hasta detenerse justo en la cintura, como si esperase mi aprobación para bajar un poco más. No hice nada y él se lo tomó como un sí. Noté su mano en el trasero, separándome del coche para acercarme a su cuerpo.

Todo iba según el guion habitual en estos casos. Todo, y de ahí que no consiguiera conectar con él. Estaba segura de que el siguiente paso sería frotar su entrepierna contra mí para que me fuera haciendo una idea de su erección. En

efecto, así sucedió, y como a continuación vendría un tanteo sobre mis pechos, decidí que ya no quería seguir. Era agradable, sí, pero previsible.

Aunque todo en mi vida era tan previsible que no podía quejarme. Permití que su mano se colara por el escote de mi blusa. Mis pezones reaccionaron con timidez a su contacto, no con la fuerza que se presupone en estos casos.

—¿Berenguela?

—¿Mmm? —murmuré, a falta de otra cosa mejor que decir.

—Me parece que... —me dio un último beso en los labios y añadió mirándome—, mejor lo dejamos para otro momento.

Esbocé una sonrisa de disculpa y evité pronunciar palabras que me harían sentirme aún más ridícula, tales como «estoy cansada» o el clásico «no sé qué me pasa últimamente», y así no tener que obligarlo a decir lo de «no pasa nada, es comprensible».

Eliseo se apartó de mí. Al menos no vislumbré en él una expresión de enfado ni nada similar. Tampoco de pena, y preferí despedirme a decir alguna estupidez o, peor aún, a terminar follando en el coche sólo por quedar bien.

Él esperó a que yo maniobrara antes de marcharse caminando y yo aceleré, dispuesta a llegar al apartamento cuanto antes. Pero por una de esas cosas del subconsciente, me entró una especie de curiosidad malsana y acabé conduciendo hasta el club de carretera que ahora era de mi propiedad: El Miami; menudo nombre, todo un derroche de imaginación, desde luego.

Nunca hasta entonces me había fijado en sitios como ése. Daba por hecho que existían, era inevitable, si bien no me había parado a pensar con detenimiento. Puede que el nombre del establecimiento fuera demasiado obvio o influencia de la serie de los ochenta *Corrupción en Miami*, que le iba al pelo, pero desde luego allí habían gastado, en lo que a la construcción se refería, un buen dinero. No daba grima ni la sensación de hotelucho cutre.

Me quedé sentada en el coche, en el aparcamiento exclusivo para clientes, observándolo todo. Me fijé en los vehículos allí aparcados, nada de utilitarios que no pasarían la ITV. También miré a los clientes, todos hombres, unos mejor vestidos que otros, y, lo más sorprendente, algunos de ellos eran jóvenes e incluso atractivos, detalle que me llamó la atención, pues no entendía por qué tipos así acudían a un prostíbulo, por mucho derroche arquitectónico que tuviera.

Mi curiosidad iba en aumento y hasta tuve el peligroso pensamiento de

bajarme del coche y entrar, a lo que nadie me pondría ningún impedimento, ni siquiera el gorila que había a la puerta y que llevaba encima esteroides para dar y tomar.

Unos golpecitos en la ventanilla me sacaron de mis pensamientos y me alarmaron al mismo tiempo.

—Me parece que hoy vas a llegar tarde a trabajar —me dijo un tipo sonriente, eso sí con un cuestionable corte de pelo, muy similar a esos que se hacen los futbolistas horteras.

—Me parece que se confunde —repliqué, y comprobé de reajo que los seguros del coche estuvieran echados.

Él, sin la menor vergüenza, me sonrió y desde luego parecía gustarle lo que veía, pues hizo un gesto de asentimiento, como si yo hubiera aprobado a saber qué examen. Me puse nerviosa ante su descaro y llevé la mano a la llave de contacto, dispuesta a salir de allí quemando rueda si era preciso.

De nuevo golpeó en el cristal para llamar mi atención.

—Eres nueva, ¿no?

—¿Cómo?

—Y un poco tímida por lo visto —añadió, y me di cuenta de lo que aquel tipo se creía que yo era, aunque, si se hubiera desarrollado en cualquier otro contexto, las frases utilizadas serían de lo más habitual, pues en ningún momento me habló de forma grosera.

Arranqué el motor y eso lo sorprendió. Parpadeó un segundo y después frunció el cejo.

—Oye, ¿no serás una de esas periodistas entrometidas?

Negué con la cabeza y metí primera. Vi de reajo cómo el gorila de la puerta se fijaba en nosotros, lo que significaba que en menos de un minuto lo tendríamos acercándose al coche para interesarse, y el *modus operandi* de esos tipos no suele ser preguntar primero, así que decidí marcharme antes de que todo se complicara y acabaran descubriendo quién era.

* * *

Mientras conducía de regreso a casa, me sentía nerviosa y me di cuenta de que necesitaba una amiga con la que compartir mis experiencias de tantos días.

Conociendo a Natalia, no quería interrumpir nada en su apartamento, así que la llamé para ver si estaba disponible. Cuando me dijo que sí, le hice prometer que no prepararía nada de cena y que yo me encargaría. Hice una parada rápida en un supermercado, compré lo necesario para una cena saludable que yo misma me encargaría de cocinar y subí al piso de mi amiga.

—Pasa, pasa, ¿qué traes ahí? —preguntó ella, señalando las bolsas.

—La cena —respondí, y me señaló la cocina, porque si bien Natalia podía comer precocinados día sí y día también, nunca se negaba a una buena comida casera, siempre y cuando yo la preparase.

Me dejó un delantal y me metí en faena mientras repasábamos algunos temas de trabajo, a los que por desgracia yo no podía atender como me habría gustado. Por suerte, ella, siempre a mi lado, se estaba haciendo cargo de mis clientes para que todo continuara funcionando. Así que preparar la cena era un pago ínfimo, comparado con lo que Natalia estaba haciendo por mí.

Una vez sentadas a la mesa y servida la comida, me dispuse a contarle mis andanzas en el aparcamiento del club.

Ella se rio con disimulo, luego abrió los ojos como platos, me llamó *gilipollas* y hasta me pidió la dirección del club para ir también a darse una vueltecita.

—Chica, te pasa cada cosa... —concluyó, empezando a recoger los platos.

—Lo dices como si tuvieras envidia —contesté, porque ella se lo tomaba de una manera muy diferente de la mía.

—¡Pues claro que te envidio! —exclamó, mirándome como si yo estuviera mal de la cabeza por dudarle.

—Mira que te gusta exagerar...

—Y a ti dar por el saco. ¡Te quejas por haber recibido dos propuestas interesantes en menos de una hora! Joder, Berenguela, que tienes una edad. No puedes comportarte como una veinteañera insegura.

Yo gruñí.

—Según tu versión, no autorizada para todos los públicos, debería habérmelo montado con Eliseo en un parking y después, si no aceptar, al menos considerar la propuesta de un desconocido; ¿es así?

—Lo pintas como si fuera algo malo —respondió en tono condescendiente.

—Pues mira, el próximo día que me pase algo así, cojo, te llamo y

compartimos —dije con ironía.

—No me parece mala idea —contestó para mi desesperación.

—Mejor cambiamos de tema, porque al final terminaremos discutiendo —resoplé, porque había ido allí buscando tranquilidad y con la actitud de Natalia más bien iba a acabar más desesperada aún.

—De acuerdo, porque cuando te pones mojigata, no hay quien te aguante. Hala, cuéntame qué tal es ese nuevo asesor fiscal que has contratado y, sobre todo, qué modelito vas a llevar el día que te presentes ante el juez.

Capítulo 9

Fabio

En situaciones como aquélla, quien debería estar nervioso no era yo, sino el que debía comparecer ante mí. Miré el reloj por enésima vez, faltaba apenas una hora para que la señorita Zahner y su más que probable corte de abogados se presentaran.

Siempre repasaba con antelación cualquier caso que estuviera llevando; no obstante, en esa ocasión fui mucho más puntilloso. Me había asegurado de tener cualquier documento a mano, debidamente contrastado. Aun así, me sentía intranquilo, como si hubiera quedado algún fleco. No me gustaba nada esa sensación. Era como si tuviera por delante una partida de póquer sabiendo que mis oponentes hacían trampas y que yo tendría que estar más pendiente de descubrirlos que de mi juego.

Estela, que me conocía como la palma de su mano, me había traído a primera hora tres tilas bien cargadas. Le di las gracias, pasé por alto la ironía del gesto y me tomé la primera. Por supuesto, ese brebaje me puso de mal humor y yo mismo fui en busca de un café como Dios manda.

El encuentro se iba a celebrar a puerta cerrada, sólo me acompañaría mi secretaria para ir tomando nota de todo. Las palabras eran primordiales, pero más aún los gestos, la actitud de quien las pronunciaba; de ahí la importancia de estar atento a cada mínimo detalle en el comportamiento de los comparecientes. El lenguaje no verbal podía resultar tan esclarecedor como las palabras.

Estela entró en el despacho. Dada nuestra fría relación, llamó y esperó a que

le autorizara la entrada. Era su segunda visita de la mañana, todo un adelanto. Su actitud me puso de mala leche, pues consideraba innecesaria tanta formalidad; sin embargo, sabía que su comportamiento era una especie de castigo silencioso hacia mí. A eso añadía miradas fulminantes y llamadas de teléfono a su nuevo novio, el inspector Abad, dejando la puerta entornada para que yo me percatara de todo. Me daba igual si por teléfono se decían ñoñerías románticas o palabras picaronas, lo que de verdad me sacaba de mis casillas era su actitud hacia mí. Ya no podía considerarla ni una amiga. La echaba de menos y ella lo sabía.

—Buenos días —la saludé amable, mientras Estela se acomodaba en su puesto, a mi izquierda, delante del ordenador y dispuesta a transcribir todo cuando se dijera.

No me dedicó ni una mirada.

—Buenos días —me respondió seca, concentrándose en la pantalla del ordenador.

En cuanto pasara el asunto Zahner tendría que hablar con ella y aclarar la situación. Si de algo podía presumir era de que nunca dejaba las cosas a medias, y Estela era una parte de mi vida demasiado importante como para que acabásemos de ese modo.

En ese instante pitó un móvil y yo sabía que no era el mío, pues lo había dejado en silencio en el cajón del escritorio. Estela era consciente de que debería haber entrado en mi despacho con el suyo también apagado, pero era otra forma sutil de joderme. Yo podría haberle reprochado ese feo gesto y hasta sancionado; no obstante, hice la vista gorda. Era una provocación en toda regla, una forma de iniciar una discusión en la que yo no iba a entrar. No merecía la pena.

—Disculpa —dijo ella, mirando la pantalla y sonriendo como suelen hacerlo las chicas cuando reciben un mensajito de su chico. Puede que fuera de una amiga, pero me dio la impresión de que no lo era.

Puse los ojos en blanco e hice un gesto restándole importancia. Aún íbamos bien de tiempo y no pasaba nada por que respondiera. Y a pesar de mis esfuerzos por recordarme que no me concernía, terminé preguntando:

—¿Más mensajes de tu novio el inspector de Hacienda? —Pronuncié *inspector* con cierto tonito para provocarla. La espera me estaba desquiciando y, aun sabiendo que metía la pata al formular la pregunta, no pude contenerme.

Estela me miró con cara de «eres tonto y aún no lo saben ni en tu casa».

—No es de tu incumbencia, pero no, no es del inspector —dijo y, tras dedicarme esos cinco segundos, se concentró de nuevo en la pantalla del móvil.

Curioso, me dije, había negado una parte, aunque no toda la hipótesis.

—Pensaba que os iba bien —añadí con cierto desdén, como si estuviera hablando para pasar el rato, aunque en el fondo quería saber quién era su interlocutor.

Estela se encogió de hombros.

—Más o menos —murmuró distraída, más preocupada por responder el mensaje.

Empecé a tamborilear con los dedos sobre la mesa, porque así no íbamos a ninguna parte. Necesitaba su apoyo, maldita fuera, pero ella parecía estar pasándoselo en grande con su actitud misteriosa, ocultando información de manera conveniente, para tenerme así más expectante.

En general yo sabía que Estela tenía relaciones con otros hombres, pero al ser esporádicas me sentía seguro, pues la seguía teniendo junto a mí cuando quería. Un planteamiento egoísta, desde luego. Ella lo había denominado *relación tóxica*. Daba igual, la seguía considerando parte importante de mi vida, pese a que desde nuestra última conversación todo se hubiese enturbiado de tal manera que sentía que la iba perdiendo. Era muy consciente de ello, lo sabía, pero tampoco me atrevía a dar el paso definitivo. No sé si por comodidad o por miedo a que me mandara a la mierda de manera irrevocable, rompiendo cualquier posible lazo. De todas formas, mi atención ahora estaba centrada casi en exclusiva en el caso Zahner; pasado aquello, tendría que atender a Estela.

Sólo esperaba que no fuera demasiado tarde.

Sonó el teléfono de mi escritorio y ella, ejerciendo de eficiente secretaria, se adelantó para responder. Estuve a punto de arrancárselo de las manos, aunque me contuve.

—Me dicen desde la centralita que la señorita Zahner ya está en el edificio, pasando el control —anunció, y creo que se regodeó al decirlo.

Respiré y evité el contacto visual con ella, pues era muy consciente de que estaría muy pendiente de mis reacciones. Me estiré los puños de la camisa y me puse cómodo en el sillón. Mi «eficiente» secretaria me hizo una seña, dando a entender que lo tenía todo dispuesto.

Sonaron unos golpes en la puerta. Sin saber cómo, mi tensión se había

elevado. Dije un «adelante» que no sonó tan firme como debería y la puerta se abrió. Y lo primero que vi fue el uniforme de uno de los bedeles; me removí en el asiento impaciente.

Cuando el conserje se hizo a un lado, no la vi a la señorita Zahner. En su lugar apareció un hombre con un maletín, que debía de ser su abogado. Recordé el nombre: Eliseo Palazón.

—Buenos días, señorita —me saludó con todo el respeto que se esperaba de una situación semejante.

—Pase, por favor —indicó Estela.

—Gracias —murmuró el abogado.

¿Dónde cojones estaba ella?

Cierto que podía aparecer sólo el letrado, pero, joder, quería que aquella mujer estuviera allí, frente a mí. Deseaba saber qué rebuscada y ensayada explicación daría a las preguntas que yo le formularía, pero sobre todo tenía una inquietante curiosidad por escucharla, por observarla.

Maldita fuera, Estela y el tocapelotas de Armando iban a tener razón.

Y cuando ya lo daba todo por perdido, medio escondida detrás del abogado apareció Berenguela Zahner. Llevaba los mismos zapatos rojos de tacón, a juego con sus labios, del cementerio. Me miró durante apenas dos segundos antes de desviar la vista, como si se sintiera cohibida, algo totalmente fuera de lugar, pues debía de saber muy bien cómo defenderse. Les hice un gesto para que tomaran asiento frente a mí. Ella esperó a que su abogado le indicara en cuál de los dos asientos hacerlo y luego obedeció. Parecía un corderito manso. Una buena actuación, sin duda, para dar una imagen de humildad que distaba muy mucho de la realidad.

—Empecemos —dijo Estela—, si a su señorita le parece bien —añadió, al darse cuenta de lo impertinente que había sonado y que era yo quien debía manejar la situación y no ella.

Asentí y le advertí con la mirada que no toleraría más salidas de tono en presencia de otras personas.

Comenzamos con las formalidades de rigor para el expediente. Yo conocía al dedillo los datos personales de Berenguela Zahner, incluida su dirección. Un dato que no debería tener especial relevancia, pero la tenía, pues según el Registro de la Propiedad vivía en un apartamento más bien modesto e

hipotecado, lo que no cuadraba con una persona que disponía de ingresos millonarios y con un amplio patrimonio inmobiliario.

Estela le devolvió el documento de identidad y ella lo guardó. La vi nerviosa. Esquivaba todo el rato mi mirada y se retorció las manos. Llevaba el pelo recogido en un moño tan prieto que con toda seguridad tenía hasta que hacerle daño.

Comencé entonces a formular preguntas sencillas, sólo quería comprobar cómo se comportaba. Se la veía insegura, pese a que su abogado en todo momento la apoyaba con gestos que me parecieron cómplices en exceso. Quizá fuera una estupidez, pero fue la sensación que tuve. Estela, a mi lado, tecleaba sin descanso. Puede que no se estuviera dando cuenta de nada, mientras que yo no apartaba la vista de Berenguela Zahner.

A veces, cuando finalizaba una respuesta, yo tardaba demasiado en formular la siguiente pregunta. Un silencio que se podía pensar que utilizaba para analizar la cuestión, si bien la realidad era muy distinta.

No lograba conciliar la imagen que los papeles me mostraban con la de la mujer que tenía delante. Daba la impresión de que muchas de las preguntas le parecían extrañas. Su abogado estaba en todo momento al quite y justificó la vacilación de ella al responder diciendo que hacía poco que se había puesto al frente de los negocios de su padre. Técnicamente eso era cierto, pero en muchos casos, los segundos al mando conocían tan bien o mejor los detalles que el propietario. Fui planteando todas las cuestiones que me preocupaban y ella intentaba darme respuestas convincentes, mientras yo veía que se estaba derrumbando poco a poco. Incluso algunas lágrimas acudieron a sus ojos.

Joder, de no haber leído los miles de folios que me habían ido llegando, hasta podría haberla creído.

—¿Quiere beber un poco de agua? —preguntó Estela, al percatarse de su, bajo mi punto de vista, fingido apuro.

—Sí, muchas gracias —dijo en voz baja con educación.

Parecía tan afectada que si continuaba con su papel acabaría haciéndome dudar incluso a mí.

Un lujo que no podía permitirme.

Su abogado me entregó un documento, firmado por un asesor fiscal, según el cual la señorita Zahner había dado instrucciones de que se auditara toda su

herencia, con el fin de regularizarla. Lo leí de forma somera y lo dejé sobre el resto de los papeles.

—Acaba de declarar que la reciente pérdida de su padre ha sido el motivo por el cual se ha puesto al frente de sus empresas; ¿desde cuándo tiene conocimiento de la naturaleza de las mismas?

—Hace años que lo sospechaba —murmuró, y pareció avergonzada al admitirlo—. No obstante, hasta ahora no he sabido el verdadero alcance de todo.

Eso me desconcertó. ¿Sabía cómo ganaba su padre el dinero, se había mantenido al margen durante años y ahora, como si nada, se ponía al frente de todo el tinglado?

Desde luego, a declaraciones contradictorias no la ganaba nadie.

—Señoría, mi defendida quiere hacer constar, en la medida de lo posible, su más firme intención de colaborar para que no quede rastro de duda —intervino otra vez el señor Palazón.

—Ya me ha quedado claro ese punto —respondí, porque era una fórmula demasiado utilizada como para creerla. Todos decían querer colaborar, pero luego, cuando enviaba a la policía judicial a hacer un registro, ponían mil trabas.

Durante las siguientes tres horas mantuve un tono escéptico, pues a pesar de que la señorita Zahner respondía sin eludir la cuestión principal, daba la impresión de que todo formase parte de un guion bien estructurado. Gestos de nerviosismo mezclados con respuestas precisas, una combinación perfecta para salvar el expediente.

Cada vez que nuestras miradas se encontraban, ella apartaba la suya con rapidez, como si temiera que yo descubriera algo más de lo que su fachada mostraba. En otras ocasiones incluso me pareció ver que se sentía incómoda siendo el centro de atención, aunque no por las razones obvias (a ningún sospechoso le gusta), sino más bien por ser una mujer discreta. Pero sin duda el detalle que más me llamó la atención fue cómo torcía el gesto cada vez que se mencionaba a su padre. Intentaba controlarse, pero no lo lograba. Hasta me pareció ver que mostraba cierto desprecio hacia su progenitor.

Desde luego, aquello tenía múltiples interpretaciones, desde la más evidente, que estaba cansada de permanecer a la sombra y ahora que el viejo había muerto por fin podía llevar a cabo sus ideas, hasta la menos probable: que estuviera diciendo la verdad y encontrarse en aquella tesitura fuera una especie de castigo.

De todas formas, no quería elaborar una teoría rápida y, por ello, pese a que podía meter la pata, concedí la petición que me hizo el abogado de darles un plazo de tres meses, durante los cuales se comprometían a auditar las cuentas y a entregarme los resultados.

Acceder a su petición, por supuesto, no descartaba que yo continuara investigando y que si llegaban a mi despacho informes que pusieran en duda sus afirmaciones o que revelaran una estrategia falsa, pudiese tomar cartas en el asunto de inmediato.

* * *

—Interesante —murmuró Estela a mi lado, cuando nos quedamos a solas.

Me dio la impresión de que le producía un gran placer regodearse con mis reacciones, que yo había creído controladas y, muy a mi pesar, no había sido así.

—¿Perdón? —pregunté distraído, como si la cosa no fuera conmigo.

—He dicho *interesante* —repitió, mientras terminaba con sus labores de secretaria, lo que hizo con rapidez y eficiencia. Después se puso en pie y me miró arqueando una ceja.

—¿Podrías explicarme por qué lo dices? —inquirí, consciente de que Estela aprovecharía la circunstancia para atacarme; pero, viendo el lado positivo, al menos me hablaba y eso ya era un avance. Con un poco de suerte, hasta podría desviar la conversación y situarme en temas más seguros.

—Porque me ha parecido la declaración más extraña que he presenciado —dijo.

—¿Por qué lo crees? —me atreví a preguntar, arriesgándome a que la respuesta me enfadara y a terminar discutiendo con Estela, que era lo que menos deseaba.

—Porque no has apartado los ojos de ella —afirmó convencida y dando a entender que mi interés iba más allá de lo profesional.

Era cierto, de ahí que no me defendiera alegando motivos tales como que siempre me gustaba observar a los sospechosos o que era lo normal en esos casos. Me encogí de hombros queriendo constatar que su opinión me traía sin cuidado.

—Lo normal es que esté pendiente, no sólo de la declaración, sino también

de los gestos —alegué, y sonó demasiado manido incluso para mí.

—De verdad, Fabio... Que me haga la tonta no significa que lo sea.

Estela sonrió con cierto aire socarrón y se levantó de su asiento para ofrecermé, otra vez, un contoneo de caderas de lo más perverso, mientras se dirigía hacia la puerta. Un descarado «se mira, pero no se toca» que funcionó. Su vestido gris de punto era una especie de segunda piel y las botas negras de tacón alto, un complemento igualmente provocador, pues sólo dejaban ver una mínima porción de piel entre el dobladillo y el final de la bota. Y yo sabía de primera mano cómo eran esas piernas y que nunca llevaba pantis. Estela los odiaba. Yo también, supongo que por diferentes razones.

* * *

Me quedé solo, recostado en el sillón, y me aflojé la corbata. Después me pasé las manos por la cara, intentando aclararme las ideas. Como no tuviera cuidado, todo aquello se me podía hacer muy cuesta arriba, pues Estela se había percatado de que mi interés por Berenguela Zahner iba más allá de su expediente judicial.

Al principio habían sido suposiciones, datos basados en apreciaciones de otros, pero al tenerla allí enfrente me había dado cuenta de que no era tan inmune como me creía. Ahora conocía el tono de su voz, sus gestos..., y a pesar de la prudente distancia que nos separaba, el escritorio para ser exactos, cada segundo había sido plenamente consciente de su presencia.

El timbre del teléfono hizo que abandona mis pensamientos, lo que por otro lado podía ser beneficioso para mi estabilidad mental.

—Hola, Fabio, ¿te pillo en mal momento? —Era mi hermana Marcela.

—Depende —contesté, esbozando una sonrisa.

—Verás, este fin de semana es el cumpleaños de mamá y sé que me había comprometido a comprarle yo el regalo, pero...

—Joder... —mascullé, temiéndome lo peor.

—Oye, que no es por capricho. Me han cambiado el horario de los vuelos y no llego hasta el viernes a medianoche. No me da tiempo a ir de compras

—Marcela, maldita sea, yo no tengo ni pajolera idea de qué comprarle a mamá.

—Habla con Estela, ella seguro que te ayuda. Además, vendrá contigo, ¿no?

—Me temo que en ese aspecto...

—¿Otra vez la has vuelto a engañar?

Resoplé. Por lo visto todo el mundo me creía una especie de picaflor incapaz de mantener la bragueta cerrada y de ser fiel.

—No —le contesté, para que no continuara indagando—. Baste decir que no estamos en nuestro mejor momento.

Entonces fue su turno de resoplar.

—Vale, lo que tú digas —dijo, sin darme siquiera el beneficio de la duda.

—Odio ir de compras.

—Y yo.

—Pues compra algo en el aeropuerto. Cualquiera cosa.

—No se trata de un regalo de compromiso. Maldita sea, Fabio, que es mamá.

—¿Y adónde cojones voy?

—Pues a un centro comercial, señorita —me replicó con guasa, utilizando el tratamiento a modo de burla. Tal como hacía siempre que podía.

—Dame alguna idea, no sé, ¿un perfume? —sugerí, recurriendo a los clásicos y lamentando que Estela no pudiera, ni quisiera, echarme una mano. Ella ese imprevisto lo solucionaría en un abrir y cerrar de ojos.

—Mira que eres ridículo. Busca algo que sea bonito. Bueno, te dejo. Un beso, Fabio. Nos vemos en cuarenta y ocho horas.

Y sin más me colgó el teléfono dejándome a mí con el marrón y sin tiempo, pues apenas quedaban dos días. De haber faltado más, como todo buen hijo, habría recurrido a una página web especializada en regalos, pero ya no era posible, así que tendría que ocuparme personalmente del asunto.

Pensé en llamar a Armando y pedirle ayuda, pues él también, como hijo, habría pasado por ese trance. No obstante, desestimé la idea, ya que si ir de compras me ponía enfermo, acompañado de mi amigo sería mucho peor.

—Joder...

Capítulo 10

Berenguela

—Mierda —murmuré, tras probarme el último vestido de cóctel que tenía en el armario; uno de hacía al menos tres temporadas.

Me quedaba como el culo a pesar de ser elegante, sofisticado, negro y de corte clásico, justo lo que se precisaba para la inauguración de un estudio de arquitectura al que nos habían invitado a Natalia y a mí. La típica recepción en un hotel de lujo, donde ver y dejarse ver, hacer contactos y repartir sonrisas acompañadas de tarjetas de visita.

Un acto protocolario adecuado para captar nuevos clientes y, de paso, despejarme un poco, pues llevaba una temporada bastante aburrida y sin apenas más ocupación que mis obligaciones. Ya iba siendo hora de abandonar la rutina, ponerse de tiros largos y disfrutar de buena comida, bebida y, a ser posible, de una buena compañía. Aunque a nadie se le escapaba que en tales saraos siempre, como si se estipulara en la invitación, aparecían gilipollas y esnobs varios, dispuestos a dar la nota.

Había ido a fiestas como ésta en muchas ocasiones, pero ahora, al encontrarme en una situación anímica tan complicada, se me hacía muy cuesta arriba, ya que lo que el cuerpo me pedía era encerrarme en casa y no hacer nada. Pero mi socia y amiga había insistido, y con toda la razón, que para nuestro negocio era imprescindible que acudiéramos a ese tipo de eventos, pues relacionarse mucho y bien era tan importante como hacer un trabajo impecable. Además, Eliseo se había ofrecido a acompañarme. El galán perfecto para una

noche *a priori* interesante.

Con lo que yo no contaba era con haber adelgazado casi cinco kilos y, claro, ninguno de los vestidos me quedaba bien. Me venían holgados y en actos como aquél, la apariencia lo es todo. Algo que para cualquier otra habría sido motivo de alegría, para mí no lo era, pues significaba que el agotamiento, las noches en vela y las preocupaciones me pasaban factura y que mi cuerpo tenía un límite.

Así que tuve que contenerme para no mandarlo todo a paseo y acabé saliendo de compras un viernes por la tarde, algo que siempre me agobiaba. ¿Y a quién no? A la hora de elegir vestuario, optaba por lo más básico, nada de preocuparme por las tendencias. Comodidad y elegancia. Excepto en los zapatos, que era donde arriesgaba un poco más. Una pequeña concesión.

Marqué el número de Natalia para que me acompañara, pues a ella le encantaba eso de perderse en una galería comercial. Era capaz de probarse media tienda y no comprar nada, al contrario que yo, que siempre me ponía una especie de reto: encontrar antes de una hora lo que buscaba, nada de entrar en veinte sitios.

—Lo siento, Berenguela, pero ando muy liada —se disculpó Natalia, y por su tono supe qué clase de líos tenía (con un hombre, seguro) y no insistí, aunque temía tener que lanzarme sola a la inquietante aventura del *shopping*.

—Vaya por Dios... —murmuré, suspirando resignada.

—Tranquila, podrás tú sola —me animó ella.

—Lo dudo...

Como era de esperar un viernes por la tarde, aquello estaba hasta los topes. Para poder estacionar tuve que dar tres vueltas al parking. Y luego, armada con dosis extra de paciencia, entré en los grandes almacenes dispuesta a ir directa a la sección de moda femenina, cruzando los dedos para encontrar el vestido perfecto en el menor tiempo posible y que no necesitara ningún tipo de arreglo.

No iba yo muy animada ni con muchas esperanzas, pues todas las señales me indicaban que aquello sería una ardua tarea, por no decir imposible. No me equivoqué en mis pronósticos: nada más poner un pie en la planta indicada, se me cayó el alma a los pies; allí estaban congregadas todas las mujeres del planeta en busca de lo mismo que yo. O esa impresión me dio. Resoplando con disimulo, me adentré en aquella jungla de expositores y fui avanzando hasta los vestidos de cóctel. Me costó un buen rato, porque dos mujeres como loros

estaban manoseando todo el género sin intención evidente de comprar, por lo visto, sólo querían pasar la tarde y perder el tiempo, algo que me enervaba, porque a mí no me sobraba.

Empecé a mirar y a descartar los vestidos de colores vivos o con exceso de escote. Buscaba algo sencillo, pero al parecer los diseñadores se habían aliado en mi contra. Tras casi perder la esperanza, encontré un vestido en tonos berenjena, y como no disponía de muchas más opciones, me fui directa con él al probador, confiando en que por una vez me sonriera la buena suerte.

—¿Necesita ayuda, señora? —me abordó una de las dependientas.

Una de las cosas que más me ponen de los nervios son las dependientas omnipresentes, dispuestas a decir un millón de estupideces para que te lleves la prenda, o a ofrecerse a hacer otros tantos retoques con tal de conseguir la venta. Yo siempre tengo claro lo que busco y por tanto no me hace falta la opinión de nadie.

—No, muchas gracias —respondí educada y distante, para que la chica no insistiera.

—Muy bien. Si desea algo, estaré por aquí.

Sonreí de manera forzada y me fui al probador con el vestido.

Cinco minutos después, miraba mi reflejo en el espejo y torcía el gesto. Puede que el corte fuera elegante, el color discreto y la confección excelente, pero parecía una abuela. De acuerdo, con un estado de ánimo que se podría denominar, de manera suave, alicaído, me sentía como una mierda y sin ganas de verbena. No obstante, aparecer de aquella guisa en una fiesta que con toda seguridad contaría con la presencia de gente elegante, pues como que no.

Me quité la horrenda prenda y la dejé de nuevo en su perchero, desanimada y sin esperanza, agobiada por la gente, desesperada por volver a casa y consciente de que me tendría que apañar con uno de mis trajes formales. Caminé hasta el ascensor, confiando en que no tuviera que esperar mucho para escapar de aquel ambiente tan asfixiante. Natalia se enfadaría al verme aparecer ataviada con uno de mis sobrios conjuntos y me llamaría *pedorra anticuada*, pero yo no podía pasar ni un segundo más allí, rodeada de personas ociosas.

El ascensor se detuvo en la planta y se abrieron las puertas. Di un paso adelante y, antes de que pudiera procesar la información, me encontré con la última persona con la que esperaba hacerlo. Me quedé inmóvil, obstaculizando

la entrada al ascensor, hasta que alguien me empujó hacia el fondo de tal forma que de no haber sido por el juez Castell me habría caído de bruces.

—Perdón —murmuré en voz tan baja que no creo que me oyera.

—¿Está bien? —me preguntó el juez sin soltarme. Me había quedado pegada a él como una lapa, entre el espacio reducido y la gente que nos aprisionaba sin consideración.

Asentí sintiéndome gilipollas, porque no existía otro calificativo posible.

Conseguí enderezarme y apartar la vista de aquellos ojos que tan nerviosa me habían puesto mientras declaraba. Puede que fuera de mala educación, pero me volví y le di la espalda; eso sí, consciente en todo momento que lo tenía detrás. E, ironías del destino, en más de un sentido.

Dos plantas más abajo, el ascensor se detuvo para que algunas personas salieran, lo que me daría más espacio. Pero mi gozo en un pozo, pues entró una madre con cochecito de niño incluido, lo que se tradujo en apretujarnos aún más. Sin embargo, las puertas no cerraban y, para mi asombro, noté una mano en la cadera, llevándome hacia atrás para dejar sitio.

Tragué saliva. No hizo falta que mirase por encima de mi hombro para saber quién era el dueño de aquella mano. Puede que errase en mis cálculos y que perteneciera a otro individuo, pero algo me decía que no, que era el juez Castell. Me estaba tocando, allí, rodeada de gente, tan apretados que nadie se percató de su maniobra, tan atrevida como innecesaria, pues hubiera bastado con que se apartara, aunque fueran unos míseros centímetros.

Lo notaba pegado a mi espalda. Era consciente de su respiración y me quise morir. De la multitud de centros comerciales que había, ¿por qué había tenido que escoger precisamente ése? Y, ya puestos, ¿qué carambola del destino nos había hecho coincidir en el mismo ascensor? Por favor, ni ensayando era posible que esa circunstancia se produjera, pero allí estaba yo, pegada a un hombre que, si bien era un desconocido en muchos aspectos, por desgracia no lo era en todos.

Su mano seguía en mi cadera. Tenía que apartarme, moverme, para hacerle saber que esa manita debía quitarse de allí, pero ¿y si movía el culo y él lo malinterpretaba? Porque, a pesar de haberlo mirado cara a cara apenas treinta segundos, para mí ya no era el juez serio y distante con traje, corbata y toga que me las había hecho pasar canutas, sino un hombre bastante atractivo, vestido de manera informal y pegado, literalmente, a mi culo.

Mandarlo a la mierda, además de ser una grosería, podía utilizarse en mi contra, por no hablar del revuelo que se formaría dentro del ascensor. Intenté respirar mientras miraba de reojo; quedaban tres plantas antes de que llegáramos a la baja, donde sin duda el ascensor se vaciaría, y después una más hasta el aparcamiento, pero el ascensor volvió a hacer un alto.

Más gente intentando entrar, menos sitio disponible y su mano todavía sobre mí. Aquello era para volverse loca. De nuevo hubo que reorganizar las posiciones cuando un hombre que estaba al fondo quiso salir. El juez tiró de mí hasta situarnos junto al espejo trasero de tal forma que todos los demás ocupantes quedasen por delante o a los lados, ninguno por detrás, que pudiese percatarse de lo que ocurría. Aunque... si alguien veía su mano sobre mí, dudo que se extrañase, pues podía interpretar, con toda lógica, que éramos una pareja de esas acarameladas que están todo el santo día tocándose.

Una parada más y mi corazón a mil por otra. ¿Qué clase de perversión era aquella? Su mano no se quedó quieta, sino que empezó a subir hasta mi cintura y allí, en vez de abandonar tan atrevido recorrido, se colocó sobre mi estómago, logrando que casi dejase de respirar. Él podía notar toda mi tensión, el ritmo de mi respiración, y yo, joder, todo su cuerpo en la retaguardia. Y lo más triste de todo era que en vez de utilizar mis armas de mujer, es decir, levantar un pie y como si nada clavarle el tacón, lo único que deseaba, contra cualquier lógica, era que aquella mano fuese más osada. Era patético sentirse así. Puede que la razón, que no la justificación, fuera que llevaba mucho tiempo sin que me tocara un hombre, aunque la cosa tenía bemoles; ¿no podía haber sido cualquier otro desconocido?

Por fin oí el ¡ding dong! junto a la voz mecánica del ascensor indicando que habíamos llegado a la planta baja. Como yo había previsto, la concentración de gente se disolvió y ya no tenía ningún sentido que permaneciéramos pegados; sin embargo, ninguno de los dos fuimos capaces de apartarnos.

Era la primera vez que permitía una cosa semejante en mi vida. De haber sido otro, ya se habría llevado una buena reprimenda. Pero no podía abrir la boca, concentrada en respirar y en no acabar recostándome sobre él.

Una señora mayor al abandonar el ascensor nos miró sonriendo y hasta me pareció ver cómo le guiñaba un ojo al hombre que me sujetaba desde atrás. Casi gemí de vergüenza, pues nunca he sido amiga de dar ese tipo de espectáculos en

público. Él pasó un brazo por encima de mí, inclinándose hasta llegar al panel de mandos, y pulsó el botón del menos uno, lo que resultaba extraño, porque ¿cómo sabía en qué sótano había estacionado el coche?

En el ascensor sólo quedaban dos personas más. Una mujer más o menos de mi edad, que se comía con los ojos al dueño de la mano que me sujetaba, y otro hombre que iba a lo suyo con el teléfono móvil. Cuando nos detuvimos, tardé más de lo prudente en moverme y, como si fuera una marioneta, él me dio un pequeño empujoncito y comencé a caminar. Perdí el contacto de su mano, pero no su presencia, pues en todo momento fui muy consciente de su compañía. Puse un pie delante de otro sin tener muy claro si iba en la dirección correcta; en ese instante no era capaz de saber dónde tenía el coche.

A medida que nos alejábamos del acceso para clientes, la luz se atenuaba, dándole a todo aquello un cariz más extraño si cabía. Y, curiosamente, en ningún momento sentí miedo de lo que pudiera ocurrir.

Apenas habíamos cruzado dos palabras de cortesía, porque las pronunciadas en su despacho el día de mi declaración no contaban, y allí estábamos, incapaces, yo al menos, de ser sensata. Mis tacones marcaban el paso. No me atreví a mirarlo, pese a que deseaba hacerlo con todas mis ganas. Me había tocado y quería que volviera a hacerlo; un deseo que indicaba mi grado de idiotez.

¿Desde cuándo se desea algo semejante del enemigo?

Como si hubiera olvidado que él era el juez que me había puesto contra las cuerdas unos días antes, rebatiendo cada una de mis explicaciones y haciéndome sentir estúpida. Pero por lo visto, mi habitual sensatez se había esfumado por arte de magia.

Al llegar al final del primer sector me di cuenta de que me había confundido de dirección; mi vehículo debía de estar en el otro lado, en las columnas impares, aunque tampoco podría afirmarlo con rotundidad. Me detuve y él hizo lo mismo y entonces, a pesar de la escasa iluminación, pude mirarlo a la cara. Fueron otros treinta segundos, quizá menos. Igual que me había ocurrido el día que declaré en su despacho, no pude sostenerle la mirada mucho más tiempo, pues, y no sé por qué, la suya era demasiado intensa.

—No sé dónde he aparcado —me vi obligada a reconocer, logrando de ese modo que la sensación de estupidez alcanzara cotas desconocidas. Toda una

novedad en mi, hasta ese instante, ordenada existencia.

—No importa —murmuró a mi lado.

Que te observen desde tan cerca no es bueno y menos aún cuando una se siente como una tonta del culo, joder.

Intenté mirarlo de nuevo a los ojos, pero era complicado. Él tenía una actitud muy diferente de la del otro día, para nada hostil o inquisitiva, y aun así... no sabría cómo explicarlo. Me intrigaba a la par que me inquietaba. Me daban ganas de echar a correr, so riesgo de tropezar con aquellos tacones, o bien de echarme en sus brazos. La disyuntiva me estaba matando y él no dejaba de observarme.

—Tiene que estar por allí. —Señalé hacia la izquierda sin estar segura del todo, pero algo tenía que hacer para salir de aquel estado como de letargo mental en el que me encontraba.

—Te acompaño —dijo con sencillez, y yo asentí.

Sin embargo, lejos de echar a andar, intenté sostenerle la mirada sin parecer gilipollas, y entonces me vino a la mente otra imagen de él. Me dio la sensación de haberlo visto en otro sitio, fuera del juzgado... Fruncí el cejo intentando recordar, aunque, como pasa siempre en estos casos, por más que te concentras no lo logras.

—¿Ocurre algo? —inquirió en tono amable, casi preocupado.

—Cosas mías —respondí, consciente de que cuando menos lo esperase en mi cerebro se haría la conexión y recordaría si lo había visto antes.

Por suerte, mis pasos esta vez sí me llevaron en la dirección correcta. Vislumbré el coche y suspiré aliviada, pues hubiera sido muy embarazoso volver a recorrer todo el aparcamiento con él a la zaga.

Sentí curiosidad por saber el motivo que lo impulsaba a quedarse a mi lado y también por qué se había arriesgado a tocarme. Un contacto demasiado sutil para considerarlo abusivo, pero sí lo bastante intenso como para preocuparme.

Quizá, cuando llegara a casa, debería llamar a Eliseo y dejarme de rodeos, porque aquella inactividad sexual me estaba confundiendo. Sin embargo, y era un aspecto a tener muy en cuenta, cuando el abogado me tocó, me besó y demás no me produjo el mismo efecto. En aquel caso fue una especie de respuesta programada; habría reaccionado de igual modo si el sujeto hubiera sido otro, a diferencia de la mano del juez, que me había revolucionado.

Me detuve junto al coche y busqué las llaves en el bolso. Las encontré a la primera y con ellas en la mano me dispuse a desbloquear las puertas. En un gesto que me dejó desconcertada, él me las quitó, sin mucho esfuerzo, la verdad, y se encargó de pulsar el botón de apertura. Los cuatro intermitentes parpadearon y me las devolvió, para lo que se acercó a mí, aprisionándome contra la carrocería. Estábamos de nuevo en contacto, pero frente a frente. Mis ojos a la altura de su boca. Podía alzar las manos y posarlas sobre su cazadora de piel; no lo hice. Me quedé quieta, esperando su próximo movimiento. No tardó mucho ni tampoco me decepcionó.

Se inclinó hacia mí hasta acercar sus labios a mi oreja. Noté cómo inspiraba. Apoyó las manos en el techo del coche y tuve la impresión de que se estaba controlando para no cometer ninguna estupidez. Yo debería estar intentando lo mismo, sin embargo, no era así.

¿Cuánto hacía que no lograba excitarme de aquella manera?

La verdad, ni recordaba cuándo fue la última vez. Él no me había dicho ni una sola palabra seductora, se había limitado a tocarme y a acompañarme al coche.

—Debo de estar loco... —masculló, y me di cuenta de que mis suposiciones eran ciertas.

Saber que a aquel hombre le resultaba atractiva me dejó más confusa aún. Pasó un coche por delante de nosotros, pero nuestra postura no invitaba a pensar nada especial, una pareja más dándose un achuchón, aunque sólo yo, y supongo que él, sabíamos lo que estaba sucediendo; o no, porque no existía una explicación razonable.

Sentí sus labios rozándome la oreja.

Mi pelo recogido le facilitaba el acceso. Yo cerré los ojos y no opuse resistencia. Todo lo contrario. Coloqué las manos en sus hombros. Me humedecí los labios y me preparé.

Me acarició la barbilla muy despacio. Debería haberlo apartado a empujones. Me estaba tocando, ahora no había excusa. Bueno, lo del ascensor estaba cogido con alfileres; no obstante, la situación había cambiado por completo. Estábamos solos, en penumbra. Podíamos cometer una estupidez, cierto, y por extraño que pareciera, por mucho que mi olvidado sentido común dictara lo contrario, deseaba que ocurriese, pues gemí bajito; toda una contradicción.

Él inspiró hondo y dio un paso atrás. Tenía una expresión seria, enfadada. Estiró un brazo y asió la manija de la puerta para abrirmela.

Parpadeé, pero comprendí el mensaje.

Locura transitoria.

Él dio media vuelta y yo me senté al volante.

* * *

Supongo que el piloto automático hizo posible que condujera hasta mi apartamento sin perderme por el camino y sin cometer ninguna otra estupidez.

Cuando llegué a casa y me miré en el espejo del recibidor, recordé dónde lo había visto por primera vez. Mi excitación no disminuyó, más bien todo lo contrario.

Además de un buen equipo jurídico y de asesoramiento fiscal, iba a necesitar un psicólogo.

Mejor empezaba por el psicólogo, del resto podía encargarse Eliseo.

Capítulo 11

Fabio

—¿Dónde tienes la puta cabeza? —me pregunté, enfadado conmigo mismo, cuando llegué al apartamento, con mosqueo, dolor de huevos y sin el objetivo de mi salida cumplido. Odiaba, y mucho, ir a un centro comercial, y aun así había claudicado ante la insistencia de mi hermana.

Había salido a comprar un regalo para mi madre, tal como me había pedido Marcela, y en vez de eso, nada más ver a Berenguela Zahner me puse a perseguir como un loco a una mujer a la que no debía acercarme para que todo funcionara según lo previsto.

Jamás imaginé que me toparía con ella en un ascensor concurrido y que, por otra extraña carambola del destino, un usuario impaciente la empujaría contra mí.

Una puta locura si lo analizaba con frialdad, o una jodida delicia si la que opinaba era mi parte visceral, o más en concreto mi polla, porque, maldita fuera, me había costado Dios y ayuda controlarme en el aparcamiento.

Por supuesto, ni compré el regalo ni siquiera busqué algo decente para mi madre, lo que me iba a causar ciertos problemillas con ella durante la comida familiar del domingo, pero no tenía la cabeza yo para regalos maternos. Acabaría parando en cualquier tienda y comprándole un buen ramo de flores.

Me quité la cazadora de cuero y la tiré de mala hostia sobre el diván del dormitorio, pese a que odiaba tener la ropa desordenada, aunque era tal mi frustración que fui incapaz de seguir mi rutina.

Acercarme a Berenguela, además de incomprensible, era todo un riesgo si alguien nos hubiera reconocido. Los grandes almacenes estaban a rebosar de actividad y, ya puestos a sumar casualidades, ésa también era posible. El problema era que no había pensado con la cabeza, no al menos con la que llevaba sobre los hombros, de ahí mi comportamiento a todas luces irracional. Pero por si acercarme a ella no hubiera sido suficiente estupidez, encima tuve que tocarla. ¿Cómo resistirse?

Al entrar en el ascensor, vi que se quedaba bloqueada al verme. Jamás hubiera esperado una reacción semejante por su parte. Tal vez sí una mirada altiva, orgullosa, desafiante incluso, pero no fue así. Parecía extrañada, como un animal deslumbrado por los faros en una carretera.

Terminó cayendo encima de mí de manera involuntaria y yo reaccioné con rapidez agarrándola. No tenía pensado tocarla, supongo que las circunstancias me obligaron a ello y ya no pude parar. Las circunstancias y las ganas de hacerlo, porque nada más sentirla contra mi cuerpo, puse una mano sobre ella.

—Joder, joder, joder... —mascullé, mientras me servía una copa de buen vino; a ver si con un poco de suerte mis nervios volvían a un estado de relativa normalidad, que buena falta me hacía.

Debería empezar a salir por ahí, buscarme un desahogo, ahora que Estela me ignoraba. Si llamaba a Armando, estaba seguro de que en menos de una hora estaría en mi casa con compañía femenina. O directamente podía coger el móvil y tirar de agenda; no obstante, se me antojaba hasta aburrido, ni siquiera hice el amago de desbloquear la pantalla. No, no me atraía nada de nada esa opción.

Me acabé la copa y, lejos de templar los nervios, y lo que no eran los nervios, noté que aún me recorría una excitación muy complicada de manejar. Durante el breve trayecto en el ascensor se me había puesto dura tan sólo con tener a Berenguela pegada a mi cuerpo. Le puse una mano en la cadera y la pegué aún más a mí. Me tuve que contener para no frotarme con descaro como un perro en celo nada más olisquear hembra.

Joder, a mi edad...

Y después, para rematar, en vez de dejar que se marchara, fui tras ella, siguiendo con la metáfora, como un perro bien entrenado sigue a su amo hasta su coche.

Para darme de hostias y no parar.

En ese momento sonó el timbre de la puerta, interrumpiendo así mi sesión de autoflagelación. No esperaba a nadie, pero como era viernes tampoco me importaba hacer una excepción a mi rutina y abrir.

—Buenas noches —me saludó Armando frunciendo el cejo.

Me miró de arriba abajo y negó con la cabeza.

—Pasa —dije, esperando que se ahorrara su opinión.

—Tienes mala cara —me indicó, sin edulcorar ni un poco la realidad.

—¿Una copa? —pregunté, entrando en la cocina.

—Pues sí. Gracias.

—¿Qué te trae por aquí?

—Una combinación adversa de factores —me respondió en tono melodramático, tanto, que a pesar de mi inquietud interior, me arrancó una sonrisa.

—Anda, dime qué te pasa ahora.

—Creo que me he enamorado.

Yo abrí los ojos como platos antes de estallar en carcajadas. Armando y sus películas. Aunque era la primera vez que le oía decir algo semejante, de ahí mi perplejidad.

—¿Perdón?

—Sí, yo también he puesto la misma cara cuando me he mirado en el espejo —refunfuñó como una vieja.

No quería pensar lo peor ni tampoco desanimarlo, así que opté por servir el vino en silencio y preparar algo de cena.

—A ti también te pasa algo raro... —añadió, poniendo cara de policía que examina a un sospechoso—. Te veo disperso...

Sonreí de medio lado. Si él supiera...

—De momento prefiero no decir nada, pero sí, puede que tengas razón —admití, sabiendo que, una vez a solas, tendría que reflexionar sobre todo lo ocurrido.

Me concentré en la cena, puse la televisión para tener ruido de fondo y ambos permanecimos en silencio. Cada uno sumido en sus cuitas. No tenía sentido decir nada y además los tíos no hablamos de cada detalle, con dar el titular sobra.

—¿Alguna vez te ha pasado algo parecido? —inquirió él, adoptando una

postura tan reflexiva que parecía otro.

—No sabría decirte, la verdad —respondí, pues durante mi primera relación formal y después la posterior esporádica con Estela creí estarlo. Aunque nunca lo supe con rotundidad.

Estela, sin duda, era la mujer más importante de mi vida, aunque quizá no tanto como para, por ejemplo, serle fiel. O puede que esa chorrada de la fidelidad sólo fuera una antigua obligación con el fin de preservar la economía, y que a esas alturas ya careciera de sentido. Fuera como fuese, ella me importaba, y mucho, aunque eso no me servía para afirmar que estaba enamorado; pero, para mi desdicha, tampoco podía decir lo contrario.

—Pues sí que eres tú de mucha ayuda...

Sonreí ante su tono recriminatorio.

—Lo siento, hablar de sentimientos con otro tío me resulta extraño —dije, torciendo el gesto.

Con los colegas se podía comentar cualquier asunto, bueno o malo, siempre y cuando no afectara al tema sentimental. Que uno se quería ligar a una tía, perfecto, todos los amigos podían opinar sobre cómo conquistarla; ahora bien, si el asunto iba de si pretendía o no dar un paso más, la cosa cambiaba de manera radical. Ningún hombre se metía en esos berenjenales.

—Ya lo sé, a mí también me cuesta, no creas. Pero eres el único tío al que podría contarle algo así y que no se descojonara de risa —afirmó, y me dio la impresión de que antes se sacaría una muela sin anestesia que hablarme de sus sentimientos.

No podía recriminarle nada, yo era igual.

—Gracias, aprecio el detalle. Y si no es mucho preguntar..., ¿cómo has llegado a esa conclusión? —me arriesgué a decir, a pesar de no querer meterme en un terreno complicado.

—Hoy, por ejemplo. He rechazado una cita para cenar.

—Eso sí que es grave —respondí, e intenté recordar si alguna vez Armando había hecho algo parecido, pues cenar significaba, en el noventa y nueve por ciento de los casos, acabar follando.

—Eso creo yo —convino, negando con la cabeza—. ¿Será que me estoy haciendo mayor?

—Podría ser —dije sin mucha convicción.

—¿O que los tíos también tenemos reloj biológico?

—¡No digas bobadas! —exclamé, pese a que podía servir como explicación.

—Hemos vivido todos estos años a nuestro aire, sin compromisos, sin otro objetivo que disfrutar...

—Estás demasiado filosófico esta noche —lo interrumpí, pues me daba miedo hacia dónde podía derivar si continuaba con su particular meditación vital.

—A ver si va a ser cierto que una mujer te puede cambiar la vida —murmuró.

—¡No me jodas! —exclamé preocupado, aunque pensé en ello.

—¿Seguro?

—Claro que una mujer te puede cambiar la vida, pero no siempre para bien —apunté con cautela.

—Lo curioso es que conoces a una persona y llegado un momento te das cuenta de que hasta te puede sorprender... A veces ni nos molestamos en mirar lo que tenemos a nuestro lado. —Negó con la cabeza y lo vi afectado; más de lo que nunca habría imaginado.

—Mejor dejemos este tema.

—¿Te sientes inseguro? —me retó en tono de guasa.

—Un poco —respondí—. Somos amigos, no la jodamos con conversaciones trascendentales.

* * *

Cuando Armando se marchó, yo me pregunté qué clase de mujer podía haber hecho que todo un alérgico al compromiso cambiara su discurso. Desde luego, me gustaría saber quién era. Los detalles de la mujer en cuestión habían sido vagos, pero de una cosa sí podía estar seguro: era de nuestro círculo de amistades.

Ya me dedicaría en otro momento a encajar las piezas de aquel puzzle, bastante tenía yo con mi propio rompecabezas. Así pues, tras recoger la cocina y dejarlo todo limpio, me fui al dormitorio dispuesto a pasar la noche del viernes solo. Podía aburrirme un poco más si revisaba alguna de las carpetas con documentos pendientes. También me planteé poner la televisión y pasar el rato,

aunque nada me llamaba la atención, por lo que acabé tumbado en la cama, con las manos entrelazadas detrás de la cabeza y mirando al techo como un idiota. Momentos como ése, en soledad, deberían servir para aclarar las ideas, pero en mi caso no era así.

Cansado de escuchar sólo mis pensamientos, me levanté, porque esas cosas, con una buena música de fondo siempre pueden ser más llevaderas. Así que fui hasta el salón, programé el equipo de audio, me tumbé en el sofá y cerré los ojos mientras los primeros acordes de la Sinfonía número cinco de Tchaikovsky inundaban la estancia.

—Joder... —murmuré al cabo de diez minutos. Me era imposible relajarme. Más bien todo lo contrario, pues recreaba una y otra vez en mi cabeza lo sucedido, a modo de principio de una historia que ineludiblemente terminaba derivando hacia finales menos comedidos.

No sé de dónde saqué aquella brizna de sensatez para apartarme de ella, porque lo que mi cuerpo me pedía era que me la tirase allí mismo, en el aparcamiento, encima de su coche, o contra una columna..., me daba igual. Cielo santo, ¿desde cuándo me excitaba tanto con tan poco?

Lo cierto era que a medida que cumplía años me daba cuenta de que necesitaba algo más que un cuerpo atractivo para interesarme por una mujer. Sí, de acuerdo, hay estímulos que nunca fallan, pero es lo mismo que parar en un restaurante de comida rápida: se convierte en una mera actividad fisiológica, nada que ver con el placer.

Al meditarlo con calma, caí en la cuenta de que, sin saber muy bien cómo, había establecido una rutina a la hora de mis relaciones con el sexo opuesto. No suponía ningún esfuerzo, ningún reto..., nada. Todo se reducía a besar, tocar, desnudar, chupar, sudar, empujar..., prescindiendo de la emoción que supone la conquista, la seducción, la imaginación..., que ya no formaban parte de la ecuación y lo cierto era que ni lo echaba de menos. No obstante, tras la escena del ascensor había recordado cómo era sentirse expectante, imaginar las posibilidades..., aunque éstas no se materializaran.

—Maldita sea —gruñí, cuando mi cuerpo reaccionó a esas hipotéticas posibilidades.

Bajé la mano hasta mi erección. Aquello era toda una declaración de intenciones y sin más incentivo que un leve recuerdo. Sólo había posado

levemente los labios sobre su piel, mis manos no habían sido tan afortunadas.

Comencé a tocarme de manera distraída, siguiendo el ritmo de mis pensamientos, que cada vez se iban por derroteros más complicados a la par que excitantes. Hacía siglos que no alcanzaba aquel estado de excitación, y más aún teniendo que apañármelas solo. En general siempre contaba con alguien que se ocupara, pero no me importó, pues resultaba incluso una novedad sentirme así.

Aceleré el ritmo de mi mano y terminé por quitarme los calzoncillos, mientras la música seguía acompañándome. Me agarré con más fuerza la polla y mis movimientos fueron cada vez más bruscos, lo mismo que mi respiración, más agitada a cada segundo que pasaba. Mantuve los ojos cerrados, aunque tenía la sensación de que ella estaba frente a mí, observándome, sin perderse ni un solo detalle, a la espera de intervenir.

Eso me calentó aún más, tanto, que tensé todo el cuerpo, sin parar de jadear, buscando en mi mano un alivio para aquella excitación insoportable. No entendía muy bien qué me estaba pasando, por qué me obsesionaba de esa manera tan ridícula por una mujer que sólo podría complicarme la vida, pero mi lado más visceral no atendía a razones y me masturbé como cuando era un adolescente.

Sentí la familiar tensión previa, apreté los dientes y gruñí al correrme, importándome muy poco que mi mano quedara impregnada de semen. Eso tenía fácil remedio, el problema más serio al que tenía que enfrentarme era otro. ¿Cómo iba a ser capaz de volver a tenerla delante y controlarme?

Me levanté del sofá pensando en darme una buena ducha y así conciliar el sueño más rápido, pero no fue tan fácil. Me estaba obsesionando como nunca antes y, a pesar de advertir el peligro, no sabía cómo enfrentarme a él.

* * *

Mis inquietudes me hicieron pasar una mala noche y al día siguiente se me notaba en la cara. Como suele suceder, las desgracias nunca vienen solas. Tenía pendiente lo del regalo de mi madre, pero el día anterior ya me había decantado por el manido ramo de flores, esperando que el amor de madre dejara a un lado cualquier otra consideración.

Llegué a casa de mis padres convencido de que una comida familiar podría

servirme para olvidar mis quebraderos de cabeza. Ésa era la idea, pero nada más entrar por la puerta, los dos me preguntaron por Estela.

Para mis padres, ella era la mujer ideal y lo cierto es que yo no podía objetar nada al respecto. Desde que se la presenté la habían acogido como a una más de la familia y mi hermana la consideraba una buena amiga. Cuando nos separamos, sólo Marcela supo el motivo real, lo que me granjeó buenas broncas por haber sido un irresponsable. Me pareció irónico que mi hermana se pusiera de parte de Estela y no de la mía, supuse que algún tipo de solidaridad femenina había entrado en juego, dejándome a mí como el malo de la película.

Mi madre no se cansaba de repetirme la buena pareja que hacíamos, algo en lo que yo también estaba de acuerdo en términos generales, pero que a tenor de los últimos acontecimientos empezaba a poner en duda.

Mi exnovia era una mujer estupenda, sin embargo, ¿lo era para mí? Ante el primer obstáculo metí lo que no era precisamente la pata con una de sus amigas, y después, a pesar de nuestro entendimiento, tampoco me había esforzado por recuperarla de manera definitiva. Todo eso debería considerarlo como indicios claros para saber que Estela y yo quizá no fuésemos la pareja tan perfecta que otros creían ver.

Tuve suerte, porque cuando llegó mi hermana dejamos a un lado mis cuitas amorosas y se centraron en las de ella, que, con un divorcio a sus espaldas, tenía peor historial sentimental que yo.

—Tengo que pedirte un favor —me dijo Marcela en voz baja, algo que me hizo sospechar, pues no entendía a santo de qué venía ese tono tan intrigante.

—No —respondí, porque ella y sus favores eran sinónimo las más de las veces de problemas.

—No seas tonto. —Me dio un golpecito en el brazo y yo me limité a armarme de paciencia—. Me han invitado a una fiesta y como no me apetece ir sola...

—No —me negué en redondo, no estaba yo para mucho jaleo.

—Venga, Fabio... —me suplicó, poniendo cara de niña buena, de esas que no rompen un plato. El problema era que yo la conocía y sabía que había roto más de una vajilla completa.

—Sabes que tu concepto de fiesta y el mío difieren bastante.

—Mira que eres petardo —me acusó.

—Tengo cosas mejores que hacer. No.

—Ésta es una fiesta pija, de esas que te gustan. Es la inauguración de algo.

—Joder, pues sí que te has enterado bien —rezongué, sonriendo de medio lado.

—¿Y qué más da? Necesito desconectar —añadió, intentando atraerme para su causa—. Hace dos semanas coincidí durante un vuelo con un tipo que era arquitecto y me invitó.

—Ya —murmuré, imaginando el resto de la historia.

—Ahora que lo pienso, es la inauguración de un estudio de arquitectura..., ¡claro! Si me lo dijo. Bueno, da igual.

Yo la observaba divertido. Trabajaba como auxiliar de vuelo gracias a su físico y a su facilidad para los idiomas. Tenía el aspecto de una mujer refinada, pero era una granuja de mucho cuidado. Y en cuanto se quitaba el uniforme se desmelenaba, lo que me parecía perfecto, siempre y cuando no me arrastrara a mí.

—El caso es que me parece un poco frío ir sola, por eso quiero que me acompañes —insistió zalamera, apelando a mis instintos de hermano protector.

—¿No has pensado que el hecho de que te vean acompañada quizá te estropee cualquier hipotético plan?

Marcela sonrió de manera ladina, muy alejada de la cordial sonrisa que por razones laborales mostraba la mayor parte de las veces.

—En ese caso te largas y punto —sentenció, convencida de que, uno, lo más probable era que antes de medianoche hubiese ligado, y dos, yo me retiraría con discreción.

Mi hermana era mayorcita para saber con quién marcharse de una fiesta y con quién no, así que yo no tenía por qué ejercer de policía moral, velando por las buenas costumbres y su castidad.

Me eché a reír y, pese a mis reticencias iniciales, me di cuenta de que si volvía a encerrarme solo en casa una noche más, tenía muchas posibilidades de repetir esquemas. Así pues, opté por aceptar su propuesta.

Capítulo 12

Berenguela

Al final pude apañarme con un traje sastre gris oscuro que, si bien no era el modelito del siglo, estilizaba bastante. La falda de cintura alta marcaba las caderas, la abertura lateral mostraba la porción justa de piel y la chaqueta entallada siempre daba un aire profesional. El único toque atrevido fueron mis zapatos rojos de tacón destalonados.

Natalia me había enviado un mensaje avisándome de que quedábamos a la entrada del hotel, así que yo esperé a que Eliseo viniera a recogerme, tal como habíamos acordado. Mi abogado fue puntual y a las ocho y media me aguardaba frente al portal de casa, vestido curiosamente de manera más informal que de costumbre y con una cálida sonrisa en los labios. Me acerqué a él y entonces se produjo el primer momento incómodo, pues intentó darme un beso en los labios y yo giré la cara para que acabara dándomelo en la mejilla.

—Buenas noches, Berenguela.

—Hola —respondí con un murmullo, porque no tenía muchas ganas de salir de fiesta.

Eliseo, que no era tonto, optó por dejarme tranquila, supongo que confiando en que, según avanzara la noche, ésta le fuera más propicia, y si iniciábamos la velada en plan quisquilloso acabaríamos distanciados.

Hombre inteligente, desde luego.

Más tarde averiguaría por sí mismo que yo no estaba por la labor de trasladar la fiesta a un ambiente más íntimo.

Nos montamos en su coche, a pesar de que yo hubiera preferido llevar el mío para evitar después depender de él, y nos dirigimos hacia el hotel donde se celebraba la recepción. Un hotel que habían diseñado los propios arquitectos que daban la fiesta, lo que venía a ser una especie de *quid pro quo* entre empresas.

—Antes de que se me olvide, estás preciosa —comentó Eliseo en el primer semáforo en el que nos detuvimos.

Se lo agradecí con una sonrisa, porque ese tipo de comentarios, hechos con educación, siempre sientan bien. Lo cierto es que procuraba mostrarse comedido, respetuoso, y me daba cierta lástima no sentirme más atraída por él.

No pronunciamos una sola palabra más durante el trayecto, lo cual me venía bien. Tenía que aclararme y, sobre todo, concentrarme para la noche que tenía por delante. Eran negocios, nada más. Acompañada de un hombre atractivo al que debería dejar muy claro que no íbamos a dar ningún paso hacia una posible relación más allá de la profesional.

Tras aparcar, Eliseo vino con rapidez a abrirme la puerta del coche y luego me ofreció el brazo. Gestos galantes que podían parecer anticuados, pero que yo aprecié en todo momento.

Busqué a mi socia con la mirada, confiando en encontrarla donde me había indicado; sin embargo, conociéndola, supuse al instante que ya debía de estar en medio del sarao, divirtiéndose, así que ni me molesté en advertirla de nuestra llegada.

Cuando accedimos al salón donde se celebraba la fiesta, ésta se encontraba en su máximo apogeo. Multitud de gente deambulaba por la espaciosa sala con una copa en la mano y luciendo sus mejores galas. A tenor de lo que veía, yo era la más recatada y la más seria, pues, al parecer, el noventa y nueve por ciento de las asistentes habían decidido incrementar la cuenta bancaria de los diseñadores más famosos. Allí no había ningún modelito sin marca.

—¿Qué te apetece tomar? —me preguntó Eliseo, ejerciendo de perfecto caballero.

—Una copa de vino —respondí en voz baja, algo incómoda por su cercanía, ya que mantenía la mano en la parte baja de mi espalda. Un gesto demasiado cómplice. Lo cierto era que no tenía ganas de beber, pero si lo enviaba a por la bebida, al menos se separaría de mí. Tenía que decírselo de una maldita vez para no continuar con aquella farsa. Me caía bien, pero pese a ello me era imposible

seguir adelante.

—¡Ya estás aquí! —exclamó Natalia, antes de darme dos besos.

Después dio un paso atrás, me miró, negó con la cabeza, suspiró y frunció el cejo.

—¿Qué pasa? —pregunté, intuyendo la respuesta.

—Parece que vayas a un velatorio. Esto es una fiesta —me recordó innecesariamente.

—No tenía nada mejor que ponerme —reconocí en voz baja.

—Bueno, vale —dijo, no muy convencida con mi explicación—. ¿Cómo te va con el abogado?

—Ésa es una pregunta capciosa —respondí, sonriendo con ironía—. Si te refieres a lo profesional, muy bien dentro de lo que cabe. Porque ya sabes que ando metida en un fregado de mucho cuidado.

Le había contado todo lo relacionado con mi comparecencia ante el juez y cómo había obtenido un leve respiro, aunque yo tenía la impresión de que quizá ese tiempo ganado no era sino una forma de prolongar la agonía.

—Olvídate ahora de eso —dijo ella, haciendo un gesto con la cabeza en dirección a Eliseo.

—Si te refieres a lo personal, muy mal —expliqué, cruzando los brazos.

—¿Por qué?

—Porque no sé cómo hacerle ver que no quiero una relación íntima sin jorobar el resto —repliqué, y al ver su cara supe que ella, en mi situación, no tendría tantos reparos.

Natalia resopló.

—Ya hablaremos en otro momento —murmuró y señaló a Eliseo, que se dirigía hacia nosotras.

Ambos se saludaron con cordialidad, pero nada más, así que de nuevo me encontraba a solas con él y con su mano en mi espalda. Mantuvimos una conversación insulsa y hasta ridícula. Creo que era suficiente señal como para darnos cuenta de que aquello no podía tener ningún futuro, sin embargo, Eliseo se esforzaba por parecer interesado en detalles que yo le contaba sobre mi trabajo.

Algunas personas a las que recordaba vagamente se acercaron a saludar y al menos eso me liberó en parte de seguir hablando a lo tonto con mi acompañante.

Una de las organizadoras del evento parecía interesada por él, por lo visto ya se conocían, y eso me dio la oportunidad de escabullirme.

Decidida a encontrar a Natalia, porque era la única capaz de levantarme el ánimo, hice un barrido visual por la sala para localizarla. Por suerte estaba junto a la barra y hacía allí encaminé mis pasos. Me esforcé por parecer contenta, esbozando una leve sonrisa, hasta que de repente todos mis esfuerzos se fueron al carajo.

—Joder... —gruñí y, por fortuna, nadie se dio cuenta, con el barullo general del salón.

Acercarme a mi socia había pasado a segundo plano.

El juez Castell estaba allí, de pie, acompañado de una mujer elegante, atractiva, de las que a buen seguro hacen girar la cabeza a su paso. Mis nervios, en relativa calma hasta el momento, volvieron a ponerse en pie de guerra, atenazándome el estómago. Debería haberme fijado antes, aunque, ¿cómo imaginar que lo encontraría allí? Por su cara diría que, en cambio, él ya me había visto hacía un buen rato, se había percatado de mi presencia y además no me había quitado los ojos de encima.

—Genial... —ironicé.

Ralentiqué mis pasos como si eso fuera la solución para evitarlo. Vi cómo él dejaba su copa en la barra y se inclinaba hacia la mujer que tenía al lado para susurrarle algo al oído. Ella sonrió y se dio la vuelta, como si le importara muy poco que la dejaran sola.

Aquello no era un buen presagio.

¿Y si eran imaginaciones mías y se marchaba? ¿Y si no me miraba a mí, sino a otra persona que por casualidad tenía a mi espalda?

Ya sólo me faltaba hacer el ridículo para redondear el día, porque desde luego parecía como si una cuadrilla de tuertos me hubiera mirado.

No, no eran imaginaciones. Echó a andar en mi dirección sin dejar de mirarme a los ojos en ningún momento, lo que me ponía aún más nerviosa. Venía hacia mí. Me quedé quieta como un pasmarote. Cualquiera que me observara pensaría que había perdido un tornillo, o todos, ya puestos.

Respiré porque necesitaba hacerlo e intenté no apartar la vista. Igual que en nuestro fortuito encuentro en el centro comercial, iba vestido de manera informal, con traje sin corbata, y de nuevo sentí ese peculiar cosquilleo por todo

el cuerpo, pero en especial entre las piernas, que no recordaba haber experimentado en mucho tiempo. Y sólo me había mirado.

Y yo sin buscar un psicólogo...

—Hola —me saludó en voz baja, quedándose frente a mí. Cerca, aunque manteniendo una prudencial distancia.

Pude oler su colonia, un aroma envolvente que, o bien había sido creado para atraer a las damas, o bien yo estaba más necesitada de lo que creía en un principio, porque todas mis hormonas se pusieron en pie de guerra pidiendo precisamente eso, guerra.

—Hola —dije en respuesta, sin estar muy segura de que mi tono hubiera sido normal.

Y nos quedamos allí de pie, el uno frente al otro, sin ser capaces de decir algo coherente. Cualquiera que se fijara en nosotros llegaría a la conclusión de que éramos dos idiotas rodeados de todo el sarao donde la gente hablaba, reía o bailaba.

—Perdón —dijo una voz a mi espalda al empujarme sin querer, acercándose de forma involuntaria hacia él.

Parecíamos destinados a encontrarnos con empujones de por medio, pero en esa ocasión no hizo falta que me sujetara.

La interrupción me vino bien, pues reaccioné. Sonreí en señal de disculpa y me puse en movimiento con la intención de alejarme de él.

—Espera —pidió, cogiéndome la mano con firmeza, aunque sin hacerme daño.

Dirigí los ojos hacia nuestras manos unidas. No me lo podía creer. De nuevo la misma sensación de desasosiego y de peligro que en vez de encender las alarmas y hacer que echara a correr me encendía de otra manera mucho más corporal.

—¿Que espere? —repetí, parpadeando ante su petición.

Él miró a su alrededor como si le molestara estar rodeado de gente y buscó algo con la vista. Al encontrarlo, tiró de mí y, sin darme ninguna explicación, echó a andar conmigo a remolque. No fui capaz de oponer resistencia y, en menos de lo que canta un gallo, nos encontrábamos en el vestíbulo del hotel, donde a esas horas sólo estaba la chica de recepción.

—Espera aquí un minuto.

Me soltó, dejándome patidifusa e intrigada. Observé cómo se iba directo al mostrador a hablar con la chica. Ésta negó con la cabeza, eso sí, sin dejar de sonreír, pero él siguió insistiendo.

Entonces me di cuenta de que nunca pensaba en él con su nombre de pila y el motivo era bien simple: no sabía cuál era. Para mí era el juez Castell.

Continué observándolo. De repente, tanto él como la chica me miraron y temblé. ¿Qué tramaba? Debió de ser de lo más insistente, porque al final quien sonrió fue él. Firmó algo, sacó su tarjeta de crédito y después la recogió junto con algo más.

Se dio la vuelta y, con la misma decisión, caminó hacia mí.

—Acompáñame —me dijo al llegar y añadió—: Por favor.

De nuevo tomó el mando de la situación y sin esperar a que yo dijera algo, me condujo hacia los ascensores. Entonces me di cuenta de que lo estaba acompañando a una habitación del hotel. Entrar con él en el ascensor fue como hacer una especie de regresión, aunque esta vez estábamos solos.

Él no me soltó en ningún momento la mano, que me sujetaba con delicadeza. Por alguna extraña razón estaba convencido de que yo no opondría resistencia. Fue el único contacto que mantuvimos, a pesar de que podría haberme tocado donde quisiera.

Caminar a su lado por el silencioso pasillo me pareció demasiado solemne. Su paso era decidido y no me miró ni se detuvo hasta pararse frente a la habitación. Insertó la tarjeta y abrió la puerta. Me cedió el paso y yo tragué saliva mientras avanzaba. Me quedé allí parada y ni siquiera reaccioné cuando oí el suave sonido de la cerradura.

Lo sentí acercarse y detenerse a mi espalda. No encendió ninguna luz, así que la única iluminación procedía de la triste lámpara de emergencia. No me volví para mirarlo de frente, algo ridículo, teniendo en cuenta lo que iba a suceder de un momento a otro.

Inspiré hondo cuando colocó ambas manos en mis caderas. No fue brusco, pero sí enérgico. Por suerte, no empezó a restregarse contra mi culo como cabría esperar, sino que fue moviendo las manos hasta llegar al botón de mi chaqueta y sacarlo de su ojal. Después se encargó de quitármela, dejándome sólo con la blusa negra. Mi temperatura interna fue en aumento al sentir su respiración junto al cuello. Apartó un poco la tela y me besó la nuca. Uno de esos besos que

parecen inocentes, pese a que distan mucho de serlo.

Desde ese punto, y siempre con sus manos en mi cintura, continuó besándome, logrando que con cada contacto de sus labios se me erizara el vello. Me tensé y él debió de notarlo, porque me pegó más a su cuerpo y entonces fui consciente de que estaba empalmado. Quise tocarlo, sin embargo, cuando hice amago de meter una mano entre nuestros cuerpos, me lo impidió. Entrelazó sus dedos con los míos, sujetándome con fuerza y regresando al punto inicial de besos en el cuello.

Gemí porque quería que aquello fuera más rápido y, después de un prolongado y obligatorio periodo de sequía sexual, tantos preliminares no me apetecían. Me pareció tan extraño su comportamiento... Cualquiera otro, tras llevarse a una mujer a una habitación de hotel no se andaría con zarandajas: la desnudaría lo más rápido posible para acabar en un tiempo récord sobre la cama e ir al meollo de la cuestión.

Tampoco me hablaba, ni una sola de esas palabras típicas para momentos como éste. Ni siquiera me había ofrecido una copa. La habría rechazado, pero no dejaba de llamarme la atención.

¿Qué clase de locura estaba cometiendo?

Con nuestras manos unidas, fue acariciándome por encima de la blusa hasta llegar a mis senos. No me los estrujó ni me los aplastó, sino que hizo algo mucho más sutil: que yo misma los abarcara con mis manos, siendo él quien movía los hilos.

Respiré hondo, me dolían los pezones y él no me tocaba directamente. ¿Qué clase de seducción era aquélla?

No sé qué me ocurrió, qué me hizo reaccionar, pero me solté de su agarre y me volví hasta quedar frente a frente. Él parecía sorprendido por ese brusco e inesperado movimiento, pero necesitaba mirarlo; al fin y al cabo iba a follar con él, qué menos.

Alcé las manos y empecé a desabrocharle la camisa. Tiré de ella y se la saqué de los pantalones. No me detuvo. Cuando dejó su pecho al descubierto, deslicé las manos desde arriba hasta llegar a la cintura. Me contuve para no clavarle las uñas. No sé por qué necesitaba ser más agresiva que de costumbre. Él permaneció con los brazos a los costados, dejándome hacer. Fui consciente del bulto de sus pantalones y no lo dudé, moví la mano hacia abajo y palpé su

erección. Jadeó, aunque supe que se estaba conteniendo. Entonces apreté con más fuerza y él me sujetó de la barbilla, instándome a que siguiera tocándolo como yo quisiera.

Fue mirarlo a los ojos y apartar yo la mano. Cuando se inclinó con la clara intención de besarme, di un paso atrás. Me resultaba imposible, pese a que me había excitado como no recordaba haberlo hecho en mucho tiempo.

Me aparté de él y negué con la cabeza. Recuperé la sensatez, o puede que no. Cogí la chaqueta y el bolso y abandoné aquella suite escopetada. No hizo nada por detenerme. Cerré la puerta y, antes de echar a correr por el pasillo, me fijé en el número de habitación.

Había estado a punto de cometer una locura en la 323.

Ya no volví a mirar hacia atrás y, a pesar de llevar unos tacones con los que salir corriendo era complicado, llegué a la sala de la fiesta en un tiempo récord. Busqué con la mirada a Eliseo, sintiéndome en todo momento estúpida y un poco mezquina, pues si no tenía ganas de jarana con él, lo más lógico era pensar que no las tendría con ninguno, y no había sido así.

Lo vi hablando animado con una mujer que parecía bastante interesada en él y, la verdad, no me hubiera importado que siguiera con ella, así tendría un motivo de peso para marcharme sin sentirme mal. Él levantó la mano cuando me vio y varió la expresión, pasando de la sonrisa cordial a una cara de sorpresa. Se despidió de la mujer y ésta, al percatarse del motivo, disimuló su malestar, pero aceptó el plantón. Eliseo se me acercó y me preparé para la inevitable pregunta.

—¿Qué te ocurre? —inquirió, acariciándome la cara con el dorso de la mano. Un gesto que lejos de serenarme me puso más nerviosa aún. Lo que en realidad necesitaba para hallar la paz era encerrarme en mi apartamento, sola.

E igual de inevitable fue mi respuesta:

—Nada.

Cualquier hombre mayor de treinta sabe, o debería saber, leer entre líneas. Eliseo frunció ligeramente el cejo, pues mi contestación no era sino un burdo intento de salirme por la tangente.

—No lo parece —murmuró, y me di cuenta de que mi apatía le molestaba.

—Estoy cansada, nada más —alegué, recurriendo a otro cliché clásico a la hora de buscar excusas.

—¿Te llevo a casa entonces?

Negué con la cabeza.

—Prefiero irme sola. Quédate si quieres —le dije, y señalé con un gesto a la mujer con la que había estado hablando. No merecía la pena ser muy sutil.

—¿Segura? No tardo nada en acercarte con el coche.

—Llamaré a un taxi —contesté, evitando que volviera a tocarme—. Diviértete —añadí con gesto cómplice.

Eliseo arqueó una ceja ante mi manifiesta actitud de celestina; sin embargo, era un hombre y en esos casos casi ninguno se sentía ofendido.

Me despedí de él con un beso rápido en la mejilla y abandoné el salón. Habría tenido que avisar a Natalia, pero no me apetecía darle explicaciones. Le mandaría un mensaje al llegar a casa y así no se preocuparía por mí.

Cuando me dirigía hacia la salida principal, pasé por delante del mostrador de recepción. Allí continuaba la misma empleada que había atendido al juez. Me miró más de lo prudente e hizo que me pusiera nerviosa, algo que podía controlar, pero no así la otra sensación que me invadió: me excitó. Ella imaginaba el porqué de la premura para obtener una habitación a aquellas horas y sin equipaje.

Continuaba mirándome y hasta advertí una leve sonrisa cómplice.

¿Aquello era una señal?

Negué con la cabeza y di un paso más hacia la salida. Agarré con fuerza el bolso. Sin embargo, me resultaba imposible irme de aquel hotel con la duda.

¿Seguiría él en la suite?

Sólo había una forma de averiguarlo y, ya de paso, intentar saber qué tipo de revuelo hormonal me impulsaba a cometer, a mi edad, aquel tipo de locura y con el compañero menos apropiado.

Caminé hacia la recepción e, intentando que mi versión fuera creíble, le conté una película a la empleada sobre un despiste por mi parte al dejarme la tarjeta en el interior de la habitación, algo así como que había recibido una llamada y con las prisas no la cogí al salir y como mi marido (ésa fue la parte donde tuve que ser más convincente) al día siguiente salía muy temprano de viaje, ya estaría dormido y no deseaba molestarlo.

No sé si mi voz sonó segura o si la chica estaba de vuelta de todo a la hora de escuchar historias de los huéspedes, el caso es que me hizo un duplicado de la tarjeta y me dio las buenas noches.

Recorrí por segunda vez el camino hacia la habitación, con los nervios a flor de piel, el cuerpo tenso y la cabeza llena de posibilidades.

Cuando me detuve frente a la puerta, ni siquiera lo pensé, pues de hacerlo perdería el valor. Inserté la tarjeta magnética y entré. La estancia estaba todavía en penumbra, sólo se oía el sonido del televisor.

Él seguía allí, sentado en la cama, con las piernas estiradas y la camisa desabrochada, tal como lo había dejado. No me miró. Se limitó a bajar el volumen del televisor y a dejar el mando sobre la mesilla. Me fijé en que se había servido algo del minibar.

Me quedé como un pasmarote a la espera de que me hablara, pues yo me sentía incapaz de hacerlo de manera coherente.

«A mi edad estas cosas no pasan —me dije—. No es la primera vez que vas a acostarte con un hombre. Sabes el procedimiento, reacciona.»

Tragué saliva. Cuando fui a hablar, él se me adelantó pronunciando una sola palabra:

—Desnúdate.

Capítulo 13

Fabio

—Desnúdate —exigí, y me di cuenta de lo expeditivo que había sonado.

Un comportamiento inusual en mí, aunque supongo que la impaciencia mezclada con el deseo eran las causantes.

Se había ido justo cuando estaba a punto de besarla, algo que no esperaba, pues había accedido a acompañarme, siendo consciente en todo momento de mi intención. Si sólo hubiera querido hablar con ella, el hotel disponía de rincones discretos, apropiados, y no me habría hecho falta convencer a la tontaina de recepción de que precisaba la suite con urgencia. Y tampoco se había mostrado contraria a la idea de seguirme. Ambos éramos mayores de edad y se suponía que con cierta experiencia a la hora de evaluar las situaciones, por lo tanto, allí nadie engañaba a nadie.

Cambié de postura. No iba a tocarla de momento; no obstante, sí quería ser todo lo consciente posible de cada uno de sus movimientos. Berenguela había regresado y por tanto ya no quedaba espacio para titubeos o indecisiones. Éramos adultos, ya no jugábamos al «sí pero no» o al «no pero sí».

Observé cómo mi orden la dejaba confusa. Disimulé una sonrisa. Me quedé sentado en el borde de la cama sin apartar ni un segundo la mirada de ella. No lograba entender su actitud tan cercana al ¿miedo?

—O vete —añadí, al ver que no hacía nada.

No me cuadraba. Ella parecía una mujer experta en encuentros esporádicos, así que su cautela sobraba en aquella habitación.

Dejó el bolso con cuidado sobre la mesa y se llevó las manos al único botón de su chaqueta. Pude comprobar su excitación nada más despojarse de ella. La blusa era un excelente chivato, sus pezones duros llamaban poderosamente la atención. Agarré la colcha y la estrujé entre los dedos para controlar las ganas que tenía de arrancarle la ropa y poder tocarla.

Se me iba a hacer eterno. Pensé que quizá debería haber añadido «rápido» a la orden de desnudarse.

Respiró y se deshizo el nudo que le cerraba la blusa en el costado. Contuve el aliento cuando se la abrió, revelando su sencillo sujetador negro. Sin un solo adorno o transparencia. Funcional, aunque me causó el mismo impacto que la lencería más atrevida y sofisticada.

Aquella lentitud era desesperante. Yo siempre ordenaba la ropa cuando me desvestía, pero en ese momento odié que ella hiciera lo mismo. Tras dejar con pulcritud la blusa, hizo amago de darme la espalda y yo negué con la cabeza. Bajo ningún concepto iba a permitir que se escondiera de mí.

—Acércate más —dije, porque deseaba tenerla al alcance de mis manos, y ella obedeció—. Y mírame a los ojos.

Asintió e hizo algo extraño. Se metió las manos por debajo de la falda y se removió hasta bajarse las medias. No entendí el motivo, hasta que caí en la cuenta de que llevaba pantis. Acto seguido, se ocupó de la cremallera de la falda y, al llevarse las manos a la parte trasera, su delantera sobresalió de tal forma que a mí se me secó la boca; algo absurdo, ya que no era la primera vez que tenía delante un buen par de tetas.

Dejó que la falda cayera a sus pies, quedándose ante mí en bragas y sujetador.

Y con los zapatos rojos. Joder con los zapatos rojos.

—Déjatelos puestos —indiqué, cuando fue a descalzarse. No sé de dónde me vino aquella actitud tan exigente; sin embargo, disfruté de ser quien llevaba la batuta, al menos en apariencia, pues si ella supiera lo cogido que me tenía por los huevos, la cosa cambiaría.

—De acuerdo —convino, y por fin oí su voz.

Tardó menos de lo que yo esperaba en quedarse desnuda por completo. La observé. No era perfecta, ni una modelo de pasarela, pero a mí me tenía hechizado y muy excitado.

Me puse en pie, la rodeé hasta colocarme a su espalda. Me estaba comportando como un cabrón manipulador y, pese a ser consciente de ello, no fui capaz de variar semejante actitud, quizá por miedo a que Berenguela me dejara desarmado.

Había algo de lo que deseaba ocuparme en persona. Desde el primer instante en que la vi quise hacerlo. Ella tembló ligeramente cuando le puse las manos sobre los hombros.

—No cierres los ojos —susurré, y fui moviendo las manos hasta llegar a su moño. Comencé a quitarle horquillas. Quería tenerla libre en todos los sentidos y aquel moño tan prieto a duras penas podía ayudar.

Suspiró mientras hundía los dedos en su pelo y le daba un suave masaje. Poco a poco conseguí que se sintiera más cómoda. Todo aquello había empezado de una forma un tanto extraña para ambos y, pese a todo lo que cargábamos en nuestras espaldas, deseaba que al menos aquella noche eso se quedara fuera de la habitación.

Volví a besarla en la nuca y de ahí fui desplazando los labios por su hombro. Vi las marcas que le había dejado el sujetador y las reseguí con un dedo hasta llegar al centro de su espalda.

—Date la vuelta, por favor —le pedí, mostrándome menos exigente, aunque me estaba costando Dios y ayuda no lanzarla sobre la cama.

Berenguela lo hizo y su primer impulso fue apartar la mirada, cosa que no estaba dispuesto a permitir. Me seguía confundiendo aquella timidez. Le sujeté la barbilla para que sus ojos estuvieran fijos en los míos y sonreí. Había que quitarle solemnidad a todo aquello, pues parecía que tuviera que someterse a mis caprichos más obscenos para salvar su vida. Nunca me había gustado dominar a ninguna mujer a no ser que me lo pidieran; eso sí, en cuanto a caprichos obscenos...

—¿Algo más? —me preguntó con un deje de desafío que me encantó.

Quería a una mujer capaz de reclamar sus deseos, nada de esperar a que yo hiciera todo el trabajo.

—Desnúdame —dije, poniéndome a su disposición.

—Como quieras —contestó y se encargó primero de los puños de mi camisa.

Ése fue el primer paso de una lenta venganza. Imitando mi comportamiento, se colocó a mi espalda y tiró de la camisa hacia atrás, como si quisiera

inmovilizarme.

—Joder... —gruñí, al sentirme en sus manos y notar las suyas sobre mi espalda, arañándome, no con toda la fuerza de la que estaba seguro que era capaz, pero sí con la suficiente como para que me pusiera tenso.

Y después por fin vinieron sus labios. Al llevar tacones podía acceder perfectamente a mi cuello. Sentí un escalofrío cuando empezó a besarme. La sola idea de imaginarme aquellos labios rojos sobre la piel y las posibles marcas, era lo bastante excitante como para que me tuviera en sus manos, pero la prueba tangible eran sus pezones rozándome la espalda.

Me agarró las muñecas y mandó a freír espárragos la camisa, tirándola por delante de mí hecha una bola. Me importó un carajo que se arrugase.

Sus brazos rodearon mi torso y eché la cabeza hacia atrás apoyándome en ella, que deslizaba las uñas por todo mi pecho. Movimientos hipnóticos. La oí ronronear a mi espalda, lo que incrementó mis ganas de follármela sin tantas contemplaciones; ella también gimió.

Bajó una mano hasta mi cinturón y lo desabrochó sin vacilaciones. Inspiré hondo, deseaba que me pusiera las manos encima cuanto antes. Para poder maniobrar, ella tenía que estar bien pegada a mí, lo que suponía un constante roce.

Mis pantalones cayeron al suelo, por suerte ya me había descalzado y los aparté de una patada; entonces ella metió un dedo en el elástico de mis bóxeres y siguió todo el maldito contorno hasta llegar a la parte delantera. Un recorrido que me hizo gruñir, pues deseaba que fuera mucho más directa.

Sin sacar el maldito dedo, Berenguela se agachó detrás de mí y tiró hacia abajo hasta dejarme por fin desnudo. Después, agarrándose a mi cintura, se impulsó hacia arriba procurando rozarse en todo momento conmigo, algo que agradecí. Me encontraba lo bastante excitado como para olvidarme de aquellas sutilezas, pero si algo deseaba de aquella noche era que no fuera una repetición de la mecánica habitual y ella, con sus movimientos, lo estaba consiguiendo.

Enredó los dedos en mi pelo y tiró de él, un leve recordatorio de que tenía garras, y por fin se colocó frente a mí. Esta vez no apartó la vista y fue ella quien me sonrió.

Joder, era para caer de rodillas. Quería probar sus labios y me incliné para besarla. Ella separó los suyos y gemí junto a su boca a medida que profundizaba

el beso. Rodeé su cintura con un brazo y la apreté contra mí; ella separó un poco las piernas para acomodarnos mejor. La besé con verdaderas ganas; no obstante, volví a mi idea original y me dejé caer de rodillas hasta poder posar los labios en su vientre.

—Mmm —ronroneó, mientras yo me deleitaba con la suavidad de su piel.

Al tener las piernas entreabiertas, metí una mano entre ellas y le acaricié los muslos, obviando deliberadamente su sexo. Quería llegar a ese punto, por supuesto, pero ya que nos habíamos tomado la molestia de hacer de aquella noche una noche inolvidable, no hacía falta precipitarnos.

Sentí sus manos tirándome del pelo, pidiéndome sin palabras que fuera más allá de los besos, y fui deslizándome mi boca hacia abajo hasta llegar a su vello púbico, recortado de forma estratégica. Sentí su tensión, pues se agarraba a mi cabello cada vez con más fuerza.

Me encantó su reacción y por ello frené mi avance aun a costa de cabrearla. Cuando me puse en pie, ella me miró algo confusa y sin duda expectante. No lo dudé y atrapé su labio inferior, del que tiré con cierta agresividad para después besarla en condiciones. Jugando con mi lengua dentro de su boca y gimiendo los dos al mismo tiempo. La abracé y la levanté del suelo hasta llevármela a la cama, sin importarme que al día siguiente acabara desriñonado por el esfuerzo. Me senté con ella encima y continué devorando su boca mientras mis manos excitaban sus pezones. Podía acabar, ir al meollo de la cuestión y en menos de medio minuto penetrarla, pues en aquella postura todo resultaba sencillo. Mi polla se rozaba con el interior de sus muslos, creando una fricción de lo más perversa.

Berenguela se detuvo y me miró a los ojos con una intensidad peligrosa. Apoyándose en mis hombros, hizo que me recostara. Me quedé tumbado con las piernas colgando y ella a horcajadas sobre mí. Tragué saliva ante la imagen que me ofrecía, despeinada y sonrojada, a punto de hacer cuanto quisiera conmigo. Y yo encantado de permitirselo, o más bien de rogárselo. Se inclinó hacia delante y de nuevo sentí la presión, esta vez con algo más de fuerza, de sus uñas clavándose en mi piel. Gruñí excitado y pidiéndole más. Me gustó aquella sensación, cercana al dolor. Se acercó a mi boca y me lamió los labios antes de besarme con auténtico desenfreno.

—Sigue —exigí muy tenso.

—Como quieras —respondió en voz baja, y no apreció aires de superioridad ni nada parecido.

Yo sólo podía pensar en el siguiente paso, en su siguiente movimiento, porque me tenía a su merced. No me hizo esperar demasiado. Acercó uno de sus pechos a mi boca y, antes de que me indicara lo contrario, lo atrapé entre mis labios y apreté sin medir muy bien las consecuencias.

Sin embargo, mi agresividad fue bien recibida, ya que ella se contoneó sobre mi erección causando estragos y haciendo que controlarme fuera muy complicado.

—Más... —exigió, acercándose el otro pezón a la boca y, como no podía ser de otra forma, interpreté que deseaba recibir el mismo tratamiento.

—Por supuesto —convine en un ronco murmullo.

Para tenerla bien sujeta, puse las manos en su trasero y se lo amasé de una forma casi vulgar, algo burda incluso, pero que surtió efecto. Quizá porque algo así siempre daba morbo. El sexo, en mi opinión, necesitaba un toque de vulgaridad.

No sé cuánto tiempo permanecimos de ese modo, pero llegó un momento en que estaba tan desesperado por penetrarla que adopté una actitud dominante. Me las ingenié para volverme con ella en brazos y dejarla acostada boca arriba. No le di tiempo a reaccionar, y antes de que pudiera protestar la besé para, acto seguido, embestirla sin haberme tomado siquiera la molestia de comprobar si estaba preparada para ello.

Me apoyé en los antebrazos y dediqué un jodido minuto a contemplarla, quedándome ensimismado con la estampa que ofrecía. Una expresión confusa, a medio camino entre el placer y la sorpresa, debido sin duda a la brusquedad de mi envite. Me incliné y le humedecí los labios antes de besarla y comenzar a moverme de forma pausada, pese a que mi instinto me empujaba a hacerlo a lo bestia.

Ella me rodeó con las piernas y arqueó el cuerpo amoldándose al mío a la perfección. Sentí sus manos en mi espalda, a veces con suavidad, otras no tanto. Berenguela jadeaba al ritmo de mis embestidas y a mí eso me encantaba, me daba fuerzas para ser todavía más impetuoso.

Puede que llevar un tiempo sin follar me hiciera tener una perspectiva un poco distorsionada y que le estuviera dando más importancia de la que tenía; sin

embargo, me sentía en la puta gloria.

En las distancias cortas Berenguela era muy diferente. Ni rastro de la mujer reservada y fría. Se comportaba con naturalidad, sin aspavientos o exclamaciones cercanas a la actriz porno. Gemía y suspiraba, cada vez de manera más irregular, sin duda producto de su excitación.

—Sí... —suspiró, mordiéndose el labio.

Y yo me tensé de arriba abajo mientras ella apretaba cada músculo interno, haciendo que mi polla recibiera una estimulación increíble, tanta, que lo más probable era que me corriera en menos de un minuto.

Por sus gestos y gemidos supe que se encontraba en una situación muy similar a la mía; de todas formas, no quise correr riesgos y, sabiendo que yo no aguantaría mucho más, logré meter una mano entre sus piernas y, sin dejar de penetrarla, froté su clítoris, asegurándome de que alcanzara el orgasmo.

—Oh, Dios... —jadeó, clavándome por fin las uñas con saña.

Se arqueó aún más y se aferró a mí con todas sus fuerzas, haciéndome saber sin lugar a dudas que se había corrido, y yo embestí una vez más, ya incapaz de retrasar lo inevitable, hasta caer sobre su cuerpo sin la menor consideración, escondiendo el rostro en su cuello. Ella giró la cara a un lado, buscando sin duda aire que llevar a sus pulmones.

Aflojó la presión de sus dedos en mi espalda, pero siguió acariciándome mientras nuestras respiraciones se iban recuperando tras el intenso esfuerzo. Técnicamente había sido un polvo convencional; no obstante, pese a haberlo hecho de manera tan clásica, yo me sentía igual que si hubiera experimentado la más perversa de las fantasías sexuales.

Con renuencia, pues se estaba de puta madre, me aparté de ella, y entonces me sorprendió su reacción. Lejos de dejarme rodar a un lado, me atenazó con las piernas para que continuara en su interior. Por supuesto, le concedí el capricho.

Quería mirarla, ver su expresión y, sin apartarme, me incorporé a medias para poder hacerlo. Tenía el aspecto típico de quien acaba de follar, sudada, despeinada, sonrojada... Me sostuvo la mirada y acabé sonriéndole, porque, joder, estaba preciosa.

No supe qué decir. El típico «¿Estás bien?» era lo que le decía a la mujer de turno de la cual ni recordaría el nombre al día siguiente. Al final rodé a un lado, no por gusto, sino para liberarla de mi peso, y pensé algo coherente. Empezaba a

quedarme frío y me di cuenta de que ni siquiera habíamos apartado la colcha; algo lógico por otra parte, teniendo en cuenta que cuando ella regresó a la habitación lo único en lo que pude pensar fue en tocarla, todo lo demás era irrelevante.

Permanecemos así, en silencio, unos minutos. Quería moverme, arroparla, decirle cualquier cosa, pero no fui capaz. Me sumí en mis propios pensamientos, en todo lo que aquello implicaba, pues, por mucho que quisiera fingir, ella seguía siendo Berenguela Zahner, y aunque hubiésemos dejado fuera de la suite nuestros apellidos, la realidad terminaría imponiéndose.

Y entonces, cuando me encontraba en ese estado de dudosa euforia, caí en la cuenta de un detalle importante. Joder...

Me puse de costado y la miré, había cosas que por muy incómodas que fueran había que enfrentarlas cara a cara y aquélla era una de ellas.

—Sé que esto no es lo que esperas oír después de lo sucedido, pero... — Cerré los ojos un instante, porque mencionar ciertos temas era como recibir una patada en los mismísimos. Cuando volví a abrirlos, ella me miraba con una expresión neutra, incluso distante, algo que me jorobó, pues de nuevo se había instalado la frialdad entre nosotros.

Berenguela se incorporó y observé que buscaba su ropa con la mirada. Antes de que se vistiera y se marchara, cosa que no iba a permitir, pues mi intención de pasar la noche con ella abarcaba unas cuantas horas más, la sujeté de la muñeca.

—Espera, por favor —le pedí, sintiéndome gilipollas por no afrontar los hechos y dar rodeos.

—Es tarde, tengo que irme —murmuró ella con desagrado.

No se soltó, pero noté que deseaba hacerlo. Sentí cómo respiraba, sin duda desilusionada. Nos miramos a los ojos sin apenas parpadear, y como no había una forma elegante de decirlo, se lo dije tal cual:

—Tan sólo quería mencionar que no hemos utilizado nada.

Hasta a mí me sonó fatal, pues pese a que siempre es un asunto primordial en cualquier relación sexual, resulta de lo más tedioso abordar el jodido temita.

Berenguela inspiró hondo. Se apartó el pelo de la cara y me di cuenta de que se sentía algo incómoda allí desnuda, ahora que había pasado la euforia inicial.

—Lo sé —contestó y agradecí que se comportara con serenidad—. Soy muy consciente de ello —añadió seria.

Joder... pensé y, para mitigar un poco aquella mierda de conversación, le acaricié la mejilla. No se esperaba ese gesto tierno y yo la verdad es que tampoco, pues no era muy dado a ello; lo consideraba en realidad una especie de trámite para quedar bien, nada más.

Parpadeó, ¿quizá confusa? No lo sé, pues la comunicación entre ambos era no verbal y por tanto debía interpretar constantemente sus gestos. Eso requería un gran esfuerzo, desde luego; no obstante, había aceptado ese reto con sumo gusto. Desde el principio quise desenmarañar todo lo referente a Berenguela, en especial su personalidad.

—¿Y bien? —insistí sin poder evitar sentirme un poco cabrón.

No le solté la mano, entre otras cosas por miedo a que se levantara de la cama y abandonara la habitación, frustrando así cualquier plan de tenerla más tiempo junto a mí, y no sólo por el placer de tocarla, sino también para poder observarla.

—No tienes por qué preocuparte de nada —murmuró tensa, y se liberó de mi agarre.

Reaccioné de inmediato, antes de que se incorporase.

—No te vayas —le pedí en un murmullo.

Mi deseo era abrazarla, volver a tenerla pegada a mi piel y tumbarla junto a mí; sin embargo, me di cuenta de que no las tenía todas consigo.

—¿Por qué? —preguntó con toda lógica.

Yo tenía la respuesta y, pese a parecerme un poco ridículo ser tan sincero, recurrí a un tópico.

—Porque no quieres marcharte todavía. —Jugar de farol no siempre sale bien.

Ella esbozó una sonrisa de medio lado. Puede que triste, puede que cínica, pero dejó que me acercara y que pudiera abrazarla. Lo hice con fuerza y consciente en todo momento de que me estaba excitando otra vez. Berenguela se dio perfecta cuenta de ello, aunque disimuló.

No perdí el tiempo y aparté de cualquier manera las sábanas para que se acostara. Me uní a ella de inmediato y me ocupé de cubrirnos para no enfriarnos.

—Recuéstate junto a mí —dije, al ver que pretendía mantener las distancias tanto físicas como emocionales.

Obedeció con cierta renuencia y se quedó en parte sobre mí, con una mano

sobre mi pecho y la cara escondida en mi cuello. Mi brazo quedó bajo su cuerpo.
No me contuve y abarqué su trasero con la mano.

—¿Y ahora qué? —musitó.

«Buena pregunta», pensé.

Capítulo 14

Berenguela

—¿Y ahora qué? —pregunté en voz baja, mientras me acomodaba junto a él con cierto reparo.

No me entusiasmaba la idea de quedarme a dormir allí, porque implicaba compartir cama, algo que hacía siglos que no hacía por motivos obvios: llevaba mucho tiempo sin una pareja a la que considerar estable como para dormir juntos y, cuando la tenía, no era muy amiga de hacerlo. Siempre me ha gustado ser independiente en ese aspecto, o puede que nunca me hubiera topado con una relación que me importara lo suficiente como para desear la intimidad que implicaba compartir mis horas de sueño.

—No sabría decirte... —respondió él en voz baja.

No teníamos por qué hablar en aquel tono confidencial típico de amantes, porque no lo éramos. Había sido un revolcón de manual, rápido, sin compromiso.

—Me inclino por descansar un rato —prosiguió, sin dejar de acariciarme el culo—, podemos quedarnos a dormir...

Inspiré y me abstuve de explicarle las razones por las que aquélla no era una buena idea. Aunque, teniendo en cuenta que todo había sido un despropósito desde el principio, sumar otra mala decisión ya poco importaba.

—De acuerdo —convine sin podérmelo creer.

Quise apartarme, algo que él me impidió sujetándome con fuerza para que permaneciera recostada contra su cuerpo. Y de una forma cuando menos curiosa,

pues aparte de presionar con la mano sobre mi trasero, me retuvo metiendo un dedo, y mi intuición me dijo que podía ser el dedo corazón, entre mis nalgas, que se acoplaba en una zona poco común.

Poco más se podía decir, sin embargo, yo no terminaba de sentirme a gusto. En primer lugar, resultaba extraño que fuera él, precisamente él, el tipo que había escogido para romper un periodo de sequía sexual, pero aún más raro era que él pretendiera que durmiéramos juntos, como amantes habituales tras darse un buen revolcón.

De acuerdo, lo del revolcón era cierto; no obstante, yo dudaba de que tuviéramos la confianza suficiente como para permanecer abrazados. Volví a intentar separarme y me lo impidió.

—¿Qué ocurre? —preguntó, evidenciando su disgusto por mis intentos de mantener las distancias.

—Nada —murmuré.

—¿Estás incómoda?

Ésa era una pregunta capciosa en toda regla, pues si respondía afirmativamente se molestaría aún más, y, lo que era peor, me pediría explicaciones y a mí no me apetecía dárselas.

—Un poco —contesté, intentando sonar suave y que no se ofendiera. Vi que torcía el gesto y me apresuré a añadir—: Suelo dormir sola.

La mano con la que me sujetaba el culo se tensó y yo, ante tanto abrazo, terminé por apoyar una mano en su pecho e incorporarme a medias.

—Y yo —dijo, arqueando una ceja.

Puse los ojos en blanco ante su tono rayano en la ironía.

—Me refiero a que así, encima de ti, me resulta difícil conciliar el sueño. Por no mencionar que, soportando mi peso, acabarás con el brazo hecho polvo —le expliqué con lógica.

—¿Me lo estás diciendo en serio? —preguntó, moviendo con más ganas la dichosa mano y el dichoso dedo entre mis nalgas.

—Esta postura supongo que queda muy bien en las películas, pero dudo mucho que se pueda descansar de forma adecuada —insistí, y él puso cara de «¿Qué me estás contando?».

Se movió hasta liberar su brazo, se apoyó sobre un codo y esbozó una sonrisa un tanto peculiar, que no supe interpretar con exactitud. No tenía muy

claro si significaba algo malo o muy malo.

—A mí no me importa —dijo, empleando un tono seductor.

Sin querer, desvié la vista y confirmé lo que ya intuía. Estaba empalmado. Otra vez. No me molestó, desde luego que no, sin embargo, creí que no era buena idea ponerse de nuevo a follar como locos. Aún me sentía demasiado sensible entre las piernas, hecho que podía superar, no así el desconcierto que me provocaba. Estaba claro que tras el interludio sexual habíamos, por decirlo de alguna manera, mantenido una conversación más o menos larga, pero estúpida a más no poder.

—Pues a mí sí —rematé, y en cuanto tuve la oportunidad, me di la vuelta.

—Como quieras.

Esas palabras en apariencia comprensivas no lo fueron en absoluto, pues sentí cómo se acostaba detrás de mí y se pegaba a mi espalda.

—Es que... —titubeé, porque estaba a punto de quedar como una gilipollas, y más aún considerando la edad que tenía—. Llevo mucho tiempo sin compartir cama, ya me entiendes.

Noté que se movía ligeramente, no tenía muy claro si se estaba descojonando a mi costa o, aún peor, sintiendo lástima por mí.

—Es difícil de creer, la verdad —murmuró sin rastro de cinismo, lo cual agradecí.

No quise ser más ridícula y cerré el pico, pero acabamos amoldados como dos cucharas; eso sí, él haciéndome partícipe en todo momento de su excitación y su curiosa mano ahora sobre mi abdomen, o más abajo, rozándome con la yema de los dedos el vello púbico. En otras circunstancias eso podría haberlo considerado normal, pero con él esa sensación no la tenía.

Hacía demasiado tiempo que no me encontraba en una situación similar. De acuerdo, no era la primera vez que dormía, y lo que viene antes o después, con un hombre, sin embargo, hacía tanto tiempo que ni me acordaba. Mi última relación seria se remontaba al menos a cinco años atrás. Y ni siquiera entonces estaba yo muy por la labor de compartir cama. El motivo era bien sencillo: en un espacio tan reducido era incapaz de descansar cuando otro ser humano podía invadir mi espacio, taparme con la manta cuando yo tenía calor, morirme de frío porque me la robaba, o soportar ronquidos u otros ruidos corporales más bien desagradables, que rompen cualquier clima de pareja.

Si con mi último novio lo evitaba, ¿cómo podía ser que hubiera acabado haciendo la cucharita con un desconocido? Y la cosa no acababa ahí: un desconocido que además podía causarme muchos problemas, pues no había que olvidar cuál era su profesión.

Él no debía de mantener ningún debate consigo mismo, porque enseguida noté cómo se relajaba y su respiración pasaba a ser más débil, síntoma inequívoco de que estaba dormido como un tronco.

«Qué envidia», pensé, y aproveché para separarme un poco de él. Debía de tener una especie de radar, porque no me lo permitió y tuve que quedarme en aquella postura, confiando en que el cansancio hiciera mella en mi organismo y cayera dormida. Por suerte, conseguí conciliar el sueño sin apartarme de sus brazos, pero no sé cuánto duró eso, pues algo me despertó.

Abrí los ojos desconcertada al notar lo que tenía toda la pinta de ser su mano en mi sexo. En la posición en la que me hallaba, de medio lado, le era complicado metérmela entre las piernas; de ahí que intentara conseguirlo con sutiles maniobras, aprovechándose sin ningún miramiento de mi estado de somnolencia.

—¿Qué ocurre? —pregunté en un murmullo, volviéndome hasta quedar boca arriba.

—Mucho mejor... —musitó él.

Entreabrí los ojos y me di cuenta de que aún no había amanecido. No tenía la menor idea de qué hora era y tampoco me importaba; de todas formas no estaba acostumbrada a que hubiera manos curiosas interrumpiendo mi descanso y menos aún cuando tanto me había costado conciliar el sueño.

Las persistentes caricias lograron que separase las piernas, dándole así un mayor acceso. Lo aprovechó sin dudarle y gemí cuando recorrió con delicadeza mis labios vaginales. Nada de apresurarse, incluso daba la impresión de que sus caricias, lánguidas, no tuvieran más propósito que pasar el rato, como si en un momento dado fueran a detenerse.

Pero no lo hicieron. Con la yema de los dedos buscó cada punto sensible, haciendo que mis gemidos se tornaran más audibles y que todo mi cuerpo se fuera tensando en espera del próximo movimiento, que por lógica debía ser más intenso.

Alcé los brazos y busqué su contacto en la oscuridad. Me lo puso fácil y

enseguida acaricié su rostro, algo áspero, mientras él continuaba masturbándome con deliciosa lentitud.

De mi boca sólo salían murmullos de auténtico placer. Mi excitación iba en aumento. Sentía toda la tensión acumulándose en mis muslos.

—Dobla las rodillas —murmuró junto a mi oído, haciéndome temblar—, y sepáralas.

No era una orden, tan sólo una sugerencia, que acepté de buen grado y que vino acompañada de una recompensa inmediata. Él maniobró hasta poder colocar su boca sobre mis pechos, todo ello sin apartar las manos de mi sexo, que continuaba tocándome con verdadera maestría.

Jadeé cuando tras varios minutos de estimulación sentí un pequeño pellizco sobre el pezón derecho. Algo a lo que no estaba en absoluto acostumbrada y que me hizo reaccionar aún con más fuerza. Como pude, moví el brazo hasta dar con su erección y atraparla en mi mano. Él gruñó y respondió con otro intenso mordisco sobre mi pezón. Lo capturó entre los dientes con fuerza para después mostrarse más amable y limitarse a lamerlo con la lengua.

—Oh, joder... —musité, arqueando todo el cuerpo en busca de más.

Entonces noté que me agarraba de la muñeca, impidiéndome que continuara apretando su polla, y no pude seguir tocándolo como deseaba. Quise retomar mis atenciones, pero él se las apañó para apartarse de tal forma que quedaba fuera de mi alcance.

—Olvídate ahora de mi polla —dijo al oír mis protestas.

—¿Por qué? —pregunté con la garganta verdaderamente seca de tanto gemir.

—Porque no quiero distracciones —replicó y, antes de que yo pudiera articular una respuesta, se movió con agilidad hasta poder tomar mis labios. No pidió permiso con suaves besos, no esperó a que aceptara su intromisión: me avasalló, haciéndome olvidar cualquier reparo previo que me hubiera surgido.

—Me encantaría oír cómo dices mi nombre mientras te corres...

Me aclaré la garganta. Era incapaz de pronunciarlo.

A partir de ese momento no hubo espacio para ningún tipo de vacilaciones. Su mano entre mis muslos sabía con exactitud qué resorte tocar para que mi excitación fuera ascendiendo, para mantenerme en ese estado en el que sólo piensas en correrte, dejando de lado todo lo demás.

—Por favor... —No me importó suplicar, rogarle con voz ronca que fuera

más expeditivo, ante lo que él, sin duda complacido, me respondió con taimadas maniobras de despiste. Todo ideado para que yo acabara gritando—: ¡Fóllame!

—Eso es justo lo que necesitaba oír —dijo con un deje burlón, sin duda impulsado por su autoestima, porque de todas es sabido que pedirle algo así a un hombre es definitivo para su ego.

Era la primera vez que me veía abocada a semejante expresión. Debería estar horrorizada por tal comportamiento. Tragué saliva porque, por lo visto, mi exclamación lo divirtió de lo lindo. Yo allí acostada, con las piernas dobladas y separadas (igual que en el ginecólogo), y él riéndose junto a mi oído de aquella forma tan insultante de quien cree tener la sartén por el mango.

Nunca me había considerado agresiva en el sexo, ni tampoco demasiado expresiva. Lo disfrutaba y punto; sin embargo, y sin saber por qué, aquella noche existían demasiados componentes extraños a mi alrededor que me impulsaban a comportarme de una manera un tanto anómala.

—Dilo otra vez —me provocó, mordiéndome el lóbulo de la oreja y penetrándome con un mísero dedo, consciente de que de ese modo estaba en sus manos.

—No —gruñí desesperada, arqueando el cuerpo en busca de más.

—Pues entonces atente a las consecuencias.

Nunca me habían gustado esos juegucitos de dominación, en los que siempre, y daba qué pensar, éramos nosotras quienes debíamos someternos a los caprichos de una mente masculina (como si aquello no fuera bastante) y además retorcida. Estábamos en la cama y ambos deseábamos que ocurriera, por tanto, ¿qué necesidad había de jugar al gato y al ratón?

Entendía que no todo iba a ser meter y empujar durante tres minutos y medio (eso siendo generosa), pero si se jugaba una partida, al menos que fuera en igualdad de condiciones.

—Estoy esperando —me provocó una vez más, con un tono que rozaba la guasa, y sin dejar de meter los dedos en mi sexo a modo de aliciente.

Ya despierta por completo, cachonda y decidida, me las apañé para apartarlo. Su desconcierto jugó a mi favor y, apoyando las manos en su pecho, logré tumbarlo boca arriba. Hice una leve presión para que le quedara muy claro que no admitiría ningún tipo de objeción. Sonrió de medio lado, burlón y sin duda encantado con la idea de que lo manejara a mi antojo. Una buena señal, desde

luego. Me coloqué a horcajadas sobre él, procurando que su polla quedara bien atrapada entre mis muslos. Luego me balanceé adelante y atrás, sonriendo ante sus jadeos ahogados. Me sentí poderosa al tener claro que las tornas habían cambiado. Clavé ligeramente las uñas en su torso mientras me iba inclinando hacia delante hasta alcanzar sus labios. No lo besé, no se lo merecía. Me limité a lamerle la comisura.

—Se acabó tu tiempo —murmuré, consciente en todo momento de su respiración agitada y de su erección pidiendo paso entre mis piernas.

—Haz lo que tengas que hacer —dijo con un tono de voz tan insinuante que se me puso el vello de punta. Sabía muy bien que esa falsa rendición implicaba un desafío.

Sonreí y lamenté que estuviéramos en penumbra, en la que apenas se distinguían nuestras siluetas, pues por extraño que pareciese me habría gustado ser observada, y en aquella postura él sería el más privilegiado.

Metí la mano entre nuestros cuerpos y agarré su pene, que guie hasta mi sexo. No perdí el tiempo y me dejé caer sobre él. La reacción de ambos fue inmediata y proporcional a la intensidad del momento. Él gruñó y embistió hacia arriba como si quisiera entrar todavía más hondo y yo eché la cabeza hacia atrás, dejando que mi melena me acariciara la espalda; a ella enseguida se unieron sus manos, pues una subió por el costado hasta poder atraparme una teta y la otra se posó en mi culo para ayudarme, innecesariamente, a llevar el ritmo.

Y a partir de ese instante, como no podía ser de otro modo, todo se precipitó.

Conseguimos sincronizar nuestros movimientos, algo curioso que yo siempre había pensado que sólo ocurría en las parejas consolidadas, de tal forma que a cada envite de él, yo respondía con un sensual balanceo al que añadía un apretón de mis músculos internos.

—Haz eso otra vez —me dijo con tono exigente.

Obedecí y me concentré en ello. Para mi sorpresa, él se incorporó hasta quedar frente a mí. Llevó las manos a mi espalda hasta agarrarme el pelo en un puño y tirar de él, obligándome a echar la cabeza hacia atrás y arquearme, quedando así mis pechos más expuestos, lo que derivó en su boca sobre uno de ellos.

—Berenguela...

Casi me corro al oír mi nombre pronunciado con aquel tono, mezcla de

excitación y de deseo, aunque también contaba, y mucho, aquel endiablado ritmo que resultaba imposible de aguantar mucho más tiempo. Cerré los ojos al experimentar un orgasmo de esos que crees que son leyenda urbana y, teniendo en cuenta que no era el primero de la noche, podía considerarse hasta una utopía.

—Sí... —suspiré, mordiéndome el labio al alcanzar el clímax.

Noté sus brazos rodeándome con fuerza cuando él se corrió apenas medio minuto después. Me mantuvo allí, quieta, sin apartarse un milímetro de mí, intentando como yo que su respiración volviera a la normalidad.

Yo también hundí la cara en su cuello y me aferré a él, sintiéndome al mismo tiempo eufórica por lo que experimentaba y desdichada, porque aquello no podía ser real.

Él se dejó caer hacia atrás y de nuevo me quedé recostada sobre su cuerpo, pero con una considerable diferencia: no me importó nada en absoluto estar de esa forma, y tampoco me costó nada volver a conciliar el sueño.

* * *

Aunque, como pasa siempre, los momentos como ése son breves y llegó la odiosa mañana siguiente. La hora de enfrentarse cara a cara, a plena luz del día, a los silencios incómodos, a las miradas de cautela, a todos esos pequeños detalles que, a pesar de parecer insignificantes, te hacen sentir estúpida.

Cuando me desperté, él continuaba dormido a mi lado. Durante unos minutos pensé marcharme sin hacer ruido. Una despedida elegante y poco comprometedor, con la que evitaría que me pidiera el teléfono, como hacen muchos para quedar bien, sabiendo de antemano que no te llamarán.

Sólo que en aquel caso era ridículo, pues él disponía de toda la información relevante sobre mi persona, algo que si me paraba a pensarlo podía ser peligroso. No, me dije, el mundo real y sus asquerosos problemas habían quedado fuera de aquella suite. Una noche de respiro, como una anestesia. Pero al desaparecer sus efectos, te das cuenta de que el dolor no se había marchado, seguía allí. Suspiré y giré la cabeza para mirarlo y guardar esa imagen en mi cabeza. Sentí cierto temor, pues a plena luz del día podía parecerme un imbécil o incluso cogerle asco.

Hubiera sido una excusa perfecta para abandonarlo, sin embargo, no ocurrió;

ninguna de esas convenientes sensaciones hicieron acto de presencia. Más bien todo lo contrario y, para mi mayor asombro, alcé una mano para acariciarle el rostro. Noté la aspereza de su mandíbula debido a la barba, pero hasta lo disfruté y recorrí con la yema de los dedos cada parte de su cara. Quería memorizar sus facciones, ahora relajadas por el sueño, porque la próxima vez que nos viéramos el ambiente sería, por desgracia, más solemne.

Al final decidí marcharme de la suite sin despedirme. Me levanté de la cama con cuidado, confiando en tener unos minutos para ponerme la ropa y salir de allí.

Lo logré, sin ropa interior, ni los pantis, que guardé en el bolso. Con los zapatos de tacón rojos en la mano y sin haberme mirado en el espejo para comprobar mi aspecto, me metí en el ascensor.

Capítulo 15

Fabio

Los lunes, por lo general, no eran días muy diferentes al resto de los laborables. Nunca había sido una persona de esas que odian el primer día de la semana. Me gustaba ir a trabajar y, si bien existían jornadas más llevaderas que otras, no solía aparecer con cara de malas pulgas un lunes a primera hora de la mañana. Aunque ese lunes fue muy diferente. Había pasado todo un domingo solo en casa, con la única compañía de mi mala leche, música clásica y miles de pensamientos contradictorios sobre lo ocurrido tan sólo cuarenta y ocho horas antes.

Me desperté en la habitación del hotel con la típica sensación de bienestar, consciente de cuál era el motivo y dispuesto a prolongar cuanto me fuera posible ese estado, pero cuando quise abrazarla, ella ya no estaba a mi lado.

No tenía por qué pensar mal, pues bien podía estar en el baño. Sin embargo, tras permanecer unos minutos en silencio y no oír nada al otro lado de la puerta, se me llevaron los demonios, pues mi peor sospecha se había confirmado. Si a ello le sumaba que no estaba su ropa, la conclusión era evidente: se había marchado sin siquiera despedirse. Un hecho que, en otras circunstancias, me hubiera parecido interesante y sobre todo conveniente, pues más de vez al despertarme y darme cuenta de con quién había pasado la noche, había sentido una especie de remordimiento, ya que la mujer en cuestión podría darme problemas (no todas entienden el concepto de rollo de una noche). No obstante, con Berenguela no había sido así; en ningún momento.

Durante el maldito domingo no dejé de darle vueltas al jodido asunto de por qué, tras lo que habíamos vivido, había optado por una despedida, a mi modo de ver, tan cruel. Puede que yo me hubiera equivocado, puede que ella fingiera, pero lo cierto era que todo lo acontecido en la suite 323 había sido tan intenso que hasta podía parecer irreal. Y en mi caso era mucho decir, ya que llevaba auestas unas cuantas noches intensas, por lo que podría decirse que estaba más capacitado para ver la diferencia entre un buen polvo y un sucedáneo.

De acuerdo, tras superar la incomprensible cautela inicial, Berenguela se había mostrado como yo siempre esperaba que fuera una mujer: nada de quedarse de brazos cruzados a la espera de que se obrara el milagro. No, no había sido así. Su comportamiento había sido una mezcla perfecta de dar y recibir. De saber cuándo permanecer expectante y de cuándo tomar la iniciativa. Pero más allá del sexo (técnicamente había follado de maneras más creativas con otras), había logrado sentirme muy a gusto, cómodo, algo extraño, ya que, a excepción de Estela, con ninguna otra lograba alcanzar ese estado. Y en el caso de mi ex había sido tras un considerable periodo de tiempo; con la señorita Zahner en una sola noche.

No sólo me molestaba el hecho de que ella me hubiera tratado como si fuera uno más, lo que con toda seguridad era, sino también que con todo aquel numerito de dejarme con la miel en los labios para después regresar dispuesta a todo, me hubiese hecho creer que podía ser diferente. Puede que sólo pretendiera sacar tajada, es decir, tenerme como el burro tras la zanahoria, pendiente de ella, de su cuerpo, para que no lo hiciera de sus cuestionables actividades empresariales y así ganar tiempo.

Una sucia maniobra de despiste que por lo visto seguía funcionando a la perfección; otro motivo más para estar mosqueado, ya que siempre había presumido de poseer cierta inteligencia emocional y, mira por dónde, había sido tenerla a mi alcance y perder el norte.

Cierto que en ningún momento se mencionó ni una palabra sobre mi trabajo y sobre sus negocios, pero no era menos cierto que al no hacerlo mostraba mucha más inteligencia, pues aparentando despreocupación yo me confiaba, como en efecto había ocurrido.

Lo peor del caso fue que me lo creí. Me creí que lo de fuera de aquella habitación era irrelevante, que podíamos dejarlo todo al margen y comportarnos

como dos simples amantes, aunque de ningún modo había sido así. Ella había jugado bien sus cartas y yo, aun siendo consciente del engaño, todavía esperaba que la realidad no fuera ésa. Desde luego era como para darme de cabezazos contra una pared, porque así por lo menos el dolor físico enmascararía el del orgullo.

—Estoy bien jodido —murmuré mientras me terminaba el desayuno.

* * *

Estaba sentado en la cafetería, frente al edificio de los juzgados, viendo pasar a la gente sin prestarles atención, sumido en mis cábalas e intentando que el café no me diera ardor de estómago. Entonces vi a Estela. Se estaba apeando de un coche. Desde donde me encontraba me era imposible ver la matrícula, pero a ella no tuve problemas en identificarla. Observé la escena con curiosidad, preguntándome quién la traía al trabajo, y además tarde, ya que pasaban más de veinte minutos de la hora. Vi que se quedaba junto al vehículo y le lanzaba un beso a quienquiera que fuera el conductor y después lo despedía con la mano y se quedaba en la calle esperando que el automóvil se alejara.

Llegué a una evidente conclusión, y es que un comportamiento semejante sólo podía deberse a que Estela iba en serio con alguien. Un hecho que no debía preocuparme, y no lo hacía, aunque en el fondo me jorobaba, ya que siempre pensé que yo había sido el único tío del que ella se había enamorado, mientras que todos los demás eran un pasatiempo. Desde luego, mi conducta resultaba de lo más egoísta; sin embargo, no podía evitarlo, así que pagué la consumición a toda prisa y fui en busca de ella con la ridícula pretensión de hacerme el enconadizo; a mi edad era penoso llegar a tales extremos.

Conseguí alcanzar la puerta y coincidir con Estela, que pareció sorprenderse e incluso me miró con cierto reparo, pero enseguida recuperó la compostura.

—Buenos días —me saludó en un tono demasiado formal para mi gusto; habíamos sido amantes hasta no hacía mucho, joder, un poco de complicidad no estaba de más.

—Buenos días. ¿Qué tal el fin de semana? —pregunté, procurando sonar distendido, como una fórmula de cortesía, aunque en realidad quería conocer los detalles.

—Bien. ¿Y el tuyo? —replicó con aire belicoso.

Habíamos llegado frente a los ascensores. Hasta hacía no mucho, meterme en uno de ellos no implicaba más que un movimiento ascendente/descendente para llegar a un destino, pero eso había cambiado desde el momento en que coincidí con Berenguela en los grandes almacenes.

Estela me miró y arqueó una ceja ante mi silencio. Ella me conocía bastante bien y se dio cuenta de que se me había ido el santo al cielo.

—Bastante bien —acabé respondiendo tras aclararme la garganta.

—Ya veo, ya... —comentó con marcado sarcasmo.

Caminamos por las dependencias como en otras tantas jornadas de trabajo. Nadie se sorprendía de vernos juntos, la diferencia era que muy pocos sabían qué ocurría de verdad y, por supuesto, tanto ella como yo no hacíamos ningún comentario al respecto. Que la gente especulase lo que le viniera en gana. En eso ambos nos comportábamos con igual madurez. Mientras, a mí me seguía dando vueltas en la cabeza el dichoso asunto de quién la había acompañado al trabajo, porque otro motivo para que admirara a Estela era que nunca permitía que sus ligues interfirieran en sus obligaciones; de ahí que los mantuviera lejos de su entorno laboral, con una notable excepción: yo.

Al llegar junto a su mesa, llevado por la insensatez y la curiosidad, cometí un error garrafal.

—¿Quién te ha traído hoy a trabajar?

—Un amigo —respondió evasiva.

—Me ha parecido reconocer el coche —añadí, en un triste intento de sonsacarle más información.

—¿Y a ti qué te importa? —respondió con altanería y fulminándome con la mirada, aunque advertí en sus ojos cierta preocupación.

Se sentó tras su escritorio y evitó en todo momento establecer contacto visual conmigo, lo que vino a confirmar mis sospechas. Pero por si acaso, insistí.

—¿Sigues viéndote con el inspector de Hacienda? —pregunté, no sin cierto retintín, creyendo que, al formular la pregunta equivocada, hallaría la respuesta correcta.

—Vete a la mierda —masculló.

Su exabrupto dejó claro que: uno, no iba a saber la identidad de su acompañante; dos, yo lo conocía y de ahí su secretismo, y tres, el más triste:

Estela y yo ya no compartíamos confidencias.

—No sé por qué te pones así, la verdad. Hasta ahora siempre hemos hablado con confianza sobre estas cosas.

—Fabio, déjame en paz —dijo, dando por zanjada la conversación.

No quise insistir y me encerré en el despacho de bastante mal humor. En los últimos tiempos parecía no tener mano con las mujeres, porque una a la que creía conocer bien me mandaba a freír espárragos, y otra a la que acababa de conocer y que me tenía obsesionado, me abandonaba sin siquiera despedirse. Yo conocía todos sus datos y no me costaba nada llamarla o incluso presentarme en su domicilio, pero aparte de ser una temeridad, eso iba en contra de cualquier lógica, pues nunca antes me había visto en la necesidad de perseguir a ninguna mujer.

Me puse a revisar documentos pendientes y no llevaba ni diez minutos haciéndolo, cuando llamaron a la puerta. Estela entró y, sin decir nada, me dejó más papeles sobre el escritorio. Seguía cabreada y poco podía hacer yo para mejorar nuestra relación, así que intenté mantener una actitud profesional.

—Los últimos movimientos bancarios de la señorita Zahner —me espetó, entrando sin llamar.

Me dio la impresión de que se recreaba al pronunciar ese nombre y esperaba que yo reaccionase de alguna manera. Por supuesto, tener nuevos datos resultaba interesante y no tenía por qué disimular delante de mi secretaria, pero los aparté a un lado como si me dieran igual.

—¿Algo más?

Me recosté en el sillón a la espera de que continuara. Ella negó con la cabeza. No me pasó desapercibido su aspecto. Elegante y con aquel toque provocador que la caracterizaba. No me respondió y se limitó a marcharse en silencio. En cuanto oí que se cerraba la puerta, cogí los papeles, deseoso de conocer los datos, y me sorprendió que prácticamente fueran los mismos de los meses anteriores. Una cuenta en la que se reflejaban los gastos habituales de cualquier persona y en cantidades lógicas, junto a un ingreso igual de lógico procedente de su trabajo; luego estaban las otras dos cuentas con sumas importantes, en las que sólo figuraban abonos por cantidades mucho más serias, sin ningún movimiento que reflejase salidas de capital. Fruncí el cejo, porque aquello no tenía ningún sentido. O bien Berenguela era muy muy lista, o

ahorradora en extremo. Seguía sin comprender por qué continuaba trabajando a cambio de un salario aceptable pero tampoco como para tirar cohetes, cuando podía vivir sin dar un palo al agua. Y para más desconcierto, tenía una hipoteca y otro préstamo para pagar el coche.

Tenía que haber algo que se me estaba escapando, pues no conocía a nadie que, disponiendo de cuentas bancarias envidiables, llevara un estilo de vida tan austero. Llegué a la conclusión de que debía ordenar que la vigilaran más de cerca, conocer todos sus movimientos, porque en algún sitio tenía que estar la clave de todo aquello. Sentí cierto remordimiento al redactar la orden. Aquello venía aparejado con un componente surrealista imposible de explicar. Iba a recibir informes sobre cualquier movimiento de una mujer a la que, si se me presentaba de nuevo la oportunidad, volvería a tener en mi cama.

Me estaba obsesionando, no cabía ninguna duda, y si continuaba por ese camino eso podría terminar afectando a mi trabajo. Recordármelo no estaba de más; sin embargo, por más que las pruebas apuntaran en su contra, yo seguía deseándola. Quizá una forma de quitármela de la cabeza fuera escuchar la opinión de alguien más o menos imparcial, alguien que pudiera darme una perspectiva diferente y en mi caso para eso sólo podía contar con Armando. Confié en que su labor como policía le dejara al menos un hueco a la hora de la comida para intercambiar confidencias. Lo llamé y hubo suerte.

* * *

El resto de la mañana lo pasé metido en el despacho; ni siquiera le pedí a Estela que me trajera un café, como otras tantas mañanas. Sumido en el papeleo, me pude sacar de la cabeza a la señorita Zahner y concentrarme en el trabajo.

A las dos en punto apagué el ordenador y me encaminé hacia el restaurante donde había quedado con Armando. Aproveché para dar un paseo, no con la intención de aclararme las ideas, hecho del todo improbable, sino para evitar ser el primero en llegar, ya que Armando y la puntualidad no iban nunca de la mano.

Noté que el móvil me vibraba en el bolsillo interior de la americana, lo saqué y respondí. Era Armando.

—Me temo que voy a darte plantón. Una emergencia de... bueno, un asunto de última hora.

Fruncí el cejo ante su tono. No era la primera vez ni sería la última que anulaba una cita, pero me llamó la atención tanta seriedad.

—De acuerdo —contesté—. Ya nos veremos en otra ocasión.

—Te debo una —dijo y cortó la llamada. Sin hacer una broma o darme alguna referencia de lo que tenía entre manos.

Pero bastante tenía yo ya con mis propias disquisiciones como para pensar en el comportamiento de mi mejor amigo. Como tenía mesa reservada y estaba acostumbrado a comer solo, y en los últimos tiempos eso sucedía bastante a menudo, entré en el restaurante.

Capítulo 16

Berenguela

—¡No me lo puedo creer!

Fue la ahogada exclamación que solté cuando Eliseo dejó ante mí una serie de carpetas, algunas bastante ajadas, y me señaló una al azar para que yo la abriera. Me quedé patidifusa, en primer lugar por ver algo semejante, pues que en la era de la informática todavía se estilara almacenar datos de esa forma me parecía cuando menos peculiar, pero lo que de verdad me dejó sin habla fue cuando empecé a mirar su contenido.

Mi padre se había encargado de investigar a todo aquel que le pudiera ser útil. Pero en vez de hacerlo como todo el mundo, mediante un proceso digital, se había confeccionado unas carpetas escritas a mano, en las que figuraban los datos de las personas que le interesaban.

A la vieja usanza. Típico de él. Debería haberlo supuesto.

Reconocí su caligrafía en las tarjetas tamaño cuartilla con líneas rojas. De esas que se compraban en otro tiempo en las librerías y que luego se ordenaban por orden alfabético en un cajón de madera. Me recordaron las que veía en la biblioteca cuando estudiaba.

Cogí una al azar, figuraba el nombre de la persona, junto con su dirección y teléfonos de contacto. Hasta ahí todo normal, nada que pudiera considerarse sospechoso. Debajo su ocupación y, por alguna broma del destino, la ficha que tenía delante pertenecía justamente al concejal de Urbanismo. Esto último subrayado en rojo. Lógico, a mi padre le interesaba el cargo, no tanto la persona.

Hasta cierto punto tener esa información no significaba de forma automática haber hecho nada ilegal, puesto que un hombre de negocios siempre tiene contactos.

—Pues créetelo, porque ante tus ojos tienes la mejor recopilación de trapos sucios de la historia.

—¿Trapos sucios? —repetí como una boba, y no hizo falta que Eliseo me diera más detalles, porque tenía en mis manos la explicación.

En la carpeta que sostenía, tras la ficha en apariencia inocente con los datos personales, había otros ya no tan inocuos. Por lo visto, al de Urbanismo le gustaban las fiestecitas privadas en la sala Vip del Miami, donde gastaba cantidades indecentes de dinero en prostitutas, alcohol, drogas y marisco. El problema no era el dinero, siempre y cuando uno lo pusiera de su bolsillo, el problema venía porque mi padre cubría parte de esos gastos y el concejal presumía de familia a la que, a buen seguro, no le apetecería ver fotos sobre sus vicios. Y la parte pendiente se cargaba como gastos de representación a corporaciones públicas.

—Tu padre, y perdona por lo que voy a decir, era un hijo de puta taimado y muy listo. Estas carpetas pueden ser muy útiles para sus negocios. Una especie de *quid pro quo*. Pero más allá de eso, al estar todo en papel resulta muy sencillo destruirlo sin dejar huellas. Una cerilla, y todo estaría perdido para siempre. Si esta información se hallara en un disco duro o en cualquier otro dispositivo informático, podría recuperarse.

—Vaya consuelo...

—Está claro que, aparte de cubrirse las espaldas con los informes de quien le convenía, no se arriesgaba a que en un inoportuno registro pillaran esta información, por lo que lo tenía todo en un piso vacío donde muy pocos podrían imaginar que almacenaba datos de este calibre.

—Muy listo, sí —repetí, ahorrándome lo de *hijo de puta*.

—Por no mencionar que esto —señaló los documentos— no se puede piratear. De ningún modo. Nadie podría desde un ordenador acceder vía internet y sacarlo a la luz.

Me llevé las manos a la cabeza sin poder dar crédito a dónde me estaba metiendo. A cada paso que creía dar en la buena dirección para librarme de aquella herencia, algo surgía que me complicaba la existencia y me hacía

hundirme aún más en aquel caos.

—Deberíamos destruirlo todo —propuse, porque yo de ninguna manera iba a utilizar aquellas fichas.

—Si te soy sincero, no me parece tan buena idea —me contradijo él y puse mala cara.

—¿Por qué? —pregunté sin entender—. Se supone que quiero hacerlo todo de manera legal y esto —cogí una carpeta al azar y la agité nerviosa— no es lo que se dice muy legal.

—Convertir un prostíbulo en hotel respetable no sólo implica grandes cantidades de dinero.

—¿Qué quieres decir? —Fruncí el cejo al formular la pregunta—. Disponemos del capital necesario. No me importa gastar lo que haga falta.

—Me temo que la burocracia podría dilatar ese proceso de manera indefinida.

—No entiendo la razón —murmuré suspirando. Jamás acabaría con aquella carrera de obstáculos.

—El Miami es, por decirlo de alguna manera, un club con cierta reputación. Para empezar, cuando se construyó se incumplieron algunas normativas. Según el plan de ordenamiento urbanístico, los terrenos tenían un límite y sin embargo se edificó alrededor de un veinte por ciento más de lo que se podía, en relación con los metros cuadrados del terreno. Eso se pasó por alto debido a las buenas relaciones de tu padre con quienes debían hacer la vista gorda.

—Ya entiendo... —susurré desanimada, porque en todo aquello era imposible ver la luz al final del túnel.

—Y aún hay más. Si ahora pretendes hacer obras, esas mismas personas, nerviosas ante qué podría salir a la luz, si quisieran complicarte la vida optarían por denegarte los permisos pertinentes.

Su explicación me estaba poniendo los pelos de punta. ¿En dónde me estaba metiendo?

—¿Pretendes que utilice esta información a mi favor? —le pregunté ojiplática y asqueada.

—Esto es un juego, Berenguela.

—Perdona, pero no te sigo —refunfuñé.

Eliseo me sonrió comprensivo antes de ponerme al corriente.

—El juego consiste en que ellos sepan que tú lo sabes. Que no vas de farol. Que tienes una buena mano y que puedes superar su apuesta.

—Eso es justo lo que estoy evitando —rezongué, mirándolo con asombro ante su propuesta.

—No te estoy diciendo que levantes el teléfono y los chantajees —explicó con aire condescendiente.

Y yo entendí que como abogado estaba curado de espanto y que, en su día a día, cosas como ésa eran de lo más normal, aunque para mí, además de un dolor de cabeza, suponía todo un debate interno, pues iba en contra de mis principios. Siempre había intentado no ser como mi padre y ahora su trabajo sucio iba a resultar necesario.

—Entonces ¿debo guardar todo esto a buen recaudo por si llegado el momento alguien decide ponerles trabas a mis aspiraciones?

—En efecto —corroboró, no sé si para desanimarme.

—Joder...

Eliseo me sonrió cómplice ante mi desesperación y se aflojó la corbata, pues todavía teníamos por delante una larga tarde de papeleo. Yo continuaba con aquellas carpetas en mis manos. Entendía por qué Nogales se había mostrado tan reacio a darme las llaves del piso donde se guardaban aquellos «salvoconductos» Había esgrimido un sinfín de razones, algunas de lo más peregrinas, incluida la de predisponerme en contra de Eliseo diciéndome que éste podía apoderarse de todo y utilizarlo en su propio favor, abandonándome a mi suerte cuando yo tuviera problemas. De acuerdo, ya puestos, la traición podía llegar de la mano más inesperada; no obstante, bastante tenía ya en la cabeza como para mirar a mi abogado con desconfianza.

Mientras éste tomaba notas, yo continué echando un vistazo a las malditas carpetas. El trabajo de información había sido meticuloso, detallado y a veces repugnante, pues incluir datos sobre los hijos menores de edad así me lo parecía.

El ramillete de personas fichadas era de lo más variopinto: empresarios, políticos, técnicos municipales, banqueros, abogados, arquitectos, médicos... ¿Médicos? Esto último me dejó alucinada, pues no entendía el motivo, aunque cuando me paré a pensarlo con detenimiento llegué a la conclusión de que en los clubes se consumía de todo y, si algo sucedía, nada mejor que tener a un médico en nómina para certificar lo que hiciera falta.

Eliseo seguía a lo suyo, dedicándome de vez en cuando una sonrisa. Lo cierto es que daba gusto verlo. Profesional sin parecer pedante. Vestía de marca, sin restregarme por el morro que ganaba una fortuna. Educado, pero no asfixiante. *A priori* disponía de todas las papeletas para alzarse con el título de tipo ideal, sin embargo, no me excitaba nada de nada, así de sencillo. Tan imbuida en mis pensamientos me encontraba que cuando llegué a una de las últimas carpetas parpadeé, pensando que la vista me estaba jugando una mala pasada.

No podía ser...

Allí, en la solapa, con la caligrafía inclinada y clásica de mi padre pude leer: «Juez F. Castell».

Con mucha cautela por lo que pudiera contener, la abrí. Me movía la curiosidad por saber algo de aquel hombre al que ni siquiera había podido llamar por su nombre mientras... Mejor no pensar en eso, me dije, porque si empezaba a sonrojarme, Eliseo, siempre atento, me preguntaría qué me pasaba. Comencé a leer en silencio...

Fabio Castell Ferro... Su edad, dirección, números de teléfono personales y profesionales. Relación de propiedades y número de cuenta bancaria. Sus vehículos, un Alfa Romeo Giulietta y un todoterreno, matrículas y color. Nombre de los padres y hermana, así como de familiares cercanos. Informes académicos. Los puestos que había ocupado desde que consiguió la plaza de juez. No salía de mi asombro ante aquel despliegue de eficiencia, que me dejaba a mí a la altura del betún a la hora de obtener información, pues me había acostado con él sabiendo su profesión y poco más.

Lo releí todo, porque hubo algo que me había llamado la atención y no sabía muy bien qué. Me esforcé por hacer memoria. Como cuando tienes algo en la punta de la lengua y no terminas de dar con ello. Recordé que, cuando estuve con él en la suite, sentí algo parecido, pero entonces no le di importancia, porque tenía la cabeza en otra parte.

—¿Ocurre algo? —inquirió Eliseo, seguramente al verme con el cejo fruncido.

—No, nada —murmuré, intentando que mi expresión de asombro y concentración no lo instara a seguir indagando.

—¿Quieres que hagamos un alto y salgamos a tomar un café?

—No, prefiero acabar con esto cuanto antes.

—Como desees.

Lo cierto era que, aparte de que sí quería terminar con aquello a la mayor brevedad posible, el motivo para rechazar su amable oferta no era otro que evitar situaciones menos profesionales y así mantener nuestra relación lejos de cualquier atisbo sentimental. Me devané los sesos intentando establecer la conexión entre mis presentimientos y lo que había leído sobre el juez. Como pasa siempre, es difícil unir los cabos y más complicado aún estando mi abogado delante, pues a pesar de estar enfrascado en sus notas, de vez en cuando me echaba alguna que otra mirada de reojo; no se le escapaba una. De acuerdo, era su trabajo, pero hubiera preferido un poquito más de flexibilidad. No hacía falta que fuera competente al cien por cien, me conformaba con el noventa y nueve por ciento.

Seguí dándole vueltas al asunto y, para evitar ser observada, me disculpé y me fui al aseo. Allí podría pensar con algo más de tranquilidad. Bajé la tapa del váter y me senté, confiando en que me viniera aquella especie de luz que todo lo aclara. Miré el reloj, debía volver o Eliseo pensaría que me había pasado algo, y justo cuando me observaba en el espejo para comprobar que mi recogido estuviese perfecto, me acordé de todo.

El juez Castell era el hombre con el que me crucé a las puertas del cementerio el día del entierro de mi padre. Quien caminó detrás de mí fingiendo no conocerme y haciéndose el despistado. Y él quien, sentado en su coche, observó todos mis movimientos hasta que me marché. Me había seguido y eso, además de preocupante, abría otra línea de pensamiento más inquietante: ¿había ordenado que alguien más vigilase mis idas y venidas? ¿Por eso me lo tropecé en el centro comercial? ¿En el hotel?

Nunca había sido especialmente paranoica respecto a ese asunto. Si bien era cierto que mi padre tenía un afán controlador y que había ordenado seguirme, saberlo nunca me inquietó; en cambio, el caso del juez era mucho más preocupante. Porque, a diferencia de mi padre, tenía apoyo legal para hacerlo. Me sentí fatal a medida que hilvanaba diferentes pensamientos, pues ya no podía considerar nuestro encuentro en las galerías comerciales y mucho menos en la inauguración como casuales. Él sabía dónde estaba, todos mis movimientos. Era como jugar una partida con las cartas marcadas, que resultaba imposible ganar.

Pero... ¿y si él no era el único que me vigilaba?

—Te veo cansada, si quieres lo dejamos por hoy —dijo Eliseo con amabilidad, al verme regresar del baño.

—Gracias —contesté, asintiendo ante su sugerencia.

—Te llevo a casa —se ofreció.

Me mordí el labio, porque no me parecía buena idea. De acuerdo, podía ser sólo un gesto galante y yo una exagerada que veía segundas intenciones donde no las había; sin embargo, deseaba evitar a toda costa esos pequeños momentos que podían inducir a confusión.

—No hace falta. Voy a aprovechar para ir a casa de una amiga que vive aquí cerca. —Mentí a medias, porque sí tenía intención de pasar por casa de Natalia, pero no vivía cerca.

—De acuerdo. Mañana nos vemos. ¿Te parece bien a la misma hora?

Asentí y aproveché que Eliseo recibió una llamada, para esconder en el bolso el dossier del juez, con idea de guardarlo en casa. Quizá un gesto inútil, pues esconderlo no significaba que mi abogado no lo hubiera visto ya. De todas formas, ridículo o no, quería tener esa información sólo para mí y, de nada servía negarlo, estudiar todos aquellos datos sobre el hombre con el que había pasado una noche de esas que imaginas miles de veces pese a que nunca se materializan. Pero todo lo bueno, todo lo increíble, todo lo memorable se quedó poco menos que en nada cuando me di cuenta de que él había anticipado mis movimientos de tal forma que me había tendido una trampa y yo había caído en ella como una imbécil. Había manejado los hilos a su antojo, aunque...

¿Cómo podía estar tan seguro de que yo aceptaría?

¿Cómo podía saber qué me excitaba?

Si, como yo pensaba, lo había preparado todo, tenía que estar muy seguro de mi reacción, pues una sola palabra, «no», pronunciada por mí, desbarataría todo su plan y además en ningún momento me sentí presionada, inducida a continuar. Todo el tiempo tuve el poder de decisión y la libertad para marcharme.

¿Era una especie de estrategia a la inversa?

¿Seducirme dejándome libre y de esa forma hacerme creer que no tenía ninguna intención oculta, como por ejemplo sonsacarme información?

Desde luego, debía de estar muy seguro para arriesgarse, pues daba la impresión de que lo apostaba todo a una carta, ya que, aplicando esa misma

teoría pero a la inversa, la de que podía obtener información, se arriesgaba a que lo pillara, como de hecho había sido.

Confusa a no poder más, porque aquello era una especie de trabalenguas psicológico, me despedí de Eliseo en la calle, dejé que me diera un beso en la mejilla y esperé a que se marchara para parar un taxi. Caminé unos metros justo en dirección contraria para disimular. No sé cuántos minutos estuve así, lo más seguro era que no fueran ni diez, incluso hasta miré por encima del hombro, pero no vi nada extraño, nadie parecía fijarse en mí. Cuando un coche reducía la velocidad, me inquietaba de forma absurda. Y todo por unas conjeturas que yo misma había fomentado sin razón. Decidí que ya era razonablemente seguro parar un taxi y lo hice. Me concentré en no mirar atrás o algo peor, preguntarle al taxista si creía que algún vehículo nos seguía. Y con toda esa tensión llegué al apartamento de Natalia. Mi amiga se mostró encantada con la visita, ya que, por circunstancias ajenas a nuestra voluntad, ya no pasábamos tantos momentos juntas. Una verdadera pena.

—¡Qué cara traes! —exclamó, haciéndome pasar a su caótica casa.

Resoplé, puse cara de resignación y la abracé.

—Vamos a picotear algo —propuso.

Y preparó algo rápido de comer, sin esforzarse, pues Natalia y la cocina nunca harían buenas migas, y cuando saciamos nuestro apetito decidí contarle lo ocurrido tras la fiesta. Empecé por el encuentro en el ascensor del centro comercial y acabé explicándole cómo había salido de la habitación con los zapatos en la mano y una sensación extraña y Natalia silbó.

—Me dejas muerta...

—¿Alguna sugerencia?

Ella torció el gesto y me miró con ojo crítico.

—No te va a gustar lo que se me pasa por la cabeza.

Como la conocía, me adelanté:

—Que no sea volver a quedar con él.

—Ay, hija, le quitas toda la gracia al asunto —se quejó—. Siempre es más fácil sonsacar a un tipo si antes lo has dejado seco, tú ya me entiendes.

—¡Por favor! ¿Cómo puedes decir esa bobada? Además de absurda es antigua, los hombres de hoy en día ya no piensan con la punta de...

—Yo no estaría tan segura. Bueno, da igual. Sea como fuere, te debe una

explicación y tú vas a exigírsela —sentenció, y quedaba implícito que para ella resultaba fundamental repetir con él.

—Ya, claro. Es juez, por si no te habías enterado, pero tú me dirás que me presente en su despacho y le diga algo así como «¿de qué vas tío?» —dije con sarcasmo.

—No me convence, demasiado chabacano —replicó con idéntica mala leche. Resoplé.

—Tiene que ser algo más sutil, más elegante...

—Soy toda oídos...

Creo que Natalia pasó por alto mi ironía.

Capítulo 17

Fabio

Mi cabreo crecía por momentos. Se suponía que el primer informe sobre los movimientos de la señorita Zahner debería haber llegado a primera hora de la mañana, y estaba a punto de marcharme y aún no lo había recibido.

Un ejemplo de incompetencia que pensaba corregir y depurar responsabilidades. Llegué a pensar que mi secretaria había retenido el informe de manera deliberada para hacerme sufrir, pero luego desestimé la idea, pues Estela, a pesar de sus muchos defectos, no era una mujer que te la jugase por la espalda valiéndose de su puesto. Ella siempre plantaba cara.

Desde luego, mi comportamiento no era el habitual. Últimamente perdía la concentración más a menudo de lo que podía considerarse normal, lo que se traducía en una mala leche constante. Como era de esperar, quienes primero sufrían las consecuencias eran los que trabajaban a mi alrededor, en especial Estela.

Tenía otros asuntos de los que ocuparme, montones de papeles que revisar sobre el escritorio, sin embargo, era tal mi obsesión por Berenguela Zahner, que no podía pensar en otra cosa. Habían pasado quince días desde que estuve con ella y ni una sola señal por su parte.

Por alguna extraña razón, hasta había llegado a pensar que vendría a verme, respondiendo quizá al comportamiento habitual tras lo ocurrido. Pero nada de nada, y eso me tenía en una constante tensión.

Joder, no sólo era la incertidumbre de saber qué estaba haciendo, o mejor

dicho con quién, sino también deseársela y no tener una nueva oportunidad, pues si me presentaba en su domicilio sería, como poco, un acto de lo más temerario. Aunque ganas no me faltaban.

Llamaron a la puerta y suspiré amargado, porque toda aquella situación me sobrepasaba. Yo no estaba acostumbrado a estar pendiente de las mujeres. Ni en lo personal ni en lo profesional.

—Toma, lo estabas esperando —dijo Estela, dando muestras de que mi desesperación la divertía.

—Gracias —dije en respuesta, sin ganas de pelea.

Ella, en vez de torturarme con su indiferencia o con un movimiento de caderas mientras abandonaba el despacho, como venía siendo habitual en los últimos días, se sentó frente a mí y negó con la cabeza, mirándome con cierto aire maternal.

—¿No crees que se te está yendo de las manos?

—¿A qué te refieres? —respondí con otra pregunta, haciéndome el despistado, algo que me provocaba ardor de estómago; yo nunca había sido amigo de tanto disimulo.

Cuando en anteriores ocasiones había padecido algún tipo de problema, relacionado o no con mujeres, Estela había sido mi confidente y no me había importado nada en absoluto contarle mis preocupaciones; sin embargo, todo el asunto de Berenguela era incapaz de exteriorizarlo. Quizá por miedo a escuchar su opinión o quizá por temor a herirla sin querer.

Estela me señaló lo que tenía en las manos y que me moría por leer, pero con ella delante prefería no hacerlo.

—Sabes perfectamente que se trata del procedimiento —alegué con cierto desdén, intentando controlar las ganas de quedarme a solas para devorar aquel maldito informe.

—Fabio, por favor, no me mientas.

Dejé de malos modos la carpeta sobre el escritorio y me recosté en el sillón de oficina. Estela daba muestras de cordialidad y eso, teniendo en cuenta cómo estaba la situación, ya era un gran paso. Así que opté por escucharla. Si de paso retomábamos nuestra relación, pues mejor que mejor. Puede que estuviera pensando como un cabrón egoísta, pero no podía evitarlo. Hasta había llegado a creer que para olvidar a Berenguela lo mejor sería centrarme en mi secretaria,

incluyendo volver a acostarme con ella.

—Tu comportamiento es extraño, estás que te subes por las paredes.

—No me toques la moral. Llevas días sin hablarme y ahora de repente te muestras de lo más comprensiva —la acusé de forma injusta, pues volcar mi frustración en su persona no era de recibo.

—De acuerdo, quizá he sido un poco borde contigo.

—¿Un poco? —pregunté con incredulidad.

—Mira, estoy intentando ser amable.

Se puso en pie y me di cuenta de que me estaba comportando como un gilipollas. Estela había tenido la decencia de intentar hablar conmigo y yo, en vez de aceptar su muestra de interés, me comportaba como un niño enrabiado, incapaz de dar su brazo a torcer.

—Lo siento. No tenía por qué hablarte en ese tono.

Ella cruzó los brazos, y no sé si inconscientemente o no, al hacerlo se apretó los pechos, provocándome un ligero interés, aunque, para mi asombro, no el suficiente como para intentar colarme bajo su falda.

Un síntoma más de lo jodido que estaba.

—Disculpas aceptadas —murmuró en tono amable, lo que me hizo olvidarme de tetas y otros asuntos sexuales para quedarme sólo con la idea de que quizá ella y yo podríamos volver a ser amigos.

—Gracias.

—Con una condición —añadió y esbozó una leve sonrisa, lo que suponía todo un avance.

—Tú dirás.

—Una cena. Buen vino y mejor conversación.

—¿Sólo eso? —pregunté con intención de provocarla.

—¿Te parece poco?

Y tras esa indirecta me dejó a solas con mis renovadas dudas y la posibilidad de volver a tener algo con ella. Eran buenas noticias, sin duda alguna.

* * *

Miré el informe que me desesperaba por leer, pensando si Estela estaría en lo cierto y debería olvidarme del asunto Zahner. Era verdad que le había dedicado

muchas horas y también podía pasarle el testigo a algún compañero y así descansar. Sin embargo, lo descarté, ya que, si bien aquel expediente me producía cierta desazón, también me provocaba una excitación casi desconocida. Me tenía en constante estado de alerta, quería anticiparme a su próximo movimiento y saber más de ella.

Mi obsesión conllevaba riesgos, muchos, pero también hacía que me sintiera más despierto, menos conformista. Sí, definitivamente quería leer ese documento y seguir con el caso.

Según el informe, la señorita Zahner era, para empezar, de costumbres fijas.

Todos los días, a primera hora sale de su apartamento y va al local donde se ubican las oficinas de su empresa de decoración. Desayuna siempre a la misma hora en el bar de enfrente y después visita a sus clientes. Todas sus visitas se realizan en lugares normales, sin rastro de sospecha. En algunas ocasiones regresa a su oficina y se queda más tarde de lo habitual, sin que por ello parezca extraño. Hace una pausa a la hora de comer y se acerca al mismo establecimiento donde desayuna. Unas veces sola y otras acompañada, pero siempre por su socia. No hemos visto a ninguna otra persona. También nos ha llamado la atención que elige un menú económico del día, nada de gastos extra. El establecimiento es corriente, ambiente sencillo, gente trabajadora y clientes del barrio.

Por las tardes acude al despacho de su abogado, Eliseo Palazón, donde permanece hasta tarde. En tres ocasiones ha salido acompañada de él, pero siempre se van por separado. La señorita Zahner generalmente regresa a su apartamento, bien en taxi o bien en su vehículo particular. Dos noches ha acudido a casa de su socia, lo que se podría considerar lógico.

A medida que desgranaba en informe me ponía más nervioso aún, pues con esas actividades tan comunes poco podía sacarse en claro. Continué leyendo, algo tenía que haber.

El fin de semana lo pasa prácticamente encerrada en casa, sólo sale para realizar actividades como la compra, una visita a su peluquería habitual y poco más. Tampoco ha recibido visitas de gente que podríamos

considerar extraña. Sólo su socia, con la que parece mantener un alto grado de confianza.

La segunda semana de seguimiento ha comenzado con los mismos parámetros, trabajo, visita a su abogado y relaciones comerciales. La única excepción ha sido el desplazamiento a una propiedad situada en las afueras, donde permaneció algo más de dos horas y lo hizo en compañía de su abogado.

Dejé a un lado el informe y cotejé la dirección que figuraba con la relación de bienes heredados y, sí, en efecto, la vivienda a la que la señorita Zahner había acudido pertenecía al difunto Ezequiel. Ese movimiento no se podía considerar sospechoso, pues hasta yo me habría personado en una propiedad que hubiese recibido en herencia. Pero mi instinto me advertía que algo más tenía que encerrar todo ese buen comportamiento.

La vivienda citada, según hemos podido saber —continuaba el informe—, está arrendada. A una tal Mónica Herrero. Se rumorea entre los vecinos que no sólo vive en ese adosado, sino que también trabaja, aunque no podemos dar, de momento, fiabilidad a los comentarios.

¿Qué tenía de malo trabajar en una vivienda particular?

La pregunta me pareció pueril diez segundos más tarde, cuando recordé de dónde provenían, en su mayor parte, los ingresos de la familia Zahner.

A ese domicilio la señorita Zahner ha acudido en dos ocasiones, siempre a última hora de la tarde. La segunda vez lo hizo sola y apenas estuvo allí media hora. Lo más llamativo es que en ninguna de las dos ocasiones llevó nada, documentos o similares, ni tampoco al abandonar el lugar portaba ningún objeto que resultara sospechoso.

Bueno, si estaba recogiendo los beneficios, bien podía llevarlos en un sobre y en su bolso sin despertar sospechas, razoné, entendiéndolo cada vez menos cuál era su juego.

Vi una nota anexa sobre las hipótesis que el policía encargado del

seguimiento había redactado en relación con la vivienda que Berenguela había visitado y, la verdad, no me sorprendió.

Según decía, en ese chalet, bien ubicado y comunicado, zona nueva y sin mucha población, vivía una mujer que se hacía llamar Monique (qué original) y que se dedicaba, según rezaba en la tarjeta de visita adjunta, al asesoramiento de parejas y temas relacionados con la sexualidad en general. Me eché a reír ante el eufemismo y el descaro, pues lo de entregar tarjetas de visita ya era el colmo.

Pero más allá de las ironías y el sinfín de chistes que podían hacerse al respecto, me entró la curiosidad, no sólo profesional, de saber la verdad, sino también la malsana, es decir, ¿qué ocurría allí?

Dejando a un lado mi tarea como juez —podía redactar una orden para que se investigara qué sucedía en la casa con exactitud—, como hombre me pregunté qué clase de actividades podían ofrecer, pues aquella carta de presentación lo abarcaba casi todo. Pero lo que más me intrigaba era saber por qué Berenguela había acudido la primera vez acompañada de su abogado y la segunda, sola. Aparte de que seguramente dispondría de subordinados para realizar ese tipo de tareas, me sorprendía que ella, *a priori* tan distante y correcta, visitara a esas horas un lugar donde lo más probable era que se desarrollaran actividades de lo más sugerentes.

Y, para más inri, según los informes, había contratado a aquel abogado después de la muerte de su padre, lo que no cuadraba, pues según había leído con anterioridad, el señor Zahner trabajaba con un reputado bufete y sus asuntos personales estaban en manos de un tal Emilio Nogales.

Cerré de mala gana la carpeta porque mis pensamientos, poco racionales y muy calenturientos, me habían llevado por derroteros peligrosos y debía hacer el esfuerzo de centrarme en lo importante de verdad.

Había quedado para cenar con Estela, una especie de segunda oportunidad, y no podía permitirme estar con ella pensando en otra, pues lo detectaría. Nada mejor, pues, que dejar a un lado el caso Zahner y concentrarme en otros para no pensar en Berenguela.

Lo logré a intervalos; mi cabeza se afanaba en ello, pero mi cuerpo me dejaba en evidencia, en más de un sentido, porque era cerrar los ojos y, como hacía unas noches, la sentía de nuevo, y no era muy cómodo empalmarse en el despacho cuando aquello no tenía visos de solución inmediata.

Con todo y con eso, logré adelantar trabajo y así pude marcharme a casa para prepararlo todo. Estela me había pedido una cena y, al no especificar el lugar, yo no iba a ser tan tonto como para reservar mesa en un restaurante. Además, prefería que estuviésemos en un ambiente no sólo favorable a mis intereses, sino también tranquilo, pues en un restaurante siempre podía suceder cualquier imprevisto y no quería correr ningún riesgo.

* * *

Cuando llegué a mi apartamento aún estaba la asistenta, así que aproveché para cambiarme de ropa. No me importaba llevar traje y corbata a diario, pero estaba en casa y por lo tanto sobraban las formalidades; con unos vaqueros y una camisa podía ser perfectamente un buen anfitrión. La asistenta lo dejó todo impoluto y a media tarde se marchó, con lo que yo pude así sentirme libre de andar a mi antojo por casa y ocuparme de tenerlo todo listo.

Lo primero que hice fue poner música. No tenía ni idea de a qué hora se presentaría Estela, pero sí sabía que no era muy aficionada a la música clásica, de ahí que yo eligiera algo más acorde con sus gustos. Una lástima, pues con una buena música de fondo el ambiente resultaría más relajante. Tras repasar el estante de los CD y ver que allí no había nada apropiado, encendí la radio y dejé puesta una emisora musical, de esas sin publicidad.

Me pasé un buen rato en la cocina, preparándolo todo. Cocinar me relaja la mayoría de las veces, aunque no en esa ocasión, pues no tenía muy claro cómo afrontar mi situación con Estela. Por muchas y variadas razones era, sin duda, la mujer más importante de mi vida. Había visto lo mejor y también lo peor de mí y, a pesar de todos nuestros encontronazos, discusiones y demás, seguía a mi lado. Puede que en aquel momento un poco más alejada de lo habitual, pero nunca habíamos roto del todo.

Con una copa de vino en la mano, llegué a una conclusión que hacía tiempo que ya sabía: Estela me convenía. Sin embargo, al medio minuto me di cuenta de que *convenir* no era el verbo apropiado. Estaba hablando de una relación sentimental, por el amor de Dios, y no de qué coche o qué apartamento me venía mejor. Y de ahí que de nuevo apareciera Berenguela. Joder, era la mujer que a todas luces menos me «convenía», pero era pensar en ella y revolucionarme.

Puede que fuera el atractivo de lo prohibido, de algo que rozaba la ilegalidad; no obstante, así era.

Estela tenía llaves para entrar, habíamos roto nuestra relación íntima, pero no tanto como para exigirle que me las devolviera, así que, cuando lo tuve todo listo, aproveché para darme una buena ducha, que buena falta me hacía tras haberme pasado toda la tarde en la cocina.

Justo cuando estaba a punto de abrir el grifo, oí el sonido característico de la cerradura abriéndose y, para que Estela no pensara que no salía a recibirla, entorné la puerta del cuarto de baño y asomé la cabeza.

—Ponte cómoda. Ahora salgo —dije con una sonrisa y la observé.

Desde luego, era para admirarla. Se había quitado el tipo de atuendo más conservador que utilizaba para el trabajo (aunque a mí siempre me gustaba, por la contradicción que entrañaba su aspecto y su carácter) y se había vestido de manera informal, con un sencillo vestido azul, botas altas y chaqueta de piel. Cómodo, práctico y fácil de quitar, pensé nada más verla.

—¿Es una proposición en firme? —bromeó, poniéndose en jarras en una clara actitud chulesca.

Yo, que estaba desnudo, procuré no enseñar más de lo prudente y sonreí como un idiota mientras ella no se movía, esperando sin duda ver algo más.

—Todo depende de ti —dije, convencido de que así era.

—Voy a la cocina, espero que te hayas esmerado. Después hablamos.

—Ve poniendo la mesa, ya sabes dónde está todo.

—Soy tu invitada, no pienso mover un dedo.

Me reí y no respondí, aún era un poco pronto para saber qué me depararía la noche, así que me duché con tranquilidad.

Cuando me estaba secando oí el timbre y me sorprendí. No esperaba a nadie y menos a esas horas. Agucé el oído intentando averiguar de quién se trataba, aunque no me llegó nada. Tampoco cómo se cerraba la puerta, si se trataba de una equivocación. Intrigado, me enrollé una toalla en la cintura y salí del cuarto de baño. Recorrí el pasillo con el cejo fruncido. Por norma general, Estela mandaba a paseo a quienquiera que fuera. Mi ex estaba junto a la puerta entornada, sujetándola, y vi la tensión en su mano apoyada en el marco para que la puerta no se abriera más.

Yo, sintiéndome ridículo a más no poder, me asomé por encima de su

hombro y me quedé descolocado por completo.

Estela se volvió y me miró a la espera de una explicación que yo no podía darle, pues no existía ninguna razonable, al menos en mi cabeza.

Estaba tan desconcertado como ella.

¿Qué hacía Berenguela allí, en la puerta de mi casa?

Parecía otra, con aquel atuendo deportivo, el pelo recogido de cualquier manera y una expresión nerviosa. Nos miraba alternativamente a Estela y a mí; quizá sacando conclusiones, e intuí que éstas no eran nada buenas.

Y yo como un imbécil allí parado, sólo con una triste toalla, incapaz de articular palabra.

Se marchaba. Lógico. Al verme con Estela a esas horas y yo con aquellas pintas, debió de pensar que estábamos liados. Bueno, no iba descaminada, sólo que sus elucubraciones iban con al menos una hora de adelanto.

Desvió la vista. Vi cómo la vergüenza hacía acto de presencia y agachaba la cabeza, y yo me pasé la mano por la cara. Joder, vaya papeleta.

Dio otro paso atrás y otro. Yo reaccioné y aparté a Estela para ir en su busca. La detuve agarrándola de la muñeca antes de que pulsara el botón del ascensor. Vi de refilón cómo mi ex, que no había perdido ripio, negaba con la cabeza y se metía dentro.

—No ha sido buena idea —murmuró Berenguela nerviosa, avergonzada, intentando mantener las distancias y evitando también mirarme.

Yo, por mi parte, sólo esperaba que ninguna otra puerta del rellano se abriera para no dar el espectáculo ante los vecinos.

—Ya hablaremos en otro momento —intervino Estela, saliendo del apartamento con la chaqueta puesta y el bolso bajo el brazo. Y oí sus tacones en dirección a la escalera.

Me sentí como una mierda, pues mi reacción me dejaba en evidencia, tanta, que mi ex había huido, incapaz de soportar conmigo ni el medio minuto que podía tardar en subir el ascensor. Sin soltar a Berenguela, pues me intrigaba, y mucho, el motivo de su aparición, la miré un instante antes de tomar una decisión que a buen seguro me traería bastantes problemas.

—Vayamos dentro —dije, tirando de ella.

Capítulo 18

Berenguela

—Creo que me están siguiendo —murmuré nerviosa.

Como si de la protagonista de un *thriller* psicológico se tratara, miré a derecha e izquierda por si alguien, un vecino cotilla, por ejemplo, nos estaba observando.

Él me miró fijamente y eso hizo que me sintiera más estúpida aún. En situaciones surrealistas como aquella, resultaba imposible comportarse con cierta responsabilidad.

No me soltaba, hecho preocupante dadas las circunstancias, pero tampoco decía nada. Lo más probable era que estuviera pensando lo peor de mí o en cómo deshacerse del que a buen seguro consideraba un problema y de los grandes. No lo culpaba por ello. Si una loca irrumpiera en mi casa con las pintas que yo llevaba y a esas horas, yo también habría sospechado de su estado mental.

—No debería haber venido —añadí, sintiéndome fuera de lugar, pero él, tirando de mi mano, me metió dentro de su casa con bastante brusquedad y cerró la puerta tras de sí.

No hacía falta ser muy lista para atar cabos. Había llegado en el momento menos oportuno, que tenía todos los visos de ser un encuentro íntimo.

Llevaba varios días sospechando y, para no caer en la paranoia, me decía que no podía ser; sin embargo, cada mañana, cuando salía en dirección al trabajo, un coche aguardaba en la puerta con dos ocupantes. Variaba la marca, el modelo y el color, incluso los ocupantes, pero no fallaba, allí estaban, esperando para

seguir mis movimientos. Hasta le habían preguntado por mí, y no por un motivo profesional, al camarero de la cafetería donde desayunaba a diario. Los veía un día, y otro, y otro..., a todas horas. Empecé a temer que eso interfiriera en mi trabajo, porque me ponía tan nerviosa que dudaba de poder hacer algo a derechas, y por si eso ya no fuera lo bastante inquietante, también los tenía pegados a mi culo cuando iba al supermercado o a hacer cualquier recado; me empecé a agobiar.

Podía ser que fuera una vigilancia legal, aunque no estaba segura, de ahí toda esa paranoia.

Para colmo de males, tuve que acudir, por recomendación de Eliseo, a una de las propiedades que en tan mala hora había heredado. Me quedé de piedra cuando entré en la casa. Mi abogado, sin separarse de mí, no mostró tanta sorpresa, pero aquello, *a priori*, era una casa de citas, eso sí, muy moderna. La inquilina, Monique, me hizo una visita guiada y yo, a cada paso que daba, más estupefacta me quedaba. Lo que comenzó siendo sorpresa, acabó tornándose en curiosidad y, de hecho, regresé sola al cabo de unos días y tuve una animada conversación con la mujer. No era ni mucho menos lo que yo había imaginado. Prometí regresar con más tiempo para seguir compartiendo confidencias, pues se me había abierto todo un mundo de variantes sexuales que nunca antes imaginé. Una curiosidad que en otro tiempo hubiera tildado de malsana. No obstante, debía posponerlo ya que, sabiendo que me vigilaban, me pareció peligroso quedarme junto a Monique y que ella pagara las consecuencias.

Por eso, esa noche, temerosa de que los enemigos de mi padre quisieran causarme algún daño y sin saber dónde refugiarme, había acabado saliendo a escondidas de mi apartamento por el garaje, vestida con un chándal, con el pelo recogido de cualquier manera en una coleta, la documentación y algo de dinero por si acaso. Abandoné mi edificio y eché a correr como una deportista más, hasta estar segura de que no me seguían. Sin saber adónde ir, pues descarté a Natalia de inmediato para que no la vigilaran a ella también, paré un taxi cuando me vi relativamente segura y terminé dándole la dirección de la casa del juez al taxista.

Una temeridad más que sumar a la larga lista de estupideces cometidas por mí en los últimos tiempos.

Yo había prometido colaborar con la justicia, lo menos que podía hacer ésta

era darme respaldo. Pero por cómo me miraba él, sin duda molesto porque le había estropeado el plan, me parecía que poca ayuda obtendría por ese lado.

Seguía en silencio, observándome con una expresión que podía significar muchas cosas, entre ellas que me consideraba una loca y una maleducada.

Intenté desasirme de su agarre y escapar. Ya vería la forma de volver a mi apartamento. Hablaría con Eliseo; él me recomendaría qué hacer, qué medidas tomar para sentirme segura. Tragué saliva, continuaba mirándome y sin soltarme, poniéndome más nerviosa aún. Y encima prácticamente desnudo, para confundirme todavía más.

Mis intentos de soltarme parecieron dar fruto y conseguí recuperar la mano, pero fue breve, pues él se movió con increíble rapidez, aplastándome con todo su cuerpo contra la pared, y yo, incapaz de reaccionar, me vi atrapada entre ésta y su cuerpo. Cogí aire. Noté que gruñía o algo parecido, no podía saberlo con claridad, teniéndolo pegado a mí, lo único que percibía era su calor. Al verme así, sin posibilidad de escapatoria, inhalé hondo para controlar los nervios; aquel comportamiento era lo último que esperaba. Me apretó aún más fuerte. Aquello no era normal. Alcé las manos y las coloqué en sus hombros, pero él reaccionó con más violencia aún y me agarró de ambas muñecas para levantarme los brazos por encima de la cabeza, todo sin articular palabra. Cerré los ojos porque no entendía nada. Tal era mi confusión que dudaba entre gritar o darle un rodillazo. Me mantuvo en aquella postura tan forzada, sin apartar los ojos de mí, lo que me hacía sentir todavía más indefensa. Vi cómo torcía el gesto, como si sostuviera algún tipo de debate interno.

—Mírame —exigió, zarandeándome.

Con la brusquedad de sus movimientos, me salpicó, ya que aún tenía el pelo húmedo. Yo intenté obedecer y no apartar la vista, sin embargo, me resultaba complicado. Me encontraba en un estado muy vulnerable, tanto que, cuando se inclinó más y supe que iba a besarme, no lo esquivé. Sentí un leve temor, pues quizá mi nerviosismo hacía que yo percibiera la realidad de otro modo y que el juez estuviera a punto de gritarme o de intimidarme. No lo hizo. Noté su respiración y su boca junto a la mía.

Era absurdo, pero nada más acercar sus labios a los míos olvidé el miedo o cualquier otra emoción que no fuera la repentina excitación que experimenté. No opuse resistencia. Es más, permanecer así, quieta bajo su sujeción, me pareció

increíblemente erótico, y si bien me hubiera gustado tocarlo, respondí con un suave gemido mientras él jugaba, no, mejor dicho, avasallaba mi boca con total impunidad. Al tiempo se apretaba contra mí y yo, derretida, separé las piernas lo justo para que su pelvis encajara en la mía.

De locos, así era como se podría describir ese comportamiento de los dos. Las dudas sobre sus intenciones reales acudieron a mí, no obstante, se fueron a paseo a medida que mi cuerpo reaccionaba temblando de anticipación. Notaba ya la humedad de mi sexo y jadeé cuando me mordió el labio inferior y tiró de él. Una demostración de poder que, si bien antes no habría tolerado, me puso mucho más cachonda. Aunque mi naturaleza peleona salió a la luz y, tras permanecer unos pocos minutos dócil, comencé a removerme, lo que hizo que él gimiera junto a mi boca, pues su erección era la principal beneficiada de mis intentos por igualar la partida.

—Espera un jodido segundo —me pidió, y noté la impaciencia en su voz.

Yo me encontraba en un estado similar y por tanto poco podía reprocharle.

Sin darme ocasión a réplica, me liberó los brazos y fue directo a por la cremallera de mi zarrapastrosa sudadera, que empezó a bajar sin contemplaciones.

—Deja que te ayude —jadeé, cuando la maldita cremallera se atascó.

—Me cago en la puta —masculló, tirando de ella con saña.

Yo temí que la rompiera, pero lo cierto era que de ser así hasta me habría alegrado. Un excelente motivo para tirar a la basura aquella prenda y, por supuesto, acabar desnuda ante él. De igual modo la emprendió con el resto de la ropa y yo lo único que hice fue ayudarlo y quitarme de un puntapié las deportivas para que los pantalones de deporte fueran historia. Después, y esta vez mirándolo a los ojos, tendí la mano hasta posarla en su cintura. Mi intención no era limitarme a tocarlo. Deslicé la mano hasta la parte donde se anudaba la toalla y tiré de ella; con ese gesto quedaba todo dicho.

Mi atrevimiento le gustó. No sonrió, sólo actuó. No era fácil en aquella postura, pero él me agarró la pierna por detrás de la rodilla, alzándomela para que le rodeara la cadera con ella. De esa forma pudo colocarse entre mis muslos y, sin perder un minuto, sentí cómo empujaba con decisión hasta quedar enterrado en mí por completo. Todo fue brusco, agresivo y muy erótico. La mezcla de vulgaridad, deseo y sexo hizo que gritara y él acalló mis gritos con

más besos, dejándome sin aliento y maleable en sus manos. El ritmo que impuso fue violento, caótico y muy muy excitante, porque yo, a pesar de tener los ojos entrecerrados, me di cuenta de que ambos quedábamos reflejados en el cristal de la puerta. Puede que de una forma difusa, pero muy explícita.

Con cada empujón, notaba en la espalda toda la aspereza de la pared, convirtiendo lo que en principio era un inconveniente en una sensación placentera, y no dudé en restregarme y apoyarme en el tabique con tal de alcanzar el orgasmo. Mis esfuerzos y los suyos estaban a punto de dar sus frutos, pues mi respiración, cada vez más errática, y sus gruñidos, producto también del momento, se mezclaban a la perfección. La tensión en mi sexo, al igual que en el resto del cuerpo, decía a las claras que iba a correrme de un momento a otro, y así fue. Chillé sin ningún pudor y eché la cabeza hacia atrás todo lo que me lo permitía la postura. Apenas un minuto después él me mordía el cuello con la misma furia que había demostrado follándome en el recibidor de su casa.

Nos quedamos así, unidos, incapaces de despegarnos. Notaba los latidos de su corazón, tan acelerados como los míos, intentando recuperar el ritmo normal. Él debía de estar hecho polvo de sujetar mi peso y de haber realizado la mayor parte del esfuerzo, aunque no parecía querer apartarse. Yo tampoco quería que lo hiciera, la verdad; me sentía segura en sus brazos, algo que carecía de toda lógica. Había sido sexo, intenso y satisfactorio, supuse que nada más. Fui la primera en reaccionar bajando la pierna con cuidado. Él se apartó con reticencia. De nuevo clavó sus ojos en los míos. Deseé decir algo, pero todo lo que pensaba se me antojaba ridículo. Por el amor de Dios, tenía edad más que suficiente para comportarme con normalidad tras echar un polvo, no sé a cuento de qué me mostraba tan indecisa.

—Vístete —ordenó, rompiendo el silencio y de paso logrando que me pusiera más colorada aún por su tono imperativo.

Eso sólo podía significar una cosa: que pasado el frenesí sexual se había dado cuenta de la enorme metedura, no de pata precisamente, y ahora iba a mostrarse frío y distante y a echarme de su casa sin contemplaciones.

—De acuerdo —convine en un murmullo, apretando los muslos aún pegajosos debido a la mezcla de nuestros fluidos.

Él se agachó y recogió una a una todas mis prendas para entregármelas. Las cogí pensando que nada más regresar a mi apartamento las tiraría a la basura. Lo

último fue la toalla, que de nuevo se enrolló en la cadera. Una lástima, la verdad, porque había disfrutado, entre otras cosas, de un primer plano de su trasero reflejado en el cristal de la puerta y deseaba hacerlo con más nitidez.

—Vuelvo en dos minutos —dijo, dándose la vuelta—. No te vayas, tenemos que hablar.

Asentí, pese a que aquel tono tan autoritario me jorobó un poco, y empecé a vestirme. Al hacerlo me di cuenta de que debía pasar primero por el aseo. Así que, arriesgándome a enfadarlo, busqué la puerta del cuarto de baño, dispuesta a lavarme, aunque fuera de manera superficial. Caminé descalza, agradeciendo en silencio que el suelo de parqué amortiguara mis pisadas. Como una intrusa, despacio, así caminaba, pero él apareció antes de lo que yo esperaba.

—¿Qué buscas? —inquirió a mi espalda.

Me volví, intentando no reaccionar como una gilipollas de manual, y lo miré. Se había vestido. Parecía otro con aquel aspecto, más joven incluso, y los vaqueros le sentaban como un guante.

—El aseo —respondí con una mueca.

—Por aquí —dijo sonriendo, comportándose como el perfecto anfitrión. Entró conmigo, lo cual no es muy habitual, y se mostró muy atento—. Si quieres, puedes darte una ducha —añadió, leyéndome el pensamiento.

Asentí y, tras proporcionarme un albornoz y unas zapatillas de baño, ambos nuevos, me dejó a solas con mis inquietudes. Me extrañó que un hombre dispusiera de esas cosas, cuando lo normal era que tuviera, como mucho, una toalla limpia y a Dios gracias.

En ese momento pensé que no podía haber nada mejor que un chorro de agua sobre mi cabeza. Cerré los ojos y mi mente recreó segundo a segundo todo lo acontecido, con tal viveza que hasta temblé y, por supuesto, me excité de nuevo. Levanté las manos y las coloqué sobre mis pechos; aún tenía los pezones duros y eso que él no me los había tocado en ningún momento. No era un reproche, sólo una observación. Comencé a tocarme imaginando no que él me tocaba, sino que me observaba a una distancia prudente. Eso me excitaba mucho más que la caricia en sí. A mi cabeza también acudieron las imágenes de lo que había visto en el apartamento de Monique, todas las fantasías que allí se realizaban y que antes nunca había imaginado. Desde luego, en cuanto pudiera quedar libre de todo aquel jodido embrollo, buscaría un rato para experimentar.

Sonreí pícara y me di cuenta de que quizá llevaba demasiado rato bajo el agua y mi anfitrión podía preguntarse qué carajo hacía. Dejé de acariciarme y salí de la ducha. Me puse el albornoz y otro nuevo pensamiento, igual de inquietante, me vino a la cabeza: ¿qué pensaría él si llegaba a averiguar qué ocurría en el piso de Monique? Pero la respuesta a esa pregunta me dio igual, pues enseguida me planteé otra mucho más excitante: ¿acudiría él alguna vez a un sitio así?

Con un leve temblor al pensar en las posibilidades que aquello entrañaba, terminé de secarme. Cuando fui a coger la ropa, me di cuenta de que no podía ponérmela de nuevo, porque, aparte de arrugada, no me veía capaz de utilizar unas bragas sucias recién duchada. Pero él también se había ocupado de facilitarme ropa limpia. Así que, con desagrado, me puse el pantalón y la camiseta que me había dejado y me guardé el sujetador y las bragas en el bolsillo de la sudadera.

Recogí lo usado en el baño y, tras comprobar que todo estaba en su sitio, me miré una última vez en el espejo. Hice una mueca, pues, sin una pizca de maquillaje, con el pelo mojado y las mejillas sonrosadas debido al reciente encuentro sexual, no estaba precisamente como para mantener una conversación seria con todo un juez. Sin embargo, no podía dar la callada por respuesta y, armándome de valor, abandoné el cuarto de baño dispuesta a comportarme como una mujer adulta y enfrentarme a la realidad que me aguardaba fuera. Sólo esperaba que él estuviera vestido, así resultaría un poco más fácil.

La ropa que él me había facilitado, pese a ser discreta y de buena calidad, me iba grande, aunque sentí una especie de tonto placer al imaginar que en algún momento la había usado él. Nada más tener ese infantil pensamiento, me di cuenta de que sólo me faltaba olerla cerrando los ojos y acabar con un suspiro evocador para parecer una gilipollas. Era ropa, sólo dos prendas que a buen seguro él guardaba en su armario. Estaban limpias, cumplían su cometido. Nada más.

Al no conocer la distribución del apartamento, caminé por el pasillo y al ver una luz fui en aquella dirección hasta acabar en la cocina. Una estancia *a priori* poco propicia para mantener una conversación. Era demasiado doméstica y por tanto íntima. Conversar allí implicaba, bajo mi punto de vista, una confianza y una complicidad que dudaba que existiera entre nosotros.

Yo iba descalza, aunque no me importaba, pues sentía bajo la planta de los pies la calidez del parqué. Aun así, él se dio cuenta de mi presencia y se volvió nada más atravesar yo el umbral, y acabé parpadeando ante la sonrisa con la que me obsequió.

—¿Mejor? —me preguntó.

—Sí, gracias —respondí un poco cohibida.

Él se mostraba muy amable, como si hubiéramos planeado aquella especie de cita.

—De nada, a mandar —murmuró sin perder la sonrisa.

Y no sólo eso, para dejarme aún más patidifusa, se acercó a mí con una copa de vino en la mano. La acepté de buen grado, conteniéndome para no gemir al verlo con aquel aspecto tan alejado de su formalismo habitual. Parecía otro y eso ayudó a que me relajara.

—¿Estás preparando la cena? —pregunté, y me di cuenta de lo estúpido que había sonado, porque era justamente lo que estaba haciendo.

—Ajá. Siéntate, enseguida te sirvo.

Me señaló un taburete alto junto a la isleta central y acaté la orden. Él daba por hecho que tenía hambre, sin preguntar. Lo curioso era que había dado en el clavo.

Me acomodé en el taburete con la copa en la mano y tomé el primer sorbo.

—Buen vino —musité, no sólo por hacerle un cumplido, sino también porque era bien cierto.

—Gracias, es uno de mis favoritos.

Todo eso sin quitarle ojo, en especial a su trasero. La de cosas que se me pasaron por la cabeza mientras lo veía trastear por la cocina; sin embargo, para no ponerme colorada y que él se preguntase qué me ocurría o, aún peor, que sacara sus propias conclusiones, me esforcé por fijar la atención en asuntos menos peligrosos, y para ello nada mejor que ir a lo seguro: la decoración del apartamento y en concreto de la cocina.

Continué con el análisis decorativo, una forma como otra cualquiera de distraerse. Yo era experta en el asunto y por lo tanto empecé a hacer una especie de evaluación de los elementos. Disposición pragmática, muebles blancos, en apariencia sencillos pero muy caros. Electrodomésticos de gama muy alta y una pequeña concesión a la frivolidad en la encimera de la isleta central, que era de

un rojo brillante.

—¿Qué miras con tanto interés?

Su pregunta me sacó de mis pensamientos y sonreí a modo de disculpa.

—La decoración.

—¿Perdón?

Yo también habría reaccionado así, pero me apresuré a darle una explicación.

—Observaba tu cocina, me encanta cómo está distribuida. Supongo que es deformación profesional.

Hizo un gesto de asentimiento y sirvió los platos. Al ver la comida, ni siquiera me preocupé de preguntar qué era, sólo empecé a comer, eso sí, consciente de sus miradas.

Algunas más turbadoras que otras.

Ninguno de los dos fue tan estúpido como para iniciar una conversación insustancial. Comimos en silencio. Disfrutando de sus habilidades como cocinero y de un buen vino.

Se cuidó de rellenarme la copa constantemente. Me hubiera gustado decirle, a modo de broma, que no era necesario emborracharme; que, igual que cuando había llegado allí, si él me lo pidiera, sin poner ni una sola pega me abriría de piernas.

Capítulo 19

Fabio

—¿Seguro que no quieres más?

—Estaba delicioso, gracias, pero no, no puedo más —respondió ella, llevándose una mano al estómago y sonriéndome. Algo que agradecí, pues me pareció un gesto muy sincero.

No insistí y me levanté para recoger los platos.

—Deja que... —empezó a decir, haciendo amago de ayudarme, pero yo negué con la cabeza y me limité a rellenarle la copa de vino. Era mi invitada, no tenía por qué mover un dedo; me encanta tratar a los invitados con mimo.

Apenas habíamos hablado, y eso en ningún momento se tradujo en incomodidad. Si bien al principio ambos nos habíamos mostrado cautelosos, poco a poco el ambiente se había distendido. En silencio, sí, y también a gusto. Al menos fue la sensación que tuve en todo momento. Nos mirábamos y a veces ella, con toda lógica, se mostraba reservada, sin embargo, dudo que quisiera salir escopetada de mi apartamento. O así lo esperaba yo, pues deseaba que se quedase a pasar la noche, toda la noche para ser exactos, y, a ser posible, despertarme y comprobar que continuaba a mi lado.

Metí los platos en el lavavajillas y preparé café. No le pregunté cómo lo quería, me limité a meter la cápsula en la máquina y llenar las tazas. Sabía que ella controlaba todos mis movimientos, lo que me pareció interesante, porque si bien mi intención inicial era hablar, a medida que pasaban los minutos sólo pensaba en quitarle la ropa; la que yo le había prestado.

Cuando le acerqué la taza me dedicó una media sonrisa y yo se la devolví. De acuerdo, me estaba comportando como un gilipollas. Miraditas, sonrisas... joder, como un novato en aquellas lides. Me la había tirado en el recibidor de casa y ahora me portaba como un imbécil. Para darme de hostias.

—No suelo tomar café por las noches —murmuró ella tras dar el primer sorbo—, pero supongo que hoy nada es normal.

No me gustó su tono desvalido ni que se frotara la frente en señal de cansancio. Había acudido a mi casa con problemas y yo, en vez de interesarme por éstos, me la había follado en el recibidor.

—No, hoy nada sale según lo previsto —corroboré, sin dejar de mirarla y pensando en cómo abordar el motivo de que se hubiera presentado en mi apartamento.

Allí, sentada en la cocina, frente a mí, parecía otra muy distinta a la que vi el primer día. Ni rastro de la mujer decidida, distante e incluso arrogante que caminaba con sus zapatos rojos de tacón como si todo le diera igual. Me dio la impresión de que estaba asustada de verdad y yo sabía el motivo. Lo más jodido de todo aquello es que yo era el responsable de su preocupación, pero no podía dar marcha atrás y mucho menos decírselo.

Nos acabamos el café y también me ocupé de dejarlo todo recogido. Me di la vuelta y me la encontré mirando con una sonrisa triste, mientras deslizaba un dedo sobre la encimera, como si estuviera dibujando algo, lo que resultaba aún más perturbador. Deseaba que aquella mano estuviera sobre mi cuerpo, en cualquier parte. Mostrarme así de anhelante no tenía pies ni cabeza y desde luego era otro paso seguro hacia la obsesión por Berenguela.

Ella se dio cuenta de que la observaba y detuvo sus movimientos. Teníamos que hablar y yo era incapaz de articular palabra. Estaba allí, en la cocina, en una situación de lo más cotidiana; de no ser por todo lo que nos separaba, nuestra actitud no sería tan cauta. Berenguela esperaba que le indicase qué hacer a continuación. Ante mi mutismo, se bajó del taburete y dio un paso. Se marchaba y yo no podía consentirlo. La detuve interponiéndome en su camino y me miró fijamente a los ojos, confusa a más no poder.

Yo, no sé cómo ni por qué, la empujé hasta que su trasero chocó contra la isleta central, donde habíamos cenado. Sin detenerme a evaluar mis actos, la agarré de la cintura y la subí encima. Ella, desconcertada, se aferró a mis

hombros para no caerse y jadeó ante mi inusual reacción.

No encontraba las palabras necesarias, pero al menos las ideas no me faltaban.

—¿Qué ocurre? —inquirió, respirando con nerviosismo.

No pude pasar por alto cómo subía y bajaba su pecho.

—Nada —murmuré.

Posé las manos en sus rodillas y le separé las piernas con brusquedad para situarme entre ellas. Parpadeó ante mi exigencia y yo no di ninguna explicación. Sujeté el bajo de su camiseta y se la subí, dejando sus pechos a la vista. Se la quité por la cabeza y la tiré al suelo sin contemplaciones. Acerqué la boca y atrapé un pezón entre mis labios, para succionarlo con verdadero entusiasmo, mientras ella, tras jadear ante el contacto, enredó las manos en mi cabello y dio un leve tirón, proporcionándome una pequeña dosis de dolorosa realidad, que, lejos de desanimarme, me encendió aún más si cabía.

Sin separar los labios de su cuerpo disfruté no sólo de tenerla así, sino también de sus gemidos a medida que me volvía más ansioso, y lo que empezó de manera suave, incluso delicada, poco a poco se fue tornando mucho más salvaje. No me contuve y mis dientes entraron en acción, mordisqueando aquel tieso pezón. Por supuesto, no desatendí al otro y le apliqué idéntico tratamiento, algo que, a juzgar por cómo ella me tiraba del pelo, le gustaba.

Berenguela me apartó, pero no para detenerme, sino para inclinarse hacia mí y besarme con auténtica voracidad.

—Joder... —gruñí, abrazándola con fuerza y respondiendo a sus demandas.

Le recorrí la espalda con las manos, arriba y abajo hasta llegar a la cinturilla de los pantalones.

—Quítamelos —jadeó, acunando mi rostro.

¿Cómo podía negarme a semejante ruego?

Ella levantó el trasero para ayudarme y, en menos de un minuto, Berenguela estaba desnuda sobre la isleta central de la cocina, algo que, para ser sincero, jamás imaginé que ocurriría; ni en mis sueños más pervertidos. Y había tenido unos cuantos con ella de protagonista.

Después la emprendió con mi camiseta y yo mismo me la acabé quitando. Nada más hacerlo, sentí sus manos sobre el pecho y sus uñas clavándose en mi piel. Aquello era demasiado intenso e importante como para permanecer inactivo

y actué de nuevo sin pensar; ya no poseía la capacidad de hacerlo.

Puse una mano sobre su pecho y empujé para que se recostara sobre la encimera, quedando así a mi entera disposición. Deslicé la mano como si no me lo creyera, tocándola con cierta reverencia, mientras ella respiraba cada vez con más agitación. Allí tumbada, con las piernas separadas a la espera de que yo hiciese lo que quisiera. No era momento de titubeos. Me incliné hacia delante y la besé justo a la altura del ombligo. Ella inspiró con fuerza y repetí. Puse las manos sobre sus caderas y la sujeté, pues mi intención no era limitarme sólo a ese punto de su anatomía. Empecé a trazar un sendero de besos en sentido descendente y percibí su nerviosismo al agitarse bajo mi boca. No me detuve y deposité unos cuantos besos más sobre su vello púbico, muy consciente del paso que iba a dar a continuación.

Lo deseaba y mucho.

—Oh, Dios... —jadeó, intuyendo lo que se avecinaba.

Sonreí. Levanté un instante la mirada para observarla y entonces supe que estaba perdido sin remedio. Ella permanecía con los ojos entrecerrados y una ligera tensión.

Moví las manos desde su cadera hacia el interior de sus muslos, no sólo para tocarla, sino también para mantenerla abierta. Estaba muy excitada y eso me puso a mil por hora. La tentación de mandar a paseo cualquier maniobra de seducción me empujaba a olvidarme del sexo oral y a follármela directamente, sin pasos intermedios. Sin embargo, mantuve a raya los impulsos más animales y me concentré en lo que tenía delante. Acerqué las manos a su sexo y recorrí primero sus labios vaginales con la yema de los dedos, impregnándome de sus fluidos y sintiéndome egoísta, pues si bien podía proporcionarle un gran placer, en realidad buscaba mi propia satisfacción al saborearla.

—Mmm, no sé por dónde empezar —musité, sintiéndome más jugueteón que nunca.

Ella se movió, impaciente sin duda, y yo sonreí. Le coloqué las piernas sobre mis hombros y caí de rodillas antes de acercar la boca a su sexo.

—¡Joder! —exclamó con un gemido ronco que me la puso más dura aún.

Desde luego, yo no lo habría expresado mejor.

A partir de ese instante, me concentré en procurarle el máximo placer. Interpretando sus jadeos y adecuando el ritmo a los mismos. Si algo tenía claro

era que iba por buen camino y, para que resultara mucho más intenso, no debía precipitarme. Nada mejor que acariciarla con la lengua, buscando cada punto sensible, pero sabiendo cuándo frenar para que se tensara y de esa forma anhelara más mi siguiente movimiento.

A cada pasada de mi lengua se inquietaba más y eso me gustó, por lo que me volví más ambicioso y voraz. Lamí su sexo sin descanso, entregado por completo a la increíble misión de complacerla. Deseaba no sólo que se corriera en mi boca, sino también que le resultara tan insoportable, tan alucinante, tan extraño que no lo olvidase nunca.

Yo sabía muy bien lo intenso que puede llegar a ser un buen polvo, aunque pasada la euforia, se terminaban confundiendo lugares, fechas y hasta personas; de ahí que me interesara tanto marcarla para que jamás tuviera duda de quién le había proporcionado aquel placer.

Como un alumno aplicado, atrapé su clítoris entre mis labios y presioné, al tiempo que con los dedos buscaba y estimulaba cada terminación nerviosa en su interior. Todo me parecía poco para dejarla exhausta y rendida a mí.

Berenguela no dejaba de arquearse y frotarse contra mi boca, lo cual era síntoma inequívoco de que estaba muy cerca de correrse. Disminuí un poco la intensidad de mis caricias y ello desembocó en unos cuantos resoplidos de frustración que me hicieron sonreír. Era justo lo que pretendía.

—¿Lo deseas? —pregunté, separándome un instante de su sexo, sólo por el simple placer de hacerla sufrir.

—No hace falta que lo preguntes —rezongó un pelín molesta.

Sonreí. Le mordí el interior del muslo, sin importarme lo más mínimo si le dejaba alguna marca.

—Quiero oírlo —insistí, besándola de manera muy muy suave para desesperarla aún más.

—Deja de jugar conmigo... —suspiró, moviendo las piernas e instándome a darle el toque de gracia, algo que, por supuesto, le concedería cuando yo lo considerase oportuno.

—Mmm —musité, como si estuviera muerto de hambre.

Volví a morderla en el muslo a modo de provocación y después puse de nuevo la lengua sobre su sexo, con la firme intención de no detenerme. Esa vez fui mucho más preciso, más persuasivo y, sobre todo, más intenso, de tal forma

que Berenguela comenzó a revolverse y a gemir de manera incontrolada, llegando incluso a atenazarme con sus piernas, hasta que de repente gritó para relajar enseguida todos los músculos.

Lanzó un último jadeo y supe en el acto que había alcanzado el orgasmo.

Podría haberla dejado tranquila, permitiendo que disfrutara del periodo poscoital sin ningún tipo de estímulo, pero no fui capaz. La necesidad, empujada por mi egoísmo, hizo acto de presencia y sin pararme a pensar me incorporé hasta poder situarme entre sus muslos. Me desabroché el pantalón y tardé bien poco en penetrarla, agarrándola por detrás de las rodillas para así tenerla bien sujeta y poder follármela sin peligro de que con mi ímpetu acabara cayéndose.

Esta vez fueron mis gemidos los que reverberaron por toda la cocina. Berenguela tan sólo siseó al sentirme en su interior. Durante los primeros minutos permaneció recostada, casi inerte, mientras yo empujaba como un poseso, pero algo se despertó dentro de ella, pues de repente se incorporó hasta quedar sentada frente a mí. No perdimos el contacto, todo lo contrario, mientras acunaba mi rostro y buscaba mis labios, que aún guardaban parte de su sabor, besándome con verdadera pasión.

Me mordió incluso y yo gruñí, encantado con aquella muestra de agresividad. Algo que siempre había apreciado en las mujeres con las que me acostaba.

Continué mi frenético ritmo al tiempo que ella recorría con los labios mi cuello, mi barbilla..., cualquier punto al que tuviera acceso sin apartarse de mí. Si me hubiera clavado las uñas en los hombros hasta lo habría agradecido.

Sentí el sudor resbalándome por la espalda, su aliento junto al mío y nuestros cuerpos encajando a la perfección, lo que me confirmaba sin ninguna duda que entre ambos había mucho más que aquellos descontrolados arrebatos sexuales.

Ella me acogió en su interior, tensando los músculos y logrando que en menos de diez minutos yo estuviera a punto de correrme.

—Apriétame más fuerte —exigí, embistiendo sin descanso, clavándosela con verdadera fuerza. No me detuve a pensar si podía hacerle daño. No fui capaz, me limité a seguir penetrándola sin descanso.

Berenguela entendió mi ruego a la primera y, en vez de vengarse por haberla hecho sufrir tan sólo unos minutos antes, utilizó las piernas para hacer presión alrededor de mis caderas, de tal forma que la tensión sobre mi polla se

incrementó y eso, como no podía ser de otra forma, desembocó en un orgasmo de esos que, como a mí me gustaba, me dejaban casi inconsciente.

Escondí la cara en su cuello sin dejar de resoplar debido al esfuerzo. Aproveché para soltar sus piernas y abrazarla y ella se mostró participativa, lo que me sorprendió, pues yo me había comportado como un auténtico animal en celo insaciable; pero ella, en vez de empujarme para que me apartara, reaccionó como si yo hubiera sido delicado y atento.

* * *

No sé con exactitud cuánto tiempo permanecimos así, abrazados, sudorosos, yo entre sus piernas con los pantalones por debajo del culo y ella desnuda encima de la isleta central de la cocina.

Cuando la instalaron, nunca pensé que algún día le daría un uso semejante. La escogí por su robustez y acabado, pensando en mi afición por cocinar. Desde luego, prefería una y mil veces estar de ese modo que preparar comida. Aparté una mano de su espalda y la posé sobre la fría encimera. Joder, no me lo podía creer. Al principio de mi relación con Estela cualquier sitio nos servía para follar como locos, pero nunca llegamos a tanto. Existía una especie de lista de lugares vetados y la cocina era uno de ellos. Quizá debido a mis escrupulosas normas sobre el orden o a saber qué.

Me pareció ofensivo pensar en mi ex cuando acababa de tirarme a otra, y además habiendo sido tan intenso, así que deseché esos pensamientos y me concentré en Berenguela. Me separé de ella con renuencia, pues me sentía increíblemente bien, algo también a tener en cuenta, dado que la tónica habitual era que, una vez finalizado el polvo, me apartara de la mujer en cuestión, sin más.

—Déjame que te ayude —murmuré, tras subirme los pantalones.

—Gracias —respondió también en voz baja.

De un salto se bajó de la isleta y entre ambos recogimos las prendas esparcidas por el suelo. Se vistió en silencio, quizá un poco cohibida, ya que yo no podía dejar de mirarla. Cuando por fin estuvo lista, tuve muy claro qué debía decir.

—Quédate a pasar la noche conmigo.

Al día siguiente yo tenía asuntos de los que ocuparme y debía madrugar, pero ante la perspectiva de dormir abrazado a ella, cualquier sacrificio me parecía ridículo.

—No. Será mejor que vuelva a casa. A estas horas no creo que me sigan — dijo, y yo maldije en silencio, pues era muy consciente de quién estaba detrás de sus sospechas.

—Razón de más para pasar la noche aquí.

—Dudo que esos indeseables sepan que estoy aquí. Además, no quiero causarte problemas. Me siguen a mí, supongo que temen que diga nombres o que airee otros negocios.

Fruncí el cejo ante esas palabras. Deduje que Berenguela había llegado a la conclusión de que quienes la seguían eran enviados por unos, digamos, empresarios de dudosa reputación, o quizá gente a la que le molestaba la posibilidad de que ella, ahora al frente de todo el tinglado creado por su padre, hiciera cambios que dejaran con el culo al aire a más de uno o, lo que era peor, que, como era inteligente, incrementara y perfeccionara el negocio.

Ya estaba buscando su sudadera y poniéndose las zapatillas de deporte, dispuesta a salir de casa a pesar de ser tan tarde. Yo me acerqué a la ventana y eché un vistazo. No podía poner la mano en el fuego, pero me dio la impresión de que no había nadie vigilando.

Sin embargo, aparte de ese espinoso asunto, a mí me interesaba que se quedase conmigo, así que debía convencerla. Decidido a lograr mi objetivo, me acerqué a ella y, comportándome como un gilipollas controlador, la sujeté de la nuca para que me prestase toda su atención.

Berenguela pareció sorprendida, aunque al menos no hizo amago de apartarme de un tortazo.

—Quédate, es lo más seguro —dije, sintiéndome rastrero y egoísta.

—No puedo, mañana tengo trabajo y...

La besé con cierta rabia antes de añadir:

—Mañana me ocuparé en persona de que llegues a tu hora sin contratiempos.

Capítulo 20

Berenguela

No sé qué clase de impulso absurdo e irracional me llevó a aceptar.

Mi carácter y mis principios tendrían que haberse puesto en pie de inmediato, pero no lo hicieron. Me abandonaron a mi suerte. Quizá fuese mi subconsciente díscolo el que se hizo con el poder. No lo sé, en todo caso, acabé quedándome contra todo buen juicio en su apartamento.

Nunca antes me había comportado así con un hombre, como si careciera de fuerza de voluntad. Mi mente repetía sin cesar que me alejara, que él sólo me causaría daño; en varios sentidos, sin embargo, continuaba deseándolo. Como el fumador que aun sabiendo lo perjudicial de su vicio es incapaz de dejarlo.

De todo aquello nada podía salir bien, pues a cada minuto que permanecíamos juntos lo único que conseguíamos era enredar la madeja. No merecían la pena tantas complicaciones sólo por follar a lo grande. ¿O sí?

Sin preguntar nada, dando por hecho que yo lo seguiría como un perro bien amaestrado a su amo, y adelantándose a mis necesidades, él me prestó una camiseta limpia para dormir.

—Gracias —dije en un tono demasiado educado, dadas las circunstancias.

—De nada —respondió de igual modo.

Eso me hizo preguntarme cómo era posible que, teniendo en cuenta nuestro comportamiento estando desnudos, fuéramos tan distantes una vez vestidos.

Caminé tras él hasta que llegamos a un amplio dormitorio. Supe en el acto que era el suyo y que no pensaba dejarme sola en el de invitados. Creo que de

haberlo hecho me hubiera decepcionado.

Íbamos a compartir un espacio muy personal y, al pensar en todo lo que eso significaba, de nuevo surgió el nerviosismo. No debería ser de ese modo, era absurdo. Ambos teníamos experiencia en relaciones ocasionales (la mía más bien limitada, pero tampoco era una virgen impresionable) y sabíamos que lo podía ocurrir; no obstante, sentirme del todo cómoda me resultaba difícil. Seguía siendo un desconocido. Un desconocido, sí, con el agravante de que había follado con él varias veces. Mi comportamiento era, como poco, un caramelo para cualquier psicólogo.

Nos acostamos en silencio tras hacer uso, de manera individual, del cuarto de baño. Yo aún no me atrevía a llamarlo por su nombre, otro hecho ridículo e irracional. No entendía por qué me resultaba tan complicado. Ni en los instantes más álgidos de nuestro surrealista encuentro sexual en la cocina había sido capaz de hacerlo. Incluso me había mordido el labio para evitarlo. Desconocía qué mecanismo me dificultaba ese gesto tan inocuo. Puede que mi subconsciente, más avisado e inteligente que yo, estuviera levantando una especie de muro de contención emocional.

—Ven —me pidió, tras apagar la luz e instándome a que me acostara a su lado para dormir, de nuevo abrazados.

A diferencia de mí, él sí se había desnudado por completo. Se ocupó de taparnos con el edredón y, de nuevo, en la oscuridad, sentí aquella malsana inclinación de hablarle, lo que sólo podía derivar en más problemas. Me mordí la lengua y busqué una postura cómoda para no alertarlo de mi desasosiego. Intuí que el sueño le era tan esquivo como a mí. Y eso, al menos para mí, tras un día tan intenso como agotador.

Repetir que no debería estar allí me resultaba cansino, pues eso conllevaría que él insistiera una y otra vez en que me quedase y yo ya no era una niña pequeña a la que había que decirle las cosas mil veces para que cediera por aburrimiento. Respiré y volví a moverme, intentando poner al menos distancia física, pero como ya esperaba, él me lo impidió. No comprendía esa fijación suya por permanecer tan apretados, cuando su cama era tan amplia. Así pues, tras varios e interminables minutos en los que no lograba alcanzar esa desconexión que me permitiría dormir, opté por hablar con él, algo que hasta el momento no habíamos hecho. Además, se suponía que entre amantes, o lo que

diablos fuéramos, era más fácil la comunicación.

—¿Duermes? —pregunté.

Como inicio de conversación, aparte de topicazo, era una mierda, pues, de estar durmiendo, con mi interrupción podía despertarse.

—No —respondió conciso.

Noté su mano moviéndose por mi espalda en un claro gesto de cariño. Desde luego, aun siendo poco amiga de compartir un espacio tan íntimo como la cama, me iba acostumbrando. Me moví un poco, sólo para buscar mayor contacto, y acabé poniéndole una mano sobre el pecho. Desde luego, aquella noche terminaría agotando el catálogo de tópicos poscoitales entre las sábanas.

—¿Qué te preocupa? —dijo en tono suave, dándome pie a que pudiera desahogarme, aunque..., ¿era él, precisamente él, el más indicado para ello?

Resoplé, una reacción pueril y muy elocuente, que definía mi estado.

—Si te soy sincera, no sé ni por dónde empezar. Lo de esta noche ha sido la gota que colma el vaso. Puedes tacharme de paranoica, sin embargo, nunca antes me habían seguido. No al menos de esta manera.

—¿Qué quieres decir?

Torcí el gesto; había asuntos como mis primeros pasos una vez liberada del yugo paterno, que me costaba mucho mencionar, pero yo había abierto la boca y por tanto le debía una explicación.

—Verás... —Me aclaré la garganta, intentando reorganizar mis pensamientos con el fin de dar una explicación coherente sin hablar demasiado. Hasta entonces, sólo Natalia conocía los entresijos de mi patética familia—. Cuando tenía dieciocho años, me marché de casa y mi padre ordenó que me siguieran.

—¿Es eso cierto? —inquirió, deteniendo sus caricias.

Caricias que por otra parte eran relajantes e invitaban a una larga sesión de confidencias. Algo peligroso en extremo.

—Sí —murmuré en respuesta, intentando que no profundizara en el tema.

—Y lo dices tan pancha...

—Bueno, si te soy sincera, nunca me asusté, pues en teoría sólo me vigilaban para darle cuenta a mi padre de cuanto hacía. —Fui con cuidado y procuré que no se me notara demasiado la amargura cuando mencionaba a aquel cabrón que por desgracia había tenido como progenitor—. Nunca me puse nerviosa.

—¿Por qué ahora es diferente?

Me contuve para no resoplar, algo que no quedaba muy elegante.

—Quizá entonces era demasiado joven y demasiado estúpida como para advertir el peligro real —admití en voz baja. Me hubiera gustado dar una respuesta más madura, pero no la tenía, ya que siempre habría procurado no encabronarme pensando más de la cuenta en mi padre. Si había abandonado la casa familiar era por un único motivo: huir de él.

—No hace falta que hables de ello si no quieres —contestó él, al darse cuenta de mi frase de lo más evasiva.

Esperé unos segundos antes de seguir hablando, durante los cuales me dediqué a acariciarle el torso. Intenté buscar una salida fácil, lo cual me resultaba complicado, pues a mi cabeza, a pesar de la seriedad de todo aquello, acudía una cuestión de lo más frívola. Me picaba la curiosidad por saber cómo un juez, que pasaba tantas horas sentado, podía tener un cuerpo de lo más tonificado, con unos pectorales que, sin ser de esos agobiantes y sintéticos a causa del exceso de batidos proteínicos y otras sustancias menos recomendables, resultaban toda una tentación. Hasta pensé en distraerlo con mis artes de *femme fatale*, pero me di cuenta a tiempo, antes de hacer el ridículo más espantoso, de que: uno, él no se dejaría distraer con tanta facilidad y dos, y eso era más preocupante, yo tenía muy oxidadas mis artes de seducción.

—Nunca tuve miedo, pues no mucho después de que empezaran a seguirme, supe que, lejos de querer hacerme daño, más bien lo que intentaba era protegerme por si alguien me utilizaba y, por supuesto, eso satisfacía también su lado más controlador.

—Muy curioso... —reflexionó en voz alta, y no pude culparlo, pues a mí también me resultó raro aquel comportamiento.

—También estaba el hecho de que, en los últimos tiempos, su intención era... —Me detuve a tiempo.

Joder, joder, joder, no podía hablar de eso con él.

—¿Sí? —me instó a continuar, como no podía ser de otro modo.

Intenté apartarme todo lo que una cama tan grande me podía permitir, pero él me retuvo a su lado, intuyendo que la distancia que pretendía mantener era más bien psicológica.

—Preferiría no hablar de eso —musité, haciendo una mueca, pues así de un plumazo se había roto todo el buen clima que habíamos creado.

—Lo entiendo —respondió comprensivo.

Y yo supe que era una frase hecha, una de ésas de cortesía. Su tono educado indicaba a las claras que esperaba una compañera de cama más predispuesta. Por supuesto, más predispuesta a irse de la lengua, porque en cuanto a la otra predisposición sólo tenía que tocarme entre las piernas para saber la verdad, y de nuevo sentí esa inquietud de que todo aquello era un teatro para sonsacarme información. Sin embargo, caí en la cuenta de que era yo quien había ido en su busca y no al revés.

En esa ocasión dejó que me apartara y, si bien no podía verle la cara, fui consciente de que, por mucho que nos empeñáramos en fingir otra cosa, la realidad se imponía y nunca podríamos ser nada más que compañeros de cama..., o de isleta de cocina. Di media vuelta y adopté mi postura favorita para dormir, confiando en que eso me ayudara a conciliar el sueño. La presencia de él (aún me costaba llamarlo por su nombre) no podía obviarla, pese a que no me tocaba. Entre nuestros cuerpos habría como mucho un centímetro de separación. Y aunque era para darme de cabezazos contra la pared, y más teniendo en cuenta mis objeciones a la hora de compartir cama, deseaba tenerlo pegado a mí.

Permanecí quieta, escuchando su respiración. También debía de tener algún que otro problemilla para conciliar el sueño. Sentí cómo se movía con sumo cuidado para ni siquiera rozarme y me lamenté en silencio de que no lo hiciera. Incluso llegué a tener la tentación de ser yo quien buscara el contacto «accidental». Absurdo a más no poder, claro está. Con los ojos cerrados, me concentré en la tarea de dormir. No debería ser complicado: por un lado estaba muerta de cansancio y, por otro, sexualmente satisfecha; así pues, todo tendía hacia un placentero sueño.

Pues no.

No sé cuánto rato permanecimos así, como dos idiotas. Al menos era como yo me sentí todo el tiempo. Hasta que lo oí resoplar y moverse. Me tensé expectante, y ocurrió. Su mano por fin se posó sobre mi piel, más en concreto sobre la curva de la cadera, desde donde se fue deslizándose hasta detenerse en mi estómago y después vino el resto del cuerpo, pues se pegó a mí. Yo suspiré aliviada y él me besó en la nuca. Coloqué una mano encima de la suya y entrelazamos los dedos.

Maldita fuera, nos estábamos comportando como dos tontinas enamorados,

repetiendo cada paso del catálogo de estupideces, o al menos yo siempre las había considerado así; sin embargo, se estaba muy bien de aquella manera y sonreí en la oscuridad. Él no sé si sonrió o no, pero al menos supe que se encontraba a gusto, pues noté, agradecida aunque temerosa, su erección contra el culo. Fui mala y lo moví un poco, sólo por el placer de oírlo gruñir y de notar su mano presionando sobre mi vientre.

—Mmm... —fue lo último que murmuré antes de abandonarme al sueño.

Necesitaba descansar y lo logré, o al menos durante lo que debieron de ser las siguientes cuatro horas. La mano que en principio descansaba sobre mi estómago de manera inocua, empezó a volverse más atrevida. Al principio no me percaté de la maniobra, quizá todavía dormida, pero a medida que la curiosa mano buscaba hueco entre mis piernas, me fui despertando del todo. No opuse resistencia y las separé para que pudiera tocarme sin problema. A pesar de mis facilidades, él se las apañó para colocar una pierna entre las mías y mantenerme bien abierta. No me importó. Notaba su erección bien pegada a mi culo y no pude resistirme. Maniobrando de cualquier manera, llevé el brazo hacia atrás hasta colar una mano entre nuestros cuerpos y agarrarle la polla.

—Joder... ¡sí! —gruñó, nada más cerrar yo el puño a su alrededor.

Permanecimos en esa postura un buen rato. Disfrutando del simple placer de masturbarnos mutuamente. Ambos sin tener muy claro el siguiente paso, o al menos yo, que no dejaba de retorcerme cada vez que con la yema del dedo me presionaba el clítoris. Pensé que iba a acabar dolorida, pues no recordaba haber mantenido relaciones sexuales tan seguidas, y, es más, hasta pensé que el orgasmo me sería esquivo, dado que rara vez, por no decir ninguna, lograba correrme más de una vez en la misma noche. Incluso había habido ocasiones en las que ninguna aunque, como toda mujer, fingía para evitar la consabida discusión.

Al parecer, él deseaba pasar a mayores y me apartó la mano de su erección para penetrarme desde atrás. Con fuerza. En uno de esos arranques tan primitivos que nunca antes había disfrutado, pero que con él parecían diferentes. Hizo que gritara y que me mordiera el labio, y todo sin dejar de torturarme el clítoris, que me friccionaba con verdadero frenesí, logrando que jadeara en sus brazos.

—Quédate así, quieta —exigió, al darse cuenta de mis intentos por variar de

postura.

—¿Por qué?

—Porque me gusta de este modo —respondió en otro alarde de hombre primitivo.

Embistió con más ahínco, penetrándome como un loco, tanto, que no tardé ni medio minuto en correrme y me quedé laxa, sin fuerzas y disfrutando de los coletazos del orgasmo, mientras él, tras dos penetraciones profundas, se unió a mí. Luego se quedó así, abrazándome con fuerza. No hablé. Me limité a sonreír en la oscuridad y a no preocuparme por nada, y caí de nuevo en un profundo sueño, que necesitaba.

* * *

No sé cuántas horas dormí, sólo recuerdo que un zumbido machacón me hizo gemir frustrada, pues estaba la mar de a gusto allí acurrucada, con aquel calorcito. Abrí los ojos y vi que él estiraba el brazo para apagar la alarma de su móvil. Sin saber cómo, yo había acabado recostada sobre su pecho, en una postura que empezaba a ser habitual. Pero se imponía la realidad, así que hice amago de levantarme. Antes de que pudiera ni siquiera separarme de su cuerpo, me había sujetado con fuerza, cortando así cualquier intento de apartarme.

—Buenos días —murmuró no muy amable—. ¿A qué viene tanta prisa?

Tragué saliva. Joder, nadie tiene derecho a estar guapo recién despertado. Yo, con toda seguridad, debía de tener unas pintas horribles, con el pelo alborotado al no haber usado el cepillo y el secador después de la ducha de la noche anterior.

—Debo pasar por casa antes de ir a trabajar —respondí en voz baja, algo que sonó a excusa barata.

¿Por qué no terminaba de sentirme cómoda con él? Había algo, y me estaba matando no saberlo, que me hacía estar en guardia. Sí, follábamos, pero luego resultaba que me quedaba sin palabras. Él no era lo que se dice autoritario, sin embargo, infundía una especie de respeto que me hacía sentir en inferioridad de condiciones. Una sensación de lo más ridícula, por supuesto.

—Quédate aquí, estarás más tranquila —me sugirió y si bien mirado con lógica podía ser una buena idea, desde el punto de vista práctico era una locura.

—¡No lo dirás en serio! —exclamé, mirándolo ojiplática ante su propuesta.

Conseguí incorporarme a medias, con lo que la sábana resbaló y mis pechos quedaron al descubierto. Él, en una respuesta masculina de catálogo, sonrió pícaro y yo, gilipollas pero muy digna, me cubrí en un tardío ataque de pudor. Tendió el brazo para hacer que la inoportuna sábana cayera de nuevo para alegrarle la vista, y no sólo la vista, sino también la autoestima, pues los pezones se me endurecieron ante su escrutinio.

—Tómame el día libre —me dijo, alzando una mano para recorrer con la yema de los dedos la curva de mi seno izquierdo—. Quédate aquí conmigo.

—¿No tienes que ir a trabajar? —pregunté, muy consciente de cuál era su ocupación, algo que, pese a no mencionarlo, siempre flotaba entre ambos.

En vez de responder, se volvió hasta alcanzar su teléfono móvil, hizo una llamada y oí atónita cómo mentía con total convicción a quienquiera que estuviera al otro lado de la línea. Dijo que tenía una emergencia personal ineludible. Con el uso de semejante vocabulario, resultaba muy complicado cuestionarlo. Hasta yo le creería. Finalizó la conversación sin dar más explicaciones.

Durante apenas los dos minutos que duró la llamada, tuve tiempo de reaccionar y darme cuenta de en qué tipo de fregado me estaba metiendo, y todo por mi maldita cabeza o, mejor dicho, por no pensar con ella, sino por haber dejado que mis hormonas tomaran el control. Aparté la sábana y sin importante nada en absoluto enseñarle las tetas, el culo y cuanto hiciera falta, bajé de la cama y cogí mi ropa.

—¿Qué coño haces? —preguntó incorporándose, tan desnudo como yo.

Menudo panorama, así no había modo de mantenerme firme en mi decisión.

—Vestirme —contesté, sabiendo que eso lo cabrearía.

—Acabo de pedirte que te quedes conmigo y...

—No puedo —lo interrumpí, ya casi arreglada. Bueno, todo lo arreglada que se puede estar con un chándal cochambroso y un pelo a lo afro—. Tengo dos citas importantes esta mañana y además... —hice una pausa para respirar— no quiero ponerte en peligro. Si averiguan que estoy aquí...

—No digas sandeces —gruñó, y lo vi caminar hasta el armario, de donde sacó ropa limpia y empezó a vestirse.

Tanta cotidianidad me dejaba sin palabras. Como si fuéramos una pareja de

esas que llevan siglos juntas y hacen las cosas más rutinarias sin importar la presencia del otro. Incluido follar en la isleta central de la cocina. Eso no se me olvidaría en la vida.

—Aquí no te pasará nada —añadió en su tono más severo, y yo negué con la cabeza.

—No puedo permitirme el lujo de perder clientes —contesté muy seria.

—Di que no quieres —replicó, y a mí me sonó a reproche.

—Piensa lo que te apetezca —sentencié, y preferí salir de aquel apartamento antes de que uno de los dos pronunciara palabras comprometedoras.

La realidad se imponía. Tanto si quería darme cuenta como si no.

Capítulo 21

Fabio

Un jodido mes.

Ése era el tiempo que había transcurrido sin que supiera nada de ella. Y la paradoja estaba en que, encima de la mesa del despacho, tenía al menos tres informes sobre todos sus movimientos. Detalles de su vida, de con quién se reunía, transcripciones de sus llamadas y mensajes y demás datos. Pero Berenguela no había vuelto a ponerse en contacto conmigo. Nada. Ni una llamada, cosa que agradecí, porque la policía tenía intervenido su teléfono. Me jodía no verla, desde luego, y más cuando en la última comparecencia envió a su abogado y ella no apareció.

Por un lado, eso facilitó la labor de investigación, sin embargo, me jodió en lo más profundo. Quería verla; el problema era que, en primer lugar, no debía hacerlo, y en segundo, no sabía cómo apañármelas para contactar con ella sin quedar en evidencia. Podía dar la orden de que cesara el seguimiento y presentarme en su apartamento. Necesitaba escuchar una explicación plausible de su comportamiento, porque el mío no había por dónde cogerlo. Me estaba volviendo loco y todo eso empezaba a repercutir en mi carácter reflexivo y pausado. Me mostraba exasperado, irascible y apático.

Cogí el último informe sobre sus movimientos y empecé a leerlo, sabiendo de antemano que aquella mujer era una especie de autómata en cuanto a sus movimientos se refería. Cumplía a rajatabla un horario de trabajo. No se relacionaba con nadie más allá de su círculo habitual de amistades, que eran más

bien pocas. Tampoco se la había visto en compañía de otro hombre, a excepción de su abogado, el cual, si bien no me daba buena espina, según los informes mantenía con ella una relación estrictamente profesional; lo que me alegraba sobremanera.

No sabía si reírme o salir en su búsqueda, porque tanta indiferencia no era normal. Joder, la había tenido en mis brazos, dormido con ella, y creía que todo eso había significado mucho más que un espléndido polvo. Pero no, Berenguela jugaba a un extraño juego. Y me desconcertaba con él. Primero se mostraba vulnerable, asustada incluso, para después volver a ser la mujer fría del principio.

Dejé de malas maneras los papeles sobre la mesa y llamé a Estela. La pobre debía de estar aburrída de tantos gruñidos y salidas de tono, aunque, para mi asombro, no me había parado los pies; parecía como si viviera dentro de una burbuja, ajena a mi mala leche. Su sonrisa era permanente y no se enfadaba por nada.

—¿Qué tripa se te ha roto ahora? —preguntó riéndose, al asomarse al despacho.

Y yo, que estaba de mal humor, me desesperé aún más al verla tan alegre. Era injusto, pero deseaba que se solidarizara un poco con mi estado de ánimo.

—Ninguna. Pasa —contesté, haciendo un gesto con la mano para que se dejara de tantos formalismos. Los cuales por cierto sólo empleaba cuando le convenía o me quería tocar la moral. Nunca sabía con exactitud cuál de las dos cosas era en cada caso.

—¿Un antiácido? ¿Una valeriana? —me preguntó, sentándose frente a mí.

Con aquella odiosa falda recta ajustada, que al acomodarse en la silla se le subía más de lo prudente, me ponía de los nervios, ya que mostraba casi el final de las medias y el principio de los muslos.

—Es que te veo tan mala cara que... —añadió guasona.

—¿Qué haces esta noche?

Mi pregunta la sorprendió. Llevábamos bastante tiempo esquivando una conversación pendiente y, si bien le podría haber propuesto una cita mucho antes, al andar pensando en la escurridiza señorita Zahner no lo había hecho.

—Vaya... era lo último que esperaba, la verdad.

—Escoge un restaurante y deja que te invite a cenar.

—¿Por qué no en tu casa? —sugirió juguetona, y fruncí el cejo.

Desde luego, las mujeres siempre saben cómo desconcertarte, pues si bien la idea me parecía excelente y sobre todo cómoda, yo me había abstenido de proponerla para no incomodarla.

—Por mí, perfecto —respondí con cautela, sin estar del todo convencido. Era demasiado fácil. Y Estela no se caracterizaba precisamente por ser tonta.

—Siempre y cuando no se presenten invitados o... invitadas de última hora —añadió sonriendo de medio lado, tras lanzar el dardo envenenado.

—Estela...

Ella se puso de pie y se pasó ambas manos por los costados, desde las caderas hasta los muslos, para ponerse bien la jodida falda. Podría haberse ahorrado el contoneo, pero no, sabía muy bien cómo tenerme pendiente de ella.

—Es normal que te lo pregunte. No es agradable que te den con la puerta en las narices en el momento en que otra aparece.

—Eso no pasará —contesté, y me di cuenta de que, con la mala suerte que tenía en los últimos tiempos, todo podía ocurrir.

—¿Seguro?

—Sí.

—No.

—¿Cómo?

—Que no, que esta noche ya tengo plan.

Farfullé algo parecido a «joder, me cago en la puta», porque había jugado conmigo desde el principio sólo para hacerme sufrir y verme hacer el gilipollas, que era justo lo que era.

—¿Con quién? —pregunté de malos modos, y luego caí en la cuenta—. ¿Con tu inspector de Hacienda favorito?

—Pues no. Ya hace tiempo que no lo veo fuera del trabajo —respondió toda coqueta y, para tocarme aún más los huevos, se acercó a mí, hizo girar el sillón y se inclinó para hablarme al oído—. Era un muermo en la cama.

Riéndose, se apartó de mí y caminó canturreando algo que no reconocí. Antes de abandonar el despacho, me guiñó un ojo y salió sin darme más explicaciones.

—Joder... —mascullé, quizá más herido en mi orgullo que otra cosa.

Hasta la fecha, las mujeres no me habían causado ningún tipo de daño o de

preocupación; en cambio, de un tiempo a esa parte había dos que se estaban cebando conmigo. Aunque, para ser sincero, la situación con Estela se quedaba en mera anécdota en comparación con la preocupación que tenía respecto a Berenguela. Como no me apetecía quedarme a solas con mis disquisiciones, y para eso están los amigos, llamé a Armando con la idea de quedar esa noche y salir por ahí. Yo andaba un poco desentrenado, pero con él a mi lado seguro que cogía el ritmo en menos de lo que cantaba un gallo. Cuando me respondió al teléfono y le propuse una salida como en los viejos tiempos, me dejó helado con su respuesta:

—No puedo tío, tengo una cita.

—¿Y...?

—Es importante, Fabio, de verdad.

Noté su apuro, lo cual me preocupó, pues en más de una ocasión le había dado plantón a la mujer de turno al recibir una llamada mía.

—¿Desde cuánto te comportas con tanta formalidad? —pregunté medio en broma, ya que la situación tenía su gracia.

—Desde que... —titubeó—, joder, ¿qué más da?

—Parece que te tienen cogido por los huevos —lo provoqué.

—Puede ser —gruñó, porque a ningún tío le hace gracia oír esa frase, aunque sea una verdad como una catedral. Bien lo sabía yo.

—Vale, no insisto.

—No te preocupes, la semana que viene tengo un par de días libres y te los dedicaré por completo.

—No me hables como si fuera tu amante. —Me reí, negando con la cabeza.

Éramos amigos desde hacía mucho. Nos habíamos corrido buenas juergas juntos, emborrachado e incluso compartido mujeres, pero nunca nos habíamos visto en una situación semejante.

—Cuando quieras, chato —rezongó, poniendo voz de falsete, y añadió—: Quizá yo sea el único que pueda darte lo que necesitas.

—Te tomo la palabra —dije entre risas e imitando su tono.

Colgué con una media sonrisa. Bueno, al menos uno de los dos podía decir que le iban bien las cosas en el terreno sentimental.

Como no tenía otra cosa mejor que hacer, acabé mis quehaceres y pasé por casa para recoger la bolsa del gimnasio, a ver si dándole de hostias al saco

liberaba tensiones. No era mi ejercicio predilecto, yo siempre optaba por las máquinas de mantenimiento, pero aquella tarde estaba demasiado cabreado y frustrado como para seguir una rutina; necesitaba sudar, sacar la mala leche y, de paso, agotarme lo suficiente como para llegar a casa y no poder moverme, de ese modo caería rendido en la cama.

Uno de los monitores se acercó a mí; no me extrañó, porque estaba atizándole al saco con saña. Me preguntó el motivo por el que cambiaba mi rutina y preferí no darle explicaciones, ante lo cual el tipo se encogió de hombros. Los socios del gimnasio pagábamos una buena cuota mensual como para que nos tocaran los cojones. Además, mi cara de mala leche debió de advertirle que era mejor no insistir.

No recuerdo con exactitud cuántos puñetazos, patadas y demás le di al saco ni cuánto tiempo estuve allí solo. Llegó un momento en que, agotado y sudoroso, me dejé caer de rodillas. Mi primer objetivo, terminar rendido, lo había logrado. Ya sólo debía sacar fuerzas para ir al vestuario, ducharme y marcharme a casa. Lo hice con rapidez, pues no soy muy amigo de compartir duchas con nadie, no por pudor, sino por higiene. Con cara de cansancio y la ropa sudada, me subí al coche con la clara intención de irme a casa. Sin embargo, a medio camino cambié de opinión. Conocía a la perfección todos los movimientos de Berenguela: a qué hora iba a casa, a qué hora acudía a su trabajo y a qué hora se reunía con el jodido abogado.

Miré el reloj, faltaba poco para las nueve de la noche, es decir, en menos de diez minutos ella llegaría a su calle, aparcaría el Opel Insignia negro en su plaza de garaje y se metería en casa. Yo, como un acosador en toda regla y jugando con ventaja, esperé sentado en el coche a que apareciera el suyo. No tenía muy claro cuál sería mi siguiente paso.

¿Colarme en el garaje y abordarla allí?

¿Esperar a que los agentes que la seguían diesen por concluida la jornada y llamar a su puerta?

—Joder —mascullé, golpeando el volante ante mi total frustración. Me estaba comportando como un adolescente inseguro y celoso en su primer enamoramiento. La diferencia era que me faltaba muy poco para cumplir los cuarenta y si quería echar un polvo sólo tenía que hacer una llamada.

De fondo sonaba *Sonne* de Rammstein y subí el volumen. Qué oportuno,

pensé, tarareando la letra. Miré el reloj y me di cuenta de que ya pasaban unos minutos de las nueve. Llegaba con retraso, algo muy raro en ella.

Era como si estuviera sentado encima de un hormiguero, pues era incapaz de quedarme quieto. La paliza que me había dado en el gimnasio no me había servido de nada. Miré por enésima vez el reloj y, cuando más desesperado estaba, vi que un coche se detenía frente al portal. Al principio no le di importancia, pero cuando reconocí al conductor solté un buen juramento. Allí estaba el abogado servicial y lameculos. Aunque, por si mi estupor no fuera suficiente, observé, apretando con fuerza el volante, cómo Berenguela descendía también del coche y juntos se dirigían hacia el edificio. Se detuvieron en la puerta y tuve que tragarme la bilis, ya que él, mientras ella buscaba algo en su bolso, seguramente las llaves, le acariciaba la mejilla y Berenguela no se apartaba. Es más, le sonreía.

Maldije de varias formas creativas. El instinto me decía que saliera del coche y me presentara de inmediato, sin embargo, el sentido común consiguió mantenerme sentado e impedirme dar un espectáculo propio de un hombre de las cavernas.

Una reacción extraña en mí, pues hasta la fecha nunca me había metido en peleas y menos por una mujer. Ninguna merecía la pena. Controlé a duras penas mis impulsos, lo que se me ponía muy cuesta arriba, pues tuve que ver cómo el abogado la besaba, eso sí, con todo el cuidado del mundo, para después acompañarla al interior del portal. No hacía falta ser muy inteligente para saber qué ocurriría a continuación. Lo peor de todo era que en un par de días, tres a lo sumo, tendría el informe sobre la mesa. A saber qué palabras utilizarían para describirlo.

* * *

Rabioso y cabreado, llegué a mi apartamento, pero tras la segunda ducha después de la del gimnasio, me di cuenta de que no tenía muchas ganas de quedarme en casa, así que no lo pensé dos veces, bajé al garaje y arranqué el coche. Conduje sin rumbo por las calles, hasta que por casualidad o a saber por qué acabé pasando por delante de un pub de esos que tenían fama de que allí siempre pillabas. Armando me había hablado alguna vez de él y yo, ofuscado

como estaba, me limité a aparcar el coche y a entrar, con expectativas no demasiado altas. Me daba exactamente igual lo que sucediera esa noche. Sentado a la barra con mi botellín de cerveza, observé a la concurrencia por si veía a alguien que me llamara la atención. No hubo suerte en ese aspecto y pedí otra cerveza. A pesar de mi apatía y sin esforzarme nada en absoluto, al final una rubia algo bebida se acercó a mí. Desde luego, la fama del local era merecida, pues no llevaba ni media hora allí y ya tenía una mujer disponible.

La observé de arriba abajo y me di cuenta de que me serviría. Ella, no le pregunté ni el nombre, parecía tan interesada como yo en que fuera rápido y anónimo. Así que tras intercambiar cuatro o cinco frases y tomar otra copa, me puso una mano en el muslo y, sin mucho disimulo, la fue acercando a mi entrepierna. Hacía falta mucho más que un burdo magreo para que se me pusiera dura, pero como la chica le ponía voluntad, acabé por empalmarme. Ella me guio por el pub hasta la parte trasera y yo no hice preguntas sobre su asiduidad al local. Entramos en los aseos, donde cada uno parecía ir a lo suyo y donde delante de mis narices un par de chicas se ponían hasta las cejas de coca, y sin más preámbulos nos metimos en uno de los cubículos.

—¿Aquí? —pregunté, con cara de circunstancias.

—¡Qué más da!

Ante su decisión, terminé por encogerme de hombros. Ella se me acercó y me puso las manos en los hombros con la intención de besarme. Traté de que no fuera muy evidente mi negativa y actué sin pensar. Le sujeté las muñecas y le di la vuelta para que quedara de espaldas a mí, de ese modo ya no tendría que esforzarme por evitar su boca. Ella comprendió mis intenciones y hasta movió el trasero, invitándome.

—Toma —me dijo, sacando un condón de su bolso, y yo no hice ningún comentario sobre lo bien preparada que estaba.

Acepté el preservativo y lo sujeté entre los dientes, mientras le alzaba la falda corta y se la dejaba arrugada en la cintura. Después le bajé las bragas hasta las rodillas y ella misma se encargó de levantar un pie y otro para sacárselas. Tuve de nuevo una especie de arranque pervertido y se las arranqué de las manos para metérselas en la boca a modo de mordaza. Ella gimió encantada y empujó más el trasero, instándome a que me la follara de una vez.

En aquel reducido espacio, me las apañé para bajarme los pantalones, liberar

mi polla y ponerme el condón. Todo evitando rozar las paredes de azulejo, que a saber la mierda que tendrían encima. Una vez preparado, y a pesar de que la rubia se mostraba ansiosa, coloqué una mano sobre su sexo y comprobé que sí, en efecto, estaba cachonda. No tenía por qué ser considerado ni nada por el estilo, pero ya que me iba a servir de desahogo, qué menos que mostrar un poco de interés en calentarla.

La masturbé unos minutos. Sus jadeos, a pesar de tener sus propias bragas como mordaza, se oían con toda claridad, aunque lo más probable era que nadie nos prestara atención. Cuando vi que ella se encontraba bastante cerca de correrse, adelanté las caderas y la penetré, sin medias tintas. La empujé hacia delante con tanta fuerza que terminó apoyando la mejilla en la pared. Entonces comencé a embestirla de manera brusca e incluso llegué a agarrarle la melena para poder hacerlo mejor. La chica no dejaba de gemir y de retorcerse. Empujaba el culo hacia atrás, saliendo así al paso de cada uno de mis envites. Yo cerré los ojos, no quería almacenar ningún recuerdo de aquel lugar indecente ni de la mujer ni de nada de aquella noche.

Me concentré en mí, tan sólo en mi propio placer. Apreté los dientes, le tiré del pelo una vez más y me corrí, ahogando mis jadeos sin problema, pues fue algo demasiado insatisfactorio como para mostrar más entusiasmo.

—Joder, tío, qué bien follas —murmuró ella, incorporándose cuando me aparté.

Me encogí de hombros ante aquel inmerecido cumplido, me deshice del preservativo y me arreglé la ropa. Esperé a que ella también estuviera presentable antes de abrir la puerta. Una mujer que aguardaba para usar el retrete nos miró con curiosidad, pero no dijo nada.

Le pregunté a mi acompañante, por educación más que por otra cosa, si quería que la invitase a tomar una copa, aunque ella negó con la cabeza y sacó algo de su bolso. Estaba claro que deseaba empolvase la nariz, otra vez, y que yo sobraba.

Ni siquiera me despedí.

Sólo quería salir de aquel antro, con la clara intención de borrar de mi memoria su ubicación, y después llegar a casa, pasar por la ducha y, a ser posible, olvidarme de toda aquella jodida noche.

Capítulo 22

Berenguela

—¿Estás segura? —me preguntó por enésima vez Eliseo.

Asentí y resoplé.

—Es lo mejor.

—No estoy tan seguro. Esa propiedad está situada en una zona en expansión, su valor se ha visto incrementado en los últimos años. Podrías sacar una buena suma por ella.

Lo cierto era que yo no podía estar más de acuerdo. La intención era deshacerme del patrimonio de mi padre y evitar sacar beneficio. Si vendía la vivienda que ocupaba Monique, podría pagar la hipoteca y de paso tener unos ahorrillos, pero me negaba por principios. Además, ella se merecía ese gesto, ya que tras mi última visita a su casa, me había contado su historia.

—Si es lo que quieres... —contestó Eliseo, en aquel tono tan de abogado que se pliega a los deseos de su cliente, pese a que piensa que comete un error garrafal.

Tenía que marcar las distancias con él, porque, por mi mala cabeza, me había dejado liar. Bueno, medio liar. Hacía una semana que me había acompañado a casa, ya que yo no tenía disponible el coche. Insistió en que lo dejara subir y, claro, aprovechó la circunstancia dando por hecho que yo deseaba algo más de él que amistad.

Me besó en el portal y lo dejé hacer, creyendo, ilusa de mí, que era para despedirse. Pero no, lo intentó de nuevo en el ascensor, lo que derivó en una

situación incómoda, pues si bien podía ser la solución perfecta para olvidarme de Fabio (por fin conseguía pensar en él con su nombre), no terminaba de sentirme a gusto y cometí el error de no dejarle las cosas claras. Una vez dentro de mi apartamento, Eliseo se animó y puso en práctica todo su arsenal de seducción, al que yo no respondí. Por una vez, la suerte estuvo de mi lado y él se percató de mi desinterés, dejándome a solas. Y ahora, con la idea más que probable de que yo era frígida o algo así, volvíamos a estar en su despacho intentando arreglar el desaguisado que mi «querido padre» tuvo a bien dejarme.

—Creo que es lo justo —insistí, volviendo al presente.

Él me miraba con una muestra de curiosidad y prudencia. Ninguno de los dos se atrevía a tocar el tema, pero era evidente que algún día lo tendríamos que hablar. Yo me comportaba como una idiota inmadura y él como un seductor inasequible al desaliento. Vaya par, de aquello no podía salir nada bueno.

—Está bien, redactaré el contrato de compraventa —accedió finalmente con resignación—. Y ahora nos queda el espinoso asunto del Miami.

—¿Alguna oferta interesante?

—No.

—¿Alguna oferta, al menos?

—Me temo que nadie ha respondido —contestó, dejando entrever que nadie lo haría.

—Me lo figuraba —mascullé.

—Tienes que entenderlo. A pesar del emplazamiento, ninguna cadena hotelera va a querer comprar, aunque sea a precio de ganga, un club de alterne para reconvertirlo en hotel. No hay dinero para pagar la publicidad necesaria que haga que deje de ser considerado un local de mala reputación.

—No es tan mala, a juzgar por los ingresos que tiene —apunté con sarcasmo.

—Eso no te lo discuto. —A sus palabras añadió una sonrisa cómplice que yo ignoré—. Y por supuesto, tu idea de reconvertirlo en local decente es inviable.

—No entiendo por qué... —reflexioné en voz alta, pues por lo que había visto durante mi solitaria inspección, el sitio tenía posibilidades.

—Porque te empeñas en malvender cuando tiene beneficios —dijo, cansado de repetírmelo.

—¿Y cuál es tu sugerencia? —pregunté, intuyéndola.

—Que lo vendas tal cual. Sí, no me pongas esa cara.

—Maldita sea, allí... En fin ya sé que hay gente dispuesta a quedarse con el Miami y que siga funcionando como hasta ahora, pero me jode y mucho.

—La otra opción es que lo regentes tú —soltó, y se quedó tan pancho.

—Lo que me faltaba, ahora ser una *madame* —rezongué—. No. Eso ni muerta.

Se rio con disimulo y me dio la impresión de que me tomaba el pelo.

—De acuerdo pues. Haré gestiones para ver quién lo quiere a precio de saldo. Como ya sabes, tu padre representaba una especie de equilibrio entre los empresarios de ese tipo de negocios. Y, por si aún no estuvieras informada, pese a haberle ordenado a Nogales que parase, en el Miami se continúa comerciando con drogas.

—La madre que lo...

—No te sulfures. Era, y es, una de las principales vías de ingresos —dijo, y no parecía afectado en absoluto por el tipo de mercancía que allí se movía—. Y además es fácil de ocultar.

—No me lo puedo creer... —mascullé, poniéndome nerviosa—. Joder, cuando lo pille por banda...

—Me temo que el secretario de tu padre no va a cambiar por mucho que tú se lo órdenes. Así que no te va a quedar más remedio que ir tú en persona y hablar con el gerente del establecimiento. No podemos arriesgarnos a que hagan una redada.

Cerré los ojos mientras escuchaba a Eliseo.

Luego, aceptando que no me quedaba otra salida, cogí el teléfono y llamé al club Miami. Intentando que mi voz sonara firme y autoritaria, pedí que me pasaran con el encargado, un tal Matías, que al final se puso al aparato.

—Buenos días, señorita Zahner, es todo un placer saludarla.

—Buenos días —respondí seca, sin dejarme engatusar por la voz melosa del tipo.

—¿En qué puedo servirla?

«Otro como Nogales, de la vieja escuela», pensé.

—No menciones nada por teléfono —me advirtió Eliseo muy serio.

—Me gustaría concertar una cita con usted. —Mantuve el tratamiento porque, entre otras cosas, marcaba las distancias—. En el local, querría que comentásemos algunos aspectos del funcionamiento del club.

—Como desee, señorita Zahner —contestó, aunque por su tono me dio la impresión de que se estaba cagando en todos mis muertos, ya que hasta la fecha yo no había pisado el establecimiento ni interferido en su funcionamiento, y mi presencia podía alterarlo todo.

—Mañana a primera hora —dije.

Eliseo levantó el pulgar en señal de aprobación.

—Muy bien, la espero aquí. Buenos días.

Colgué y me sentí fatal. No quería ir allí, pese a haberme acercado con el coche por simple curiosidad, pero eso no contaba. Ahora iba a entrar y, aunque suponía que a primera hora no estaría abierto al público, seguía dándome apuro.

—Lo has hecho muy bien. Te acompañaré, por supuesto.

—Esto es surrealista a más no poder —me lamenté.

—Lo sé, sin embargo, no te queda otra. Si tu idea es deshacerte del Miami, estoy seguro de que ese Matías sabrá muy bien a quién le puede interesar.

Concretamos un par de cuestiones más y me despedí de él. Llamé a Natalia para ver si podía quedar a comer conmigo y así contarle cómo me iban las cosas, porque últimamente la veía más bien poco. La pobre se estaba haciendo cargo de más tarea de la empresa debido a mis ausencias y qué menos que compensarla con una buena comida y, si el trabajo nos lo permitía, una buena sobremesa.

—¡Por supuesto que acepto! —exclamó, encantada ante mi propuesta y haciéndome sonreír.

—Entonces quedamos a las dos y media donde siempre, ¿te va bien? —pregunté, sin apartar los ojos del vehículo azul que vigilaba mis movimientos.

—Sí, perfecto, allí nos vemos y me pones al día.

Aproveché que estaba en el centro para pasar a saludar a un cliente al que le habíamos decorado la oficina. Era una costumbre de nuestra empresa, costaba muy poco y ellos agradecían el gesto. Caminé por la calle, consciente de que continuaban observándome. Llevaba así más de un mes y, pese a que en ningún momento me habían abordado, seguía teniendo miedo. No le había contado nada a Eliseo por prudencia, porque o bien se convertiría en mi guardaespaldas permanente, con lo que eso acarrearía, o bien me llamaría *paranoica*. Como no quería arriesgarme, me callaba y aguantaba yo sola. Sólo Fabio lo sabía, pero con él no podía contar.

Al final logré hacer la visita de cortesía sin parecer nerviosa en exceso y

charlé unos minutos con nuestro cliente de cosas sin importancia. Después me senté en una cafetería y pedí un café bien cargado; sabía que la cafeína y mis nervios eran incompatibles, pero aun así lo tomé. Me dediqué a observar por la vidriera del local. Allí estaba, esta vez se trataba de un Peugeot 206 azul metalizado. Y dentro de él una pareja fingían estar conversando mientras me observaban.

Respiré y saqué el móvil. Marqué el número de Monique, pues quería ver si estaba disponible esa tarde para darle la noticia en persona. Ésa podía ser la versión para todos los públicos, pero lo cierto era que sentía una enorme curiosidad por ver qué sucedía en aquella vivienda en «horas de trabajo».

Monique, o Mónica, su verdadero nombre, me había contado cómo empezó en el mundo de la prostitución. Medio engañada por un tipo que decía ser su novio y que sólo quería vivir sin dar un palo al agua. Ella sólo tenía diecinueve años y a esa edad se hace cualquier estupidez por un tío, así que se acostó con algunos amigos de él sin saber que éstos le pagaban al novio. Cuando se dio cuenta de que aquel desgraciado sólo la utilizaba y quiso plantarle cara, el tipo la dejó por otra y con deudas, así que, como no sabía hacer otra cosa, empezó a trabajar en un local de mi padre. Se las apañó para evitar consumir drogas y ahorrar, y hasta camelarse al viejo y así lograr que la sacara del club y le comprara una vivienda donde ejercer a su antojo y dirigir su «carrera». Mónica vio la oportunidad de hacer dinero. Cuando mi padre se aburrió de ella, permitió que siguiera regentando la casa a cambio de un buen alquiler y ella, que era hábil para los negocios, empezó a gestionar el suyo a su manera. Como el acuerdo satisfacía a ambas partes, los pagos llegaban puntuales y nadie osaba meterse con una protegida de Ezequiel Zahner, todo marchaba sobre ruedas.

Hasta que falleció mi padre y Mónica temió que todo se fuera a pique. Yo reconocía el valor de la mujer y, puesto que por alguna especie de solidaridad femenina habíamos conectado, me parecía injusto desmontarle el chiringuito, más aún cuando ella llevaba el negocio de manera impecable y respetando a las chicas y a los chicos que trabajaban allí.

Me acabé el café, pagué en la barra y, poniéndome las gafas de sol, salí del local. Me detuve delante de un escaparate sólo para poder mirar de reojo y ver cómo la mujer se bajaba del Peugeot, cruzaba la calle y se disponía a seguirme. «Al menos podrían ser más discretos», pensé, echando a andar de nuevo. Di un

buen rodeo y la que me seguía no me defraudó, pues con mayor o menor disimulo la tuve tras de mí. Decidí dejar de dar vueltas y me dirigí al punto de encuentro con Natalia.

Fui a nuestro restaurante habitual y pedí mesa para dos. Imaginé que ella llegaría tarde, pero no me importó. Así que pedí una copa de vino y esperé a que apareciera.

La mujer que me había seguido se quedó unos instantes fuera, hablando o fingiendo hablar por el móvil, y al final entró para sentarse a la barra. Desdobló el periódico y se puso a leer, todo un clásico del seguimiento; hasta estuve a punto de alzar la copa en un brindis silencioso, a modo de burla, pero preferí fingir que no me había enterado de nada y no tentar a la suerte.

Natalia llegó sólo doce minutos tarde, lo que podía considerarse todo un logro.

—Necesito unas vacaciones —dijo, sentándose y resoplando—. Y unos zapatos planos, tengo los pies machacados.

—Éstos son muy bonitos —comenté, sonriendo al ver los que llevaba. Con aquellos tacones metalizados y afilados, podía decirse que llevaba dos buenas armas en los pies.

—Lo sé, estilizan y joden la columna que da gusto —murmuró, estirando la pierna.

El camarero nos trajo la carta y dedicamos unos minutos a comentar el menú y a decidirnos; siempre era más sencillo hablar con un plato delante.

—Venga, suéltalo ya, que tienes una cara de angustia...

—¿Te he dado ya las gracias por ser una amiga de las que ya no quedan?

—Mil veces.

Suspiré y le hice una seña a mi compañera para que mirase con disimulo la barra, donde mi vigilante seguía ojo avizor.

—Me están siguiendo.

—¿Qué?

—Ésa de ahí, lleva toda la mañana detrás de mí. —Le di un buen sorbo a la copa de vino antes de continuar—. Me siguen desde hace más de un mes. Se van cambiando, pero los calo a la primera.

—¿Estás de guasa? ¿Quién? ¿Por qué?

—Imagina que una recién llegada al mundo de los negocios turbios se

dispone a remover ciertas cosas, eso causaría cierto temor y, por si fuera poco, esa persona va y decide colaborar con la justicia. ¿Tú qué harías?

—Esa película ya la he visto. Creo que se llama *El Padrino* —apuntó ella con gracia, y yo asentí.

No sabía si burlarnos de todo aquello era el camino correcto, pero al menos hacía que sonriera, que buena falta me hacía.

—Y aún no sabes lo mejor...

Natalia me escuchó atenta con cara de circunstancias, a medida que yo iba desgranando los pormenores sobre mi virtual posición como *madame* de un burdel. Tal como esperaba se ofreció como compañía, como apoyo moral, algo que siempre iba bien. Sonreí con tristeza y negué con la cabeza, pues no quería involucrarla más de la cuenta. Ya la estaba poniendo en peligro comiendo con ella delante de mi acosadora particular, y por eso le advertí unas cuantas veces que tuviera mucho cuidado.

—Hay algo que no me cuadra... —reflexionó en voz alta, cuando yo hice una pausa para darle un sorbo al café—. No dudo de que te sigan, pero ¿estás segura de que son los malos?

—¿Qué quieres decir? —pregunté, frunciendo el cejo.

—A ver, no me hagas mucho caso, porque eso de las teorías de la conspiración son mucho más divertidas que otra cosa, pero ¿has pensado en la posibilidad de que te vigilen los buenos?

—¿Los buenos?

—La policía —me aclaró, y entonces abrí los ojos como platos—. Es lógico, piénsalo —añadió ante mi estupor—. La gente que se dedica a hacer negocios turbios no creo que sea tan sutil. Si te quieren dar un susto, no esperan tanto tiempo, y más teniendo en cuenta cómo eres.

—¿Cómo soy? —pregunté.

—Un animal de costumbres —contestó, y me deprimí un poco más—. Oye, eso no es nada malo, simplemente eres así y punto.

—Traducido, que quien me sigue debe de aburrirse como una ostra. —Su cara me dijo sin palabras que estaba de acuerdo con mi apreciación—. Joder, pues estoy tentada de cometer otra estupidez...

—¿Otra? —me preguntó en tono de incredulidad—. ¿Cuándo has cometido tú una estupidez? —inquirió burlona.

Le había contado a Natalia muchos detalles, pero por alguna razón me resistía a hablarle de mis sentimientos encontrados hacia Fabio. Ella sólo estaba al tanto del primer encuentro. Era como si quisiera guardármelo para mí sola, o quizá sentía vergüenza, al haberme dejado llevar de aquella manera.

El teléfono de mi socia nos interrumpió y ella, con cara de disculpa, se marchó y me dejó en el restaurante. Eso sí, con la promesa de quedar al día siguiente para seguir compensándola por no atender a mis clientes y contarle mi primera incursión en el mundo de los clubs de alterne.

Con el runrún en la cabeza de la posibilidad de que fuera la policía quien me seguía, me dirigí hacia casa de Mónica. Durante el trayecto en taxi, reflexioné sobre esa posibilidad y llegué a la horrible conclusión de que, de ser cierta esa teoría, la orden debía de venir de un juez.

Eso hizo que me derrumbara y me echara a llorar, por gilipollas, por confiada y por gilipollas otra vez. El taxista me miró raro, pero debía de haber llevado a unas cuantas lloronas en el taxi y se abstuvo de preguntar. Llegue a casa de Mónica con unas pintas horribles, menos mal que iba a darle una buena noticia.

—Vaya cara que me traes —dijo ella, nada más abrir la puerta.

Yo, incapaz de disimular mi malestar, busqué en el bolso otro pañuelo de papel y me soné la nariz.

—Ha sido uno de esos días en los que es mejor no salir de casa.

—Anda, pasa, no tengo ningún cliente hasta dentro de dos horas. Preparo café y me cuentas.

—No sé si un café es lo que necesito, mejor algo un poco más fuerte. Whisky, ginebra, orujo..., ¡yo qué sé!

—Si quieres algo verdaderamente fuerte... quédate esta noche.

Arqueé una ceja ante aquella peligrosa sugerencia. Peligrosa, porque me parecía fuera de lugar sentarme en un sillón, con una copa, y, como si fuera al teatro, disfrutar de la función. Y más peligrosa aún cuando empecé a considerar la idea.

—Es un cliente de confianza —prosiguió Mónica— y le gusta tener audiencia. Por norma general, llamo a alguna de las chicas para que mire durante la sesión.

Tragué saliva, porque aquello se ponía cada vez más interesante y porque cada vez me sentía más inclinada a aceptar. No sé si fue por la curiosidad o por

el tono, tan normal, que Mónica utilizaba.

—¿Y si..., bueno, si el tipo quiere..., ya sabes..., más? —balbuceé.

—¿Que participes? —preguntó, y yo asentí apurada —. Lo dudo, pero en ese caso te niegas, eso sí con gracia. Vamos, mujer, necesitas airearte, ver cosas nuevas, salir de la rutina...

A medida que enumeraba esos tópicos que suelen decirse para animar a la gente, empecé a negar con la cabeza, pero esbozando una sonrisa, pues la cosa tenía su gracia. Y yo, depre, con un problema de los gordos encima y sin saber qué coño iba a hacer al día siguiente, hice lo más desaconsejable: aceptar.

Capítulo 23

Fabio

Había entrado en una espiral absurda que me estaba consumiendo. Deambular por bares de mala muerte tras haber permanecido durante más de una hora en el coche espiando a Berenguela no era lo que podría llamarse un comportamiento muy coherente.

Y por si la obsesión por ella no me estuviera dejando ya para el arrastre, por pura casualidad, durante una de esas noches de exceso de alcohol y alguna mujer sin nombre con la que ocupar el tiempo, me topé con lo último que esperaba: en uno de esos locales que yo solía llamar *antros*, pero que en los últimos tiempos frecuentaba sin importarme lo más mínimo, los vi. A Armando y a Estela.

No estaban tomando una copa juntos, ni pasando el rato con otra gente, estaban el uno encima del otro, comiéndose la boca. Di un sorbo a mi cerveza y me los quedé mirando como un pasmarote. Después de tantos años en los que cada uno por su lado se había ocupado de ponerme la cabeza como un bombo hablándome mal del otro, ahora resulta que estaban a punto de montárselo allí, a la vista de quien quisiera mirar.

La rabia que esperé sentir no apareció. Lo mismo que las ganas de partirle la cara a mi mejor amigo por liarse con mi ex. Me acabé la cerveza y pedí otra. Si en algún momento se despegaban podrían verme y entonces el numerito que se podía montar era imprevisible, así que di media vuelta y los ignoré.

Pensé en la cara que podría el lunes siguiente, cuando viera a Estela en el despacho, o las excusas de Armando (siempre era muy imaginativo en ese

aspecto) cuando le preguntara por su nueva conquista.

Decidí abandonar aquel tugurio, y la verdad era que aquella noche ya no tenía ganas de seguir divagando solo o en compañía de alguna mujer dispuesta a echar un polvo y poco más. Mientras conducía de vuelta a mi apartamento, me desvié para pasar delante de la calle de Berenguela, donde permanecí alrededor de diez minutos, en los que únicamente me jodía mi cabeza.

—Ninguna mujer merece tanta atención —mascullé, arrancando de nuevo—. Se acabó tanta estupidez.

Pasé el fin de semana con mis padres, arropado por el entorno familiar. Dejando que mi madre ejerciera de tal y me mimara. También aproveché para hacer senderismo con mi padre, algo que por desgracia había aparcado por falta de tiempo, lo que me permitió despejarme un poco, ya que si me hubiera quedado en mi apartamento, acompañado de mi mala hostia y de alcohol, no sé qué tontería habría hecho.

* * *

Al lunes siguiente, cuando Estela me trajo un café y una aspirina sin que yo se lo pidiera, cosa que agradecí, porque así me ahorra las explicaciones, la miré y sonreí de medio lado. Yo no diría una sola palabra, incluso fingiría no saber nada, esperarí a que uno de los dos confesara. Sí, sería divertido ver cómo se las apañaban para seguir ocultándomelo. Aquello podía ser un buen aliciente para hacerme olvidar. Por mí no habría rencores, aunque en parte deseaba hacerlos sufrir un poquito por habérmelo ocultado.

—La fiscal quiere verte —dijo Estela, interrumpiendo mis divagaciones.

—Pues yo no quiero verla —refunfuñé, como si fuera un crío de cinco años ante un plato de verdura.

—Ya no está loca por ti —añadió ella con sorna para tocarme la moral, y yo puse los ojos en blanco.

—Está loca y punto —apostillé, saboreando el café. Joder, qué bueno estaba.

—Eso te pasa por no respetar una norma fundamental —señaló Estela con un tono de madre regañona que me hizo gracia. Se la veía contenta y yo sabía el motivo.

—Sorpréndeme —contesté, sintiendo los efectos de la cafeína en mi cuerpo.

Puede que la noche anterior hubiera llegado pronto a casa, pero lo de pegar ojo ya era otro cantar.

—Donde tengas la olla, no metas la polla —sentenció, riéndose.

—¡Y me lo dices ahora! —me quejé.

—Venga, a trabajar, basta de cháchara —dijo, acercándose para recoger las tazas.

Nos miramos a los ojos y ella hizo una mueca como si se compadeciera de mí. Yo sabía que mi cara reflejaba el cansancio de tantas noches en vela. Suspiré cuando Estela me acarició la mejilla con ternura. Joder, me sentí bien ante el contacto y al mismo tiempo una mierda por haberla dejado escapar.

—Gracias —musité.

—¿Por qué?

—Por aguantarme.

De nuevo una de sus sonrisas patentadas, mientras cogía la bandeja. Dio media vuelta y me obsequió con uno de sus bamboleos de caderas y el sonido de sus tacones.

—¿Le digo a Lola que ya estás disponible?

—No la llames Lola, que se enfada.

—Perdón, la señorita Dolores San Pedro —se corrigió con un claro tono de burla.

—Qué remedio...

Lola, por desgracia uno de mis errores a la hora de buscar compañía femenina. Nunca me perdonó que la dejara. Ella siempre creyó que el motivo era otra mujer, pero no fue así exactamente. Llegamos a un punto en que me agoté, me aburrí y decidí romper con ella. Como no se daba cuenta (o no quería), escogí la opción más brusca: me lie delante de sus narices con otra (una vieja amiga con la que de vez en cuando tonteaba y con la que estaba seguro de que nunca tendría problemas) y, claro, no le quedó más remedio que mandarme a la mierda. Y yo suspiré aliviado, pues Lola era tan atractiva como maniática. Quería controlarlo todo y se enfurruñaba cada vez que algo no salía como ella esperaba. Y como yo tampoco estaba por la labor de comprometerme, pues no fui muy comprensivo que digamos.

Hasta que, por una de esas carambolas del destino o del mundo de las oposiciones, la destinaron a mi juzgado. Estela, que estaba al tanto de la historia

y no la podía ver (el sentimiento era mutuo), se lo pasaba en grande lanzando indirectas. Yo la reprendía, pero en el fondo me partía de risa.

Llamaron a la puerta y me preparé para una entrevista tensa, en la que debería medir cada palabra, porque Lola siempre estaba a la que saltaba. Lo mejor era mostrarse casi indiferente, así que cogí los primeros documentos que tenía delante y me puse a leer.

La puerta se abrió y oí sus pasos.

Berenguela había pasado toda la noche en el piso de esa tal Mónica Herrero... Mierda, justo tenía que leer aquello en ese momento.

—Buenos días, juez Castell.

Su voz, bien modulada y educada, no me engañó. Era consciente de que a Lola la jodía, y mucho, dirigirse a mí con toda aquella formalidad, cuando en realidad le gustaría echarme café hirviendo por encima, y no una taza, sino toda la cafetera.

Aunque en ese instante yo hervía por dentro, y no a causa de la mujer que tenía delante, conseguí controlar la furia al enterarme de que Berenguela había variado sus hábitos de conducta, lo que me hizo preguntarme qué cojones había pasado en esa vivienda.

—¿Señoría? —insistió Lola, al ver que yo llevaba demasiado tiempo callado.

Le hice un gesto para que tomara asiento frente a mí y dejé de malas maneras los malditos informes sobre la mesa. Tendría que ponerme en contacto con la agente que los firmaba para que me diese más detalles y, a ser posible, cuanto antes, lo que implicaba deshacerme de la fiscal en el menor tiempo posible.

—¿Y bien? —carraspeé, cambiando de postura en el sillón—, ¿cuál es motivo de su visita?

—El caso Zahner.

—Joder... —se me escapó y ella, tan perspicaz como siempre, arqueó una ceja—. ¿Qué ocurre con ese caso?

—Voy a presentar el escrito de acusación —anunció seria, y a mí se me revolvió el café.

—Deberíamos esperar —dije en un tono glacial

—Disiento.

Como yo esperaba.

—Aún faltan pruebas y no podemos arriesgarnos —argumenté, sabiendo que

me estaba metiendo en un terreno peligroso, ya que podía entreverse mi implicación personal en todo aquello, y con las ganas que Lola me tenía, era como darle munición de primera al enemigo.

—He leído todos los informes, los de la Agencia Tributaria y los de la policía. Cuanto más tiempo tardemos, más tiempo habrá para destruir pruebas —alegó, y yo sabía que tenía razón.

Sin embargo, por algún estúpido motivo, todavía tenía la esperanza de que Berenguela cumpliera su palabra de colaborar y esclarecer aquel entramado. La creí cuando dijo que no sabía nada y que había heredado, sin desearlo, todas las propiedades de su padre. Habló con sinceridad y, cómo no, estaba el hecho de que yo seguía sin conciliar el que una mujer tan apasionada como ella no fuera capaz de manejar los hilos de un negocio tan turbio.

Pero las apariencias engañaban, y mucho, como así lo atestiguaba el informe que tenía sobre la mesa, junto con otros datos. Yo no podía continuar negando la evidencia, debía pensar de cintura para arriba si no quería terminar con serios problemas.

—Y este caso es demasiado importante como para que se nos escape de las manos por un defecto de forma —concluyó Lola, sin importarle lo más mínimo que sus palabras resultaran ofensivas hacia mi forma de instruir el sumario.

Tamborileé con los dedos sobre el informe que me moría de impaciencia por leer completo y la miré fijamente, en silencio, esperando que se pusiera nerviosa al darse cuenta por sí misma de lo que acababa de insinuar.

Observé con detenimiento cómo variaba la expresión. Bajo su estricto código de conducta, el error era imperdonable y ella acababa de cometer uno.

—Defectos de forma... —dejé caer de manera capciosa, demostrando de forma muy clara quién mandaba allí.

—Sólo intento ser lo más eficiente posible.

—Estoy seguro de ello —dije en voz baja, aunque me oyó.

Se puso en pie, sin duda molesta por mi comentario. Vi cómo respiraba hondo para calmarse y no terminar estallando. Estábamos en el terreno profesional y por tanto me debía respeto. Una palabra fuera de lugar y yo tomaría cartas en el asunto.

Desde luego, aquella especie de combate verbal me hizo disfrutar. Puede que fuera retorcido, pero negarlo era de necios, así que decidí tensar un poco más la

cuerda y ver por dónde saltaba Lola.

—¿Y si al final no tenemos nada contra la señorita Zahner?

Ella abrió los ojos como platos y meditó muy bien lo que diría a continuación.

—Las pruebas hablan por sí solas.

Sonreí, había vuelto a la corrección. Se sentó de nuevo, adoptando su pose más profesional y distante.

—Hasta hace poco, no conocíamos su existencia —argumenté, y me di cuenta de que deseaba que fuera cierta la versión de Berenguela.

—Eso no explicaría nada —contestó seca.

Tenía que actuar, y rápido, pues Lola, aunque en apariencia acatará mi decisión, era tan retorcida como para ir por ahí con el cuento, con tal de tocarme la moral. Así que busqué la forma de contentarla sin dar la impresión de que me dejaba liar.

—Muy bien. Prepare un borrador, de esa forma lo tendremos todo a punto. Mientras, esperaré a que llegue el último informe y, con todos esos datos, decidiré.

—De acuerdo, señorita —accedió muy digna, haciendo unas anotaciones en su agenda.

Cómo le escocía tener que dirigirse a mí con esa formalidad.

Cuando por fin se marchó del despacho, suspiré aliviado. Joder, qué tensión. Con una mujer así era imposible mantener una conversación agradable. Pero me dediqué a lo que me interesaba de verdad y cogí el informe sobre las actividades de la última semana de la señorita Zahner, con el firme propósito de no soltar ningún juramento, ya que, si lo pensaba con tranquilidad, ella podía ir y venir a su antojo.

—Maldita sea —mascullé, porque no había leído ni la primera frase cuando Estela entró sin llamar.

—Uy, qué malas pulgas. No me extraña, con doña Rancia rondándote.

—No me ronda —le aclaré de mal humor—. Es trabajo.

—Lo que tú digas —replicó con guasa—. Pero estoy segura de que si le propones salir de nuevo con ella, se volvería toda amabilidad.

—¿Me estás sugiriendo que la invite a cenar para que así no me dé por el saco?

—A cenar... Bueno, sí, también puedes invitarla a eso.

La fulminé con la mirada.

—¿No tienes nada que hacer? ¿Llamar a tu misterioso novio?

Durante unos segundos, Estela parpadeó ante mis palabras, descolocada quizá, suspicaz, aunque tardó poco en recuperar su sonrisa burlona.

—Ahora que lo dices, sí, voy a llamarlo y tener sexo telefónico con él. —Me atraganté ante esa respuesta tan osada—. Así que no molestes durante los próximos quince minutos, la línea estará ocupada.

Con su chulería innata, me dejó con la palabra en la boca. Me sentí un pelín celoso, pues había habido un día en que era yo quien descolgaba el teléfono y podía oír la voz más indecente y pervertida de Estela. No obstante, comprendí que todo eso debía quedar ya almacenado entre los recuerdos imborrables y que a partir de aquel momento, lo quisiera o no, otro tipo sería el afortunado.

Sólo esperaba que Armando estuviera a la altura de las circunstancias, pues nada me desagradaría más que tener que romperle los dientes si le hacía daño. Borré de mi cabeza cualquier imagen de ellos dos juntos y me puse de una vez con el maldito informe.

La señorita Zahner, como viene siendo habitual, ha realizado sus tareas rutinarias. Visitas a clientes, parada para comer con su socia y demás actividades que no merecen más reseña.

A mí me interesaba todo, pero por lo visto a la agente encargada de seguirla esa semana, no.

Lo único destacable de la jornada ha sido su visita a la vivienda de la calle Venecia n.º 54. Vivienda en la que, según sospechamos, se realizan actividades de índole sexual.

Me removí en el asiento. «Índole sexual» podía abarcar muchas cosas. Continué leyendo.

Aunque estas sospechas proceden de los rumores y comentarios de algunos vecinos y no se ha podido constatar. No hay una masiva afluencia de

público que nos dé alguna pista.

Lo importante es la visita de la señorita Zahner, que llegó a última hora de la tarde. Su actitud nos llamó la atención, pues, a diferencia de otras ocasiones, en las que siempre la vemos altiva, con paso firme, observamos que tenía una expresión alicaída.

Esperamos a que saliera de la vivienda y más de tres horas después llegamos a la conclusión de que pernoctaría en la misma, como así comprobamos a primera hora de la mañana, cuando se marchó de allí en un taxi que la esperaba en la puerta.

Seguimos el mencionado vehículo y constatamos que la llevó a su domicilio habitual, de donde salió una hora más tarde para dirigirse al local donde se ubica su oficina...

No seguí leyendo porque el resto me interesaba muy poco.

¿Qué había ocurrido para que Berenguela pasara allí la noche? En el informe se decía de manera muy somera que se la veía diferente. ¿Algún disgusto personal? ¿El imbécil de Palazón y ella habían discutido? ¿Por qué se refugiaba en esa vivienda precisamente?

No pude contestar a ninguna de esas preguntas, lo que me provocó una gran frustración. Quería verla, tenerla de nuevo junto a mí, y, como me era imposible hacerlo de manera privada, recurrí a la única herramienta a mi disposición.

Levanté el teléfono y llamé a Estela, dándome igual si interrumpía su festín erótico.

Capítulo 24

Berenguela

No sé de dónde saqué fuerzas para vestirme, maquillarme y salir de casa. Me esperaban en el club, pero antes decidí pasar por la oficina. Natalia ya estaba allí y se ofreció a acompañarme, ofrecimiento que rechacé. Sólo Eliseo vendría conmigo.

Me quedé sola en el local a la espera de que apareciera mi abogado. Sola y con una enorme taza de café bien cargado delante. Me temblaban las piernas y aún seguía en estado de *shock*, por muchos y variados motivos, aunque el principal era lo que había vivido la noche anterior.

Mónica, tras llorar emocionada al comunicarle mi decisión de traspasarle la vivienda sin recibir remuneración a cambio, me abrazó y hasta me ofreció una habitación para que la utilizase a mi conveniencia, si un día la necesitaba. Al final brindamos y, tal como ya me había propuesto antes, me animó a quedarme para verla «trabajar». De acuerdo, el término era de lo más exacto, pero a mí me costó Dios y ayuda asimilarlo.

Estuve con ella mientras se preparaba para recibir a su cliente, lo que significaba un proceso de caracterización semejante al de una actriz. Ella salía a «escena» y representaba un papel con guion y coreografía. Aprovechó para contarme cosas sobre el tipo al que iba a recibir. Yo abrí los ojos como platos cuando comenzó y no pude variar la expresión al menos en media hora. El cliente era uno de esos hombres aburridos de casi todo, que buscan emociones fuertes. Un cliente fijo que la visitaba una vez por semana y que durante la hora

que duraba la sesión daba rienda suelta a sus fantasías eróticas, aunque no como yo hubiera imaginado.

Mónica me contó que a veces el tipo se limitaba a desnudarse, a sentarse y a masturbarse delante de un par de chicas. Yo, desde mi más absoluta ignorancia, quise preguntarle si pagaba por eso. Porque que le apeteciera autosatisfacerse era comprensible, pero bien podía hacerlo en su casa y ahorrarse una pasta.

Otra de las cosas que más me llamaron la atención fue el tono tan normal que utilizaba para contármelo. Si me hubiera hablado de una tarde con amigas en la que habían disfrutado de un chocolate caliente habría sonado exactamente igual.

En la sesión que yo presencié el cliente quería jugar a que era una especie de mayordomo viciosillo que espiaba a su señora mientras realizaba las tareas domésticas y, claro, ella lo pillaba *in fraganti* masturbándose.

Yo me senté en un rincón, en penumbra, con una copa en la mano y la firme decisión de no abrir la boca, pasara lo que pasase. Me costó lo mío no decir ni pío, pero lo peor fue controlar mi excitación. Algo que nunca pensé que me ocurriría.

Mónica, sentada en la cama, en su papel de ama y señora de alta alcurnia empezó a desnudarse como lo haría cualquier mujer. No fingía, no exageraba. Las prendas que llevaba no eran un catálogo de lencería picante, sino ropa habitual de cualquier mujer. Entretanto, el cliente, escondido tras una cortina, la miraba con intensidad, tocándose por encima del pantalón. En ese instante contuve mi primer gemido, pues el hombre era atractivo y yo seguía sin comprender las motivaciones de semejante juego, ya que a buen seguro muchas mujeres aceptarían salir con él.

—¿Quién anda ahí? —preguntó Mónica, cubriéndose con una bata por encima, sin ponérsela, mientras interpretaba a la perfección el papel de sorprendida.

Por supuesto, nadie respondió y el «mayordomo» se mostraba cada vez más lascivo, desabrochándose los pantalones para sacarse el pene erecto y tocarse sin disimulo.

Mónica se levantó, dejó caer la bata al suelo ante una inspiración profunda del *voyeur*, le dio la espalda y se inclinó sobre la cama, en una postura un tanto exagerada, para así coger otra prenda y cubrirse con un camisón casi transparente. Caminó por la habitación para ser observada.

Yo no sabía dónde meterme o dónde posar la vista, pues vi que, a pesar de que no tomaba parte en la representación, él me miraba de reojo e incluso llegó a sonreírme, como si me invitara a participar. Yo, nerviosa pero cachonda, muy cachonda, miré hacia otro lado intentando controlarme, aunque lo más seguro era que estuviera roja como la grana. Me pasé el vaso frío por la cara, a ver si me refrescaba un poco. Menos mal que permanecía oculta en las sombras, porque si por casualidad me encontraba luego a ese tipo un día, me daría algo.

Mónica continuó paseándose hasta llegar al tocador, donde cogió un bote de crema, levantó una pierna, apoyó el pie en un taburete, adoptó una pose muy sugerente y, sin perder un segundo la concentración, comenzó a aplicarse la crema. Los gemidos del hombre subieron de intensidad, lo cual me vino de perlas, ya que ocultaron los míos.

De repente, Mónica se dio la vuelta y caminó furiosa hasta donde él se escondía, apartó la cortina con brusquedad y le soltó una bofetada que me dolió hasta a mí.

—¡Insolente! —exclamó enfadada—. ¡Desvergonzado!

«Qué bien lo hace», pensé.

—Lo siento señora... —gimoteó él, cayendo de rodillas y bajando la cabeza en una actitud sumisa.

—Eres un perverso —continuó ella, agarrándolo del pelo para zarandearlo sin compasión.

—No puedo evitarlo —se disculpó el hombre, pese a que su erección no disminuía ni un ápice.

Yo me quedé anonadada ante la escena, parecía tan real...

—Ya te lo advertí la última vez...

—Señora, lo siento —siguió gimoteando él.

—Sabes que tu comportamiento debe ser castigado —prosiguió Mónica con voz inflexible, y él abrió los brazos, aceptando lo que su señora quisiera hacerle.

—Sí, lo sé.

—Desnúdate —ordenó ella; fue hasta el tocador, abrió el cajón y sacó una fusta que me hizo temblar. Se volvió con ella en la mano, probando su flexibilidad o a saber qué, mientras el hombre esperaba en el centro de la habitación, ya sin una sola prenda encima, pero con una erección de campeonato.

Sin mediar palabra, Mónica le asestó un buen golpe, primero en el trasero y después, tras caminar a su alrededor con aire indolente, dando a entender que él era poco menos que una mierda, justo en la punta de la polla. Yo apreté los dientes. Joder, eso tenía que doler una barbaridad, pero él se limitó a jadear y quedarse quieto.

—Gracias —murmuró, dejándome patidifusa.

—¿Cuándo aprenderás la lección?

¡Zas! Otro zurriagazo; otra vez en el culo.

Yo me removí inquieta en mi asiento.

—No puedo evitarlo... —jadeó extasiado, lo que le valió otro golpe de fusta.

Mónica la manejaba con verdadero arte y él se inclinó hacia delante para poder besarle los pies, exponiendo aún más su retaguardia. Pero ella debió de apiadarse, porque dejó caer el instrumento de castigo y se subió el camisón para que él pudiera besarla sin barreras.

Eso derivó en una especie de adoración por parte del hombre, mientras ella enredaba los dedos en su pelo, alternando suaves caricias con dolorosos tirones.

—Demuéstrame cuánto lo sientes —musitó, alejándose de él hasta llegar al taburete de delante del tocador, donde se sentó con las piernas bien abiertas.

La reacción del hombre no se hizo esperar: caminó a gatas hasta su señora y comenzó a besarla. Primero los pies, lamiéndola entre los dedos con verdadero placer, incluso me dio la sensación de que lo disfrutaba más que ella, por cómo gemía. Ése fue el comienzo de un camino ascendente por sus piernas hasta llegar a su sexo depilado.

—¿Señora? —inquirió, y yo deduje que aguardaba su autorización para proseguir.

—¿Lo quieres? —lo tentó Mónica, tocándose de tal forma que el «mayordomo» se volvió aún más loco. Le mostró el dedo impregnado de sus fluidos y él, como un perro baboso ante un succulento hueso, jadeó y lo lamió con ímpetu.

Yo no sabía cómo ponerme. Cambiaba cada poco de postura, apretaba los muslos, cualquier cosa con tal de aliviar, aunque fuera de manera leve, aquella excitación tan intensa que nunca pensé que llegaría a experimentar. Si había creído sentirla antes, desde luego tuve que reconsiderar en el acto muchas de mis opiniones.

Sólo existía una notable excepción en todo mi historial sexual, considerado hasta la fecha como aburrido, y esa excepción había sido Fabio. Con él sí podía afirmar que alcanzaba niveles similares, lo que, traducido, venía a significar que me ponía tan cachonda como ver a un tipo arrodillarse para lamer un dedo y pagar por ello.

La sesión de Mónica proseguía, al mismo tiempo que mi incomodidad. Nunca había sido amiga de masturbarme, hacía tiempo que no lo hacía, por falta de deseo, por comodidad, porque llegaba a casa molida... Pero tal como se estaban desarrollando los acontecimientos, iba a necesitar una buena sesión de autosatisfacción.

Llegó un momento en que dejé de prestar atención a Mónica y a su cliente, éste con la cabeza entre las piernas de ella. Incapaz de aguantar, cerré los ojos y rememoré el día en que, subida en la isleta de la cocina, Fabio me devoró.

* * *

—¿Berenguela?

La voz suave y educada de Eliseo hizo que regresara al presente.

—Buenos días —acerté a decir, tras aclararme la garganta, pues los recuerdos del día anterior estaban muy presentes en mi cabeza y parte de ellos se mezclaban con los de Fabio, lo que era del todo contraproducente, pues uno de mis más firmes propósitos era olvidarme de él en el terreno personal, ya que, por desgracia, un día no muy lejano tendría que verlo en el juzgado.

Por eso quería tenerlo todo resuelto en la medida de lo posible, aunque las cosas se iban complicando por momentos, puesto que a cada fuego que lograba apagar, se encendían otros, y mi capacidad de solucionar problemas y mi paciencia iban disminuyendo.

—¿Lista?

Negué con la cabeza.

—Nunca lo estaré, pero no puedo posponerlo, así que...

Me puse en pie y cogí el bolso y el maletín. Tenía muy claras las decisiones que debía adoptar y también era consciente de que una mujer, en ciertos ambientes, por desgracia tenía un noventa y nueve por ciento más de barreras que sortear que un hombre. Eliseo me acompañaría, aunque era yo quien debía

imponer mi criterio.

—Si prefieres que yo me encargue...

—No —dije, e inspirando hondo y esbozando una sonrisa, me encaminé hacia la puerta.

Él me siguió sin decir nada.

Durante el trayecto hasta el Miami, condujo en silencio, mirándome de vez en cuando de reojo, pero respetando mi necesidad de no hablar. En la cabeza me bullían demasiadas preocupaciones, personales y profesionales, como para poder mantener una conversación distendida.

Estacionó en el parking, que a esas horas de la mañana estaba prácticamente desierto. Sólo había un par de furgonetas de reparto. Como si se tratara de un hotel más. Nada más bajar del coche, vi a un hombre en la puerta principal del establecimiento, observándonos. Con Eliseo a mi lado, caminé sin titubear y, cuando llegué a la entrada, el desconocido, todo sonrisa falsa, nos recibió.

—La señorita Zahner, ¿me equivoco? —murmuró educado—. Soy Matías Narváez, gerente del Miami. —Me tendió la mano y se la estreché; no tenía por qué mostrarme desagradable, al menos no todavía.

—Buenos días, señor Narváez —respondió Eliseo, estrechándole la mano también.

—Los estaba esperando, si me acompañan al despacho...

Matías encabezó la marcha y lo seguimos. El tipo no era para nada como yo esperaba. Rondaría los treinta y cinco, bien vestido, sin muestras excesivas de poderío económico y nada que se pareciese a la imagen preconcebida que se tiene de un gerente de club de alterne. Ni llevaba joyas de oro en cantidades industriales, ni mascaba chicle, ni nada similar. Traje sobrio, corte de pelo moderno y educación a raudales.

Nos acomodamos en su despacho y Eliseo fue el primero en hablar, indicándole que mi intención, como propietaria, era dismantelar el negocio ilegal, pero que para ello necesitaba la colaboración de él como gerente, ya que mi nombre aparecía en varias cuentas y documentos que, si bien aún no habían salido a la luz, no tardarían en hacerlo, pues a buen seguro las investigaciones de los inspectores de Hacienda estarían a punto de establecer las conexiones del increíble entramado financiero de mi padre.

—Entonces, ¿qué pretende hacer con el Miami? —me preguntó él, tras oír

las explicaciones de Eliseo sobre la inconveniencia de seguir abiertos al público en las condiciones actuales.

—Venderlo —respondí—. Pese a que ambos sabemos que nadie va a comprarlo, por muy bajo que sea el precio.

—Hay gente interesada... —murmuró Matías, adoptando una postura negociadora.

—¿Usted estaría interesado? —pregunté, evitando dar rodeos, pues aquello podía ser la solución a mis plegarias.

—Todo depende de la oferta, desde luego.

Y me sonrió de manera pícaro, pero yo no caí en la provocación. Me repateaba que los hombres, en mi día a día me ocurría de manera constante, intentaran agradarme recurriendo a esos trucos baratos y a su condescendencia, como si no los entendiera y me estuvieran dando un caramelo.

—¿Y cuál sería esa oferta? —repliqué, sin apartar la vista.

No esperaba mi reacción y tuve una pequeña sensación de victoria al ver cómo se ajustaba la corbata.

—No le voy a negar que me gusta este trabajo —respondió, evadiendo la cuestión. Como buen estratega, no enseñaría su jugada y esperaría a tener todos los flancos cubiertos. Me jorobaba, pero también hizo que lo respetara al menos un poco—. Y, como puede ver en los libros, es muy rentable.

No me hacía falta echarles un vistazo para saberlo. Por desgracia, había comprendido que el vicio era muy lucrativo. No obstante, la tentación de unos ingresos considerables sin dar un palo al agua no resultaba tan interesante cuando el riesgo que había que asumir era alto. Por supuesto, para Matías la cosa era bien distinta, ya que él sólo era un trabajador muy bien pagado.

—No lo dudo —contesté con sarcasmo, y sé que mi comportamiento era quizá altivo, pero no podía bajar la guardia—. Parece no recordar que di instrucciones precisas de que en este establecimiento los ingresos procedieran sólo de lo que por desgracia se anuncia en el cartel de la entrada.

—Le aseguro que aquí...

—No quiero excusas —lo interrumpí—. Nogales tiene una desesperante tendencia a seguir como si nada hubiera cambiado y, por si aún no se han enterado, ahora soy yo quien marca las directrices.

Respiré con disimulo tras soltar ese impertinente discurso, pero debía

mantenerme firme. Eliseo se dio cuenta y me dio una palmadita de apoyo en el muslo. Le hubiera respondido de manera cortante, pero ante el «enemigo» no podía mostrar las posibles debilidades.

—No se preocupe más por eso, señorita Zahner —dijo Matías Narvárez, aunque percibí cierto recochineo—. Desde hoy todo se hará según ha dispuesto.

No le creí. Un tipo como él, acostumbrado a manejar dinero a espuestas, no cedería con tanta facilidad y menos ante las órdenes de una recién llegada.

—Excelente —comentó Eliseo a mi lado—. Y ahora, ocupémonos del siguiente asunto: la venta del establecimiento. ¿Conoce a alguien interesado?

Yo esperaba impaciente su respuesta, pero como suele pasar, el universo, la mierda de las fuerzas cósmicas o lo que carajo fuera siempre se alineaban para irrumpir, y en aquella ocasión no iba a ser diferente.

—Discúlpenme un momento —dijo Matías, al oír unos golpecitos en la puerta de su despacho.

Se puso en pie y se acercó. Saltaba a la vista que a él también le molestaba que nos interrumpieran, pero era aún más evidente que no quería que viéramos a quienquiera que fuera el inoportuno visitante.

—Iré cuando pueda —susurró con aire molesto—. Estoy en medio de una reunión, apáñatelas sola hasta que pueda ir. ¿De acuerdo?

—Matías...

Por el tono meloso y zalamero que todos oímos debía de tratarse de alguna de las trabajadoras; lo que no quedaba claro era si sería empleada del servicio de mantenimiento o del de entretenimiento, o de los dos, porque yo no estaba al tanto de las tareas de la plantilla.

—Haz el favor de no incordiar —la reprendió Matías, lo que me permitió ver una faceta suya mucho menos amable; ya no quedaba ni rastro del tipo educado y cordial que nos estaba atendiendo a nosotros.

—De acuerdo —convino la mujer—, pero luego no vengas quejándote.

Él regresó a su asiento y me ofreció una nueva sonrisa ensayada antes de decir:

—Bien ¿por dónde íbamos?

Yo dudaba que un tipo como él no lo supiera, no obstante, decidí jugar su mismo juego y forcé también una sonrisa.

—Iba a decirme quién puede estar interesado en adquirir este establecimiento

—dije sin parpadear, y él, como yo esperaba, se mantuvo en silencio, así que decidí lanzarle un órdago—: ¿Por qué no nos hace una visita guiada y de ese modo podemos valorar mejor las características del local y su rentabilidad?

Eliseo me miró como si hubiera perdido un kilo de tornillos, mientras que la cara del señor Narváez no tenía precio, pero aun así aceptó el guante y asintió.

Recorrería todo el recinto, al fin y al cabo, era de mi propiedad.

Capítulo 25

Fabio

Lola me había puesto contra las cuerdas. Podía entender que la hija de puta me quisiera pillar desprevenido, pero de ningún modo ella podría haber imaginado que el caso elegido para hacerlo fuera justo el que más daño me haría. Ni buscando entre todos los expedientes abiertos de mi juzgado hubiese encontrado uno más acorde con sus ganas de joderme la vida.

Recurriendo a mi autoridad, había intentado retrasar todo el asunto; sin embargo, ni siquiera Estela, que estaba al tanto, justificaba mi obstinación. Me jugaba la carrera y mi prestigio, y toda la vida había tenido claro que ninguna mujer merecía tanto sacrificio; siempre y cuando en una hipotética relación fuera imprescindible que alguna de las partes se sacrificara. Yo, desde luego, siempre había actuado bien, aunque no estaba tan seguro de que en el caso de Berenguela lo estuviera haciendo.

Tenía sobre la mesa el último informe acerca de sus movimientos. Por lo visto, la señorita Zahner ya no era tan discreta y visitaba sus locales a plena luz del día y siempre con el abogado faldero a su vera.

—No hacen falta más pruebas —me dije, recostándome en el sillón, hastiado; en menos de una semana tendría que verla y esa vez por obligación, lo cual me generaba no pocas inquietudes.

—¿Se puede? —preguntó Estela, asomándose al despacho, y le sonreí sin ganas.

Debería mostrarme más amable, al fin y al cabo, mi relación con ella se iba

normalizando y, pese a que me escocía que estuviera con Armando y ninguno de los dos confiase en mí lo suficiente como para contármelo, en el fondo me alegraba de que ella fuera feliz y se la viera ilusionada. Me recordaba a aquella Estela que conocí, cuando aún no la había decepcionado ni engañado.

—Adelante —respondí en un murmullo.

Con ella no hacía falta disimular. Mi fatiga resultaba evidente para todo aquel que me viera, así que cuando se acercó a mi mesa en actitud maternal, negando con la cabeza, me preparé para un buen rapapolvo.

—No voy a repetir lo evidente —comentó con un gesto de desaprobación—, aunque qué carajo, sí, que hoy me siento inspirada: ¡estás hecho una mierda y lo sabes!

Resoplé, no por sus palabras, sino por el tono cómico de las mismas.

—Encima de burro, apaleado —repliqué.

—Mira, Fabio, ya sé que dar consejos cuando uno está de bajón es como echarles margaritas a los cerdos...

—No sé si tu analogía me deja o no a la altura de un animal de granja —mascullé.

—No seas tan suspicaz, anda, y escucha. No voy a darte consejos, sólo valen para quedar bien. Tan sólo espero que tengas las cosas claras y actúes en consecuencia. Y ahora me voy, que he quedado.

—¿Con ese novio al que no deseas presentarme? —pregunté, pinchándola un poco.

—No quiero mezclar mi vida privada con la laboral.

—¿Crees que nos llevaríamos mal? ¿Que surgiría algún tipo de rivalidad? —proseguí con mis preguntas capciosas, y ella entornó los ojos. Temí que me hubiera pillado. Estela era jodidamente lista y perspicaz, y yo demasiado tonto e impaciente por descubrir el pastel.

—¿Y dónde quedaría entonces la intriga? —rezongó coqueta.

Joder, tenía que quererla, y de paso desearle lo mejor, por ser como era.

—Mira, estoy empezando a creer que te lo has inventado, lo del novio nuevo, porque nunca antes te has mostrado tan esquiva.

Estela me sonrió ladina.

—Ese truco no te va a funcionar, así que dejemos aquí la conversación. Cuando llegue el momento, ya haré las presentaciones oficiales. Mientras tanto,

métete en tus asuntos.

—Gracias por confiar en mí —repliqué con ironía.

—Confío en ti —me contestó insolente y hasta se humedeció los labios, lo que hizo que yo arqueara una ceja.

—Pues no lo parece...

—Adiós, Fabio.

Me dejó con la palabra en la boca y una media sonrisa. La conversación con ella al menos había servido para animarme un poco y disfrutar de sus réplicas ácidas y rápidas. Todo un prodigio de agilidad mental. Sí, era para quererla. Era una verdadera lástima que otra mujer hubiera entrado en mi vida de una manera poco ortodoxa, creándome serios problemas y haciendo que se tambalearan muchas de mis convicciones que yo creía inamovibles; sin embargo, había merecido la pena. Joder, pues claro que la había merecido.

Toda una contradicción, desde luego, pero de encontrarme de nuevo ante la disyuntiva de tocar a Berenguela o mirar hacia otro lado, saltaría de nuevo sin red, sin dudar.

Mis pensamientos estaban adquiriendo tintes muy cursis. Maldita fuera, yo nunca había sido amigo de ese tipo de emociones, es más, de ninguna, y ahora me encontraba en una encrucijada. Tenía que abandonar aquella línea de pensamiento. Para ello, nada mejor que salir del despacho y regresar a casa, donde me tumbaría con media docena de cervezas de importación, una buena película y el firme convencimiento de que aquella obsesión no era más que una especie de gripe virulenta y que con el tratamiento adecuado me recuperaría y punto.

Apagué el ordenador, recogí los documentos y mi mano tembló ligeramente cuando agarré el expediente de Berenguela. Acabé dejándolo en la bandeja encima del resto. De camino al ascensor, me aflojé la corbata y, una vez sentado en el coche, me la guardé en el bolsillo del abrigo. Arranqué convencido de que tenía que centrarme y cerrar una etapa. Entonces me di cuenta de que debía empezar por cambiar el cedé del reproductor, pues escuchar *Engel* de Rammstein me la recordaba a ella.

No lo hice y acabé tarareando la canción. Al detenerme en un semáforo en rojo, me planteé una pregunta que quizá no me hubiese hecho antes por miedo a la respuesta: ¿por qué tenía que acabar todo así? ¿No me merecía al menos una

explicación por su parte?

Miré la hora y, según los informes, ella debería estar en su apartamento. No podía arriesgarme a ir allí, pero entonces recordé que ella últimamente también acudía al adosado de la calle Venecia. También era arriesgado, aunque bastante menos.

Decidido, conduje hasta allí y aparqué en la acera de enfrente, y de nuevo sintiéndome como un imbécil, esperé... No sabía qué con exactitud y me quedé allí sentado en el coche. No ocurrió nada. Pasaba gente caminando con prisa por llegar a su casa, algún vecino que paseaba al perro y un Opel Insignia negro aparcado al final de la calle. Tragué saliva, no distinguía la matrícula, pero estaba seguro de que era su coche. Bajé del mío y caminé con las manos en los bolsillos, la cabeza gacha y bastante deprisa hasta situarme junto al vehículo. Sí, en efecto, era el de ella. Berenguela estaba allí.

—Joder... —mascullé, peinándome con los dedos allí, en medio de una calle residencial donde cualquier transeúnte podía verme. Entonces caí en la cuenta de que si un desconocido se cruzaba conmigo me daba igual, el problema era si me reconocían los que la seguían a ella.

Como un vulgar maleante, me subí las solapas del abrigo, hundí los hombros y caminé con paso decidido hacia la puerta del número cincuenta y cuatro. Antes de que mi cordura regresara, llamé al timbre. No me atrevía a mirar, si estaban observándome sólo podrían ver mi espalda. Estaba con los nervios a flor de piel ante lo peligroso de mi proceder, aunque también, paradojas de la vida, tan excitado como hacía tiempo que no me sentía.

—Buenas noches —me dijo una mujer vestida de manera formal, nada que hiciera pensar que pudiera dedicarse a la prostitución. Me examinó de arriba abajo, pero sin hacer siquiera amago de dejarme pasar.

—Buenas noches —respondí impaciente, dando un paso adelante, aunque me vi frenado en mi avance al no lograr que ella se apartara.

—¿Tiene usted cita? —inquirió, manteniendo la actitud distante y educada, como una mujer de negocios.

No varió su expresión. Yo sostuve la puerta, temiendo que de un momento a otro me diera con ella en las narices.

—No —contesté con sequedad.

—Entonces me temo que no puedo atenderlo —se disculpó con exquisita

educación.

Inspiré. Podía marear la perdiz o ponerme impertinente, lo que sólo me acarrearía problemas. Opté por ir directo al grano.

—La mujer a la que busco está aquí y quiero verla.

No era una pregunta y ella captó el matiz. Se limitó a arquear una ceja y a esbozar una media sonrisa de lo más cínica. Me miró fijamente a los ojos y yo le sostuve la mirada. Era guapa y elegante, además de educada. Debía de ser la dueña, pues a buen seguro una empleada no se comportaría con tanta determinación y ya habría ido en busca de la encargada. No hicieron falta más palabras. Sospeché que quizá Berenguela le había hablado de mí y que me había reconocido.

—Sígueme, por favor —me indicó, dejándome vía libre.

Fuera como fuese, estaba dentro, a salvo de ojos indiscretos y a punto de tenerla a ella cara a cara.

La mujer me dejó solo en el recibidor; por cierto, estaba decorado con gusto, minimalista, sin ningún elemento que diese ninguna pista sobre la verdadera naturaleza del negocio. Como no estaba allí para admirar el interiorismo, decidí quitarme el abrigo y relajarme, como si fuera un cliente más.

La puerta por la que aquella mujer, Monique, suponía, había desaparecido permanecía cerrada y me acerqué esperando oír algo, voces, la de Berenguela para ser exactos, o sus pasos acercándose.

Mi impaciencia iba en aumento allí de pie, solo, sintiéndome gilipollas en primera instancia e irascible en segunda por no mandar a paseo mi educación, abrir la puerta e ir directo a buscar a Berenguela. Quizá no se tratase de educación, puede que fuera temor por lo que podría encontrarme o miedo a mi propia reacción cuando la tuviera delante. Demasiado rencor mezclado con necesidad como para parar quieto.

Por fin oí unos pasos, el inquietante taconeo de una mujer. Podía fingir indiferencia, pero no lo hice; con las manos en los bolsillos del pantalón y una actitud que rozaba la impertinencia, vi volver a la mujer. A diferencia de cuando yo había llegado, se mostró menos formal y no se detuvo hasta quedar frente a mí, sin guardar las distancias. Estaba incluso demasiado cerca, olí su perfume.

—Ahora está ocupada... —¿ronroneó o fueron imaginaciones mías?

—¿Perdón? —logré decir, aclarándome la garganta.

Sentir su respiración tan cerca hizo que la excitación producto del peligro con la que había llegado se me acentuara.

—Me has oído perfectamente —añadió con idéntico tono sugerente, tuteándome y acercándose cada vez más, tanto, que de aquello no podía salir nada bueno.

Desde luego, sabía jugar muy bien sus cartas, porque, a pesar de tener yo muy claras las cosas, como cualquier hombre, reaccioné como no debería. La jodida bicefalia masculina, pues mientras la cabeza me advertía que no estaba allí por aquella mujer, mi cuerpo no atendía a razones. Noté un escalofrío que me recorría la espalda y me puse en estado de alerta. Para mi más absoluta desesperación, acercó sus labios a mi oreja y sólo el contacto me encendió como una hoguera a la que le echan gasolina.

—Si quieres jugar con ella, tendrás que esperar a que esté disponible...

Parpadeé. ¿Había oído bien? ¿Berenguela no se encontraba disponible?

—¿Qué cojones significa que no está disponible? —gruñí, y ella, apoyándose en mi hombro, se inclinó lo suficiente como para morderme el lóbulo y desesperarme por completo.

—¿Tú qué crees que significa?

—No me jodas... —Creo que hasta gemí.

Entonces una brizna de sensatez hizo acto de presencia, logrando que me separase de ella y así poder mirarla a la cara; nada de trucos de seducción.

—Aún es pronto, todo se andará —ronroneó, evaluándome con una sonrisa preocupante.

Caí en la cuenta de que quizá no nos estábamos refiriendo a la misma persona y que ella tal vez se refiriese a alguna de sus compañeras de trabajo en vez de a Berenguela. Por supuesto, pasé por alto su comentario cargado de doble intención. Que quisiera follar conmigo no me halagó, pero tampoco me sorprendió. Yo sabía que un gran porcentaje de su interés venía dado por su trabajo, no tenía nada que ver con la verdadera atracción.

—No juegues conmigo, no estoy interesado —respondí tenso, y ella dirigió la mirada hacia mi entrepierna, con lo que quedé como un puto mentiroso. Aun así, mantuve mi determinación.

—Mmm...

—Quiero hablar con Berenguela, sé que está aquí, dile que salga.

—Ya te he dicho que está ocupada —repitió y entonces me puse más nervioso ya que esas palabras podían significar mil cosas, incluida la peor de todas.

—¿Haciendo qué, exactamente? —pregunté de mala hostia. Me estaba hartando de tanta tontería.

A favor de la mujer había que decir que no se amilanó ante mi tono impertinente y dominante, más bien todo lo contrario, ya que amplió su sonrisa.

En ese instante oí otros pasos acercándose. No era el típico repiqueteo de unos tacones, más bien el caminar de un hombre. Ella también se dio cuenta y, sin más, me agarró de la muñeca y tiró de mí hasta meterme en una pequeña sala.

—No salgas hasta que yo te lo diga —me advirtió, cerrando la puerta tras de sí.

Intuí que podía tratarse de otro cliente y prefería no cruzarme con nadie, pero no por ello tenía que renunciar a la tentación de escuchar lo que decían. Sin pensármelo dos veces, abrí un poco la puerta. Oí cómo el tipo le agradecía y mucho la atención prestada. Deduje que se trataba de un cliente habitual cuando murmuró:

—No sé cómo lo haces, siempre consigues sorprenderme.

A lo que ella respondió:

—Contigo da gusto, sabes apreciar cada detalle.

No quise escuchar más. Me importaba un carajo su identidad, sus gustos y demás. Yo no estaba allí para eso. Llevaba un buen rato en la casa y ni rastro de Berenguela.

La mujer cumplió su palabra y regresó a donde yo estaba.

—Dile a Berenguela que quiero verla y, por favor, ahórrate cualquier estupidez.

—Sígueme.

Desconfié porque había resultado demasiado fácil. Entonces sentí una punzada de temor, pues atando cabos, ¿la marcha de aquel tipo estaba relacionada con la inmediata disposición de Berenguela?

Resolver esa cuestión era una más de las tantas incógnitas pendientes en relación con ella. Como un manso corderito seguí a la mujer en silencio, admirando, ¿cómo no hacerlo?, sus curvas y el modo en que caminaba. Sin

exagerar, con el balanceo justo para que no pudieras apartar lo ojos, pero sin hacerte sentir incómodo.

Atravesamos un enorme salón, decorado con igual gusto que el recibidor, hasta llegar a una galería acristalada por la que pude vislumbrar un estupendo jardín iluminado. Al final de la misma había una escalera de caracol. Cuando la mujer puso un pie en el primer peldaño me miró desafiante por encima del hombro. Era evidente que yo iba a seguirla, y a muy poca distancia, lo que significaba tener un primer plano de su trasero, entre otras cosas. A esas alturas no iba a sonrojarme como un chico de instituto y le devolví el gesto pícaro, algo que pareció gustarle.

Peldaño a peldaño, la carga erótica que ella desprendía me fue poniendo cardíaco. No sé si ésa era su intención, volverme loco con tanto estímulo sensorial y la impaciencia por estar junto a Berenguela, pero al llegar a la planta de arriba me sentía a punto de estallar. Quería apartarla y, si hacía falta, abrir todas las puertas hasta encontrar a quien buscaba, llevándome de paso unas cuantas sorpresas, pero dejarme ya de tanto jueguito. Sin embargo, tuve que reconocer que sabía cómo tener a un hombre atado sin que existiera una correa de por medio.

Se detuvo junto a una de las puertas y puso una mano en el picaporte, demorando así unos minutos más mi encuentro con Berenguela.

—Muchas gracias por... todo —le dije, dando un paso al frente con la clara intención de que se apartara.

—De nada —respondió ella en voz baja—. Sólo una advertencia...

Apartar a una mujer a empujones para llegar hasta otra me empezaba a parecer una opción viable.

—¿Una advertencia? —repetí hastiado.

—Esta puerta no tiene pestillo interior —dijo y, para mi total desconcierto, se acercó de nuevo a mí, para lamarme los labios y dejarme todavía más atónito y cachondo.

No había modo de ocultar la evidencia.

Capítulo 26

Berenguela

Nunca habría imaginado que él viniera y menos aún que pusiera un pie en aquella casa. Cuando Mónica me avisó, lo único que pude hacer fue parpadear con incredulidad ante lo que mi amiga me contaba. Había venido un tipo que preguntaba por mí. Me lo describió, bastante entusiasmada al parecer, y no tuve que esforzarme demasiado para unir las piezas; sólo un nombre me vino a la cabeza: Fabio.

Repuesta a medias de la impresión, le pedí a Mónica que se deshiciera de él. ¡No podía verlo allí! Me sentía extraña y más aún cuando comprendí cómo era posible que conociera aquella ubicación... Y seguí atando cabos... Natalia tenía toda la razón, estaba al tanto de todos mis movimientos, porque sólo él podía haber dado la orden de que me siguieran. Ser consciente de ese hecho me tranquilizó en parte, ya que eso significaba que quienes me vigilaban no lo hacían con la intención de hacerme daño, o no al menos en sentido físico. Por ese lado podía respirar, pero no como yo habría deseado, ya que me vería obligada a ir con mucha más cautela en lo que a mis movimientos se refería. Puede que me hubiese molestado que Natalia me acusara de ser previsible o aburrida, pero ahora veía que eso podría beneficiarme.

Lo que de ningún modo podía hacer era verlo, por muy discreto que yo lo considerase, porque, en primer lugar, siempre podían descubrirnos y que lo que *a priori* no era más que un encuentro terminara magnificándose, y, en segundo lugar, lo más peligroso de todo: mi propia reacción. No estaba segura de mí

misma, porque a pesar de todos los inconvenientes lo deseaba.

Si le había pedido a Mónica que se inventase una excusa mientras me armaba de valor no había sido más que un lastimero intento de ganar unos míseros minutos, que, por cierto, sólo me sirvieron para sentirme expectante y, aunque quisiera negarlo, excitada. Y mucho.

Oí unos pasos acercándose a la puerta y respiré hondo. Debería haber sido más lista y recibirlo en el vestíbulo de entrada, no en una de las habitaciones, que se suponía que no iba a utilizar bajo ningún concepto.

Fabio estaba allí, al otro lado. No sentí su presencia, pero oí su voz impaciente. Me tensé; sin embargo, lo más preocupante, como he dicho, era mi reacción. Miré de reojo la gran cama y la imagen de mi cuerpo desnudo y excitado (muy excitado) esperándolo apareció en mi mente. Y no sólo eso, además en mi subconsciente traidor se desarrollaba toda una escena de sexo, morbosa, atrevida y altamente satisfactoria.

El sonido de unos tacones alejándose fue el primer aviso. El segundo, la puerta entornándose y el tercero... No hubo tercero, Fabio estaba frente a mí.

Debía de venir directo desde el despacho, porque aún iba con traje, eso sí, sin la corbata y algo despeinado. El aspecto perfecto para ponerme más cardíaca. Esa mezcla de tipo responsable por fuera y canalla por dentro (lado, este último, que sacaba a la superficie mi faceta más atrevida) lograba hacerme olvidar todo lo que nos separaba.

No dejaba de mirarme, igual que yo a él.

¿Qué palabras eran las adecuadas en aquel momento, cuando hervía por dentro?

Fabio permanecía con las manos en los bolsillos, serio, sin quitarme los ojos encima. Sentirme observada, lejos de molestarme, aumentó mi deseo de acercarme a él. Temblé ligeramente. Estaba segura de que mi fina blusa era una excelente chivata y los pezones se me marcaban, revelando mi estado. Comencé a andar hacia él: el primer paso fue tímido, el segundo vacilante, pero a partir del tercero me sentí segura. Nada más quedar frente a frente, noté su mano en mi cadera, instándome a que no dejara ni unos centímetros de separación. Fue brusco y eficaz. Yo, de manera instintiva, puse las manos sobre sus hombros.

—No —murmuré, llevándole un dedo a los labios cuando hizo amago de decir algo—. No digas nada.

Fabio me atrapó el dedo entre los dientes y sentí el mordisco, que, lejos de molestarme, me provocó un nuevo escalofrío.

La mano que había puesto sobre mi cadera se desplazó a mi culo y, con la misma agresividad, apretó. Gemí sin poder evitarlo. Gemí sin apartar los ojos de los suyos. Gemí, olvidando las mil razones por las que debía odiarlo. Gemí sin recuperar el dedo, pues él comenzó a succionármelo de una forma perversa, tanto, que mi mano libre fue directa a la parte delantera de sus pantalones.

No me sorprendió encontrarlo empalmado.

—Joder... —gruñó cuando apreté.

Dio un respingo incluso y temí haber sido demasiado agresiva; no obstante, por su media sonrisa, cínica y provocativa, supe que le había gustado. Además movió las caderas para que continuara con mis avances. Daba la impresión de que de manera tácita me hubiese otorgado todo el poder. «Excelente», me dije en silencio, y sólo di medio paso atrás para que me soltara el dedo, que me llevé de inmediato a la boca, lamiéndolo con verdadero placer, mientras continuaba acariciándolo, ahora con menos fuerza, por encima del pantalón. Lo vi inspirar con fuerza y, sin perder un segundo, me acerqué a su boca. Los tacones me permitieron quedar a su altura. Fabio separó los labios, pero yo preferí tentarlo un poco más, limitándome por el momento a sacar la lengua para lamerle el contorno con la punta.

—No juegues con esto... —me advirtió con voz ronca, aunque sin apartarse.

Lo deseaba tanto o más que yo y me tomé sus palabras como una provocación. Acepté el reto y dejé la mano, a modo de preaviso, sobre la hebilla del cinturón, al tiempo que lo besaba, ahora sí, metiéndole la lengua hasta el fondo. Su respuesta fue proporcional a mi maniobra; me cogió del culo y lo amasó de manera vulgar. Lo empujé y retrocedió. Un paso. Otro y otro más, hasta que se topó con la pared. Fui directa al cinturón, tirando de él hasta desabrocharlo y sacarlo de las presillas. Luego lo dejé caer al suelo e hice el siguiente movimiento, todo ello con mis labios pegados a los suyos. No entendía bien por qué se mostraba tan sumiso y por qué yo tan atrevida. No era el momento para averiguarlo.

Por fin pude agarrarle la polla y empecé a masturbarlo, absorbiendo cada uno de sus gemidos y mordisqueándole los labios. No recordaba haberme comportado nunca con tanto descaro con un hombre, pero me encantó. Hizo que

me sintiera poderosa. Quizá fuera producto del ambiente en el que nos encontrábamos, quizá tantos días de tensión acumulada o bien la respuesta más sencilla fuera la más acertada: sólo Fabio conseguía sacar esa faceta de mí.

—Más fuerte —me exigió, colocando su mano sobre la mía.

—¿Eso quieres? —musité.

Estuve tentada de obedecer, sin embargo, opté por no hacerlo y disfrutar al verlo apretar los dientes. Mantuve la presión unos minutos, controlando mi respiración y juntando los muslos con fuerza para sofocar la excitación que sentía. Por lo visto había tensado demasiado la cuerda y Fabio abandonó su actitud pasiva, me apartó la mano, se abrochó el pantalón y me agarró por las muñecas, sujetándomelas a la espalda. Después fue empujándome hasta que fui yo quien se apoyó en la pared. Me levantó los brazos por encima de la cabeza, me miró fijamente y, estrujándome, me besó con rabia.

Habíamos entablado una complicada batalla en la que ninguno de los dos estaba dispuesto a ceder ni un milímetro. Me retorcí por el simple placer de rozarme contra él y de no ponerle las cosas fáciles. Ese gesto pareció gustarle y me mordió el labio inferior, tirando incluso de él y poniéndome en un estado de desesperación cada vez más difícil de sobrellevar. Mantuvo mis manos sujetas con una de las suyas, mientras con la otra comenzaba a tirar de mi blusa y, ante la imposibilidad de desabrochar los botones de manera correcta, rasgó parte de la tela, dejando a la vista mi sujetador negro. Mi respiración, cada vez más errática, era un síntoma inequívoco de que me encontraba al borde del descontrol.

Volvió a besarme, con más voracidad, magullándome incluso los labios. Sentí la rugosidad de la pared arañándome la espalda y la presión y el calor de su cuerpo apretándose contra el mío. Me parecía insuficiente, lo quería desnudo. Forcejeé intentando liberarme, algo que no conseguí. Me miró y de nuevo temblé; quería tocarlo y no me dejaba, mi atrevimiento de antes me estaba pasando factura.

Me encontraba sumida por completo en las sensaciones que él me provocaba; entrecerré los ojos y arqueé la espalda para que mis pezones se rozaran contra su torso. Fabio se percató de mi maniobra y se ocupó en persona de ellos. Deslizó una mano hacia arriba y apartó una de las copas del sujetador para atrapar el pezón. Me lo apretó sin miramientos, haciéndome gritar de dolor y de alivio al mismo tiempo.

—Más alto, quiero oírte gritar más alto —exigió, repitiendo el procedimiento con el otro.

Contradecirlo era inútil, pues se afanó en lograrlo. Los gritos se mezclaban con mis jadeos y por supuesto también con los suyos. Me había soltado los brazos y, a pesar de que podía moverlos a mi antojo, preferí levantarlos por encima de la cabeza, lo que me proporcionaba una falsa sensación de indefensión; un ingrediente extra para elevar aún más la temperatura. Tan absortos estábamos que ninguno de los dos oyó la puerta al abrirse, ni los pasos de alguien acercándose a nosotros.

—Vaya... cuánto entusiasmo —comentó Mónica, deteniéndose detrás de Fabio.

Él, tan sorprendido como yo, la miró por encima del hombro sin dar crédito.

—Pero ¡¿qué coño...?! —exclamó, desconcertado ante aquella interrupción.

—Te he advertido que esa puerta no tiene pestillo —bromeó ella, agarrándolo del pelo y obligándolo a separarse de mí.

Como era de esperar, él se resistió y yo me sentí extraña, pues debería decir algo, defenderlo incluso o hasta mostrar mi malestar por que nos hubiese interrumpido; sin embargo, me quedé inmóvil. Lo miré a él y después a mi amiga, que sonreía con ironía.

—Suéltame —exigió Fabio, sin apartar la mirada de mí.

Entonces Mónica, en vez de obedecer, colocó las manos en sus hombros y desde ahí las fue deslizado hacia abajo, hasta tocarle con total descaro el culo y, no contenta con eso, le dio un buen azote.

—¿Eres capaz de dejar satisfechas a dos mujeres en la misma noche? —lo provocó, y yo abrí los ojos como platos.

Por varias razones. Para empezar, Mónica daba por hecho que Fabio aceptaría, pues no era ningún secreto que a cualquier tío montárselo con dos mujeres a la vez les venía en el ADN y que con toda probabilidad estaría encantado, pero..., ¿y yo? ¿Aceptaría compartirlo?

A tenor de cómo se iban desarrollando los acontecimientos, no tenía la certeza ni la voluntad de poder negarme, ya que, si bien nunca antes había imaginado tal posibilidad, no la descarté de entrada, lo cual ya era bastante significativo.

—¿Lo eres? —insistió ella, pasando las manos alrededor de su cuerpo hasta

frotarle sin delicadeza la erección por encima del pantalón; con lo empalmado que estaba le debió de doler.

Fabio, de mal humor, se volvió para encararla, dándome la espalda. Yo seguía incapaz de articular palabra.

—¿Quieres que te lo demuestre? —replicó.

No me sorprendió que fuera tan previsible, todos lo eran, y Mónica debió de llegar a idéntica conclusión, porque se humedeció los labios.

—Sí —afirmó y, sin contemplaciones, se inclinó hasta morderle el labio.

Ante el desconcierto de Fabio, y jugando con ventaja, me miró burlona y yo me encogí de hombros, porque no tenía la menor idea de hasta dónde pensaba llegar. A saber cuáles serían sus intenciones, aunque las averigüé en menos de medio minuto, ya que agarró a Fabio de la solapa de la chaqueta y tiró de él, arrastrándolo hasta la cama. Lo empujó y lo dejó sentado, y ella se quedó de pie, con sus altísimos tacones y los brazos en jarras, esperando que protestara o a saber qué.

Él me miró aguardando una respuesta, pero como todo aquello me parecía tan excitante, lo único que hice fue acercarme a la cama. Me subí tras él, colocándome de rodillas, y hundí las manos en su pelo. Respiré hondo, encantada de que se apoyara en mí y de sentir bajo la yema de los dedos la suavidad del cabello. Cambié de postura hasta que quedó recostado en mi regazo. Le puse una mano en el pecho, a la altura del corazón. Como no podía ser de otro modo, le iba a mil por hora. Entonces me incliné hasta poder besarlo.

Fabio se dejó llevar y me devolvió el beso con total entrega, ajeno a lo que Mónica se traía entre manos. Mientras yo devoraba su boca y él la mía, ella se ocupó de sus pantalones con rapidez y del resto de su ropa y yo, sin dejar de besarlo, ayudé en cuanto pude para que quedara desnudo a nuestra entera disposición.

Mónica empezó a acariciarle las piernas con ambas manos, provocándolo y haciendo que gimiera en mi boca. Deslizó las palmas, en un sensual masaje erótico, mientras se acercaba a su pene. Entonces me di cuenta de que hasta la fecha yo no había tenido la oportunidad de tener esa erección entre los labios; sí que había ocurrido en mis sueños picantes, pero por motivos que escapaban a mi comprensión, aún no había tenido la oportunidad de hacerla realidad. Deslicé la mano por su torso en un claro gesto posesivo, inclinándome lo suficiente como

para agarrar su miembro. Fabio gruñó cuando se lo apreté dentro del puño y buscó mis senos con la boca, chupándome los pezones por encima del sujetador. Estábamos a punto de hacer un sesenta y nueve con público.

Mónica se percató del gesto y me sonrió cómplice.

—Creo que tu chica quiere chupártela —comentó divertida, y se retiró para dejarme vía libre.

Fabio, entusiasmado con la idea, se colocó en el centro de la cama y yo me puse a cuatro patas frente a él, sin importarme estar a medio desvestir.

—Berenguela... —gimió, cuando agaché la cabeza y le atrapé sólo la punta entre mis ávidos labios. Cerré los ojos y pese a que mi sexo reclamaba atención, pues me notaba las bragas empapadas, me concentré en él. Nunca antes había sufrido/disfrutado de unos preliminares tan intensos, así que bien merecía la pena esperar un poco más.

—Mmm... —me limité a ronronear, bajando un poco más hasta acoger su polla por completo.

Abrí los ojos para observarlo, para comprobar si mis habilidades bucales, tanto tiempo desaprovechadas, eran de su agrado. Y sí, lo eran, pues no paraba de gemir, de gruñir y de retorcerse.

Mónica se había recostado a su lado y le acariciaba el pecho, clavándole las uñas en cada pasada, algo que por lo visto lo excitaba sobremanera, ya que no la apartaba. Intercambié una mirada con ella y entonces, con gesto lascivo, acercó su boca a él y lo besó.

En respuesta, Fabio elevó las caderas, metiéndome su pene aún más adentro, algo que interpreté de manera positiva. Continué chupándoselo y Mónica devorándole la boca. Aunque atisbé un movimiento extraño en el comportamiento de mi amiga. Sabía, o al menos intuía, que ella pretendía algo más.

Y lo más extraño aún fue que yo, la que nunca antes había compartido a ningún hombre por considerarlo una perversión desagradable, y por miedo a que el fantasma de los celos lo estropeará todo, me sentí a gusto, cómoda, siendo tres en una cama y dejando que otra mujer tocara a Fabio. Supongo que para esas cosas nunca hay una explicación razonable, pero si existía una medianamente lógica, podía ser simple: ofrecerle el máximo placer estaba muy por encima de cualquier consideración. Además, podía afirmar sin riesgo a equivocarme que

Mónica no estaba interesada en Fabio más allá de esa noche, y que después de haberme oído lamentarme de mi historia con él, sólo quería darme la oportunidad de ser diferente.

—Tu chico es bastante desobediente...

Disimulé una sonrisa al oír esas palabras y continué dándole placer con la boca, concentrada al máximo y deleitándome en los gruñidos que Fabio emitía, ajena a lo que nuestra improvisada compañera de cama tramaba, así que cuando la vi sacar un trozo de cuerda de debajo de la almohada, abrí los ojos como platos. Por supuesto, él estaba tan absorto en lo que ambas le hacíamos que no advirtió la maniobra. Observé también cómo Mónica se subía a horcajadas sobre su pecho y se inclinaba hacia delante para tenerlo a su merced. Cuando Fabio quiso darse cuenta de sus intenciones ya era demasiado tarde. Mónica lo había amarrado al cabecero de la cama.

—Y ahora, esfuérzate por dejarnos satisfechas —le dijo, lamiéndole los labios.

—¡Suéltame ahora mismo, joder! —gritó él, tirando de las cuerdas—. O...

—¿O qué, machote? —continuó provocándolo.

Aquello podía acabar bien o no, según se mirase. Yo seguí torturándolo con la boca y, a pesar de querer cerrar los ojos para concentrarme mejor, decidí no hacerlo, ya que resultaba impresionante observar a Mónica jugar con él. Con el mayor descaro, le acercaba un seno a la boca y él, «pobrecito», terminaba chupándose y hasta me dio la impresión de que se lo mordía con verdadera saña; ella lo animaba, pues no dejaba de clavarle las uñas en el pecho.

—Juega con él, querida, está loco por correrse —me dijo, y movió un dedo índice indicándome... ¿qué?

Tardé unos segundos en comprender su insinuación y negué con la cabeza. Lo habíamos atado, dejado indefenso, desnudo, y ¿le íbamos a hacer «eso»? Dudaba que ningún hombre lo aceptase, pero de los tres Mónica era la que tenía más experiencia, así que pensé: «De perdidos al río» y deslicé la boca hacia abajo para abarcar sus testículos y dedicarles un poco de atención, antes de jugar donde a buen seguro Fabio jamás me lo habría permitido de no estar amarrado.

—La hostia puta... —jadeó, arqueándose en busca de mayor contacto, sin saber aún que todavía faltaba lo mejor.

—¡Ahora! —ordenó Mónica en un tono erótico que seguramente confundió a

Fabio, pues yo dudaba que imaginara algo así.

Obedecí con cautela, por supuesto, y sus protestas quedaron ahogadas, ya que ella se encargó de meterle la lengua hasta la campanilla al mismo tiempo que mi dedo, mojado con mi propia saliva, se abría paso. Lo noté temblar y supe que estaba a un paso de correrse. Cerré los ojos, no necesitaba verlo, sólo sentirlo y saborearlo. Me llevé de nuevo su polla a la boca, formando una «O» casi perfecta con los labios, y con la punta de la lengua presioné sobre el glande, dándole el toque de gracia.

—Me las vais a pagar —gruñó, embistiéndome una vez más antes de que se le tensara todo el cuerpo, estallara y me inundara la boca de semen.

Yo apreté los muslos para contener mi propia excitación y me dejé caer sobre su abdomen, acariciándolo de paso, y notando cómo intentaba recuperarse.

—Cuando quieras y donde quieras —replicó Mónica, pellizcándole una tetilla antes de apartarse. Se puso en pie, y vi que apenas se había despeinado. Nos miró a ambos y sonrió—. Fóllatelo antes de que se enfríe.

Salió de la habitación igual que había entrado, con absoluta discreción.

Oí el suave sonido de la puerta al cerrarse y tragué saliva. Ahora estábamos a solas. Yo más caliente que el pico de una plancha y él, atado y con cara de pocos amigos. O al menos ésa era la impresión que tuve cuando por fin fui me atreví y alcé la vista.

Fabio ya no tiraba de sus ataduras, pero tampoco sonreía.

Me humedecí los labios y decidí soltarlo y evitar de ese modo que se enfadara aún más. Me acerqué al cabecero de la cama de rodillas, consciente en todo momento de que no apartaba la vista de mí. Quizá era mucho más peligroso su silencio que cualquier otra palabra que pronunciase.

—¿No vas a obedecer?

Capítulo 27

Fabio

—¿No vas a obedecer? —pregunté, sin apartar los ojos de los suyos.

Berenguela intentaba esquivar mi mirada. No sé si por vergüenza o por miedo a mi reacción. Cierto que si me lo hubiesen preguntado jamás habría permitido que me ataran a la cama, eso para empezar. Respecto a lo del maldito dedo..., joder, claro que me habría negado. No obstante, después de haberlo disfrutado no podía por menos de agradecer aquella iniciativa.

Y lo de contar con una invitada..., bueno, sobre ese asunto..., no era la primera vez que acababa en la cama con dos mujeres, de ahí que cuando Mónica me provocó, en realidad para mí no fuera ningún reto. La única duda que tuve fue respecto a la reacción de Berenguela, que podía sentir rechazo, y eso arruinaría los planes. Aunque la verdad es que me dejó patidifuso, y muy cachondo, que accediera a continuar.

De nuevo a solas. Por fin a solas. Algo que yo había deseado desde el principio, pero cuando aquella mujer se nos unió sin avisar, activó un resorte que a todos los tíos nos hace saltar sin tener en cuenta nada más. Mi cabeza me advirtió que mostrarme receptivo a las caricias de otra mujer podía volverse en mi contra, aunque al mirar a Berenguela y ver cómo continuaba devorándome la polla, desaparecieron todos mis temores y me dediqué a disfrutar. Desde luego, había respondido a las insinuaciones de Mónica de manera mecánica, ni mucho menos con el mismo entusiasmo que si se hubiese tratado de Berenguela.

Ésta continuaba en silencio y yo tiré un poco de las ataduras para que se

decidiera de una vez. Lo de enfriarme iba a ser algo complicado, ya que verla así, a medio vestir, sonrojada, con los pezones duros y tragando saliva mantenía mi erección en pie de guerra.

—Como quieras —musitó finalmente, y se bajó de la cama.

Me alarmé, no entendía su reacción.

—¿Qué haces? —pregunté inquieto.

—Desnudarme.

Cerré los ojos un segundo antes de abrirlos de nuevo y negar con la cabeza.

—Te quiero así. Quítate sólo las bragas y móntame.

Hasta yo mismo me quedé sorprendido de lo ronca que sonó mi voz y del deseo que transmitía. Ella se subió de nuevo a la cama y me acarició la polla con verdadero mimo. Algo innecesario, pues la sugerencia de que me follara con aquellas pintas era porque le daba una imagen aún más decadente a todo aquello. Sumaba a la excitación el componente pervertido, apresurado, descuidado.

—De acuerdo —musitó.

No perdí detalle de cómo se bajaba las bragas, sin mostrarme aún su coño, que me moría por saborear. Estuve tentado de decirle que se sentara sobre mi cara y me dejara meter la lengua para recorrer todos sus pliegues, pero almacené esa idea en mi cabeza para cuando estuviera desatado y así también pudiera usar los dedos con ella y volverla tan loca como ella me había vuelto a mí.

Levanté una pierna y metí el pie entre las suyas, elevándolo hasta rozar su sexo húmedo. Berenguela apretó los muslos, dejándome el pie atrapado entre ellos; no pude disimular una sonrisa de auténtica satisfacción. Encontrármela suave y caliente no suponía ninguna sorpresa, pero sí lo fue la cara de ella al rozarla con los dedos del pie. Era la viva imagen de una mujer excitada y mucho más.

Aparté el pie despacio, recorriendo la cara interna de su muslo en sentido descendente, y dejé que se subiera a horcajadas sobre mí, esperando que no se demorase a la hora de montarme. Una vez colocada en posición, en vez de dejar que mi polla siguiera el camino natural, se frotó con ella y se inclinó hasta que pudo besarme. Algo que yo deseaba con intensidad.

—Joder, Berenguela, no me tengas así más tiempo —supliqué, cuando sabía muy bien que ella aún no se había corrido. No entendía cómo lo soportaba.

—Como quieras... —murmuró, en apariencia sumisa junto a mi boca; aunque

sus hechos la contradijeron, ya que en vez de dejar que la penetrase de una jodida vez, me lamió los labios, incluso me mordió el inferior, y ahí comenzó un nuevo suplicio: fue gateando sobre mi cuerpo y me puso en el disparador al empezar a besarme la cara y al irse restregando para llegar a mis brazos, tensos no sólo por las cuerdas que me mantenían amarrado al cabecero de la cama.

Deseé soltarme de una maldita vez, porque tenerla tan cerca y estar dependiendo de sus decisiones era tan horrible como no poder tocarla mientras la sentía y la olía encima de mí. Giré la cabeza y gemí cuando me besó justo a la altura de las cuerdas. Y después repitió todo el proceso a la inversa. Yo me desesperaba, pero al mismo tiempo hube de reconocer que todo aquello confería un matiz mucho más intenso que si nada más decírselo se hubiera puesto sobre mi polla y en cinco minutos todo hubiera acabado. De acuerdo, nunca le haría ascos a un polvo exprés, sin embargo, con Berenguela, ya que había esperado unos cuantos días, bien podía hacerlo unos minutos más.

Me sonrió y, joder, qué sonrisa...

Cómo me hubiera gustado que pronunciara mi nombre entre aquellos gemidos de excitación tan femeninos. Porque no me podía poner de rodillas a sus pies por motivos obvios, si no, desde luego que lo haría. De momento me conformaría con permanecer allí, a la espera de que ella hiciera conmigo lo que le viniera en gana.

Me miró una vez más como sólo ella podía hacerlo, y temblé cuando después dedicó otra mirada muy elocuente a mi polla.

—¿A qué esperas? —pregunté, arqueando una ceja.

—Cosas mías —susurró, agarrándomela para situarla justo en su sexo.

Un maldito empujón, la más leve presión y estaría dentro. Mi impaciencia hizo que elevara las caderas y Berenguela, lista y coqueta, se llevó un dedo a la boca y lo chupó exagerando un poco, aunque ¡qué coño!, podía hacer lo que quisiera, y después lo puso sobre mi pecho y lo movió hacia abajo, presionando lo justo hasta que desapareció entre sus piernas.

—Hazlo ya, joder —gruñí.

Estaba seguro de que con aquel dedo se frotaba el clítoris, dejando mi polla a un lado, pero no, pues noté un ligero tirón cuando la sujetó por la base y se dejó caer sobre mí.

—Sí... —siseó y tensó las piernas, apretándome en su interior.

Respiré hondo, porque después de tanta estimulación, y a pesar de haberme corrido en su boca, no iba a durar ni tres minutos. En un acto reflejo, apoyé los pies en la cama e hice fuerza para embestirla.

Berenguela echó la cabeza hacia atrás y comenzó a balancearse sobre mí. Daba la sensación de que estuviera a lo suyo, como si sólo me utilizara, aunque, la verdad, me importaba un pimiento mientras continuara follándome de aquella manera.

Volví a elevar las caderas, arrancándole un gemido aún más fuerte. Y otro y otro... Me traía sin cuidado mi propio disfrute. Quería que ella disfrutase, se corriera, lo que fuera. Lo curioso del caso era que su placer iba unido al mío.

—Es una pena que no pueda ocuparme de tus tetas —jadeé, porque con cada empuje su delantera se movía de una manera que pedía a gritos un toque, una caricia, un pellizco, cualquier cosa.

—A lo mejor puedo ayudarte... —dijo con voz ronca, y se las apañó para, sin perder comba, inclinarse hacia delante hasta que pude tener uno de sus tentadores pezones en la boca.

—Mmm —murmuré, disfrutando de aquel manjar.

No fui delicado y acerté. Interpretar los deseos de una mujer a través de cada reacción no siempre era fácil. Ella buscaba desenfreno, agresividad, y se los di encantado. Berenguela llevaba el ritmo, por cierto, un ritmo endiablado, mientras que yo permanecía bajo su peso, disfrutando con los cinco sentidos de todo lo que me ofrecía. Sentí un leve dolor en los brazos por haber estado tanto tiempo en aquella postura; sin embargo, aceptaría gustoso someterme de nuevo con tal de volver a experimentar cuanto mi cerebro registraba.

Berenguela jadeaba sin dejar de apretar sus músculos internos alrededor de mi polla y continuaba restregándose, buscando la máxima estimulación para su clítoris, algo de lo que yo habría podido ocuparme con sumo gusto de haber tenido una mano disponible.

Noté sus uñas clavándose en mis brazos al apoyarse por completo sobre ellos. No lo dudé: doblé las rodillas y empujé hacia arriba, clavándosela con furia hasta que percibí sus temblores, ese último gemido, casi lastimero, antes de correrse.

Yo no necesité ni medio minuto para unirme a ella.

Luego se quedó recostada sobre mí, la cara escondida en mi cuello, la

respiración tan agitada como la mía. Permanecimos inmóviles. Aún estaba en su interior, disfrutando del calor. Me notaba toda la espalda empapada de sudor y esperé paciente a que ella se incorporase.

Berenguela se apartó despacio, separándose de mí, algo que yo detestaba, pues si bien no era muy aficionado a gestos amables después de follar, a ella sí me gustaba abrazarla. No obstante, como iba siendo habitual, en ese momento se mostraba distante, pues se apartó sin mirarme y, lo que era peor, sin desatarme.

—¿No te olvidas de algo? —murmuré, cuando me dio la espalda y empezó a abrocharse la camisa.

Me miró por encima del hombro y yo terminé sonriendo de medio lado, porque, pese a todo, la escena tenía su gracia. Parpadeó y, olvidando cubrirse (algo que yo agradecí), se puso de rodillas junto a mí y comenzó a soltar los nudos. Al hacerlo, su abdomen quedó a escasos milímetros de mi boca y no perdí el tiempo. Lamí esa porción de piel y hasta la mordí.

—Así me va ser imposible desatar esto —protestó—. Las cuerdas están muy tensas.

—No me extraña —dije, con los labios pegados a su piel.

Cuando por fin me sentí libre, en vez de frotarme las muñecas o hacer algún movimiento rotatorio con ellas tras haber permanecido en esa postura tanto tiempo, me impulsé hacia arriba y fui a por Berenguela, antes de que se escondiera y se mostrara fría. Busqué su rostro, lo acuné e hice que me mirase a los ojos.

—No te escondas —dije, y con el pulgar le acaricié los labios.

—No lo hago —contestó en voz baja, y me dio la impresión de que por alguna ridícula razón se sentía avergonzada.

Sujeté su cabeza y me acerqué hasta poder besarla. De esa forma pretendía dejarle bien claro que todo cuanto ocurriese en aquella habitación quedaría entre nosotros y que bajo ningún concepto su atrevimiento, sus pensamientos y sus reacciones podrían ser motivo de vergüenza.

—Pues no lo parece —musité, y para evitar que huyese comencé a desnudarla. No tenía muy claro si podríamos pasar allí la noche, no obstante, prefería asumir el riesgo antes que adecentarnos y salir de aquel dormitorio.

—Debería irme.

—No —dije contundente, y me ocupé de mandar lo más lejos posible sus

prendas.

Aparté las sábanas e hice un gesto invitándola a meterse dentro. Me miró y tardó más de la cuenta, pero al final se acostó. Tal como yo esperaba, lo hizo dándome la espalda.

Suspiré, así no había manera.

—Ven aquí —exigí, rodeándole la cintura y pegándome a ella.

Se movió, visiblemente incómoda por mi proximidad, pero no cedí. La mantuve junto a mi pecho, disfrutando de la sensación de estar unidos y abrazados. Poco a poco se fue relajando y noté cómo colocaba una mano sobre la mía y entrelazaba los dedos. Cerré los ojos; sólo esperaba que al abrirlos de nuevo, Berenguela continuara en aquella cama.

* * *

No recuerdo con exactitud cómo logré conciliar el sueño ni cuántas horas dormí. Sólo que aún era de noche cuando me desperté sobresaltado. Ella seguía a mi lado y eso me tranquilizó. Todavía estábamos abrazados, lo cual era toda una revelación, ya que, inconscientemente o no, Berenguela siempre se apartaba de mí.

En aquella ocasión fui yo quien la dejó libre, no por gusto, sino por necesidad. Me levanté con cuidado de no despertarla y, sin importarme mi desnudez, atravesé el amplio dormitorio hasta acercarme a una puerta que supuse que era la del cuarto de baño. No me equivoqué. Hice uso de él y regresé a la habitación. Me dirigí hacia la cama y me detuve para observarla allí dormida, ajena a todo. Arrebujada en la sábana que la tapaba por completo y que marcaba cada curva. Inspiré hondo y me pasé una mano por el pelo.

En mi cabeza había una única idea: no volver a perderla.

Y eso significaba encontrar la maldita forma de hacerlo sin que ninguno de los dos se viera perjudicado. Por desgracia, lo que nos separaba parecía ser mayor que lo que nos unía. Si cualquiera de los dos era visto en compañía del otro, surgirían miles de problemas. Eso me llevó a pensar en nuestra «amable» anfitriona y en su nivel de discreción. Reflexioné sobre ello y, pese a que deseaba acostarme de nuevo junto a Berenguela, me acerqué al gran ventanal e intenté llegar a una conclusión que me tranquilizara lo suficiente.

Las mujeres como la tal Monique eran expertas en asuntos de alcoba y, teniendo en cuenta el ambiente, la frase «oír, ver y callar» resultaba una especie de imperativo legal si deseaba que su negocio no se fuera a pique. Pero ni Berenguela ni yo éramos clientes y me jodía bastante que me pillaran con el pie cambiado, pues yo no tenía la menor idea del tipo de relación que existía entre Berenguela y ella.

Miré al jardín, iluminado con unas pequeñas lámparas solares, y negué con la cabeza mientras resoplaba por toda la jodida situación en la que me veía involucrado.

Con Estela creía haber vivido lo que era una relación más o menos estable y el hecho de estar pendiente de una mujer, sin embargo, al compararlo con mis sentimientos hacia Berenguela, llegaba a la conclusión de que aquello fue más bien producto de la inercia, o lo que se suponía que una pareja debe hacer. Nada que ver con las sensaciones que experimentaba junto a la señorita Zahner.

Ella se movió y eso hizo que me apartara de la ventana. Bajé la persiana, para que cuando amaneciera la habitación permaneciera en penumbra, y volví a la cama. Cerré los ojos, deseando poder conciliar el sueño, pero éste me fue esquivo y, tras varios infructuosos minutos, comencé a acariciarla. Primero la parte superior de una pierna con el dorso de la mano. Y de ahí fui desplazándola hacia el interior. Al estar dormida, me resultaba complicado llegar a su sexo, ya que como dormía sobre un costado, mantenía las piernas juntas. No quería despertarla, no al menos de manera inmediata, deseaba excitarla poco a poco y que cuando fuera consciente de su estado ya no pudiera resistirse.

Podía parecer gilipollas eso de meterle mano en plan adolescente, a traición, no obstante, me apetecía. Incluso hacerlo de manera tradicional, yo encima, empujando y listo. Una vuelta a los clásicos.

Proseguí acariciándola y Berenguela protestó en sueños. Por supuesto, se dobló aún más sobre sí misma, dificultándome las maniobras, lo que a mí de daba igual. Me había empalmado y ya sólo podía pensar en una cosa: follar.

Assumiendo el riesgo de que se despertara antes de tiempo y trastocara mis planes, la moví hasta que se quedó boca arriba y así pude separarle los muslos. Ella volvió a protestar, pero yo ya tenía la mano sobre su pubis. Rocé su recortado vello y desde ahí me desplazé un poco más abajo. La encontré húmeda, sin duda producto de la ronda sexual anterior, lo que facilitaba, y

mucho, mis intenciones. Con la yema del dedo, realicé delicadas pasadas entre sus labios vaginales, observando en todo momento sus reacciones. Vi cómo arrugaba el entrecejo, cómo intentaba apartarme y sonreí. Presioné un poco, lo justo, sobre su clítoris.

—¿Fabio? —musitó, y al oír mi nombre sentí una enorme satisfacción, ya que significaba mucho para mí.

En primer lugar, que dormida y excitada pensara en mí. Llegué a desear hasta colarme en sus sueños, pero eso era muy ambicioso.

La besé en el hombro mientras proseguía explorando entre sus muslos. Pasé a ser un poco más agresivo. La penetré con un dedo y la observé mientras inspiraba con fuerza. Movi6 una mano, buscándome, y se la cogí hasta conducirla a mi polla, para que entendiera a la perfección de qué iba todo aquello.

Dos dedos curvados en su interior y mi boca sobre la suya. Sin vacilaciones. Berenguela cerró el puño y me hizo gemir al apretar mi erección. Una presión increíble.

—No sólo quiero meterte mano —dije, atrapando su labio inferior, mientras me colocaba encima de ella.

—Eso espero —suspiró, rodeándome el cuello con los brazos y empezando a darme un beso de esos que te roban no sólo el aliento, sino todo lo que eres.

Ése fue el comienzo de todo un polvo clásico. Durante el que ella, con las piernas bien abiertas y las rodillas dobladas, se aferró a mis hombros. Nada resultaba nuevo, sin embargo, para mí lo era. Adelanté las caderas, y Berenguela me miró mordiéndose los labios. Empujé fuerte y ella gimió tal como yo deseaba, uniéndose a mis propios jadeos.

Arqueó el cuerpo y yo, envalentonado, excitado, cachondo perdido, me incorporé sobre las rodillas y, mandando a la mierda mi idea de follar en la postura del misionero, la agarré por detrás de las pantorrillas y comencé a embestir como un poseso.

Me daba igual que la cama traquetease haciendo un ruido delator en medio de la quietud nocturna. Me traía sin cuidado que alertáramos a la anfitriona. Sólo tenía una idea fija: follarla bien.

Y a juzgar por sus expresiones de placer, sus jadeos, respiraciones entrecortadas y demás, aquello iba viento en popa. Joder, pues claro que iba de

puta madre, porque yo me encontraba en la gloria. Cada vez que arremetía, lo hacía con brusquedad, logrando que mi pelvis presionara de forma certera sobre su clítoris, y asegurándome de que no iba a dejarla a medias, porque tal como se me estaban tensando los huevos, me faltaba medio minuto para correrme y no quería, bajo ningún concepto, dejarla insatisfecha.

Fui malo, porque aun siendo consciente de lo cerca que ella estaba, salía por completo de su cuerpo, me agarraba la polla y frotaba su clítoris, a buen seguro hipersensibilizado, antes de arremeter de nuevo con furia y enterrarme en su interior.

Berenguela se movía debajo de mi cuerpo, queriendo retenerme entre sus caderas por si repetía aquel perverso movimiento. Me encantó su respuesta, pasional, desinhibida. Tan alejada de esas mujeres que se tumban, abren las piernas y esperan a que el Espíritu Santo en forma de polla les regale una experiencia religiosa. Sabía lo que quería y me lo exigía y yo, faltaría más, se lo di encantado.

—Fabio... oh, joder... —consiguió decir cuando me volví un poco para penetrarla en un ángulo diferente. De esa forma también presionaba sobre su clítoris y a saber cuántas terminaciones nerviosas más de su interior, pues gritó. Vaya sí lo hizo, lo que, por supuesto, consiguió que mi autoestima como amante subiera unos cuantos puestos.

Sin soltarle las piernas, empujé como un verdadero poseso y no dejé de hacerlo hasta que me corrí, sin importarme nada más. No me retiré, todo lo contrario. Permanecí allí, de rodillas, normalizando mi respiración, sin liberarla, hasta que Berenguela, no sé cómo, se incorporó y quedó sentada frente a mí, antes de alzarme el rostro.

Me miró, primero a los ojos, después los labios y me besó.

Y no sólo eso. Me abrazó, arrastrándome hasta que quedé tumbado sobre ella.

Capítulo 28

Berenguela

Hay días en los que te despiertas y, aunque sabes a la perfección que no ha sido un sueño, aun así dudas de que lo vivido pueda ser real.

Lo era. Joder, vaya si lo era.

La razón más evidente: yo. Mi cuerpo desnudo, sensible, aún húmedo en una cama en la que parecía haberse librado una batalla campal. Una habitación que no se parecía en nada a mi dormitorio.

A oscuras. Fabio debía de haberse levantado para correr las cortinas y bajar las persianas para que la luz del día no interrumpiera nuestro descanso. Una lástima, me hubiera gustado abrir los ojos y observarlo.

No me hizo falta estirar el brazo para saber que ya se había marchado. Mi lado racional me dijo que eso era lo más sensato para que nadie se percatara de que había pasado la noche allí conmigo. Evitar complicaciones resultaba fundamental. Mi lado visceral, ese que yo siempre había conseguido mantener a raya, se comportó como una china en el zapato, recordándome que algo tan pequeño puede causar mucho dolor, y haciéndome desear lo imposible y pensar que era mejor no resistirse.

Tanta responsabilidad no podía ser buena, ¿verdad?

Ocultando mi desilusión, recuperé mi lado formal y decidí afrontar la jornada como si fuera un día cualquiera. Para ello, primero debía eliminar ciertas pruebas; entre mis piernas quedaban las pegajosas evidencias de una noche de sexo y me encaminé hacia el cuarto de baño. Si Fabio había hecho uso de él, no

se notaba. Ni toallas arrugadas en el suelo, ni la tapa del váter levantada. Miré de reojo la bañera/piscina olímpica y suspiré. Cuántas posibilidades.

Pero como había entrado en funcionamiento mi lado racional, me metí en la cabina de ducha y fui pragmática. Tan pragmática que una vez duchada me quedé delante del enorme espejo del baño, con la toalla enrollada, y contemplando mi reflejo me pregunté qué me había pasado para perder el norte de esa manera. Sexo del bueno con problemas de regalo. Una oferta «irresistible». «El cóctel molotov que siempre quise tener en mi vida», pensé, torciendo el gesto.

Me desenredé el pelo y puse todo mi empeño en que el modo responsable adquiriese el control de mi persona, para lo cual el primer paso era vestirme y volver a la rutina. Nada mejor que ésta para lograrlo. Nada de recuerdos.

—Buenos días.

Me detuve en seco al oírlo y verlo sentado en el borde de la cama, con aquella pinta de chico travieso. Sí, de esos que, aunque se vistan con el uniforme más anodino, parecen peligrosos. En el caso de Fabio la evidencia de ese uniforme era su camisa arrugada y sin abotonar, junto a sus pies descalzos.

Y llevaba el toque definitivo de cualquier chico malo: la bandeja del desayuno. La tentación en forma de alimentos. Todo un clásico que funcionaba.

—¿No tienes hambre? —preguntó, señalándola con un gesto, porque los ojos no los apartaba de mí.

«Si tú supieras...», pensé asintiendo.

Por lo visto, mis hipótesis sobre sentirme abandonada y todo eso (aún sin determinar el motivo de por qué me sentía así) eran falsas, ya que él sólo se estaba comportando como un tipo amable que después de follar (bien, muy bien) alimenta a la chica. Nada de salir escopetado.

Para no soltar estupideces, me acerqué y cogí la taza que me ofrecía. Cada persona tiene un gusto muy particular a la hora de tomar café y dudaba que él conociera el mío, pero o bien era adivino o alguien le había hecho llegar un informe también sobre mis gustos cafeteros. Fuera como fuese, para no amargarme el día, no pensé más en ello.

—¿Zumos?

—No, siempre me ha parecido una guarrada mezclar la leche con el zumo de naranja —repliqué, sentándome al otro lado de la cama, y vi su expresión de

desconcierto ante mis palabras. El pobre se había molestado en traer todo aquello y yo me comportaba como una cretina. Le sonreí para recuperar un poco el tono distendido.

—De acuerdo. Lo tendré en cuenta para el futuro.

No quise hacer interpretaciones, porque me acercaba a la zona peligrosa, que prefería evitar, así que esboqué una nueva sonrisa, él me la devolvió y todo pareció desarrollarse con normalidad.

Disfrutamos del desayuno en silencio. Fabio a medio vestir, yo sólo con la toalla enrollada. La típica mañanita de amantes. Yo debería estar ya camino a casa y él, a buen seguro, en su despacho. Debía vestirme, lo que *a priori* era de lo más normal, pero con él delante observando cada movimiento no me resultaba muy cómodo, y esconderme en el baño como una damisela virginal tampoco era de recibo.

Dejé la taza en la bandeja y me concentré en ponerme la ropa con un mínimo de glamour y eficacia.

—Tenemos que hablar —murmuró, tendiéndome las bragas, que por una de esas malsanas jugarretas del destino habían ido a parar justo en el lado de la cama donde estaba él.

Me las entregó sin jugar con ellas y se lo agradecí en silencio.

—Mejor no —respondí, cogiéndolas.

—Quiero volver a verte —dijo, y las bragas que yo sostenía en la mano se cayeron de nuevo al suelo.

—¿Perdón? —solté, sonando más como si graznara que otra cosa, debido a la sorpresa.

Fabio tuvo el detalle de inclinarse y recoger las bragas de nuevo sin pestañear; no obstante, le debió de parecer gracioso jugar con ellas en un vano intento de que no se enrareciera el ambiente por la bomba que acababa de soltar.

Le di la espalda. Un gesto feo. Alejarme de él no era la solución, sin embargo, me sentía estúpida e incapaz de decir a las claras qué me pasaba por la cabeza. Hubiera querido gritar «¡Sí!», y echarme encima de él a lo bruto, al más puro estilo peli romántica, en la que por fin él dice lo que ella lleva soñando que diga desde hace mucho tiempo.

No debió de gustarle el silencio ni mi reacción. Se puso en pie, dejó la bandeja con los restos del desayuno sobre la cómoda y se acercó. Intimidarme

con su presencia pegándose a mi espalda no era la mejor forma de conseguirlo, pero, joder, me sentí bien cuando me rodeó con los brazos y me besó en el hombro.

—Quiero volver a verte —repitió con voz ronca—. No voy a decir en voz alta las mil razones por las que es una pésima idea, sólo la única por la que merece la pena arriesgarse.

Comenzó a acariciarme y se lo permití. Se estaba haciendo tarde y yo sólo pensaba en follar de nuevo. No me reconocía.

—He hablado con Mónica mientras te preparaba el desayuno —prosiguió y me hizo girar para quedar frente a frente—. A ella le parece bien que nos veamos aquí.

—Vaya... qué bien —musité desconcertada.

—No pienses mal —se apresuró a decirme—. Si todo fuera más sencillo, me encantaría que vinieras a mi casa o, ya puestos, ir yo a la tuya, pero bien sabemos que eso entraña riesgos.

—Tú mejor que nadie sabes que me están siguiendo.

—¡Joder! —exclamó al sentirse señalado.

¿Qué esperaba? Que me abriera de piernas encantada no borraba el hecho de que gracias a él tenía a unos policías pegados al culo a todas horas.

Me aparté y me senté en la cama. Tenía que salir de allí.

Como cualquier hombre al que se le contradice, en vez de darme espacio se abalanzó sobre mí. Acabé tumbada boca arriba, con él encima sujetándome las muñecas por encima de la cabeza.

—Escúchame bien, Berenguela, sé que todo esto puede estallar en cualquier momento. Joder, vaya si lo sé. Y he estado haciendo verdaderos esfuerzos por olvidarte. Como puedes ver, he fracasado de manera estrepitosa y, si te soy sincero, me alegro de ello.

—No sé cómo tomarme tus palabras.

—Quiero verte, tocarte y, si de mí dependiera, llevarte a cenar o a donde coño quieras. Me es indiferente con tal de estar junto a ti.

Tragué saliva ante tanta vehemencia y, por supuesto, por todo lo que significaban sus palabras. Una declaración demasiado importante, pero bajo mi punto de vista a destiempo. No tocaba hablar de las implicaciones emocionales de todo aquello.

—Di algo, maldita sea —exigió, zarandeándome.

—No tengo nada agradable que decir —mascullé.

Y, claro, Fabio se lo tomó como un desafío. En cierto modo así era, porque empleé un tono no precisamente suave. Mi lado más guerrero amenazaba con salir a la superficie, porque su actitud dominante chocaba de frente con mi forma de ser.

—¿No? —preguntó con ironía—. Entonces quizá debería refrescarte la memoria...

—Métete esa arrogancia por donde te quepa —rezongué, cansada de que, como muchos, creyera que con su sola presencia me tendría comiendo de su mano y que yo, indefensa, me plegaría a sus deseos.

Qué poco conocía a las mujeres...

Pero que bien me sujetaba...

Me miró de una manera que no supe interpretar. Cuando logré entender que su postura era bien simple, quería que yo cediera, era demasiado tarde para reaccionar. Me besó de manera brusca, lo que me excitó y cabreó al mismo tiempo.

Admití para mí misma que besarlo implicaba mucho más que unir mi boca a la suya. Me dejé llevar, ¿cómo no hacerlo?, disfrutando del contacto.

—¿Por qué niegas la evidencia? —preguntó, mientras acariciaba la sensible piel de detrás de mi oreja.

Eso me sacó de la ensoñación sexual en la que estaba cayendo. De nuevo su arrogancia camando a sus anchas e intentando imponer su criterio. Y eso sí que no.

—Aparta —le ordené, aunque me encontraba en inferioridad de condiciones.

No era mi estilo ponerme allí a pelear y a dar patadas para apartarlo. No me estaba haciendo daño, todo lo contrario, sin embargo, me resistía a ceder a sus pretensiones. Si teníamos que llegar a un entendimiento, que fuera de otra manera, no con aquellos trucos de seductor barato.

—No —replicó, y me besó de nuevo.

—No tengo veinte años —protesté.

—Lo sé perfectamente —murmuró, mirándome de arriba abajo.

—Soy una mujer hecha y derecha.

—No hace falta que lo jures... —musitó con aire provocativo.

—Por eso mismo no soy de esas cabezas huecas que se dejan someter con cuatro arrumacos.

—¿Cuatro arrumacos? —repitió, sonriendo de medio lado.

—Por muy buenos que éstos sean —añadí sin faltar a la verdad.

Fabio sonrió, sin duda complacido con la parte que le interesaba, y dirigió la vista hacia la toalla que se interponía entre sus planes más inmediatos y yo.

—No van a ser cuatro arrumacos, te lo prometo.

Por cómo lo dijo, saltaba a la vista que no iba a hacer falta un notario que diese fe de ello.

Me besó. Un método poco ortodoxo para que no continuara protestando. Creía tenerme bajo control y sí, le devolví el beso con la pasión y entrega que me despertaba cada vez que se acercaba a mí, aunque eso no significaba ceder.

—No me gusta que decidan por mí —insistí, cuando se apartó unos milímetros de mis labios, con la firme intención de apartar la toalla y proseguir con su seducción.

Le di un manotazo para que tuviera las manos quietas.

—Está bien, sé que debería habértelo consultado, en cambio ha surgido de este modo. Mónica nos ha ofrecido su casa. Yo que sé..., ¡joder! —Se detuvo y negó con la cabeza, sin duda incómodo con la situación.

—Deduzco que tu intención es que nos citemos aquí, a escondidas, ¿dos, tres veces a la semana?, para follar y punto.

—Si de mí dependiera, no serían ni dos ni tres, sino todas las noches y en mi cama, no en la de un cuarto extraño —contestó y me hizo temblar—. Pero, seamos realistas, ambos somos conscientes de la situación.

—¿Y no es preferible dejarlo aquí?

—No —respondió feroz—. No quiero pasarme, a saber cuántos días, esperando una oportunidad para volver a verte.

¿Significaba eso que había pensado en mí? Como mujer, claro.

Algo curioso, sin duda. Se podría decir que, aparte de ser una situación surrealista a más no poder, al menos me podía quedar el consuelo de que no había sido la única gilipollas que había seguido acordándose de un tipo que sólo me podría acarrear desgracias.

—¿Y por qué, ya puestos, no me pones un piso en el centro? —pregunté, imprimiendo a mis palabras un tono excepcional de cinismo.

—¿Eso quieres? —inquirió, mirándome fijamente a los ojos y suspirando para mantener, supuse, la paciencia—. Joder, Berenguela, no me lo pongas tan difícil.

No me gustaba para nada la idea de acudir a aquella casa a hurtadillas para encontrarme con él. La razón no era que no quisiera verlo, desde luego que no, pues lo deseaba de varias y creativas formas.

—No te lo pongo difícil —me defendí—. Lo que no voy a aceptar es que me organices la vida. —Aparté la vista, porque con él encima, con el torso desnudo, perdía la concentración.

—Sólo pretendo...

Lo acallé tapándole la boca con la mano.

—No quiero excusas ni justificaciones —le dije, sin apartar la mano para que no me interrumpiese—. Ya te lo he dicho, soy una mujer adulta. Tomo mis propias decisiones.

—No pretendo manipularte, maldita sea. ¿Tan difícil es darme un voto de confianza?

Tanta vehemencia podía resultar contraproducente. Querer hacerme creer que de verdad sentía por mí algo más que un simple calentón me pareció excesivo. De acuerdo, la atracción entre nosotros era fuerte, intensa y destructiva, pero eso no significaba nada más.

—No es cuestión de confianza, es cuestión de madurez.

—Muy bien, demos por hecho que vernos aquí es una pésima idea; ¿qué propones?

—Esa pregunta es capciosa y lo sabes —respondí, y Fabio disimuló una sonrisa.

Y yo también, pues a pesar de todo aquello resultaba surrealista. Los dos en la cama, excitados, yo excitada seguro, él casi seguro, y hablando de aquella manera tan prosaica.

—Muy bien, la formularé de otro modo. Dime adónde quieres que vaya e iré.

Respiré. Cederme todo el poder de decisión era ir varios pasos por delante. Yo no me sentía preparada para oír algo semejante.

—Planteándolo así das por sentado que quiero volver a verte —dije, respirando cada vez de manera más agitada. Sí, él también estaba excitándose con nuestra extraña postura mientras hablábamos.

—¿Y no quieres? —me provocó.

—No, no quiero volver a verte —musité, mirándolo fijamente—. No quiero... —Mis palabras se ahogaron y tragué saliva para proseguir—. No puedo querer volver a verte...

—Berenguela...

No hicieron falta más palabras.

Me las apañé para acercar los labios a los suyos y besarlos. Fabio me respondió con idéntica intensidad y enseguida noté sus manos sobre mi cuerpo, palpándome con ansia, y en menos de dos minutos la toalla con la que había salido del baño era historia. Al igual que su camisa blanca. Sólo quedaban sus pantalones y ya me estaba ocupando de ellos.

Me miró y después dirigió la vista hacia abajo, hacia su abultada bragueta.

—Tranquilo, no te va a doler.

Le bajé la cremallera y él aguantó la respiración. Volvimos a mirarnos a los ojos. Tanta intensidad no podía ser buena. Fabio inhaló profundamente mientras mi mano, con precisión, apartaba sus calzoncillos e iba directa a su erección. Lo acaricié suave, muy consciente de que lo desesperaría, y él, apoyándose en los antebrazos, aguantaba a duras penas, tensando la mandíbula. Miraba de manera alternativa su entrepierna y mis ojos, intentando averiguar qué me traía entre manos, lo cual no era muy difícil.

—Berenguela... —protestó cuando, llevada por el entusiasmo, le di un ligero tirón y luego otro.

Nunca había sentido un impulso como ése; por lo general siempre me mostraba colaboradora, algo activa, pero nunca tan atrevida. Quizá porque hasta entonces el sexo era para mí una actividad como otra cualquiera, satisfactoria y poco más.

—¿Sí?

—Haz algo más que meneármela —exigió entre dientes.

Por supuesto, obvié su petición y continué torturándolo, aunque su paciencia tenía un límite y yo lo había rebasado. Fabio me apartó la mano de su polla con furia y después me empujó hasta que quedé tumbada boca arriba, desconcertada ante su arranque.

Se echó hacia atrás y comenzó a quitarse los pantalones de manera expeditiva, casi enfadado, mostrándome cada centímetro de su cuerpo. Luego los

tiró con rabia al suelo, igual que sus bóxeres. Sin duda dispuesto a dejarme sin aliento, colocó una rodilla en el borde de la cama y de ahí fue avanzando como un tigre antes de darle el zarpazo a su presa, hasta quedar cara a cara conmigo.

Con la actitud arrogante de quien se cree vencedor, me separó las piernas y tiró de ellas para acomodarme a su antojo, tratándome como a una vulgar ramera.

—¿Quién te has creído que eres? —pregunté, tirándole del pelo y apartándolo para que no me besara.

—El tipo que te va a follar ahora mismo.

Arquee una ceja y Fabio sonrió altanero. Tanto, que me entraron ganas de partirle la cara. Nunca ningún hombre me había hablado de ese modo. Mis vacilaciones jugaron en mi contra y antes de que pudiera responderle como se merecía, él adelantó las caderas, dejándome claro que no admitía réplica.

—Baja esos humos —dije toda chula.

—Berenguela..., me parece que no eres consciente de lo que está a punto de ocurrir entre tú y yo.

—Ya te he dicho que no soy de esas que se someten a un hombre y menos aún si me vienes con estupideces como ésta.

Fabio sonrió de medio lado y se cernió aún más sobre mí. No iba a responderme con palabras. Atrapó mi labio inferior y tiró de él. Toda una provocación. Quise separarme, pero no me dio opción. Me besó y me sujetó de las muñecas.

—Por una vez en la vida, déjate llevar —susurró con un tono ronco que me llegó a lo más hondo.

Me sentí indefensa y tan excitada que, a pesar de que aquello iba en contra de todas mis convicciones, gemí con fuerza.

—Fóllame —ordené, antes de recuperar el sentido común.

Desde luego, decirle a un hombre «fóllame» es como el «abracadabra» de los magos, pues, aparte de esbozar una sonrisa de lo más perversa por sentirse vencedor, fue como llamar al genio de la lámpara, dispuesto a concederte no tres deseos, sino unos cuantos.

Fabio se inclinó hacia mí, listo para devorarme, y empezó por mis labios. Joder, vaya forma de besar. Yo conseguí liberar una mano y no perdí el tiempo. Maniobré como pude y la metí entre nuestros cuerpos hasta agarrarle la polla, y

me aseguré de llevarla al punto exacto. Después le mordí el labio, tiré incluso de él y, sacando mi lado más salvaje, elevé la pelvis para que de una maldita vez me penetrara.

Me miró a los ojos y después los cerró. Lo entendí a la perfección, pues fue tan intenso que parecía imposible. Sentí la presión de sus dedos rodeándome la muñeca, que aún me mantenía agarrada, y aún me puso más cachonda aquella sensación de estar casi indefensa que nunca había experimentado, porque siempre había pensado que no era más que una estupidez para gente aburrida. Pero con Fabio sobre mí, empujando entre mis muslos, la cosa cambiaba, y mucho.

—Joder, Berenguela —resopló, empujando con ganas—. No me digas que no quieres repetir...

Por supuesto que quería y asentí. A la mierda el sentido común. A la porra las precauciones.

Al carajo los principios.

Capítulo 29

Fabio

No estaba muy seguro de que fuera buena idea quedar con Armando. En otras circunstancias desde luego que lo sería, pues necesitaba desconectar, salir por ahí, tomar unas cervezas y hablar de esto y de lo otro sin mayores complicaciones. Sin embargo, en aquella ocasión me resultaba incómodo. Estaba al tanto de su relación con Estela y, si bien no me escocía ni nada por el estilo, pues enfadarme sería un ejercicio de cinismo sin precedentes, sí era cierto que me habría gustado enterarme por ellos, que confiaran en mí. Daban por hecho que me mostraría contrariado y que me molestaría. Pues no, ni de lejos. No iba a convertirme en el perro del hortelano, que ni jode ni deja joder.

Pero acudí a la cita. Armando me había llamado a la hora de comer diciéndome, con su tono de falso amante, que hacía mucho que no nos reuníamos y que ya era hora de que le dedicara una noche. Me había pasado antes por casa para cambiarme, pues no me apetecía ir a un garito con traje y corbata. También había dejado el coche en el garaje, por si la noche se animaba y bebía de más.

—¿Por qué brindamos? —preguntó él, cuando me entregó el segundo botellín de cerveza.

Llevábamos un buen rato apoltronados en un rincón de bar, sin ni siquiera intentar hablar. Tampoco prestábamos atención a las mujeres que pululaban por allí, más o menos alegres, en diferentes estados de embriaguez y con modelitos más o menos atrevidos.

—¿Por las relaciones complicadas? —propuse, mirándolo de reajo y observando su reacción.

—De acuerdo. Por las relaciones complicadas —convino, chocando su botellín con el mío.

Sonreí sin ganas y le di un buen trago a la cerveza fría. Había intentado sacar un tema de conversación, pero por lo visto Armando no estaba por la labor. De nuevo se instaló el silencio entre ambos, porque lo que se dice alrededor, había más bien poco; aquella música indeterminada y machacona desquiciaba a cualquiera.

—Ahora que mencionas lo de las relaciones difíciles...

—Complicadas —puntalicé, estirando las piernas y cambiando de postura en aquel incómodo sofá de piel sintética.

—Viene a ser lo mismo —apuntó, haciendo una mueca.

—Más o menos —reflexioné, y mi amigo puso cara de culpabilidad, o al menos así me lo pareció.

—¡Qué más da cómo cojones se llamen!

—Te escucho —murmuré, a la espera de que por fin hablara.

Ambos nos quedamos en silencio otra vez. Una situación habitual, pues cada uno se sumía en sus pensamientos, disfrutando de las vistas, que no de la música, y de una buena cerveza.

Él fue el primero en romper el silencio.

—Pues si te digo la verdad... Joder, qué asco, es que ni yo me reconozco.

—¿Y eso? —pregunté, como si no estuviera al tanto de nada.

Lo de complicarse la vida lo entendía, pues si bien cualquier mujer podía complicársela a un hombre, en el caso de Estela la cosa adquiría unos tintes diferentes. Yo la conocía muy bien.

—Creo que me he complicado la existencia y... Bueno, da igual, tampoco voy a aburrirte con mis cuitas, que ya bastante tienes con lo tuyo.

Arqueé una ceja ante su comentario y caí en la cuenta treinta segundos más tarde. Armando estaba al tanto de todo lo que me ocurría por Estela, que a buen seguro lo mantenía informado.

—Armando, joder, que lo sé todo —dije ante tanta vacilación.

Bebí un buen trago de cerveza y esperé a que asimilara mis palabras, a ver si por fin se dejaba de misterios.

Él me miró y puso cara de póquer, sin duda confuso y, como buen policía, no queriendo meter la pata por si me refería a otro asunto.

—¿De qué estamos hablando exactamente? —inquirió.

—¿Tú que crees? —repliqué, haciendo un brindis silencioso porque su reticencia me empezaba a tocar los cojones.

—De acuerdo. Lo sabes y..., ¿desde cuándo?

—Deja de hacerte el despistado, joder, Armando, que nos conocemos desde hace años.

—¿Te lo ha contado ella?

—Pues no, tío. Os vi. Una noche de..., bueno da igual.

Armando inspiró un par de veces, preparándose para el rapapolvo que le iba a caer. Estuve tentado de hacerme el exnovio celoso incapaz de asumir que mi chica se liase con mi mejor amigo y que por ese motivo rompía nuestra amistad de años.

—Nos viste...

—Joder, ya os vale. A los dos —respondí, ocultando mi regocijo ante su apuro.

—No sé cómo ocurrió, Estela y yo nunca..., ya sabes lo mal que nos hemos llevado siempre —dijo, como si yo no lo recordara.

—Lo recuerdo, lo recuerdo... —contesté con sarcasmo—. Pero ni se te ocurra contarme una milonga de esas de película moñas, en la que un día...

—Me la encontré hecha polvo en una cafetería cerca de tu casa. Yo había quedado con unos colegas para tomar unas copas por esa zona y no sé por qué me acerqué. Estela lloraba..., joder, siempre se ha mostrado fuerte y me preocupé.

—¿Lloraba? —pregunté, sintiéndome un poco cabrón, pues a buen seguro yo tenía parte de culpa.

—Sí. La vi sola, con una copa delante y los ojos enrojecidos. ¿Qué querías que hiciese?

—¿Acompañarla a casa? —sugerí.

—Eso hice —respondió, obviando mi tono sarcástico—. No quería contarme nada, pero cuando te llamó *cabrón insensible* me hice una idea de por dónde iban los tiros.

Cerré los ojos e imaginé de qué noche hablaba: fue cuando Berenguela se

presentó en mi casa, arruinando cualquier posibilidad de que Estela y yo habláramos.

—Y por lo que veo sacaste tu lado más tierno y la consolaste, ¿no? —apunté con ironía y, como me había terminado la cerveza, no esperé la respuesta y me fui a la barra en busca de más, así de paso Armando tendría la oportunidad de organizar sus pensamientos y hablar de forma coherente.

Regresé al incómodo asiento de escay y le entregué su botellín en silencio. Él me miró visiblemente contrariado, yo ni me inmuté. Éramos amigos, así que lo menos que podía hacer era contarme la verdad.

—Joder, Fabio... —masculló, aceptando la cerveza—. Quería habértelo contado yo, pero..., mierda, no sabía cómo ibas a reaccionar. Aunque..., no pareces muy molesto.

Sonreí de medio lado.

—Si quieres te reto a un duelo y arreglamos nuestras diferencias —dije, poniendo cara de «no me vengas con tonterías».

—Mira, ocurrió y punto. Nunca hemos discutido por una tía y ahora no vamos a hacerlo, ¿verdad?

—Discrepo. Una vez me echaste una buena bronca porque te querías tirar a aquella pelirroja y al final me eligió a mí —le recordé sólo para picarlo.

—Eso fue un golpe bajo —admitió con una leve sonrisa—. Pero tú y yo sabemos que Estela no es un polvo cualquiera.

—No, no lo es —convine—. De ahí que...

—¿Vas a amenazarme en caso de que no me porte bien con ella?

—No, no hace falta... —dije, pensando en Estela y su carácter decidido.

—Mejor, porque me toca un poco los cojones la falta de confianza. Das por supuesto que voy a hacerle daño —refunfuñó Armando.

—Supongo que me baso en tus antecedentes —repliqué, disimulando mi regocijo ante su apuro.

—Gracias —masculló picado.

—No obstante, supongo que debo darte un voto de confianza; además, si se te ocurre remotamente hacerle cualquier cosa, estoy seguro de que ella misma se ocupará de retorcerte los huevos. —Hizo un gesto de dolor ante mis palabras—. Ah, y también tiene una relación muy especial con un inspector de Hacienda —añadí con recochineo.

—¿Con el inspector Abad? —preguntó con incredulidad.

—Ese mismo —le confirmé.

—Bah, tranquilo. Lo mandó a paseo tras la segunda cita, creo.

—Vaya, ya veo lo bien informado que estás —dije, entendiendo que Armando podía ser un dolor de huevos, pero que con Estela no jugaría.

—Reconozco que estoy acojonado, eso es cierto —murmuró, poniéndose en plan filosófico—. Es la primera vez que... —Arqueé una ceja ante aquel tono tan cercano a la cursilería—. Bueno, maldita sea, que esta vez es diferente. Punto. No me voy a poner moñas precisamente contigo, joder. Manda huevos...

Me eché a reír.

—De acuerdo, no insistiré, aunque, te lo advierto —imité la voz del Padrino y hasta entorné los ojos—: te estaré vigilando.

Armando bebió refunfuñando entre dientes y al final me eché a reír a carcajadas.

—Y ahora que ya te has descojonado a mi costa, vamos a hablar de cierto amigo, juez para más señas, que ha decidido mandar su prometedor carrera a la mierda y todo por un calentón.

—No es un calentón —me defendí, porque si bien al principio lo era, esa etapa dio paso a otra más complicada. Me había tirado a Berenguela, lo que en principio resolvía el problema del calentón, y aun así seguía deseándola.

—Por muy buena que esté la señorita Zahner, no me mientas, porque tengo ojos en la cara. No sé yo si merece la pena.

Cambié de postura, incómodo ante la mención de Berenguela. Vale, ahí me había pillado, yo estaba en la cuerda floja y Armando tenía razón.

—No me pongas esa cara, que estoy al tanto de todo —apostilló y me dio la sensación de que, tras tocarle yo la moral con el asunto de Estela, ahora se estaba vengando—. No hace falta que te recuerde que mi información es fidedigna.

—¿Y...? —mascullé, cabreándome por segundos.

Armando abandonó su postura relajada, se incorporó y puso cara de preocupación.

—Me parece que no eres en absoluto consciente de dónde te estás metiendo.

—Sé a la perfección dónde me estoy metiendo —rezongué, respirando hondo, porque hacía ya cuatro días que no la veía. Cierto que ya quedaba menos para nuestra próxima cita, pero se me estaba haciendo eterno.

—No pretendía que fuera un chiste con connotaciones sexuales, que conste.

—Sé lo que me hago —alegué en mi defensa.

—Ya... eso decimos todos —dijo, levantando su botellín en un claro gesto irónico—. Oye, Fabio, yo no soy el mejor ejemplo de sensatez cuando se trata de damas, pero esta mujer te va a causar más problemas de los que puedes resolver.

—Joder... ¿te crees que no lo sé? —repliqué, pasándome la mano por la cara.

—Mira, a veces, y no me preguntes por qué, nos encoñamos. No sé si se trata de un gen deforme, de una malformación genética o una puta costumbre, pero tú..., me cago en la puta, Fabio, se supone que tú siempre has sido el sensato, el razonable, el que no piensa con la punta del capullo.

—Pues ya ves...

—No sé qué puede darte esa tía, de verdad que no me lo explico. Vale, está buena, buena, tiene un polvazo y todo lo que tú quieras. —Me limité a poner cara de circunstancias ante los «cariñosos» cumplidos que Armando le dedicaba a Berenguela—. Sin embargo, no creo que compense.

Explicarle qué clase de compensaciones obtenía a cambio estaba fuera de lugar.

—Por las relaciones complicadas —repetí, chocando mi botellín con el suyo.

—Oye, no pretendo amargarte la vida, sencillamente quiero que esto no se te vaya de las manos.

Me recosté en el asiento, eché la cabeza hacia atrás y cerré los ojos. Allí, en aquel bar del que ni siquiera me molesté en averiguar el nombre, en compañía de mi mejor amigo y con unas cuantas cervezas encima, pensé en sus palabras.

—Tienes razón, me estoy metiendo en un lío de tres pares de cojones — admití con un suspiro.

—Por tus palabras deduzco que vas a volver a verla —apuntó él con una sonrisa cómplice.

—Sí —asentí—. Esto es una mierda. Por mucho que intento racionalizar el asunto, siempre llego a la misma conclusión y eso me pone de muy mala hostia.

—Te comprendo. No te haces una idea de los remordimientos que tuve los primeros días de salir con Estela. Reconozco que incluso te evité. Me sentía un traidor —se lamentó Armando.

—Lo peor de todo es que aun siendo consciente del lío en el que estoy metido, no puedo pensar en otra cosa que no sea volver a tocarla —dije yo,

también en tono quejica.

—Vaya dos... —murmuró él, levantándose con la idea de traer más bebida, porque desde luego la necesitábamos.

Al final, como yo preveía, acabé llegando a casa a las tantas y bastante perjudicado, pero al menos había hablado con Armando y aclarado puntos muy importantes de nuestra amistad.

* * *

Al día siguiente llegué al despacho hecho una mierda. Gruñí más que saludé a quienes se cruzaban conmigo y conseguí entrar en la oficina parapetado tras las gafas de sol. Estela, cómo no, me siguió más contenta que unas pascuas, ya que le había servido en bandeja la oportunidad de tocarme los cojones. Y además su querido Armando ya la habría puesto al corriente, por lo que sus ganas de celebrarlo chocarían de manera frontal con mis ganas de encerrarme a cal y canto y descansar.

—Tengo malas y muy malas noticias; ¿cuáles quieres escuchar primero? —canturreó, cerrando la puerta tras de sí y jugando a la secretaria competente

Me dio la sensación de que lo hacía con más brusquedad de la normal, para atormentarme, desde luego.

—¿Puedes traerme un analgésico y un café, por favor?

Ella se contoneó delante mis narices mostrándome su ajustada falda tubo de un rojo hiriente y se detuvo delante de mí. En vez de cumplir mi orden, me quitó las gafas de sol, dobló una patilla y se las colgó del escote de su camisa negra.

—Estela... —gruñí.

—Vamos con el orden del día —dijo sonriente—. Primer punto: en menos de... —miró su reloj— una hora, tienes que recibir a tu querida Lola, dispuesta a pisarte los huevos.

—Ésa es la noticia muy mala, supongo —mascullé, frotándome las sienes.

—Pues no —replicó, dedicándome una sonrisa deslumbrante—. Tuvo a bien informarme de que ya ha presentado la acusación formal contra la señorita Zahner y que espera que tú la llames a declarar antes de una semana.

—Joder..., me cago en su puta madre...

—Sí, lo mismo pensé yo —convino en tono amable—. Me temo que no

tienes más excusas para alargar esto, señoría.

—¿Podrías al menos no tocarme los cojones? —pregunté resoplando—. ¿Y traerme un café bien cargado?

—La máquina del pasillo no funciona.

—Ésa es la noticia mala, ¿no?

—Ajá. Pero si me lo pides con educación, bajo al bar.

—Por favor —obedecí, y ella hizo una mueca, ya que mi voz no sonó muy convincente.

—Voy a concederte el beneficio de la duda. —Caminó hacia la puerta—. Más que nada porque si esa zorra va a venir, te quiero en plenitud de facultades.

—Vaya, gracias.

Se marchó en busca de ese café revitalizante y yo me recosté en el sillón. Cerré los ojos e intenté relajarme, porque la que se me venía encima era para estar preparado.

Lola iba a por mí. Ciertamente que como fiscal su misión era acusar, e intentar hacerlo con el mayor rigor posible, aunque se le notaba cierto tufillo revanchista.

De acuerdo, las pruebas contra Berenguela estaban allí, sobre la mesa. Los informes de Hacienda no mentían. Los movimientos bancarios, sus andanzas avaladas por la policía... Joder, es que no existía ni una sola duda razonable más allá de su palabra y, por desgracia, ante la fiscal eso no serviría de nada.

La odiosa puntualidad de Lola hizo que a la hora prevista entrara en el despacho. Vestida como siempre de manera sobria, aburrida y profesional, me saludó con la formalidad acostumbrada y esperó a que yo le diera la palabra.

—Señorita San Pedro..., la escucho.

Comenzó a exponerme todas las razones en las que se basaba la acusación; la primera y más relevante era la evasión de impuestos a través de diferentes sociedades, según lista proporcionada por el técnico de Hacienda.

Saltaba a la vista que la fiscal se tomaba aquello de manera muy personal, pues subrayaba cada argumento con tal énfasis que, de haber sido posible, Berenguela ya estaría en prisión.

—¿Qué opina, señoría?

Su pregunta iba con segundas, ya que, tras su exposición, a mí sólo me quedaba un camino. Pero quería, y no sabía cómo, avisar a Berenguela, aunque aquello fuera en contra del buen juicio.

—Voy a citarla de nuevo —dije, y la cara de perplejidad de la señorita San Pedro no me sorprendió.

—¿Citarla, señorita? —inquirió, tragándose la bilis.

—Eso he dicho —confirmé. Aun siendo consciente de que me la estaba jugando, era la única forma de darle una última oportunidad a Berenguela para que de verdad cumpliera la promesa que hizo de colaborar en la investigación.

—No me parece lo más acertado —discrepó ella, manteniendo las formas, pero yo bien sabía que estaba hirviendo por dentro—. Así la señorita Zahner podrá seguir destruyendo pruebas.

—Es mi decisión —sentencié—. Será la última comparecencia, se lo aseguro, señorita San Pedro.

—¿Y por qué no ha ordenado ya un nuevo registro? —me preguntó, y no encontré ninguna explicación lógica, por lo que me vi obligado a decir:

—Lo haré.

Hecha una furia, algo que, por supuesto, disimuló con su refinada contención, Lola salió del despacho dejándome por fin a solas y maldiciendo, a la espera de que Estela me trajera el jodido café que llevaba tanto rato esperando.

Capítulo 30

Estela

La tensión se podía cortar con un cuchillo. Mis manos volaban sobre el teclado, registrando cada una de las declaraciones. Yo estaba acomodada a la derecha de Fabio, que intentaba controlar los nervios, ya que la fiscal, la petarda de Lola, no dejaba de mirar a la señorita Zahner como si le lanzara cuchillos.

Fabio lograba a duras penas mostrarse imparcial, algo que le resultaba muy difícil, ya que nadie parecía querer colaborar. El abogado de Berenguela, el señor Palazón, había adoptado una actitud más combativa de lo habitual y ella..., ella no sabía ni dónde posar la vista. Se mantenía con la cabeza gacha y evitaba en todo momento mirar a Fabio. Desde luego, había que hacer algo para que el ambiente se relajara, pues hasta yo, que *a priori* no debería verme afectada, lo estaba. Sufría por él, ya que conocía su relación; el pobre intentaba salvar los muebles sin por ello ver comprometida su reputación.

Lola no dejaba de arremeter contra el abogado defensor, tirando por tierra cada uno de sus argumentos, incluso llegaba a interrumpirlo a mitad de su exposición y todo con una media sonrisa dañina dirigida a Fabio.

Saltaba a la vista que aquella asquerosa lo estaba disfrutando. Había que ser muy retorcida o tener una vida de lo más mediocre para gozar con algo así. Aun a riesgo de que fuese un pensamiento de lo más machista, estaba claro que necesitaba un buen pollazo, a ver si de ese modo se le quitaba la cara de acelga. Y yo, que estaba al corriente de lo ocurrido, por desgracia, entre Fabio y ella, tuve que contener las ganas de lanzarle uno de mis zapatos de tacón para ver si

así se callaba un poco, porque desde luego qué cargante era la tía y qué repelente.

Tenía que ocurrir algo para frenar aquello, un apagón, un fallo en el sistema de calefacción, un terremoto, un desastre informático... Lo que fuera, porque al final Fabio acabaría estallando y entonces todo se iría a la mierda. Seguí transcribiendo todo cuanto se decía en la sala, mientras mi cabeza buscaba con ahínco una forma de parar aquello. Entonces disimulé una sonrisa, pues en mis manos podía estar la solución... Un desastre informático... Podía meterme en un buen lío, pero no lo pensé dos veces. Pulsé un par de teclas para que el ordenador se volviera loco y empezara a reiniciarse.

—Señoría... —dije, dirigiéndome a Fabio, que escuchaba a Lola con cara de circunstancias.

Interrumpir su alegato me produjo una extraña satisfacción. Ver la mirada de asco que me dirigió, pues no le gustaba ni nada hablar de manera pomposa, fue un premio.

—¿Qué ocurre? —inquirió Fabio, mirándome de reojo.

—Lo siento..., no sé qué le pasa a este ordenador, no responde... —Fingí lo mejor que pude no tener ni pajolera idea de lo que estaba pasando. Incluso llegué a poner cara de asombro.

El abogado de Berenguela me miró frunciendo el cejo y se inclinó para hablar al oído de su defendida, mientras yo continuaba con mi magnífica actuación.

—¿Se ha registrado lo declarado hasta ahora? —preguntó la imbécil de Lola con su aire de superioridad.

—Pues no sabría decirle, señorita San Pedro —respondí toda cordial, y creo que Fabio pilló el tonito irónico.

—Llame a mantenimiento de inmediato —ordenó Fabio, aun sabiendo que yo tenía conocimientos suficientes como para intentar solucionarlo.

—Pero... pero —protestó Lola, pero se topó de frente con la determinación de Fabio, ya que éste suspendió la vista hasta que el problema informático quedara resuelto.

Se retiró a su despacho y yo lo seguí. Nada más cerrar la puerta, algo que Fabio hizo con furia, se quitó la toga y se dejó caer en su sillón. Me observó de reojo y yo mantuve las distancias, ya que me podría caer un buen rapapolvo.

Descolgué el teléfono, aunque en vez de marcar la extensión del departamento correspondiente, marqué el número de mi casa y fingí dar instrucciones con tono exigente, para que reparasen la avería en el menor tiempo posible.

—Y ahora, tú y yo vamos a hablar de lo sucedido ahí dentro —me espetó él con rabia—, porque no me cuadra que un equipo informático casi nuevo falle así como así.

—¡Tenía que sacarte de ahí antes de que la cagases!

Y aún tuvo la desfachatez de poner cara de ofendido, cuando todo aquel tejemaneje era por su culpa.

—¿Perdona?

—Me ha oído a la perfección, señoría —respondí, sabiendo que tocarle así los huevos no beneficiaba; pero, qué carajo, me había jugado el tipo por él, así que lo menos que podía hacer era mostrarse un poco más colaborador.

—No tengo la menor idea de lo que tramas. Sólo espero que esté solucionado lo antes posible —masculló mientras se despeinaba con los dedos, dando muestras de su frustración.

—Lo que he hecho ha sido salvarte el culo, gilipollas —le espeté, acercándome hasta pegar mi nariz a la suya.

—¿Jodiendo el ordenador?

—Ha sido un fallo informático —me defendí toda digna, y él resopló ante ese argumento tan peregrino.

—Ya...

—¿Y qué querías que hiciera? ¿Quedarme de brazos cruzados? Joder, Fabio, que estabas a punto de saltar sobre Lola y estrangularla. ¡Parecías el abogado de la defensa! —exclamé.

—Lo tenía todo controlado, maldita sea. Y vas y te metes en medio. Sólo estaba dándole cuerda para que me dejara en paz, luego ya tomaría mis decisiones.

—Ah, claro, claro... ¿Y sobre qué base, señoría? —repliqué con sarcasmo, porque estaba tan cegado que no veía la realidad ni aunque ésta le mordiera el culo.

—Esto tendrá consecuencias, no lo dudes.

Le hice una pedorreta. Sí, de acuerdo, Fabio me miró como si me faltaran un

kilo de tornillos y reconozco que fue una reacción pueril, pero empezaba a cabrearme, y mucho, que no hiciera al menos el esfuerzo de comprender mi punto de vista.

—¡Métete las consecuencias por donde te quepan, joder!

El tono de nuestra para nada amigable conversación iba subiendo de intensidad, lo que podía ser contraproducente, ya que quizá nos oyeran desde el despacho y eso sólo nos acarrearía serios problemas. Respiré hondo. Dos veces antes de continuar hablando.

—Mira, puede que no haya sido la mejor forma de parar esto, pero ahora, por una vez, abre los ojos. Lola está rabiosa, de acuerdo, y no le queda más remedio que aguantarse, y usted, señoría, aproveche para relajarse—. Lo miré de arriba abajo, porque no sólo estaba cabreado, sino también excitado; lo conocía lo suficiente como para darme cuenta de ello.

—Déjame en paz y arregla ese desaguisado antes de que surjan más problemas —me advirtió—. Estela, que nos conocemos...

—Te traeré una tila doble. No, mejor triple, que la necesitas —afirmé, saliendo de su despacho mientras resoplaba ante su terquedad.

Fui a la mesa y me senté. Necesitaba diez minutos para recapacitar. No tenía la más remota idea de dónde conseguir un litro de tila para Fabio, eso de entrada, y me mordí el labio evaluando mi comportamiento. Incluso aceptando que no había sido el ideal, también llegué a la conclusión de que no podía dar marcha atrás. Así pues, sólo encontré un camino a seguir y, antes de que me lo replantease, me puse en pie y me fui en dirección al despacho.

Antes de nada le expliqué a la petarda de la fiscal que aquello iba para largo. La muy gilipollas me miró con condescendencia. Cómo me hubiera gustado cantarle las cuarenta, sin embargo, me mordí la lengua y con mi sonrisa más profesional le dije que con toda seguridad la vista quedaría suspendida y que con mucho gusto la avisaría de la siguiente convocatoria. Lola hervía de rabia, lo que me produjo un perverso placer. Sin más, la dejé con su mala leche y fui derecha a mi siguiente escala. Llamé suavemente con los nudillos a la puerta de la sala donde se reunían los abogados con sus clientes. Esperé los cinco segundos de cortesía y entré.

Lo primero que me llamó la atención fue lo cerca que estaba el abogado, el señor Palazón, de la señorita Zahner. Un lenguaje no verbal muy explícito. Daba

la sensación, y dudaba de que me confundiera, de que o bien en el pasado había existido entre ellos algún acercamiento no profesional o bien iba a existir. La señorita Zahner fue quien se apartó primero al detectar mi presencia y eso me confirmó que él quería algo más.

Ambas nos evaluamos con la mirada. No hacían falta palabras, ya que las dos estábamos al tanto de lo que sucedía con Fabio.

—Venía a informarles que, debido a un fallo informático... —de tanto repetirlo al final me lo iba a creer—, se pospone la vista hasta nuevo aviso.

Vi cómo el abogado disimulaba su enfado. Me llamó la atención en cambio la cara de alivio de ella, sin duda lo había pasado muy mal. Pero mi intervención sólo había sido un balón de oxígeno, porque Lola arremetería de nuevo, aunque al menos de momento podría relajarse.

—¿Y no se puede hacer nada? ¿Traer otro ordenador? —sugirió el abogado impaciente.

—Me temo que es imposible, ya hemos contemplado esa opción —mentí, y entonces caí en la cuenta de que ya sabía dónde encontrar el bidón de tila para Fabio.

Ahora bien, para ello debía despistar al señor Palazón, pero ¿cómo?

Por pura intervención divina, del karma o qué sé yo, sonó un móvil y fue el de él. Se disculpó para atender la llamada, saliendo un instante de la sala, lo que me brindó una oportunidad de oro. Me acerqué a Berenguela Zahner y le dije:

—Ve al baño y espérame allí.

—¿Perdón? —murmuró ella sin comprender.

—Hazlo, maldita sea. Luego te lo explico.

Algo debió de notar en mi tono apurado y asintió.

Me despedí de ambos y oí cómo ella le comentaba al abogado cuando volvió que necesitaba ir al aseo. Sonreí y continué caminando hacia los servicios. La esperé dentro y, como si fuese una vulgar lianta, miré por debajo de las puertas para asegurarme de que no hubiese oídos indiscretos. Sólo faltaba que la petarda de Lola apareciese por allí. Hubo suerte y sólo me encontré con otra secretaria. La saludé y fingí peinarme con los dedos mientras ella se lavaba las manos.

Esperé nerviosa a que la señorita Zahner apareciera, mientras le sonreía a mi compañera de trabajo, confiando en que se largara cuanto antes. La puerta de los aseos se abrió y entró Berenguela. Me miró desconfiada, pero al menos no dio

media vuelta. Por fin la secretaria plasta nos dejó a solas y yo, todavía sin tener un argumento convincente, corrí a cerrar la puerta para que nadie nos interrumpiera.

—Sé que esto no tiene ni pies ni cabeza —comencé, y me di cuenta de que no era la forma más adecuada de ganarme su confianza. También pensé qué cosas que tenía una que hacer por un ex gruñón que no se merecía mi preocupación, pero como siempre he sido una tonta sentimental, pues allí estaba yo—. Lo siento, antes debería decirte quién soy.

—La secretaria del juez Castell —contestó ella, y sonreí por cómo llamaba a Fabio.

Tenía que ser duro mostrarse con tanta corrección. La entendía, porque a mí me pasaba lo mismo.

—Sí, lo soy, y además se podría decir que somos muy buenos amigos.

Como mujer, seguro que ella ya había hecho otra lectura de mis palabras, en especial después de aquella vez que se presentó en casa de Fabio y nos encontró allí.

—No entiendo por qué me has hecho venir aquí —dijo, intentando no tocar nada. Permanecía de pie, inmóvil y rígida.

—Sé lo que ocurre entre vosotros. No los detalles, por supuesto, pero sí que Fabio y tú tenéis algo. No hace falta ser una lumbrera. Lo raro es que Lola...

—¿Quién? —me interrumpió.

—Dolores San Pedro, la fiscal, con lo resabiada que es, no se ha dado cuenta. Se la tiene jurada a Fabio. Sea como sea, va a por él, quiere joderlo, para qué te voy a engañar, y si es con tu caso o con otro, lo mismo le da. ¿Me sigues?

—Esto es de locos... —musitó, negando con la cabeza.

—No te diré que no. Escúchame, por favor. Fabio está en su despacho, como puedes imaginar, hecho una furia, y creo que sólo tú puedes lograr que se tranquilice.

Berenguela parpadeó. Por su reacción deduje que era lo último que esperaba y, por supuesto, se mostró desconfiada. No la culpé, pues yo hubiera respondido de igual manera; fiarse de una desconocida podía acarrearle muchos problemas.

—Debería volver con mi abogado —dijo prudente.

—Mándale un mensaje y ven conmigo, por favor —le pedí en tono amable, esperando que me diera un voto de confianza—. No tienes nada que perder y

estoy segura de que tenéis mucho de que hablar.

Vi cómo se debatía entre la lógica (mandarme a paseo) y su lado visceral (seguirme) Yo miré el reloj, porque ya estábamos perdiendo demasiado tiempo y, conociendo a Fabio, éste podía haber hecho cualquier tontería, en su estado de nerviosismo todo era posible.

—Vamos —insistí, señalando la puerta.

—Está bien —accedió Berenguela, y yo abrí la marcha.

Caminó a mi lado, algo para nada sospechoso. Aunque por suerte no nos cruzamos con mucha gente. Mejor. Me detuve frente al despacho de Fabio y llamé con los nudillos. Con voz impertinente, él dijo que adelante y yo asomé la cabeza.

—¿Se puede? —pregunté, fingiendo normalidad.

—¿Desde cuando eres tan educada? —refunfuñó, como una vieja a la que le pisan un juanete.

—Te traigo una tila, ¿puedo o no puedo pasar?

—Odio ese brebaje. Tráeme un café. —Y añadió entre dientes—: Por favor.

—Tila o nada —lo provoqué.

—Deja de tocarme los cojones.

Berenguela, detrás de mí, debía de estar flipando. Mira por dónde le estaba mostrando una nueva faceta de la personalidad del juez Castell, algo que sin duda jamás vería de no ser por mi intervención.

—Algún día me lo agradecerás —murmuré toda ufana, ocultando mi satisfacción por hacer la buena obra del día.

Abrí del todo la puerta y me aparté para que la viera. Fabio se puso de inmediato en pie y Berenguela dio un paso adelante. Con cautela, así que no me quedó más remedio que hacerle una seña para que se metiera dentro y cerrara la puerta. Hubiera dado cualquier cosa por ser testigo de aquel encuentro, no por morbo, sino por curiosidad, porque lo cierto es que vaya tela. Fabio tenía un envidiable historial femenino, había ligado y follado (mi ex no era de esos que pelan la pava) con todo tipo de mujeres y seguía estando más bueno que el pan con chocolate, pero ir a encoñarse con una acusada... Joder, ahí se había superado a sí mismo.

Desde luego, el morbo era innegable y, como afrodisíaco, la situación no tenía igual, sin olvidar la clase de lío en la que se estaba metiendo por no

mantener la bragueta bien cerrada. Y me extrañaba que Fabio, tan odiosamente racional, hubiera pensado con la polla en vez de con la cabeza en aquel caso, ya que teniendo a su disposición a unas cuantas mujeres con las que desahogarse (incluida yo), había acabado loco por la señorita Zahner.

Mi contribución como buena persona y amiga desinteresada por el bienestar de Fabio había concluido, y por tanto debería empezar a arreglar el desastre que yo misma, en mi faceta de salvadora, había causado.

Me fui a la sala de vistas y me senté delante del ordenador. Mientras lo reiniciaba, me vino a la cabeza el momento exacto en que lo conocí. No pude evitar sonreír. ¿Cuánto había pasado, diez, quince años? Daba igual. Desde luego cada uno llevábamos a cuestas nuestra propia historia. Varios años en común...

* * *

Conocí a Fabio en una fiesta universitaria, él estaba en el último año de Derecho y saltaba a la vista que era el típico tío que va de desenfadado, pero que luego es el primero de su promoción. Ni hubo amor a primera vista ni mucho menos atracción animal ni chorradas por el estilo. Me pareció guapo y poco más. Además, aquella noche sé que acabó follando con una medio novia que tenía. No le di importancia. Lo curioso es que unos meses más tarde coincidimos en un curso de verano y no sé si fue el aburrimiento de las clases, que yo había cortado con mi chico o que al verlo sereno y tranquilo me pareció otro. Acabamos en el dormitorio de mi apartamento compartido de estudiante, ambos desnudos. Fue la primera vez que de verdad disfruté en la cama con un hombre. Hasta la fecha todo habían sido proyectos mal acabados de sexo. Y no sólo debido a la parte técnica, sino también al resto. Me divertí, joder, claro que me divertí.

A partir de ese momento tonteamos, hoy sí, mañana no..., hoy no puedo... Sin ataduras... Y si bien tanto Fabio como yo quisimos negar la evidencia y ambos mirábamos para otro lado cuando él o yo nos liábamos con otra persona, al final aceptamos lo inevitable. Nuestra relación, producto de la madurez, no de un arrebato, se fue afianzando, al tiempo que cada uno seguía progresando en su carrera profesional. Yo aprobé las oposiciones y él obtuvo su plaza de juez. Fueron los años en que vivimos de alquiler, en los que mis padres y los suyos nos echaban una mano, cuando nos sentíamos los reyes del universo.

Sin embargo, todo eso fue cambiando. Yo no me di cuenta y él tampoco, pero sucedió. Fabio se folló a otra, una imbécil que decía ser mi amiga, y si bien el único responsable fue él, me jorobó bastante en su momento. Rompimos, aquello estaba cantado; no obstante, seguía queriéndolo, deseándolo y, por su reacción, supongo que a él le pasaba lo mismo conmigo hasta hacía bien poco.

Siempre que lo veía enrollarse con alguna, sentía aquel pequeño pellizco que me recordaba lo que había sucedido entre nosotros, aunque deduzco que, como casi todo, se me fue pasando hasta que dejé de sentirlo. Continuaba follando con él cuando nos venía bien a los dos, porque Fabio podía ser un cabrón cuando se lo proponía, pero un cabrón que follaba estupendamente, y yo no tenía por qué renunciar a esa pequeña satisfacción.

De nuevo el equilibrio se rompió cuando la señorita Zahner entró en escena. Al principio confieso que por primera vez sentí celos, ya que otra ocupaba mi lugar. Me dolió, incluso más que cuando se folló a aquella gilipollas que yo tenía por amiga, porque enseguida vi que Berenguela Zahner podía ser importante.

Me desesperé, me enfadé con él sin motivo, sí, no podía controlar mis sentimientos. Una reacción quizá ridícula, típica de una persona inmadura y, para más inri, cuando peor lo estaba pasando, fui a tropezar con el tipo más odioso del planeta: Armando. La de veces que había querido arrancarle los ojos por meterse conmigo. La de ocasiones en las que hubiera derramado café caliente sobre su entrepierna sin saber que, de haber llevado a cabo tales acciones, terminaría por arrepentirme.

* * *

No podía evitar ponerme cachonda al pensar en él. Apreté los muslos para contener un poco mi excitación mientras continuaba arreglando aquel desaguisado informático.

Y al otro lado de la puerta del despacho de Fabio no se oía nada.

—Qué silenciosos —murmuré con una sonrisa.

Cogí el móvil, me subí el vestido, abrí las piernas y me hice una foto del tanga para enviársela a mi chico.

Capítulo 31

Berenguela

Había quedado con Natalia a última hora de la tarde para una de esas cenas de chicas que tanto echaba de menos en los últimos tiempos, porque entre el trabajo, mis problemas, los suyos y la historia con Fabio apenas podíamos disfrutar de tiempo para estar juntas. Cuando iba de camino hacia nuestro restaurante de cabecera, recibí una llamada de Mónica que me sorprendió. Y lo que me dejó aún más aturdida fueron sus palabras: quería comentarme un asunto privado y urgente. Temí (como era de esperar debido a los acontecimientos) lo peor, pero ella insistió que no me preocupara, aunque por teléfono no quería decirme nada. Al final opté por que se nos uniera a Natalia y a mí, no creía que a mi socia le molestara. Es más, seguro que se mostraría encantada y, sobre todo, curiosa por la actividad de Mónica.

Dejé el coche en un estacionamiento cercano y me dirigí al restaurante a paso lento, pues no me apetecía llegar la primera y, conociendo a Natalia y sus manías con la puntualidad (traducido: no lo era nunca), disponía de tiempo de sobra.

No podía quitarme de la cabeza la reunión que había tenido un par de horas antes con Eliseo. El motivo era bien sencillo: organizar mi defensa y comprobar que las directrices que yo daba para que los negocios de mi padre fueran legales surtían efecto. Para empezar, habíamos realizado varias declaraciones complementarias de impuestos para al menos tener ese frente cubierto. Por supuesto, me encontré con la oposición frontal de Nogales, que se subía por las

paredes y despotricaba sobre la falta de respeto por el hombre que levantó el negocio. Me traía sin cuidado y advertí por enésima vez al administrador de mi padre que no escondiera ninguna documentación y que dejara de entrometerse, porque yo, al igual que Eliseo, sospechábamos que sus injerencias, lejos de haber cesado, eran cada vez más habituales. Matías Narváez, el encargado del club de alterne, me prometió adoptar las medidas que yo le había dejado bien claras, pero dudaba de que lo hiciera, pues tanto él como Nogales llevaban el suficiente tiempo juntos en el negocio como para no dar su brazo a torcer así por las buenas.

Aunque no era sólo ese asunto el que Eliseo quería tratar conmigo. Lo que yo temía en realidad era el «otro» asunto: las insinuaciones cada vez más descaradas del abogado. Ya no sabía cómo disuadirlo, porque para ello tendría que ser grosera y no me apetecía llegar a ese extremo. Sin embargo, algo debía hacer, pues no quería nada con él. Tras mi desaparición el día del juzgado, Eliseo había intentado sonsacarme el motivo, pero yo me las apañé recurriendo a la mentira universal femenina repelehombres: me había venido la regla. Y mi abogado no fue una excepción: puso cara de circunstancias y sonrió de manera displicente.

Si él supiera...

Llegué al Cien Fuegos, un restaurante que me encantaba, y entré. Como yo preveía, ni rastro de Natalia. Allí me sentía como en casa y los camareros me conocían, lo mismo que el encargado, y enseguida estuve acomodada a una de las mesas del fondo, donde podríamos hablar sin que nos molestasen. Pedí agua con gas, porque si luego tenía que conducir no quería problemas, y esperé. Revisé el móvil para hacer tiempo. El acoso de Eliseo me mantenía inquieta, pero eso no era más que una minucia, porque cada vez que se me acercaba o me tocaba de manera casual, yo sólo podía pensar en Fabio. Por alguna razón que no llegaba a comprender, su secretaria, con la que sin duda él tenía algo más que una amistad, nos había reunido y... Tuve que cerrar los ojos al recordar lo que ocurrió en aquel despacho. También tuve que beber un buen trago para que mi rubor no me pusiera en evidencia. Así que disimular delante de Eliseo, evitar sus insinuaciones mientras pensaba en Fabio, era toda una demostración de carácter.

—Hola, hola... —canturreó Natalia, sentándose frente a mí—. Hoy al llegar a casa voy a caer muerta, hija, qué tute llevo.

Sonreí y llamé la atención del camarero para que se acercara y que así ella pudiera pedirle algo de beber.

—Espero que no te importe, se nos va a unir Mónica.

—¿Quién? —preguntó, resoplando y quitándose la chaqueta.

—La dueña de la vivienda de la calle Venecia, ya sabes...

—¿Ah, sí? —inquirió divertida—. ¿Y eso?

—Tiene algo que contarme —respondí, encogiéndome de hombros.

—Pues vale. Y ahora, dime, ¿qué está pasando entre Eliseo y tú? ¿Entre el juez y tú? ¿Y entre el resto de los hombres y tú? Hija, que no me vas a dejar uno libre —se guaseó.

—No grites —pedí, mirando a mi alrededor por si alguien se había percatado de sus imprudentes palabras.

—Vale, vale —dijo, en tono de espía de serie B—. ¿Qué tienes que contarme?

—Eliseo... —Torcí el gesto—. No sé qué hacer para que se dé por aludido y no continúe insistiendo. Y si quieres, es todo tuyo.

—Paso, ya lo intentamos una vez y no hubo química. Vayamos al siguiente de la lista, el juez Castell.

—Baja la voz —siseé nerviosa—. Tengo una cita con él este viernes y...

—Ay, so pelandusca —me interrumpió, riéndose—. Qué envidia me das.

—Para decirle que se acabó —añadí.

—¿Y por qué vas a romper con él? Es la primera vez que un tío te emociona, te tiene loca, te hace más humana y deduzco que hasta folla bien. —Hizo una pausa para beber un buen trago de vino y yo puse los ojos en blanco ante ese tono tan prosaico—. Así que no veo el problema por ningún lado —concluyó como si nada.

—Joder, Natalia, sabes muy bien por qué no puedo seguir viéndolo.

—¡Chorradas! —exclamó—. Vale, tenéis que ir con mucho cuidado. Nada de arrumacos públicos. Nada de cenitas en restaurantes coquetos, pero, hija, mientras la cosa funcione...

—Te lo tomas a broma —refunfuñé, y entonces vi a Mónica entrar en el restaurante.

Le hice una seña para que se acercara y realicé las oportunas presentaciones. Desde luego, por su aspecto, pulcro y elegante, nadie diría a qué se dedicaba.

Natalia y ella enseguida encontraron un tema de conversación común: yo, algo que me cabreó, pues coincidían en ciertas cosas sobre mi relación con Fabio, y cuando Mónica comentó de pasada lo que había ocurrido cierta noche, estando ella presente, me atraganté con la cena. Mi socia, como era de esperar, abrió los ojos como platos, no porque se escandalizase, sino porque siempre disfrutaba fastidiándome y yo, que día sí y día también me negaba a considerar ese tipo de encuentros, había caído con todo el equipo.

—Como reza el dicho: «no digas de este agua no beberé ni este cura no es mi padre» —concluyó riéndose.

Yo puse cara de circunstancias y seguí comiendo, porque podía sonrojarme desde la raíz del pelo, pero, qué carajo, tuve que apretar los muslos al recordar lo que había experimentado ese día y, por supuesto, me entraron ganas de repetir a la mayor brevedad posible.

—Estoy segura de que Berenguela repetirá —afirmó Mónica, sonriendo de manera cómplice.

—¿La próxima vez podré mirar? —preguntó Natalia y yo negué con la cabeza.

—No te preocupes, si quieres ver escenas picantes en vivo y en directo... —Mónica le pasó una tarjeta y Natalia sonrió agradecida—. Y eso me lleva a recordar el motivo por el que te he llamado —apostilló, dirigiéndose a mí.

Me tensé, porque a saber qué ocurría. La intuición me decía que no podría volver a reunirme allí con Fabio, pues tarde o temprano nos descubrirían. De hecho, mi intención era verlo una última vez. Debía poner fin a mi faceta de loca desenfrenada.

—Dime —murmuré, preparándome para lo peor.

—¿Te acuerdas del día en que me acompañaste durante una escena?

—¡¿Cómo?!—exclamó Natalia—. ¡¿También has estado con otros?!

—¡No, por Dios! —me apresuré a aclarar.

—No, tranquila. Berenguela sólo estuvo de espectadora —explicó Mónica, sonriendo de manera suave.

—Lo dicho, me muero de envidia —suspiró mi amiga, exagerando, a mi parecer, un poquito—. Cuántas cosas tienes que contarme..., ¿no?

—No fue nada especial. Se trataba de un cliente muy aficionado a las escenas..., podríamos decir domésticas —prosiguió Mónica.

—No sé adónde quieres ir a parar.

—Ha insistido, y me temo que no logro disuadirlo, en que desea volver a verte —dijo, dejándonos tanto a Natalia como a mí con la boca abierta.

—¿Perdón? —murmuré, y eso que estaba preparada para lo peor.

—Ya sé lo que pensarás, que es una locura, sin embargo... —Mónica se mordió el labio y me puso cara de perrito abandonado, mientras yo negaba con la cabeza—... Si lo piensas bien....

—Aquello fue un día tonto, nada más —dije. Por mucho que acabara poniéndome cachonda perdida viendo aquello, no tenía la más mínima intención de repetir—. No voy a volver a sentarme allí para mirar.

—No pretende exactamente eso —añadió Mónica, y no podía sorprenderme más.

—¿Qué quiere? —preguntó la curiosa de mi socia, muy interesada; demasiado interesada, pensé.

—Verte a ti sola.

—¡Ni hablar! —exclamé.

—Escucha, no es lo que piensas. En primer lugar, se trata de una persona de suma confianza, eso te lo garantizo. Lo segundo, en mi negocio una de las máximas es la discreción y, por supuesto, saber complacer a cada cliente. Él te quiere a ti.

—Pero si yo no soy pu... —Me callé a tiempo para no ofenderla, aunque me había salido del alma.

Mónica tuvo la amabilidad de no enfadarse y de sonreír comprensiva.

—Lo sé y quizá ése sea el motivo por el que le resultas tan atractiva. La gente como él está harta de mujeres despampanantes que fingen por dinero, que hacen cuanto se les pide por un precio, y eso, a la larga, cansa.

—Perdón por mi ignorancia: ¿cuánto paga? —inquirió Natalia, frivolizando.

—¿Quieres hacerlo tú? —intervine con ironía y, para mi asombro, se encogió de hombros.

—No es cuestión de dinero —respondió Mónica sin dejar de sonreír—, es cuestión de complacer, de darle al cliente lo que desea, y ya te digo que te quiere a ti.

—No voy a acostarme con un hombre por dinero.

—Por dinero, por necesidad, por gusto, ¿qué diferencia hay? —reflexionó

Natalia, y estuve a punto de amordazarla para que no continuara diciendo estupideces.

—Muy cierto —convino Mónica—. Pero no, no quiere acostarse contigo, Berenguela.

—¿Entonces...? —Natalia se me adelantó.

—Lo que ese hombre pretende es simple y llanamente observarte —explicó Mónica con su tono más profesional, lo que no dejaba de sorprenderme, pues a mí todo aquello seguía pareciéndome irreal.

—¿Observarme? —pregunté extrañada.

—No es uno de esos clientes que van sólo por sexo, ya te lo he dicho. Le gusta más el erotismo, la sensualidad, la naturalidad. Puede follarse a mujeres impresionantes sin pagar por ello y le gusta experimentar...

—¿Es guapo? —la interrumpió Natalia y la fulminé con la mirada—. ¿Qué?

—Sí, lo es —admití a regañadientes.

—Quiere verte, por ejemplo, en una actitud habitual, nada sofisticado.

—¿No será un perverso de éstos a los que les gusta ver a las mujeres vestidas de chacha-porno quitando el polvo en tanga? —apuntó mi socia, siempre tan ocurrente.

—No, nada de eso, no es tan vulgar. Busca algo más elegante, más sugerente. Ha propuesto un encuentro sencillo y a la vez excitante, por supuesto.

A mí todo aquello, además de surrealista, me parecía fuera de lugar; no obstante, hube de reconocer el gran talento de Mónica para exponer la situación eludiendo el carácter comercial de la misma y presentándola como algo hasta elegante. Y creando además la expectación suficiente como para que yo, en vez de abandonar el restaurante enfadada, como sería lo más lógico, permaneciera allí, porque me había inoculado el virus de la curiosidad.

—¿No será algo escatológico? —inquirió de nuevo Natalia, poniendo cara de tanto asco que yo la imité.

—Qué cosas tienes —dijo Mónica, riéndose, pero sin sorprenderse, lo que me llevó a pensar que estaba de vuelta de todo—. No, nada de eso. Ha pedido media hora contigo mientras te das un baño.

—¿Perdón? —grazné yo.

—¿Va a pagar una pasta por ver cómo se enjabona, se aclara el pelo y se pone la mascarilla? ¿Y eso le resulta excitante? Hija, sí que hay gente rara por el

mundo —murmuró Natalia.

—Todo estaría supervisado —prosiguió Mónica, porque yo seguía en tal estado de estupefacción que no reaccionaba—. Y nunca sería más de media hora. Él no te tocaría ni tampoco se desnudaría. Tan sólo te observaría.

—¿Sólo mirar? —preguntó Natalia y ella asintió—. Interesante...

—Por favor —me quejé, hartita del sentido del humor de mi socia, porque se estaba luciendo.

—Mira, Berenguela, no es mi intención obligarte ni presionarte —dijo Mónica—, sin embargo, me gustaría que lo reconsiderases. *A priori* te puede parecer vulgar, obsceno, desagradable si lo prefieres, aunque deberías verlo como una experiencia nueva y excitante. Sentirte observada puede resultarte novedoso, un nuevo aliciente para tu sexualidad.

—Últimamente está bien servida, o eso parece —apuntó Natalia.

—No lo dudo —convino Mónica con una sonrisa cómplice—. No soy partidaria de rogar ni de insistir. Piénsalo —me pidió, dándome un apretón en la mano.

Después de esas palabras continuamos charlando, pero yo cada vez prestaba menos atención, ya que no dejaba de darle vueltas a aquella propuesta. Como si no tuviera ya bastantes quebraderos de cabeza como para añadir uno más.

Tal como Mónica me lo había expuesto, resultaba atractivo, y la sola idea de considerarlo ya suponía un peligro. Siempre sopesaba todas mis decisiones, bueno, todas menos una, porque la de liarme con Fabio no la pensé. Así que con la curiosidad en un lado de la balanza y mi habitual precaución en el otro, me fui a casa prometiéndole que le respondería al día siguiente. Tenía que meditarlo, por supuesto, y regresé a mí apartamento. Al hacerlo tuve un arrebato de rebeldía y saludé con la mano al coche que me seguía y hasta le guiñé un ojo al conductor.

* * *

Al entrar en mi casa, fui al dormitorio para desnudarme. Dejé toda la ropa en una percha, preparada para llevarla a la tintorería, y me fui desnuda en dirección al cuarto de baño. Hice una parada en el salón y encendí el reproductor de música, sin molestarme en averiguar qué CD estaba dentro. Las primeras notas

de piano me hicieron suspirar, Chopin con sus *Nocturnos* siempre me producía el mismo efecto. Me relajaba y me emocionaba; justo lo que necesitaba mientras me daba una ducha antes de acostarme.

Una vez en el cuarto de baño, cerré los ojos y apoyé las manos en la pared, dejando que el agua, la música y la soledad me ayudaran a soportar todo lo que tenía en la cabeza. Cada día se añadía a mi saco de preocupaciones una más. Darle vueltas estaba claro que sólo conseguiría desvelarme, así que me enjaboné rápidamente el pelo, dos veces, como siempre, y al ir a aclarármelo pensé en la propuesta de Mónica y mis movimientos se fueron ralentizando. Hundí los dedos y comencé a masajearme el cuero cabelludo. Me sentí como una de esas chicas de anuncio de champú que parecen tener un orgasmo cuando huelen el producto. No sé cómo, pero también mi postura se modificó. Nada de permanecer estática bajo el chorro de agua, me arqueé y, como si siempre me duchara de esa forma, mi cuerpo se contoneó. Me hubiera gustado observarme, tener un espejo cerca y comprobar si mis movimientos resultaban sexis. Terminé de aclararme el pelo y me apliqué el acondicionador. Mientras esperaba unos minutos a que el producto cumpliera su cometido, cogí el gel con extracto de mandarina y me vertí una cantidad exagerada sobre la palma de la mano para después empezar a enjabonarme los pechos de una forma muy poco convencional.

Me estaba comportando como una estrella del porno. No sé si es que estaba sugestionada por las palabras de Mónica, o que estaba atravesando uno de los periodos más extraños de mi vida, pero acabé tocándome como hacía años que no lo hacía. Con las manos me estimulé los senos, suaves y resbaladizos por el gel, y de ahí las fui deslizado hacia abajo. Las detuve justo a la altura del ombligo. Una leve vacilación que pronto pasó al olvido, pues separé las piernas y con los dedos me rocé el sexo. Gemí, bajito, al primer contacto, aunque a medida que me masturbaba fui aumentando la intensidad.

El agua caliente continuaba cayendo por todo mi cuerpo como la caricia de un amante imaginario, mientras con los dedos recorría cada pliegue hasta frotarme el clítoris y hacerme temblar. Apoyé la espalda en la pared, levanté una pierna apoyándola en el borde, para de ese modo poder acariciarme con mayor precisión. Entonces me di cuenta de que estaba desperdiciando un elemento fundamental y descolgué la alcachofa. Giré el selector para que en vez de soltar el agua en forma de lluvia lo hiciera en modo masaje, obteniendo más presión.

La dirigí a mi sexo y tuve que morderme el labio cuando recibí de lleno el chorro del agua sobre el clítoris. Lo mantuve en esa posición y disfruté como una loca. Jadeé, cada vez más alto, ya sólo con una idea en la cabeza: correrme. Y sin saber cómo, mi mente empezó a recrear la posibilidad de que al otro lado de la mampara hubiese un hombre observando cada uno de mis movimientos. Un desconocido...

Pero esa ilusión me duró apenas medio minuto, porque enseguida fue el rostro de Fabio el que apareció y eso me revolucionó por completo. Fabio apoyado en el marco de la puerta, con los brazos cruzados y una media sonrisa en los labios, conteniéndose para no meterse conmigo en la ducha, para no empotrarme contra los azulejos vestido, con la ropa empapada, follándome a lo bestia. Hasta yo misma me sorprendí de la película que me estaba montando sin dejar de masturbarme. Fabio controlaría sus impulsos y yo continuaría tentándolo hasta no poder más.

Con mi otra mano me friccionaba el clítoris y la acción combinada del chorro de agua, mi imaginación y mi propio dedo, lograron que alcanzase un orgasmo que me dejó relajada, por el momento.

Capítulo 32

Fabio

—Siento llegar tarde...

Me di la vuelta al oírla. Llevaba mirando por la ventana más una hora, esperándola, ya que había visto llegar su coche. Imaginé que lo aparcaría en el garaje, igual que había hecho yo, y que por tanto en menos de cinco minutos entraría por la puerta de la habitación donde yo la aguardaba.

Impaciente como nunca, había llegado mucho antes de la hora de la cita, ya que me era imposible quedarme quieto en casa; al menos allí me sentía mejor.

Mónica me recibió como siempre, sonriente y amable. No terminaba de comprenderla, pues tras aquel interludio en el que, sin pedirme permiso, se nos unió, no se había vuelto a producir entre nosotros ningún otro tipo de insinuación. De acuerdo, como hombre me resultaba difícil pasar por alto su atractivo y, qué duda cabe que, en otras circunstancias tirármela hubiera sido de lo más normal. No obstante, mi único interés sexual, y mucho más allá, estaba puesto en Berenguela.

—Un cliente de última hora que...

—Joder, si vas a mentirme, por lo menos sé original.

Ella dio un respingo ante la sequedad de mis palabras. De acuerdo, fui brusco, pero la frustración no me dejaba comportarme de otro modo.

—No tengo por qué darte explicaciones —replicó, levantando la barbilla y desterrando así por completo la actitud sumisa que había mostrado al llegar.

Me acerqué a ella caminando despacio, con las manos en los bolsillos. Me

había quitado la americana y la corbata nada más llegar. Vi cómo cogía el picaporte, dispuesta a dar media vuelta, y me abalancé para evitarlo.

La empujé contra la puerta y le sujeté las muñecas a la espalda para que no se moviera. No recordaba haberme comportado de un modo tan agresivo en el pasado con ninguna mujer, no al menos sin que me lo hubieran pedido como parte del juego sexual, claro está. Berenguela parecía ejercer una influencia sobre mi voluntad; sacaba lo mejor y lo peor de mí. Pero supongo que echar balones fuera era de cobardes, ya que yo disfrutaba explorando lados de mi personalidad que hasta entonces no habían salido a la superficie.

—Y tampoco soportar estos arrebatos de machito —añadió entre dientes, mientras yo la mantenía sujeta.

Pegué la pelvis a la suya y, aun a riesgo de parecer un obseso sexual incontrolado, me empalmé en cuanto entré en contacto con su cuerpo, todavía con la ropa puesta.

Físicamente la superaba, ambos los sabíamos, y aproveché la circunstancia para levantarle los brazos por encima de la cabeza. Me dio la impresión de que no se resistía con todas sus fuerzas y di el siguiente paso. La besé con rabia y, en vez de ir suavizando mi actitud, continué mostrándome agresivo. Mantenía sus muñecas presas con mis manos y todo mi cuerpo aplastándola. Me aparté un instante para mirarla a los ojos y respirar. Berenguela tenía los ojos entrecerrados y los labios húmedos. Respiraba igual que yo, de forma errática. Su pecho subía y bajaba, y a través de la tela pude ver sus pezones erectos.

Deslicé una mano desde su muñeca hacia abajo, aguantándole la otra en alto, y le acaricié el interior del brazo hasta llegar al hombro, donde hice una parada y le aparté el cuello de la blusa para tocarle la piel. Ella dio un respingo y yo me excité aún más. Con la yema del dedo tracé una línea invisible, empezando en su garganta y deteniéndome en el canalillo de los pechos. Le desabroché un par de botones para tener acceso sin restricciones y recorrí el borde de su sencillo sujetador.

Ella permanecía pegada a la puerta, mirándome, con los labios entreabiertos y sin bajar los brazos, pese a que sólo le sujetaba las muñecas con una mano y podía soltarse sin problemas.

Quería decirle tantas cosas... Pero parecía incapaz de articular palabra. Había estado una hora esperándola, como un león enjaulado, sabiendo que había

llegado y sin poder verla, y ahora, al tenerla frente a mí, en silencio, me sentía estúpido, pues mi principal pensamiento durante aquella jodida hora había sido que ella no acudiría a nuestra cita.

—¿Qué ocurre? —inquirió ante mi aparente enfriamiento.

Continuaba recorriéndole el borde del sujetador, sumido en mis pensamientos, mientras la tenía delante tan cachonda como yo.

—Nada —murmuré en respuesta, antes de retomar mi agresividad.

Me ocupé del resto de los botones de la camisa sólo por placer y después me lancé a por sus labios, besándola de nuevo con pasión y apretándome contra ella. Berenguela reaccionó con el mismo ímpetu. Mi mano actuó por libre y se metió por debajo de su falda. Levanté la tela, arremolinándosela en su cintura. Sólo me quedaba una barrera que franquear: sus bragas.

Fui a por ellas, arrancándoselas de malas maneras, y ella atacó mi cinturón, de lo cual me alegré. No se quedó ahí, y enseguida tenía los pantalones por debajo del trasero y una pierna de ella alzada de tal forma que sólo tenía que empujar y podría clavársela hasta el fondo.

Cegado, insensible y sin comprobar siquiera si estaba húmeda, me agarré la polla y la penetré. Gimió fuerte, muy fuerte, y me rodeó con los brazos para mantener el equilibrio. Eso hizo que pudiera embestirla con más fuerza y no desaproveché la ocasión. Sin soltarle la pierna, fijé un ritmo endiablado. Hacía siglos que no follaba de pie, quizá me había vuelto cómodo y sólo lo hacía en posición horizontal, aunque con Berenguela en brazos me sentía el puto amo.

—Fabio... —gimió, al tiempo que me hundía las manos en el pelo y me tiraba de él.

—¿Sí? —acerté a decir casi resollando, debido al esfuerzo.

—Más fuerte —me pidió.

Y yo que pensaba que me estaba comportando con excesiva agresividad...

Cerré los ojos un instante, porque complacerla coincidía con mi deseo. Me volví loco y, sin preocuparme de si podía hacerle daño, empujé con todas mis fuerzas. Con cada envite, la puerta rebotaba, aunque poco me importaba. Berenguela continuaba jadeando al ritmo de cada embestida, clavándome las uñas o tirándome del pelo, reaccionando de la misma forma animal y primitiva con que yo me la follaba; era como echar más gasolina al fuego.

Para mantener el equilibrio y no caernos los dos, le levanté la otra pierna y

ella comprendió de inmediato que debía anclarse a mis caderas y que de esa forma yo la sujetaría contra la puerta. Los movimientos en esa postura no eran tan precisos como deberían, sin embargo, no pareció importarnos, pues ambos jadeábamos ya descontrolados. Intenté besarla, pero por alguna razón ella no quiso; quizá necesitaba todo el aire que pudiera respirar, ya que los dos estábamos tan acelerados que nos resultaba cada vez más complicado inhalar.

Moví la pelvis, intentando proporcionarle una estimulación extra, y de nuevo sentí cómo me tiraba del pelo, un dolor bienvenido, al que respondí mordiéndole el cuello mientras empujaba como un poseso, con golpes secos. Con todo ese traqueteo contra la puerta, ésta no dejaba de sonar, un ruido constante que se mezclaba con nuestros gemidos y jadeos.

—Córrete —exigí, no porque me importara estar metiéndosela durante un buen rato más, sino porque sentía la tensión previa en los testículos y, la verdad, prefería que ella lo hiciera primero.

—Sí... sí... —suspiró, arqueando todo su cuerpo.

Embestí un par de veces más y la besé. No sé si con rabia, desesperación o tan sólo por el deseo de humedecer sus labios resecaos de tanto jadear. La noté temblar en mis brazos y estremecerse, lo que fue definitivo para que yo me corriera en su interior, y luego me quedé allí, incapaz de apartarme, con la cara escondida en su cuello, notando su pulso que poco a poco iba relajándose, parejo con el mío. La camisa se me había pegado a la espalda debido al sudor del esfuerzo y la verdad era que la idea de una ducha compartida fue tomando fuerza en mi cabeza.

Pese a encontrarme de puta madre, comprendí que aquélla no era una postura cómoda y la fui soltando. Cuando Berenguela puso los pies en el suelo, y por tanto nuestra estabilidad ya no peligraba, acuné su rostro y la miré fijamente a los ojos. Esboqué una media sonrisa, puede que de disculpa por haberme comportado de manera tan irracional y tan bestia; no obstante, Berenguela me la devolvió y supe que había disfrutado de mi lado más animal. Para contrarrestarlo un poco, me incliné con cuidado y la besé. No sé por qué, pero me dio la impresión de que ése fue el beso más dulce y cariñoso que nunca le había dado a una mujer.

—¿Estás bien? —pregunté, y ella hizo una mueca; me di cuenta de que había metido la pata.

—Soy mayorcita —murmuró, y sus palabras me lo confirmaron.

—Lo sé, Berenguela, lo sé —musité, acariciándole las mejillas.

Como siempre hacía tras follar, se mostró algo fría y guardó las distancias. Se arregló un poco la ropa, como yo. Mi intención no era sólo echar un polvo rápido contra la puerta a medio desvestir, sino pasar toda la noche con ella. Ya me jodía bastante tener que andar a escondidas, sobre todo a mi edad, como para encima renunciar a abrazarla.

—Ven —dije, tendiéndole una mano.

Berenguela no se movió, quizá desconfiaba.

—No te preocupes, estoy bien —susurró.

—Me apetece darme un baño. Contigo.

Su reacción me confundió, porque apartó la vista como si mi sugerencia fuera algo horrible. A mí me pareció de lo más razonable, y no sólo por el tema de la higiene, sino también por la posibilidad de hacerlo juntos.

—Ve tú —contestó.

—Como quieras —accedí, no muy convencido, ya que me dio la impresión de que quería deshacerse de mí. Me detuve en la puerta del cuarto de baño—. No irás a largarte, ¿verdad?

—No —dijo, y vi que el tono que yo había empleado la había molestado.

Darse una ducha solo no tenía ni la décima parte de gracia que hacerlo con ella, pero me ocupé de mi aseo lo más rápido que pude. Quizá con la duda de si Berenguela, en efecto, desaparecería. El motivo, aparte de su actitud distante, era la conversación que habíamos mantenido en el despacho. Ella quería cortar de raíz cualquier nuevo acercamiento y yo me opuse. Resultaban evidentes las razones (el miedo a ser descubiertos y el consiguiente escándalo), aunque, igual que yo, seguía experimentando la atracción que la impulsaba a comportarse como lo habíamos hecho nada más vernos.

Sin perder tiempo en secarme, y con una toalla enrollada en la cintura, regresé al dormitorio. Creo que hasta suspiré aliviado cuando la vi allí, acostada en la cama. Había encendido el televisor para pasar el rato y estaba viendo las noticias; fui al mueble bar y serví dos copas sin preguntarle.

—Gracias —dijo, aceptando la bebida.

—De nada —respondí, un poco mosca por mantener una conversación tan formal.

Me senté en el borde de la cama. No me cansaba de mirarla, pese a que todo aquello me seguía pareciendo surrealista. Joder, quería llevarla a mi casa, donde pudiéramos sentirnos a gusto. Donde poder prepararle una cena o lo que fuera. Nada de encerrarnos entre cuatro paredes en una casa extraña, por muy lujosa que ésta fuera.

Ella tampoco dejaba de mirarme, lo que por supuesto me encantaba, y permanecí quieto cuando estiró un brazo y puso la mano sobre mi pecho. Bajé la vista y me di cuenta de que, al no haberme secado el pelo, iban cayéndome gotas de agua y ella, con la yema del dedo, comenzó a seguirlas. Cerré los ojos y dejé que me tocara a su antojo. Nunca antes había perdido el tiempo en algo tan sencillo y excitante a la vez.

—Me gusta. Sigue, por favor —murmuré, acercándome más.

Berenguela me quitó la copa que yo sostenía a duras penas y, junto con la suya, la dejó sobre la mesita de noche. Se puso de rodillas y me instó a que me recostara. Lo hice sin tardanza y sonreí cuando me quitó la toalla. Ella hizo lo propio con la camiseta que se había puesto.

—Cierra los ojos —musitó sugerente, sentándose a horcajadas sobre mí.

Primero noté sus manos sobre el pecho, con lentas pasadas. Arriba y abajo. Me producía un efecto relajante. Abrí los brazos y supongo que adopté una expresión bobalicona de satisfacción.

—Duérmete si quieres —añadió mimosa, y negué con la cabeza. Ni loco.

Berenguela continuaba acariciándome con los dedos y yo no pude contener los murmullos de placer. Además, sentía el roce constante de su vello púbico sobre mi polla y lo que al principio no era más que un proyecto de erección, acabó endureciéndose. Ella pareció no tener en cuenta ese detalle y siguió con su masaje. Yo hacía verdaderos esfuerzos para no caer dormido, sin embargo, poco a poco fui dejando de ser consciente de todo lo que me rodeaba.

* * *

Cuando me desperté estaba amaneciendo. Yo me encontraba acostado boca arriba y Berenguela, como siempre, estaba apartada de mí. Algo que odiaba, pues me gustaba tenerla entre mis brazos. Pero al menos vi la parte positiva: no se había escabullido. Dormía a mi lado, dándome la espalda. Decidí pegarme a

ella y cuando levanté la sábana para cubrirnos, tuve una visión de su magnífico culo. Así, recostada de lado, me obsequiaba con una panorámica increíble. Respiré y me quedé quieto sin poder apartar los ojos de aquellas nalgas.

La de posibilidades que entrañaban... Me había aventurado alguna vez a acariciarla entre ellas, con lógico temor, ya que podía desagradarle, y si bien no había surgido el asunto del sexo anal, yo me moría por follarme ese culo. Además, Berenguela bien que había tentado a la suerte, puede que envalentonada por la presencia de otra mujer o puede que por deseo propio. Daba igual.

Tarde o temprano lograría mi objetivo y, aunque sonase prepotente, esa meta iba ligada a una buena dosis de placer.

Me conformé con mirar y contuve las ansias de tocarle el trasero y comprobar si era tan suave y apetecible como la vista me hacía creer, pero hacerlo implicaba despertarla, así que me quedé quieto, o al menos todo lo quieto que pude. Mi mano fue directa a mi erección y, con su espalda y sus nalgas como aliciente, empecé a meneármela procurando ser suave y sigiloso. Los intentos de no alertarla fueron inútiles, porque mi respiración cada vez iba más deprisa, igual que mi mano. Apreté los dientes a la par que me masturbaba, ejerciendo cada vez más presión sobre mi polla. Vi cómo ella se movía un poco y pensé que debía detenerme, pero era tal mi grado de excitación que pasé por alto cualquier señal de advertencia. Me estaba comportando como un adolescente pajillero, aunque, joder, ya me hubiera gustado a mí en aquellos años tener una mujer como Berenguela como aliciente.

De nuevo se movió y recé en silencio, ya no sólo para que no me pillara, sino también para que no cambiara de postura, privándome así de su culo. Me di más caña y procuré no arquearme en exceso, para que los vaivenes del colchón no me delataran; estaba cerca, muy cerca...

—¿Te estás masturbando? —preguntó, mirándome por encima del hombro.

Me había pillado con las manos en la masa. Ralentiqué la velocidad y evité buscar una disculpa absurda.

—Sí —contesté, y continué acariciándome. Que me observara, lejos de molestarme, me calentó aún más.

—¿De verdad? —insistió, y noté cierto aire irónico.

—Tú eres la responsable —dije, y ella se dio la vuelta para quedar frente a

frente.

—¿Cómo es eso? —Berenguela se apoyó en un codo y, con una media sonrisa, esperó a que le diera una explicación. Y, por supuesto, yo la tenía.

—Anoche me quedé frito con tu maldito masaje —mascullé.

—¿No te gustó? —inquirió guasona, consciente de que ésa no era la cuestión.

Para ponerme más nervioso aún, me acarició el pecho con la yema de los dedos, descendiendo hasta justo por debajo de mi ombligo, pero sin llegar a tocar mi erección, que yo mantenía confinada dentro de mi puño.

—Me encanta que me toques —gruñí—. Aunque me hubiera gustado más acabar de otra forma.

—Cuánto lo siento... —dijo, fingiendo disculparse.

—Y, por si fuera poco, cuando me despierto no estás abrazada a mí y yo, dispuesto a corregir ese «descuido» imperdonable, he levantado la sábana y me he encontrado con tu tentador trasero, al que le tengo bastantes ganas, todo sea dicho.

Berenguela se echó a reír ante mi explicación. Yo hubiera reaccionado igual. Resultó muy agradable poder bromear los dos en la cama, aunque yo la tuviera dura y ella se limitase a acariciarme el torso.

—No sabía yo que mi retaguardia te inspiraba tanto —murmuró sugerente.

—Pues sí, ahora ya lo sabes.

Se inclinó y me dio un beso rápido en los labios. Después, como si me hubiera leído el pensamiento, se dio la vuelta e intentó adoptar la misma postura que antes de nuestra surrealista conversación matutina.

—¿Así estoy bien? —preguntó con aire sumiso.

—Perfecta —convine, y retomé lo que tenía entre manos.

Pero con una diferencia sustancial. Ahora podía tocarla y poner la mano en aquel culo, así que, mientras me masturbaba, fui palpándola con ganas. Magreando sus nalgas, pasando un dedo entre la separación de las mismas o sencillamente posando la mano, y ella en todo momento se mantuvo quieta, permitiéndome todo. Joder, era una fantasía inesperada y hecha realidad. Yo allí empalmado, tocándome, y Berenguela de espaldas, no sé si sonriendo o no, inmóvil, concediéndome un deseo. Un deseo que por supuesto aproveché al máximo entre la estimulación visual, el tacto de su trasero y mi mano subiendo y

bajando por mi polla, hasta que me tensé de arriba abajo. Gemí, gruñí, creo que hasta la pellizqué, y sentí cómo el semen caliente salpicaba mi estómago y la parte baja de su espalda.

—¿Ya? —inquirió en tono sugerente.

—Sí —respondí suspirando.

Vi que se daba la vuelta de nuevo, quedando frente a mí, y antes de que yo se lo pidiera, se recostó a mi costado, dejando que la abrazara. Me besó en el cuello y otra vez experimenté aquella sensación de euforia, como si fuera el puto amo del universo.

—¿Satisfecho? —musitó, obsequiándome con unas livianas caricias en la oreja, recorriendo cada pliegue con la yema del dedo.

Y yo, como un perro faldero, sonreí mientras recibía sus atenciones.

—No del todo —respondí.

—¿Y eso?

—No lo estaré hasta haberte proporcionado un buen orgasmo matinal —afirmé, dispuesto a pasar del dicho al hecho en menos de lo que canta un gallo.

—No hace falta —dijo en voz muy baja junto a mi oído, haciendo que me estremeciera—. Estoy más que satisfecha así.

—Pero...

Ella me detuvo tapándome la boca con la mano y, la verdad, se estaba tan bien allí, abrazados, que no merecía la pena estropear el momento.

Nos quedamos de ese modo unos cuantos minutos. En silencio. Nunca pensé que yo, según mi historial nada propenso a gestos tan cercanos al romanticismo, me sintiera a gusto. Sin embargo, la realidad se impuso. Renuentes, acabamos levantándonos y ella fue la primera en meterse en el cuarto de baño. Yo podría haberla dejado en paz, no obstante, la seguí y me quedé embobado, observándola debajo del agua. Me dio la sensación de que no quería que estuviese allí, pues se duchó de una manera precipitada y evitando mirarme en todo momento. Al final salí, con la espinita clavada de no poder frotarle la espalda y de paso acariciarla entre las piernas para proporcionarle un buen orgasmo de esos que te alegran el día. Ya que ella se mostraba esquiva, decidí proporcionarle otro tipo de placer, más honorable según se mirase, y me vestí lo justo para salir de la alcoba y llevarle el desayuno.

Conocía la distribución de la vivienda y a esas horas de la mañana dudaba

que nadie pululase por allí, así que preparé lo necesario de manera rápida. Cuando regresé al dormitorio ella aún no había salido del cuarto de baño, así que dispuse todo en la mesita auxiliar, llamé suavemente con los nudillos y esperé. Berenguela salió enseguida y yo, como todo un caballero (otra novedad más, pues eso no iba conmigo, ya que rara vez invitaba a la mujer de turno a algo más que un café con bollería industrial, y a ser posible en el bar de abajo, porque si lo hacía en mi cocina podía tomárselo como una invitación), le señalé con amabilidad la mesa y ella, ataviada sólo con el albornoz, hizo un gesto de agrado y se sentó. Yo aproveché para meterme en el baño y darme una ducha rapidita, porque me apetecía, y mucho, desayunar con ella. Una actividad cotidiana que por desgracia no siempre nos era posible realizar; antes de cinco minutos estaba sentado a la mesa.

—¿Tu obsesión por los culos se debe a una repentina perversión o te viene de lejos? —disparó a bocajarro, y casi me atraganto de risa con el café.

—Si te confieso que sólo me pasa con el tuyo, ¿qué opinarías?

—Mmm... Tendría que pensarlo —comentó juguetona, y le sonreí.

—Pues hazme el favor de hacerlo rápido, tengo planes para él —añadí en el mismo tono.

—¿Planes? ¿Qué tipo de planes? —preguntó.

—Joder... —mascullé—. No puedes preguntar una cosa así mientras untas mantequilla en una tostada.

Berenguela parpadeó sin comprender.

—¿Perdón?

—*El último tango en París* —dije, y ella se encogió de hombros; por lo visto seguía en la inopia—. ¿No la has visto?

—No —respondió, mordiendo su tostada.

—Pues ya tienes plan para esta noche.

Capítulo 33

Berenguela

Por norma general, un sábado por la noche era el momento idóneo para quedarme en casa, sola, relajada, con una copa de buen vino en la mano, preparada para disfrutar de la soledad y de la posibilidad de tumbarme del sofá. Estar desconectada del mundo y hacer uso de un apartamento que, pese a que en los papeles figurase mi nombre, aún era del banco y aún me esforzaba por pagar, a base de horas y horas fuera de casa; de ahí que al menos quisiera tener aquellos pequeños momentos. Ése al menos había sido mi plan perfecto durante mucho tiempo. Sin embargo, aquella noche no era así. En primer lugar, me sentía rara, extraña, ya que en mi cabeza rondaba el sentimiento de culpa por haber aceptado la propuesta de Mónica.

Debía de haberme dado un ataque de enajenación mental transitoria para ceder. Quizá si me repetía esa cantinela terminaría creyéndomela y así rebajaría un poco mi sentimiento de culpa. Aunque..., joder, hubo momentos en los que me sentí especial, deseada, una especie de diosa capaz de volver loco a más de un hombre, y yo hasta ese episodio nunca había experimentado nada semejante. Pero..., como en todo siempre hay un pero, en mi caso era la conciencia, la idea de que aquello no estaba bien y que, por supuesto, si alguien aparte de Mónica y el cliente se enteraba, mi reputación quedaría hecha añicos. Y desde luego también estaba Fabio, que, como todo hombre, se mostraría posesivo. Decididamente, aquello tenía que ser un secreto.

Mirándolo de forma objetiva, todo había transcurrido como ella había

indicado. Ni una salida de tono, ni un gesto, ni una palabra que me hiciera sentir mal, y si bien el cliente (por llamarlo de alguna manera, pues me había negado a que desembolsara ni un céntimo) en todo momento se comportó como un caballero (por sus formas educadas, porque por otra parte se masturbó sin contemplaciones), yo disponía de un pepito grillo particular para mortificarme. Por si fuera poco, cuando llegué al dormitorio donde Fabio me aguardaba, él se mostró receloso, sospechando, o al menos poniéndome a prueba ante mi demora. Una actitud que siempre he odiado, y si en una relación convencional dar cuenta de cada movimiento a la larga resulta asfixiante, en una no habitual como era la nuestra, cualquier explicación sobraba. Y además en nuestro caso, una vez traspasada la puerta del dormitorio, carecía de sentido hablar de nada que no fuera aprovechar juntos ese rato.

Tenía que pasar página y confiar en que el tiempo diluyera aquel recuerdo hasta convertirlo en algo borroso. Como una locura de juventud o una mala experiencia; nada más. Aunque lo que en realidad me tenía abatida, desanimada, ese sábado era estar sola. Un sentimiento fuera de lugar, pero no podía evitar querer compartir vino y sofá con él. Sí, una ilusión como otra cualquiera. Puede que hasta ridícula, porque bien es sabido que los hombres no son muy amigos de veladas cuyo único objetivo es acurrucarse en el sofá frente al televisor. Por suerte, para que la estampa no fuera del todo cursi, en el salón no había chimenea; eso me lo podía saltar.

Echar de menos a una persona nunca es bueno, más bien es horrible, y más aún cuando yo era plenamente consciente de que mi aspiración era imposible. Y allí estaba, viendo *El último tango en París* sin mucha convicción, la verdad, sólo porque Fabio me la había recomendado. Era un tipo de cine que nunca me había llamado la atención. Una relación de pareja complicada, destructiva, sin sentido, y a medida que avanzaba la cinta, llegué a pensar que debía de ser algún tipo de mensaje. De acuerdo, nuestra relación bordeaba también las complicaciones, pero nada que ver con lo que salía en la pantalla. Ni de lejos. No comprendía las reacciones de los protagonistas y continué viéndola porque no tenía otra cosa mejor que hacer y así por lo menos mantenía la cabeza ocupada.

—Esto no hay por dónde cogerlo —murmuré y, entre el aburrimiento, la sensación de que algo me faltaba y lo poco que me estaba gustando la peli, cuando quise darme cuenta me había bebido casi toda la botella.

No pasaba nada, pues estaba en casa, aunque todo el vino ingerido se me atragantó de golpe cuando vi en la pantalla algo sospechosamente parecido a una barra de mantequilla. Abrí los ojos como platos cuando Marlon Brando, a lo bestia, se unta bien los dedos, para después...

—¡Oh, Dios mío! —exclamé, sonrojándome y estremeciéndome a partes iguales.

Aquello debía de ser una alucinación producida por los efectos del alcohol, o al menos eso quise creer. Pero no, no eran imaginaciones mías. La mantequilla, además de propiedades nutritivas, por lo visto poseía otras menos ortodoxas.

—Eso debe de doler —murmuré haciendo una mueca, y de inmediato mi productiva imaginación materializó la imagen en la que yo, con el culo en pompa, gritaba y gemía mientras él, Fabio, por supuesto, me untaba con algún producto lubricante (menos doméstico y más sofisticado que la mantequilla) antes de follarme. Y contemplar la mera idea me puso como una moto. Apreté los muslos. Mis pezones se habían endurecido y, en definitiva, iba a ser una noche de sábado muy complicada.

Ni la mitad de complicada que el lunes siguiente, pues, nada más llegar a la oficina, cuando ni siquiera me había dado tiempo de sentarme a la mesa, Eliseo me llamó, medio enfadado medio exigente, para que nos reuniéramos lo antes posible. Yo sabía que seguía mosca tras mi espantada del día del juzgado y él, como abogado competente, intentaba sonsacarme. Y yo, como era de prever, evadía la cuestión.

Debido a la urgencia de sus palabras, accedí a verlo a media mañana, aunque para ello tuviera que cancelar un par de citas y pasarlas al día siguiente. A ese paso iba a perder mucha clientela, pues, por lo general, quienes gastan una gran cantidad de dinero redecorando su casa, esperan que la persona encargada de ello los atienda cuanto antes y, de paso, les haga la pelota. Amén de elogiar su «buen» gusto y conseguirles casi lo imposible.

Llegué al despacho de Eliseo a la hora prevista y me di cuenta de que no me había seguido el coche habitual. Ese día se trataba de un deportivo de alta gama bastante llamativo para hacer un seguimiento, lo que me llamó bastante la atención. Por otra parte, estaba acostumbrada a ver dentro de los otros coches caras más o menos anodinas, de éstas en la que nadie se fija a no ser, como era mi caso, por necesidad. En cambio los dos hombres que iban en el deportivo

parecían cabreados con el mundo en general. El instinto me advirtió que algo había cambiado; sin embargo, iba tan acelerada que no analicé con detenimiento la información.

—Pasa, por favor —me dijo Eliseo, y se acercó, demasiado, para besarme en la mejilla. Luego me guio a su despacho, colocándome una mano en la parte baja de la espalda.

No se la aparté y disimulé delante de su secretaria, la cual, por cierto, ni se inmutó. El menor de mis problemas seguía siendo que mi abogado pretendiera hacer horas extra y al margen del ámbito estrictamente judicial; lo que me traía por el camino de la amargura era su rictus serio, algo poco habitual, pues Eliseo siempre parecía saber cómo enfocar cualquier asunto desde un punto de vista alejado del alarmismo.

Me senté a la mesa redonda de reuniones y nada más ver un montón de papeles encima empecé a temblar.

—Sabes bien que mi estilo no es adornar la verdad —dijo él a modo de introducción, algo que no me ayudó a tranquilizarme. Un mal comienzo, pensé, haciendo un gesto de asentimiento para que prosiguiera, mientras intentaba prepararme para lo peor—. Bien. Nuestro «querido» señor Narvéez se ha pasado por el arco de triunfo todas tus indicaciones —prosiguió, y parecía enfadado.

—¿Y cómo lo has sabido? —pregunté, no porque desconfiara de la veracidad de sus palabras, sino para comprobar hasta qué punto Eliseo se involucraba en mis asuntos.

—Recibí un informe de rentabilidad de manos del asesor fiscal que contratamos...

—Me temo lo peor —musité interrumpiéndolo, y él tuvo la consideración de sonreírme, quizá para amortiguar el golpe.

Me pasó un escrito que preferí no leer, porque a buen seguro iba a cabrearme.

—Dado que el Miami no tiene como hotel ingresos suficientes para afrontar los pagos... —me señaló el balance donde figuraban los ingresos— y que no se ha declarado en quiebra, todo apunta a que allí se sigue traficando.

—Joder... —mascullé, aunque no sé de qué me sorprendía, pues los viejos hábitos eran muy difíciles de reformar.

—El trasvase de dinero de una sociedad a otra es constante. Por ejemplo,

Zahnersa factura todos los meses una gran cantidad de productos de hostelería, hasta ahí todo correcto; pero, dado el número de habitaciones del Miami, de empleados y demás, tendrían suministros para diez años.

—¿Y qué se consigue con eso?

—Limpiar el dinero, Berenguela. Zahnersa es legal al cien por cien. Paga impuestos por sus beneficios como cualquier empresa, y éstos los obtiene vendiendo artículos para nada sospechosos. Pero a juzgar por los gastos del último mes del Miami, se deduce que los viejos hábitos prosiguen sin mayor problema.

—Supongo que no figuran todos los ingresos...

—¿A qué te refieres? —inquirió.

Y yo me pregunté una vez más por qué no me sentía atraída por Eliseo. Con lo fácil que sería mantener una relación con él. Fácil, cómoda y previsible, por supuesto, pero no se podía tener todo en esta vida.

—A que no todo lo que ingresan se refleja en el balance legal —dije.

—Eso no lo dudes. Bajo manga, Narváez y supongo que más de un empleado de confianza reciben su comisión —me confirmó.

—De ahí que les interese tanto mantener el local abierto. En caso de complicarse las cosas, yo soy la responsable como propietaria y ellos...

—Siempre podrían alegar que recibían y acataban tus indicaciones —finalizó la frase por mí—. Como mucho serían cómplices, pero no responsables.

—Joder, joder, joder... —me quejé, y terminé golpeándome la cabeza contra la mesa. Un gesto pueril donde los haya y que expresaba muy bien mi frustración e impotencia ante lo que se me venía encima—. ¿Y cómo esconden esos otros ingresos? Porque, de acuerdo, yo soy la cabeza visible de este tinglado, pero si el dinero se lo llevan ellos, en algún sitio lo deben de guardar, y si los pillan no podrían justificarlo.

—No, no podrían. En estos casos, la justicia siempre disfruta más yendo a por el líder; si de paso caen otros, bien, pero lo importante ante los medios es que sea el jefe de todo quien acabe entre rejas.

—Ya veo... —farfullé.

—Y no nos olvidemos, por supuesto, de nuestro no menos «estimado» señor Nogales...

—¿Qué ha hecho ahora? —pregunté, dudando de si podía enterarme de algo

peor.

La secretaria de Eliseo nos interrumpió para servirnos un desayuno tardío. Debió de verme la cara de espanto al llegar y pensó que al menos el disgusto me pillaría con el estómago lleno. Como un perfecto anfitrión, mi abogado me sirvió un café y me ofreció una bollería estupenda que, la verdad, dudaba que me pudiera comer, pues tenía el estómago tan encogido que no me entraba nada. Me limité a picotear la ensaimada casera y me dispuse a escuchar.

—Nuestro querido amiguito, por su cuenta y a nuestras espaldas, ha negociado una ampliación del Miami y, por supuesto, con el beneplácito de Narváez, que desde que falleció tu padre se siente, según se rumorea, dueño y señor.

—Lo que me faltaba para el duro —farfullé, saboreando el excelente café. Lo único bueno de aquella mañana.

—Por lo visto tu padre, y vaya por delante que sólo constato un hecho, era muy previsor y el gerente del Miami tiene más poderes de lo normal. Y no sólo eso...

Resoplé, porque a cada frase que escuchaba, mi perplejidad iba en aumento y a ese paso, en vez de café tendría que pedir un bidón de tila bien cargada. Me froté las sienes, porque iba a acabar con una migraña olímpica.

—Previendo tu intervención, lo nombró su sucesor —prosiguió Eliseo.

—¿Como en *El Padrino*?

—Más o menos. A ti te dejó las propiedades, pero no todo el poder de decisión. Y, por supuesto, siento decírtelo, no te respetan. Por varias razones, entre ellas que nunca estuviste al lado del viejo, y en ese mundo, para llevar el bastón de mando primero has de ganártelo. También está el hecho de querer dismantelar el tinglado y colaborar con la justicia... Y, por supuesto, y no te enfades, eres una mujer.

—Vamos, que dos y dos son cuatro —rematé.

—No voy a mentirte, Berenguela: esto cada vez se pone más cuesta arriba.

—Estoy bien jodida, para qué andarse con eufemismos.

—Yo no lo hubiera expresado mejor —convino él, poniendo cara de circunstancias.

Me levanté. Estaba harta de intentar hacer las cosas bien para que la gente que trabajaba en los negocios de mi padre no se quedara de un día para otro en la

puta calle. Y porque, según Eliseo, no disponíamos de suficiente capital «legal» para afrontar las indemnizaciones de despido. ¿Y así me lo pagaban?

—Esto es de locos... —mascullé, acercándome hasta la ventana y dándole la espalda.

—Te entiendo, y la verdad es que es justo lo que no necesitamos con la presión judicial a la que ahora estamos sometidos. No hemos podido sanear ni un veinte por ciento y el juez Castell fue tajante.

—No me lo recuerdes —murmuré, y disimulé un ligero estremecimiento que me recorrió entera. Sólo me faltaba eso, ponerme cachonda delante de Eliseo, pensando en Fabio, y que mi abogado se lo tomara como una señal de que sus atenciones eran bien recibidas.

Por no mencionar el lío en el que estaba metida, claro. Pero mi cuerpo, o mejor dicho, mi sexo, iba por libre, pues de nuevo, con el desayuno delante, me vino a la cabeza la palabra *mantequilla* y mi excitación fue instantánea.

—¿Te encuentras bien? —inquirió él al verme apoyar la frente en el cristal de la ventana.

—No, no me encuentro bien —respondí, recurriendo a la verdad como mejor excusa—. Esto me supera...

Eliseo, comprensivo o interesado en serlo, se acercó a mí, pegándose a mi espalda. Reaccioné lo mejor que pude sin apartarme con brusquedad, y ante mi tímida respuesta él aprovechó la oportunidad y acabé refugiada en sus brazos y recostada en su pecho. Me concentré en la gente que veía pasar por la calle, para no sentirme violenta ante su cercanía. Lo cierto era que agradecí el gesto y lo hubiera agradecido mucho más si no llevara implícitas ciertas consecuencias. Eliseo me consoló, algo que pocas veces yo dejaba que alguien hiciera, pues desde hacía muchos años me ocupaba de salir adelante sin esa clase de ayuda. Sólo Natalia había visto mi lado más vulnerable.

—Escucha, vamos a salir de ésta —dijo en voz baja, animándome.

—No lo veo yo tan claro... —murmuré, dándome la vuelta con la intención de sentarme de nuevo y así tener de nuevo una actitud profesional.

—Verás cómo lo solucionamos.

Que hablara en plural me conmovía, porque al fin y al cabo él cobraría sus honorarios, fuera como fuese. Me dispuse a sentarme otra vez y continuar con aquella tortura, pero Eliseo me lo impidió. Me mantuvo sujeta y me acarició la

cara. Un gesto delicado, sí, aunque fuera de lugar.

—Esto no tiene ni pies ni cabeza. ¡Joder con mi padre!

—No puedes permitirte el lujo de desmoralizarte —me recordó y me abrazó de nuevo, colocándome una mano en la espalda y manteniéndome bien pegada a su cuerpo.

—Pues es lo que más me apetece. Dudo que pueda con esto. Por mucho que insistas.

—No lo dudes, Berenguela.

Y antes de que pudiera hacerle la cobra, me besó.

De acuerdo, lo hacía realmente bien. Firme sin agobiar. Noté que se empezaba a excitar y que su mano se movía, ya no estaba en mi espalda, sino en mi culo, y yo comparé aquello con la comida sin sal. Alimenta, es sana, pero no te apetece ni te deja satisfecha ni tampoco quieres repetir. Y yo llevaba muchos años comiendo sin sal...

—Eliseo..., no es el momento —murmuré con una sonrisa forzada.

—Te vendría bien una válvula de escape.

Tenía razón, por supuesto; el problema era que mi válvula de escape tenía nombre, apellidos y, por desgracia, una ocupación nada compatible con mis apuradas circunstancias.

—No tengo la cabeza para estas cosas —contesté, recurriendo a un tópico del rechazo educado.

—Déjate llevar —insistió él, recurriendo a su vez a frases manidas de seductor inasequible al desaliento.

Y como tal, no se amilanó ante el primer rechazo y buscó de nuevo mis labios.

Lo curioso fue que, no deseándolo, se lo permitiera. No era cuestión de falta de voluntad, sino más bien fruto de la actitud persuasiva y educada de él. No me obligaba a continuar, no me sujetaba de manera brusca, pero su obstinación resultaba determinante y mi cuerpo, ya previamente excitado, reaccionó; no así mi cerebro, que seguía negándose a participar. Si Eliseo conseguía, y tenía bastantes papeletas para ello, tocarme entre las piernas, no se sorprendería al encontrarme húmeda y se lo tomaría como un logro personal. Y eso que yo permanecía inmóvil en sus brazos, algo de lo que se percataría, pues mi parecido con una muñeca hinchable saltaba a la vista; debía pararlo. Cuando su boca ya

había abandonado la mía y me besaba el cuello, llamaron a la puerta y él gruñó.
Nos separamos con rapidez.

Salvada por la campana.

—Adelante —concedió, controlando el enfado.

Apareció su secretaria y le dijo que tenía una visita urgente, al parecer de otro cliente importante, que esperaba ser recibido a la mayor brevedad.

No le quedó más remedio que asentir.

Y yo respiré aliviada. Otro aplazamiento.

¿Hasta cuándo?

Capítulo 34

Fabio

Hasta los cojones.

Esas tres palabras definían a la perfección mi estado de ánimo. Lola llevaba toda una semana acosándome, con sutileza, pero era un acoso en toda regla, para que fijara una nueva fecha para la vista, y yo la esquivaba escudándome en otros asuntos que, aunque resultaban relevantes, bien podía aplazarlos y dar prioridad al caso Zahner.

No se me pasaba por alto la inquina que destilaba hacia mí. Nada nuevo. Estela tenía toda la razón del mundo: podía apostar cualquier cosa a que si me mostraba, dijéramos, proclive a volver a salir con ella se ablandaría. Ninguna mujer siente tanto odio por un simple caso judicial. Lola me la tenía jurada y yo debía andar muy listo para no dejarme pillar los huevos, pues si albergaba la más mínima sospecha de mis encuentros con Berenguela, no tardaría ni un santiamén en denunciarme, sin olvidar, por supuesto, el hecho de colgarse una medalla, algo por lo que siempre se esforzaba. Mientras salí con ella, hasta llegué a pensar que la ponía más cachonda ganar un caso que follar.

Hasta el momento había logrado darle esquinazo y, la verdad, siendo yo el juez, la cosa tenía bemoles; eso sí, en menos de diez días debía tomar una decisión que desde luego no iba a contentar a nadie.

Estela me miraba, mordiéndose la lengua sobre todo cuanto sucedía. Yo sabía sin ningún género de dudas que podía confiar en ella, pues a pesar de lo ocurrido entre ambos, mi ex jamás demostraría esa ansia de venganza tan

arraigada en otras personas, como por ejemplo en Dolores San Pedro.

Desde luego, nunca imaginé que Estela y yo lograríamos entendernos de aquella manera. Podía decirlo alto y claro: habíamos vuelto a ser amigos y, por supuesto, le deseaba lo mejor y ella a mí. No era fácil establecer una relación semejante teniendo en cuenta nuestro pasado común, pero si ella era feliz con Armando, yo me alegraba.

Y, por si fuera poco, ese día yo aún tenía que ir a casa de mis padres. Todavía coleaba el tema de mi ex y tarde o temprano acabarían enterándose de que Estela salía con mi mejor amigo, lo que no dejaba de ser chocante, como un sainete, para ser exactos. Debía buscar un modo suave de contarles la verdad. No era ningún secreto que mis padres y mi hermana la adoraban y que el sentimiento era recíproco. Por ese motivo me costaba aún más explicarles la situación. Incluso había llegado a pensar en llamar a Estela para que ella misma se lo explicara, de ese modo sería más verosímil y, por supuesto, podrían seguir manteniendo la afectuosa relación que tenían desde el principio. Que ella y yo no estuviéramos juntos no significaba que tuviera que romper la relación con mi familia.

Sin embargo, no estaba yo con ánimo para dar explicaciones sobre mi vida privada, cuando ésta era un caos total. Si mis padres llegaban a enterarse de mis aventuras, aparte de quedarse con la boca abierta, porque toda mi vida me había comportado con prudencia, intentarían convencerme de que pusiera fin a aquella locura. Y no les faltaría razón, pero desde que conocí a Berenguela, la razón precisamente no me acompañaba a la hora de tomar decisiones, ni al parecer en ninguna otra cosa. En aquel mismo momento lo único que pensaba era en volver a verla; todo lo demás carecía de importancia.

Había leído el último informe policial sobre sus movimientos y, como siempre, éstos eran rutinarios; hasta el agente encargado de seguirla mencionaba su previsibilidad y que, por lo tanto, continuar el seguimiento podía considerarse una total pérdida de tiempo.

Una noticia que me había satisfecho y mucho. Por supuesto, ateniéndome a esa recomendación, ordené cesar la vigilancia. Aunque, en el fondo, saber todo lo que hacía cuando no estaba conmigo, me producía un secreto placer, ya que en ningún momento se veía con otro. El único hombre con el que se relacionaba era su abogado, y por razones obvias.

Así que con pocas ganas de pasar el sábado en casa de mis padres, me vestí y saqué el coche del garaje para ir primero a buscar a Marcela, que, como siempre, andaba a su aire, y tras haber estado fuera, viajando, se le había quedado el coche sin batería.

Tenía llaves del apartamento de mi hermana, como ella del mío, pero conociéndola prefería llamar al timbre y evitarme una más que posible escena incómoda. De acuerdo, Marcela era mayor de edad, consciente de sus actos y una mujer hecha y derecha; sin embargo, yo siempre prefería aplicar el dicho de «ojos que no ven...».

Para mi sorpresa, me abrió la puerta con rapidez y prácticamente arreglada.

—¡Hola! —canturreó nada más verme y me besó en la mejilla—. Pasa, estoy lista en cinco minutos.

—A ver si es verdad —bromeé con una media sonrisa.

Tuve que tragarme mis palabras, pues Marcela cumplió lo prometido y no me hizo esperar.

Conduje tranquilo hasta la casa de nuestros padres, charlando con mi hermana y poniéndonos al día de nuestras cosas. Noté que ella quería decirme algo, pues no dejaba de morderse el pulgar, y ése era el gesto que siempre la delataba.

—Quiero pedirte un favor —dijo nada más aparcar—. Y antes de que me grites, prométeme que no te enfadarás.

—Depende...

—Fabio...

—No me vengas con zalamerías, ¿qué has hecho esta vez? —pregunté, y cuando hice amago de bajarme del coche, ella me detuvo sujetándome del brazo.

—Ya sabes cómo son —dijo, refiriéndose a nuestros padres—. Piensan que soy un culo de mal asiento y no les falta razón.

Crucé los brazos. Era mi hermana y por supuesto que contaba con mi apoyo, sin embargo, prefería que no me liara con sus cosas.

—Suéltalo.

—¿Sabes?, con esta ropa tan informal no pareces un juez estirado, pomposo y aburrido con un palo metido por el culo.

—No me hagas la pelota —le advertí, arqueando una ceja.

—Es cierto, pareces más joven, y mis amigas siempre me dicen que tienes un

trasero estupendo, un polvazo, y hasta me piden tu número de teléfono, pero como andas medio liado con Estela y ella me cae bien, no se lo doy.

—No estoy medio liado con Estela. Ella sale con Armando. Y ve al grano.

—¿¡Cómo?! —chilló, y me tapé los oídos para no quedarme sordo.

—Lo que has oído. Están juntos —le confirmé con total naturalidad, y mi hermana me miró como si yo estuviera mal de la azotea.

—¿Desde cuándo?!

—Marcela..., al grano —insistí.

—Vale, pero me tienes que contar eso de tu ex y tu mejor amigo. Joder, qué morbo.

—Me voy. —Me moví en el asiento con la clara intención de apearme y ella continuó hablando.

—He conocido a alguien...

—Vaya novedad —murmuré, porque Marcela era una de esas mujeres que hacían que los hombres volvieran la cabeza. Directa, segura de sí misma, atractiva y con una inteligencia fuera de lo común. Lástima que a veces fuera tan impulsiva, pero por suerte enseguida se recuperaba de los golpes. Yo podía ejercer de hermano protector, aunque no me era necesario partirla la cara a nadie, porque ella, una vez recuperada, sabía muy bien cómo defenderse.

—Sé que suena a tópico de película romántica y que a lo mejor me sale mal, pero esta vez es diferente.

—Mmm..., que nos conocemos.

—A mí no me vengas con «Mmms» de ésos de juez. Es cierto, he conocido a un tipo que, bueno, ya me entiendes.

—Vale. ¿Y...?

—Que me voy a vivir con él.

Me froté la cara, porque aquello no formaba parte del guion típico de la vida de Marcela. Conocía a un tipo y se ilusionaba, pero siempre mantenía las distancias guardándose para sí esa pequeña parcela de independencia que otorga vivir sola.

—¿Perdón?

—Ya sé qué vas a decirme. Que es pronto, que sólo llevamos juntos un mes...

—Joder, ¿un mes has dicho?

—Sí, pero estoy más segura que nunca. Y por eso necesito que me eches una

mano.

—Marcela, sabes que te apoyo, no obstante, en este asunto me parece que no voy a mirar para otro lado o, ya puestos, no voy a ayudarte a hacer la mudanza —apunté con sarcasmo.

—No seas petardo —replicó sonriendo—. Quiero que te encargues de mi apartamento.

—¿Cómo dices?

—He contratado una empresa de mudanzas. Eduardo tiene una casa amplia, donde caben todas mis cosas.

—¿Así se llama?

—Ni se te ocurra pedirle a Armando que lo investigue.

—Dame su apellido y ya verás —la provoqué.

—¡Idiota! —exclamó, dándome un golpecito en el brazo—. No hace falta, lo conozco muy bien, trabajamos juntos desde hace tiempo y...

—Espera, espera —la interrumpí—. Cuando dices *Eduardo* te refieres a «ese» Eduardo, ¿el que te daba grima? ¿Al que evitabas como la peste? ¿Del que decías que sólo follaba pagando y con el traje de piloto puesto?

—El mismo —corroboró toda digna.

—Joder, menudo cambio...

—No te cuento los detalles porque eres mi hermano —añadió, sin mostrarse ni siquiera un poco avergonzada.

—¿Y yo qué pinto en todo esto?

—Tanto Eduardo como yo viajamos mucho y voy a poner mi apartamento en venta. Quiero que tú lo supervises todo y, si se formaliza una compra cuando estoy de viaje, actúes en mi nombre.

—¿Vas a vender tu piso? ¿Por qué? —pregunté sin comprender, pues lo tenía casi pagado.

—¿Y para qué lo quiero? No tengo problemas de dinero, pero me parece un gasto ridículo mantenerlo estando cerrado.

—Mmm...

—Menos «Mmms» y dime que sí —me pidió en tono zalamero, y sonreí sin querer comprometerme a nada.

Pero, diez minutos más tarde, caí en la cuenta de que, sin saberlo, mi hermana me estaba brindando la oportunidad única de tener un espacio discreto

donde poder citar a Berenguela sin que nos pillaran. Ahora bien, para eso debía contar con la aprobación de Marcela, por lo que tanteé el terreno.

—¿Y por qué no lo alquilas? —sugerí, mientras caminábamos hacia la puerta.

—No sé... —contestó, negando con la cabeza—. Es un riesgo. Pueden dejarme la casa hecha una mierda y además no pagar. Prefiero venderla.

—¿Y si te la alquilara alguien responsable, que pague puntual y que te garantice la buena conservación de la casa? —continué, con mi intención de evaluar las posibilidades sin hablar abiertamente.

—Encontrar a alguien así en la práctica es imposible. Lo más seguro es que al principio todo sean buenas palabras y después se tuerzan las cosas, y yo quiero tranquilidad.

Me eché a reír ante su comentario.

—Tú déjame a mí —repliqué, y de momento dejé ahí el asunto, ya que mi madre tenía el oído muy fino y no quería que se enterase.

* * *

Pasé el resto del día con la familia, lo cual me vino bien, en contra de lo que yo pensaba al principio, aunque cuando dimos por terminado el encuentro y me disponía a regresar a casa, me di cuenta de que no me apetecía encerrarme en mi apartamento y pasar las horas solo hasta quedarme dormido. Quería a Berenguela junto a mí. Un deseo que nunca hubiera pensado tener, ya que evitaba a toda costa que cualquier mujer, con la notable excepción de Estela, invadiera mi espacio personal.

Acerqué a mi hermana a casa de su novio, mordiéndome la lengua para no preguntarle cómo era posible que estuviera tan convencida de que ese Eduardo, al que otrora había detestado, resultara ser así de repente el amor de su vida. Más que nada porque yo me encontraba en una situación muy similar.

¿O no?

De haber podido, ¿ya habría propuesto a Berenguela que viviera conmigo o simplemente ese deseo de tenerla cerca estaba alimentado por la imposibilidad de conseguirlo?

Como un idiota, conduje por las calles dando un rodeo absurdo para llegar a

mi casa. Durante todo el trayecto fui elucubrando diferentes posibilidades respecto a la idea de alquilar el piso de Marcela, sobre mi enajenación sexual transitoria y por qué, como un perro faldero, había acabado aparcando justo enfrente del edificio donde vivía Berenguela.

Apagué las luces y el motor y me quedé allí sentado como un pasmarote, vigilando la ventana. O no estaba en casa o bien ya se había acostado. Ninguna de las dos alternativas me gustaba. Miré la calle, a esas horas con escaso tráfico, quizá por una especie de deformación profesional. Ningún vehículo de los estacionados me pareció sospechoso, además, había dado órdenes de que no continuaran con el seguimiento. Realicé una nueva inspección ocular y esa vez hubo algo que me llamó la atención. Un impresionante Mercedes deportivo nuevo aparcado justo en la acera de enfrente. *A priori* no tenía nada de raro, pero me fijé con más detenimiento y en su interior vi a dos tipos, y a esas horas no me cuadraba.

Seguí observándolos y maldije por lo bajo, porque me era imposible ver la matrícula. Permanecí a la espera de que hicieran algún movimiento y, para pasar el rato, elaboré diferentes teorías, a cuál más estafalaria. Desde que se trataba de un coche robado hasta que podían ser traficantes a la espera de hacer algún intercambio. Ideas de lo más ridículas, hasta que uno de los ocupantes se bajó del deportivo y, sin miramientos, se puso a orinar contra un árbol, como si fuera un perro, anécdota que podría haberse quedado en un simple acto incívico de no ser porque después le señaló a su acompañante el edificio donde vivía Berenguela.

Yo también alcé la vista y vi luz procedente de una de las ventanas. El tipo sacó su teléfono móvil del bolsillo e hizo una llamada. Me tensé, aquello no era normal. Tenía que hacer algo, pero ¿qué? Avisarla era lo más prudente, sin embargo, no podía arriesgarme a hacerlo por teléfono, así que me quedé allí para poder intervenir si se complicaban las cosas. Lo que me puso más nervioso aún fue cuando el tipo empezó a fotografiar los coches allí aparcados, sin duda siguiendo órdenes, tras haber realizado la llamada.

—Joder, qué hijo de siete putas... —maldije entre dientes, porque tuve que agacharme al darme cuenta de que yo también era un objetivo.

Algo se estaba cociendo, y muy gordo por cierto, y a mí me habían pillado fuera de juego. Esperé agazapado a que aquel cabrón acabara y me asomé con

cuidado. Lo vi subirse al Mercedes y poco después se marcharon. De nuevo me quedé sin poder ver la matrícula.

No había duda, alguien estaba siguiendo a Berenguela. La pregunta era quién, porque ningún agente de policía utilizaba vehículos de alta gama para los seguimientos, eso para empezar, lo que me llevó a otro inquietante pensamiento: Berenguela estaba en peligro y, además, tarde o temprano mi nombre aparecería relacionado con ella, pues no disponía de ningún motivo de peso que justificara la presencia de mi coche en aquella calle.

Regresé a mi apartamento más convencido que nunca de que debía hablar con mi hermana, ya que volver a ver a Berenguela en la casa de la calle Venecia entrañaba demasiados riesgos. Con toda probabilidad alguien se habría ido de la lengua o me habían reconocido. Así pues, al día siguiente, sin perder un segundo, hablé con Marcela y le expuse mi plan. Por supuesto, se sorprendió y se mostró recelosa, pues yo me guardaba parte de la información. Ella siempre había pensado que tarde o temprano me reconciliaría con Estela y, al no ser así, mostró una especie de solidaridad femenina desquiciante, pero al final accedió a alquilarme su apartamento.

El primer paso estaba dado, tenía un lugar seguro donde reunirme con Berenguela; ahora sólo quedaba la parte más peliaguda: comunicárselo a ella. Y aún quedaban tres malditos días hasta nuestra próxima cita en casa de Mónica.

Capítulo 35

Berenguela

De nuevo, arrastrada por un impulso estúpido, me arriesgué a ser descubierta. Durante toda la jornada me había mostrado impaciente, dispersa y, desde luego, esas dos cosas nunca son buenas consejeras. Hasta entonces yo siempre había antepuesto el trabajo a mis deseos personales, sin embargo, me resultaba muy complicado concentrarme, pues sólo tenía en mente la idea de reunirme con Fabio.

Para ser sincera, ése había sido mi principal pensamiento durante varios días, una obsesión que amenazaba mi existencia tal como la conocía. Un asunto que, para empezar, debería tratar con ayuda profesional. Pero buscar a un psicólogo y contarle toda aquella locura sería perder un tiempo precioso, cuando además la solución no me iba a gustar. Dejar de verlo sería la recomendación más lógica y yo no estaba por la labor. Saltaba a la vista que mi comportamiento era el de una adicta. Por más que el sentido común me indicara una dirección, la sana y confortable, siempre escogía el camino prohibido, lleno de obstáculos, aunque, como casi siempre, esas barreras podían ser todo un aliciente, ya que durante muchos años todos los otros caminos que había escogido habían sido seguros, cómodos, anodinos.

Vestida con atuendo de trabajo, traje de chaqueta respetable, y con ropa interior roja, que durante toda la jornada había sido un recordatorio constante de lo que vendría al final del día, dejé el coche en el garaje privado de la casa de Mónica, sabiendo que llegaba casi dos horas antes de lo convenido. Mi

comportamiento era el de una chiquilla impaciente por reunirse con su primer amor, sin tener en cuenta nada más. Me quedé unos minutos sentada en el coche, regañándome a mí misma, pese a que de nada serviría, pues el propósito de la enmienda quedaba descartado.

Al disponer de llaves para entrar sin molestar a nadie, decidí esperarlo en el cuarto donde nos reuníamos. El mismo desde la primera vez. En el bolso, además de mis efectos personales y bragas limpias, llevaba, envuelta en papel de regalo, una tarrina de mantequilla. Una ridiculez, ahora que lo pensaba con detenimiento, pero que cuando se me ocurrió me había parecido una idea graciosa, además de, por supuesto, todo un mensaje.

Hacerse regalos se podía considerar todo un clásico. No habíamos hablado de ello, pero quizá fuera una forma de dar normalidad a nuestra complicada relación. Ya que las cenas, las salidas y demás cosas típicas estaban descartadas por razones obvias, el detalle de la mantequilla podía resultar curioso. Por no mencionar que, tras haber visto la película, sentía una malsana, o no, curiosidad por probar, y a buen seguro que Fabio no tardaría ni diez segundos en atar cabos y sacarme de dudas sobre las posibilidades de la misma.

Caminé en dirección al dormitorio con rapidez, tal como siempre hacía. Nunca me cruzaba con nadie, de lo cual me alegraba. Sin embargo, en esa ocasión me sorprendió oír voces procedentes de la salita donde Mónica recibía a sus clientes. No se trataba de una charla educada, sino de una discusión en toda regla. Lo más prudente hubiera sido irme directa a la habitación, pero la voz de Mónica, muy alejada de su tono profesional habitual, me hizo detenerme en seco y prestar atención.

—¡No puedo traicionarla! —exclamó ella.

—Me parece que debo recordarte a quién le debes lealtad —dijo un tipo de malas maneras, con un claro tono de advertencia—. Si el señor Zahner no te hubiera sacado de la calle, aún serías una puta de tres al cuarto.

Parpadeé y procuré permanecer en silencio para poder seguir escuchando sin ser descubierta. La mención de mi padre era una especie de autorización tácita para poner la oreja.

—Y yo te recuerdo que saldé todas mis deudas con el viejo —respondió ella elevando la voz.

Se oyó un ruido, con toda probabilidad alguien golpeando un mueble. Me

sobresalté, aunque no me moví del sitio.

—¡Eres una desagradecida! —estalló el desconocido—. Te crees muy lista, ¿verdad? Pues me parece que no eres consciente de lo que puede ocurrirte si no colaboras.

—No podéis tocarme un pelo —se defendió Mónica—. Zahner dejó muy claras las condiciones.

—Él está muerto y, por lo tanto, si me tocas los cojones puedo hacer que este chiringuito salte por los aires, ¿estamos?

—Hablaré con Matías, él sabe muy bien a qué acuerdos llegamos.

—Querida, no seas ingenua, Matías es el primer interesado en que colabores para que esa jodida puta de la que te has hecho tan amiga en los últimos tiempos no desmonte el tinglado.

Estaba claro que yo era la protagonista de la conversación y eso me hizo sentir más intranquila, pero si de verdad deseaba enterarme de lo que tramaban, no me quedaba más remedio que permanecer a la escucha todo el tiempo que me fuera posible.

—¿Y por qué me involucráis a mí? —inquirió Mónica, y noté la exasperación en su voz—. He oído que seguís haciendo lo que os da la gana a sus espaldas.

Vaya, por lo visto todo el mundo estaba al tanto de los tejemanejes del señor Narváez.

—Porque confía en ti, joder, pareces tonta. Sé que viene por aquí y también sé que se reúne con alguien y quiero saber de quién se trata.

—¿Y por qué crees que se ve con alguien? ¿No puede simplemente venir a visitarme? —sugirió ella con tono despreocupado.

—Deja de tocarme los cojones, Mónica...

—No lo conozco —dijo, y hasta yo me di cuenta de lo poco convincente que había sonado.

Mal asunto, porque intuía que seguirían presionándola.

—No me tomes por imbécil, que nos conocemos. Eres lista y dudo mucho que en esta casa pase algo sin que tú te enteres. Dime con quién coño se ve.

—Sólo sé que es un tipo casado y que le ha prometido que dejará a su mujer para estar con ella. Lo de siempre, la pobre está ilusionada, pero el muy cabrón...

Torcí el gesto, la excusa era buena, aunque dudé de que sirviera. El tipo tenía

razón: si Mónica había llegado tan lejos, no había sido precisamente fiándose de cualquiera que apareciera por su establecimiento.

—Me importa tres pares de cojones si se folla a una o a veinte, quiero saber quién es.

—No es mi estilo anotar el nombre de los clientes —alegó ella.

—Este caso es diferente, ¿verdad, Mónica? ¿Verdad que vas a colaborar y me lo vas a decir? —El tipo utilizaba ese tonito de matón de serie B que acojonaba, la verdad.

En ese instante se oyó con claridad el sonido de un vehículo acercándose y a mí casi se me paró el corazón.

Me llevé una mano al pecho para intentar controlar los latidos desbocados. Madre mía, madre mía qué nervios...

—Al parecer, va a resultar más sencillo de lo que esperaba... —dijo el tipo riéndose.

Yo no sabía qué hacer, pues por sus palabras deduje que era Fabio quien acababa de llegar. Igual que yo, mucho antes de la hora acordada. Maldita casualidad...

Respiré hondo para templar un poco mis nervios, confiando en que se tratara de otro cliente.

—Voy a recibirlo... —informó Mónica.

—Tranquila, guapa, tiene pinta de ser un cliente habitual —contestó el desconocido.

Ése fue una de las peores esperas de mi vida. El sonido típico de un vehículo reduciendo la velocidad. La puerta del garaje, los pasos dirigiéndose hacia la casa... Unos pasos masculinos.

—¡Joder! —exclamó el hombre triunfal, rompiendo el tenso silencio—. Pero si el honorable juez Castell también te visita. Picas bien alto, ¿eh?

No supe si alegrarme o empezar a temblar ante sus conjeturas, ya que de sus palabras deduje que, tras reconocer a Fabio, pensaba que éste sólo era un cliente más.

—Ya sabes que aquí la clientela es exclusiva —replicó Mónica digna, y me la imaginé alzando la barbilla en actitud desafiante.

—Menudo hijo de la gran puta santurrón... —rezongó el otro—. Pues mira por dónde, voy a matar dos pájaros de un tiro...

«Ay, madre», pensé; sólo tenía que sumar dos y dos y eso hasta un matón barriobajero sabía hacerlo.

—Vas a decirme con quién folla esa malnacida de Berenguela y ya de paso te las apañas para que la chica a la que se tira el juez instale una cámara de vídeo y lo grabe todo —añadió todo ufano.

—No puedo arriesgarme a eso, sería el fin de mi negocio —contestó ella, y supe que de nada serviría.

—Déjate de bobadas. No sería la primera vez que hemos hecho algo así y lo sabes. ¿O quieres que te recuerde el bonito DVD de porno casero que le enviamos a la mujer del comisario con la actuación estelar de su marido? ¿O la fiestecita gay que organizamos para el concejal? Todavía tengo una copia en mi casa. —Se rio como un poseso y me dieron ganas de vomitar.

—Ya no me dedico a eso. Buscaos a otra para que os ayude —dijo Mónica con firmeza, y la admiré en silencio. Yo, en su lugar, hubiera cantado hasta *La Traviata* a la primera amenaza.

—Voy a tener que explicártelo todo desde el principio, me temo...

—¡Suéltame! —gritó Mónica, y me percaté del pánico en su voz.

—Sigues estando bien buena y, la verdad, sería todo un desperdicio rajarte la cara y estropear esta boquita tan mona. Si no recuerdo mal, tus mamadas eran legendarias.

—Maldito cabrón, suéltame...

—Vas a hacer lo que te diga. Manda a una de tus chicas a calentar al juez mientras preparas una habitación donde esconder una cámara. Yo mismo me encargaré de inmortalizar los mejores momentos. ¿Estamos?

—Sigues siendo un perverso.

—Y tú una puta, no te olvides. Obedece.

Mónica debió de pensárselo bien, pues a los pocos segundos el tipo añadió:

—Así me gusta..., que colabores.

—Con una condición —replicó ella—. Será la última vez que me pedís algo así.

—De acuerdo, y a cambio quiero que seas tú quien se folle al juez, mira por dónde, no voy a arriesgarme a que alguna de tus chicas la fastidie. Además, ya que voy a ser un espectador privilegiado, qué menos que ver a la legendaria Monique en acción.

—Dame media hora —pidió ella.

—Y que conste que no se me ha olvidado que aún me debes un nombre...

Oí el sonido de sus tacones y me di la vuelta con rapidez, decidida a volver al garaje y a salir de allí pitando. Ya vería el modo de advertir a Fabio. Pero no me fue posible, pues no había dado ni cuatro pasos cuando tropecé con alguien.

Cuando alcé levanté la vista y lo vi, me di cuenta de que no podíamos perder ni un segundo en explicaciones. Fabio parecía desconcertado y me miraba esperando que yo hablara, pero no podía. Tenía la garganta seca y demasiado miedo en el cuerpo como para decir nada.

—¿Berenguela?

Me solté de él y eché a andar con una sola idea en la cabeza.

—Cojamos el coche y larguémonos de aquí.

—Pero ¿qué...?

—¡Hazlo, joder!

Me siguió sin cuestionarme hasta el garaje, donde me senté en el asiento del copiloto de su vehículo. Él debió de intuir que algo serio ocurría y arrancó sin pedirme más explicaciones.

Salir juntos en el mismo coche sin duda era exponernos al peligro, pero en casos como aquél había que elegir el mal menor. Como había visto hacer en las películas de espías, me agaché sobre su regazo, por si al tipo que había amenazado a Mónica se le ocurría mirar. Fabio maniobró como si no ocurriera nada y yo permanecí recostada sobre sus piernas hasta que me hizo una seña para que me incorporara.

Yo hubiera salido a toda pastilla, y a buen seguro el Alfa Romeo de Fabio podía hacerlo sin problema, no obstante, agradecí que condujera con normalidad, llamando menos la atención.

Cuando me senté bien en el asiento, me di cuenta de que él había optado por abandonar la ciudad por carreteras secundarias. Otro clásico del cine de espías y que me tranquilizó. No tenía la menor idea de qué rumbo llevábamos, pero al menos nadie nos seguía.

De repente, Fabio redujo la velocidad y estacionó de mala manera en un desvío. Apagó el motor y me miró. Las luces del salpicadero eran la única fuente de iluminación y él parecía muy enfadado.

—Ahora me vas a explicar qué cojones está pasando —dijo en una voz baja

y peligrosa, algo que no ayudaba nada a sosegar-me.

—¿Qué es eso que suena? —pregunté, señalando el equipo de audio en vez de responder.

—*Sonne*, de Rammstein —respondió de malas maneras, bajando el volumen—. Me gusta escucharlos mientras conduzco.

—No los conocía —murmuré, y miré hacia el otro lado.

Tenía muchas cosas que decirle y para ello resultaba imprescindible que ordenara primero mis pensamientos, pues mi confusión era tal que hasta podría transmitir la información de manera equivocada.

—Y ahora vayamos al grano, por favor —insistió en tono imperativo. Apagó el CD por si la música me impedía hablar.

Hice un esfuerzo y giré la cabeza; no quería hablarle dándole la espalda, no me parecía correcto.

—Esta tarde he llegado antes de lo previsto a casa de Mónica... —Me detuve y tragué saliva, pues sentía tal nudo en la garganta que se me hacía muy cuesta arriba continuar—. Quería..., joder, eso ahora ya da igual... —Suspiré y me pasé una mano por la cara ante la frustración que sentía, porque todo aquello me superaba.

—¿Qué querías? —insistió impertinente.

—Darte una sorpresa, aunque lo importante de verdad es... —Y me volví a interrumpir.

—¿Qué? ¡Joder! Habla de una puta vez.

Podía entender su mal humor, porque todo era un despropósito; no obstante, ayudaba más bien poco que pagara conmigo su mala leche.

—Mónica tenía visita. No se trataba de uno de sus clientes. No debería haberme parado a escuchar, pero lo he hecho... —Mi nerviosismo iba en aumento—. Alguien... alguien la amenazaba para que le dijese con quién me veo en su casa y...

—¡Joder! —exclamó él, dándole tal golpe al volante que me sobresaltó.

—Ella aguantaba, aunque mucho me temo que terminará cantando —añadí, evidenciando mi preocupación.

—Tenía que ocurrir —masculló Fabio.

—Eso no es todo. Por desgracia, has elegido ese momento para llegar y te han reconocido.

—Y han sumado dos y dos.

—No, por suerte el tipo debe de ver sólo lo que le interesa, porque ha creído que eres uno de esos hombres a los que les gusta llevar una doble vida. Respetable de día, perverso de noche, algo que les viene de perlas, porque, por lo que he oído, su intención es pillarte. Por lo visto tienen experiencia en esto de extorsionar y nada mejor que un buen escándalo en vídeo para que te apartes y dejes de husmear.

Nos quedamos en silencio. Yo sin dejar de dar vueltas a cada palabra que había dicho, dudando de si había escogido las precisas, y él, con toda seguridad, analizándolas.

Lo miré de reojo, porque temía hacerlo de frente y porque deseaba dejar que rumiara por sí solo lo que le acababa de explicar. Que tomara sus decisiones, que después de esa noche, yo tomaría las mías. Me encontraba desorientada por completo, pero al menos él no había empezado a gritar ni a soltar improperios.

Puede que terminara estallando, aunque ya daba igual. Estábamos en el mismo barco. De repente, sin venir a cuento, volvió a encender el CD y subió el volumen de la música, que retumbó dentro del vehículo y luego, en vez de decirme algo, abrió de malas maneras la puerta y se apeó. Lo vi caminar unos pasos hasta perderlo de vista.

Arriesgándome a que acabáramos discutiendo, me bajé también y fui en su busca. Mis zapatos de tacón no estaban diseñados para caminar por un terreno pedregoso y menos aún de noche, pero pese a todo, llegué hasta él y esperé a que se percatara de mi presencia.

Fabio se volvió. Estaba cabreado, lógico, pero contenía la rabia de una manera que me desconcertaba.

—Si no he entendido mal, creen que voy de putas de forma habitual —dijo, riéndose con sarcasmo—. Joder, si nunca he pagado por echar un polvo.

No puse en duda sus palabras.

—Sí —afirmé en voz baja.

—Cojonudo. Bien, sigamos; y, según me has dicho, pretenden hacerlo público. —Asentí—. Entonces ¿para qué quieren saber con quién te reúnes allí si en teoría ya me tienen a mí cogido por los huevos?

Parpadeé, porque eso me pilló con el pie cambiado.

—¿Perdón?

—Me refiero a que yo soy quien los está investigando, no entiendo qué tienen en tu contra.

¿Estaba preocupado por mí? Desde luego, era lo último que esperaba. Quise acercarme a él y tocarlo y dejar que me tocara, sentirlo, sin embargo, mantuve una prudente distancia de seguridad.

Fabio continuaba mirándome y, pese a que estaba oscuro, pude ver en sus ojos tanto cabreo como preocupación.

—Ahora entiendo lo del coche que vi vigilándote... Joder, debería haberlo imaginado.

—¿Un deportivo de alta gama? —susurré, haciendo memoria.

—Sí, un Mercedes que cuesta un ojo de la cara —masculló—. Y según veo ya te has dado cuenta.

—Llevan tiempo siguiéndome, estoy acostumbrada. Sólo me sorprende que la policía disponga de tantos medios —señalé con cierta ironía, aunque, debido a la situación, no sonó muy contundente.

No hacía falta añadir que él había ordenado el seguimiento.

—Hace ya unos días que se suspendió tu vigilancia, yo mismo di las instrucciones precisas —explicó.

—¿Que tú...? —Se me atascó la pregunta en la garganta.

—Joder, ven aquí —dijo, acercándose y rodeándome con los brazos—. Esto se nos está yendo de las manos...

—Dime algo que no sepa —musité, intentando, sin éxito, sonar graciosa.

—Vi ese coche hace unos días, aparcado frente a tu casa —dijo en voz baja, acariciándome la espalda, y alcé la cabeza buscando su mirada con el cejo fruncido.

—¿Perdón?

—Ya te lo explicaré, lo importante es que vi no sólo que te vigilaban, sino que también fotografiaron los vehículos allí aparcados, incluido el mío.

Me tensé, y mucho, además.

—¿Estabas espiándome?

—No —respondió categórico—. Quería subir a verte, aunque en el último segundo recuperé la cordura y no llamé a tu puerta.

Continuó abrazándome. Sabía que no debía creerle, porque hacerlo implicaría hundirme más en aquel farragoso asunto, aunque resultaba tan

tentador dar por buenas sus palabras, que no fui capaz de separarme de él y hacerle más preguntas.

—Sé que no te va a gustar lo que voy a decir, pero no podemos obviar la realidad —musitó sin soltarme, gesto que me calmó en parte.

—No, no podemos —respondí yo también en un susurro.

—Van a acabar relacionándonos y lo utilizarán en mi contra.

Cerré los ojos.

El momento que ambos fingíamos que no llegaría nunca nos mordía el culo.

—Pero hay algo que sigo sin entender..., ¿qué quieren de ti?

Capítulo 36

Fabio

Berenguela se apartó de mí, algo que no me gustaba, pero que permití. Entendía el porqué de su estado cuando me tropecé con ella. Desde luego, no esperaba que me pusiera sobre aviso. Lo más lógico hubiera sido que, teniendo esa información, la utilizara en su provecho.

—No debería hablar contigo de esto... —musitó, negando con la cabeza—. Eres la última persona a la que debería contarle lo que ocurre...

Me acerqué hasta quedar tras ella, conteniéndome para no tocarla.

—No te sientas obligada a hablar si no quieres —dije, y me di cuenta de que empezaba a refrescar y que no había elegido el mejor emplazamiento para mantener una conversación que intuía trascendental.

—Van a por mí por un motivo muy simple: estoy desmontándoles el chiringuito —declaró, y se rio sin ganas.

Entonces se volvió y me di cuenta de que estaba tiritando, por lo que me quité la chaqueta de cuero y se la puse encima de los hombros. No recordaba haberme comportado antes con tal caballerosidad con una mujer.

—No he hecho otra cosa desde que fui al despacho del maldito Nogales, el administrador de mi padre, que por cierto sigue haciendo de su capa un sayo. — Bufó.

—¿Perdón?

—Llevaba muchos años desligada de mi padre. De haber podido renunciar a la herencia, lo habría hecho, no lo dudes, pero él se las apañó para implicarme en

sus turbios negocios sin que yo lo supiera y ahora, cuando he dado órdenes para que dejen de hacerse ciertas cosas, me toman por el pito del sereno y siguen llevando los asuntos como antes.

—Berenguela... —murmuré, intentando sonar calmado para que se relajase.

—Y lo más asqueroso del asunto es que yo, joder, ¡yo!, soy la responsable —vociferó, evidenciando su mala leche.

Levantó los brazos en un gesto de frustración, mientras su tono de voz se iba elevando. Continué escuchando en silencio, no sólo por lo importante y relevante de sus esclarecedoras palabras, sino también porque intuía que necesitaba desahogarse, sincerarse con alguien, y me había escogido a mí.

—¡Yo soy la maldita responsable! —repitió, alzando más la voz—. El cabrón de Matías se está forrando, y no precisamente con negocios legales; utiliza el Miami como tapadera y, encima, si alguien denuncia, yo me como el marrón —continuó gritando, y me di cuenta de que aquello era una confesión en toda regla, pero no estaba allí como juez, pese a que sus revelaciones resultaran importantísimas.

—Relájate, por favor —le pedí, y cuando fui a abrazarla no me lo permitió.

—¡No puedo, joder! ¡No puedo!

—No niego que tienes derecho a desahogarte, pero aunque estemos bastante lejos de la civilización, no me parece oportuno que grites a los cuatro vientos la situación en la que estamos.

Me dedicó una mirada de rabia.

—Quieren chantajearme, saber con quién follo y así ir a por el pobre incauto, y supongo que poner en práctica el decálogo habitual del maleante, es decir, acojonarlo para que haga cuanto ellos quieren y de paso amargarme a mí.

Inspiré hondo, porque a pesar de no haberme nombrado me daba por aludido.

—Gritando no lo solucionarás —dije, y se puso aún más guerrera.

—¿No has escuchado nada de lo que te he dicho? —preguntó de malas maneras, algo que yo entendía, pero si los dos perdíamos la calma apañados estábamos.

—Por desgracia sí —convine, frotándome la cara, sin saber muy bien cómo acercarme a ella.

—Pues me dejas de piedra. Pretenden que te quedes con el culo al aire, exponerte al escándalo, ¿y te lo tomas así?

Mi intención no era entablar un diálogo de besugos, ella estaba alterada, muy bien, y yo, a pesar de la mala hostia, no quería perder los papeles, por eso, consciente de su reticencia a la hora de que la tocara, hice uso de mi superioridad física y la rodeé con los brazos. Berenguela movió los hombros en un intento de apartarse, sin embargo, logré aplacarla y la mantuve así, abrazada, en medio de aquella carretera secundaria.

—Esto es lo que vamos a hacer —indiqué, sin dejar que se despegara de mí—. Esta noche nos vamos a un hotel que conozco.

—¿Juntos? ¿Estás mal de la cabeza? —farfulló, y yo sonreí, porque sí, estaba muy mal de la cabeza.

—Tranquila, estaremos bien —contesté, acariciándole la espalda—. Y mañana hablamos.

—¿Cómo? ¿Para que nos den habitación hay que registrarse! —me gritó.

—No te preocupes por eso —dije, porque conocía el sitio perfecto para pasar la noche y al menos relajarnos.

—Creo que ya he hablado más de la cuenta —reflexionó, pensando en todo lo que había soltado durante su enfado.

—Quiero ayudarte, Berenguela —aseguré, y no mentía. Puede que yo hubiera estado obsesionado con el caso Zahner, pero era más que probable que ella fuera simple y llanamente otra víctima más; iba a arriesgarme.

—¡No, ni hablar! —exclamó, y se apartó de mí, lo que me hizo resoplar ante su testarudez.

—Voy a hacerlo con o sin tu ayuda —aseguré, dejando muy clara mi postura.

—Esto es de locos; para empezar, ¿se supone que eres el enemigo!

Hice una mueca ante esa definición.

—Y también se supone que soy tu amante, joder —estallé, harto de tanto marear la perdiz—. Yo creía que las chicas agradecíais estos detalles —apostillé con sarcasmo.

—No veo la capa de superhéroe por ningún lado —murmuró, arqueando una ceja y, claro, me lo puso a huevo.

—Si quieres me pongo los calzoncillos por encima de los pantalones y listos —repliqué irónico.

Y noté cómo se aguantaba para no soltar la carcajada.

—Desde luego —suspiró—, sabes cómo hacer reír a una mujer.

—Gracias por la parte que me toca —dije—. Aunque también sé que puedo hacer mucho más por ti... Esta noche... —No me contuve más y fui directo a sus labios. Se los acaricié con el pulgar a modo de preparación y después la besé como es debido y, por suerte, Berenguela no me rechazó, todo lo contrario. Sentí sus brazos rodeándome el cuello y dejándose llevar. Esas palabras habían sido toda una declaración de intenciones, y continué besándola muy consciente de ello y también notando cómo mis manos se sentían ansiosas por arrancarle la ropa.

—No deberías hacer ese tipo de promesas —musitó, pegada a mi boca y sonriéndome con tristeza.

—Respecto a esta noche, por supuesto que puedo hacer cuantas me venga en gana —la contradije, adoptando un tono sugerente, mientras con la yema de los dedos recorría la tentadora piel de su cuello hasta detenerme en el inoportuno botón, justo a la altura del escote.

—¿Y después? —preguntó en voz muy baja, cerrando los ojos y arqueándose a la par que yo seguía acariciándola. Tenía bien duros los pezones y el motivo no era el frío nocturno.

—Y después... —me incliné hasta acercar los labios a su oreja—..., también.

Ella gimió y me aferró con más fuerza, poniéndome en una tesitura complicada, pues lo que me pedía el cuerpo era tumbarla sobre el capó del coche y levantarle la falda. No obstante, respiré hondo y me controlé. Hacía frío, pero desde luego la idea de follármela en el campo era cojonuda. Tendría que posponerlo para cuando mejorase el tiempo. En todos los sentidos. Así que, con una incómoda erección, di un paso atrás y, sin separarme del todo, la conduje hasta el coche, le abrí la puerta y casi termino abrochándole el cinturón de seguridad, porque, y no sé por qué, me sentía con ganas hasta de ser su siervo. Me acomodé en el asiento y arranqué antes de sufrir un nuevo ataque de irresponsabilidad. Pisé el acelerador y salí derrapando como un inconsciente para incorporarme a la carretera.

* * *

El hotel discreto del que le había hablado estaba cerca, de modo que en poco más de media hora llegamos. Conocía el establecimiento, sabía que lo regentaba

una pareja joven y que la discreción estaba garantizada. Aunque la ocasión requería medidas excepcionales, por lo que acudí yo solo a recepción para hacer el registro. Berenguela me esperó en el coche, nerviosa, y de ahí que yo intentara que todo fuera lo más rápido posible.

Presentarse en un hotel sin reserva a esas horas de la noche y sin maleta, ya daba el cante lo suficiente, pero intenté mostrarme sereno y esperé paciente a que la dueña rellenara el formulario, mirando el reloj con disimulo; apenas habían sido siete minutos, pero se me hicieron eternos.

—Aquí tiene, señor Castell —dijo ella con una sonrisa forzada.

—Gracias —respondí cuando me entregó la tarjeta, y salí conteniéndome para no echar a correr hacia el coche.

Casi se me para el corazón cuando al acercarme no vi a Berenguela dentro. Miré a mi alrededor y resoplé al localizarla sentada en un banco de piedra, con mi chaqueta de cuero, esperándome.

Joder, qué cuesta arriba se estaba poniendo todo aquello.

Ella se levantó al verme y se acercó a mí. Me acarició la mejilla y me sonrió. Quizá fue una tontería pensarlo, pero me dio la sensación de que, aparte de nuestra innegable atracción sexual, sentía algo por mí. Y tal vez debería empezar a preocuparme, porque siempre había procurado que las mujeres con las que me relacionaba no se hicieran ilusiones más allá de pasar un rato entretenido entre las sábanas.

Sólo Estela se había acercado lo suficiente como para hacerme reflexionar al respecto y acojonarme. De ahí que yo metiera la pata y asestara un golpe definitivo a nuestra relación. El miedo a comprometerme, a atarme a una sola mujer de por vida, el temor a perder mi independencia, me habían hecho comportarme como un cretino, causándole a mi ex un dolor innecesario y ahora, cuando intuía que podía ocurrir lo mismo pero multiplicado por veinte debido a las complicaciones legales, no percibía esa inquietud ni esa jodida sensación de querer mandarlo todo a la mierda. Más bien todo lo contrario, ya que estaba desarrollando un instinto protector y algo suicida desconocido para mí.

Caminamos con paso firme y sin detenernos hasta llegar al ascensor y enseguida pudimos respirar algo más aliviados cuando cerré la puerta tras de mí. Lo primero que hice fue echarle un vistazo a la habitación, bastante modesta por cierto, pero que nos serviría para pasar la noche y sentirnos seguros al menos

unas pocas horas, pues a la mañana siguiente yo tenía que adoptar unas cuantas decisiones para cumplir mi promesa de ayudar a Berenguela. El cabrón del gerente del Miami estaba el primero en mi lista de prioridades.

Me senté en el borde de la cama, mientras ella permanecía de pie junto a la ventana. Nos miramos, en silencio, pese a que la tensión no había variado ni un ápice. Más bien al contrario, y no sólo por la situación en la que nos encontrábamos aquella noche, sino por todo. Desde el primer instante en que la vi en el cementerio, con su aire adusto, recto y con un toque provocativo con sus zapatos de tacón rojos, debería haber tenido claro que me sentiría atraído de manera irremediable hacia ella, con complicaciones y todo.

—¿Tienes hambre? —pregunté para romper el silencio.

—No, pero gracias por preguntar.

—Pues yo sí, veamos qué hay en ese minibar.

Era una forma de hacer algo que no fuera lanzarme como un poseso encima de ella. No encontré mucho donde elegir y fruncí el cejo. Opté por servirme una copa y ofrecerle otra a Berenguela, que la rechazó con un delicado gesto. Estaba nerviosa y yo también, y debía encontrar la forma de relajarnos. Con la ropa puesta, en primer lugar.

Di un buen trago a la cerveza, buscando esa manera de tranquilizarnos, cuando ella, rompiendo todos mis esquemas, se acercó a mí caminando de una forma peligrosa, o al menos así me lo pareció, puede que sugestionado por la situación. En cualquier caso, sonreí hasta que la vi meter una mano en su bolso y sacar un pequeño paquete.

—Para ti —murmuró, y percibí una nota de vergüenza al entregármelo. Incluso se sonrojó.

—¿Un regalo? —pregunté, cogiéndolo.

Berenguela dio unos pasos atrás hasta sentarse en la cama. Me quedé intrigado, pues era lo último que esperaba, y me sentí estúpido. Joder, tan obnubilado estaba que ni siquiera me había molestado en pensar en tener un detalle con ella.

—Ábrelo —me instó.

Por el tamaño, pensé que se trataría de algún complemento, nada ostentoso, pero que para mí tendría todo el valor por el simple hecho de venir de ella. Rompí el delicado envoltorio y saqué su contenido. Se me cayó de las manos y

parpadeé al darme cuenta de qué era.

La miré y me di cuenta de que sonreía con disimulo ante mi desconcierto, y no era para menos, pues ¿quién regala una barra de mantequilla?

—Procede de una explotación ecológica que elabora sus productos de manera artesanal.

—No lo dudo... —murmuré.

Berenguela me miró fijamente, esperando que yo atara cabos. Puede que estuviera un poco más espeso de lo normal, habida cuenta de la tensión acumulada. Le mantuve la mirada hasta que de repente encajé las piezas y de inmediato se dibujó en mi rostro una enorme sonrisa.

—Joder, es el mejor regalo que me han hecho en la vida —admití y, sin perder un segundo, me acerqué, quedándome de pie ante ella—. Y creo que me siento generoso y voy a compartirlo contigo.

—No esperaba menos de ti —replicó, y se incorporó hasta quedar frente a mí y a mi altura.

No demoré más lo que tanto ansiaba y la besé. Joder, cómo lo necesitaba. Berenguela respondió con un gemido y me rodeó el cuello con los brazos, aferrándose a mi cuerpo.

Devoré su boca y respondió incluso con la misma intensidad que yo. Mientras me afanaba por desabotonarle la blusa, ella me metía las manos dentro del pantalón. Caímos sobre la cama, yo encima, aplastándola. Me incorporé a medias, apoyándome en los brazos para mirarla e intentar no comportarme como un maníaco sexual. Berenguela respiraba de forma entrecortada y alzó una mano para acariciarme la mejilla. Un gesto cariñoso, antes de buscar de nuevo mis labios y atraerme hacia ella. Gemí en su boca y de nuevo comenzó la frenética carrera por arrancarnos la ropa, sólo lo imprescindible para que pudiera penetrarla. Su falda acabó arrugada en su cintura, sus bragas enredadas en el tacón del zapato, la blusa medio abierta...

Yo conseguí bajarme los pantalones y los calzoncillos hasta debajo del trasero para liberar mi polla. Berenguela arqueó la pelvis, indicándome en silencio que no perdiera el tiempo. No tenía por qué demorarme más y se la clavé con fuerza, de manera violenta. Gritó y, lejos de quejarse, me clavó con más saña las uñas en los hombros, tanta, que a pesar de llevar aún la camisa puesta, sentí el dolor, que disfruté como si fuera el mayor de los placeres.

—Más fuerte —exigí, follándola con tanta vehemencia que la cama traqueteaba, arriesgándonos a molestar a más de un huésped a esas horas de la noche.

Pero me importaba un pimiento, ya que Berenguela, bajo mi cuerpo, jadeaba y seguía mi frenético ritmo, pidiéndome que continuara, que le diera con más ímpetu y, joder, no podía estar más de acuerdo.

—Oh, Dios... —jadeó retorciéndose, e intuí que estaba muy cerca de correrse. Yo también y por eso no disminuí la intensidad de mis embestidas, clavándola a la cama y logrando que gimiera más fuerte, de tal modo que cada uno de sus entrecortados jadeos se convertían en el combustible necesario para que me comportara como un auténtico loco.

Lo más impresionante de todo fue que Berenguela se mostraba en todo momento tan ansiosa y necesitada como yo, pues a pesar de no pronunciar una sola palabra, me decía con cada reacción de su cuerpo que disfrutaba de aquel sexo salvaje.

No era la primera vez que me tiraba a una mujer de esa forma, en mi historial de polvos sin sentido y rápidos existían unos cuantos; sin embargo, en esos casos, se trataba de mujeres a las que no me unía nada, sólo las ganas de follar y poco más. Ningún otro sentimiento, de ahí que con Berenguela, pese a reaccionar físicamente de igual modo, sabía que había algo más.

—Fabio...

Oír mi nombre en sus labios con un ronco suspiro antes de sentir cómo se estremecía, me hizo sentir eufórico, joder, vaya que sí.

—Córrete —ordené, aunque no era preciso, pues ella ya había alcanzado el clímax, lo que hizo que me resultara mucho más satisfactorio cuando eyaculé en su interior.

Caí desplomado, bien anclado en ella, y cerré los ojos.

Capítulo 37

Berenguela

Sin aliento, desmadejada, empapada de sudor y con la hebilla de su cinturón clavada en el muslo, intenté normalizar mi respiración sin borrar una sonrisa tontorrón de la cara. Fabio me aplastaba y seguía dentro de mí, lo que debería molestarme, pues por lo general, una vez finalizado el intercambio de fluidos, me gustaba mantener las distancias.

Pero él, a pesar de que mi cabeza me advertía de que éstas eran necesarias, poco a poco había logrado hacerme sentir cómoda estando cerca. Sentía cada vez menos el impulso de salir huyendo.

Fue Fabio quien primero se movió, liberándome de su peso. Entonces caí en la cuenta de que, debido a la intensidad, le había clavado las uñas en el hombro con verdadera saña y que el pobre luciría al día siguiente unas buenas marcas.

—Creo que... —empezó y se detuvo, mirándome fijamente a los ojos antes de esbozar una sonrisa—... Joder, que me he quedado sin fuerzas.

Me eché a reír ante esa confesión. Por lo general, los hombres pocas veces admitían algo así.

—¿Debo suponer que ha merecido la pena?

—Eso no lo dudes nunca —contestó rotundo, dándome un beso rápido en la boca para después ponerse en pie.

—Vaya... —murmuré, haciendo una mueca y desenganchando mis bragas rotas del tacón. Yo también me incorporé hasta quedar sentada y entonces fui consciente del deplorable estado de mi ropa.

—Debería decir «lo siento», pero mentiría —dijo Fabio, arrebatándomelas de las manos y con cara de no haber roto un plato (bragas) en su vida, pero fracasó, ya que claramente se sentía orgulloso de sus actos.

—Un pequeño precio que pago gustosa...

—¡Joder! —exclamó, interrumpiendo aquel picante diálogo.

Se agachó frente a mí y me pasó los dedos por la parte superior del muslo con sumo cuidado. Yo bajé la vista para mirar lo que lo había hecho variar tan rápido de actitud y torcí el gesto.

—No es nada —dije para tranquilizarlo.

—¿Esto te lo he hecho yo?

—La hebilla de tu cinturón, sí —contesté divertida—. Pero no te preocupes...

Me miró frunciendo el cejo y se quedó de rodillas, lo que me dio la oportunidad perfecta de mostrarle que no era la única que iba a lucir marcas. Lo despojé de su camisa y le acaricié los hombros. Después le tendí la mano para que se pusiera en pie y me siguiera.

—Ven —le pedí, y Fabio no titubeó. Lo conduje al cuarto de baño y le mostré los arañazos que yo le había hecho—. ¿Empate?

—Mmm..., no lo tengo muy claro —contestó guasón.

Por si acaso, me pegué a su espalda y, tras intercambiar una mirada con él en el espejo, procedí a ganar la partida mordéndolo en el hombro, al tiempo que mis manos rodeaban su cintura desde atrás hasta posarse sobre su entrepierna.

—¿Y ahora? —pregunté, frotando sin piedad, mientras observaba su rostro en el reflejo.

—Joder... —masculló, entrecerrando los ojos, sin duda preparando su venganza, a la que yo me sometería sin dudarlo.

Sin embargo, aflojé el ritmo y di un paso atrás. Fabio arqueó una ceja ante aquel repentino cambio. Yo tampoco me lo explicaba, ya que nunca me había comportado con tanto atrevimiento.

Con él era muy diferente.

¿Debía asustarme por ello o, por el contrario, dejar que mi vena más arriesgada, esa que desconocía tener, saliera a la superficie?

—No sé qué estás pensando, pero sea lo que sea, me gusta —comentó, terminando de desnudarse. Su ropa, al igual que la mía, estaba hecha un desastre, lo que hizo que apartara mi lado atrevido para dejar paso al sensato.

—No sé cómo nos las vamos a arreglar mañana para ir a trabajar... —Con un gesto, señalé las prendas arrugadas que iba dejando en el suelo.

—Mañana no vamos a ir a trabajar —replicó, y yo arqueé una ceja—. No me pongas esa cara, sabes que primero hemos de resolver otros asuntos. He prometido ayudarte y para ello debes seguir mis instrucciones.

Torcí el gesto.

—No me convence —murmuré.

Uno de los principales motivos por los que siempre evitaba implicarme con un hombre era precisamente ése, la predisposición que ellos tienen, en cuanto pueden, para tomar el mando y marcar el rumbo.

—Es lo mejor —añadió, dándome una panorámica de su culo prieto al acercarse a la ducha para abrir los grifos; una maniobra de despiste en toda regla...

—Hoy no quiero discutir —dije, deshaciéndome también de mi ropa y dejándola junto a la suya.

—Sabia decisión —convino Fabio, tendiéndome una mano para que me uniera a él bajo el chorro de agua.

Acepté, por supuesto; sin embargo, a la mañana siguiente tendría que hacerle ver que él no podía tomar todas las decisiones. Existían un millar de motivos para que todo se complicase aún más y yo no estaba dispuesta a correr ese riesgo.

Bajo el agua nos dedicamos a explorar, no fue algo sexual, pues hubo muchos instantes en los que sólo nos mirábamos y las caricias eran tan tenues que incluso podían parecer imaginarias. Fabio me mimó y yo lo mimé a él. Una forma de compartir intimidad a la que nunca antes me había enfrentado, ya que no permitía que un hombre se acercara tanto a mí.

¿Por miedo?

¿Por prudencia?

¿Por comodidad?

El motivo ya daba igual.

Una vez duchados, más o menos peinados y, tras tomar una copa, nos metimos en la cama agotados, no sólo físicamente. Yo caí dormida al poco de recostarme sobre él y supongo que Fabio igual. Pero pese al cansancio, nos despertamos en mitad de la noche. No sabría decir quién fue el primero que tocó

al otro. Lo único importante es que me encontré tumbada boca arriba, abierta de piernas, y con Fabio entre ellas lamiéndome y mordiéndome.

Yo intentaba no gemir muy alto, ni arquearme como una posesa; no obstante, era tal la pericia de su boca sobre mi sexo, que me resultaba imposible permanecer quieta. Además, necesitaba, sí, ésa era la palabra, necesitaba tocarlo, sentirlo de idéntico modo y, acostada en aquella postura, tenía que conformarme con acariciarle la cabeza y enredar las manos en su pelo.

En la quietud de la noche, los sonidos propios del sexo oral eran aún más llamativos y por eso yo no podía soportar permanecer inactiva. Cierto que Fabio tenía la suficiente experiencia acumulada como para que me corriera en menos de cinco minutos, pero como se suele decir, a veces es mejor disfrutar del viaje que llegar al destino, por lo que ansiaba prolongar aquel encuentro y, por supuesto, participar.

—Quiero tocarte... —No sé si Fabio me entendió porque, justo a mitad de la frase, rozó con la yema del dedo un punto en particular muy sensible de mi interior.

Tan sensible que me hizo saltar.

—¿Decías? —inquirió en un susurro de lo más erótico, levantando un instante la cabeza, aunque manteniendo los dedos dentro de mi cuerpo.

Tuve que aclararme la garganta, porque entre los constantes jadeos, la tensión que me recorría todo el cuerpo y la necesidad de hablar con propiedad, mis suspiros y gemidos ahogarían cada palabra y debía ser muy clara.

—Quiero lo mismo que tú...

—¿Perdón?

—A mí también me gustaría tener algo que llevarme a la boca —añadí, para de ese modo dejar bien clara mi postura.

Percibí su risa y el cosquilleo que me produjo y cómo, además, en vez de hacer caso a mi requerimiento, me mordió en el interior del muslo para después meterme los dedos con fuerza.

—No te andes con rodeos y dime exactamente qué quieres —se burló una vez más, con un mordisco de recuerdo.

Iba a acabar con unas cuantas marcas de «guerra».

—Tu polla —contesté, cansada de tanto circunloquio.

—Si me lo pides así... —musitó en un tono tan cercano a la ironía que estuve

a punto de abandonar la cama; sin embargo, añadió, pasando del sarcasmo al erotismo— no soy capaz de negarte nada.

Él fue el primero en moverse: gateó hacia arriba y me besó, compartiendo conmigo el sabor de mi sexo. Respondí, por supuesto, pese a que su boca no era la parte de su cuerpo que ansiaba.

Y él lo sabía...

Se sentó a horcajadas sobre mí y agarró su erección con una mano, mostrándomela y masturbándose delante de mis narices. Me mordí el labio y se acercó un poco más, pero no lo suficiente.

No podía apartar la vista y alcé las manos, para ser yo quien se ocupara de aquello. No me lo permitió y eso hizo que frunciera el cejo antes de preguntar:

—¿Vas a tenerme así mucho tiempo?

—No...

No sé muy bien qué pretendía con aquel juego de «ahora sí, ahora no», que me mantuvo en una tensión difícil de soportar y reconozco que, aunque me molestara, resultaba un aliciente extra. Desde luego, lograba que el deseo fuera aún mayor.

Fabio cambió de postura, tumbándose a mi lado, y después me indicó que me subiera encima de él, a horcajadas pero dándole la espalda. Obedecí y sentí cómo su mano me instaba a agacharme, de tal forma que mi boca pudiera acoger su miembro. Dudé unos segundos, ya que al mostrar semejante atrevimiento había dejado de lado la falta de experiencia en aquellos menesteres, por no mencionar que la postura que adoptábamos me resultaba curiosa a la par que excitante.

—Venga, ¿no tenías tantas ganas de chupármela? —dijo provocándome.

Cerré los ojos, se la agarré con una mano y me incliné hasta que pude atrapar la punta entre los labios. Fabio gimió con fuerza y eso borró cualquier pensamiento de vergüenza que pudiera haberse instalado en mi cabeza, y dejé que entrara en mí hasta el fondo. Él no perdió el tiempo y se colocó bajo mi cuerpo de tal forma que pudo acariciarme con la lengua justo donde más lo necesitaba. Presionó con la punta en el clítoris y me dio un cachete en el culo, sin duda como aliciente para que no me limitara a lamerlo; quería un poco más de acción y se la di.

Metí la mano entre sus piernas y le acaricié el interior de los muslos, con

especial cuidado de arañarlo también, y luego las deslicé hasta poder rozar sus testículos y apretarlos. Fabio gimió y yo me estremecí al notar la vibración en mi sexo. Algo que me desconcentró. No sé si iba a ser capaz de continuar ofreciéndole un buen repertorio de habilidades bucales. Recibí otro azote en el trasero, sin duda como incentivo, ya que no estaba precisamente ocupándome de él, o al menos no de manera evidente. Tenía que dejar de pensar, sólo debía actuar y olvidarme de consideraciones; estábamos en la cama, disfrutando, y yo me iba por las ramas. No me despisté más y con los labios lo volví loco, chupé con verdadera maestría, pues complacerlo era mi único objetivo, y fui recompensada. Vaya si lo fui.

Fabio jugaba entre mis piernas y al mismo tiempo arqueaba las caderas, embistiendo dentro de mi boca sin descanso. Emitía roncros gemidos que se mezclaban con mis jadeos. No tenía muy claro cuál de los dos estaba más cerca de correrse, lo que sí era evidente es que mi cuerpo ya no podía contener más la tensión y, de algún modo, él también lo percibió, dándome el toque de gracia al pasar un dedo por la separación entre mis nalgas y presionar donde menos me lo esperaba. Ciertamente que había pensado en eso, pero no que sería tan pronto. De todas formas, no pude hacer otra cosa, ya que Fabio se ocupó de tenerme bien sujeta para que no pudiera escapar, y cuando me insertó un dedo en el culo me corrí.

No pude gritar, apenas pude respirar, pues él continuó embistiendo dentro de mi boca. Yo no me aparté, todo lo contrario, lo apreté con más fuerza y apreté la base de su polla, sintiendo cómo se tensaba.

—Estoy a punto, Berenguela, a punto...

Oír mi nombre en aquella postura y justo un instante antes de notar cómo se corría entre mis labios, me produjo una extraña sensación. Me sentí bien, muy bien. A gusto, saciada... Como nunca pensé que me ocurriría. Continuaba respirando de forma agitada y fui incapaz de moverme hasta que Fabio se encargó de que recuperásemos una postura más cómoda para dormir.

No tuvo que pedirme, como en anteriores ocasiones, que me recostara junto a él, me surgió de manera natural y cerré los ojos entre sus brazos. No recuerdo si en mi rostro se dibujaba una sonrisa, aunque lo más probable era que así fuera.

* * *

Cuando volví a ser consciente de dónde estaba, ya había amanecido y, al no habernos acordado de correr las cortinas antes de acostarnos, parecía que en la habitación hubieran encendido un millar de bombillas halógenas. Me moví con suavidad para no despertarlo, pero por lo visto Fabio ya llevaba unos minutos con los ojos abiertos.

—Buenos días —murmuró, acercándose para darme un beso rápido.

—¿Qué hora es? —pregunté, apartándome el pelo de la cara.

—Casi las nueve —respondió, estirándose, lo que me permitió recrearme la vista con una estupenda panorámica de su torso desnudo.

Fabio se dio cuenta de adónde dirigía la mirada y, por si acaso quería recrearme un poco más, tiró de la sábana. Sonreí y me mordí el labio antes de inclinarme y darle un beso en el centro del pecho para después, toda digna, volver a cubrirlo.

—No vaya a ser que te enfríes —le dije, como una madre sobreprotectora.

—Contigo cerca, lo dudo —replicó juguetón.

Hube de pararlo, pues si empezábamos de nuevo a ponernos mimosos no abandonaríamos la habitación, y yo tenía muchas cosas que hacer.

—Me temo que debemos ir pensando en vestirnos. Tengo un par de entrevistas y antes debo pasar por casa para arreglarme —le dije, apartándome para no caer en la tentación.

—Tú no vas a ir a ningún lado —contestó, dejándome perpleja ante su tono tan severo.

—¿Perdón?

Fabio se levantó antes que yo y, sin importarle su desnudez, me miró serio y cogió su móvil. Antes de marcar explicó:

—Anoche te lo dije. Creo que fui lo bastante explícito con la situación tan peligrosa en la que estamos.

—¡No puedo abandonar a mis clientes! —exclamé, cabreándome por momentos.

—Respecto a la ropa, no te preocupes. Iremos a un centro comercial y compraremos lo que necesites. Después te acompañaré a un apartamento que he alquilado —me soltó con un aire de ordeno y mando que me enervaba, pues me dejaba a mí poco menos que como una pobre e indefensa mujercita.

—Espera, espera, ¿estás loco? ¿Pretendes que me esconda?

—En efecto.

—No puedo hacer eso, Fabio. Tengo responsabilidades —argumenté, para que comprendiera que no podía seguir sus indicaciones.

Me dejó con la palabra en la boca y se fue en busca de nuestra ropa, que colocó sobre la cama. Yo quería replicarle, pero me hizo un gesto para que guardase silencio, pues ya tenía el teléfono pegado a la oreja a la espera de que le respondieran.

Empecé a vestirme de mala gana, dispuesta a no obedecer.

—¿Estela? —dijo Fabio, paseándose desnudo con una mano en la cadera y otra sujetando su móvil. Se detuvo junto a la ventana, dándome una interesante perspectiva de su retaguardia—. Sí, ya lo sé, no te pongas pesada con ese tema. Escucha, hoy no voy a poder ir al despacho, así que reorganiza la agenda. No me interrumpas, es importante que hagas lo que te digo...

A medio camino entre el enfado y la admiración, escuché cómo daba instrucciones a su secretaria. Desde luego, por cómo lo hacía, saltaba a la vista la gran confianza que tenía en aquella mujer, lo que podía indicar que entre ambos había una relación, o la había habido, una relación más allá del trabajo.

Resultaba cuando menos impresionante verlo en acción. Nada de titubeos, nada de vacilaciones. Daba las indicaciones precisas, en las que me incluía y, por supuesto, teniendo en cuenta la especie de confesión que yo, en un momento de total frustración, le había hecho.

—Ya está todo organizado —anunció, sacándome de mis divagaciones—. De aquí nos vamos a desayunar y después a comprar lo necesario para pasar unos días. —Levantó una mano cuando hice amago de protestar—. No puedes ir a tu apartamento, te están siguiendo, ¡joder!

—Eso ya lo sé y desde hace tiempo. No es ninguna novedad —rezongué con mala leche.

Fabio me miró entrecerrando los ojos.

—No voy a negarlo; sí, ordené que te vigilaran, y ojalá no hubiera revocado esa orden, porque al menos ahora estarías más segura.

—¿Quiénes crees que son los que me siguen ahora?

—No lo sé todavía, pero me imagino que, además de acosar a Mónica para que revele el nombre de quien queda contigo, pretenden tener todos los frentes

cubiertos —contestó, acercándose a la cama y sentándose a mi lado.

—Ese hijo de puta de Matías... —mascullé, porque no podía ser otro.

—Denúncialo —me dijo Fabio convencido.

—¡No puedo hacer eso!

—Es lo más sensato, piénsalo. Tú lo acusas formalmente y yo tengo que investigarlo por obligación y llamarlo a declarar.

—¿A quién crees que responsabilizará? —Me señalé a mí misma, por si no había caído en la cuenta—. Y entonces todo se irá a la mierda, eso contando con que yo no esté ya metida hasta el cuello.

—¿Te fías de tu abogado? —me preguntó y percibí cierta animadversión hacia Eliseo, lo que me extrañó.

—¿Qué clase de pregunta es ésa? —repliqué, y Fabio suspiró antes de acariciarme la mejilla.

—Es imperativo que él haga las cosas bien; un mal paso y se joderá todo, ¿estamos?

—Eliseo es de fiar —lo defendí, aunque no debí de convencerlo del todo a juzgar por su expresión—. ¿Sospechas de él?

—Digamos que no es santo de mi devoción. Está llevando tu caso de puta pena. Y te lo digo desde el más estricto punto de vista profesional.

Me apretujé la sábana alrededor del pecho, porque no me gustaba ni un ápice que Fabio sembrara la duda en mí. De acuerdo, como juez sabía muy bien de qué hablaba, y por lo tanto sus consejos me venían de perlas; sin embargo, hacerme pensar mal de mi abogado ya era otro cantar.

—Si empezamos con desconfianzas...

—Está bien, llámalo ahora. Dile que redacte una carta dirigida a mí exponiendo todo lo relacionado con los negocios turbios que se realizan en tu local y dejando bien claro que como dueña no has autorizado en ningún momento que se lleven a cabo. Da la orden de cierre...

—¡No puedo hacer eso! ¡Allí trabaja mucha gente y si los despido de forma improcedente me denunciarán y no dispongo de fondos para asumir los gastos! ¿Por qué crees que no lo he hecho ya?

—Es preferible que te denuncien por despido improcedente que por otros motivos, ¿no crees?

—Joder, joder, joder... —gruñí, y Fabio me abrazó.

—Tranquila, ahora vamos a desayunar..., ya que te has molestado en traer la mantequilla.

Me eché a reír, porque era el peor momento para hacer bromas, y en cambio su insinuación me arrancó una sonrisa. Me besó y, a pesar de que me hubiera gustado continuar, hice acopio de sensatez y paramos a tiempo.

No debería sentirme a gusto dadas las circunstancias, pero su apoyo, tanto físico como emocional, me ayudó a levantarme de la cama, a vestirme y a abandonar el hotel.

Capítulo 38

Fabio

Durante el trayecto hasta el apartamento que le había alquilado a Marcela, apenas hablamos. Tenía que explicárselo y no encontraba las palabras, pues Berenguela se había mostrado recelosa desde que abandonamos el hotel.

Mientras conducía, reflexioné sobre lo que había estado a punto de decirle. Y me pregunté por qué había reaccionado de ese modo, pues sin duda mis palabras habían sonado ambiguas. Llegué a la conclusión de que me había comportado como un auténtico gilipollas. Joder, claro que ella era importante para mí, pero a juzgar por su silencio, seguramente pensaba que no de un modo personal, sólo para el caso, y ésa era, desde luego, la forma perfecta de joderlo todo.

Habíamos desayunado en el centro comercial y, mientras tomaba café, escuché la conversación que Berenguela mantuvo con el abogado. Preferí no interrumpirla, ya que resultó ser más tensa de lo previsto, aunque yo ya contaba con ello; lo relevante fue cómo tuvo que esforzarse para convencerlo. Me dio la impresión de que el tipo no estaba conforme con lo que le decía, lo que suponía un gran contratiempo, porque no podíamos permitirnos el lujo de dejar que pasaran los días sin tomar decisiones.

Berenguela me miraba y al final tuvo que imponerse para que el tonto de los cojones de su abogado obedeciera. Me hubiera gustado ser yo mismo quien le pusiera las pilas, pero claro, inmiscuirme era impensable.

En cuanto la dejara en el apartamento, iría directo al juzgado para cumplir mi parte del trato y mover los resortes que tuviera a mi disposición para que aquel

tipejo, Matías Narváez, no se fuera de rositas.

Llegué a la urbanización donde se ubicaba la vivienda y continuábamos sin hablarnos, situación que me ponía de los nervios, pues eran muchas las cosas que deseaba decirle antes de marcharme, empezando por la fundamental: no quería irme sin tener la sensación de que todo estaba bien entre nosotros y, por lo visto, eso iba a resultar muy difícil.

Nos bajamos del coche y sacamos las bolsas del maletero. Cualquiera que nos viera pensaría que éramos una pareja normal y corriente que venía de pasar juntos un día de compras. Puede que con un aspecto poco elegante, pues yo tenía el traje arrugado y ella la blusa hecha un asco, no obstante, dábamos el pego. Y cómo me habría gustado que ésa fuera la realidad, joder, vaya que sí.

Berenguela no decía nada, oculta tras sus gafas de sol, y yo iba un paso por detrás, admirando su culo y pensando en la mantequilla.

—¿Es aquí? —me preguntó cuando nos detuvimos delante de la puerta.

Supuse que se trataba de una pregunta retórica, pero teniendo en cuenta el incómodo silencio al que me había sometido, al menos era todo un avance. Asentí y abrí con el juego de llaves que mi hermana me había dado. Esperaba al menos que la casa estuviera en buenas condiciones, porque conociendo a Marcela, a saber.

Empujé la puerta y le cedí el paso. Berenguela caminó despacio, lógico, dado que no conocía la distribución, así que me adelanté y le mostré el dormitorio.

—El dormitorio principal —dije, una vez dentro—. No tiene pérdida, porque es el único —añadí.

Ella dejó las bolsas en un rincón y se dio la vuelta. Me miró de una forma que no supe interpretar. Me incliné por la peor opción, aunque esperaba equivocarme. Después miró la cama, en perfecto estado de revista, y luego otra vez a mí, que, como un pasmarote, permanecía de pie, inmóvil, con una bolsa en la mano y la tensión en todo el cuerpo.

Ella, para desconcertarme aún más, preguntó:

—¿Es aquí a donde traes a tus rollos?

—Podría decirte que sí y evitar darte explicaciones, total, para qué, si ya me has juzgado.

—Sólo he preguntado —dijo, y vi cómo inspiraba, quizá arrepentida de haberlo dicho o quizá por el tono empleado.

Decidí no coger la sartén por donde más quemaba y responder de manera sincera. No valía la pena enturbiar más el ambiente jugando a las suspicacias.

—No, es el apartamento de mi hermana. Se muda con un tipo que..., bueno, ya te lo contaré otro día, y al dejarlo libre, pensé que podía ser un lugar estupendo para poder vernos, porque, joder, ya lo había pensado antes de lo ocurrido en casa de Mónica, pero como todo se ha precipitado...

No pude seguir, pues Berenguela, en vez de mostrarse escéptica o de pedirme más explicaciones, se acercó a mí y me tapó la boca con una mano y después me besó, así, sin medias tintas. Mi reacción fue previsible: la bolsa que sostenía cayó al suelo, porque me resultaba imperativo tener las manos libres para abrazarla. Le rodeé la cintura para pegarla a mi cuerpo y..., joder, ¿qué iba a hacer con la otra mano? Pues meterla dentro de su blusa, que, debido al deplorable estado en que quedó la noche anterior, destrozarla un poco más hasta podía considerarse una obligación.

Quería empujarla hasta echarla sobre la cama para caer encima de ella, sin embargo, continué besándola y metiéndole mano como un tipo ansioso por follar, aunque con un mínimo de autocontrol.

—Ven aquí —musitó junto a mis labios, medio segundo antes de humedecerse los suyos y dar un paso atrás. Incluso llegó a mover un dedo incitándome.

—Faltaría más —convine acercándome, y ralenticé mis movimientos sólo por el placer de observarla.

Uno nunca sabe qué piensan las mujeres, porque de repente, cuando iba a acercarme a ella con un firme propósito: follar, pero de una forma tierna, sin excesos, Berenguela se arrancó la camisa y empezó a desnudarse como si estuviera poseída. Y no contenta con ello, tiró de mí hasta que caí sobre la cama, donde me quedé apoyado en los codos sin rechistar, mientras ella la emprendía con mi ropa.

Me dejó desnudo y después se subió a horcajadas encima de mí y posó ambas manos sobre mi pecho, acariciándomelo.

—Inclínate hacia delante, me gustaría besarte —dije con voz ronca; esperaba haber resultado convincente, porque no sólo iba a besarla. Aquel par de tetas pedían a gritos un buen repaso.

—De acuerdo —accedió, mordiéndose el labio, y mis latidos aumentaron de

ritmo a medida que su boca se acercaba a la mía.

Nada más sentir su respiración, alcé las manos y amasé sus pechos al tiempo que devoraba sus labios. Yo la tenía bien dura, así que confié en que su agresividad se tradujera en rapidez. Se frotó sobre mí y después me vi en la gloria cuando me puso las tetas sobre la cara. Atrapé un pezón con la boca y mandé al cuerno la contención, pues mis dientes se ocuparon de mantenerlo bien sujeto. Berenguela jadeó y enredó las manos en mi pelo, tirándome de él, lo que consideré toda una señal para continuar y, por supuesto, para hacerlo con más brío.

—Fabio... —murmuró de forma entrecortada, y yo seguí succionándole el pezón a la par que con las manos recorría cada centímetro de su piel, sintiéndola, disfrutándola.

Tenía la polla apesada entre sus muslos y el roce continuo de su vello púbico me volvía loco, me desesperaba, pues la tenía tan dura que cualquier roce me provocaba incluso dolor. Berenguela debía de ser consciente de ello, pues no dejaba de moverse hacia atrás y hacia delante, una excelente forma de excitarme, pero no era necesario, pues desde que se había desabrochado el primer botón de la blusa yo estaba listo para follar y los preliminares sobraban.

—Quiero hacerte tantas cosas... —ronroneó junto a mi oreja, regalándome un pequeño y erótico mordisco.

—Pues empieza ya —repliqué tenso.

La aparté un momento para poder mirarla a los ojos. Ella me sonrió de manera pícaro, obscena incluso, de tal forma que me revolucioné aún más, pues esa versión más desinhibida, más liberada de Berenguela me encantaba por muchas razones, aunque en aquel instante la primera era que yo iba a ser el beneficiario de su atrevimiento.

—Tengo una duda... —comentó en tono sugerente, y se echó hacia atrás quedando erguida frente a mí, con sus manos sobre mi pecho—. Y sólo tú puedes resolvérmela.

—Tú dirás.

—¿Dónde prefieres correrte? —Se chupó el dedo y casi me da un ataque cuando puso morritos imitando los movimientos de una felación.

—Depende —acerté a decir, tragando saliva.

—¿En mi boca? —Sacó el dedo mojado por su saliva y se frotó un pezón.

—Me gusta tu boca —contesté sin parpadear—. Pero ¿tienes algo mejor que ofrecerme?

Berenguela deslizó la mano, despacio, acariciándose a sí misma, hasta detenerse justo en su monte de venus, donde vaciló unos preciosos segundos antes de meter los dedos entre sus piernas. Al hacerlo rozó mi polla y di un respingo, encantado sin duda con el espectáculo que me ofrecía.

—No sé... —susurró provocándome y sin dejar de meterse los dedos, a la vez que me tocaba justo en la punta.

—Berenguela, joder... me tienes a punto —protesté.

—Respóndeme —exigió.

—En este momento soy incapaz de decidirme. Tu coño, tu boca..., ¿qué más da?

Se movió un poco más hacia atrás, dejando libre mi erección, aunque no por mucho tiempo, pues me la agarró y comenzó a meneármela, mientras con la otra me masajeaba las pelotas. Me pasé una mano por la cara dos veces, porque si pretendía acabar conmigo estaba muy cerca de lograrlo. Estaba a su merced y aceptarlo era lo más inteligente, así que estiré los brazos y dejé que hiciera conmigo lo que quisiera. Total, iba a hacerlo de todas formas, y yo encantado, por supuesto.

Continué masturbándome, deleitándome no sólo con la habilidad de sus manos, sino también con la imagen que me ofrecía, a horcajadas sobre mí. Teníamos mil problemas y sólo podía concentrarme en lo que sentía cada segundo a su lado. En la expresión de su rostro mientras me proporcionaba placer. Puede que técnicamente no fuera gran cosa, pero sus movimientos iban cargados con muchas emociones y me transmitía cada una de ellas, y eso era lo importante.

Me tuvo así un buen rato, en ese estado de expectación en el que sólo deseas que dé el siguiente paso. Por suerte, Berenguela lo dio. Apretándome con el puño la base del pene, se colocó justo encima para dejarse caer, con lo que por fin pude penetrarla. Yo había permanecido pasivo, pero nada más sentir el calor de su sexo envolviéndome me incorporé como pude, le puse una mano en la nuca y tiré de ella para besarla.

—Más fuerte, Berenguela, móntame más fuerte —gemí, embistiendo desde abajo, y ella aceptó mi sugerencia al pie de la letra, pues empezó a moverse de

tal forma que llegué a pensar si la cama aguantaría aquel ritmo. Con todo, mi lado más dominante decidió tomar el control y me las apañé para rodar hasta tenerla debajo, aunque ella no estaba por la labor de mostrarse sumisa. Una rebeldía que acentuó más si cabía el deseo de llevar las riendas.

—¿Qué pretendes? —inquirió, tirándome del pelo.

—Follarte, entre otras cosas —respondí entre jadeos.

—Dicho así...

Que coqueteara conmigo justo en aquel instante me resultó divertido y, por supuesto, excitante, ya que odiaba tanta formalidad. El sexo siempre debía ser primario, instintivo, divertido y satisfactorio. Con Berenguela mis expectativas se veían colmadas y mucho más.

—Date la vuelta —dije de repente; aquello, en vez de un polvo, iba a parecer una sesión de aeróbic, ya que no manteníamos una postura ni cinco minutos—. A cuatro patas.

Me miró arqueando una ceja y no discutió. Me mostró su estupendo trasero y, sin perder un segundo, la azoté antes de agarrarla por las caderas y pegarme a ella.

—¡Fabio! —Su chillido, como era de esperar, me hizo sonreír victorioso y la embestí.

—Joder, qué pasada... —jadeé, dispuesto a follármela sin contemplaciones ni interrupciones.

Vi cómo se agarraba a la colcha y la retorció entre los puños y sin dejar de gemir al ritmo de mis empujones. No podía parar, sentía una tensión en las pelotas que me restaba capacidad de pensar. O de cualquier otra cosa que no fuera correrme en su interior.

—Estoy cerca... —dijo, moviendo el culo hacia atrás.

Apreté los dientes y seguí empujando con frenesí. Mientras ella no dijera lo contrario, no pararía. En aquella postura podía metérsela en profundidad y cada vez que mis testículos chocaban con su sexo, yo veía el cielo; joder, vaya sensación.

Todo iba sobre ruedas, estaba a punto de correrme y Berenguela también. La cama traqueteaba y ambos gemíamos ya de manera incontrolada. Y entonces, cuando ya no podía mantener los ojos abiertos, cuando pensé que no había nada mejor, coloqué una mano justo en la separación de sus nalgas y metí un dedo

hasta localizar su ano. Presioné y ella se quedó inmóvil. Yo continué embistiéndola, pese a que se me podía enfadar.

No lo hizo, y no sólo mantuve el dedo en ese punto, sino que lo moví, estimulándola.

—¡No! —exclamó, culebreando para impedirme que continuara—. ¡Así no! Me tomé sus palabras indecisas como una invitación.

—Es sólo un dedo, otro día será mi polla —dije para que se excitara ante la promesa.

—Fabio..., por favor, no pares.

—Tranquila, no lo haré.

Retomé mis caricias, las habituales y las que no lo eran tanto, y con mi erección bien enterrada en su coño hice que mi dedo fuera entrando despacio en su recto, logrando que ella me apretara con más fuerza, haciéndome gruñir.

—Joder, Berenguela... ¡Sí!

Noté cómo se tensaba de arriba abajo y dejaba caer la cabeza, sin duda entregada y exhausta al sentir su orgasmo. Yo estaba en una situación muy similar y, al sentirla, me corrí lanzando un ronco gemido de puro éxtasis. Cansado pero muy satisfecho, me retiré y me quedé unos segundos en silencio recuperando la respiración. De rodillas y apoyando las manos en los muslos, como si hubiera corrido una maratón. Berenguela se tumbó y se dio la vuelta, desnuda y sudada.

—Debemos de estar mal de la cabeza —murmuró, y se echó a reír mirándome de reojo.

—Joder, ya lo creo —convine, y me acerqué para darle uno de esos besos suaves y dulces que rara vez le había dado antes a una mujer.

Me lo devolvió con idéntica suavidad. Un gesto tierno, emotivo, nada que ver con la agresividad mostrada tan sólo hacía unos minutos.

—¡Locos de remate! —exclamó, sin perder la sonrisa.

—Aunque yo no vea el lado gracioso —añadí, y ella me rodeó con los brazos, permitiéndome acurrucarme contra su pecho.

—Yo sí, porque es la primera vez que hago cosas como ésta.

—¿Follar? —pregunté sin comprenderla.

—Comportarme de manera irracional y además disfrutar —suspiró, peinándome con los dedos, haciéndome de paso una relajante caricia.

—Ah, bueno, gracias por la parte que me toca —dije satisfecho, y me acerqué de nuevo a sus labios.

Nos quedamos acostados un buen rato, tocándonos de manera distraída, hasta que yo caí dormido, encantado y satisfecho por hacerlo abrazado a la mujer con la que debería sincerarme cuanto antes. Ya no tenía razón de ser ocultar que Berenguela era para mí mucho más que una tía estupenda a la que follarme. Quería estar con ella, tener una relación, sentirla a mi lado y no conformarme con momentos apresurados. La quería, joder. No sé por qué le daba tantas vueltas al asunto cuando la respuesta estaba ahí, mordiéndome el culo.

* * *

No sé el tiempo que estuve dormido. Ese detalle carecía de importancia, lo necesitaba y era agradable, y a pesar de que abandonar la cama se me hacía muy cuesta arriba, abrí los ojos dispuesto a enfrentarme a la realidad. Tenía un importante motivo para hacerlo y un aliciente extra, pues, por la noche, podría dormir otra vez con ella.

Sonreí como un bobo antes de incorporarme. La cama tenía un aspecto deplorable, toda desordenada. Incluso me fijé en que el cabecero se había separado unos centímetros de la pared. Y yo, amante del orden, me lo tomé como una señal de que quizá era hora de reajustar algunos planteamientos.

Me di cuenta de que estaba solo en la cama, pero no le di mayor importancia. Me levanté y, al ver la hora, parpadeé, pues eran más de las cuatro de la tarde. Daba igual. Hacía años que no seguía un horario tan desfasado; sin embargo, el motivo bien merecía la pena.

Sin molestarme en cubrirme, me fui al baño y, tras darme una ducha tonificante, salí en busca de Berenguela. El apartamento de mi hermana no era muy grande, así que o bien estaría en la cocina, o bien en el salón.

Las bolsas con las compras ya no estaban tiradas de cualquier manera en el recibidor. Miré a mi alrededor, no se oía ni un solo ruido. El televisor del salón estaba apagado. Cerré los ojos y maldije, ni rastro de ella. Me quedé de pie en la cocina como un tonto, sujetándome la toalla a la cintura.

Capítulo 39

Berenguela

A pesar de haber disfrutado de una sesión de sexo que habría dejado a cualquiera satisfecho para al menos un mes y, en mi caso, dados los antecedentes, para un año entero, tuve que hacer acopio de fuerzas y abandonar aquella casa. Quedarme allí escondida y que Fabio moviera los hilos resultaba muy tentador. Hay ocasiones, como aquélla, en las que mantenerse en la inopia podía ser beneficioso para mi paz mental. Permitir que otro me sacara las castañas del fuego. Desde luego, visto desde fuera era una opción sensata, incluso algunos pensarían que Fabio se comportaba como todo un caballero, librando a su dama de apuros. El héroe que ninguna mujer necesita para salir hacia delante, pues si le permitía sólo una vez que llevara el mando en lo que a mi vida se refería, no levantaría cabeza.

Por no mencionar que siempre estaría en deuda con él, y si en un momento dado venían mal dadas, todo se volvería en mi contra, pudiendo llegar incluso a reprochármelo. No, de ninguna manera lo permitiría. Me ocuparía yo misma de solucionar aquel tejemaneje empezando por el principio: Nogales, porque a buen seguro sin su visto bueno no se movía nadie. Matías Narváez era la cabeza visible, de acuerdo, pero casi un recién llegado y, por tanto, necesitaba la autorización del, por llamarlo de alguna manera, decano de todo el chiringuito.

Con esa idea en mente, me dirigí primero a mi apartamento. Corrí el riesgo de que me vigilaran, porque necesitaba mis cosas, no podía ir por ahí vestida con ropa comprada en unos grandes almacenes. Quería, necesitaba, sentirme segura

para afrontar lo que tenía delante sin distracciones, e ir mal vestida suponía para mí una de las importantes.

Pero una cosa era arriesgar y otra suicidarse, así que hice la maleta con ropa para al menos dos semanas. Me marcharía a uno de los pisos que por desgracia había heredado. Toda una contradicción, por lo que pensé que sería el último lugar donde me buscarían, pues de todos era conocido lo mucho que renegaba de cuanto mi padre me había legado.

Salí a la calle y, como si fuera la protagonista de un *thriller*, me puse las gafas de sol y caminé lo más rápido que pude hasta el coche, y no salí con él derrapando porque no sabía cómo hacerlo. Le envié un mensaje a Natalia para pedirle que se ocupara de todo durante al menos una semana, y otro a Mónica diciéndole que me iba de viaje por motivos de trabajo. Si se veía obligada a desvelar algo sobre mí, que al menos me sirviera de coartada.

Con todo ese lío en mi cabeza, dudando de si iba a ser capaz de no volverme loca, pues yo estaba muy pez en eso de la mala vida, o mejor dicho, de la doble vida, me puse en marcha. Como me iba a instalar en un piso vacío y no quería morir de inanición, hice algo que jamás pensé que haría: parar en un McAuto y comprar la cena. Así que, con mi maleta, una bolsa de papel con la cena, gafas de sol y unas ganas enormes de abandonar el país, llegué al apartamento de lujo en el que un día vivió mi padre.

Pasé la noche sola, como otras tantas veces, aunque en esa ocasión todo era diferente. Tener sensaciones extrañas al encontrarme en un ambiente distinto era normal, pero no quise dejarme llevar por ellas y empezar a sufrir, o terminar durmiendo con un ojo abierto por si se me aparecía el espíritu de mi padre. Nunca he sido de ese tipo de personas y no iba a empezar a serlo.

Encendí el móvil un minuto y vi que tenía quince llamadas de un número desconocido, e imaginé de quién sería. Fabio se había arriesgado a lo tonto. Por supuesto, no iba a responderle, ni siquiera a mandarle un mensaje tranquilizador. Era imprescindible que yo pudiera realizar mi cometido sin distracciones y la constante duda de qué pensaría él, aparte de que era una suicida por largarme, podía desviarme. Por no mencionar que en alguna ocasión había oído no sé dónde que podían localizar a una persona por su móvil; así pues, tras comprobar el resto de los mensajes, incluidos dos de Mónica y tres de Eliseo, apagué el teléfono y hasta le quité la batería.

Sola en un entorno desagradable, pese al lujo que me rodeaba, y cenando una hamburguesa de la que preferí no saber el origen, hice una lista de los puntos que quería tratar con Nogales y con la firme determinación de mostrarme inflexible.

* * *

Dormí poco y a primera hora de la mañana ya me estaba arreglando con la única idea de acudir al despacho del administrador de mi padre. Nada de gritos ni de amenazas, sólo le expondría mis decisiones. Para ello me puse un elegante traje de chaqueta y pantalón negro, junto con los zapatos rojos de tacón. Un pequeño guiño para recordar a Fabio. Por supuesto, como cualquier heroína de *thriller* antes de dar la estocada definitiva, me di cuenta de que no podía utilizar mi coche ni tampoco alquilar uno, más que nada porque con las prisas se me había olvidado buscar una identidad falsa y porque tampoco sabía cómo hacerlo. Me reí de mis ridículas elucubraciones.

—Vas a acabar muy mal de la cabeza —me dije en voz baja, mientras caminaba en busca de un taxi.

En el despacho de Nogales no me esperaban, obvio, ya que deseaba aprovecharme del factor sorpresa y por tanto evitar darles tiempo para que eliminaran documentos o movieran ficha.

—Buenos días, señorita Zhaner —me saludó una sorprendida secretaria al reconocermme—. ¿Tiene cita hoy con el señor Nogales?

—No —repliqué sin detenerme, caminando directa hacia el despacho del administrador.

—Espere un momento, por favor —dijo la mujer apurada, intentando cumplir con su trabajo, pero yo estaba lo bastante motivada y cabreada como para seguir adelante.

Sin llamar a la puerta, entré en el despacho y Emilio se puso en pie, sorprendido sin duda por mi presencia. Para que el numerito fuera completo, di un portazo, dejando a la secretaria con la palabra en la boca. Aunque por lo visto la tenían bien aleccionada, pues se coló dentro.

—Señor Nogales, lo siento, no ha querido detenerse —se disculpó.

—No pasa nada, tranquila. Vuelva a su puesto, yo me encargo.

Miré altiva a la mujer, no porque me gustara comportarme así, sino porque

tenía que dar la imagen de que nadie me iba a toser, la actitud correcta para que el administrador tuviera bien claro que de ninguna manera transigiría.

—Me alegro de verte, Berenguela —dijo él, con aquella cordialidad fruto de tantos años capeando el temporal, y me hizo un gesto para que tomara asiento.

Negué con la cabeza, porque prefería quedarme de pie y así poder mostrarme más firme.

—Lamento no poder decir lo mismo —respondí con sequedad, lo cual fue un error, ya que de esa forma Nogales se pondría a la defensiva y todo se complicaría—. Lo siento, llevo unos días horribles —me apresuré a añadir.

—¿Y en qué puedo ayudarte? Sabes que siempre estoy a tu disposición.

—He tomado la decisión de denunciar a Matías Narváez. No voy a consentir que siga lucrándose mientras utiliza como tapadera el Miami.

A favor del administrador hube de reconocer que ni se inmutó. Se limitó a permanecer en silencio a la espera de que yo continuara. Tenía que hacerlo, nada podía detenerme, y menos aún Nogales con sus artimañas.

—No lo voy a tolerar ni un solo día más, por tanto, voy a dar la orden de cierre. Se acabó —concluí, y esperé su reacción.

—No puedes tomar una decisión como ésa a la ligera, Berenguela —dijo en tono condescendiente.

Pronunciaba mi nombre con aire indolente, como si quisiera hacerme sentir insignificante, como si mis palabras fueran producto de un arrebató y con dos consejitos suyos fuera a convencerme, y como si no hubiera pasado nada.

—¿No puedo? —pregunté con ironía, manteniéndome dentro del guion.

—Berenguela, ya hemos hablado de eso. Tu padre...

—¡A la mierda mi padre! —estallé interrumpiéndolo, porque me sabía de memoria el sermón sobre las «virtudes» de mi progenitor—. Ahora todo me pertenece, ¡todo! Y no voy a ser el hazmerreír dejando que las cosas continúen como siempre mientras yo me llevo la peor parte.

—Eso puede cambiar. Si tú quisieras involucrarte y tomar el mando, todo sería diferente. Tu padre siempre deseó que asumieras la dirección. Toda esa insensatez de colaborar con el juez Castell no conduce a ningún lado.

—Ya estoy cansada de repetir lo mismo una y otra vez. He dicho que se acabó. Si no da la orden, lo haré yo. El Miami hoy no abrirá sus puertas, ni mañana tampoco. ¿Queda claro? Se me entregarán todos los documentos

relativos a las propiedades, que irán a parar directamente al juez. Como nos conocemos y sé que se me ocultará información, lo haré constar por escrito.

—Recupera la cordura, Berenguela... Tú también pagarás las consecuencias.

—No lo dudo —convine sonriendo con cinismo, porque estaba de mierda hasta el cuello y encima sin sacar beneficio, al contrario de aquellos cabrones—. Pero voy a parar esto.

Di un golpe en la mesa, porque ya estaba bien de tanto marear la perdiz.

—No perdamos las formas, por favor —dijo él, enervándose aún más.

—A la mierda las formas. Desde hoy no quiero que toque un solo documento. Ni que haga una sola gestión. Está despedido.

—No puedes hacer eso, tu padre me nombró...

—¡Mi padre está muerto! —lo interrumpí, y qué a gusto me quedé diciéndolo en voz alta—. Todo es mío y puedo hacer y deshacer a mi antojo. A estas horas, el juez ya tendrá en su despacho la denuncia formal contra Matías y supongo que lo llamará a declarar.

—Te estás precipitando. Estoy seguro de que si hablamos con él podremos llegar a un acuerdo.

—No hay acuerdo que valga. Lo quiero fuera del Miami hoy sin falta. Y a usted también —insistí sin vacilar.

Sólo esperaba que Fabio ya hubiera hecho los movimientos precisos para no quedarme con el culo al aire.

—Te vas a arrepentir.

—¿Es una amenaza?

—No, no lo es. Estás traicionando la memoria de tu padre. Él te quería, siempre te tuvo presente y murió confiando en que ocuparías su lugar.

—No recurra al sentimentalismo para convencerme. Da pena, de verdad —dije, negando con la cabeza—. Y deje la hipocresía para otro momento, se me revuelve el estómago.

—Berenguela, no quiero verte sufrir. No sé quién te está influenciando y aconsejando mal, pero...

—¡Ya estamos! ¿Es que no me cree con capacidad de pensar por mí misma? Y si tanto se preocupa por mí, ¿de verdad no tiene nada que ver con el hecho de que me estén siguiendo?

—Contábamos con eso, la policía...

—¡Váyase al cuerno! No son ellos los que me vigilan y lo sabe perfectamente. Ni quienes van por ahí intentando obtener datos sobre mi vida privada.

De nuevo Nogales mantuvo el tipo, todo un profesional. Ni un tic, ni una palabra más alta que otra. Desde luego, su táctica de desgaste era todo un ejemplo a seguir.

—Nadie quiere hacerte daño —me dijo en un último intento de convencerme, lo que, por supuesto, no influyó en mi determinación.

Yo había oído la conversación en casa de Mónica, no había lugar para las dudas. Si les jodías el chiringuito, no quedaba espacio para el sentimentalismo. Ni siquiera mi apellido aseguraba la inmunidad.

—No voy a seguir aquí perdiendo el tiempo. Usted está claro que va a hacer todo lo posible para que nada cambie. Incluso encubrir a quienes pretenden intimidarme. No lo culpo por ser leal a la memoria de mi padre, pero no voy a consentir que esa lealtad me perjudique a mí. ¿Queda claro?

—Berenguela..., recapacita, por favor.

Fue lo último que oí al abandonar su despacho. Mi intención era dirigirme luego al club Miami e informar en persona a los empleados, antes de que fuera la hora de apertura. Así que paré un taxi y me presenté allí. Sólo encontré a los de mantenimiento y a los repartidores. Supuse que las chicas estarían en las habitaciones y que los camareros aún no habrían llegado. Perfecto.

Sin detenerme, fui a la oficina de Matías. Como me imaginaba, me la encontré cerrada con llave y llamé a uno de los de mantenimiento. El hombre negó tener llaves, pero lo que no podía negarse era a abrir la puerta, aunque fuera a martillazos. Vi su apuro y decidí no comprometerlo, por tanto, le pedí su teléfono y llamé a un cerrajero. Mientras lo esperaba, pensé que no sólo iba a pedirle que se ocupara del despacho de Matías, también le mandaría cambiar todas las cerraduras de acceso, de esa forma podría clausurar el local.

El cerrajero llegó puntual y cuando le expliqué la situación se limitó a tomar nota de las cerraduras que debía cambiar. La cerradura del despacho de Matías que yo creía segura resultó ser una birria, pues el hombre la desmontó en tres minutos, dándome por fin acceso. Lo encontré todo ordenado y fui directa a la mesa. No tenía la menor idea de qué papeles podían ser importantes, pero eso me traía sin cuidado, allí no iba a entrar nadie.

Abrí los cajones más por inercia que por otra cosa. Papeles, carpetas y útiles de escritorio, lo típico, nada sospechoso. Tuve una especie de intuición o lo que diablos fuera y pensé que los papeles comprometedores debían de estar bajo llave, es decir, en una caja fuerte.

Sin mostrarme demasiado ansiosa busqué por el despacho hasta dar con ella. La encontré en la parte baja de un mueble, algo que me sorprendió, pues yo esperaba que estuviera detrás de un cuadro. Mi alegría tras hallar su ubicación se fue al carajo al darme cuenta de que no tenía la combinación ni sabría cómo usarla en caso de haber dispuesto de ella. Así pues, fui en busca del cerrajero, al que encontré trabajando en las puertas de emergencia. Pensé inventarme una película sobre por qué no podía abrir la caja de caudales, sin embargo, deseché la idea, ya que todo aquello era mío.

—Necesito que se acerque de nuevo al despacho —le dije.

—Ahora mismo voy —me respondió atento.

Terminó de montar la cerradura que tenía entre manos y me acompañó de nuevo a la oficina del ya exgerente Matías Narváez, al que por cierto esperaba en breve, pues a buen seguro algún empleado lo habría avisado.

—¿Puede abrirla? —inquirí, mordiéndome el labio, porque vaya imagen que debía de estar dando ante aquel hombre.

—Sí. Las combinaciones de disco son fáciles de abrir.

—Ah, yo pensaba que eran seguras —comenté, ante la confianza aplastante con la que hablaba.

—Eso piensa mucha gente, pero ya se han quedado obsoletas.

—Pues qué bien.

—Voy a la furgoneta a por la herramienta que necesito.

Dicho y hecho, regresó con unos aparatos que así a primera vista parecían más propios de un médico. El hombre se puso a ello y yo me senté, porque aquello iba para largo.

—Ya está, ¿quiere anotar la clave? —me preguntó, y tuve que mirar el reloj, pues había tardado diecisiete minutos exactamente.

—Sí, sí, por supuesto —dije y no quise saber más detalles.

Luego me dejó sola, ya que debía terminar de cambiar todas las cerraduras, y yo fui a ver qué contenía la caja fuerte. Más papeles, por supuesto, pero éstos debían de ser los relevantes, así que los cogí y me los guardé en el bolso, sin

importarme si se arrugaban o no. Ya los miraría en casa y después se los haría llegar a Fabio. Continué vaciando el contenido y me encontré con unos cuantos fajos de dinero.

—¡Madre del amor hermoso! —exclamé, porque en mi vida había visto tanto junto. No supe calcularlo..., pero allí había lo suficiente como para vivir diez años o más por todo lo alto.

Mandé al cuerno los prejuicios, porque aquel dinero era mío. No me lo iba a quedar y a beneficiarme de él; no obstante, sí lo usaría para pagar los gastos, empezando por el cerrajero, y con el resto pues..., lo conservaría, porque a buen seguro me demandarían por despido improcedente y no me vendría nada mal. Me guardé dos fajos en el bolso y respiré, porque por suerte en la caja no había nada ilegal, si exceptuábamos la procedencia del dinero, claro. Luego cogí el ordenador portátil y me lo metí bajo el brazo. Cuando el cerrajero regresó, me dio un manojo de llaves impresionante, eso sí, todas etiquetadas.

Le pagué, agradeciéndole la rapidez y la profesionalidad, y le di una buena propina. A los pocos minutos apareció Matías con cara de pocos amigos y me preparé para el enfrentamiento.

—¿Qué coño ha pasado aquí? —me soltó a modo de saludo, de muy malas pulgas.

—Estás despedido. Habla con mi abogado —le espeté, dispuesta a no ceder ni un milímetro.

—No tienes ni puta idea de lo que estás haciendo —contestó, y sonó a vulgar amenaza de matón.

—Haz el favor de largarte —repliqué cuadrándome.

—Te arrepentirás —masculló, dando media vuelta.

Vi cómo se montaba en su Jaguar deportivo y salía a toda pastilla. Perfecto, que se fuera a maquinar su venganza a otra parte. Lo único positivo era que seguro que no iba a la policía. Sin embargo, aún quedaba otro asunto desagradable, ocuparme de las chicas. Bueno, disponía de billetes, así que todo era cuestión de repartir los beneficios.

Y así me encontré llamando a las puertas de las habitaciones. La primera con la que hablé me mandó a la mierda y tuve que recurrir a mi lado intransigente e imponerme. Cuando vio el par de billetes de quinientos que le solté, cambió de actitud y luego me ocupé del resto. En total catorce mujeres. Algunas no

entendían ni una palabra de castellano, pero el dinero debe de ser un idioma universal. Observé cómo abandonaban el Miami. Se iban subiendo a los taxis y no parecían muy tristes de dejar el local. Mejor, un cargo menos de conciencia. Por último, me ocupé de cerrar una a una todas las puertas, asegurándome de que no me olvidaba de ninguna, y puse un letrero en la principal avisando de la clausura del establecimiento.

—Es lo que debería haber hecho desde el principio —murmuré satisfecha.

Con todos los papeles bajo el brazo, un portátil y una buena cantidad de dinero, conecté de nuevo el móvil, llamé un taxi y esperé unos cinco minutos, mirando de reojo el edificio. Luces apagadas, aparcamiento vacío... problemas por doquier... Cerrarlo era una especie de arma de doble filo. Por un lado me había liberado (o eso pensaba) de un posible lío a saber por cuántos delitos, para crearme otros más al enfadar a una organización criminal, a un administrador controlador y a unos clientes que a buen seguro echarían pestes.

Me subí al taxi y le indiqué al conductor la dirección del apartamento de mi padre. A esas horas el tráfico estaba imposible y me mentalicé para que un trayecto de apenas quince minutos se alargara hasta los sesenta. Aproveché para revisar el móvil. De nuevo numerosas llamadas de un número desconocido, es decir, de Fabio, y un par de Eliseo. Con mi abogado sí debía hablar, así que marqué su número preparándome para soportar su lógico enfado.

—¿Dónde coño te has metido? —me soltó a bocajarro en cuando descolgó.

—En un taxi —respondí sin faltar a la verdad, aunque intuía que se cabrearía con aquella contestación.

—No me vengas con estupideces, Berenguela. Acabo de enterarme de la que has montado en el club. ¿En qué estabas pensando? ¿Sabes la que se te viene encima?

—No me riñas. Es una decisión drástica, lo reconozco, pero necesaria. Me da igual tu opinión —lo corté, porque no estaba dispuesta a soportar sus argumentos—. Y ahora dime que has enviado al juez lo que te pedí.

—Sí, todo, tal como me solicitaste. Y ahora dime dónde estás —insistió, y estuve a punto de decírselo, pero lo pensé mejor y decidí que no, que de momento seguiría con mi plan de esconderme del mundo.

—Mejor que no lo sepas.

—Así no se hacen las cosas —rezongó cabreado—. ¿Has llamado a un

notario?

—¿Perdón?

—Para que levantase acta de todo lo que encontrases y así tener una justificación ante el juez —me explicó, y yo solté tal exabrupto que hasta el conductor del taxi me miró por el retrovisor sorprendido.

—Joder... —masculló Eliseo—. En fin, al menos habrás contactado con la policía. —Me mantuve en silencio, lo cual ya era suficiente respuesta—. Maldita sea, Berenguela. ¡Las cosas hay que hacerlas bien!

—No me chilles. La próxima vez que me meta en negocios ilegales me saldrá mejor —le espeté con sarcasmo.

—Dime dónde estás e intentaremos arreglarlo.

—Eliseo, de verdad, es mejor que... —Me detuve porque oí algo en la emisora que llevaba puesta el conductor que me llamó la atención—. ¿Puede subir el volumen? —le pedí un poco impertinente.

—¿Berenguela? —dijo Eliseo al otro lado de la línea.

Colgué y apagué con rapidez el teléfono para que no me interrumpiera nadie. El locutor hablaba sobre un aparatoso accidente sufrido por el juez Castell de madrugada. Según la policía, se había debido al exceso de velocidad.

Y sólo era el principio, pues la noticia continuaba. Al parecer, la policía había encontrado indicios de que había otro coche implicado, un Mercedes de gama alta, al que, al parecer, el vehículo de Fabio intentaba esquivar.

—Señora, ¿se encuentra bien? —me preguntó el taxista con amabilidad, aunque debía de estar más que acostumbrado a situaciones complicadas.

Me limité a asentir, pues se me había formado tal nudo en la garganta que me era imposible pronunciar palabra.

Cuando por fin entré en el apartamento, había tenido el tiempo suficiente para establecer una hipótesis: habían ido a por él y, como no me anduviera con ojo, yo tenía todas las papeletas para ser la siguiente. Tenía que enterarme de todos los pormenores, empezando por el nombre del hospital donde lo habían ingresado para poder verlo. De acuerdo, acercarme ni siquiera a cien metros podía ser todo un escándalo, pero a la mierda. Quería verlo.

No sabía ni por dónde empezar y entonces me acordé de su secretaria. Con toda seguridad ella estaría al tanto de todo y podría ayudarme. No lo pensé más. Regresé a la calle y busqué un locutorios, lo que me costó bastante. Cuando, por

fin, tras mucho preguntar y caminar, di con uno, me temblaban las manos mientras marcaba el número del despacho de Fabio.

Esperé a que contestaran...

Capítulo 40

Estela

—¿Dónde está..., ella?

Me volví al oír la débil y rasposa voz de Fabio. Hacía diez minutos que sus padres se habían marchado a descansar, pues llevaban veinticuatro horas en el hospital y estaban exhaustos. Yo me había ofrecido a cuidarlo durante la noche.

—¿Tienes sed? —pregunté, acercándome a la cabecera de la cama con cuidado de no tocar ninguno de los cables y tubos a los que estaba enchufado.

Fabio asintió y le serví un poco. Lo ayudé a beber y después a que intentara buscar una postura más cómoda. Si eso era posible.

—Te he hecho una pregunta —dijo, haciendo una mueca de dolor.

—No lo sé —murmuré, mirándolo y aguantándome las ganas de llorar para no desmoralizarlo.

Me limité a cogerle de la mano, a darle un leve apretón y a transmitirle todo mi apoyo.

—Joder... —masculló, cerrando los ojos.

No hacía falta que dijera nada más para saber que estaba muy preocupado por el paradero de Berenguela Zahner, incluso estando en el hospital tras un aparatoso accidente de tráfico. Cuando me avisaron casi se me paró el corazón y no dudé ni un instante en dejarlo todo para estar junto a él. Al enterarme de los detalles, se me cayó el alma a los pies. Se había salvado de chiripa, pues el otro vehículo implicado, antes de darse a la fuga, lo había embestido repetidas veces, acorralándolo contra el quitamiedos, lo que, según nos explicó la policía, daba a

entender que no había sido fortuito. Iban a por él. Y allí estaba Fabio, postrado en la cama del hospital después de cuarenta y ocho horas en estado crítico, con magulladuras por todo el cuerpo, dos costillas rotas, un brazo escayolado y una preocupación por aquella mujer que no lo dejaba vivir.

—Buenas noches —dijo la enfermera, entrando sin llamar.

Me senté junto a la cama mientras ella se acercaba para comprobarlo todo. Él la fulminó con la mirada cuando le movió una de las almohadas que tanto me había costado colocarle.

—¿Es usted familia? —me preguntó, tras mirar el gotero.

—No —respondí, suspirando de cansancio.

—Pues entonces no puede estar aquí —me espetó.

—Acabe de una puta vez —gruñó Fabio.

—Mire, señora enfermera —me puse en pie para ponerle los puntos sobre las íes—, llevo encerrada en este hospital ni se sabe ya cuántas horas. He visto al menos cuatro cambios de turno. He tenido que comer dos sándwiches de esos asquerosos de la máquina del vestíbulo. Del café ni hablemos. Y, por si es tonta...

—Oiga, no insulte.

Fabio esbozó una débil sonrisa que interpreté como de apoyo.

—Por si es tonta —proseguí—, esos dos policías que hay en la puerta, no son de atrezo, y me han dejado pasar. Así que termine de molestar y lárguese.

Ella arrugó el morro y se ocupó de sus quehaceres en silencio.

—Gracias —murmuró Fabio.

—De nada.

Tuve que darle la espalda, pues cada vez se me hacía más cuesta arriba no derrumbarme delante de él. Me partía el alma ver que su imprudencia había derivado en aquello. Las heridas físicas sanarían en un par de meses, pero la situación en la que se hallaba era otro cantar.

—Estela... —me llamó y percibí cuánto le costaba hablar.

—¿Qué necesitas? —pregunté, acercándome con rapidez a la cama.

—Búscala, por favor —me pidió.

—Estás loco —lo regañé, negando con la cabeza.

Fabio cerró los ojos e inspiró hondo. Deduje que para él debía de ser complicado pedirme algo así, aunque yo era la única persona que podía

ayudarlo.

—Por favor —insistió.

Mierda, menudo encargo. Buscar a la mujer que le había causado, y que por desgracia iba a seguir causándole, tanto dolor, y no me refería sólo al físico; era como dar aliento al enemigo.

—Me pides algo que no puedo hacer —dije—. Esa mujer es la responsable de que tú estés así.

—No, no lo es —me contradijo, y noté el esfuerzo que hacía al hablar—. También van a por ella.

Torcí el gesto, suspicaz ante esas palabras. Lo dudaba, pues para mí la señorita Zahner era la principal responsable.

—Te la ha jugado, Fabio. Abre los ojos de una maldita vez.

Volvió a negar con la cabeza.

—Dame agua —pidió, y de nuevo lo ayudé a beber—. Berenguela está en peligro.

—¿Pretendes que te la traiga aquí? —pregunté con ironía.

—Quiero verla, joder. Necesito saber que está bien y hablar con ella.

—¡Maldita sea! —mascullé sin podérmelo creer—. Recapacita, por favor.

—Van a por ella —insistió, agotado por el esfuerzo que le suponía hablar—. Llámala.

—En el supuesto de que acceda a ayudarte y contacte con ella, ¿cómo voy a conseguir que pase el control de seguridad? Ahí fuera hay dos policías que les exigen el DNI a todos los que quieren entrar en tu habitación.

—Eres una mujer de recursos, confío en ti —contestó, intentando ser zalamero, pero los dolores no le permitían poner aquella voz seductora que hasta no hacía mucho me excitaba.

—Estás perdiendo facultades... —farfullé.

—Estela, por favor. No te lo pediría si...

—De acuerdo, de acuerdo —accedí finalmente, pues por mucho que me jodiese, era su deseo.

Ahora bien, atender su ruego no significaba que estuviera de acuerdo con él. Aunque si lo pensaba con calma, encontrar a esa mujer podía ser una buena oportunidad para desenmascararla. Una vez la ayudé creyendo que se lo merecía y me equivoqué, pues nunca imaginé que la situación se pudiera complicar de tal

manera. Me acerqué a Fabio y le acaricié la mejilla. Necesitaba dormir, recuperarse, y para ello nada mejor que olvidar preocupaciones. Si buscar a esa mujer lo ayudaba, bueno, pues la buscaría.

—Ahora descansa —le dije, antes de darle un beso suave en la mejilla.

—Me tratas como si fueras mi madre —murmuró, esbozando, con bastante esfuerzo, una media sonrisa.

—Pues acostúmbrate, porque voy a ser más pesada que ella para que te recuperes.

—No te pases...

—Voy a buscar algo de comer, volveré dentro de un rato.

—¿Te vas a quedar aquí esta noche?

—Sí. Alguien tiene que ocuparse de ponerte el orinal...

Fabio gruñó, pues para él, como para cualquier persona, verse incapacitado para realizar tareas tan habituales era vergonzoso. Abandoné la habitación y me fui a la cafetería en busca de algo decente que comer. Tras darle tres mordiscos a un bocadillo mohoso, saqué el móvil y me puse a pensar en la forma de ponerme en contacto con la señorita Zahner. Podía ser mala y enviarle una citación judicial, pero Fabio me despellejaría. Caí en la cuenta de que el mayor problema no era localizarla, sino conseguir que me creyera, que confiara en mí y colarla en la habitación del juez más inconsciente del mundo. Bueno, todo eso podía hacerlo al día siguiente...

* * *

Salí fuera para fumar. Lo había dejado, sin embargo, con tanta tensión que me costaba controlar la ansiedad, así que, de nuevo enviciada, me dirigí al aparcamiento subterráneo. Fumaría en el coche, fuera de la vista de los entrometidos guardias de seguridad del hospital. También aprovecharía para llamar a Armando, pues con todo aquel desafortunado incidente lo tenía un poco abandonado. Él había pasado a ver a Fabio a primera hora de la tarde y se mostró de acuerdo con la idea de que yo me quedase a pasar la noche con Fabio, pero tampoco quería tensar la cuerda. A esas horas de la noche el parking estaba desierto y, pese a no ser especialmente miedosa, me sentí intranquila. El único sonido que se oía era el de mis tacones sobre el cemento. De repente oí algo más

y aceleré el ritmo. Podía ser una estupidez, pero, joder, no me fiaba ni de mi sombra.

—Mierda, mierda —murmuré, buscando las llaves del coche en mi caótico bolso. Como era de esperar, no las encontré a la primera y eso me puso aún más nerviosa.

Por lo menos sí que di con el coche a la primera y eso hizo que casi me echara a correr. Palpé algo metálico dentro del bolso y suspiré aliviada, aunque me duró medio segundo, pues me di cuenta de que eran las llaves del apartamento. Así pues, nerviosa perdida, revolví todo el contenido hasta encontrarlas.

—Esto no me volverá a pasar —mascullé, prometiéndome que al día siguiente me compraría un bolso mini para no meter tanta mierda.

También me hice la promesa de no ser tan gilipollas y asustadiza; por favor, que sólo había sido un ruido. Pero cuando me detuve junto al coche, el sonido de unos pasos acercándose me puso en el disparador. Estaba sugestionada por las palabras alarmistas de Fabio y me enfadé por comportarme de aquella forma tan pueril.

—Menos mal —dije, cuando desbloqueé las puertas.

Me subí al vehículo como si fuera la espía de una peli de acción a la que persiguen cuatro agentes secretos y, nada más sentarme, bloqueé las puertas de nuevo como si me fuera la vida en ello. Sintiéndome a salvo, eché la cabeza hacia atrás. Me acordé del motivo por el que estaba allí y terminé riéndome, pues parecía ser cierto que el tabaco mata, pero del susto.

Tenía que volver a la habitación de Fabio y ya había perdido demasiado tiempo, así que saqué un cigarrillo y lo encendí. No había dado la primera calada cuando golpearon en la ventanilla, sobresaltándome. Mi primer impulso fue agacharme y ocultarme, pero no me dio tiempo. Debía de ser el segurata advirtiéndome que en el recinto hospitalario no se podía fumar, sin embargo, estaba tan acojonada que no fui capaz de razonar ni girar la cabeza. Me quedé encogida y creo que hasta oí una de esas melodías típicas de película de terror.

Golpearon de nuevo y apagué el cigarro de prisa y corriendo en el cenicero del coche.

—Tengo que hablar contigo —dijo una voz femenina.

—Mierda, mierda...

—Estela, por favor...

Oír mi nombre, lejos de relajarme me puso aún más alerta, pues me habían seguido, de eso ya no había duda. Finalmente me volví despacio y vi que era ella, Berenguela Zahner. Estaba allí, junto a la puerta del coche, con unas pintas horribles. Bajé la ventanilla y la miré casi con odio, por considerarla culpable de la situación de Fabio y por haberme dado un susto de mil demonios.

—¿Me has seguido hasta aquí? —pregunté, sintiéndome un poco estúpida, porque era evidente.

—Sí, llevo todo el día intentando encontrarme contigo a solas —contestó, y casi parecía avergonzada de reconocerlo.

—¿Todo el día? Pues me dejas más tranquila —rezongué con ironía.

—Quiero verlo. Yo... —murmuró, y se le escapó una lágrima que se limpió con rapidez.

La miré. Parecía tan afectada que daban ganas de consolarla. Pero no estaba por la labor de ablandarme y me mantuve firme, quería saber hasta dónde era capaz de llegar para ver a Fabio.

—Necesito hablar contigo —añadió, y parecía más nerviosa que yo.

Bueno, al menos me ahorraría el trabajo de buscarla. Me bajé del coche, porque esto de obligarla a mantener una conversación encorvada no era de recibo y, como ya me daba igual, encendí otro cigarro porque lo necesitaba.

—Yo también tengo que hablar contigo —dije, y le ofrecí la cajetilla.

—No fumo, aunque supongo que las circunstancias...

Cogió uno, pero tosió enseguida y lo dejó a medias. Cuando por fin la nicotina me calmó un poco los nervios, pude razonar. Primero la observé. Me recordó a la mujer que se había presentado aquella noche en casa de Fabio, con ropa deportiva deforme, despeinada, sin maquillar. Nada que ver con la que visitó el juzgado, altiva, segura, casi inalcanzable, y que dejó a más de uno sin aliento. Empezando por el juez.

—¿Y bien?

—Tengo que verlo —repitió de forma atropellada.

—¿Cómo lo has sabido? —pregunté, sólo para ver cómo reaccionaba.

—Por las noticias, y llevo dos días merodeando por el hospital buscando la forma de hablar con él.

Vaya, así que la señorita Zahner estaba preocupada. Toda una paradoja, ya

que ella era la causante de aquel desaguisado.

—Me ha sido imposible, ya que cada vez que me acercaba a la habitación, terminaba dándome la vuelta por miedo a que me reconocieran.

—Tiene gracia...

—¿Perdón? —dijo.

—Todo esto lo has causado tú —la acusé sin andarme por las ramas—, y ahora apareces para darme un susto de muerte y fingir que te preocupas por él.

—Eso no es cierto —murmuró, y me di cuenta de por qué había engatusado a Fabio. Era una actriz buenísima, pues parecía tan sincera, mezcla de preocupación e ingenuidad, que daba el pego, vaya si lo daba.

—Mira, yo no tengo una polla que se me ponga dura cuando veo a una mujer atractiva, por tanto, ahórrate las disculpas —dije de malas maneras, para atajar cualquier intento de justificación por su parte—. Y ahora vayamos al meollo de la cuestión, Fabio ha estado a punto de morir y a saber cuándo podrá abandonar el hospital. Aun así, tengo que tragarme mi orgullo y conseguir colarte en su habitación.

—Si me consideras culpable, ¿por qué me ayudas?

—No te hagas la ingenua conmigo —le advertí—. Ya te he dicho que no soy él. Hubo un momento en que estuve de tu lado porque pensé que sólo querías tirártelo y punto. Creía que Fabio espabilaría y, si bien podía costarle un disgusto, nunca imaginé que pasara de ahí.

—¿Entonces?

—Por alguna razón él cree en ti, o, dicho de otro modo, está encoñado —contesté, haciendo una mueca, y Berenguela hasta se sonrojó.

Joder, era increíble, hasta yo dudaba.

—¿Puedo verlo aunque sólo sean cinco minutos? —preguntó, sin echarme en cara las acusaciones y sin defenderse.

O era muy lista o muy tonta.

—Está vigilado.

—Dime al menos cómo está —me pidió, y no sé cómo era capaz de seguir mostrándose tan afectada.

—Vas a verlo, el problema es cómo pasar el control de seguridad...

Capítulo 41

Berenguela

—¿Cómo? —le pregunté a Estela, pues en mi impaciencia por llegar hasta Fabio me veía capaz de hacer cualquier disparate. Empezando por pasarme dos días merodeando por un hospital privado, vestida como una vagabunda y en un estado de desesperación absoluta. Nada más conocer la noticia, fue tal mi desasosiego que sólo podía pensar en enterarme de más datos, y para ello debía empezar por ir a donde estaba ingresado.

Habían intentado matarlo, de eso no me cabía ninguna duda. Saberlo me hizo sentir culpable, pues en cierto modo todo había sido a raíz de investigar a mi padre. ¡El muy hijo de puta! Desde la tumba seguía complicándome la existencia y, por si fuera poco, no se conformaba conmigo, también arrasaba con cuanto me rodeaba.

—Va a ser difícil. Yo soy rubia y tú no... —reflexionó Estela, mirándome como si fuera la pariente pobre a la que debía dar cobijo, vestido y comida. No podía culparla, pues llevaba un chándal y tenía un aspecto de lo más zarrapastroso.

—Debo verlo, decirle... —Se me hizo un nudo en la garganta que me impidió continuar. Además, me daba cierto apuro expresar mis sentimientos en voz alta, primero, porque eran contradictorios, y segundo, porque ella no me inspiraba la confianza suficiente.

No tener definido o no querer definir lo que sentía me martirizaba, ya que tarde o temprano no me quedaría otra que enfrentarme a ello y siempre había

odiado no tener el control de mi vida. Encima, esa noche tenía que confiar en una mujer que mantenía una relación muy personal con Fabio. Desconocía los detalles, pero sin duda existía entre ellos una conexión especial.

—Vamos, sube al coche. Nos vamos de compras —me dijo, señalando su vehículo.

Parpadeé y la miré, intentando asimilar aquella orden; no lo logré, de ahí que me viera obligada a preguntar:

—¿Cómo dices?

—¡Venga! Que no tenemos toda la noche.

Seguía desorientada por completo y la actitud de Estela, mezcla de misterio y de mala leche, no ayudaba nada, pero terminé por subirme al coche. Aún me desconcertó más cuando la vi detenerse frente a una farmacia de guardia. La seguí porque no quería quedarme sola y por curiosidad. Estela fue directa a un expositor y cogió un tinte capilar, tras lo cual me miró y sonrió.

—No, ni hablar... —mascullé, negando con la cabeza.

—Tienes que hacerte pasar por mí —replicó, y percibí cierto regodeo en su tono.

Se fue directa a pagar y finalmente acabamos en su apartamento. Mejor dicho, en el cuarto de baño de su apartamento. Cogió un taburete, me hizo sentarme y dijo:

—Pongámonos manos a la obra.

—¡No pienso teñirme de rubia! —exclamé.

—Pues tú dirás cómo vas a dar el pego si no —contestó, encogiéndose de hombros para después abrir el envase y sacar todos los componentes.

—Tiene que haber otra opción, maldita sea.

—Uy, sí claro. Les enseñas tu DNI a los policías, y ellos, que son muy competentes, lo cogen y, cuando se ponen a comprobar, mira por dónde, averiguan quién eres.

La fulminé con la mirada, pero maldita fuera, tenía razón. Así que volví a sentarme y cerré los ojos. Estropearme el pelo para poder ver a Fabio era un pequeño precio que tendría que pagar. Estela se dedicó a la tarea disfrutando sin duda de su victoria. Y yo me preparé para lo peor. Luego se encendió un cigarrillo y dijo como si nada:

—Dentro de media hora podremos aclararte el pelo.

—Esto pica —protesté.

—No te lo toques —ordenó, apartándome la mano con brusquedad.

Refunfuñé mientras soportaba aquel calvario, pensando en las que tenían que someterse periódicamente a él por los dictados de la moda o por simple gusto personal. En todo momento, Estela estuvo a mi lado y creo que la tensión inicial se fue disipando, pues ya no me miraba como si yo fuera el Anticristo. Aunque el silencio me ponía de los nervios. De ahí que yo intentara trabar conversación.

—¿No deberíamos aclararlo ya?

—No —respondió cortante, y encendió el enésimo cigarrillo.

Negué con la cabeza cuando me ofreció. Respiré y, como necesitaba descargar la frustración acumulada, que era mucha, me lancé:

—¿Por qué me ayudas?

—No puedo abrirle los ojos, pues cuanto más insista, más se obstinará él en defenderte y, de paso, en hundirse en la miseria.

—No comprendo entonces tu actitud... —murmuré y, pasándome por el arco de triunfo su consejo, me rasqué la cabeza, ya que me picaba horrores.

—Quiero que Fabio se dé cuenta por sí mismo, que vea la realidad, y espero que sea lo antes posible para que la situación tenga remedio.

—¿Y qué te hace pensar que quiero perjudicarlo? —pregunté dolida.

—¿Hace falta que te responda a eso?

—Hablas sin conocer los detalles.

—Mira, yo sólo sé que está ingresado, hecho una mierda, preocupado por ti y a punto de perder su prestigio, y todo por una mujer que no se lo merece. Lo quiero, es importante para mí y por eso me avengo a echarle una mano, pero no pretendas que seamos amiguitas.

Sus palabras confirmaron que entre ambos existía una relación. Me dolió saberlo, pues eso significaba que Fabio había jugado con dos barajas, o bien habían acabado, pero a ella todavía le quedaban ciertas esperanzas, y él, lejos de cortar lazos, los mantenía por si acaso.

—Gracias por tu sinceridad —rezongué, tentada de dar media vuelta y de acabar con todo aquello. Regresar a mi mundo y olvidarme de él y de lo que sentía. Sin embargo, pensé que al menos le debía una explicación y que por lo tanto acudiría al hospital.

—De nada —murmuró, y comprobó la hora—. Vamos a quitarte eso.

Me arrodillé delante de la bañera y dejé que me lavara el pelo, agradecida por poder sacarme aquella mierda de la cabeza. Suspiré aliviada cuando por fin me sentí el pelo limpio. Me lo sequé con energía y me volví para ver qué pinta tenía como rubia. Aparté la toalla y me quedé horrorizada.

—¿Qué coño has hecho con mi pelo?! —grité, mirándola con odio y a punto de echarme a llorar, porque lo que tenía en la cabeza era una mezcla de tonos anaranjados, amarillos, ocres y a saber qué más, y encima al tacto daba grima, pues se asemejaba a un estropajo.

—¡Joder! —exclamó ella, cogiendo el envase—. Aquí dice que cubre perfectamente las canas y que se obtiene un color uniforme.

—Lo has hecho a propósito —la acusé sin ambages—. Querías castigarme y yo, como una idiota, me he dejado embaucar.

—Oye, que yo no soy peluquera —se defendió Estela—. Y que conste que no soy de las que hacen las cosas a traición. Si quisiera joderte, iría de frente.

—¿Y cómo explicas esto? —pregunté, señalando el desaguisado de mi cabello.

—Esto no tiene remedio. Así que, vamos, andando. Tenemos que comprar una peluca —sentenció, dejándome patidifusa.

—¿A estas horas? ¡Son más de las once de la noche! —grité, por si no se había dado cuenta.

—Ya lo sé. Joder, no me pongas más nerviosa. Vamos a una tienda veinticuatro horas. Algo encontraremos.

—Estás mal de la cabeza —mascullé, aunque Estela iba a lo suyo—. No pienso salir así a la calle.

—Espera un minuto...

Regresó con una gorra deportiva rosa que daba más el cante que el pelo multicolor, pero como no me quedaba otra, me hice una coleta y me puse la maldita gorra. Seguí a aquella demente y de nuevo me subí a su coche, desesperada por acabar de una vez por todas con aquel periplo.

—¿Por qué paramos aquí? —pregunté, cuando vi que se detenía junto a un restaurante de dudosa higiene.

—¿Kebab de pollo o ternera?

—¿Perdón?

—Con todo esto de los disfraces me ha entrado hambre. ¿Te pido también

patatas fritas?

—¿Cómo puedes pensar ahora en comer, con la que tenemos encima? —dije entre dientes, advirtiéndole con la mirada que ya estaba bien de estupideces.

Pero de nada me sirvió, pues ella, siguiendo su tónica habitual, obvió cualquier oposición y se metió en aquel establecimiento que daba grima, y de donde salió con una bolsa de plástico.

—Toma, come —me dijo, entregándome un envoltorio de papel de aluminio. Estela desenvolvió el suyo y le hincó el diente.

—¿Esto qué es? —pregunté, poniendo cara rara.

—Pollo, ensalada, salsa y pan de pita. Lo que viene siendo un kebab de toda la vida. Come, que tenemos por delante una noche muy larga.

La fulminé con la mirada, pero hice de tripas corazón y desenvolví la comida. Me di cuenta de que en los últimos tiempos, debido a las circunstancias adversas, me estaba inclinando hacia la comida rápida.

—No está mal —murmuré.

—Eres tan estirada... —comentó con desdén—. Si no fuera porque eres peligrosa, estaría claro que estáis hechos el uno para el otro, porque a petardo estirado, a Fabio no lo gana nadie.

Arqué una ceja.

—Qué bien lo conoces... —dije con cierta inquina y, aunque se me encogía el estómago al pensar en ellos dos juntos, lo cierto era que quería conocer más detalles sobre Fabio.

—No te voy a contar sus intimidades —me espetó y, tras comerse su kebab, recogió los restos en una bolsa para después sacar un pequeño neceser y, con arte, retocarse el maquillaje.

Yo dejé a medio comer mi «cena» y suspiré, porque, desde luego, la situación era demasiado surrealista para mí. Estela arrancó el coche y condujo durante unos minutos antes de localizar una tienda abierta. Aparcó de cualquier manera y yo ni rechisté. Si ya iba servida de surrealismo, cuando me arrastró a un bazar oriental casi me quedo en el sitio.

—No me jodas... —farfullé, calándome bien la gorra.

Ella, sin tener en cuenta mi sufrimiento, se metió en uno de los estrechos pasillos de la tienda y yo la seguí con la cabeza gacha hasta llegar a la zona de..., ¡disfraces!

—Mira, qué monada —dijo toda ufana, mostrándome una peluca rosa.

—Muy mona —mascullé, quitándosela para colocarla en su estante.

Me miró entrecerrando los ojos y empezó a rebuscar entre el género, desordenando la mercancía y resoplando, porque por lo visto no encontraba lo que buscaba—.

—Éstas son una mierda. Se ve de lejos que son las que se ponen los tíos cuando se disfrazan de mujer. No nos sirven.

Yo no tenía palabras para contestar, porque todo me parecía un despropósito. Cuando consideró que ya lo había mirado todo sin éxito, se dirigió al mostrador y le preguntó al dependiente.

—Necesitamos una peluca rubia decente, ¿tiene alguna?

—Nos han llegado unas nuevas —respondió el chino en perfecto castellano—. Ahora mismo se las enseño.

Se fue al almacén y regresó a los pocos minutos con unas cajas que dejó sobre el mostrador abarrotado de trastos.

—Se están vendiendo muy bien, todas las niñas quieren una —añadió el hombre, amable, sacando una peluca rubia de la caja y mostrándosela a Estela, que la examinó.

—Está bastante bien —murmuró asintiendo.

—¿Pretendes que me ponga la peluca de Frozen?

—Todas las niñas quieren ser Elsa —apuntó el chino, sonriendo.

—¡La madre que te parió, Estela! —exclamé, sin poder dar crédito.

—Nos la llevamos —decidió ella, y sacó su cartera para pagar.

—Estás disfrutando con esto, ¿me equivoco? —le pregunté cuando salíamos de la tienda con nuestro disfraz.

—Mentiría si te dijese lo contrario. Venga, no perdamos el tiempo, tienes que arreglarte. Ah, y ve quitándole a la peluca esos adornos de la trenza —me dijo, antes de arrancar su coche.

La situación parecía una mala película, de ésas en las que al protagonista le ocurren miles de desgracias, una detrás de otra. Una especie de bucle maldito del que no puede salir. Así me sentía yo cuando, al entrar de nuevo en el apartamento de Estela, ésta me pidió que me desnudara mientras ella hacía lo propio, entregándome su ropa, porque, según me dijo, lo ideal era que los policías que custodiaban la habitación de Fabio vieran llegar a la misma mujer

que se había marchado. Cuando me vi delante del espejo, ataviada con una falda roja ajustada y de talle alto, y una blusa negra de raso sin botones cruzada a un lado, no supe que decir. Parecía otra, no me reconocía.

—Toma, ponte también estos zapatos —me dijo, entregándome unos negros de tacón imposible.

—Pase lo de ponerme tu ropa, aunque nunca en mi vida he ido tan ajustada, pase lo de la peluca, que pica como un demonio, pero no voy a ponerme tus zapatos —protesté.

—¿Por qué? —inquirió impaciente.

—Porque usas un número menos que yo, ¡no me valen!

—¿Y qué sugieres?

—Que pasemos por mi casa para que yo, si no te importa, coja unos zapatos míos.

—No me fío... A saber lo que tienes allí.

Opté por no responder, porque a ese paso acabaríamos tirándonos de los pelos y, lo peor de todo, retrasando mi verdadero objetivo. Así que nuevo en la carretera, como Thelma y Louise, aunque con mucha más mala leche. Estela, como me figuraba, se empeñó en subir conmigo al apartamento. Tuve cierto miedo, no por ella, sino por si alguien me vigilaba. No había vuelto a poner un pie allí desde el día en que Fabio y yo huimos de casa de Mónica, a la que por cierto debería llamar y, con la excusa de charlar con ella, averiguar si había sufrido algún tipo de represalia o si ya había destapado mi coartada. En cualquier caso, mi prioridad aquella noche era llegar hasta Fabio. Me había pasado dos días buscando la oportunidad y por fin estaba a punto de lograrlo.

Mientras Estela inspeccionaba mi ordenado vestidor, que por cierto no criticó, yo miré mi móvil. Diez llamadas de Eliseo, al que le envié un mensaje diciéndole que no se preocupara, que me encontraba bien y que siguiera adelante con las instrucciones que le había dado.

—Éstos son perfectos —dijo, mostrándome mi par de zapatos preferidos. Los rojos de tacón alto que me ponía tan a menudo. Los mismos con los que Fabio me vio por primera vez.

Quizá fuera una señal...

Entramos en el parking del hospital y Estela apagó el motor. Había llegado el momento de la verdad y yo tenía los nervios a flor de piel. Me costaba horrores

no rascarme, pues la peluca me martirizaba; además, el maquillaje me molestaba y la ropa me apretaba.

—Bien, éste es el plan. Tú vas hasta la puerta. No te detengas, no hables con nadie. Camina directa, se supone que eres de la familia y por lo tanto no das explicaciones. ¿Me sigues?

—Te sigo —repetí como una idiota.

—No te creo, pero bueno. Ya no podemos dar marcha atrás. Una vez que estés junto a la puerta, ni mires a los polis. Murmura algo como «¿qué tal chicos?», a ser posible de forma rápida y desenfadada. No esperes a que te respondan, abres la puerta y listo.

—De acuerdo —asentí sin la convicción necesaria.

Estela se encendió otro cigarrillo, era una forma de decir que ya no teníamos nada que decirnos y que había llegado el momento. Bastante nerviosa, agarré la manija intentando mentalizarme de que si algo salía mal, aparte de hacer el ridículo, me quedaría sin verlo y eso me martirizaba.

—¿Adónde crees que vas? —preguntó una voz de hombre a mi espalda, sobresaltándome.

—¿Qué haces tú aquí? —inquirió Estela, bajándose también del coche.

El tipo me observó arqueando una ceja ante mi aspecto y después a ella, que se encogió de hombros.

—Vais a cagarla —dijo él.

—No tenemos otra opción —replicó Estela orgullosa.

Yo, cabreada porque hablaban como si no estuviera delante, miré a uno y a otro esperando que se dignaran tenerme en cuenta; no hubo suerte.

—¿Y por qué no me has llamado? —recriminó él, acercándose a Estela para darle un beso rápido en los labios.

—Porque a buen seguro te habrías negado a ayudarla —respondió ella, señalándome.

—Es que no debería acercarse a Fabio —contestó tan pancho.

—Mira, Armando, a mí me hace tan poca gracia como a ti ayudarla, pero ¡joder!, Fabio me lo ha pedido y, por más que nos neguemos, al final ese insensato acabará haciendo una locura si no se la llevamos. Así que, venga, aparta que es tarde y estoy molida.

—Estela, maldita sea —masculló él—, a veces creo que todavía te importa él

más que yo.

—Oye, no te pongas celoso ahora.

Yo, que no salía de mi asombro, intentaba encajar las piezas.

—No son celos, es lógica. Él te pide algo y pierdes el culo por hacerlo —la acusó.

Estela, lejos de amedrentarse, alzó la barbilla.

—Te recuerdo que tú eres su mejor amigo y que no tuviste ningún reparo en acostarte conmigo.

Aquello se estaba poniendo al rojo vivo y yo me encontraba en medio del fuego cruzado.

—Estela...

—Ni Estela ni gaitas. A mí no me hace ni puñetera gracia que ella se acerque a Fabio, pero cuanto más nos empeñemos en separarlos más tozudo se pondrá él, y prefiero que se dé cuenta por sí mismo de que esta mujer sólo le traerá desgracias.

—Vaya, gracias —intervine.

—Así que déjanos seguir —dijo, agarrándome de la mano para avanzar.

—Espera, joder. Ya me encargo yo —terció Armando de mala gana.

—Ya está bien. Me las apañaré sola —les indiqué a modo de despedida, y empecé a alejarme de ellos.

Oí pasos y enseguida él estuvo a mi lado. En silencio, fuimos avanzando hasta la planta donde Fabio estaba ingresado. Una vez allí, Armando me sujetó un instante y, mirándome fijamente a los ojos, me dijo:

—Procura salir antes de las ocho de esa habitación. Antes de la primera ronda de enfermeras. Te estaré esperando fuera.

—Muy bien —contesté seria.

—Dame la mano.

—¿Perdón?

—Se supone que eres Estela y nosotros somos pareja.

Miré al tipo, y me pareció que el desagrado era mutuo. Sin mediar palabra, me cogió de la mano y varió la expresión. Sin comerlo ni beberlo, de repente tenía un novio guapo y sonriente que me acompañaba atento. A medida que recorríamos el pasillo, por fortuna desierto a esas horas, me sentía peor, como si el instinto me avisara de que iba a meter la pata hasta el fondo.

—Vamos allá —murmuró él, antes de saludar a los dos policías que custodiaban la entrada.

Me sujetó de la cintura y me pegó a su cuerpo de tal forma que yo les daba la espalda a los dos hombres. Agradecí en silencio la maniobra de distracción, pero lo que me confundió por completo fue no sólo que se acercara tanto, sino que además me besara como si de verdad estuviéramos juntos.

—Mmm, cómo me pones —musitó el sinvergüenza y, claro, con esa maniobra consiguió que los policías sonrieran y mirasen para otro lado, con lo que entramos en la habitación sin mayores contratiempos.

Capítulo 42

Fabio

Me sentía como un tigre enjaulado y, lo que era peor, sin posibilidad de moverme en absoluto. Por mucho que estuviera ingresado en una clínica privada, aquello seguía siendo una jodida habitación de la que no podía escapar, ya que mi cuerpo, aún débil, se negaba a cooperar. Me dolía el costado derecho y apenas tenía fuerza en el brazo, por no mencionar que el otro me lo había roto. Por no mencionar también que con la vía clavada en la muñeca la idea de ir hasta el baño incluso se me antojaba imposible. Pero estaba hasta los huevos de mear en aquella mierda de botella así que, con mil gruñidos y un esfuerzo del demonio, conseguí ponerme en pie. Tuve que sujetarme a la cama pues sentí un terrible mareo, no obstante, mi fuerza de voluntad se impuso y conseguí, agarrado como un viejo al soporte del gotero, llegar al cuarto de baño.

—¡Joder! —exclamé por enésima vez por sentirme tan débil.

Miré con asco la bandeja de la cena, que apenas había tocado. Dieta blanda, había dicho la enfermera. Y una mierda, dieta blanda, pensé. De acuerdo, no iba a pedir un chuletón a la brasa en aquel estado, pero sí algo más consistente que aquel puré de verduras de sospechoso color y el pescado a la plancha reseco que me habían traído.

La comida podía considerarse la menor de mis preocupaciones, lo que de verdad me tenía amargado y de mala leche era no saber nada de Berenguela. Se había ido del piso de mi hermana, desoyendo mis consejos, y en aquel momento podía estar en peor situación que yo. La incertidumbre no me ayudaba en nada.

Cogí el móvil, sabía que ella tenía el suyo apagado, sin embargo, hasta que lo comprobé de nuevo no paré. Tras escuchar la voz mecánica de la operadora, decidí llamar a Estela y preguntarle, aunque estaba seguro de que hasta por la mañana no se pondría a buscarla.

—Otra que tal baila —mascullé, cuando también me saltó el buzón de voz.

Cabreado y hastiado, cogí el mando a distancia a ver si con un poco de suerte podía entretenerme con la televisión.

No estaba acostumbrado a permanecer ocioso, de ahí mi inquietud. Todos se empeñaban en recomendarme reposo y paciencia, algo que me enervaba. ¿Por qué no podía reposar en mi apartamento? Y, ya puestos, ¿por qué no me dejaban dirigir las pesquisas sobre el «accidente»? La policía se había empeinado en mantenerme fuera del caso y la información me llegaba con cuentagotas. Ni Armando estaba dispuesto a colaborar, pues todos decían que causarme preocupaciones sólo entorpecería mi recuperación.

Le había pedido a mi amigo que localizase a Berenguela, su coche o lo que fuera para protegerla, pero igual que Estela, él insistía en que la señorita Zahner era la responsable. Sólo esperaba que mi secretaria dejase al margen cuestiones personales y consiguiera dar con ella. Aunque, para ser sincero, no tenía muchas esperanzas, pues Estela, como cualquier otra mujer, podía dejarse llevar por las emociones y no echarme un cable.

Desesperado e iracundo por estar allí encerrado, resoplé como un idiota y cerré los ojos, sabiendo de antemano que el sueño me sería esquivo.

Bajé el volumen del televisor y lo dejé encendido por una curiosa razón: no sentirme solo en aquella odiosa habitación de hospital. Ni yo mismo daba crédito, pues llevaba el suficiente tiempo viviendo solo como para que eso no me preocupara, sin embargo, no estaba tranquilo.

Oí pasos procedentes del pasillo y deseé que no fuera ninguna enfermera dispuesta a tocarme la moral. Algunas eran más pesadas que otras, pero todas unas plastas dispuestas a molestar al paciente a la menor oportunidad.

—Mmm, cómo me pones... —oí, y puse los ojos en blanco al reconocer aquella voz. Justo en ese instante aparecía la jodida parejita feliz para tocarme los huevos, porque a buen seguro ninguno de los dos había movido un dedo para localizar a Berenguela.

La puerta se abrió y miré hacia la ventana poniendo cara de circunstancias,

pues tenía guasa que justo eligieran aquel preciso momento, cuando yo más jodido estaba, para hacer su presentación «oficial».

—Aparta —gruñó ella, y me sorprendió.

Con el rabillo del ojo, vi cómo Armando quitaba la mano de su culo, no sin antes disimular una sonrisa burlona.

—Te dejo, cariño.

Intentó besarla y, para mi asombro, ella le hizo la cobra. Suspiré; aparte de tener que soportar tanta estupidez de pareja, también me veía obligado a presenciar sus riñas.

—No vuelvas a tocarme —siseó ella, y fruncí el cejo. Vaya, a mi querido amigo le iba a tocar lidiar con una Estela muy cabreada; yo conocía muy bien esa actitud y no lo envidiaba en absoluto.

—Te dejo con ella. Buenas noches —dijo Armando, y se largó sin más. Una actitud muy extraña, aunque yo no tenía la cabeza para problemas ajenos.

Ella echó a andar hacia la cama, con la cabeza gacha. Vale, me tocaba consolarla, pero antes, lo mínimo que podía hacer era ponerme al corriente.

Pero hubo algo que me llamó la atención. Un detalle que me dejó confuso.

Aquellos zapatos...

—Hola —murmuró cogiéndome la mano, y entonces sí me quedé impresionado de verdad.

Cerré los ojos un instante, porque necesitaba esos segundos para convencerme de que no se trataba de una ilusión. Debía de parecer un imbécil, incapaz de hablar. Berenguela recorrió despacio mi brazo con la mano, hasta llegar a la cara y acariciármela. Entonces abrí los ojos y la miré.

—No llores —acerté a decir.

No dejó de acariciarme y yo de observarla. Casi no la reconocía, vestida con la ropa de Estela, y menos aún con aquel pelo rubio. Y pese a estar hasta arriba de medicamentos, me di cuenta de que algo no cuadraba...

Alce la mano y le toqué el pelo. Aquello no era natural.

—¿Qué llevas puesto? —pregunté, palpando aquella áspera trenza.

—Una peluca —respondió, torciendo el gesto.

Berenguela me soltó un instante y se llevó las manos a la cabeza. Vi cómo se rascaba incómoda. Respiré; de rubia no estaba nada mal, pero yo quería volver a disfrutar de su cabello oscuro.

—Quítatela, por favor —le pedí.

—Mejor no...

—Por favor —insistí.

Como pude, me senté en la cama y me coloqué a un lado para hacerle sitio. Maldije, porque la maldita vía quedó atrapada y sufrí un tirón que me hizo pasarlas putas.

—No te muevas —dijo, al ver mi mueca de dolor—. Y tumbate. Yo me sentaré en ese sillón.

—Lo menos que podrías hacer es besarme primero.

Se acercó con cuidado y se fue inclinando. Pude vislumbrar su ropa interior a través del escote de la blusa negra (la de Estela) y, a pesar de estar como estaba, me animé lo suficiente como para quedar en evidencia. Me humedecí los labios y suspiré agradecido cuando ella por fin me besó. Gemí encantado y alcé el brazo sano hasta su peluca.

—No lo hagas —me suplicó, pero fui rápido y logré quitársela.

—¿Qué te has hecho en el pelo?

Puso cara avergonzada y se agachó para recoger la peluca. Intentó ponérsela, aunque al final desistió.

—Como puedes comprobar, Estela no tiene dotes de peluquera —murmuró, y la verdad es que sonó a disculpa.

Yo debí de poner cara rara, porque ella prosiguió.

—No se le ha ocurrido otra idea que teñirme y mira el resultado.

Sonreí de medio lado sin poder evitarlo, porque si bien su cabello oscuro me excitaba, verla así tenía su punto y ya, siendo serios, que Berenguela hubiera llegado a hacer algo semejante por poder llegar hasta mí me emocionaba.

—Acércate, por favor.

—Fabio, por favor, no puedes... —dijo, adivinando parte de mis intenciones.

—Tranquila. Sólo quiero sentirte a mi lado. Abrazarte, aunque sea sólo con una mano, pese a que me gustaría hacer mucho más —reconocí, y ella miró mi entrepierna.

No me avergoncé de ello. Berenguela arqueó una ceja y después negó con la cabeza.

—¿Cómo estás? —me preguntó, cogiéndome una mano. Un contacto que me pareció insuficiente, pero con el que al parecer me tendría que contentar.

—Jodido, no te voy a mentir —suspiré—. ¿Y tú?

Apartó un instante la vista. Me debía una explicación, pues había roto nuestro acuerdo marchándose de casa de Marcela. No sé si era el momento adecuado, aunque si guardábamos la mierda debajo de la alfombra, nuestra relación, ya de por sí complicada por razones evidentes, terminaría por jorobarse del todo.

Ella comenzó a hablar. Me contó que se había pasado dos días rondando por el centro hospitalario y cómo se enteró de la noticia. Me explicó que se había refugiado en el único sitio donde nadie la encontraría y tuve que reconocer que había sido una idea cojonuda. Jamás se me hubiera ocurrido buscarla en el antiguo apartamento de su padre.

Escuché atento cuando me puso al día de las últimas gestiones realizadas junto con su abogado. Ahí tuve que disimular mi desagrado, no sólo por la simple mención, sino también por la incompetencia de ese tipo. Joder, lo estaba haciendo todo mal. No quise decírselo para no enfadarla, pues no deseaba pasar la noche de morros con ella. Además, para hacer valer mi opinión primero debía recuperarme, si no al cien por cien, al menos sí lo suficiente como para ponerme en pie e ir al despacho.

—¿Por qué no te acuestas a mi lado? —pregunté, cuando hizo una pausa en su exposición de los hechos.

—¡¿Estás loco?! —exclamó, negando con la cabeza—. Dejando a un lado que la cama es minúscula, no voy a arriesgarme a que, sin querer, pueda causarte algún daño.

—Joder, para una cosa que te pido —rezongué de mal humor.

—Como mucho, puedo acercar este sillón —propuso, y al verla tan inflexible no me quedó más remedio que aceptarlo.

Berenguela se colocó a mi lado y de esa forma pude apretarle la mano y tenerla cerca. Ella fue con mucho cuidado para que yo no me moviera más de lo imprescindible y siguió relatándome todo lo acontecido; a cada palabra, yo sufría más por ella.

Cuando mencionó su preocupación por Mónica, torcí el gesto y de nuevo me mordí la lengua, porque saltaba a la vista que la había embaucado. Y cuando me contó que le había traspasado la propiedad gratis, casi salto de la cama. Berenguela aún dudaba de si esa mujer la había traicionado, y era evidente que

sí.

Me pidió disculpas una vez más, ya que se sentía responsable de mi estado, y eso me partió el alma, pues tal como se desarrollaban los acontecimientos, la próxima podía ser ella. Así se lo hice saber y me entristeció ver cómo se aguantaba las ganas de llorar.

—Dejémoslo por el momento —le pedí, porque carecía de sentido seguir amargándonos con las desgracias. Había conseguido llegar hasta mí y eso era lo que importaba.

La miré en silencio. Con aquel pelo de color tan dispar podía engañar a otros, pero no a mí, pues seguía viéndola a ella. No le solté la mano en ningún momento, a pesar de que el cansancio empezaba a hacer mella en mí. Además, la cantidad de medicamentos que me estaban dando hacía que a cada minuto me resultara más complicado permanecer despierto.

—Anda, duerme —musitó ella, acercándose para darme un inocente beso en la frente.

—Podrías besarme como es debido —protesté, y Berenguela me sonrió antes de complacerme.

Lo hizo con mucho cuidado, sin apoyarse en la cama para evitar tocarme. Pero fue breve, o al menos así me lo pareció. Se ocupó también de apagar el televisor y atenuar las luces, para que yo pudiera descansar. No me hacía ninguna gracia que pasara la noche recostada en aquel sillón, aunque por desgracia no podían proporcionarle otro acomodo, así que me resigné.

Seguimos con las manos unidas. Yo, a pesar del sopor debido a los fármacos, me mantuve un buen rato más despierto y en silencio, intentando pensar. En primer lugar, en cómo volver a verla, ya que veía complicado que consiguiera burlar de nuevo la vigilancia haciéndose pasar por Estela. No todos los días iba a ser posible montar un numerito de distracción. Claro que también tendría que hablar con Armando sobre la forma de dar el pego, porque lo de sobarla había estado de más. Pero bueno, eso hasta podría olvidarlo.

Entonces me vino a la mente una salida, una forma de poder estar juntos. Era arriesgado, pero no había otra opción. En unas horas, tal como Berenguela me había explicado, tendría que salir de la habitación, antes de que la primera ronda de enfermeras empezase su turno. Estela había quedado en recogerla en el aparcamiento.

Desde luego, iba a estar en deuda con mi ex de por vida. Al final, por agotamiento o por lo que fuera, caí dormido. Sin embargo, apenas descansé cuatro horas. Abrí los ojos y miré nuestras manos unidas y a Berenguela, recostada en el sillón. Ella se movió, quizá intentando, sin éxito, encontrar una postura más cómoda, y al no lograrlo bostezó y frunció el cejo.

—¿Has conseguido dormir? —pregunté en voz baja cuando la vi parpadear.

—Lo he intentado, pero no —respondió también en un susurro.

Era el momento de exponerle mi plan.

—Escucha, cuando te encuentres con Estela, pídele las llaves de mi apartamento.

—¿Cómo?

—Entra en casa y prepárame una maleta con lo imprescindible. Haz tú lo mismo y después baja al garaje. Allí tengo un todoterreno, encontrarás las llaves en la mesa de trabajo del despacho.

—¿Qué me estás diciendo? —preguntó confusa.

—También tienes que abrir la caja fuerte del despacho de mi casa —le dicté la combinación—, coge dinero en efectivo y después lo cargas todo en el coche y lo traes hasta el aparcamiento del hospital.

—Fabio, por favor, no digas más bobadas —me recriminó, poniéndose en pie para estirarse.

—Mañana pediré el alta voluntaria. Me largo de aquí. Puedo descansar y recuperarme fuera. Y tú te vienes conmigo.

—No.

—Berenguela, por favor. Esto es serio.

—No puedo largarme así como así —adujo tensa—. Mi abogado...

—Tu abogado no debe saber adónde vamos. Le indicas los pasos a seguir y nada más. No me fío de él —sentencié, dando por hecho que haría lo que le decía.

—Tengo trabajo pendiente, maldita sea.

—Lo principal ahora es estar a salvo. Nos vamos a una casa que tengo en la sierra. Allí podré descansar y tú despreocuparte. Considéralo como unas vacaciones.

—¿Has perdido la cabeza? No puedes abandonar el hospital, eso para empezar, y segundo, ¿cómo vamos a estar juntos a la vista de todos?

—Se trata de un pueblo pequeño adonde voy todos los años. Me conocen y nos dejarán tranquilos. No te preocupes por eso —dije, pese a que los lugareños no siempre eran discretos, pero no se me ocurrió nada mejor.

—No voy a ir, Fabio. No insistas.

Se metió en el cuarto de baño y cerró la puerta. Joder, sin su colaboración no iba a ser posible hacer nada. Yo estaba decidido a salir del hospital y estar con ella. ¿Por qué Berenguela no lo veía igual que yo? Regresó a la habitación con la peluca rubia puesta, el maquillaje retocado y cara de cansancio.

—Tengo que ir pensando en marcharme —explicó afligida.

—Haz lo que te he dicho, por favor —le rogué, y ella negó con la cabeza.

Se acercó a mí y, tras cogerme la mano, me besó en los labios. Fue un beso suave y yo maldije, porque a saber cuándo podría volver a verla. Lo más probable era que pasara casi un mes antes de que decidieran darme el alta.

No estaba dispuesto a ello.

—Berenguela, por favor, tienes que hacerlo —insistí, mirándola a los ojos sin pestañear.

—Es un despropósito y lo sabes tan bien como yo.

—Joder, ¿es que no puedes acatar una sencilla orden? —pregunté en tono duro.

—No. Y menos cuando sé que es del todo contraproducente para tu salud.

—Y, dime, ¿cómo te las apañarás para que nos veamos?

Capítulo 43

Berenguela

—Huir no es la solución —fue lo último que dije, y opté por despedirme con un beso rápido para evitar una nueva confrontación.

Fabio, como era de esperar, intentó retenerme y convencerme para que llevara a cabo su descabellado plan. Lo oí refunfuñar, pero no me conmovió, no podía permitirme ese lujo.

Salí escopetada de la habitación, con la cabeza gacha para que los dos policías no me dirigieran la palabra, y casi me llevo por delante a una enfermera. Bajé al aparcamiento y caminé deprisa hasta el punto de encuentro con Estela. La vi de pie junto a su coche.

—Ya era hora... —fue su saludo al verme.

No sé cuánto habría dormido ella, pero o lo aprovechaba bien o era un as con el maquillaje, porque estaba espectacular con aquella chaqueta de cuero negra entallada y pantalones de vestir gris oscuro.

—Lo siento, lo siento... Fabio me ha entretenido.

—Ya... —murmuró, arqueando una ceja.

En ese instante sonó un móvil, el de ella, y lo buscó en su bolso, miró la pantalla y sonrió de medio lado.

—Hablando del rey de Roma... —canturreó—. Hola, Fabio, querido, ¿en qué puedo ayudarte?

Era imposible pasar por alto el tono irónico. Daba igual, yo sólo deseaba marcharme a casa, descansar y buscar la manera de volver a verlo sin tener que

montar el numerito del disfraz.

—¿Cómo dices?! —gritó, y supe que estaba contándole su «maravilloso plan». Ni hablar, eso sí que no —añadió furiosa—. Es una locura... —Hizo una pausa, escuchando el resto de aquel despropósito—. No me extraña que se haya negado, joder, Fabio. Por primera vez estoy de acuerdo con ella.

Colgó de malas maneras y cuando el teléfono volvió a sonar, lo apagó sin responder.

—¿Me quieres explicar qué narices has hecho para que Fabio quiera largarse del hospital?

—Hemos discutido precisamente por eso. No estoy de acuerdo.

—Pues ahora me está pidiendo que te haga cambiar de opinión, ya ves tú —me espetó, y deduje que me hacía responsable.

—Escucha, sube a verlo y quítale de la cabeza la idea de abandonar la clínica. Yo tengo muchos frentes abiertos —dije, frotándome las sienes debido al agotamiento.

—Pues va a ser casi imposible. Cuando se pone cabezota no hay quien lo pare... Lo conozco bien.

Oímos unos pasos y ambas nos dimos la vuelta. Fruncí el cejo, el que faltaba...

—Hola, guapa —dijo Armando, dirigiéndose a Estela. La besó y después me miró. Cuando intentó acercarse a mí, di un paso atrás.

—No me toques —le advertí muy seria.

—Por lo que veo, aprovechaste para sobarla un poco, ¿eh? —se guaseó Estela, para nada molesta.

—No más de lo imprescindible. Y todo por ver la cara de ese atontado de Fabio —añadió sonriente—. En fin, ahora subiré a verlo y le explicaré que era del todo necesario, para que no me parta los dientes.

—Pues, ya de paso, convéncelo para que no haga lo que se le ha ocurrido...

Armando frunció el cejo cuando le explicamos la sugerencia de Fabio y negó con la cabeza. Bueno, mirando el lado positivo, al menos estaba de nuestro lado y pensé que tal vez lograría hacerlo desistir.

—Joder, qué ideas tiene... —masculló Armando—. Aunque me temo que con o sin nuestro apoyo lo va a hacer; por lo tanto, será mejor aceptarlo, eso sí, intentando que ceda un poco.

—Me niego —dije firme.

—Querida, se nota que no lo conoces —terció Estela—. Fabio es capaz de largarse y hacer una estupidez. Además, en los últimos tiempos nada parece importarle.

—Nada excepto ella —apostilló Armando.

No supe muy bien qué pensar. Eran sus mejores amigos, disponían de muchos más elementos sobre Fabio y su forma de ser.

Me mantuve callada, pues defenderme carecía de sentido.

—Esto es lo que vamos a hacer —explicó Armando decidido—: Hablaré con Fabio y lo medio engañaré diciéndole que si se queda una semana más ingresado tú aceptas irte con él a la casa de la sierra.

—Es una buena idea... —comentó Estela.

—Eso nos dará tiempo para que, uno, él se recupere un poco, y dos, en caso de que no consigamos engañarlo de nuevo, al menos podamos prepararlo todo para que pueda salir de aquí con garantías.

—Aunque con lo cazurro que es cuando se lo propone...

—Tú ocúpate de pasarle sus asuntos más importantes a otro juez, para que no se preocupe por eso —le dijo a Estela.

—Ya lo he hecho —contestó orgullosa—, sólo hay un caso que dudo mucho que Fabio acepte traspasar.

No hizo falta decir en voz alta que el caso llevaba mi apellido.

—Excelente. Mientras, la señorita Zahner se las ingeniará para no dar problemas.

—¿Perdón? —salté al sentirme atacada. Había guardado silencio demasiado tiempo ante sus indirectas.

—Me refiero a que procures pasar desapercibida. Según Fabio, si te expones pueden ir a por ti igual que han ido a por él, así que procura no dejarte ver. Habla con tu abogado, no merodees por casa de tu amiguita Monique y tampoco vayas a trabajar.

—¡No puedo dejar a mi socia sola con todo el trabajo! —exclamé, sin sorprenderme por el hecho de que estuviera al tanto de todo.

—Pues tú verás..., las cosas no pintan nada bien. Hazme caso —me dijo Armando con una mirada dura, sin rastro de broma.

—No eres santo de mi devoción, eso ya lo sabes —terció Estela—, pero si

algo te ocurre, Fabio no nos lo perdonará.

—De acuerdo —accedí tras reflexionar. No mucho, en todo caso, pues con ellos dos mirándome no resultaba sencillo.

—Dentro de una semana hablaremos —indicó Estela con resolución.

—Llámame a este número —añadió Armando, entregándome una tarjeta.

No quise continuar allí ni que me acercaran a casa, pues mi idea era regresar al apartamento de mi padre y era mejor que ese detalle no lo supiera nadie. Sólo Fabio estaba al tanto y a buen seguro mantendría el secreto.

Así que, con mi desastroso pelo multicolor, cansada y con ganas de dormir unas cuantas horas, en la confianza de que Fabio recapacitaría, llegué a casa y pude quitarme el disfraz. Tras ducharme y ponerme cómoda, me tumbé en la cama y cerré los ojos.

* * *

Logré descansar, recargar las pilas y, de esa forma, cuando a media tarde encendí el móvil, me sentía lista para hablar con Eliseo. Éste, nada más responder al teléfono empezó a regañarme.

—Por favor, Eliseo, no insistas —terminé pidiéndole, porque me empezaba a doler la cabeza al oír sus voces.

—¡Berenguela, joder, llevas no se sabe ya cuántos días desaparecida! —me gritó, y yo aparté el aparato—. Cerraste el Miami sin tener en cuenta las consecuencias y resulta que Matías te ha denunciado. ¿Cómo se te ocurrió reventar la caja fuerte de su despacho y llevarte el dinero?

—Fue para pagar a las..., trabajadoras.

—¿Te firmaron un recibo o un justificante? —inquirió con sarcasmo, pues él sabía muy bien que no lo habían hecho—. Es su palabra contra la tuya y él tiene más amigos en ese mundillo que tú.

—Pero ¡yo soy la dueña! —exclamé—. En consecuencia, todo lo que hay en ese local es mío. Punto.

—Y por si fuera poco, el juez Castell en el hospital..., ¿sabes que eres la principal sospechosa?

—No me jodas, Eliseo —mascullé, sin importarme el lenguaje utilizado.

—La policía quiere interrogarte y tú, en vez de colaborar y dar tu versión de

los hechos, vas y desapareces. Ni siquiera me has dicho dónde estás.

—No puedo decírtelo.

—O no quieres —me contradijo de mal humor.

—Escucha. Necesito que te encargues de Matías. Consigue que un juez lo investigue, porque es inconcebible que aún esté libre, con la de mierda que a buen seguro debe de tener detrás —dije, siguiendo el consejo de Fabio.

—No es tan fácil —alegó, y fruncí el cejo, porque se suponía que estaba a mi servicio.

—¿Por qué? —pregunté, y por Dios que más le valía ofrecerme una explicación razonable.

—Tiene que existir una base sólida.

—O sea, ¿él puede denunciarme, por acceder a un local que no es suyo, y yo no puedo hacerlo por desobedecer mis órdenes?

—Intentaré presentar un escrito ante un juez y confiemos en que vea indicios de delito.

—Eso espero —murmuré resoplando.

—Ha sido todo un contratiempo que el juez Castell no esté disponible. Joder, es el único que podría tenerlo en cuenta —añadió, dando a entender que le importaba un pimiento el estado de salud de Fabio. Lo que le jorobaba era que se torcieran sus planes.

Inspiré hondo; si mi abogado supiera la verdad, se caería de culo. Tuve que acallar mi verdadera preocupación, pues si bien me jugaba mucho, también me entristecía la situación de Fabio.

—Pues busca un juez proclive a escuchar.

—¿Vas a apagar el móvil?

—Sí. Quiero descansar.

—¿Cuándo darás señales de vida?

—Cuando sea necesario.

—Berenguela, por favor. Dime dónde estás. Me gustaría no sólo ser tu abogado, ya lo sabes.

—De momento es mejor así —repliqué, dando por finalizada la conversación.

Lo más seguro era que Eliseo se quedase maldiciendo y refunfuñando por no seguir su consejo, sin embargo, su opinión ya no me influía tanto como al

principio y quizá fuera un error continuar manteniéndolo como abogado; no obstante, rechacé la idea de buscar uno nuevo, pues a esas alturas del partido me parecía una temeridad.

Solucionado, al menos a medias, el primer escollo, me tocaba encargarme del siguiente. Tener tantos frentes abiertos resultaba desquiciante, pero no podía cerrar los ojos y hacer como si nada.

Cogí el teléfono y marqué el número de Mónica. Mientras esperaba a que respondiera, quizá deseando que saltara el buzón de voz y así evitar una más que complicada conversación, miré por la ventana, temerosa de que hubieran descubierto mi escondite.

—¿Diga?

—Hola, Mónica —saludé, sin dejar de mirar a través del cristal.

—¿Berenguela?

—Sigo viva, por si te lo preguntabas —dije con sarcasmo, pues mi opinión sobre su papel en todo aquel embrollo aún no estaba definida. La consideraba tan culpable como inocente.

—¡Menos mal! Llevo días intentando averiguar qué había sido de ti. Me enteré de lo ocurrido al..., bueno, ya sabes a quién, por las noticias y pensé que tú..., bueno que ibas con él. ¿Dónde estás?

Todo el mundo me preguntaba lo mismo y empezaba a cansarme. Como si no tuviera derecho a perderme unos días. Por supuesto, no iba a decírselo.

—Estoy bien —dije, consciente de que, si bien mi estado físico era aceptable, no así mi lado emocional—. ¿Y tú?

—Preocupada, y mucho. Han sido unos días complicados...

—Gracias por preocuparte por mí —la corté, pues de momento prefería no mencionarle la conversación que yo había escuchado.

—Somos amigas y me gustaría poder ayudarte en lo que sea, sólo tienes que pedírmelo.

Respiré y cerré los ojos un momento. Parecía tan sincera..., sin embargo, no podía fiarme de nadie. Al fin y al cabo, Mónica tenía que proteger sus intereses y algunos de ellos chocaban con los míos, o al menos había personas que así lo creían, y continuar desconfiando podía ser una buena táctica. De esa forma, si ella seguía en la ignorancia respecto a mi paradero, no podría traicionarme para ganarse el favor de quienes me perseguían. Por otro lado, aquello también podía

ser bueno para Mónica, pues al saber que ya no mantenía contacto conmigo, dejarían de acosarla.

—Te lo agradezco, pero de momento no hace falta que hagas nada.

—Mira, sé que nos conocemos desde hace poco y que lo más probable es que no me creas, pero vigila tu espalda. Matías Narváez tiene muchos contactos y va a por ti. Le has jodido el negocio y es de los que no perdonan.

Su advertencia llegaba un poco tarde.

—Lo sé —admití—. Tengo que dejarte.

—Llámame, por favor. Y cuídate.

Colgué la llamada. De momento mantenía mi determinación de dejar a Mónica fuera de todo.

Sólo me quedaba un asunto y era, sin duda, uno de los que más me afectaban, pues con toda aquella mierda había descuidado todo aquello por lo que había luchado: mi trabajo. Así que, de nuevo con el móvil en la mano, me dispuse a hacer la que sin duda sería la llamada más complicada.

Natalia me respondió enseguida y, como era lógico, se mostró aliviada al poder hablar conmigo.

—Déjalo ya, ¿de acuerdo? Sé lo que estoy haciendo —resoplé, después de escuchar un sermón sobre comportamientos inconscientes, dejar a la socia en la estacada, ocultar el paradero, los peligros de visitar clubes de alterne, las malas compañías... Un sinfín de consejos que por lo visto yo había desoído.

—Pues no lo parece. Al final ese cabrón de Nogales te ha atrapado, porque en vez de ir solucionando problemas, cada vez estás más liada —me recriminó, y yo no podía contradecirla.

—Ya lo sé, sin embargo, confío en que Eliseo, con sus ayudantes, me saque de este embrollo.

Natalia resopló.

—Eso espero. ¿Y tú cómo andas?

—Jodida, muy jodida —admití, pues con ella bien podía desahogarme.

—Hace ya tres días que paso por tu casa y ni rastro. ¿Dónde carajo estás?

—Mejor que no lo sepas —respondí con pesar, ya que, por su seguridad, era mejor mantenerla en la ignorancia.

—¿No confías en mí? —inquirió, y me sentí fatal, porque Natalia siempre había estado junto a mí, en las duras y en las maduras.

—No se trata de eso, de verdad.

—Mira, Berenguela, ya sé que esos cabrones no se andan con chiquitas. Sé lo que le ha pasado a cierto juez, sin embargo, no creo que se fijen en mí.

—Yo no estaría tan segura...

—Está bien, juega a los secretitos si quieres —masculló ofendida—, pero no te preocupes; si algún imbécil se atreve a molestarme, va listo.

—Natalia... —suspiré, sintiéndome cada vez peor.

—Y por el trabajo tampoco te preocupes. Yo me encargo de todo —añadió enfadada.

—No quiero estar así contigo, por favor, compréndelo —le pedí, afectada por cómo se estaba desarrollando la conversación.

—No te prometo nada —replicó, y noté en su voz algo que me dio un atisbo de esperanza.

Me despedí de mi socia y mejor amiga, dudando de si había hecho bien en mantenerla al margen, ya que Natalia siempre había sido de fiar; pero seguía las cautelosas instrucciones de Fabio, y nadie, absolutamente nadie, podía estar al tanto de mis movimientos.

Cómo había llegado a confiar tanto en él, dejando a un lado a quienes llevaban mucho tiempo a mi lado, como Natalia, era algo difícil de explicar; no obstante, seguí adelante con el plan.

Ya sólo me faltaba buscar la manera de poder estar junto a él, porque, a pesar de tenerlo todo en contra, no sentía ningún temor, sólo la congoja de no poder estar a su lado.

Capítulo 44

Fabio

—¡He dicho que no, joder! —les grité, porque me tenían hasta los cojones con sus recomendaciones.

Había pasado una maldita semana allí encerrado. No sé cómo, pero me dejé convencer por Estela de que no saliera escopetado del hospital. Y a mi querida ex también se le unió Armando y, claro, me pillaron con la guardia baja, tras la extraña noche que había pasado junto a Berenguela.

—Reflexiona, Fabio —repitió Estela por enésima vez.

—Aparta —gruñí, mientras recogía mis cosas.

Había recuperado casi toda la movilidad del brazo bueno, sólo sentía pequeñas molestias al levantar peso, por tanto, me limitaría a no hacerlo y listo. Tampoco pasaba nada por que evitara el gimnasio. Los dolores de cabeza iban y venían; suponía que se debían más a la mala leche de no poder salir de allí que a cuestiones médicas.

—No hemos conseguido localizarla —explicó Armando.

—No es por criticar, pero estás perdiendo facultades —solté, mirando a mi amigo con ironía.

—Al parecer, ha seguido al pie de la letra tus consejos —contestó en el mismo tono.

No pude evitar sonreír y sentirme orgulloso de Berenguela. Lástima que no me obedeciera en todo lo demás.

—Sé dónde encontrarla... —dije, ocultando una sonrisa, ya que él no había

dado con ella—. ¿Habéis traído el todoterreno?

—No —respondió Estela sin inmutarse.

—Cojonudo. Llamaré un taxi —mascullé, terminando de guardar mis cosas.

—Recapacita, joder. Sólo un par de días más —intervino Armando en plan «soy tu amigo y me preocupo por ti».

—A otro perro con ese hueso. Ya me habéis engañado una vez con la complicidad de los médicos para que me quedara aquí. Pero se acabó —dije convencido.

Cogí la pequeña bolsa de viaje y les hice un gesto burlón a la parejita feliz de los cojones, antes de salir por la puerta con los papeles del alta voluntaria en la mano. Debía ocuparme de unas cuantas cosas antes de refugiarme, como era mi deseo, en la pequeña casa que tenía en la sierra. Allí, aparte de recuperarme, reorganizaría mis asuntos y para ello era imprescindible que Berenguela estuviera a mi lado.

Cuando por fin pude poner un pie fuera, respiré. De acuerdo, el aire de ciudad no era lo mejor, aunque se agradecía. Me fui directo a la parada de taxis.

Me sabía de memoria la dirección y se la di al conductor. Así pues, veinticinco minutos más tarde me encontraba frente a un lujoso edificio. Miré hacia arriba, al ático. El apartamento ocupaba toda la planta, un sitio típico de gente con aires de grandeza, y el padre de Berenguela pertenecía a ese club.

Con la bolsa de viaje, que pensaba rehacer en cuanto pasara por casa, entré y fui directo al ascensor. No me sorprendió que para abrir el ascensor en el ático hiciera falta una llave, así que no me quedó más remedio que bajarme una planta antes y subir por la escalera.

Una vez delante de la inmensa puerta de nogal con apliques de latón (un ejemplo de mal gusto) no titubeé y llamé al timbre. Si por casualidad ella no estaba dentro, maldeciría y me quedaría como un tonto a esperarla.

Pero no, al oír el sonido característico de una cerradura al abrirse, pude respirar de nuevo. Di por hecho que antes me había observado a través de la mirilla.

—Hola —dije sin más, cuando por fin la tuve enfrente.

Ella se apartó a un lado y, con una mueca un tanto burlona, me indicó que pasara. Nada más hacerlo, dejé caer la bolsa al suelo.

—Hola —contestó.

Agradecí que no hiciera preguntas ni montara un escándalo por presentarme sin avisar, porque eso implicaba que había abandonado el hospital.

Me acerqué a ella con cuidado y, utilizando el brazo sano, la sujeté para darle un beso como deseaba hacer desde hacía mucho tiempo.

—Veo que tu pelo ha vuelto a la normalidad —musité, acariciándoselo.

—Sí. Es lo único normal de los últimos tiempos.

Teníamos muchas cosas de que hablar, pero poco tiempo. Así que me separé de ella y la miré a los ojos.

—Coge lo que consideres imprescindible, ¿de acuerdo?

—¿Todavía sigues con esa loca idea de marcharnos? —inquirió resoplando.

—Sí. Es lo mejor, créeme.

La acompañé hasta el dormitorio y esperé paciente a que recogiera sus cosas. Tampoco tenía mucho allí, vi que vivía con lo mínimo y tardó poco en estar lista. Mientras la observé, no me perdí ni un sólo detalle. Había escogido como dormitorio la habitación destinada al servicio.

—¿Nada más? —le pregunté cuando me miró. Arrastraba una pequeña maleta, algo raro, pues, por lo general, aunque fuera para un traslado de pocos días, las mujeres acarreaban un equipaje considerable.

—No, nada más.

—Mejor. De todas formas, compraremos cualquier cosa que necesites.

Berenguela miró a su alrededor como quien se despide de algo sabiendo que no volverá, y luego echó a andar sin detenerse hasta la puerta.

No sé si era el mejor momento, pero antes de abandonar aquel lujoso ático, la detuve junto a la entrada, sujetándola no muy fuerte de la muñera, y tiré hasta que se pegó a mi cuerpo. Sentí un pequeño ramalazo de dolor, pues debido al impulso, lo hice con mi lado malo. Disimulé, por supuesto, y alcé una mano para acariciarle la mejilla y después, despacio, muy despacio, me incliné hasta poder besarla.

No me lo permitió y fruncí el cejo.

—¿Qué ocurre?

—No es momento para estas cosas —dijo, y esbocé una sonrisa.

—Me encantaría desnudarte y llevarte a la cama, no lo niego, pero en efecto no disponemos de tiempo.

Al final Berenguela relajó su expresión y me rodeó el cuello con un brazo

para acercarse y acabar besándome. Maldita fuera, al final iba a mandar a paseo mis prioridades y, haciendo un esfuerzo, terminar follándomela allí mismo.

Cómo la había echado de menos. La besé, primero despacio, controlándome, pero a cada segundo me resultaba más complicado, en especial cuando ella emitió el primer gemido y se pegó aún más a mi cuerpo. Nos separamos con dificultad y, como no tenía sentido darle más vueltas, enlacé su mano con la mía y la saqué de allí. Lo más probable era que Berenguela tuviera mil preguntas que hacerme, no obstante, agradecí que se mantuviera callada. Por supuesto, cuando estuviéramos ya instalados, respondería a todo, porque, aparte de ser honesto con ella, debíamos empezar a tomar decisiones en común, y para eso era imprescindible ser sincero.

Pedimos un taxi para ir hasta mi apartamento y, una vez allí, me dispuse a recoger cuatro cosas para largarme cuanto antes.

—No tardo nada —le dije, entrando en el dormitorio.

—¿Te ayudo? —me preguntó con suavidad, pues a pesar de mis esfuerzos por disimular, aún me costaba moverme.

—Como quieras —respondí.

Berenguela se puso en acción. Mientras yo sacaba algunas prendas del armario, ella ya había vaciado la bolsa de viaje. En silencio, guardamos la ropa para después dirigirnos al despacho que tenía en casa. Le indiqué que entrara y no me importó abrir la caja fuerte delante de ella.

—No hace falta —indicó, al verme teclear la clave en el panel.

—¿Cómo dices?

Salió un instante de la estancia y regresó en menos de un minuto con su bolso. Lo abrió y me mostró su contenido. Al ver aquellos fajos de billetes de quinientos euros, casi nuevos, arqueé una ceja, pues no entendía cómo podía tener semejante cantidad.

—No me siento muy orgullosa de ello, pero hice abrir la caja fuerte del Miami y cogí efectivo. No tenía ni idea de cuánto iba a necesitar.

—Ya veo... —murmuré, y no la culpé por ello; más tarde preguntaría por los detalles—. Nos vendrá bien.

La cantidad de que yo disponía no se acercaba ni de lejos a la que Berenguela llevaba encima, pero preferí guardármela en la cartera por si acaso.

Con todo listo, bajamos al aparcamiento y le entregué las llaves del

tototerreno. Podía hacer un esfuerzo y conducir yo, pero me pareció ridículo hacerme el héroe cuando mi cuerpo pagaría las consecuencias, por lo que preferí descansar. Sólo paramos dos veces, la primera en el supermercado, donde hicimos la compra en un tiempo récord y llenamos el depósito, y luego en la farmacia, para comprar toda la medicación que debía tomar.

Berenguela frunció el cejo al ver cuántos eran y sospechó, como era lógico, que mi estado no era tan bueno como fingía.

Yo conocía a la perfección el camino, pero para evitar problemas decidí programar el GPS para ella. Sólo esperaba que antes de la cena pudiéramos estar solos en la casa de la sierra.

No hubo imprevistos. Berenguela conducía de forma eficiente, sin sobresaltos. No me acordaba de que la última vez que utilicé aquel vehículo había dejado puesto en el equipo una selección de música clásica y fue muy agradable circular por la autopista con el *Concierto de Aranjuez* de fondo. O atravesar la carretera comarcal, plagada de baches, mientras las notas del *Concierto número 1* de Tchaikovsky nos acompañaba. Tuve pensamientos contradictorios. Por un lado, como siempre que escuchaba aquella música, alcancé un estado de bienestar que, tras los días de tensión en el hospital, me iría de perlas. Y también otros menos decentes, como por ejemplo poder disfrutar de las mismas notas con ella en mis brazos. Puede que relajados no, pero de cualquier modo juntos. La casa disponía de un comfortable salón, una idílica chimenea y un dueño, yo, con muchas ideas.

Lástima que, debido a mi estado, debiera posponer al menos un par de días tales ideas, porque Berenguela, responsable hasta resultar desconcertante, seguro que se negaría a que la tocara; pero bueno, ya vería el modo de engatusarla.

* * *

Cuando empezaba a anochecer, por fin pude entrar en casa. Descargamos el tototerreno y me ocupé de encender las luces y la caldera, para poder pasar la noche con comodidad. La casa estaba limpia y ordenada, pues desde hacía unos años una mujer del pueblo se encargaba de ello y, la verdad, cumplía su cometido a la perfección.

Berenguela se quedó mirando la casa, de la que me sentía muy orgulloso, ya

que la consideraba mi refugio particular. Allí me desplazaba en vacaciones o cuando disponía de unos días libres, pues en aquel ambiente rural lograba desconectar. Además, en el pueblo apenas vivían cien habitantes, por lo que, aparte de conocernos todos, podría decirse que me sentía muy arropado. Cierto que para hacer la compra o cualquier otra necesidad había que coger el coche y desplazarse unos diez kilómetros, pero importaba muy poco.

—He dejado tus cosas en el dormitorio principal —me indicó Berenguela al acercarme a ella.

Deseaba tocarla y lo hice. La rodeé con los brazos e inspiré, por primera vez sintiéndome relajado.

—Muy bien.

—Y las mías en la alcoba del fondo —añadió, volviéndose para quedar cara a cara conmigo.

—¿Perdón? —Fruncí el cejo.

—Aún estás convaleciente, así que de ninguna manera vamos a compartir cama —dijo seria, mirándome a los ojos—. Sin querer puedo hacerte daño, y no soy tan tonta como para no darme cuenta de que llevas todo el día disimulando. —Me tocó el costado y el brazo roto y yo puse cara de circunstancias.

—Berenguela... podemos dormir juntos, ya sé que tengo que estarme «quieto» —admití con una mueca.

—Si he accedido a acompañarte es porque necesitas descanso, y éste me parece el lugar ideal para ello. Por supuesto, está el hecho de que es poco probable que aquí nos incordien. Aunque estaremos juntos pero no revueltos.

—¿Qué me quieres decir con eso? —pregunté, sintiéndome como un niño enfurruñado al que le esconden sus juguetes.

—Ya eres mayorcito para entenderlo a la primera —me replicó con aire sarcástico.

Por supuesto, capté a la primera por dónde iba y, sin soltarla, ya que me gustaba, y mucho, tenerla entre mis brazos (pese a que hubiese ropa de por medio), decidí darle la vuelta a la tortilla.

—Compartir cama no significa necesariamente que acabemos follando, sé controlar mis impulsos.

—No tentemos a la suerte —dijo ella, y dio un paso atrás—. Ahora, si no te importa, me ocuparé de preparar la cena.

—¿Vas a cocinar para mí? —pregunté con cierta guasa, porque nunca imaginé que una mujer como ella se metiera en faenas domésticas.

La seguí hasta la cocina y me quedé apoyado en el marco, sobre el brazo bueno, dispuesto a observar cada uno de sus movimientos.

—Si no recuerdo mal, mientras estés convaleciente no puedes hacer esfuerzos. De ningún tipo. Así que siéntate. Enseguida preparo algo.

Esboqué una sonrisa y me di cuenta de un hecho irrefutable: estaba en sus manos y claudicar era la única opción.

Me limité a servirme un vaso agua, ya que, debido a la cantidad de fármacos que tomaba no podía probar ni una gota de alcohol. Ella se sirvió un refresco, supongo que solidarizándose conmigo. Una pena, pues en la pequeña bodega disponía de unos excelentes vinos que podríamos degustar, a ser posible acomodados en el sofá. Con o sin ropa, según del devenir de los acontecimientos. Sin embargo, supe que me tendría que conformar con cenar, en excelente compañía, eso sí.

Berenguela se las apañó para terminar en apenas cuarenta minutos. Me sorprendió, desde luego, aunque me llamó mucho más la atención lo organizado y limpio que lo dejó todo. Me paré a pensarlo y me di cuenta de que en realidad no la conocía, no al menos en aspectos cotidianos. Nuestros encuentros se habían limitado a la parte sexual, por un lado, y a la menos agradable, la judicial. Desde luego, aquel retiro nos vendría muy bien, pues, aparte de estar juntos, y por mucho que ella se empeñase, acabaríamos durmiendo en la misma cama, nos permitiría charlar y conocer aspectos de cada uno que de otro modo sería imposible. La cercanía facilitaría esa tarea y yo estaba dispuesto a aprovechar aquella oportunidad única.

Capítulo 45

Berenguela

—¿Y cuántos días nos quedaremos aquí?

Fabio me miró y me dio la impresión de que prefería no responderme. Él conocía mi opinión. Desde el principio rechacé aquella idea, sin embargo, terminé aceptando porque necesitaba escapar del autoencierro, también porque, no podía ocultarlo, deseaba estar junto a él y, dadas las circunstancias, no había otra forma.

—Un mes —respondió, tras un minuto en el que no dejamos de mirarnos.

—¡No puedo estar un mes fuera! —exclamé, sin alzar demasiado la voz.

Él se puso en pie e hizo amago de recoger la mesa, pero me adelanté y no se lo permití. Desde luego, nunca pensé que yo acabaría ocupándome de las labores domésticas, no obstante, lo limpié todo y dejé la cocina impoluta.

—Es lo mejor —dijo Fabio, colocándose a mi lado—. Piénsalo. A ti te siguen, aquí podemos descansar y sobre todo reorganizarlo todo. Berenguela... —me cogió la mano—, sabes que es lo mejor.

—El trabajo... —suspiré, y entonces él me abrazó.

—Tu trabajo ahora es descansar unos días. Desde aquí puedes estar en contacto con tu abogado y darle instrucciones.

—¿No resultará contradictorio? —pregunté dejándome querer, porque a pesar todas mis reticencias era muy agradable estar así, abrazada a él.

—Lo más probable —murmuró—. Escucha, voy a ayudarte y para eso lo mejor es que antes de dar cualquier paso podamos calibrar todas las

consecuencias.

—Fabio, ¿has oído hablar del conflicto de intereses? —pregunté con sorna.

—Si lo hacemos bien, nadie tiene por qué enterarse —respondió, y de verdad quise creerle con todas mis fuerzas.

Al final conseguí que aceptara que durmiésemos separados. Protestó, por supuesto, pero me mantuve firme y no cedí. Si necesitábamos descansar, nada de compartir cama. Por muy tentadora que resultase la idea.

* * *

Poco a poco me fui acostumbrando a la rutina de vivir en un pueblo pequeño. Había costumbres muy curiosas. La primera mañana, estando aún en la cama, oí sonar un claxon como si al conductor le fuera la vida en ello. Pensé que quizá a alguien del pueblo le había ocurrido algo y me levanté escopetada, pues el estridente sonido no cesaba. Salí fuera y no vi a nadie, sólo una furgoneta que pasaba sin dejar de pitar. Al entrar de nuevo en casa, me tropecé con Fabio, que, recién levantado, me miró sonriendo de medio lado.

—Hoy nos quedamos sin pan, por lo que veo —comentó divertido.

Parpadeé y él tuvo a bien explicarme que cada día a esa hora venía el panadero. Y, además, cada día de la semana se acercaba al pueblo un gremio diferente, así que si deseábamos tener fruta, carne y otros productos frescos, debía aprenderme el horario de llegada o bien coger el coche y conducir hasta la tienda más cercana, pues un supermercado por aquellos lares era una utopía.

Así pues, tardé bien poco en saber qué día tocaba cada cosa y no me importaba acercarme a la plaza del pueblo, vestida con un chándal, para hacer la compra y de paso conocer a la gente. Fabio, en venganza por no acceder a dormir con él, no me acompañaba, lo que significaba tener que enfrentarme sola a las preguntas curiosas de quienes, como yo, acudían a comprar. Si lo hacía sin rechistar era por el simple motivo de que él aún se encontraba convaleciente, porque de haber estado recuperado, yo no me habría ocupado de tantas cosas.

Por los comentarios que oía, Fabio era muy querido en el pueblo y se le tenía un gran respeto. También conocí a una antigua medio novia suya de la adolescencia, que me habló de él con cariño. Por supuesto, todos estaban al tanto de su «accidente» y me expresaban los mejores deseos. Cosa que yo agradecía,

pues se percibía su sinceridad.

Tras una semana, la convivencia con Fabio era tensa, aunque no por los motivos previsibles. Como compañero de piso resultaba ideal, ya que nunca dejaba nada desordenado y procuraba colaborar, en la medida en que yo se lo permitía, para que todo fuera más llevadero para mí. Ahora bien, el asunto sobre sus constantes acercamientos o bien sus intentos de besarme o intentar ir un poco más allá me traía por el camino de la amargura, ya que me esforzaba para que él descansara. De haber podido, yo me habría mostrado mucho más predispuesta, pero no podía pasar por alto que Fabio seguía tomando una fuerte medicación y, pese a sus intentos de disimularlo, en más de una ocasión sentía molestias en el brazo y en las costillas.

Me era difícil no acabar cediendo ante sus cada vez menos sutiles insinuaciones, porque lo deseaba y me costaba dormir sola sintiéndome excitada y sabiendo que en un dormitorio cercano estaba él. Más de una noche tuve la tentación de masturbarme y sofocar de ese modo, aunque fuera de manera superficial, mi estado; pero cuando posaba la mano sobre mi pecho y comenzaba, me detenía, pues no me parecía apropiado; quizá la causa era la vergüenza por si él se daba cuenta. En cualquier caso, soporté unas cuantas noches sola en la cama, hasta que llegó una en la que, incapaz de conciliar el sueño, acabé levantándome para acomodarme en el salón, con una manta y la televisión de fondo, dispuesta a pasar el rato hasta que me venciera el sueño.

Podría haber elegido un libro de la variada biblioteca que había en la casa, en cambio opté por no pensar. Dejar que la caja tonta hiciera su trabajo y mi cabeza no se molestara en formar ningún pensamiento. Un buen plan, desde luego. Llevaba una media hora, cuando oí unos pasos acercándose. El volumen de la tele estaba al mínimo así que dudaba que lo hubiese despertado. No sé por qué, pero me puse nerviosa.

—¿Problemas de insomnio? —preguntó Fabio en voz baja, deteniéndose frente a mí.

Nada más verlo me tragué un gemido. Llevaba sólo el pantalón del pijama y tenía el pelo ligeramente revuelto.

—No —mentí, cubriéndome con la manta pese a que no hacía frío, ya que la casa siempre se mantenía bien caldeada.

Fabio cruzó los brazos y sonrió de medio lado sin dejar de mirarme. Saltaba

a la vista que a él también le costaba conciliar el sueño. Bien, podíamos acomodarnos en el sofá y charlar un rato, como en noches anteriores. Nuestros temas de conversación habían evitado los problemas, no porque nos molestara hablar de ello, sino más bien porque de momento preferíamos dejar a un lado los quebraderos de cabeza y disfrutar de la tranquilidad que aquel entorno nos ofrecía. Sin embargo, en esa ocasión intuía que si él se sentaba a mi lado, nuestra charla no versaría sobre temas inocuos.

Con un movimiento que no supe prever, Fabio agarró un extremo de la manta con la que me cubría y tiró de ella para dejarme en cierto modo desprotegida. Luego se me echó encima y me inmovilizó.

—Veamos qué puedo hacer para que duermas bien —comentó con cierta ironía, mientras se acomodaba a horcajadas sobre mí, imposibilitándome cualquier intento de liberarme.

—Fabio, por favor —le rogué, no porque me molestara aquella demostración. El motivo era que, debido al esfuerzo, podría hacerse daño.

—Esta noche no vas a rechazarme —afirmó, inclinándose y apretando con más fuerza mis muñecas—. Toda una jodida semana me has tenido a dos velas, pero eso se ha acabado.

—No puedes... —gemí.

—Cada día, cada momento viéndote pasar por delante de mis narices. Apenas me has dejado tocarte...

No podía discutirlo. Por supuesto que lo había evitado.

En esa ocasión lo vi venir y aun así no me aparté cuando me besó. Sin soltarme las muñecas, apoyó su peso sobre mí. Separé los labios para darle la bienvenida y ya no reprimí el gemido que se me escapó al sentirlo tan cerca.

Emitió una especie de gruñido al unir sus labios con los míos y, pese a ello, no aflojó el agarre, más bien todo lo contrario. Yo, pese a no haberlo dicho en voz alta, me sentía igual que él.

Fabio se acomodó mejor y agradecí que disminuyera la presión sobre mis muñecas hasta dejármelas libres y lo abracé. No paró de besarme y de intentar meter la mano por debajo de mi camiseta. Me moví ansiosa por sentirlo y, aunque me bombardeaban mil y un pensamientos en contra de proseguir, los mandé todos a paseo cuando me pellizcó un pezón.

—Lo sabía... —murmuró, al observar mi reacción.

—¿Qué esperabas?

—Con lo fría que te has mostrado estos días...

No quise responder con palabras, por tanto, fui directa y lo abracé para besarlo de nuevo. Pasé por alto su actitud arrogante, porque esa especie de chulería dominante me puso a mil.

—Créeme, fingía —me defendí, cuando me dio un leve respiro entre beso y beso.

—Pues se acabó fingir... —gruñó, subiéndome la camiseta hasta arrugármela en las axilas, dejando así mis pechos bajo su escrutinio.

Gemí, exponiéndome más incluso al contener el aliento a la espera de que su boca hiciera mucho más que tentarme. Esbozó una sonrisa un tanto extraña y no bajó la vista ni un solo momento; la mantuvo fija en mis ojos. Con ese gesto me excitó como no recordaba que me hubiese excitado antes, pero no podía aliviar mi estado con simples gestos, así que me las apañé para quitarme, con verdaderos esfuerzos, la camiseta. Él me lo permitió, por supuesto, apartándose lo imprescindible. Me encantó sentirme observada, pese a que no me encontrase en una posición insinuante ni con las prendas adecuadas, aunque por la erección evidente bajo sus pantalones de pijama, me dio la impresión de que no eran necesarias ni una boa de plumas ni música sugerente.

Entonces recordé una melodía... Una de esas que todo el mundo conoce, que se han oído cientos de veces y que por ello se les resta valor. Yo misma podía incluirme en esa categoría, pero cuando la oí en el trayecto hasta la casa, mientras Fabio conducía, las notas del *Concierto de Aranjuez* no me sonaron como siempre, y desde ese instante no habían dejado de reproducirse en mi cabeza y, por raro que pareciera, con connotaciones sexuales, algo inexplicable, pues hasta la fecha nunca había asociado la música de ese estilo con nada parecido al sexo. Pero allí estaba, desnudándome para Fabio y oyendo en mi cabeza aquella melodía. La de posibilidades que entrañaba.

Él volvió a mostrarse agresivo, voraz, aplastándome contra el sofá; yo jadeaba e intentaba tocarlo como podía, ya que no disponía de mucha capacidad de maniobra. Noté incluso su rabia por ir tan acelerado, pero no podía frenarlo ni tampoco quería hacerlo, pues mi estado se asemejaba al suyo.

Contorsionándome y con cuidado de no apoyarme en su brazo malo, logré deshacerme de los pantalones. Arqueó una ceja al comprobar que no llevaba

bragas y no perdió el tiempo en hacer ningún comentario. Él también tenía que desnudarse, aunque lo tuvo más fácil, pues sólo se bajó el pijama por debajo del trasero.

Me hubiera gustado tocarlo, masturbarlo y hasta jugar con su polla, todo con tal de disfrutar un poco más; no obstante, me di cuenta de la imposibilidad de hacerlo, pues Fabio se inclinó de nuevo y, recolocando su posición, apenas me tanteó antes de penetrarme.

Grité y eché los brazos hacia atrás para así elevar la pelvis y sentirlo aún más adentro. Él se retiró para volver a embestir con igual ímpetu o más si cabía.

—El sofá nunca ha sido, ni será, el lugar más cómodo para follar —dijo, entre empujón y empujón, de forma entrecortada—. Pero no iba a dejarte escapar.

—Ya lo veo —musité con los ojos entrecerrados, porque me esforzaba por mantenerlos abiertos; la expresión de absoluta concentración de Fabio me resultaba un poderoso estimulante, por no mencionar su apariencia desaliñada, tan diferente a la que acostumbraba a tener. Supongo que estaba viendo su lado más malote.

Ojalá sacara ese lado más a menudo, pensé, arqueando la pelvis y saliendo al encuentro de cada uno de sus envites, sin dejar de jadear, porque, a pesar de que ésa nunca había sido mi postura favorita, con Fabio encima podía empezar a reconsiderar la cuestión; o puede que ya estuviera tan ciega respecto a él, que pasaba por alto lo que en el pasado consideraba imprescindible para disfrutar con un hombre. Daba igual, lo importante era sentirlo allí, sobre mí, tan sudorosa y jadeante como él. Sin otro sonido que nuestras respiraciones y en un entorno idílico, porque lo de un fuego encendido funcionaba, vaya que sí.

—Berenguela... —gruñó, alzándose sobre los brazos, lo que derivó en un gesto de dolor, y me alarmé.

Pero antes de que yo pudiera protestar y regañarlo, atacó mi boca, silenciándome con uno de esos besos que te noquean hasta hacerte olvidar incluso cómo te llamas. Fabio sabía muy bien cuándo utilizar ese recurso para salirse con la suya. El caso es que no lo detuve, más bien todo lo contrario, pues respondí a su beso con más ansia todavía.

Aquello empezó a descontrolarse... Seguimos como podíamos, pues el sofá, pese a tener apariencia de cómodo, no lo era y se movía debido a la fuerza con la

que Fabio embestía. Yo sentía la espalda pegada a la tapicería y mi cuello había adoptado una posición difícil de describir; lo más probable era que al día siguiente me doliera toda la espalda, pero bajo ningún concepto iba a decirle que parase.

—Sigue... —musité, acariciándole la mejilla y apartándole el pelo de la frente para poder mirarlo a los ojos.

—Joder... Todos estos días han sido una tortura —señaló, apretando los dientes e imponiendo un ritmo muy difícil de resistir.

Yo ya no podía más, todo lo que me rodeaba, el calor que emanaba de su cuerpo, la tensión insoportable del mío hizo que las cosas se precipitaran. Sólo había un camino.

—Fabio... —suspiré al correrme, apretando cada músculo como si de ese modo pudiera exprimirlo.

—Así. Eso es... —dijo—. Fuerte, apriétame fuerte.

Gruñó y se estremeció para luego caer sobre mí y quedarse así, quieto, y respirando junto a mi oreja, mientras pronunciaba frases de lo más vulgares y elocuentes.

Sonreí, porque a alguien como él no le pegaba nada hablar así. Quizá por eso me hizo sonreír, pues en determinados momentos todos parecen cortados por idéntico patrón, aunque, desde luego, en boca de cualquier otro esas frases no hubieran sonado de la misma forma; un síntoma más de que aquello era diferente.

Con nuestras respiraciones normalizadas, Fabio se apartó y, al ver su cara, se me borró la sonrisa y cualquier rastro de euforia sexual, pues saltaba a la vista que había forzado la postura.

—¿Estás bien?

—Perfectamente —respondió mintiendo con descaró, pues apretó los dientes.

Se levantó y se subió el pantalón del pijama. Evitaba mirarme y yo bien sabía el motivo. Estaba enfadada no sólo con él, sino también conmigo misma por haber sucumbido. Me puse la ropa y fui a la cocina en busca de algún analgésico. Cuando regresé al salón lo encontré con los ojos cerrados y sujetándose el brazo dolorido.

—Toma esto —ordené, y él me miró de reojo, como hacen los niños que

acaban de hacer una travesura y saben que los han pillado.

—No te pongas en plan regañona, joder, que sé lo que hago —murmuró, aceptando la pastilla y el vaso de agua.

Inspiré hondo, pero no me sirvió de nada. La mala leche hizo acto de presencia.

—Vete a la mierda —estallé, y me largué a la otra habitación.

Capítulo 46

Fabio

—¡Joder! —exclamé, tardando más de la cuenta en reaccionar, y es que de todos los escenarios posibles, aquél debía de ser el único que no había contemplado.

Me puse en pie con mala cara, pues era cierto, el esfuerzo me iba a pasar factura, pero ¿quién era el gilipollas que no se arriesgaría? Aunque por lo visto Berenguela no opinaba lo mismo que yo y se había escondido otra vez en la maldita habitación de invitados. No compartir cama con ella me traía por el camino de la amargura. Uno de los objetivos al refugiarnos en la casa de la sierra era descansar, por supuesto, pero también lo era estar juntos y revueltos. Fui a buscarla y entré en el cuarto sin llamar a la puerta. La encontré acostada, con un libro en las manos y cara de malas pulgas.

No me sorprendió. Ni siquiera se dignó mirarme.

Podía dar media vuelta y volver al dormitorio principal para pasar otra noche solo y enfadado; ni hablar. Caminé decidido hasta la cama y tiré de la manta.

—¡Vamos!

Ella, con una parsimonia desesperante, colocó el marcapáginas, dejó el libro sobre la mesilla y negó con la cabeza. No me quedó más remedio, así que la agarré de la mano y la obligué a incorporarse. Berenguela se resistió un poco, pero supuse que el miedo a que yo me hiciera daño jugó a mi favor y la pude sacar de la habitación.

—¿Qué te propones?

La metí a empujones en mi dormitorio y cerré la puerta antes de responder.

—Vas a dormir aquí conmigo. Se acabó la tontería.

Ella arqueó una ceja y cruzó los brazos. De acuerdo, esperaba cierta hostilidad por su parte, sin embargo, mi decisión era firme y no iba a permitir ningún conato de rebeldía.

—Llevamos aquí una semana —comencé tenso—. Te has ocupado de todo. Has cocinado, limpiado, organizado la casa...

—¿He hecho algo mal? —inquirió, y noté cierta ironía.

—Sí, joder. Yo no quiero una criada. Hubiera preferido encontrarme los platos sucios en el fregadero, pero a ti en mi cama —respondí, y me di cuenta de que hasta no hacía mucho la idea de irme a dormir sin recoger la cocina me horrorizaba.

—¿Te molesta que tenga la casa ordenada?

—No, maldita sea, no es eso...

Me pasé una mano por el pelo despeinado, porque la situación tenía bemoles: acabar discutiendo por ser competente en las tareas domésticas.

—¿Entonces...? —En su tono iba implícito un desafío.

Oculté una sonrisa. Berenguela estaba ante mí con toda la artillería.

—No me has dejado ni mover un plato —le recriminé, porque, mira por dónde, a lo mejor podía darle la vuelta a la tortilla—. Has revoloteado a mi alrededor, tratándome como si fuera un inválido, cuando resulta que podía hacer mucho más que vegetar en el sofá.

—No lo dices en serio... —murmuró confusa.

Perfecto.

—¿Crees que ha sido fácil verte, sentirte, olerte y no poder ni rozarte, porque te apartabas de mí como si tuviera la peste?

—¿Me tomas el pelo? —preguntó parpadeando.

Joder, qué bien me lo estaba pasando.

—Y eso no es todo... —Acuné su rostro y la miré fijamente a los ojos—... Berenguela... maldita sea, no puedes evitarme.

Cerró los ojos un segundo antes de hablar.

—¿Crees que ha sido fácil para mí? ¿Crees que te he evitado sin más?

Se apartó y se acercó a la ventana. No me hacía ni puta gracia que intentara mantener una distancia física, pero bueno, al menos había logrado reconducir la

situación.

—Escucha, me has cuidado, lo sé, pero eso no es lo que esperaba de ti —dije en voz baja.

—¿Y qué pretendes con este numerito?

—Que te desnudes y te metas en la cama conmigo.

Se dio la vuelta y me miró como si le hubiera soltado una monstruosidad, pero lejos de responder con alguna impertinencia, comenzó a desnudarse de forma nada sugerente y, tras quedarse desnuda delante de mis narices, caminó hasta la cama, se metió dentro y se acomodó. Sonreí de medio lado ante su actitud, mitad obediencia, mitad altanería, y, para no demorar más aquello, me uní a ella.

—No —murmuró, cuando me acerqué para abrazarla.

—¿Perdón?

—Compartiremos cama, de acuerdo, pero nada más.

Resoplé. Joder, tendría que haberlo previsto.

Resignado, porque no me quedaba otra, apagué la luz y decidí que no podía forzar la máquina. De momento ya la tenía junto a mí, un paso importante. Al día siguiente acercaría un poco más nuestras posiciones. Con esa idea en la cabeza, conseguí conciliar el sueño. Puede que también influyera el hecho de tenerla cerca o quizá la pastilla, que me había logrado calmar los dolores del brazo. En cualquier caso, el sueño no me fue esquivo.

* * *

Al despertarme sentí unas pequeñas molestias, nada que no pudiera soportar. Estaba amaneciendo y busqué a Berenguela a ciegas. Mi mano rozó un suave muslo y no perdí el tiempo. Ella no me apartó, lo que significaba que seguía dormida, o que quizá mis caricias eran bien recibidas.

Daba igual el motivo.

Me acerqué más, pegándome a su espalda. Un gustazo, pensé, acariciándole una pierna despacio. Berenguela murmuró algo que no entendí bien. Ya lo averiguaría en otro momento. Gimió muy bajito, otra buena señal, y desplacé la mano hasta su estómago. Ese punto resultaba idóneo para continuar sensibilizándola. ¿Hacia arriba o hacia abajo? Dudé en silencio, describiendo

círculos alrededor de su ombligo. No me decidía, así que me mantuve en ese punto. Parecía extraño, con todos los problemas que habíamos dejado aparcados, que ambos hubiéramos conseguido establecer una rutina. Tarde o temprano yo volvería a mi puesto y esperaba que Berenguela le diera una patada en el culo a su abogado e hiciera las cosas bien, porque no iba a poder salir indemne de todo.

La obligada baja por mi accidente nos había dado el tiempo necesario para que todo se reorganizase, pero muy a mi pesar temía que aquel imbécil de Palazón hiciese lo contrario de lo que ella le había indicado. Al menos Berenguela no lo había informado sobre dónde estábamos, hecho que consideré una especie de seguro de vida. También le había pedido que no le dijera nada a su socia y, por supuesto, a su más reciente amiguita, Mónica, pues, de todas las personas cercanas a Berenguela, era sin duda la menos de fiar.

Continué disfrutando de la suavidad de la piel femenina, sin más pretensiones. Podía acelerar las cosas y excitarla, sin embargo, no lo creí prioritario. Y ése era otro factor a tener en cuenta, ya que yo rara vez desaprovechaba la oportunidad de echar un polvo. Y eso que tras la convivencia con Estela había aprendido a tener cierto grado de paciencia ante los vaivenes emocionales femeninos, pero no mucha, la verdad, pues en cuanto volví a vivir solo, recuperé mis hábitos y olvidé los adquiridos por obligación. De ahí que me sorprendiera tanto sentir a Berenguela pegada a mí y no desear follar sin más. Bueno, en ese aspecto no descartaba la idea por completo, sólo la aplazaba, ya que había ansiado durante muchos días aquel tipo de contacto, sencillo y a la vez intenso. Me había empalmado y, claro, modifiqué la postura para dejar que mi erección se acomodara entre sus nalgas, un camino que por cierto tenía pendiente. No me olvidaba del detalle de la mantequilla.

—¿Qué haces? —inquirió, sacándome de mis fantasías a medio plazo.

—Tocarte —musité con un tono de lo más zalamero, acercando los labios a su cuello para besarla.

—Ni se te ocurra —dijo, apartándose.

—¿Qué pasa ahora? —pregunté, intentando recuperar la postura.

—Ya te lo advertí anoche —me recordó, y terminé gruñendo.

—Joder...

—Voy a preparar el desayuno.

—¡No quiero desayunar, maldita sea! Quiero poder abrazarte sin que te

enfades, sin tener que acercarme a traición. ¿Tan difícil es de entender?

—¿Y tan difícil es de entender que estás convaleciente? ¿Que si surge algún contratiempo no tenemos ningún hospital a cincuenta kilómetros a la redonda?

Berenguela se sentó en la cama, dejando caer la sábana y enseñándome su delantera, aunque estaba tan cabreada que cualquiera hacía algún comentario.

—Te agradezco la preocupación, sin embargo, ya te he dicho que...

—¿Quieres el desayuno o no? —me interrumpió, fulminándome con la mirada.

Me hubiera gustado echarme a reír a carcajada limpia, pues la situación no era para menos. Mira que había oído mil y una excusas en boca de las mujeres para no follar, pero Berenguela, con su preocupación por mí, se llevaba la palma.

—No, no quiero el jodido desayuno —mascullé.

—Muy bien.

Y ella, en vez de levantarse, se volvió a acostar, se cubrió con las mantas y se acomodó para dormirse otra vez, como si la discusión no hubiera tenido lugar.

Desde luego, vaya forma de empezar el día...

Puede que fuera a meter de nuevo la pata, pero no pude quedarme callado e impasible ante su actitud. Tampoco alzar la voz era la solución, así que aposté de nuevo por el diálogo, confiando en que, entre arrumacos y palabras suaves, pudiéramos llegar a una especie de pacto.

—Berenguela...

—¿Sí?

Me sorprendió que respondiera y que lo hiciera con un aire sereno, nada impertinente.

—¿No estás enfadada?

—No —contestó, y yo me sentí perdido, pues esperaba un poco más de hostilidad por su parte, teniendo en cuenta la discusión previa.

—¿Estás segura? —insistí, y la oí suspirar o algo parecido—. Te lo pregunto porque no me cuadra que te muestres tan serena.

—¿Esperabas acaso que te montara un pollo a primera hora de la mañana? —sugirió sarcástica.

Yo desconfiaba, naturalmente.

—Lo más normal es que, o bien no me respondas, o como mucho te limites a pronunciar monosílabos. —Me acerqué a ella y, a pesar de que podía enfadarla,

la abracé.

Estaba empezando a parecer un perro faldero que hace cualquier cosa; no obstante, la deseaba de tal manera que buscaba cualquier resquicio para sentirla piel con piel.

—Ya que hoy no quieres desayunar, puedo permitirme el lujo de quedarme en la cama hasta más tarde. ¿Por qué iba a enfadarme?

—Berenguela..., no hace falta que me cuides hasta ese extremo. Aunque reconozco que me encanta cómo me mimas, y no protestes, ahora es mi turno de cuidarte.

Ella se dio la vuelta para quedar frente a frente. No sonreía y tampoco fruncía el cejo. Movi6 una mano y me acarici6 la mejilla. Un gesto tierno que me encant6. Acto seguido, esboz6 una sonrisa que interpret6 como peligrosa.

—Me parece muy bien.

—¿Qué puedo hacer por ti? —pregunt6 provocador, acercándose a ella para poder besarla y de paso echar aquel polvo mañanero que tanto trabajo me estaba costando.

—Traerme el desayuno a la cama —dijo, y eso fue como un jarro de agua helada para mi erección, mi autoestima y mis deseos más inmediatos.

La muy bruja se ech6 a reír a carcajadas y yo, consciente de que me había vuelto a ganar la partida, retiré las sábanas de malos modos y me puse en pie. Le mostré mi polla a ver si cambiaba de opinión, pero aparte de relamerse, no hizo amago de tocarme, así que busqué los pantalones del pijama y me fui echando pestes hacia la cocina.

Capítulo 47

Berenguela

Lo vi salir del dormitorio refunfuñando como una vieja. Él solito se lo había buscado. Cuánta insistencia, por favor. Fabio estaba siendo un inconsciente y alguien, en ese caso yo, debía hacérselo notar.

De acuerdo, aquel retiro nos permitía pasar juntos más tiempo y conocernos mejor; de hecho, durante todos los días pasados habíamos hablado durante horas de asuntos en apariencia irrelevantes, que dejaban entrever la personalidad de cada uno. No sé cómo, habíamos logrado evitar el tema que por desgracia seguía candente y que, por paradojas del destino, nos había juntado.

Me acosté en la cama, primero boca arriba y después boca abajo, reflexionando sobre la actitud de Fabio. Podía llegar a comprenderlo, pero..., maldita fuera, me sentía culpable, porque, a fin de cuentas, su estado era consecuencia directa de haber estado conmigo. ¿Cómo si no explicar el «accidente»?

La noche anterior habíamos discutido como nunca pensé que sucedería, ya que hasta ese instante teníamos una convivencia apacible. No me era ajeno el hecho de que Fabio intentara acercarse a mí, pero al ver mi actitud distante creía que desistiría; por eso, cuando apareció en el sofá, dispuesto a salirse con la suya, no pensé que al final yo claudicaría. Dormir juntos sabiendo que debía contenerme era el motivo por el que prefería dormir sola.

Oí sus pasos y suspiré una vez más al verlo entrar con la bandeja del desayuno. Me miró, no dijo nada y la depositó en la mesilla. Se quedó allí de pie,

esperando a que yo hiciese algo o dijera cualquier cosa.

Me acerqué a él, pero no con la intención de desayunar...

Sin pensarlo dos veces, me apoyé sobre un brazo y me elevé lo justo para que mi boca quedara a la altura del elástico de sus pantalones del pijama. Fabio permaneció inmóvil y yo aproveché para bajarle el pantalón. Ni rastro de excitación, lo que no se tradujo en desánimo por mi parte, pues no esperaba otra cosa después de haber discutido.

Lo besé justo por debajo de su ombligo y empecé a descender sin apartar los labios. Lo oí inspirar hondo y creí que hundiría las manos en mi pelo, pero no lo hizo. Siguió quieto, con los brazos colgando a los lados.

Fui testigo de primera fila de cómo se iba empalmando y yo sabía que aquello sólo era el inicio, así que lo besé más abajo. Continué con la boca pegada a su cuerpo, más en concreto a sus testículos, que rocé con la punta de la lengua.

—Joder... —siseó.

Estuve a punto de sonreír ante ese comentario, pero no, continué recorriendo toda su entrepierna con los labios, dejando la parte más sobresaliente para el final. Quería ser mala y lo fui a conciencia, disfrutando no sólo del acto en sí, sino también de la sensación de tenerlo a mi merced, de disponer de todo el poder de decisión y, además, por sus gemidos supuse que me lo entregaba sin condiciones.

—Mmm —musité, para darle mayor atractivo, y oculté una sonrisa cuando noté la tensión que él controlaba a duras penas, pues continuaba de pie, con las rodillas pegadas al borde del colchón y los puños apretados.

—Berenguela...

—¿No quieres tocarme? —lo provoqué, alzando un instante la vista sin dejar de acariciarlo.

—Mejor no preguntes qué quiero hacerte —respondió de forma entrecortada.

Yo deseaba que hiciera lo que quisiera, lo que se le pasara por la cabeza, y no dudé en, primero, apartar la sábana que me cubría y, segundo, subir una mano y arañarle el estómago. Si con esos dos estímulos continuaba conteniéndose, tendría que ser aún más agresiva.

Fabio reaccionó arrodillándose en la cama, de ese modo yo continuaría chupándosela y él dispondría de libre acceso a mi cuerpo. Debería haberlo

imaginado, pero me sorprendió cuando, en vez de tocarme, me azotó con verdadera saña. Gemí sin soltarle la polla y eso me valió otro buen azote.

Me gustó, mucho, y él se percató de ello, porque después me acarició la zona, lo más probable enrojecida, con cierto cuidado, aunque tan sólo para calmarla lo justo antes de repetir.

Eso hizo que chupara con más fuerza y Fabio lo agradeció gimiendo descontrolado, mientras farfullaba términos de lo más explícitos. No sé si para animarme, sonrojarme o porque era incapaz de soportar mis habilidades orales. Yo me retorcí, porque me ardía el trasero y además sentía mi sexo empapado y notaba cierto alivio al rozarme con la sábana. Le clavé las uñas en el muslo y eso fue definitivo. Fabio se corrió en mi boca, jadeando y dándome un último azote.

—Se te ha enfriado el café —dijo, inclinándose para darme dos sonoros besos en las nalgas.

—¿Crees que me importa?

Lo miré por encima del hombro. Sonreía mientras me pasaba la mano por el culo, deteniéndose justo en la separación. Arqueé una ceja ante lo que interpreté como una petición silenciosa.

Sobre la mesilla aún estaba la bandeja con el desayuno y él, atento, no había olvidado la mantequilla para las tostadas. No sabía a ciencia cierta si había llegado el momento idóneo de dar ese paso. Lo más probable era que no, pues continuaba sintiéndome insegura al respecto. Sin embargo, caí en la cuenta de que cuanto más reflexionara sobre ello, más me costaría decidirme, pues las razones para oponerme derivaban de mis prejuicios.

Miré la bandeja del desayuno y después a él, que se dio cuenta. Fabio me sonrió de medio lado.

—Tengo algo mucho mejor... —susurró incorporándose y, tras abandonar la habitación, entró en el aseo.

Respiré nerviosa, muy nerviosa, aunque permanecí acostada boca abajo. No me cubrí, no probé el desayuno. Me quedé allí expectante.

Fabio reapareció unos minutos más tarde. Se había desnudado por completo y llevaba en la mano un envase. Reconocí en el acto qué era. No quise preguntarle por qué guardaba un frasco de lubricante en una casa que sólo visitaba en vacaciones o fines de semana. Tampoco iba a ponerme celosa al pensar en antiguas compañeras de cama. No era tan infantil como para eso.

Simplemente, me llamó la atención y perdí medio segundo pensándolo.

—Quédate así —dijo con voz suave, mientras destapaba el envase.

Se acomodó detrás de mí y cogió una generosa cantidad. Calentó el lubricante entre las manos y después empezó a masajearme la parte baja de la espalda. Percibí un aroma a vainilla y cerré los ojos, igual que si estuviera en un salón de masajes.

Mis glúteos fueron la siguiente parada en su recorrido. Calmó en cierto modo la zona enrojecida por sus azotes con suaves pasadas de la mano y yo empecé a ronronear.

—Ni se te ocurra dormirte —me advirtió con un deje guasón.

—No te prometo nada —murmuré, con la voz amortiguada por la almohada.

Lo cierto era que no creo que nadie lograra dormirse en aquella situación y menos yo, pues me sentía tan inquieta como excitada.

Sus manos me separaron los muslos y de esa forma fue acercándose a mi sexo desde atrás. Me arqueé para que pudiera meter la mano y alcanzó el clítoris, que rozó con la yema del dedo. Mi reacción no se hizo esperar y arrugué las sábanas con los puños.

—No sabía que chupármela te pusiera tan cachonda... —susurró, jugando con el dedo.

—¿Qué esperabas? —contesté gimiendo.

Lo oí reírse entre dientes antes de inclinarse para decirme al oído:

—Ha sido la mejor mamada de mi vida...

No pude responder, pues antes de que alcanzase a hacerlo, me penetró con dos dedos haciéndome gritar.

Fabio se aseguró que sólo me excitara y no me corriera, pues se limitó a estimularme despacio. Permaneció así unos minutos, en los que mis gemidos fueron lo único que se oía en la habitación.

Cuando pensaba que seguiríamos con el método tradicional, Fabio aplicó una generosa cantidad de lubricante entre mis nalgas y añadió un tercer dedo, en esta ocasión no para dilatar mi sexo. Continuó masturbándome y al mismo tiempo presionando sobre mi ano de tal modo que el gel fuera abriendo camino. Me mordí el labio y me retorcí al sentir el contacto.

No me resultó agradable, quizá por la falta de costumbre o porque no estaba preparada para ello; el caso es que estuve a punto de pedirle que lo dejara, pero

él, previendo mi reacción, presionó sobre mi clítoris y de ese modo pudo penetrarme por atrás sin que yo me opusiera.

—Ni te imaginas las ganas que tengo de follar tu trasero —murmuró, concentrado en la tarea de prepararme.

—Fabio... —suspiré un poco asustada.

—Te va a encantar... Y a mí ni te cuento.

Eché más lubricante y noté la humedad de las sábanas, así como el olor del producto. Lo más probable era que cada vez que oliera vainilla, acabara excitándome al asociar de manera permanente ese aroma a lo que estábamos haciendo.

—No sé yo... —acerté a decir sin mucha convicción.

Me cambió de postura, elevándome el trasero y haciendo que apoyara la mejilla sobre la almohada. Iba a ocurrir. Vi de reojo cómo se embadurnaba la polla y se masturbaba hasta empalmarse por completo, y después me introdujo de nuevo dos dedos por delante al tiempo que acercaba su erección a mi trasero. Se quedó ahí, a las puertas, y todo sin dejar de masturbarme. Cerré los ojos, gemí al notar presión; no dolía, de momento, pues sus dedos continuaban distrayéndome. Empujó un poco más, inspiré hondo. Fabio gimió, sin duda encantado, ya que prosiguió su avance. Me tensé, aunque no lo rechacé. Me frotó el clítoris con más fuerza, hasta que por fin me la metió hasta el fondo.

Grité sorprendida por el dolor físico que sentí.

Un dolor que, lejos de provocarme rechazo, deseé que se repitiera.

—No puedes imaginar lo increíble que es... —dijo, mientras empezaba a moverse despacio.

—Fabio... —Susurré su nombre, pues no encontré palabras con las que describir las sensaciones que experimentaba.

Mi cuerpo, quizá más sabio que yo, fue aceptándolo. No hacía falta buscar razones ni analizar, sólo sentir, y me rendí a la evidencia. Sin abrir los ojos y dejando que todo fluyera, me limité a concentrarme en sentir, en disfrutar de cada roce, de cada nueva sensación, hasta que la combinación de sexo anal y masturbación hizo que alcanzara un ruidoso orgasmo. Ruidoso y egoísta, pues no me preocupé de él. Sus embestidas continuaron unos instantes más, pero yo ya no presté atención. Dejé que hiciera conmigo lo que le viniera en gana, era una muñeca de trapo sin voluntad, maleable pero muy satisfecha.

Fabio gimió fuerte y me clavó las uñas en las caderas. Un dolor que fue bienvenido.

—Ven aquí —dijo, saliendo de mí.

Negué con la cabeza, pues no quería mover ni un músculo.

—Déjame —farfullé cuando él, obviando mis palabras, me dio la vuelta hasta hacerme quedar cara a cara. Me apartó el pelo enmarañado de la frente y me besó como si llevara una eternidad sin hacerlo.

Fabio se echó encima de mí, aprisionándome con su cuerpo, mientras me sujetaba la cara sin dejar de besarme. Gimió junto a mi boca y yo hice lo mismo, pues aquello significaba mucho más que un alucinante encuentro sexual. Aunque ninguno de los dos fue tan valiente como para expresarlo con palabras.

Cuando me soltó, me di la vuelta hasta poder alcanzar el desayuno y, sonriendo, cogí una tostada y le di un buen mordisco a palo seco.

—Vaya apetito... —comentó divertido, y le acerqué la rebanada para que también le diera un bocado.

Lo de comer en la cama nunca me había gustado, pues se ponía todo perdido; sin embargo, ambos terminamos compartiendo un café frío, unas tostadas secas y muchas risas, porque nos sentíamos tan relajados y saciados que nos daba igual una cosa que otra.

Al final de ese extraño desayuno, nos encaminamos al cuarto de baño, donde fue el momento de los mimos y los arrumacos. Las caricias en apariencia inocentes nos excitaron de nuevo de tal forma que optamos por salir de paseo hasta la taberna del pueblo para picar algo, pues ninguno de los dos teníamos ganas de cocinar.

Me mantuvo todo el tiempo a su lado, cogida de la mano, rodeándome la cintura con el brazo o cualquier otro gesto que diera a entender que estábamos juntos. Muchos de los lugareños ya me conocían, pero no me habían visto con él. Pude sentir el cariño que nos transmitían y cómo a Fabio lo consideraban una personalidad. Él bromeaba sobre ello y me los presentó a todos, y me contaron anécdotas sobre la familia Castell.

Si bien al principio me parecía extraño e inverosímil adaptarme a la vida rural, me di cuenta de que por primera vez en mucho tiempo era capaz de olvidar las preocupaciones y de disfrutar de las cosas más sencillas, como tomarme un café en una tasca de pueblo en donde las sillas tenían más años que la orilla del

río, donde los conceptos arquitectónicos brillaban por su ausencia y donde gente de todas las edades compartía espacio. Y donde la ley antitabaco se vulneraba, pero a nadie parecía importarle.

* * *

Ése fue el primer día de muchos en los que, tras dar un largo paseo por los alrededores del pueblo si el tiempo nos lo permitía, acabábamos en la taberna disfrutando de la compañía de la gente y de los chascarrillos. También se hablaba de la actualidad y los más viejos del lugar eran sin duda los más divertidos a la hora de exponer su opinión. Daba gusto ver cómo me hacían sentir, pese a ser una recién llegada, como una más de ellos. Y Fabio en todo momento me tocaba o, si no podía, me miraba con una sonrisa en los labios, una sonrisa que después acompañaba con sus manos sobre mi cuerpo de manera muy creativa en cuanto nos encontrábamos a solas, parapetados en la casa o bien en lugares apartados durante nuestras caminatas.

Fabio continuaba tomando la medicación, y la mejoría era evidente. Cierto que sentía leves molestias, que, como a cualquiera, le agriaban el humor. Habíamos aprendido a convivir y a darnos espacio. No me importaba dejarlo solo durante toda la tarde escuchando música, mientras yo leía tranquilamente en la habitación de invitados.

En más de una ocasión me sorprendían sus gustos musicales, contradictorios en apariencia. Se decantaba la mayor parte de las veces por la música clásica, piezas que yo recordaba haber oído en algún momento y que nunca significaron nada especial para mí. Pero cuando me dejaba alucinada era cuando escuchaba grupos de los que yo no había oído hablar en mi vida.

Tenía su gracia y se lo comenté justo cuando sonaba una canción de Rammstein. Subí el volumen, se acercó a mí y me tarareó la letra de *Sonne* y, lo que empezó siendo una especie de karaoke, acabó siendo un polvo a lo bruto en el salón, a medio desvestir. Creo que, de haberse encontrado en plena forma, Fabio me hubiera empotrado contra la pared; no obstante, optamos por que yo lo cabalgara.

En otra ocasión fueron los conciertos para violín de Bach los que nos sirvieron de banda sonora mientras follábamos en la bañera.

Pero no siempre acabábamos desnudos y sudorosos al escuchar piezas clásicas.

Me resultó muy sencillo contarle el «melodrama familiar», como yo lo había etiquetado a falta de una definición mejor, con Schubert; creo que *Serenade* fue una especie de bálsamo para amortiguar los recuerdos dolorosos. Fabio escuchó atento, en silencio y sosteniéndome la mano mientras compartíamos un refresco (hubiéramos preferido una copa de buen vino, pero ya que no podía tomar alcohol debido a la medicación, me solidaricé con él). Le expliqué cómo había trabajado en lo que podía, al tiempo que estudiaba por las noches. Le hablé de los pisos compartidos, de la muerte de mi hermano, que todos veíamos venir, aunque nadie hizo nada por evitarla.

Sólo Natalia estaba al tanto de todos esos pormenores. Me sentí no sólo comprendida, sino también rodeada por unos brazos reconfortantes. Fabio no hizo preguntas cuando tenía al alcance de la mano la oportunidad de resolver muchas incógnitas, ya que yo me sentía dispuesta a hablar. No lo hizo y le agradecí el detalle, cumpliendo a rajatabla su palabra de no dejar que nuestros problemas interfirieran en los días de reposo.

Capítulo 48

Fabio

Ahora que por fin habíamos establecido una rutina que me satisfacía, podía relajarme por completo; en teoría.

Aquella mañana, mientras preparaba el desayuno en la cocina, sonaba de fondo una de mis arias favoritas cantada por la Callas. Joder, me había levantado hacía veinte minutos y ya deseaba volver a la cama junto a Berenguela. Sin embargo, me contuve, ya que al mirar por la ventana vi que hacía un día estupendo para dar uno de aquellos largos paseos cogidos de la mano. Me di cuenta de que esos pensamientos rozaban lo cursi y que si en otro tiempo alguien me hubiera dicho que yo acabaría expresándome de ese modo, aparte de reírme a carcajada limpia, no me lo habría creído ni por asomo.

Con la bandeja del desayuno preparada, regresé al dormitorio, donde Berenguela me aguardaba sentada en la cama, cubierta con la sábana. No entendí el motivo de ese repentino ataque de pudor, así que cuando me senté a su lado, le hice un gesto y ella la dejó caer, mostrándome sus tetas mientras saboreaba su taza de café. Después, tras nuestra ducha diaria compartida, nos pusimos ropa cómoda para salir de paseo. A nuestro paso saludábamos a quienes nos encontrábamos o nos deteníamos a hablar con ellos sobre asuntos sin importancia. Era todo un lujo no tener que mirar el reloj ni preocuparnos por si llegábamos tarde. Nuestro horario era de lo más flexible, algo extraño en mí, tan amante de la organización, y también lo era en ella, según me comentó.

Durante esas horas en las que no hacíamos otra cosa que estar juntos,

hablábamos de nosotros, procurando dejar a un lado el tema del que a no mucho tardar nos tendríamos que ocupar. Cuando Berenguela me contó cómo se marchó de casa, me quedé sin palabras, pues nunca me hubiera esperado algo semejante. Escucharlo de su propia boca me ayudó a reafirmar mi postura. Una vez recuperado, cuando regresara a mi puesto al frente del juzgado, haría todo lo posible para liberarla de cualquier responsabilidad.

En uno de los paseos, nos encontramos con Fernando, el alcalde, y su mujer. Yo los conocía desde que éramos adolescentes y habíamos mantenido el contacto. De hecho, pese a no ser muy aficionado al mus, cuando pasaba los veranos en el pueblo aceptaba ser la pareja de Fernando, ya que, para él, jugar una partida diaria era como su religión.

—Ya tenía yo ganas de verte —me saludó, con un afectuoso abrazo—. Me han dicho que estabas escondido y no me extraña... —añadió, mirando a Berenguela, a mi lado.

—Te presento al señor alcalde —le dije con aire solemne, sólo para molestar un poco a mi amigo—, y a su mujer, Cristina.

—Encantada.

Fernando me sonrió cómplice, y tanto él como su mujer se mostraron muy amables con Berenguela. Charlaron sobre asuntos del pueblo y me gustó mucho la forma en que ella respondía; no sólo lo hacía con los cumplidos de rigor, sino también dando verdaderas muestras de cariño hacia la gente. Me quedé callado un rato y poco a poco fui perdiendo interés en la conversación, pues un pensamiento iba tomando cuerpo en mi cabeza. Una idea, una locura. Le hice una seña a Fernando para que dejásemos a las dos mujeres hablando y le susurré:

—Tienes que hacerme un favor.

—¡Lo que sea! —exclamó, sin pensárselo ni medio segundo.

Le expuse mi idea y pronto cambió su expresión. Fruncía el cejo, pues no le gustaba nada mi petición; sin embargo, insistí, porque, aparte de ser amigo desde hacía mucho tiempo, era el alcalde y, como tal, tenía ciertas prerrogativas que me venían de perlas.

—¿Estás seguro? —me preguntó serio, tan serio que parecía otro.

—Sí —respondí rotundo.

—Es que..., joder, Fabio, es del todo irregular...

—Lo sé, pero es ahora o nunca —añadí, muy seguro de mí mismo.

Miré a Berenguela, que se había percatado de nuestra conversación en voz baja, y sonreí para que no sospechara nada.

—De acuerdo —aceptó finalmente Fernando, negando con la cabeza ante lo que consideraba una descabellada idea—. Os espero dentro de treinta minutos.

Me acerqué a Berenguela e inventé un pretexto ridículo para dejarla allí y poder ir a casa. Ella me miró no muy convencida, pero al no estar solos, se tragó cualquier pregunta. Además, le di un beso bastante significativo; toda una declaración de intenciones.

Me hubiera gustado ir corriendo, pero, aparte de no estar recuperado por completo, tampoco quería alarmarla ni acabar lesionado.

Así que fui caminando hasta casa y, una vez allí, rebuscando entre sus cosas encontré lo que necesitaba. Sonreí como un niño travieso al cerrar la puerta. Estaba actuando con premeditación y alevosía, sólo me faltaba nocturnidad, aunque en unas horas...

—¿Ocurre algo? —me preguntó Berenguela, nada más regresar con ella—. Fernando dice que vayamos al ayuntamiento.

—Estos dos no son de fiar —terció Cristina con una sonrisa. Qué bien nos conocía.

—Ahora te lo explico —dije con cautela, confiando en que no acabáramos como el rosario de la aurora.

* * *

Una vez que llegamos al ayuntamiento, pasamos directamente a la sala de plenos. En la cara de Berenguela se veía a las claras su extrañeza, pero por suerte continuó en silencio. Me acerqué a mi amigo y le entregué la documentación de ambos. Fernando se lo explicó a Cristina y ella sonrió de oreja a oreja.

—Ahora vuelvo —dijo emocionada.

—¿De qué va todo esto? —inquirió Berenguela, disimulando su malestar conmigo por no tenerla informada de mis intenciones—. ¿Fabio? —insistió ante mi silencio.

Yo no podía decir nada, pues corría el riesgo de que discutiéramos, y además que se espantara. Confiaba en que Cristina fuera rápida, porque hasta Fernando podía arrepentirse.

—Tranquila, no es nada malo —intervino él, aunque sin mucha convicción y, como era de esperar, Berenguela se mostró aún más desconfiada.

—¿Qué estáis tramando? —preguntó, y contuve las ganas de sonreír.

Miré de reojo a mi amigo, estaba a punto de descubrir la faceta más intransigente de ella, pero por suerte Cristina reapareció acompañada de otra pareja.

—Fabio, cuando quieras —declaró Fernando, colocándose delante de la mesa de plenos con un libro en las manos.

Cogí de la mano a Berenguela y me situé con ella frente al alcalde.

—Estoy listo —aseguré, apretándole la mano, mientras a nuestro lado se colocaba la pareja recién llegada.

Observé cómo Berenguela tragaba saliva; había atado cabos. Podía dar media vuelta y dejarme allí plantado, pero si bien no mostró mucho entusiasmo, no se marchó.

Mi amigo se estaba saltando a la torera varios requisitos legales, todos lo sabíamos, y enseguida empezó a leer los artículos del Código Civil relativos al matrimonio. Berenguela se tensó, yo también. Supongo que por distintos motivos, no obstante, seguimos adelante. No me atreví a mirarla directamente y respiré para tranquilizarme. Fui el primero en decir «Sí, quiero». Alto y claro. Tuve que esperar un poco a que ella hiciera lo mismo. Apenas fueron unos segundos, pero tan angustiosos que se me hicieron eternos.

—Sí, quiero —dijo Berenguela, y por fin respiré, no todo lo tranquilo que hubiera deseado, ya que más tarde, en casa, me esperaba una más que probable conversación exigiéndome explicaciones por mi forma de proceder.

Fernando sonrió, también aliviado de que aquel irregular matrimonio hubiese salido adelante.

Cuando me volví para mirarla, me temí lo peor, pues Berenguela seguía con expresión seria, sin rastro de emoción.

—¿Ya puedo besarlo? —preguntó entonces toda orgullosa, haciéndonos reír a todos con esa demostración de arrogancia.

—Por supuesto —afirmó el alcalde.

No opuse resistencia y me incliné para besarla. Todavía nos quedaba firmar el acta y demás requisitos legales pero, qué narices, yo sólo quería tocarla y lo hice a conciencia. La besé como si me fuera la vida en ello, no fui ni suave ni

comedido, pese a que teníamos público. Y no la solté hasta que alguien me dio unos toques en el hombro.

—Y ahora vamos a celebrarlo —dijo Cristina, dándonos la enhorabuena más efusiva que nadie.

* * *

No sé cómo se las apañó, pero al entrar en la cantina del pueblo habían organizado una especie de fiesta. No era ni de lejos algo que yo tuviera en mente, pues mi principal idea era quedarme a solas con Berenguela, ya que debíamos hablar. Y qué carajo, ahora que era mi mujer lo primero en la lista de prioridades era disfrutar de una noche de bodas. Una ilusión, desde luego, pues habíamos compartido, sobre todo en las últimas semanas, muchas noches juntos; no obstante, me apetecía y eso que nunca pensé que daría semejante paso.

Me había casado con Berenguela llevado por un impulso, sin preguntarle nada, y ahora me encontraba en medio de lo que, a falta de un término mejor, podía denominarse nuestro banquete de bodas.

Muchos de los habitantes, como era costumbre en las pequeñas localidades, se unieron a nosotros. Recibí multitud de felicitaciones y también tuve que responder a cuestiones más o menos incómodas, empezando por nuestro atuendo. Casarse con un forro polar, un pantalón deportivo y unas botas tenía su gracia. Nada de ensayo previo, nada de elegir menú. Sin los nervios habituales y sin, por supuesto, una novia vestida de blanco, peinada y maquillada con esmero.

Nada de eso, pero me sentía eufórico y con unas ganas locas de pillar a Berenguela por banda y decirle muchas cosas, a ser posible al oído y en un ambiente más íntimo.

Intercambié varias miradas con ella, a la que tampoco dejaban de preguntarle sobre lo acontecido. La habían ido conociendo durante las últimas semanas y la trataban con la confianza y la cordialidad que sólo se da en los pueblos pequeños.

Sonreí como un tonto ante las bromas de muchos que se acercaban a darme las típicas palmaditas en la espalda y a soltarme algún que otro «consejillo» para la noche de bodas. Me hubiera gustado poder acercarme más a Berenguela, pero a ella también la monopolizaron las mujeres del pueblo y supongo que también

recibiría asesoramiento.

Se descorcharon botellas de cava, que yo no pude beber. Berenguela sí, y creo que se animó bastante. Bueno, resultaba prometedor que se entonara con el alcohol, así podría descubrir cómo se comportaba con unas copas de más. No obstante, teniendo en cuenta los antecedentes, no creo que se le fuera la mano con la bebida.

Empecé a mirar el reloj y a impacientarme a medida que pasaban las horas y la fiesta no acababa. Estaba anocheciendo y la gente seguía animada, mientras yo no veía el momento de estar solos. La situación tenía cierta guasa, ya que la cantina se encontraba a menos de cuatrocientos metros de la casa. Decidí agarrar el toro por los cuernos y me fui acercando a Berenguela hasta poder cogerla de la mano.

—Creo que ya va siendo hora de que nos retiremos —le susurré.

—Pues me parece que no están por la labor de dejarnos ir —replicó ella con un toque de ironía, no sé si para provocarme o para que estallara allí mismo.

—¡Nos vamos! —grité a pleno pulmón para hacerme oír, lo que provocó un sinfín de sonrisas cómplices, grititos, palmaditas en la espalda y hasta aullidos de los más exagerados.

—Gracias por todo —añadió Berenguela.

—Ya se las darás mañana —mascullé, sonriendo como un canalla afortunado; cualquier cosa con tal de sacarla de allí.

Por fin salimos fuera. Ya era de noche y confiaba en que no nos dieran la serenata típica de los pueblos, aunque conociendo al alcalde y a sus «secuaces», cualquier cosa era posible.

—¿No se te ocurrirá cogerme en brazos para atravesar el umbral? —inquirió ella con cierto recochineo.

Sonreí de medio lado y negué con la cabeza, al tiempo que abría la puerta y la metía dentro a empujones. Una forma un tanto extraña, pero en vista de su desafío no se me ocurrió nada mejor. Berenguela dio un traspié, pero no se cayó, y entonces pensé que vaya manera de empezar un matrimonio. Fui directo hacia ella para acunar su rostro y besarla como hacía horas que deseaba hacerlo. Berenguela gimió y yo la imité.

—Joder, qué ganas tengo de desnudarte... —murmuré, devorando su boca.

—Ya lo veo, ya... —dijo, acariciándome por encima del pantalón con aire

perverso.

—Me gustaría poder brindar con cava bien frío...

—Algo se podrá hacer —contestó, separándose de mí.

Me dejó en medio del salón con la palabra en la boca y empalmado. Confiaba en que tuviera a bien ocuparse de ello en breve. Regresó con dos copas en una mano y en la otra...

—¿Gaseosa? —pregunté, frunciendo el cejo.

—Es lo único que he podido encontrar con burbujas, dado que has sido incapaz de ponerme al corriente de tus planes para el día de hoy.

Me limité a sonreír con cierta malicia y ella sirvió las copas. Me entregó una y brindamos como si fuera la mejor de las bebidas. Desde luego, en cuanto pudiera iba a llevarla al mejor hotel para darnos un homenaje como Dios manda.

—¿Tampoco vas a sacarme a bailar? —me provocó, jugando con la cremallera de su forro polar para mostrarme una sencilla camiseta gris. *A priori* nada excitante.

Gruñí o algo parecido, y fui a ocuparme de ese detalle.

—¿Alguna sugerencia? —pregunté, mirándola con una ceja arqueada.

—Depende...

Guardé silencio a la espera de que continuara.

—De si vas a follarme a lo bestia o en plan suave...

Un desafío en toda regla y como tal lo tomé. Mandé a la porra la idea de crear un ambiente especial, de poner música o de cualquier otro comportamiento delicado. En dos pasos me coloqué delante de ella, agarré la maldita cremallera con la que jugaba y se la bajé. Como si se tratara del vestido de novia, comencé una frenética carrera por desnudarla, al tiempo que la besaba en cada punto de su piel que iba descubriendo.

Después me ocupé de mí, o más bien nos ocupamos los dos, y cuando por fin nos deshicimos de toda la ropa, la rodeé con los brazos y de nuevo devoré su boca. Mi idea era llevarla al dormitorio cuanto antes, sin embargo, Berenguela se resistía y comprendí la razón cuando me señaló la alfombra.

—Ya que no he tenido una boda convencional, tampoco quiero una noche de bodas común.

Lo cierto era que yo nunca había pensado en encontrarme en una tesitura similar, aunque algunas veces se me había pasado por la cabeza la idea de

casarme.

—Escucha... —Hice una pausa, porque antes de volverme loco y follar a lo bestia quería decírselo—. Si te soy sincero, ando muy perdido en esto... Todo ha sido...

—¿Un despropósito?

—No, joder, eso no. Sencillamente quiero hacerlo bien y ni siquiera te he dicho aún que te quiero —contesté, mirándola a los ojos, y ella me sonrió a su vez y me puso una mano en el pecho—. Pero hemos llegado hasta aquí, no sé si siguiendo el camino correcto. Y no quiero estropearlo... —Me detuve en ese punto, pues durante uno de aquellos paseos que tanto disfrutábamos le había hablado de mi relación con Estela, de lo bueno y de lo malo, de ahí mis temores.

—Fabio... bésame.

—De acuerdo...

Lo hice volcando en ese beso todo lo que sentía y acariciándola con verdadera ansia. Sin embargo, Berenguela tenía otros planes. Cayó de rodillas frente a mí y colocó ambas manos sobre mis rodillas, y desde ahí fue ascendiendo. Yo no podía permitir semejante comportamiento y también me arrodillé.

—Túmbate y abre las piernas... —susurré, y por suerte obedeció a la primera.

Capítulo 49

Berenguela

Cuando me desperté, sentí las piernas pesadas y la razón era bien sencilla: las tenía enredadas con las de Fabio. Mi marido. Así de simple.

Reflexionar acerca de lo ocurrido el día anterior era como para volverse loca, pues la suma de acontecimientos daba para mucho y, la verdad, aquella mañana yo me sentía demasiado a gusto conmigo misma y no deseaba estropearlo. Sin embargo, una vez despierta, me resultaba imposible no pensar en mi proceder.

Para empezar, en vez de hacerle ver a Fabio lo irresponsable de nuestro comportamiento, había callado y seguido adelante sin antes hablarlo. De acuerdo, aunque ninguno de los dos lo habíamos expresado en voz alta, los sentimientos estaban muy claros, pero ¿eran suficientes como para soportar lo que se nos venía encima? Porque... ¿Fabio había echado cuentas? Sólo nos faltaba una semana para regresar y, por muy idílico que nos resultara todo, allí escondidos en la sierra, los problemas que habíamos dejado atrás nos esperaban y lo más probable era que además tuviéramos nuevos frentes que atender.

Vivir sin móviles, sin internet y sin otras tecnologías que siempre había considerado imprescindibles no era tan difícil, es más, sólo los primeros días me acordé del teléfono, después ni siquiera eso. Lo había guardado en la maleta y ni lo encendía.

Me moví despacio para liberar mis extremidades, pero no me apetecía abandonar la cama, así que me quedé acostada de lado. Observé a Fabio. Estaba dormido boca arriba, con aquellas pintas tan diferentes a las que tenía cuando lo

conocí. Al fijarme en su barba, me sonrojé y apreté los muslos. A buen seguro, durante nuestro «combate cuerpo a cuerpo» me dejó marcas entre las piernas, para empezar. Y también en el cuello, en el pecho... Pues cuando me ordenó que me tumbara en la alfombra del salón y abriera las piernas quedé a su entera disposición, y él no desaprovechó la ocasión. Incluso atada me habría movido más.

No era la primera vez que tenía a un hombre, incluido él, jugando entre las piernas, pero no sé por qué todo había adquirido un cariz distinto, especial. Estábamos casados, sí, ¿ésa era la diferencia?

En cualquier caso, Fabio me mantuvo en aquel estado de excitación durante no sé cuánto tiempo; fue lento, concienzudo y hasta un poco cabrón por hacerme gemir con los besos y lengüetazos que me prodigó. Y todo sin dejar de murmurar un sinfín de vulgaridades sexuales a cuál más explícita.

Para ser sincera, yo nunca pensé tener una noche de bodas. Nunca soñé con casarme, ni nada parecido. Mis relaciones anteriores no fueron lo bastante importantes como para que, aunque fuera de manera remota, contemplara la idea del matrimonio. Pero había ocurrido y mi marido (aún no me había acostumbrado a considerarlo de ese modo) me brindó una noche para el recuerdo.

Cuando empezó a besarme entre las piernas, sensibilizando cada centímetro de piel, yo permanecí inmóvil, mordiéndome el labio, pues sabía muy bien adónde quería llegar. Desde mi punto de vista, tardó más de la cuenta en situar su boca sobre mi sexo y hacerme gritar.

Y vaya si grité. ¿Cómo no hacerlo?

Lo oí reírse, quizá pagado de sí mismo, ante mi reacción; no me importó. Yo sólo pensaba en el roce de su barba en el interior de mis muslos, al tiempo que su lengua lamía, de forma a veces poco hábil, mi clítoris. Yo sabía que su técnica era perfecta, pero de nuevo jugó conmigo y con mi excitación, racionándome sus atenciones.

Y repitió ese juego cruel tantas veces que perdí la cuenta. No obstante, no lo admití delante de él. El clímax fue impresionante. Tanto, que grité, maldije y hasta le rogué, como no recordaba haberlo hecho nunca.

En ese momento me retorcí como una posesa y más aún cuando Fabio, en vez de darme unos minutos para relajarme, continuó lamiéndome y jugando con

un dedo en mi ano. Estimulándome de una manera tan extraña como eficaz.

—Esta noche voy a follarte de todas las maneras posibles... —susurró, sin darme mucho margen cuando yo le pedí que por favor se apartara, pues llegó un momento en que no sabía si me estaba produciendo placer o dolor.

Sin embargo, mi súplica cayó en saco roto, pues él, bien posicionado, no me permitió separarme ni un milímetro hasta que me corrí de nuevo en su boca.

Sólo después, gateó hasta situarse frente a mí y pedirme, en voz muy baja, que abriera los ojos y lo mirase.

Lo hice. Fabio me miraba fijamente. Sentía la presión de su polla, aunque se contenía. Entonces repitió lo que, en medio de la conversación, había quedado un poco solapado. Dijo que me quería y adelantó las caderas hasta penetrarme.

No supe qué decir, sólo gemí, pensando que quizá no tuviera en cuenta mi silencio o creyera que, llevada por la innegable neblina sexual, mi cabeza no procesaba toda la importancia de una declaración como ésa.

Esto último podía ser una excusa hasta cierto punto cierta, pues mi cuerpo dejó de razonar cuando Fabio no sólo me penetraba, sino que además comenzó a devorarme la boca, sincronizando ambos movimientos y dejándome sin resuello.

Me folló con idéntica actitud dominante y exigente. No me dio tregua y me encantó sentirlo de esa forma, tan primitivo, tan desenfrenado... De ahí las agujetas que noté al despertarme. Agujetas que por otro lado soportaría gustosa una y mil veces.

—¿En qué piensas? —me preguntó sorprendiéndome, pues me había parecido que continuaba dormido.

—¿Por qué crees que estoy pensando en algo en concreto? —le respondí con otra pregunta, algo que molestaba bastante, pero prefería desviar la atención; o al menos intentarlo.

—Te conozco... —murmuró, acariciándome la mejilla, y eso me sonó muy íntimo—. Sé qué cara pones cuando le estás dando vueltas a algo.

—Tienes razón —admití, ya que de ningún modo le iba a confesar la verdad—. Estaba sopesando la idea de despertarte a besos.

Arqueó una ceja, sonrió y puso cara de ¿por qué no lo has hecho?

—¿Y cuál es el problema? —inquirió.

Me moví hasta acercarme a su boca y responder con un susurro que intenté que sonara lo más erótico posible:

—No me decidía sobre dónde posar los labios en primer lugar.

Fabio se me echó encima y me aplastó contra el colchón, inmovilizándome, lo que resultaba muy pero que muy agradable; sin embargo, yo no estaba por la labor de repetir esquemas. La noche anterior él había llevado las riendas y ahora me tocaba a mí.

Me revolví bajo su peso y lo empujé con cuidado, porque seguía preocupada por su brazo. Lo miré y me relamí.

—Me das miedo... —bromeó, y con todo el descaro del mundo apartó las mantas y me mostró su cuerpo, desnudo y animado, por supuesto.

Me incliné y deposité un beso en su pecho, lamí sus tetillas y hasta lo mordí. Noté cómo contenía el aliento. Disfruté y por ese motivo repetí mientras mi mano viajaba hacia el sur, clavándole ligeramente las uñas.

—Mucho miedo —suspiró, aunque no me apartó y tampoco me tocó.

—Anoche no me dejaste hacer nada —le recordé, con un ligero tono de reproche—. Abusón.

Apreté, no mucho, sus testículos y dio un respingo.

—¡Cuidado! —masculló, y me reí.

—Ahora te doy un besito, tonto.

Lo hice. Me incliné y me entretuve jugando a darle leves besos. Levanté la vista y me encantó ver cómo contenía la respiración, en especial cuando me acercaba a la punta de su polla y apenas lo rozaba.

—Joder con tus besitos... —protestó.

Me abstuve de decir que aquello sólo era el comienzo, para que el efecto de chica mala fuera aún mayor. Me dediqué a ello con todas las ganas. Movía los labios a mi antojo. Tan pronto besaba alrededor de su erección como me movía y lo besaba en el ombligo. Fabio no pronunciaba una sola palabra; no obstante, sé que hervía por dentro ante tales atenciones.

Mis manos tampoco se quedaron ociosas. Le separé las piernas y recorrí, arañando cuando me apetecía, toda aquella zona. Al llegar al perineo, retrocedí, sólo con la intención de ponerlo más nervioso.

—Berenguela... —masculló cuando atrapé su polla, pero sólo la punta, entre los labios y succioné.

Empecé a chupársela de forma más precisa, sin dejar de jugar con los dedos. Lo toqué a mi criterio y, si bien al principio se mantenía más o menos

controlado, a medida que incrementaba la presión con la boca o realizaba ciertos movimientos con la punta de la lengua por todo el glande, empezó a arquear las caderas, queriendo sin duda follarme la boca y tomar el control. No lo consentí. Le apreté las pelotas con una mano y dejé que mi dedo meñique se despistara un poco hasta rozar su ano.

—¡Joder! —exclamó, y no supe interpretar su expresión.

¿Daba a entender que no le gustaba o quería que prosiguiera?

Había una única forma de salir de dudas. Presioné de nuevo hasta introducirle la punta y se agitó, lo que me incitó a profundizar un poco más. Para que no se opusiera, chupé su pene con más ahínco, distrayéndolo lo justo, y de esa forma pude meterle el dedo por completo.

Como era de esperar, se retorció, porfió, renegó, pero en ningún momento me dijo que me apartase, y lo consideré un buen síntoma. Sin dejar de lamerle la polla y de jugar con la lengua sobre su sensible glande, continué estimulándolo por detrás, buscando aquel mítico punto del que siempre se hablaba y que obraba maravillas en el orgasmo de los hombres.

Fabio jadeaba, y noté cómo de repente me enredaba una mano en el pelo y tiraba con fuerza de él, al tiempo que alzaba las caderas, metiéndomela hasta la garganta y corriéndose en mi boca.

Tragué su semen y me aparté un poco para que no me dieran arcadas. Él mantuvo la presión sobre mi pelo y yo fui sacando el dedo. De forma paulatina se fue relajando. Me soltó y extendió los brazos. Le di suaves besos por el vientre y los pectorales hasta llegar a la altura de su boca, donde esperé a que abriera los ojos y me mirase.

—No tengo palabras —comentó sin abrirlos, y sonreí.

—¡Qué exagerado eres! —dije, antes de darle un beso rápido en los labios.

Me recosté sobre él y tuve la precaución de taparnos, porque tras el intenso interludio, podíamos enfriarnos y no me apetecía resfriarme. Nos quedamos dormidos abrazados hasta que Fabio me despertó casi a la hora de comer.

Se había levantado, aunque no vestido. Estaba de pie, junto a la cama, ofreciéndome la mano, y justo en ese momento empecé a oír las primeras notas.

—Anoche, con las prisas, se me olvidó bailar con la novia —dijo, esperando a que saliera de la cama.

—¿Un vals? —pregunté, y asintió.

—Ya sé que queda fuera de lugar, pero hagamos algo convencional para variar —contestó sin perder el buen humor.

—No se me da muy bien —murmuré, porque nunca había sido muy apañada con los bailes de salón.

—Yo te enseñaré.

—¿Desnudos?

—Es la mejor forma de aprender —replicó, y me llevó hasta el salón cogida de la mano.

Había apartado la mesa de centro y movido los sofás para tener más espacio. Notaba algo de frío, pero estaba segura de que enseguida entraríamos en calor.

—¿Lista? —preguntó, adoptando una pose elegante.

—No, tendré que fiarme de tus conocimientos —dije animada.

—Lo bueno de hacerlo desnudos es que no podrás clavarme los tacones — comentó, cogiéndome de la cintura y acercándose a su cuerpo—. Vamos allá.

Empezó a moverse y se suponía que yo debía dejarme llevar. Él me marcaba los pasos, contando junto a mi oído, y de ese modo yo tenía que coger el ritmo, pero no lo lograba.

Se detuvo y dio un paso atrás, dejando una leve separación entre ambos.

—No lo digas —le advertí desanimada.

—Vamos a tener que practicar de lo lindo —se guaseó, y en vez de apagar la música y buscar otro momento, puso la pieza desde el principio con la firme intención de matarme de hambre si era preciso hasta que aprendiera a bailar el vals.

—¿Cómo se llama esta pieza?

—*El vals de las flores*, Tchaikovsky. No te despistes. ¿Preparada?

Asentí por no quitarle la ilusión. Me acordé de *Dirty Dancing* e intenté no pisarlo, no mucho en todo caso.

No sé cómo, pero poco a poco le fui cogiendo el tranquillo y eso hizo que dejara de mirar hacia abajo por miedo a tropezar y que fijara la vista en Fabio, que sonreía encantado, sin duda orgulloso de sus cualidades como profesor de baile.

Bailamos durante un buen rato y me divertí. Vaya si lo hice. Como había pensado, nada de pasar frío, pues a medida que adquiría confianza, Fabio, en vez de limitarse a los pasos básicos que me había enseñado, comenzó a girar.

Entonces fue mi turno de echarme a reír como una tonta, contagiándolo hasta que tropezamos y acabamos, por suerte, cayendo sobre el sofá.

—Te quiero —repitió.

Y yo me sentí incómoda por no ser capaz de decírselo también. Lo besé. Fue una respuesta cobarde. Lo besé y noté cómo me excitaba. A lo mejor estaba confundiendo deseo con amor, en aquel instante no lo sabía con certeza. Así que, sin querer averiguarlo, me dejé llevar y los besos dieron paso a las manos por debajo de la cintura, y acabé encima de él, a horcajadas, follando como dos posesos con música clásica de fondo.

En otro momento le preguntaría el título de todas aquellas piezas...

Pero no todo iba a ser música, bailes, momentos inolvidables, sonrisas y demás.

* * *

Al día siguiente, y pese a que nos sobraba tiempo, yo empecé a recoger mis cosas. No había llevado mucha ropa, pero aun así era consciente de que el mes tocaba a su fin y eso no sólo significaba volver a la ciudad y al trabajo. Ojalá sólo fuera el final de unas vacaciones y el estrés posvacacional el único problema que nos esperaba.

—¿Qué haces? —me preguntó, al verme con la maleta abierta sobre la cama.

—Ir ordenando la ropa —contesté, sin mucha amabilidad.

—Deja eso, joder...

—Oye, puede que no hayas mirado el calendario, pero te recuerdo que el tiempo se acaba.

—¿Crees que no lo sé?

Íbamos a discutir, lo presentía. Nuestro primer enfrentamiento de casados y, por desgracia, sentía que no sería el único, pues, una vez que abandonáramos aquella casa, todo se nos iba a venir encima y él, no sé por qué, se empeñaba en fingir en cambio que sería un camino de rosas.

—Pues no lo parece —le espeté.

Fabio se acercó impidiéndome continuar. Me abrazó desde atrás.

—Relájate. Soy muy consciente de todo, no soy tan necio como para olvidarme. Si durante todos estos días he evitado decir una sola palabra acerca

de lo que nos aguarda, ha sido para que tú y yo pudiésemos conocernos sin barreras.

—No voy a negar que nos ha venido muy bien estar juntos y poder relajarnos, pero... —negué con la cabeza— sólo ha sido una tregua.

Lo oí inspirar hondo.

Dos veces.

Capítulo 50

Fabio

Me prepararé para la tormenta que se avecinaba y aun así no pude capear el temporal.

Durante el trayecto de regreso a la civilización apenas intercambiamos alguna palabra. Daba la impresión de que fuéramos uno de esos matrimonios que tras muchos años juntos no tienen nada que decirse, cada cual sumido en sus pensamientos. Y maldita fuera la gracia que me hacía, pues sólo llevábamos unos días casados.

El primer frente abierto, nada más salir de la casa, fue sobre dónde íbamos a alojarnos. Según mi criterio, lo más idóneo era vivir en el apartamento de Marcela, tal como yo había dispuesto antes del accidente. Pero, como intuía, Berenguela no se mostró conforme, pues ella prefería volver al ático de lujo que había pertenecido a su padre. No por razones sentimentales, obviamente, sino porque, según su opinión, era lo más seguro.

—Vas lista si crees que vamos a vivir separados —le espeté, con el objetivo de zanjar el jodido asunto.

Berenguela me fulminó con la mirada y por supuesto me lo rebatió.

—¡Es una temeridad no hacerlo! —exclamó, antes de subirse al todoterreno y cerrar con fuerza, dando muestras de su cabreo.

Yo suspiré, arranqué y maniobré para incorporarme al camino sin asfaltar que llevaba a la carretera. Al pasar por el pueblo nos despedimos con la mano de algunos vecinos y fingimos estar felices y contentos, aunque la procesión iba por

dentro.

Cuando tomamos la autovía, ella seguía sin hablarme y yo sin saber cómo solucionar la crisis, pues si bien debería haberlo aprendido ya, supe que en aquella ocasión no me serviría lo de llamar a un colega, salir por ahí y, con un poco de suerte, echar un polvo con una desconocida para aliviar tensiones. Al final de la relación con Estela, cuando ya estaba todo perdido, era lo que hacía para no discutir.

Puesto que la válvula de escape de antaño era inviable, tenía que enfrentarme a la realidad. Y la realidad iba sentada a mi lado, con un humor de perros. Opté por no decir nada y actuar. Política de hechos consumados y punto. En ese aspecto no iba a negociar. Pase que con la improvisación y demás aún no lleváramos alianzas (hecho que resolvería al día siguiente), pero vivir separados, ni hablar.

Aparqué el todoterreno en el garaje y, antes de que pudiera abrirle la puerta, ella ya se había apeado y abierto el maletero para sacar nuestras cosas, junto con una compra rápida que habíamos hecho en mitad del recorrido para al menos tener algo de cena.

Me hubiera gustado llamar a mi hermana y pedirle que le echara un vistazo a la casa y llenara la despensa, pero Marcela bastante tenía con sus cosas y tampoco deseaba preocuparla.

—¿Ya puedo encender el móvil? —me preguntó Berenguela arisca, dejando el equipaje en el único dormitorio.

—Escucha, sé que este apartamento es pequeño, aunque nos las podremos apañar —dije conciliador.

—No me has respondido.

—De momento mejor no, espera a mañana —contesté, a sabiendas de que eso la cabrearía más.

—De acuerdo —convino con sequedad—. Seguiremos incomunicados. Voy a darme una ducha.

—¿Quieres que te acompañe? —le pregunté, sin muchas esperanzas de que la respuesta fuera afirmativa.

Tiró su móvil encima de la cama como si fuera un trasto inservible y se fue al cuarto de baño.

—Joder...

Yo sí encendí el teléfono y le envié un mensaje a Armando. Mi amigo era el único que conocía nuestro paradero. Imaginé que Estela se lo habría sonsacado o, con lo lista que era, lo habría descubierto por sí misma, ya que me conocía bien, así como mis gustos.

Enseguida recibí la respuesta, con su característico sentido del humor, dándome la bienvenida a la civilización, para después citarme y así poder hablar. Le envié un OK y, antes de apagar el móvil, hice una llamada a mis padres, a los que había preferido mantener al margen para que no se preocuparan más, pues después del accidente (a ellos no les dije toda la verdad) no quería que estuvieran pendientes de mí.

Por supuesto, en cuanto surgiera una ocasión propicia les comunicaría la noticia de mi boda. Intuía que se llevarían una gran sorpresa, no sólo por el hecho de que yo, un tipo que había batido récords a la hora de esquivar la cuestión, hubiera cedido, sino también por quién era la elegida que me había hecho abandonar mi preciada soltería.

Mis padres siempre esperaron que fuera Estela, pues desde el principio la consideraron como a una hija. Y yo sabía que el sentimiento siempre fue recíproco.

Estela..., sonreí al pensar en mi ex, a la que en breve tendría que enfrentarme, pues siempre había sido una mujer de armas tomar. No estaba muy de acuerdo con mi relación con Berenguela, pero con todo y con eso nos había ayudado. Al recordar cómo la camufló para colarla en el hospital no pude evitar negar con la cabeza. A ideas estrafalarias no la ganaba nadie.

Y por último quedaba Armando, otro al que también debería enfrentarme. Desde luego, me había lucido buscando esposa, con todo en contra. Aunque yo esperaba que mi mejor amigo comprendiera la situación y mis razones para actuar de forma tan impulsiva en apariencia.

Al día siguiente tendría la oportunidad de hablar con él y también de averiguar un poco cómo iban las cosas entre Estela y él, porque, no podía negarlo, sentía curiosidad. Mi ex y mi mejor amigo. Todo un sainete. No me extrañaba que Berenguela pusiera cara de que me estaba quedando con ella cuando le conté la historia.

Me preguntó si me molestaba o me dolía. Yo era consciente de que tras esa pregunta se escondía otra cuestión: saber si seguía sintiendo algo por Estela. Y

no me importó reconocer que sí, que nunca podría dejar de quererla.

Berenguela se comportó con una madurez envidiable, entendiendo a la perfección lo que significaban mis palabras. Decirle a una mujer que aún sientes cariño por otra es difícil, desde luego, pero una sinceridad necesaria para el buen funcionamiento de nuestra relación.

Me senté en la cama a esperarla, mirando como un tonto la pared, pues no encontraba el modo de resolver la situación.

¿Y si me había precipitado?

¿Y si, llevado por una especie de arrebató rural, había cometido el error de mi vida casándome con una mujer que, aparte de volverme loco, no conocía?

Era un galimatías difícil de resolver, pero si para casarse había que conocer a la otra persona, desde luego Estela siempre sería la candidata ideal, pues no había nadie que me conociera más que ella, que había visto lo peor y lo mejor de mí. Y sin embargo, nunca tuve la tentación de casarme con ella.

La mujer que ocupaba cada uno de mis pensamientos, acaparaba mis dudas y me tenía comiendo de su mano, entró en el dormitorio recién salida de la ducha, con una toalla alrededor del cuerpo. Caminó hasta la maleta y sacó ropa limpia. No me extrañó que optara por vestirse sin estar yo delante. Una lástima.

No quise seguir lamentándome y me fui a preparar la cena. Quería acostarme pronto. Lo más probable era que Berenguela no me permitiera ni tocarla, así pues, podría dormir, ya que al día siguiente tenía pensado ir al despacho y ponerme de nuevo a trabajar.

Apareció ya vestida en la cocina y empezó a poner la mesa.

—Odio este silencio —le dije en voz baja.

—Y yo —murmuró.

Lo cual fue todo un avance. Ya no mostraba signos de enfado y al menos me miraba a la cara. El problema era que aún tenía que comentarle un par de asuntos más que no iban a ser de su agrado.

Cenamos en relativa calma. Luego, ella se ocupó de recoger los platos, mientras yo me daba una ducha antes de dormir.

Bajo el chorro de agua estuve tentado de masturbarme y así desfogarme un poco, pero, pese a que se me puso dura, terminé por no hacerlo. E hice bien, porque Berenguela entró sin llamar y hubiera sido un poco embarazoso explicárselo. No porque me avergonzara de meneármela delante de ella, sino

porque tal como estaba el patio, a saber cómo se lo tomaba.

Me miró de reojo, se dio cuenta de que estaba empalmado y se limitó a lavarse los dientes. Una lástima, la verdad. «Qué desperdicio de erección», pensé, antes de situarme frente al espejo y sacar los útiles de afeitar. Se acabó el aspecto de hombre desaliñado; al día siguiente debía aparecer en el despacho con el aspecto impecable de siempre.

Una vez en la cama, esperé a que Berenguela apagara la luz antes de acercarme a ella por detrás. Quizá fuese la táctica del perro baboso, pero funcionó. Se dejó abrazar.

—Mañana voy a ir a trabajar —comentó, sabiendo de antemano la poca gracia que me hacía que se expusiera de esa manera.

—De acuerdo —acepté—. Con una condición. Ordenaré que te vigilen.

—¿Otra vez? —preguntó con retintín, y yo suspiré; se lo había puesto en bandeja.

—Sabes que no voy a pedirte perdón por aquello, era necesario.

—Ya..., necesario —contestó molesta, y la entendí, puesto que, según me había contado, el cabrón de su padre se las apañó para seguir todos sus pasos durante años, agobiándola.

—Ahora es diferente. Y lo sabes. Es por tu seguridad.

—Voy a estar rodeada de gente, y con mi socia, a la que por cierto no me has dejado llamar y ha tenido que ocuparse de todo sin mi ayuda.

—Lo sé —susurré comprensivo, pasando por alto su tono de reproche—. Aun así, no me gusta la idea de que vayan a por ti.

—He cedido en lo de vivir juntos, de modo que afloja tú también un poco. ¿Quién va a vigilarte a ti? —inquirió.

Me quedé callado, pues había dado en el clavo. Hasta el momento yo era el único que había sufrido las consecuencias, pero lo cierto era que me preocupaba más, mucho más, su bienestar que el mío propio.

Estábamos discutiendo sin gritos, abrazados en la oscuridad, y decidí aprovechar esa circunstancia. Comencé a describir círculos sobre su ombligo. Lentos, sin otra intención que relajarnos y sentir el contacto de su piel.

—¿Es una maniobra de distracción? —inquirió en voz muy baja.

—¿Funciona? —repliqué, también en el mismo tono, y la besé en un hombro.

—No. Pero sigue, me gusta.

Respiré hondo. Bueno, al parecer sí que íbamos a ser capaces de dialogar sin tirarnos los platos a la cabeza.

—Respeto tu trabajo y sé lo importante que es para ti tu empresa, lo que has luchado por sacarla adelante —dije, sin dejar de tocarla—, y, créeme, mi intención no es ser un obstáculo. Yo encantado de que te vaya lo mejor posible y tus clientes aumenten.

—¿Pero...?

Joder, qué intuitiva era. Berenguela también me había contado sus inicios como empresaria, los créditos que tuvo que pedir y cómo trabajaba sin descanso, pues si contrataba personal no le salían las cuentas; y yo le estaba pidiendo que lo aparcara.

—Pero sabes que no te queda más remedio. Habla con tu socia y explícaselo y, por favor, no te expongas.

Berenguela se dio la vuelta en mis brazos y me besó despacio antes de responder.

—Tienes que dejarme hacer las cosas sin inmiscuirte —me pidió conciliadora.

—Es un poco tarde ya para pedirme algo así, ¿no crees? —Aproveché, ya que la tenía cara a cara, para acariciarle el rostro y recorrer sus labios con la yema del dedo.

—También voy a ir a ver a Eliseo —añadió, y tuve que concentrarme para no llamar a aquel picapleitos y cantarle las cuarenta.

—Respecto a eso...

Ella me silenció tapándome la boca.

—Es mi abogado y se estará volviendo loco al no saber nada de mí.

—Escucha, es un inútil. De verdad, si quieres arreglar esto, hazme caso y despídelo. Busca a otro, yo puedo recomendarte...

—Ni hablar. Confío en él.

«Pues entonces estamos bien jodidos», pensé con amargura, porque ese hombre lo estaba haciendo todo mal desde el principio. En vez de arreglar sus asuntos y liberarla de cualquier responsabilidad, el gilipollas de Palazón sólo había enredado más la madeja y Berenguela iba a pagar las consecuencias.

Pero ella me besó y se me fueron de la cabeza los abogados incompetentes,

los juicios, los litigios o cualquier otra preocupación que no fuera el cuerpo de mi esposa acomodándose sobre el mío y las posibilidades de esa postura.

—¿Quién está ahora distraendo a quién? —pregunté provocándola, cuando me agarró la polla con intención de situarla en posición para que la penetrara.

—¿Funciona? —preguntó como había hecho yo antes y lamiéndome los labios.

—Joder, pues claro que funciona —mascullé, porque justo en ese instante se dejó caer y pude clavársela hasta el fondo.

* * *

Cuando volví a ser consciente de la situación ya había amanecido. Berenguela dormía a mi lado, más apartada de lo que me habría gustado, pero al menos la noche anterior habíamos, más o menos, llegado a un acuerdo. Y encima hubo polvo de reconciliación.

Me levanté con la idea de preparar el desayuno y ella abrió los ojos. Ambos pensamos lo mismo, había llegado el día D.

Capítulo 51

Berenguela

No recuerdo otro instante en que me costara tanto abandonar la cama. No por el hecho de madrugar, sino por todo aquello a lo que debía enfrentarme.

—Atarte a la cama es tan tentador... —comentó Fabio risueño, antes de darme un beso de buenos días.

—Ve comprando cuerda y ya hablaremos —contesté, sonando interesada en la propuesta y apartándome de él, que protestó e intentó retenerme, pero me escabullí.

Antes de ir a la oficina debía pasar por casa y cambiarme de ropa, pues era impensable presentarme con un chándal a trabajar. Detalle que no quise comentar con él para no alarmarlo, ya que, de saberlo, insistiría en acompañarme y, aunque pareciera extraño, deseaba alejarme de él. Distancia física por unas horas para volver a retomar la rutina. De acuerdo, ahora estaba casada y por lo tanto una parcela de mi vida le pertenecía a Fabio, pero no quería basar toda mi existencia en un único pilar, pues, como le pasaba a mucha gente, si se derrumbaba, me sería más difícil recuperarme.

—Sigo pensando que es una verdadera temeridad que te vayas sola —insistió él, mientras desayunaba en la pequeña cocina. Cuando intentó abrazarme, me aparté, no porque no lo deseara, sino más bien para evitar ceder a sus pretensiones.

—No voy a permitir que te vuelvas uno de esos hombre controladores que exigen saber en todo momento dónde y con quién estoy —le advertí.

—Joder, así es imposible.

—Y vete olvidando de la idea de ponerme vigilancia.

Torció el gesto. Volvía a ser el tipo serio, de apariencia inflexible de siempre. Pero para no marcharme y dejarlo con mal sabor de boca, caminé hacia él con toda la elegancia que un chándal puede prestar, le di un beso en los labios y le acaricié la mejilla.

—Hasta la noche. Que pases un buen día..., querido.

Masculló algo así como «de puta madre lo voy a pasar», comentario que me hizo sonreír. Al menos no había perdido su toque sarcástico.

El coche continuaba a buen recaudo en el garaje, así que paré un taxi y fui a mi antiguo apartamento, el mismo que continuaba pagando y que no podía disfrutar. Al entrar, lo primero que vi fue que todas mis cosas estaban allí, pero no ordenadas, como yo lo las había dejado, sino patas arriba. Observé la puerta, no mostraba signos de haber sido forzada, y yo estaba segura de que cerré con llave al marcharme, aunque con los nervios y la precipitación puede que no lo hiciera. Daba igual, lo habían revuelto todo. Caminé entre ropa amontonada, libros abiertos, muestrarios despedazados... Habían dispuesto de todo el tiempo del mundo para ser bien conciencudos. Yo sabía que quienquiera que hubiera entrado, se había largado con las manos vacías, pues tuve la precaución de llevarme todos los documentos relevantes al ático de mi «querido» padre.

Necesitaba un traje para ir a trabajar y rescaté uno del suelo. Gris claro. Formal. No me molesté en recoger ningún otro, pues me daba asco utilizar lo que unos hijos de puta habían manoseado. Aún disponía del dinero que obtuve tras mandar abrir la caja fuerte del Miami, de modo que encargaría unos nuevos. Me cambié de ropa, dispuesta a salir de allí y no volver en mucho tiempo. Sopesé la idea de llamar a Fabio y contarle lo del allanamiento, sin embargo, opté por no preocuparlo. Ya se lo mencionaría a la hora de la cena.

—Buenos días —dije al entrar en la oficina. Todo estaba como lo recordaba.

Natalia levantó la vista y al verme dio un grito y se acercó a mí para abrazarme y zarandearme.

—¡Berenguela! —chilló.

—La misma que viste y calza.

—Joder, tía, qué ganas tenía de verte.

—Y yo a ti —dije, abrazándola también.

Nos quedamos un buen rato como dos tontainas, pegadas la una a la otra, hasta que acabamos llorando como dos magdalenas. Sólo el estridente sonido del teléfono hizo que nos separásemos.

Natalia se ocupó de responder y yo me fui a mi mesa. Todo en su sitio. La única nota discordante era la multitud de post-it de colores pegados en el monitor del ordenador con mensajes de mi socia. Destacaban los de su propia cosecha, como «Te echo de menos», «Dónde estás, jodida???»», «Esto no es lo mismo sin ti»... Los despegué y me los guardé, porque me hicieron sonreír. Después cogí los de los clientes y les eché un vistazo. Tres proyectos que tenía a medias y que por suerte ella había manejado, aunque por deferencia hacia el cliente debía ponerme en contacto con ellos. Y por último los de Eliseo...

—Llama todos los días —me informó Natalia, sentándose frente a mí—. Y hasta dos y tres veces, preguntando si sé algo.

—Ahora lo llamaré.

—¿Dónde has estado y con quién? —inquirió ella—. Bueno, me imagino con quién...

Negué con la cabeza. Iba a mentirle y me dolía profundamente, pero era lo mejor. Cualquier filtración, por pequeña que fuera, podría acarrearle muchos problemas y a Fabio todavía más.

—He estado sola —dije sin parpadear.

—¿Y eso? —Natalia frunció el cejo—. Leí en la prensa lo de su «accidente», ¿sabes?

—No sé más que tú, yo también lo vi en los medios de comunicación.

—Tú y yo sabemos que eso no fue un accidente, ¿verdad?

Negué con la cabeza.

—¿Y ni siquiera has ido a verlo?

—No podía, además, lo mejor es cortar cualquier vínculo.

—¡Joder, para uno que te hace tilín!

Si sólo me hiciera tilín...

—Ironías del destino, lo sé —dije, fingiendo haber olvidado lo que se suponía que había ocurrido.

—Pues a mí el juez me ponía, ya ves. Tiene ese no sé qué de tío recto y formal de día y pervertido de noche —comentó Natalia, y sonreí.

Era lógico que pensara de ese modo. Bien lo sabía yo.

—Pero ya está superado. Ahora cuéntame, ¿cómo ha ido todo?

—Si te refieres al trabajo, bien, como siempre. He tenido que coger una ayudante a media jornada. No te importa, ¿verdad?

—Claro que no, es normal y creo que la mantendremos, pues con lo que yo tengo encima voy a seguir faltando.

—Vaya mierda... En fin, ya sabes que cuentas conmigo para lo que sea, aunque me ocultes cosas...

No me extrañó su reproche y me hizo sentir fatal, sin embargo, estaba obligada a ello.

—¿Y a ti cómo te ha ido? —pregunté, porque echaba de menos nuestras conversaciones.

—Me he echado novio —disparó.

—¿Qué? ¿Tú? ¿Novio?

—Sí, ya sé que he despotricado durante mucho tiempo de los hombres, bla, bla, bla. Que son como los pañuelos de papel, o como las semillas, que después de plantarlas se tira el sobre..., bla, bla, bla.

—Me dejas alucinada... —murmuré, recostándome en el sillón de oficina. Con aquella charla se me estaba pasando el disgusto de ver mi apartamento patas arriba.

—Pues sí, yo. Hace tres semanas. Que han sido de infarto, por supuesto —añadió, abanicándose con un catálogo—. ¿Quieres más detalles? —Asentí—. Vino aquí recomendado por uno de nuestros clientes, para pedir asesoramiento.

—¿Te has liado con un cliente?

Natalia asintió sin rastro de vergüenza.

—Ya sé que no es aconsejable, que todo puede complicarse, pero, Berenguela, entiéndelo, fue..., un chispazo, qué digo chispazo, me electrocuté. Y antes de que lo preguntes, mujer fría y controladora, sí, aceptó trabajar con nosotras y tú le vas a llevar el proyecto.

—¿Estás segura? —pregunté para pincharla un poco.

—Estando con él soy incapaz de pensar y de tener la ropa puesta, así que... —movió las cejas—, para ti la parte laboral, que sé que te gusta, y para mí todo lo demás.

—De acuerdo.

—¿Por qué no quedamos para cenar esta noche y te lo cuento todo, todo,

todo?

—¿Vas a dejar a tu novio libre? —le pregunté irónica.

—Está de viaje.

—O sea, que soy segundo plato —bromeé y Natalia, con su descaro habitual, asintió.

—Sí, pero no te preocupes, de verdad, si alguna vez me hago lesbiana, tú serías la primera opción.

—Lo estás arreglando —murmuré.

El teléfono de la oficina sonó de nuevo y pusimos fin a nuestra conversación. Le hice un gesto a Natalia, indicándole que respondería yo y así iría metiéndome de nuevo en el mundo laboral.

Descolgué y recité la frase educada de siempre.

—Vaya, la mujer desaparecida, ¡qué honor!

Hice una mueca. Eliseo, fiel a su cita.

—Buenos días —contesté en tono amable.

Natalia susurró «No falla, lo tienes loco», antes de concentrarse en su ordenador.

—No sé si eres una insensata, una loca, una ingenua o todo al mismo tiempo. Joder, Berenguela, ¿dónde cojones te has metido?

—Me he tomado unos días libres —expliqué.

—Ya claro, unos días —resopló—. ¡Un maldito mes!

—Muy bien, riñeme cuanto quieras, pero lo necesitaba.

—De acuerdo, eso lo entiendo, pues has estado sometida a mucha presión, sin embargo, lo que me parece demencial es que no hayas contactado con nadie, ni mencionado el pequeño detalle de, por ejemplo, dónde has estado.

—Lo siento. Quería desconectar. No lo pensé. —Continué excusándome en tono sumiso, porque no me apetecía ponerme a discutir con mi abogado, y menos por teléfono.

—¿Has estado sola?

¿Qué clase de pregunta era ésa?

—Sí —respondí sin pestañear—. Y en la costa, adonde suelo ir de vacaciones —añadí, para darle más credibilidad a mi versión.

—Muy bien —me cortó seco—. ¿Cuándo podemos vernos?

—Hoy he vuelto al trabajo, déjame al menos adaptarme —le pedí.

—Mañana entonces, te espero en mi despacho a primera hora —ordenó inflexible.

—Muy bien, allí estaré —acepté, y me despedí.

Bueno, ya contaba con su enfado, así que tampoco le di mayor importancia. Lo principal era que tuviera la fuerza suficiente para enfrentarme a todo, la valentía para no caer ante el primer tropiezo (e iba a tener unos cuantos) y el aplomo para ocultar mi matrimonio.

* * *

El día transcurrió con relativa calma. Nada que se pudiera considerar extraño. Y allí en la oficina me sentía protegida. Además, lo que mejor le iba a mi estado de ánimo era volver a la rutina, como si nada ocurriese. Cuando por fin pudimos cerrar y marcharnos, todavía me sentí mucho mejor. Al cuerno el peligro, los mafiosos, los abogados preocupados..., sólo pensé en divertirme con Natalia y en charlar hasta las tantas de cualquier cosa. También de disfrutar de una buena cena y, para ello, nada mejor que acudir a nuestro restaurante de cabecera, el Cien Fuegos, donde se comía estupendamente y donde podíamos hablar sin que nos molestasen, pues el encargado ya nos conocía.

—Sí que estás enamorada, sí —dije cuando, tras sentarnos en el comedor, Natalia no babeó, como hacía casi siempre, al ver pasar al encargado.

—Y pensar que hasta hace no mucho Xavi me tenía en el bote... —suspiró evocadora, refiriéndose al responsable del restaurante—. Pero fíjate, que ya no me pongo cachonda ni nada al verlo, y eso que hoy está para comérselo con ese traje.

—En eso te doy la razón.

—¡Oye! —exclamó de repente, sobresaltándome, cuando empezaba a leer la carta—. ¿Por qué no le tiras los tejos?

—¿Perdón?

—A Xavi, me refiero. Está cañón, folla bien y además sabe retirarse con discreción. Te iría genial echar un polvo sin compromiso.

—¿Qué pasa, llevo escrita la palabra *necesitada* en la frente? —repliqué, mordiéndome la lengua para no decirle que en ese aspecto iba muy bien servida.

—No, pero recuerda que un dulce no amarga a nadie —dijo zalamera—. ¿Lo

llamo y le pregunto si está libre esta noche?

—¡No! —me apresuré a decir, porque aquella loca me empujaba al adulterio sin saberlo—. Gracias, pero no.

—Eso es que te reservas para el abogado... —canturreó—. Claro, como el sistema judicial es tan lento...

—Ya vale —le advertí, justo en el momento en que se acercaba una camarera para tomar nota de la comanda.

Por suerte, Natalia dejó de pincharme con el asunto de echar un polvo quitaestrés y se dedicó a enumerarme las virtudes de su novio. Aparte de follar de puta madre, palabras textuales, no sólo por la cantidad, sino también por la variedad, era un tipo educado, elegante, con dinero, atractivo... Vamos, que ni hecho a medida. Sólo tenía un pequeño defecto: el nombre.

—Se llama Matías González, ¿te lo puedes creer? —dijo, negando con la cabeza—. No le pega nada, debería tener un nombre más chic, no sé...

—¿Kevin José? —sugerí yo bromeando, y las dos nos echamos a reír a carcajadas, y eso que cuando pronunció el nombre de Matías casi acabo vomitando. Menos mal que no hablábamos del mismo hijo de puta.

—No seas gansa —me reprochó sin parar de reír—. Yo he decidido llamarlo Matt, que suena más elegante.

Entre una cosa y otra se nos hizo tardísimo, porque, además, después de pagar la cena se acercó Xavi para invitarnos a tomar una copa y nos pareció grosero rechazar la invitación. Así que cuando quise darme cuenta era casi medianoche. Entonces me acordé de que ya no vivía sola.

* * *

—¿Dónde has estado?

Aún no había entrado por la puerta y ya lo tenía encima, acosándome a preguntas. Llegaba a casa molida y lo que menos deseaba es una escenita doméstica de marido controlador.

—Cenando con Natalia —respondí de malas maneras, porque su tono implicaba una acusación.

—¿Y no podrías haberme llamado?

—No estoy acostumbrada a dar explicaciones sobre cada uno de mis

movimientos —le espeté, entrando en el dormitorio para cambiarme de ropa y prepararme para dormir.

—¿Y por qué tenías el móvil apagado?

—No me he dado cuenta —contesté, porque era verdad.

—Te he estado esperando para cenar.

—Oye, llevo viviendo sola muchos años y entrando y saliendo a mi antojo. No quiero que nadie me controle. Y no voy a consentir que me vigiles todo el día, que me conviertas en una estúpida que tiene que dar cuenta de sus movimientos y estar localizable cada jodido minuto —le advertí.

—Estás muy confundida, Berenguela, pero que muy confundida —replicó de mal humor—. Yo no soy uno de esos imbéciles inseguros que quieren tener a su mujer todo el día pegada a ellos.

—Pues entonces no entiendo por qué te molestas tanto.

—Lo único que te he preguntado es dónde has estado, porque yo he llegado a casa pronto y me he ocupado de preparar la cena. Si querías pasar un rato con tu amiga, me parece cojonudo. Tan sólo tendrías que haberte molestado en avisarme. Yo también llevo muchos años solo y estoy acostumbrado a no dar explicaciones.

—Muy bien, el próximo día te avisaré —murmuré, dándome cuenta de que Fabio tenía parte de razón.

Él dio media vuelta, dejándome a solas y con un cabreo de mil demonios.

—Y que conste que no se me caen los anillos por cenar solo —añadió, cerrando la puerta tras de sí.

—Estupendo —susurré, porque no podríamos haber empezado peor, y eso que aún no le había contado lo del robo en mi apartamento.

¿Y ahora qué debía hacer?

Capítulo 52

Fabio

La dejé sola, porque teniendo en cuenta mi mala hostia, al final iba a pronunciar palabras de las que después tendría que arrepentirme.

Me importaba muy poco si quería ir a cenar con una amiga, con un ex o con María Santísima, o a tomar copas o al cine. No era tan imbécil ni tan posesivo como para exigirle explicaciones, pero me pareció lógico que me informara de sus planes. Algo muy fácil de entender.

Aunque lo más grave, a mi juicio, era que se había comportado de manera desconsiderada, ya que, teniendo en cuenta el peligro al que se exponía, era comprensible que me preocupara. En condiciones normales me importaría una mierda a qué hora viniera a casa.

Me fui a la cocina y me serví una copa de vino. Ahora que por fin había acabado con la medicación, bien podía disfrutar de un placer sencillo. Necesitaba relajarme, ya que, nada más poner un pie en el despacho, aparte de recibir un abrazo de Estela y un tirón de orejas, me habían llegado muy malas noticias.

Noticias que debía contarle a Berenguela, pero con el encontronazo que habíamos tenido, difícilmente podríamos hablar. Mientras bebía el vino, la oí moverse por el dormitorio y el cuarto de baño. Lo normal en un apartamento de dimensiones reducidas. A ver cómo enfrentábamos la situación.

Luego oí la puerta del dormitorio abrirse y la vi acercarse. Por su cara seria, intuí que el diálogo no estaba entre sus prioridades.

—Por cierto, hoy he pasado por mi apartamento. Han entrado y lo han revuelto todo —me soltó a bocajarro.

—¿Cómo?

—Han destrozado muchos de los enseres y supongo que casi todo habrá quedado inservible. Me da igual, pienso mandar a una empresa de limpieza y que lo tire todo a la basura —añadió, y me quedé pasmado al ver con qué tranquilidad lo mencionaba.

—¿Y me lo dices así, como si nada? —Berenguela asintió—. ¿Han forzado la cerradura?

—No.

—¿Quién tiene llaves de tu casa?

—Sólo Natalia.

—Joder... —mascullé, y saqué el móvil de mala hostia para llamar a Armando.

Mientras le contaba la situación, Berenguela cogió la copa de vino que yo había dejado a medias y bebió un buen sorbo.

—Mañana mismo nos pasamos por allí —me dijo Armando preocupado—. La policía científica tomará huellas, aunque me temo que no nos servirán de nada. Respecto a la cerradura, ¿qué tipo tiene?

Se lo pregunté a Berenguela y ella fue a por su bolso, de donde sacó el juego de llaves y me las mostró. Yo hice una foto y se la envié a Armando.

—¿Y bien?

—Aparte de que este tipo de cerraduras las abren con suma facilidad, porque bien con la técnica del *bumping* o bien con un extractor, saltan sin problemas, cualquiera ha podido hacerse una copia en menos de diez minutos sin que ella se haya dado cuenta —me explicó mi amigo.

—Me lo estás pintando de puta madre —mascullé tenso.

—No te des un mal rato. Dile que te deje un juego de llaves para poder acceder y que nos dé autorización para ello.

—De acuerdo. Mañana lo tendrás. Gracias por todo.

—Anda, ve a descansar o lo que te apetezca. Buenas noches.

—No sé de qué va a servir eso —contestó Berenguela, manteniendo las distancias. Su tono denotaba resignación y me sentó como una patada en los mismísimos, pues no quería, bajo ningún concepto, que empezáramos a

mostrarnos derrotistas.

—Eso ya lo veremos —murmuré e inspiré hondo, porque yo también tenía noticias que darle y, por desgracia, tampoco nada halagüeñas—. ¿Has hablado con tu abogado?

—Sí, esta mañana. Me ha llamado a la oficina. He quedado con él mañana a primera hora, en su despacho —me informó, y me hubiera gustado prohibírsele, pero era consciente de que eso sólo aumentaría su tozudez.

—¿Habéis hablado del caso?

Berenguela torció el gesto.

—Aunque te resulte extraño, no.

—¿Y de qué habéis hablado?

—¿Esto es un interrogatorio? —inquirió, arqueando una ceja y añadió en tono de advertencia—: Porque no estoy por la labor. ¿De acuerdo?

—Escucha, con independencia de lo que yo pueda opinar o dejar de opinar sobre que ese tipo no sólo se interese por tus asuntos legales...

—No me montes una escenita de celos, Fabio. Por ahí sí que no paso —me interrumpió.

Mierda, en eso llevaba razón, me estaba comportando de forma irracional; sin embargo, era algo que no lograba controlar y me jodía bastante que me afectara de ese modo.

—No son celos —dije, mintiendo a medias—, es otra cosa bien distinta. Hoy, en el despacho, he buscado por todas partes la denuncia que supuestamente tenía que haber contra Matías Narváez para cubrirte de algún modo las espaldas. Y no la he encontrado por ningún lado.

—¿Cómo?

—Puede que sí, que me joda el hecho de que quedas con otros, en especial con un tipo que, si no hace bien las cosas, puede causarte muchos perjuicios. Pero no soy tan irracional como para montarte una «escenita de celos» —dije cabreado.

—Joder...

—Creo haberte demostrado que no soy un hombre anclado en valores anticuados. Por mi parte tienes toda la libertad del mundo para hacer y deshacer a tu antojo, más que nada porque espero que sea recíproco. Sin embargo, ahora ambos nos encontramos en una situación delicada. No hace falta que te recuerde

lo que nos jugamos. Los dos.

Berenguela apartó la vista. Sin duda reflexionaba acerca de mis duras palabras. Habían sonado a reproche, sí, aunque era necesario que entendiera de una jodida vez que un paso en falso y nos íbamos a la mierda de cabeza. Ya era lo bastante complicado lidiar con gente de fuera, como para que encima ella y yo acabáramos discutiendo por cuestiones pueriles, cuando deberíamos estar más unidos que nunca.

—Nunca te he pedido ayuda —afirmó en voz baja.

—Eso ha sido un golpe bajo —repliqué dolido.

Me di cuenta de que así no íbamos a ninguna parte, que cada palabra pronunciada podía tergiversarse y enredar aún más nuestra complicada relación.

—No hacía falta que me recordases lo obvio —contestó, y se frotó las sienes.

—Escucha...

—No, escúchame tú. Quiero salir de esta mierda en la que estoy cuanto antes. Mañana hablaré con Eliseo y le pediré explicaciones, no lo dudes, pero entiende que no puedes dirigirlo todo, no puedes ser juez y parte. Joder, Fabio, ¡entiéndelo!

—Pues ya es un poco tarde para eso, ¿no crees?

—Me voy a la cama, estoy agotada.

Salió de la cocina y, si bien el sentido común me recomendaba dejar ahí la charla, mandé al cuerno mi habitual contención y fui tras ella.

—¿Sabes qué me he encontrado hoy en el despacho?

No respondió. Se puso a lavarse los dientes, aunque, eso sí, no me dio con la puerta del baño en las narices.

—Un parte médico de lo más aterrador —proseguí y me miró de reojo—. Hace una semana, encontraron a Mónica en un callejón, casi agonizante. Le habían dado una paliza brutal y está viva de milagro.

—¡¿Qué?! —chilló histérica, dejando caer el cepillo de dientes al suelo. Se acercó a mí y me agarró de la camisa a punto de llorar.

—Ha pedido verme —proseguí y, al ver su congoja, la abracé.

—¿Y cómo está? —inquirió llorosa.

—No lo sé, joder... —estallé, y creo que entonces fue consciente de por qué me preocupaba de ella, de mis preguntas al verla llegar tarde o sobre el proceder de su abogado.

—Lo siento... —murmuró.

La estreché entre mis brazos hasta que su llanto remitió. Me sentí impotente por no poder hacer nada para evitar la situación.

Me pidió que la llevara al hospital; no obstante, tuve que negarme en redondo, ya que su presencia alertaría a quienes seguramente vigilaban los movimientos de su amiga. En cambio, yo, como juez, podía acceder a ella sin problemas, con independencia de que conociera o no a la víctima.

Logré que Berenguela se serenara lo suficiente como para acostarnos, prometiéndole toda la información al día siguiente sobre el estado de Mónica. Por supuesto, me reservaría lo que considerase oportuno para no preocuparla más.

Antes de quedarse dormida, hizo algo que me sirvió para olvidar cualquier enfado previo. Se recostó sobre mí, me puso una mano sobre el pecho y susurró un «te quiero», débil aunque audible.

No hubo sexo y no me importó.

Después de todo, no lo estábamos haciendo tan mal.

Al día siguiente y a regañadientes, tuve que dejarla marchar, pese a que me reconcomiera por dentro no poder acompañarla. Berenguela se despidió y prometió llamarme a la hora de comer. Tras reflexionarlo, me di cuenta de que la discusión de la noche anterior, en principio preocupante, nos había servido mucho para exponer nuestras opiniones. Me jodió un poco que me tomara por un tipo intransigente o, peor aún, obsesionado con vigilarla o conocer cada uno de sus movimientos.

Saltaba a la vista que Berenguela tenía carácter, las ideas claras y poca paciencia respecto a algunos asuntos y eso, lejos de intimidarme, me puso a cien; lástima que el desarrollo de los acontecimientos no me fuera muy propicio. Sin embargo, logré oír por fin de sus labios un «te quiero» y además dormimos acurrucados como si hubiéramos echado el polvo del siglo.

Al final dejé para otro momento las pretensiones sexuales, así como las consideraciones respecto al carácter de mi mujer, y me arreglé, pues tenía por delante una jornada complicada. Pero antes debía ocuparme de un asunto fundamental.

Hice una parada en una joyería y encargué las alianzas. La dependienta se esforzó por venderme unas bastante clásicas y caras, por supuesto. El dinero me traía sin cuidado, lo que no buscaba era algo común, para empezar. Después de tres cuartos de hora desesperantes, me mostraron las que yo había imaginado. De platino, sin adornos.

Me preguntaron si quería grabar algo y negué con la cabeza. De momento ese detalle tendría que esperar. En cambio, sí compré dos cadenas del mismo material, porque por desgracia no podríamos ponernos las alianzas, así que nos conformaríamos con llevarlas colgadas.

Con el estuche de la joyería a buen recaudo en el bolsillo del abrigo, me fui a la cita con Armando, pues quería saber cuanto antes si por una de esas casualidades de la vida habían encontrado huellas válidas.

Cuando llegué a la cafetería situada justo frente al apartamento de Berenguela, mi amigo ya estaba allí esperándome.

—Vaya, señorita, qué mala cara me traes; ¿problemas?

—Señor agente, no me toque la moral. ¿Qué tienes?

—De momento nada —murmuró apesadumbrado—. Los de la científica han localizado grupos de huellas, pero intuyo que serán las de la señorita Zahner.

—Genial —mascullé.

—No han forzado la cerradura, eso también lo hemos comprobado. Te recomendaría que la cambiara y, para poder garantizar al menos un poco la seguridad, que no le dé las llaves a nadie. Y cuando digo «a nadie», es a nadie.

Torcí el gesto.

—Será complicado, pero se lo haré entender.

—Bueno, de momento no hay más cuestiones legales que tratar. Vayamos a las personales: ¿qué coño estás haciendo, tío? —inquirió, poniendo cara de amigo preocupado—. Y no te salgas por la tangente. Has estado un mes con ella, a solas en tu picadero de la sierra.

—No es un picadero —lo corregí, y él arqueó una ceja—. Bueno sí, lo era, pero te aseguro que eso pasó a la historia.

—Qué pena.

—Oye, se supone que ahora estás emparejado, olvídate de las noches de fiestas locas, las tías anónimas y demás —le advertí.

No hizo falta mencionar que si se le ocurría desviarse del camino correcto le

cortarían los huevos y no sería yo la mano ejecutora.

—Vale. Perfecto, aunque digo yo que, en honor a los viejos tiempos, me dejarás las llaves un fin de semana o dos.

—Cuando quieras —contesté, recordando las veces que Estela y yo habíamos estado en aquella casa, y llegué a la conclusión de que mi ex no estaría por la labor.

—Gracias. Y ahora no cambies de tema...

Le expliqué una versión correcta de la situación en la que me hallaba. No le oculté que mi intención era estar junto a Berenguela y omití el hecho de que nos habíamos casado, tal vez para que no me pusiera la cabeza como un bombo sobre el millón de inconvenientes de semejante decisión. Ya sabía lo que pensaba de mi relación con Berenguela, sin embargo, al final Armando terminó aceptando que no era un capricho y que, a pesar de su opinión, me ayudaría en todo.

Con la tranquilidad de contar con su apoyo, me despedí de él, prometiéndole una noche de chicos como las de antes, a ser posible la semana siguiente. Cosa que por cierto me apetecía mucho. Salí de la cafetería y no sé si por instinto o por sugestión, miré por encima del hombro. No vi nada raro, pero aun así no me sentí seguro.

Mi siguiente parada era el hospital. Durante el trayecto en taxi, me preparé para afrontarlo, recordándome que la visita debía discurrir de forma profesional. Le tomaría declaración a Mónica y nada más, pues hasta que no se demostrara lo contrario, no era de fiar.

Capítulo 53

Berenguela

—¿Por qué no denunciaste a ese cabrón?

Eliseo se retocó el nudo de la corbata y me miró a la espera de que me tranquilizara.

Había llegado hacía diez minutos y, tras las consabidas preguntas de cortesía, nos habíamos acomodado en su despacho para ponernos al día de todas las cuestiones pendientes que tanto me afectaban. Pero yo sólo quería saber por qué había desobedecido mis indicaciones.

—Berenguela, escucha, no es una buena decisión —dijo con aire solemne, buscando entre sus documentos.

—No entiendo por qué.

—Mira, Matías Narvárez es muy listo y tiene muchos contactos. ¿De verdad crees que prosperará una denuncia? ¿Que el juez Castell la tomará en serio? ¿En qué te basas?

Joder, morderme la lengua me iba a costar mucho.

—Pues nada, ¡que se vaya de rositas! —exclamé sarcástica.

—No he dicho tal cosa. Simplemente, creo que es más acertado negociar con él.

—Negociar... —repetí con incredulidad ante lo que me sugería—. ¿Con ese hijo de mala madre?

—No es santo de mi devoción, ya lo sabes, no obstante, me parecería acertado. Igual que nos hemos mostrado colaboradores con el juez, y eso nos ha

permitido ganar tiempo, también podemos utilizar la misma táctica con Narváez.

—¿Y qué conseguiremos con ello?

—Primero que no te denuncie a ti por despido improcedente.

Resoplé al oír eso y al medio minuto me di cuenta de una cosa.

—¿Y por qué no lo ha hecho ya?

—Porque..., es muy inteligente y está esperando a que tú hagas el primer movimiento.

—Ya... —dije no muy convencida, porque la impresión que yo tenía de Matías era bien distinta—. A mí nunca me ha parecido un tipo de esos que se sientan a esperar a ver qué pasa, creo que es de los que actúan.

—No sabría decirte, pero dado que no ha hecho nada, eso nos da ventaja —afirmó Eliseo, y hasta me hizo dudar.

Yo había entrado convencida y aconsejada por Fabio sobre los pasos a dar, sin embargo, la teoría del abogado tenía cierta lógica, aunque me repateara admitirlo, pues eso significaba hacerle al cabrón de Narváez ciertas concesiones.

—¿Y qué propuesta le haríamos?

—Lo principal es que te libere de responsabilidades —respondió, y me puso nerviosa cómo me observaba, con demasiada intensidad. Cierto que Eliseo había sobrepasado hacía tiempo la línea roja entre clienta y abogado, pero no me gustaba la idea de que continuara avanzando—. Para eso sería conveniente hacerle una oferta.

—¿Qué oferta? —pregunté, intuyendo de qué se trataba.

—Reabrir el Miami.

—¡Ni hablar!

—Escucha, por favor. Reabrirlo no como ha funcionado hasta ahora —se apresuró a añadir ante mi expresión ceñuda. Utilizó un tono condescendiente que no me gustó nada en absoluto—. Podrías ofrecerle un alto porcentaje de participación hasta cederle por completo la titularidad.

—Yo en su lugar no lo aceptaría —contesté, negando con la cabeza—. Porque eso implicaría ser responsable de lo que allí se cuece, mientras que funcionando como hasta ahora, yo soy la que paga los platos rotos. No creo que sea tan tonto como para aceptar.

—No te cierres en banda... —me aconsejó, acompañando sus palabras con una sonrisa seductora.

—He dicho que no. Estoy dispuesta a ceder el edificio a una organización benéfica o a cualquier otra causa de interés social, pero bajo ningún concepto quiero que ese cabrón, encima de salir indemne, se lleve algún beneficio. Porque no es trigo limpio y lo sabes.

Eliseo repiqueteó con su estilográfica sobre el escritorio. No parecía muy entusiasmado con mis ideas (algo con lo que ya contaba), aunque me parecía desesperante que pensara más en ese asqueroso de Matías que en mí.

—¿Crees que tiene algo que ver con el accidente del juez Castell?

Ésa era una pregunta trampa, o al menos una prueba. Respiré y reflexioné la respuesta. En lo que más cuidado debía tener no era en las palabras, sino en el tono.

—No sabría qué decirte, aunque resulta sospechoso, ¿no crees?

—Toda la investigación está bajo secreto de sumario, así que el resto son conjeturas.

—Conjeturas..., ya, como entrar en mi apartamento y revolverlo todo — solté, disgustada con la pasividad que demostraba.

—¿Cuándo ha ocurrido eso? —preguntó sorprendido, levantándose de su sillón ergonómico.

Rodeó su escritorio y se colocó a mi lado, dispuesto a consolarme, algo que yo no necesitaba ni quería.

—No lo sé.

—Tendrías que haberme avisado —me recriminó, y permití que me cogiera la mano—. Has estado fuera un mes, Berenguela. Te podría haber pasado cualquier cosa y ni siquiera te dignaste comunicarme tu paradero.

—Ya te lo dije, necesitaba desconectar.

—¿Has estado sola todo el tiempo? —insistió, ahora en persona.

—Sí —contesté sin titubear.

Eliseo fingió creerme y por suerte no ahondó en el asunto. Mejor.

—¿Has llamado a la policía? ¿Has puesto una denuncia?

—Eh...

Mierda, ¿cómo se me había podido pasar ese detalle por alto? Fabio se había encargado de todo, algo que no debía mencionar.

—¡Berenguela! —exclamó regañándome—. Vamos ahora ipso facto a denunciarlo.

—Ya me ocupo yo, tranquilo —dije, recuperando mi mano.

—Te acompaño —se ofreció, poniéndome en un aprieto.

—Prefiero ir sola, gracias —me reafirmé, y al final tuvo que ceder—. No te preocupes, te facilitaré una copia de la denuncia.

—Sí, nos vendrá bien —murmuró, descontento por mi actitud distante, aunque ¿qué esperaba? ¿Que me arrojara a sus brazos en busca de consuelo?

Aparte de que llevaba muchos años consolándome a mí misma, tenía otro en quien confiar para eso.

—Respecto a Narváez, de acuerdo, llámalo, pero no le ofrezcas nada. Sólo tantea el terreno —le indiqué, cogiendo el bolso para salir de allí—. Quiero saber qué busca o qué pretende. Que sea él quien haga una oferta, no yo.

—Muy bien, así lo haré —convino, adoptando de nuevo la actitud de abogado.

Abandoné el despacho de Eliseo, no muy contenta, y pedí un taxi para dirigirme a la comisaría. Entonces me di cuenta de que primero debía hablar con Fabio para no meter la pata.

Como si de una película de espías se tratase, y mascullando por lo bajo, me fui a un locutorio y me dispuse a llamar. Quizá fuera una estupidez, no obstante, me pareció más acertado que utilizar mi propio móvil.

—Despacho del juez Castell, ¿dígame?

Genial, Estela al teléfono.

—Soy yo —dije en voz baja.

—¿Con quién hablo, por favor?

—Estela, maldita sea —mascullé ante su tonito de secretaria competente.

—Ah, vale...

¿Se estaba burlando de mí?

—Necesito hablar con él.

—Joder, parecemos dos tontas del culo hablando en clave. Muy bien, te seguiré el juego —me soltó, y estuve a punto de decirle un par de palabras malsonantes—. Su señoría aún no ha hecho acto de presencia. No me ha comunicado la hora a la que tiene previsto acudir a su puesto. ¿Quiere que le deje algún recado?

—Es urgente. ¿Dónde está? —pregunté, y miré le reloj; ya debería haber llegado a su despacho.

—No lo sé —replicó Estela ya sin el tono pedante—. No me dijo nada ayer. A saber, porque en los últimos tiempos no se comporta como solía hacerlo.

—De acuerdo. Gracias. Intentaré localizarlo en el móvil.

—De todas formas, le diré que has llamado.

Fabio me había contado toda su historia con esa mujer y yo no sabía muy bien cómo asumir que en un momento de sus vidas estuvieron tan unidos. No eran celos, no era preocupación, tan sólo curiosidad por entender qué tipo de relación los unía ahora. Saltaba a la vista que Estela lo quería y que se preocupaba por él y, por ende, yo era una especie de peligro, porque por mi culpa todo el mundo de Fabio se podía venir abajo.

Con ese runrún en la cabeza y mirando a mi alrededor por si alguien me había seguido, marqué el número de móvil, esperando tener suerte y contactar con Fabio.

—¿Diga?

Casi me pongo a dar gritos de alegría cuando respondió al tercer tono.

—Soy yo —murmuré, y aunque me parecía ridículo no decir mi nombre, continué evitándolo.

—¿Desde dónde me llamas? —inquirió preocupado.

—Desde un locutorio. No he querido hacerlo desde el móvil —expliqué, y me mordí la lengua para evitar preguntarle por qué no estaba ya en su despacho. No quería darle pie a que, después de la discusión de la noche anterior, me lo echara en cara.

—Dime en cuál y voy a buscarte —dijo, y de fondo oí los ruidos típicos del tráfico, por lo que supuse que se encontraría en la calle. Entonces me acordé de que iba al hospital a ver a Mónica.

Sentí una especie de alivio tonto y ridículo.

—No hace falta, de verdad.

—Eso lo decidiré yo —me cortó seco.

—Escucha. Tengo que ir a poner la denuncia sobre el robo en mi apartamento, pero antes quería comentarlo contigo.

—No vamos a hablar de esto por teléfono —gruñó—. Dime la dirección y voy a buscarte.

Miré a mi alrededor. En el local sólo había una encargada que, si bien se extrañó al verme entrar, ahora pasaba de mí olímpicamente. A pesar de no estar

muy de acuerdo, terminé dándole la dirección a Fabio y él me prometió que llegaría en menos de veinte minutos.

«Genial —pensé—. Citándome en un locutorio con mi marido.» La cosa ya no podía ser más surrealista. Y eso que nuestra boda a estrafalaria no la ganaba nadie.

¿Qué sería lo próximo? ¿Cena romántica en una cueva?

Me quedé sentada en el locutorio y, para que la encargada no preguntase, me acerqué al mostrador, pagué las llamadas y compré un par de revistas de decoración. Le pregunté si podía esperar dentro y asintió.

Apenas quince minutos más tarde apareció Fabio. Parapetado tras sus gafas de sol, vestido de punta en blanco y con expresión neutra, se acercó hasta donde yo estaba y le indiqué que se sentara junto a mí.

—Esto de las citas clandestinas es muy complicado —comenté en voz baja, y eso lo hizo sonreír.

—Lo sé —dijo, guardándose las gafas en el bolsillo delantero del abrigo.

—Mi abogado ha insistido en que presente una denuncia, por eso necesito hablar contigo.

—Tu abogado debería ocuparse de otros asuntos —replicó y no le faltaba razón, aunque preferí no entrar en el tema. No al menos hasta ver si la teoría de Eliseo de negociar daba sus frutos—. A lo largo de la mañana tendré el informe policial. Haré que te envíen una copia.

—¿Y cómo explico el hecho de que la policía haya estado en mi casa sin yo haberlo denunciado antes? —pregunté.

—Armando se encargará de eso, no te preocupes. ¿Algo más?

La verdad era que sí, pensé, porque me hubiera gustado que aquella conversación no fuera tan técnica. Tan distante. Hablábamos casi como dos extraños.

—¿Has visto ya a Mónica?

—No. Antes tenía que ocuparme de otro asunto —contestó serio.

Lo tenía enfrente. Sabía que en unas horas dormiría con él, abrazada a él; sin embargo, y no supe por qué, necesitaba tocarlo, aunque fuera un simple roce.

Miré a la mujer y, al comprobar que nos daba la espalda mientras ordenaba un expositor, le cogí la mano. No me limité a eso, entrelacé los dedos y él, de forma automática me dio un apretón y me sonrió.

—Gracias —susurré.

—De nada.

Fabio fue quien se levantó primero, rompiendo el contacto. Miró por encima del hombro para controlar a la encargada y después se inclinó para darme un beso rápido en los labios. Me dijo un «hasta luego» que me supo a muy poco. Luego se puso las gafas de sol y se marchó.

Me quedé allí un rato, hojeando las revistas, para esperar un tiempo prudencial antes de abandonar el locutorio. Diez minutos más tarde consideré que ya había esperado lo suficiente.

—Liarse con hombres casados siempre acaba mal —me espetó la mujer, al pasar por delante del mostrador.

—¿Cómo dice? —pregunté sin comprender.

—Al principio todo son hoteles de lujo, cenas románticas y regalos. Siempre te dicen que eres importante, que van a dejarlo todo por ti y sólo te follan. Después inventan excusas, te dan largas y te citan en lugares discretos — comentó, dando a entender que hablaba con conocimiento de causa.

Me hizo cierta gracia, así que respondí:

—¿Y por qué ha supuesto eso?

—Fácil. Usted va bien vestida, él también. Sólo la ha tocado cuando usted ha hecho el primer movimiento y después se ha largado con un beso rápido, dejándola pensativa. Blanco y en botella..., querida.

Vaya, por lo visto no se le escapaba nada.

—Tiene toda la razón —convine, porque, desde luego, como coartada aquella rocambolesca explicación no tenía precio.

—Déjelo antes de que le haga más daño.

Por la noche tendría algo que contarle a Fabio. Sin duda iba a divertirse; o al menos eso esperaba.

—Lo intentaré...

Capítulo 54

Fabio

Aquella noche y las siguientes Berenguela llegó a casa pronto. Incluso hubo días en que antes que yo. Era una estupidez, pero así me sentía mucho más tranquilo.

Nuestra complicada situación se había quedado en *stand by* a la espera de más informes, y eso que la fiscal insistía en tocarme los cojones y citar de nuevo a Berenguela. Lola no cejaba en su empeño de tensar la cuerda, aunque, por suerte, los técnicos de Hacienda aconsejaron esperar, pues debido a los acontecimientos que yo ya conocía sobre el cierre del Miami, creían que todo el dinero que movía aquel club afloraría por otro lado, y que así se obtendrían pruebas mejores y más contundentes para incriminarla. Toda una paradoja, desde luego.

Además, estaba el asunto de Mónica. La visité en el hospital y ella, que mentía al decir que no conocía la identidad de sus agresores (cierto desde un punto de vista técnico, pues los matones enviados, efectivamente, podían ser desconocidos), insistió en que en ningún momento nos había traicionado.

En ese punto tuve que otorgarle el beneficio de la duda, pues si alguien hubiera sabido de mi relación con Berenguela no le habría hecho falta enviar matones; con filtrarlo a la prensa el daño hubiera sido inmenso e irreparable. La conversación con la señorita Herrero derivó en algo más personal, ya que a pesar de todo lo ocurrido insistió en que quería colaborar y en la medida de lo posible, seguir ayudándonos. Me explicó que siempre estaría en deuda con Berenguela

por haberle cedido la propiedad de la vivienda y sobre todo por haber estado a su lado y por cierto favor que le hizo. Eso último me resultó contradictorio, aunque preferí no ahondar, pues a saber qué entendían ambas por *favor*. Me quedé con la mosca detrás de la oreja, pues Mónica, no sé si para provocarme o sólo por divertirse, ya que iba a pasar una larga temporada en el hospital, lo dejó caer con cierto retintín.

Después, cuando le conté la conversación a Berenguela, tampoco quiso entrar en detalles y se centró en lo relevante, es decir, el estado de salud de su amiga. De nuevo tuve que convencerla para que no fuera al hospital.

Según el parte médico, aparte de contusiones por todo el cuerpo, se habían ensañado con la cara, pues para una prostituta su aspecto era fundamental y más en el caso de Mónica, que era de altos vuelos. Tuve que controlar la mala hostia que sentí al comprobar cómo algunos hijos de puta se cebaban con las mujeres por el mero hecho de la condición de éstas y porque, no se podía olvidar ese detalle, la señorita Herrero, con su inteligencia y habilidades para los negocios, dejaba a muchos de esos imbéciles, que sólo conocían el lenguaje de los puños, a la altura del betún.

Sin tener en cuenta todas esas consideraciones, lo importante era que se complicaba la situación. Habían ido a por mí, a por Mónica. Estaba cantado, la siguiente sería Berenguela; de ahí que yo insistiera por activa y por pasiva en que se dejara aconsejar y que por supuesto abandonara de nuevo su trabajo. Como era de esperar, se negó en redondo, lo que derivó en nuevas discusiones. Y yo empezaba a estar hasta los cojones de que mi vida conyugal funcionara a trompicones, en su mayor parte por influencias exteriores, porque, maldita fuera, no había día que no tuviera un nuevo fuego que apagar, y no sabía cómo enfocar el asunto.

Las alianzas seguían a buen recaudo en mi bolsillo, porque entre una cosa y otra no había encontrado el momento idóneo. Entregarle la suya a Berenguela tras cenar en silencio por nuestra disparidad de criterios no me parecía adecuado o, dicho de otra forma, no era romántico.

A pesar de todas las dificultades, de las discusiones y demás roces, había algo que jamás fallaba. Dormíamos juntos y ella, al contrario que otras mujeres, nunca utilizaba el sexo como herramienta de castigo. Y era de agradecer. Por supuesto, no todas las noches follábamos, lo que en principio me sorprendía

hasta a mí mismo. Podía dormirme tranquilo con el simple placer de tenerla en mis brazos.

Pero si cada noche juntos era una especie de bálsamo, sus efectos se iban al carajo cada mañana. Berenguela insistía en marcharse a trabajar, pese a que yo podía asumir todos los gastos sin esfuerzo y, además, ella aún disponía del dinero en efectivo que se había llevado del Miami. Algo que yo, por supuesto no aprobaba, aunque hice la vista gorda, ya que nadie había denunciado su desaparición. Y me hubiera gustado encontrarme una denuncia por parte del cabrón de Narvéez acusando a Berenguela formalmente.

Desde luego, el tipo se las sabía todas, algo por otra parte lógico si quería sobrevivir. Pero de igual modo que yo ansiaba la denuncia del tipo, también esperaba nervioso la de Berenguela, que día tras día continuaba sin aparecer en mi juzgado. Se lo había recalcado y ella, aparte de enfadarse ante mi insistencia, se excusaba diciendo que era cosa de su abogado.

Otro maldito cabrón. Hastiado de que no se hicieran las cosas bien, algo que siempre me jodía, y en aquel caso mucho más, terminé estallando durante la cena.

—Tienes que deshacerte de Palazón —dije, sirviendo la comida, mientras ella ponía las copas y descorchaba una botella.

—No —contestó, dándome a entender que no continuara por ese camino—. Es mi abogado. Punto.

—Es un cretino además de un incompetente —la corregí—. Y al final tú vas a pagar las consecuencias.

—Sólo por el hecho de opinar diferente que tú no significa que lo esté haciendo mal —lo defendió.

—Escucha, aquí no hablamos de diferentes puntos de vista, hablamos de la realidad. Como abogado debería haberlo dejado todo solucionado hace mucho y sin embargo sigue mareando la perdiz. ¿Y sabes por qué?

—Dímelo tú —respondió irónica.

—Porque hay mucho dinero en juego. Convenciéndote de «limpiar» el patrimonio que te dejó tu padre, se asegura de que en un futuro necesites a alguien para gestionarlo —le expliqué, cansado de perder el tiempo.

Berenguela me miró unos segundos pensativa. Quizá por fin había logrado sembrarle la duda respecto a la lealtad de Palazón.

—Me voy a la cama —dijo al fin malhumorada, dejando su cena a medias y a mí plantado en la cocina.

—Cojonudo —mascullé.

No fui tras ella ni tampoco estampé los platos contra la pared. Terminé de cenar solo en la cocina, dándole tiempo para que se calmara. No obstante, me fue imposible disfrutar de la comida, ya que no dejaba de darle vueltas al asunto. Estábamos tensando demasiado la cuerda y tantos enfrentamientos al final nos iban a pasar factura. Sentí miedo de que llegara un día en que, tras discutir, no encontráramos un motivo para seguir adelante.

Recogí los trastos, dejé la cocina limpia y fui en su busca.

Al entrar en el dormitorio me sorprendió no encontrarla en la cama leyendo o durmiendo, sino delante del armario y, lo que era más extraño, rodeada de bolsas, cajas, ropa tirada encima de la cama y zapatos alineados junto a la pared.

Me entró el pánico.

Se marchaba.

Fui directo hacia ella, nada de medias tintas, y la sujeté de las caderas. El efecto sorpresa me benefició y de ese modo pude empujarla hasta dejarla contra la pared, sin posibilidad de escapatoria. Alcé una mano, que coloqué al lado de su cabeza, y me incliné, primero para olerla, aun a riesgo de parecer un perro que olisquea en cuanto ve a una hembra en celo, y segundo, para poder tocarla, sentirla. Joder, que todo no iban a ser malos ratos.

Comencé a besarla en el cuello, controlándome para no morderla, mientras metía una mano por debajo de su falda y disfrutaba del calor de su piel al tiempo que buscaba sus bragas, que no todo iba a ser poesía.

Berenguela gimió bajito cuando le rocé el elástico. Metí un dedo dentro con intención de masturbarla, pero cuando estaba a punto de llegar a su sexo, ella se retorció.

—Aparta —farfulló, empujándome.

—Ni hablar —respondí y busqué sus labios, porque a lo mejor estaba siendo un poco bruto y, tras el enfrentamiento, lo mejor era elegir un camino más lento y seguro. Por suerte pude saborear su boca y disfrutar del beso a conciencia.

Absorbí sus gemidos y la imité, pues las cosas se estaban encarrilando. Bueno, más o menos, pues si bien notaba que su cuerpo respondía, me daba la sensación de que su mente no terminaba de aceptar mis caricias. No quería

limitarme a besarla y por eso la agarré del culo para acercarla más a mí. Joder, qué gustazo sentirla así.

Me dediqué unos minutos a tocarla, a besarla, en definitiva, a excitarla controlando mi propio deseo ya que, de haber podido, en aquel instante le hubiera levantado la falda, arrancado las bragas y sin titubeos se la habría clavado. De pie, a lo bestia; sin embargo, continuaba paciente, a pesar de que me moría por liberar la polla del confinamiento de mis pantalones.

—He dicho que no —exclamó ella empujándome.

Obedecí, no sin antes soltar un par de exabruptos. Di un paso atrás y me pasé las manos por el pelo; no quería cabrearme antes de tiempo.

Hice un barrido visual de la habitación y dije, sin calibrar muy bien mis palabras:

—Te largas, ¿me equivoco?

Berenguela parpadeó y después negó con la cabeza. Eso sí, no con la contundencia que yo hubiera deseado para así alejar las dudas.

—¿De dónde sacas eso?

Señalé todas las prendas desperdigadas por el dormitorio. Teniendo en cuenta su pulcritud habitual, daba que pensar, y como las cosas cada vez se nos ponían más difíciles, tal vez por desgracia ya había llegado ese terrible momento en el que ya no quedaban lazos suficientes para soportar tantas adversidades.

—Tu ropa —respondí con sequedad.

—¿Mi ropa? —repitió, y yo asentí—. ¿Porque no está ordenada piensas que me marcho?

—¿Qué otra explicación puede haber...? —mascullé.

Entonces ella agarró lo primero que pilló y levantó un vestido azul marino, haciéndolo ondear delante de mis narices.

—He tenido que encargar ropa nueva porque la mía no he querido ni tocarla.

—Joder...

—Y estoy organizándola, porque no disponemos de espacio suficiente —añadió con retintín.

Decir que me quedé con cara de estúpido era poco, pues tanta ofuscación no me había ayudado precisamente a aclarar las cosas. Había metido la pata, de acuerdo, pero al menos me sentí aliviado porque no iba a abandonarme. Bueno, como mínimo una noticia positiva, pensé. Pese a que quedaba el asunto del

rechazo. Algo que me escoció y no entendí. ¿Qué relación existía entre ordenar ropa nueva y alejarse de mí?

Esperé a que terminara de recoger las prendas y, sin tener muy claro que fuera buena idea, ya que Berenguela ni me había mirado ni me había dirigido la palabra, la abracé desde atrás y me pegué a su espalda. No iba a acosarla de nuevo, pero sí esperaba respuestas.

—¿Qué te pasa? —pregunté en voz baja.

Noté su incomodidad en cuanto la toqué. Algo que hasta aquel momento nunca había ocurrido.

—Esta noche quiero descansar. No me apetece follar —me espetó, y su tono seco e hiriente me hizo sospechar.

—No tenemos por qué follar —contesté, más relajado de lo que en realidad lo estaba.

—Pues no lo parece —añadió, intentando liberarse.

Resoplé. Siempre he odiado las escenas de ese tipo, porque son una trampa.

—Escucha, no lo negaré: besarte, tocarte y cualquier otra cosa que implique tenerte cerca, y a ser posible desnuda, es un placer al que no quiero renunciar —repliqué sin titubear. Noté que inspiraba y que continuaba tensa. No sé por qué demonios quería apartarse de mí, y eso me desesperaba—. Dime de una vez qué te ocurre —insistí, cansado de marear la perdiz.

Berenguela consiguió separarse y se dio la vuelta para encararme. No me gustó nada la mirada que me dirigió.

—Tengo un retraso —dijo en voz baja—. De una semana, para ser exactos.

Me quedé inmóvil mientras procesaba aquella información. Y por lo visto mi silencio fue como una bofetada, pues ella se encerró en el baño.

De acuerdo, la había cagado.

Me senté en el borde de la cama. Ya era tarde para decir las palabras adecuadas, pero no para actuar de la forma correcta. Con la cabeza gacha, intenté asimilar la noticia, porque de confirmarse... Cierto que en algún momento todo hombre piensa en ser padre. A algunos se les pasan las ganas al medio minuto y otros, como era mi caso, simplemente posponen el asunto para otra ocasión.

Con Estela lo llegamos a hablar, pero ambos estábamos más pendientes de nuestras vidas y, como corresponde a la edad, éramos egoístas. Después vivíamos demasiado cómodos y por último éramos una pareja rota que ya sólo

pensaba en echar un polvo cuando le venía bien.

En los últimos tiempos mi vida giraba en torno al trabajo y de ahí que ni se me pasara por la cabeza el asunto de la paternidad y menos con la que nos podía caer encima a Berenguela y a mí. Sin embargo, a medida que pasaban los minutos, allí sentado, esperándola, me di cuenta de que la idea no me disgustaba. Bueno, puede que hubiéramos precipitado las cosas, pero debía enfrentarme a la realidad.

Con la convicción necesaria, me puse en pie y me quedé junto a la puerta del cuarto de baño. Dudé entre entrar o llamar primero y al final opté por ser moderado.

—¿Berenguela? —dije con suavidad, golpeando con los nudillos.

—Ahora salgo —respondió en tono bajo.

Preguntarle si estaba bien era sin duda la mejor forma de cabrearla, así que esperé y no tardó mucho en salir. Se había cambiado y preparado para meterse en la cama. Como siempre, con su camiseta de tirantes finos y un pantalón corto.

Fría, así era como actuaba. No me miró ni me rozó al pasar a mi lado. Odiaba ese comportamiento y no estaba dispuesto a permitirlo, pues era el primer paso hacia un distanciamiento que sólo nos acarrearía hastío, indiferencia y, lo peor, ruptura.

Antes de que se metiera bajo las sábanas, la detuve agarrándola de la muñeca.

—Mírame —exigí, procurando no parecer nervioso.

—Es tarde, hablaremos mañana —musitó sin obedecerme.

—Berenguela, pase lo que pase... —Le coloqué una mano sobre el vientre y no dije más.

No hacía falta.

Capítulo 55

Berenguela

«Pase lo que pase», había susurrado Fabio mientras me abrazaba. Esa frase lo resumía todo. Tenía su apoyo incondicional, lo que hizo que templara un poco los nervios, aunque no del todo.

Durante los días siguientes, y por consejo del farmacéutico, no me hice aún una prueba de embarazo, ya que, según su criterio, era mejor esperar quince días para que fuera más fiable.

Perfecto, una semana más de incertidumbre.

A Fabio la idea de que estuviera embarazada parecía gustarle, a mí no. Nunca había deseado ser madre, nunca había formado parte de mis objetivos vitales y siempre había puesto los medios necesarios para evitar un embarazo, y además había sido rigurosa con ello, nada de despistes. De ahí mi extrañeza. Tampoco había tomado medicamentos que alterasen la eficacia de los anticonceptivos. Sólo quedaba una triste explicación: que tanto estrés me había afectado. Un motivo extra para odiar a mi padre. Al final, el muy hijo de su madre iba a lograrlo. Después de muerto. Toda una hazaña.

Aquella mañana se cumplía el plazo, podía ir sin miedo a la farmacia a comprarme un test de embarazo. Ni siquiera se lo había comentado a Natalia, que se encontraba en una especie de limbo con su novio. Así que a la hora de la comida hice una escapada y después volví a la oficina. Mi socia no estaba, ya que había quedado con un cliente, por lo que disfrutaría de la privacidad necesaria.

Iba a ser la primera vez en la vida que me lo hacía y, pese a conocer el procedimiento, leí un par de veces las instrucciones. Eché la llave de la puerta principal y me encerré en el aseo. Como suele pasar, siempre hay alguien que llega en el momento más inoportuno. Dejé el test a buen recaudo en el cuarto de baño y fui a abrir la puerta.

—Buenas tardes, señorita Zahner.

Me quedé inmóvil, sujetando la puerta entornada; era la última persona que esperaba encontrarme en la oficina.

—Señor Narváez —murmuré con educación.

—He recibido la visita de tu abogado y..., ¿seguimos hablando aquí o me dejas pasar? —preguntó, tuteándome.

No me hacía ni puñetera gracia tenerlo allí, pero era mejor que entrara, así que me aparté y le hice un gesto permitiéndoselo. No tenía ganas de que aquella conversación se prolongara y, por tanto, no le ofrecí asiento. Me limité a colocarme tras mi escritorio. Necesitaba una barrera física.

—Iré al grano. Reventaste la caja fuerte y quiero que me devuelvas todo el dinero. Respecto a la oferta de tu abogado, no quiero que me cedas el club, porque ya te has encargado de joder cualquier posibilidad de rentabilizarlo. Por supuesto, quiero también los libros contables que te has llevado. Y mi ordenador.

No me eché a reír no sé por qué. Matías Narváez los tenía bien puestos.

—¿Algo más? —pregunté con sarcasmo.

Él sí se echó a reír y redujo distancias, lo que me incomodó mucho más que su presencia.

—Por supuesto. Según he oído, tienes intención de denunciarme si no me avengo a tu oferta. Muy bien, adelante, hazlo —me dijo sonriente, como si le ilusionara tal posibilidad—. Pero elige muy bien ante qué juez vas a hacerlo.

Parpadeé. ¿Aquello había sido una indirecta?

Matías se acercó demasiado y alzó una mano con la evidente intención de acariciarme la cara.

Advertirle que no me tocara era sin duda la mejor forma de alentarlo, así que, en vez de apartarme, me cuadré y alcé la barbilla.

—Todo se andará —contesté, al más puro estilo jugador de póquer.

—He de reconocerlo, tienes huevos —susurró, intentando resultar seductor, aunque a mí me pareció más una serpiente de cascabel a punto de atacar—. Tu

amiga Mónica también los tenía y mira la pobre, la buena suerte no ha estado de su lado.

Si hubiera tenido la precaución de grabar la conversación, quizá me habría servido de algo.

—Pues no, es verdad —dije con ironía.

—Igual que podría ocurrirte a ti...

Matías me rozó la mejilla. Reprimí las ganas de abofetearlo, porque con toda probabilidad eso lo animaría, y arqueé una ceja fingiendo indiferencia.

—O a tu amiga... —añadió, y eso sí me puso alerta—. Tu socia, para ser exactos. Le pone voluntad, no te lo niego, y al principio tenía su gracia eso de follármela aquí —señaló la oficina—, porque la sola idea de imaginar que nos pillaras *in fraganti* me la ponía dura. —Se acercó a mí para susurrarme al oído —: Muy dura.

Me vio tensar la mandíbula y tuve que apartarme.

—Ni te acerques —le advertí, cuando hizo amago de ello.

Se echó a reír y adoptó la típica pose de tío bueno, seductor y canalla que había conquistado a Natalia, pero no a mí.

—Tu amiga es, por decirlo de una manera elegante, una calentapollas. La chupa bien, no te lo niego. Aunque es tan vulgar..., tan facilona... ¡No tiene elegancia! ¡Ni misterio! —exclamó, como si fuera un sacrificio estar junto a Natalia.

—Pues déjala —le sugerí.

—Ni hablar. Es una fuente muy fiable de información. Me sacrificaré —dijo, llevándose una mano al corazón.

—¿Y por qué no te follas a Nogales? Él también es un buen candidato para ayudarte.

—Joder, eres buena hasta para replicarme. No me hace falta, porque él sabe muy bien a quién debe lealtad —contestó carcajeándose; entonces miró su carísimo reloj—. Tengo que dejarte. Sé que vas a intentar convencer a tu amiga para que me abandone, pero te aconsejo que te ahorres el esfuerzo. Come de mi mano. Es lo que tiene follarse bien a una mujer, sólo piensa en el siguiente polvo.

—Veo que no tienes abuela —comenté, y al muy hijo de puta no se le borraba la sonrisa.

—Folla conmigo y compruébalo —dijo todo ufano.

—Ya sé que eres una especie de dios del sexo, pero no, gracias. Moriré con la duda.

—Tú te lo pierdes.

Tenía bemoles el asunto, en medio de toda aquella funesta situación, el muy cretino me tiraba los tejos. ¿O lo hacía para despistarme? Daba igual, jamás caería en sus garras.

Cogí un papel y un boli, lo miré y adopté una pose de chica tonta antes de preguntar:

—¿Me recuerdas por favor tus peticiones? Es que a lo mejor me olvido de alguna.

—Me pones cachondo incluso cuando me tocas la moral, querida señorita Zahner. Pero tienes razón, vayamos a lo práctico. Los documentos, el portátil y el dinero. Cuarenta y ocho horas. ¿Has tomado nota?

Escribí un «que te jodan» a toda prisa y se lo mostré.

—¿Te refieres a esto?

—Lo dicho, los tienes bien puestos; sin embargo, pospondré mi idea de llevarte a la cama hasta que me entregues lo que te pido.

—¿Y no vas a amenazarme con algo más contundente?

—¿Sabes lo que de momento te ha salvado?

—Que no te interesa ir a por mí, porque sería demasiado evidente si me ocurre algo —respondí, y él negó con la cabeza.

—El respeto y la admiración por tu padre. Ezequiel Zahner trabajó duro toda su vida por hacer algo importante y tú, niñata, estás destruyendo su legado. Sólo tenías que coger el dinero, vivir bien y dejarnos a todos tranquilos. Respetar los deseos del viejo y nada más.

—Mi padre era un hijo de la gran puta y veo que te ha transmitido todos sus conocimientos —repliqué, dando muestras evidentes del asco que todo aquello me producía.

—No tienes ni puta idea de lo que dices. Él siempre te quiso y se preocupó por ti.

—Cuéntame otro chiste, por favor —resoplé asqueada.

—Llegará un día en que ni el recuerdo de tu padre hará que te libres. De momento ya ha habido gente a tu alrededor que ha sufrido las consecuencias de

tus actos. Decide si quieres que tu socia sea la siguiente.

—No me amenes. Y menos como un vulgar matón de discoteca de extrarradio.

—En mi vida he trabajado en una discoteca —se defendió el muy cabrón, sin perder la sonrisa autosuficiente.

—Para mí eres lo mismo. Te vistes de diseñador, llevas una manicura perfecta y un reloj que cuesta un dineral. ¿Y...?

—Se te ha olvidado mencionar mi título universitario, guapa.

—Guárdalo bien, porque te va a hacer falta cuando tengas que limpiarte toda la mierda que te va a caer encima —le espeté, animándome. Debía de tener la adrenalina disparada, pues estaba replicándole a un reconocido mafioso sin medir las palabras.

Nos quedamos en silencio retándonos con la mirada. Un duelo de voluntades. Matías, seguro, tenía más experiencia en aquello de amedrentar gente, pero yo debía esforzarme por aguantar el tirón.

—Y tú vigila bien con quién follas —respondió, rompiendo el silencio y perdiendo su sonrisa. O bien pretendía darme la puntilla o yo lo había llegado a intimidar, aunque fuera sólo un poco.

—Eso a ti ni te va ni te viene.

—A mí puede que no, pero a mucha gente le interesará saberlo.

Me dejó con la palabra en la boca, pues dio media vuelta sin más y se marchó.

Fui corriendo a cerrar con llave y después me senté para poder coger aire, porque en mi vida me había visto en una situación tan fuerte.

Repasé sus palabras y, por desgracia, saqué dos conclusiones preocupantes. La primera, Natalia estaba en peligro y, como bien había dicho el muy cabrón, advertirla sólo supondría que ella se obstinara más en seguir con él. La segunda, Fabio. Estaba al tanto de nuestra relación. No entendía cómo lo había descubierto, pero saltaba a la vista.

Sólo Mónica podía habérselo dicho. Era la única que conocía nuestro secreto y que además había sido testigo directo de nuestros encuentros. No podía culparla, pues una buena paliza haría hablar a cualquiera.

Con esas dos certezas en mente, recordé que tenía un test pendiente y me levanté para ir al aseo, justo en el momento en que oía el ruido de la cerradura.

Sólo podía ser Natalia.

Natalia..., la mejor fuente de información había dicho el muy cabrón... Mierda, Fabio tenía razón.

Sonreí a duras penas, ya que me reconcomía por dentro y me desanimaba cualquier intento de mantenerme inalterable ante él.

—¡Ya estoy aquí! —canturreó mi socia con su habitual desparpajo y sacudió la melena—. ¿Te gusta?

—¿Has estado en la peluquería? —pregunté, observando su nuevo corte de pelo—. Un poco radical...

—Hija, es que necesitaba un cambio. No sé, ahora que todo me va bien, quiero ir acorde.

—Estás muy guapa —dije, acercándome a ella para abrazarla.

Quería encontrar las palabras justas para abrirle los ojos, pero no las hallé y decidí callar.

—Bueno, ¿y tú qué has estado haciendo aquí encerrada?

—Trabajar —respondí encogiéndome de hombros como si fuera cierto, porque decirle que había tenido un encuentro tenso y al mismo tiempo esclarecedor con una serpiente, no procedía.

—¡Contigo no hay manera! —exclamó—. En fin, voy a revisar unos presupuestos. Hoy no tengo ninguna visita.

Yo tampoco tenía ninguna, pero en mi caso era por precaución y después de la charla con aquel sapo sarnoso de Matías ya no me quedaba más remedio que renunciar temporalmente a lo que tanto me había costado lograr. Por culpa de mi padre y sus tejemanejes, me veía abocada a ceder.

Y Fabio no sólo tenía razón sobre el peligro de exponerme, también sobre el hecho de haber perdido el tiempo y no denunciar a Narváez desde el principio.

Demasiadas complicaciones para asimilarlas de golpe.

Me excusé y dejé a Natalia. Llegué al apartamento y me di una ducha para relajarme. No me sirvió de mucho, aunque al menos me sentí un poco más tranquila y segura.

* * *

Me ocupé de algunas tareas domésticas, una forma como otra cualquiera de

no estar ociosa, hasta que oí el ruido de la puerta. Fabio había llegado y entonces fui más consciente que nunca de cuánto le necesitaba. Y la necesidad era un sentimiento peligroso. Significaba, entre otras cosas, que ya no era capaz de enfrentarme yo sola a lo que se me pusiera por delante. Que empezaba a depender de otra persona, algo que siempre había evitado.

Darme cuenta de eso no me cabreó tanto como yo habría esperado.

—¿Berenguela? —me llamó, y enseguida entró en el dormitorio.

Lo miré y esboqué una media sonrisa. Estaba guapísimo, con su abrigo azul marino y su traje. Aún llevaba el maletín en la mano, pero al verme tan silenciosa, lo dejó de cualquier manera sobre una silla y se acercó a mí con la preocupación reflejada en el rostro.

Al tenerlo cerca, posé una mano sobre su pecho y lo miré a los ojos.

—Te necesito —musité.

Metí las manos por debajo de su abrigo, con la clara intención de quitárselo. Después seguí con la corbata y no me detuve. Fabio gimió cuando lo besé en medio del pecho y me sujetó con cuidado, permitiéndome llevar el control.

Deslicé la mano hacia abajo hasta dejarla sobre su bragueta y presioné, al tiempo que me ponía de puntillas para besarlo. Teniendo en cuenta las noches que habíamos pasado, no me extrañó que respondiera con tanto entusiasmo.

—Berenguela... —gimió, cuando la emprendí con el cinturón y se lo quité para dejarlo caer de cualquier manera. Lo besé, le mordí el cuello y luego me puse de rodillas. Lo sorprendí, desde luego, pues sin perder un segundo le desabroché los pantalones y se los bajé, junto con los calzoncillos. No miré hacia arriba, sólo me humedecí los labios y le besé la punta del pene antes de metérmelo en la boca.

No fui delicada ni mucho menos tierna. No sé de dónde nació un comportamiento tan agresivo, pero era como si no tuviera suficiente. Fabio, por supuesto, se mostró encantado. Sus jadeos daban buena fe de lo mucho que le gustaban mis atenciones. Sin dejar de chupársela, deslicé la mano entre sus muslos y empecé a acariciarlo con la yema de los dedos.

—Joder, qué bueno... —gimió, embistiendo hacia delante, señal inequívoca de que se encontraba al límite.

Perfecto. Le apreté los testículos y no pudo aguantar más. Se corrió en mi boca, entre jadeos, y esperé a que se recompusiera un poco; después me ocupé

de arreglarle la ropa.

Nada más ponerme en pie, tiró de mí para rodearme con los brazos y besarme.

—No te haces una idea de cuánto lo necesitaba... —musitó, besándome por toda la cara.

Sonreí.

—Yo también lo necesitaba —respondí, y Fabio arqueó una ceja—. Es una forma de hablar —añadí, peinándolo con los dedos mientras él me mantenía cogida de la cintura.

—También puedo hacer algo más por ti...

—¿La cena, por ejemplo?

—Si eso es lo que quieres... —contestó sugerente.

Le di un beso rápido y asentí.

—Pues tendrás que esmerarte, tenemos mucho de que hablar.

Capítulo 56

Fabio

A medida que escuchaba el relato de los hechos, más me costaba controlar la furia para no soltar un puñetazo sobre la mesa.

Que Berenguela reconociera que yo estaba en lo cierto desde el principio respecto a varios asuntos, empezando por la incompetencia de su abogado, no me procuraba ninguna satisfacción, más bien al contrario, pues significaba más complicaciones a la hora de desenmarañar todo aquel entuerto para que ella quedara libre.

—Me imagino lo que viene a continuación... —murmuré resignado, interrumpiéndola, porque ya nada se ganaba lamentándonos. Había que enderezar, en la medida de lo posible, la situación.

—No, no te lo imaginas —replicó.

Se puso a recoger los platos, dándome la espalda. No sé si evitaba mi mirada de forma deliberada mientras llenaba el lavavajillas. Entonces me vino a la cabeza un asunto pendiente, que durante la última semana me había mantenido en vilo.

Me había abstenido de preguntar para no ponerla más nerviosa, pese a que me reconcomía la duda y, además, a medida que pasaban los días, la idea de ser padre se iba haciendo para mí más real. Puede que conllevara una responsabilidad que en aquellas circunstancias sería mucho mayor.

—¿Estás embarazada? —disparé a bocajarro, con unas ganas locas de saberlo.

—Matías Narváez ha venido hoy a la oficina —respondió ella, dejándome sin palabras, ya que durante su relato había omitido ese detalle.

La miré con la boca abierta. Lo había dicho en tono neutro, lo que me acojonó aún más.

—¿Cómo has dicho? —me vi obligado a preguntar.

Berenguela asintió y, tras reconocer que se había equivocado una vez más, me contó lo que aquel hijo de siete putas pretendía. No me sorprendió, era lo más lógico. Yo también intuía que él era el responsable de la paliza que le dieron a Mónica y, por supuesto, de mi accidente de automóvil. La señorita Herrero me había pedido que no investigase, porque si se removía la mierda (palabras textuales) de nuevo, ella pagaría las consecuencias. Y respecto a mi ataque, todas las pesquisas se llevaban en secreto; de cara a la galería había sido un accidente de tráfico más.

—Y lo mejor de todo... —añadió, quedándose de pie apoyada en la encimera, mientras se limpiaba las manos con el trapo— es que Natalia está saliendo con él.

—¿Perdón? —En ese punto ya me había perdido por completo.

—Como lo oyes. Narváez la ha seducido, o eso creo. Bueno, da igual lo que haya hecho, el caso es que... ¡Joder! Se vengará con ella si no accedo a sus peticiones.

—¿Y qué opina el tonto de los cojones de tu abogado? —pregunté, aparentando una calma que estaba muy lejos de sentir.

—He preferido hablar antes contigo —respondió.

Eso era confianza y lo demás, tonterías. No perdí un segundo y me lancé a por ella. Teníamos muchos asuntos que resolver, pero eran los momentos como aquél los que hacían que no tirase la toalla.

La abracé y Berenguela me explicó que no sabía cómo decírselo a su amiga. Como siempre ocurría en esos casos, cuando alguien intentaba abrirte los ojos, la persona enamorada se obcecaba aún más. Y, por si fuera poco, existía el riesgo de que nuestra relación se hiciera pública, pues el muy cabrón estaba cerca de averiguarlo todo. La comprendí, pero si bien era otro fuego que apagar, no me apetecía hacerlo en aquel momento. Había un pensamiento que ocupaba mi cabeza y quería salir de dudas.

Apartándome sólo lo imprescindible, le puse ambas manos sobre el vientre.

—Berenguela...

—No he podido hacerme la prueba, con tantos sobresaltos —dijo en voz baja.

—¿Todavía no...? —murmuré.

Negó con la cabeza. Se volvió en mis brazos y me miró a los ojos.

—Llevo el test en el bolso —añadió, y acto seguido me besó en los labios.

—¿Necesitas ayuda? —pregunté, y al medio segundo me di cuenta de los gilipollas que había sido al preguntar semejante cosa.

—No, tranquilo —respondió sonriendo—. Ahora vuelvo.

Tras darme otro beso, que me supo a muy poco, me dejó en la cocina y se fue al cuarto de baño. Yo conocía el procedimiento, ¿quién no lo conoce?

Me fui al dormitorio y me quedé sentado en el borde de la cama, a la espera del resultado. Apenas tres minutos después, Berenguela salía del baño con el «palito» en la mano. Por su cara no pude averiguar nada. Se sentó a mi lado y me lo entregó.

Yo lo cogí y lo sostuve en la mano sin atreverme a quitarle la tapa para salir de dudas de una vez por todas. No sé, quizá esperaba que fuera ella quien me lo dijera, era lo más habitual.

—¿No quieres saberlo? —inquirió.

La miré de reojo y quité la tapa. Una sola línea rosa. Negativo.

—Vaya... —musité, sin que se me ocurriera otra cosa.

—Supongo que será cosa del estrés —dijo, encogiéndose de hombros.

—Si te soy sincero... —me aclaré la garganta, pues no sabía cómo interpretaría mis palabras— casi me había hecho a la idea.

—¿De verdad?

—Ajá —le confirmé con una media sonrisa, a la que ella respondió de igual modo.

Le rodeé los hombros con un brazo y la atraje hacia mí.

—¿Pese a no ser el mejor momento?

—¿Alguna vez lo es? —respondí con otra pregunta.

—No sabría decirte...

Me incliné y la besé. Comencé de forma suave, pero como siempre me ocurría, nada más tocarla me encendí. Por no mencionar que se dejó caer arrastrándose, y yo encantado de dejarme arrastrar. Cuando la oí gemir supe que

estaba perdido sin remedio. Y, ya de paso, me las apañé para perderme en ella.

* * *

A la mañana siguiente nadie podía borrarme la sonrisa de la cara. Nadie. Estaba convencido de ello y con ese buen talante llegué al despacho.

Estela, nada más verme, arqueó una ceja y yo terminé haciéndole burla.

—Un café, rápido —le espeté en el tono más autoritario del que fui capaz, sólo por tocarle un poco la moral.

—Tienes visita —me respondió y, en vez de obedecer, sacó una barra de labios y se los retocó delante de mis narices—. El café tendrá que esperar...

La muy descarada me puso morritos y todo. Negué con la cabeza y entré en la oficina.

—Joder... —mascullé, fingiendo una sonrisa, nada más poner un pie dentro. Y añadí—: Buenos días, señorita San Pedro.

Me dirigí a la mesa y me acomodé tras ella. Por supuesto, Lola esperó a que yo le indicase que se sentara. Podía ser una zorra, pero sabía mantener las formas a la perfección.

—Buenos días, señorita —respondió en tono neutro.

—¿De qué quiere hablarme? —pregunté, pues noté su prisa por mostrarme unos documentos.

—Del caso Zahner, por supuesto.

—Me lo temía —dije, sin perder la sonrisa más falsa que fui capaz de mantener.

Me di cuenta de que sí había alguien que podía joderme el día.

—Han llegado nuevos informes de la Agencia Tributaria. El inspector Abad está convencido del fraude y del blanqueo.

—Un detalle que no es nuevo.

—No, no lo es —convino, tensa ante mi aparente indiferencia—. Voy a presentar el escrito de acusación esta semana. Ya no tiene sentido alargar más el proceso.

—Estoy de acuerdo —dije, y mostró sorpresa, aunque la disimuló con rapidez.

Me entregó el documento y no había nada más que hablar con ella, por lo

que se despidió. Dejó la puerta abierta, lo que hizo que Estela se colara con ganas de provocarme, según supuse.

Pero su cara no era de guasa, todo lo contrario, y me preocupé.

—Vaya cara... ¿Qué ocurre?

—Tiene gracia que me lo preguntes —replicó, sentándose frente a mí.

—Te he pedido un café —le recordé—. Y no te andes con misterios, suéltalo ya.

—Cuando veas esto, se te van a quitar las ganas de café por mucho tiempo...

Se situó detrás de mí y, sin preguntar, comenzó a teclear en mi ordenador. No dije ni pío cuando abrió mi cuenta de correo (el email profesional, no el personal, gracias a Dios) y pinchó en uno de ellos.

—Mira...

Cuando apareció la foto en pantalla por poco no se me para el corazón. Nos habían cazado. El día en que Berenguela me llamó desde aquel locutorio. Justo en el momento en que teníamos las manos unidas encima de la mesa. Un gesto sencillo e íntimo que daba para muchas interpretaciones y por supuesto todo el mundo elegiría la más dañina para nosotros.

—¿Contento?

—¡Joder!

—Pues ahora a ver cómo os lo montáis, porque me da a mí que esto ha sido un aviso. Espero no tener que ver tu culo desnudo en la pantalla —dijo, intentando sonar graciosa para quitarle hierro al asunto.

—Ya has visto mi culo, no sé por qué te preocupa tanto —repliqué, y eché la cabeza hacia atrás. Cerré los ojos. Tenía que haber una forma de parar aquella locura.

—Van a por ti, Fabio. Primero el accidente, después esto; ¿qué más tiene que pasar para que espabiles? ¡Por Dios! —exclamó, y abrí un ojo para ver cómo elevaba los brazos y se disponía a echarme un buen sermón.

—No estoy para regañinas —le advertí, frotándome las sienes.

—¡Pues espabila de una puta vez! —repitió, golpeando la mesa y sobresaltándose.

—Ahórrate lo gritos, por favor —gruñí—. Y si vas a criticarme, que sea de forma constructiva.

—Bien. Cojonudo. Encima te pones en plan exigente —me espetó, dándome

una colleja.

Algo que muy pocos se atreverían a hacer y menos en el despacho. Si al final iba a ser cierto el dicho de que donde hay confianza da asco.

—Estela, lo primero es averiguar quién lo manda —dije, con la esperanza de que se pusiera a ello cuando antes.

—Ya me he encargado de eso —soltó malhumorada—. Pero sabes tan bien como yo que no vamos a descubrir nada. Así que ya estás tomando una decisión.

—¿Cuál? —pregunté sabiéndola.

—Dejarla. Ya. Y a ser posible olvídale también, de ese modo podrás centrarte de nuevo en el caso, fijar la fecha del juicio y solucionar el asunto.

—Ya...

—Por si no lo has pensado —añadió, y supe que actuaba como abogada del diablo—, quizá nuestra queridísima Lola también reciba un correo con la maldita foto.

—Mierda... —mascullé.

—¿Y qué crees que hará? ¿Venir a decírtelo? —sugirió con ironía, y apostilló con el mismo tonito—: ¿Prevenirte? ¿Echarte un cable?

—No te pases.

—¡Nooooo! La muy zorra irá a por ti. Pedirá tu cabeza, vaya si lo hará, porque es una resentida amargada y te la tiene jurada.

—Gracias por recordármelo.

—No sé qué le hiciste para que te odie tanto, la verdad, pero es una trepa y no va a desperdiciar la oportunidad, Fabio. Tienes que actuar. Ya.

—Di mejor qué no le hice —apunté con un toque de humor, antes de que acabase con una úlcera—. Tú también debes de odiarme la mayor parte del tiempo, por eso hay días en los que no dejas de joderme.

—Bah, ya no te odio —replicó riéndose—. Además, gracias a ti ahora tengo al mejor novio del mundo.

—De nada —farfullé.

—Olvidémonos de mi novio. —Me dio la impresión de que se recreaba al pronunciar la palabrita—. Es mejor que nos centremos en cierto juez idiota que piensa con los pantalones bajados. Porque espero que sea buena en la cama, eso que te llevas...

—Estela...

—Vale, vale. Al meollo de la cuestión. Aparte de dejarla, yo iría explicándoselo a tu familia. Sentiría mucho que tus padres se enterasen por terceros.

—En eso tienes razón —convine—. Pero antes debo hablar con ella.

—¡Fabio! —exclamó molesta.

—¿Tú qué harías? ¿Mantenerla al margen? ¡Por Dios Estela, es mi mujer!

Mi ex dejó de pasearse por el despacho y se quedó rígida, mirándome como si hubiese visto un fantasma o algo peor. Tenía los ojos abiertos como platos y la boca otro tanto. Creo que de haberle dicho que yo era un extraterrestre, su reacción hubiera sido menor.

—¿Qué has dicho?

Inspiré hondo. A la mierda el secretismo.

—Lo que has oído.

—Pero... pero ¡¿tú estás mal de la cabeza?! —exclamó, con tal grito que debieron de oírla en todo el edificio.

—No grites, por favor —le pedí de nuevo, porque al final, aparte del ardor de estómago, acabaría con la cabeza como un bombo.

—Fabio, es que no te reconozco... Has cambiado hasta tal punto que...

—Si ahora vas a decirme que tú y yo nunca hablamos de casarnos, no te esfuerces. Ya sé que la cagué. Y te aseguro que con Berenguela todo es distinto.

—Con la señorita Zahner, querrás decir —me corrigió, y yo arqueé una ceja—. No te me pongas tiquismiquis. En la medida de lo posible hay que guardar las formas.

Me puse en pie, caminé hasta ella y le di un abrazo.

—Gracias por todo.

—¿Gracias por qué? Aún no he hecho nada.

—Por ser una buena amiga. La mejor.

La dejé en el despacho con algo en que pensar y me fui directo en busca de Berenguela.

Capítulo 57

Berenguela

Me había quedado en el pequeño apartamento no por gusto, sino por obligación. Y me aburría, mucho. Odiaba estar inactiva, mano sobre mano, pues en apenas una hora lo tenía todo recogido. Además, convivir con un hombre ordenado facilitaba las tareas.

Así pues, llamé a Natalia y, para no ponerla en peligro, fingí estar indispuesta. No sé si resulté muy convincente. Por supuesto, mi socia insistió en venir a cuidarme, pero yo me negué, primero porque descubriría mi mentira y segundo, el lugar donde vivía.

Era duro tener que medir cada palabra que pronunciaba delante de ella, pues sin querer podía traicionarme. Un duro golpe, uno más para seguir adelante.

Con el móvil en la mano, me preparé para otra llamada conflictiva: Eliseo.

Me cabreaba que, por hacerle caso, hubiésemos perdido un tiempo precioso, y encima aquel cabrón de Narváez tuviera más armamento contra mí.

—Berenguela, buenos días —me respondió nada más descolgar.

—Ahórrate los buenos días —le gruñí—. Seguí tus consejos ¿y qué hemos conseguido? ¡Nada!

—Calma, por favor. Había que intentarlo —replicó con voz más profesional.

—Da igual. Denúncialo. Ya. Quiero que ese cabrón tenga que declarar ante..., el juez —dije, y me corregí a tiempo.

—Sigue sin parecerme buena idea...

—¡Hazlo! Maldita sea —lo interrumpí de malos modos.

—¿Y de qué lo acusamos? —inquirió, y detecté su tono escéptico.

—De lo que sea. Invéntate algo. Da igual. Lo importante es que se vea obligado a responder y a dar la cara. Ver qué alega.

—Sabes que eso conlleva un gran riesgo. Él puede hacer tres cuartos de lo mismo contra ti.

Que me lo recordara por enésima vez acabó crispándome. Me despedí de él de malos modos, no sin antes advertirle muy seria que no iba a tolerar más demoras. Por supuesto, insistió en que le revelara dónde estaba y yo me negué. Aquello no era de su incumbencia. Tenía toda la mañana por delante y un humor de mil demonios. Me di cuenta de que no iba a ser capaz de mantener la promesa de no abandonar la casa. Por mucho que me conviniera encerrarme, debía enfrentarme a una persona.

Arreglada y discreta, salí a la calle. Si me estaban siguiendo, no me percaté de ello, pues ni siquiera miré por encima del hombro. No quería sugestionarme y caminar de forma titubeante debido al miedo. Tenía muy claros cuáles eran los pasos a seguir, pero también que ellos no jugarían limpio, así que no me lo pensé dos veces. Hice una parada en el hospital y, pese a ser consciente de que visitar a Mónica suponía un gran riesgo, necesitaba hablar con ella, comprobar su estado y obtener información.

Ella se sorprendió al verme y fue la primera en recordarme que no debería haber ido. Aguanté las lágrimas al ver su rostro hinchado y le prometí volver en cuanto me fuera posible para charlar un buen rato. Mónica me advirtió sobre Matías, lo que venía a confirmar que él había sido el responsable de todo, y también mencionó algo sobre una mujer a la que estaba unido, y eso me inquietó. Sin embargo, yo necesitaba otra información, una peligrosa aunque muy necesaria.

—¡No serás capaz! —exclamó Mónica, y después hizo un gesto de dolor al negar con la cabeza.

Asentí convencida y ella sacó su móvil. Hizo una llamada sin dejar de mirarme con cara de preocupación y después me repitió los pasos a seguir. Me despedí de Mónica y pasé de nuevo por casa para coger dinero en efectivo, tal como me había insistido ella. Después fui al lugar del encuentro. Me sorprendió que todo se desarrollara con una normalidad aplastante, pese a que yo temblaba de pies a cabeza.

Tardé poco en llegar al despacho de Nogales. Por allí debería haber empezado la operación, pues a pesar de que el hombre hablaba siembre con moderación y se alejaba bastante del modelo de matón barriobajero (¿existían de otro tipo?), era más que evidente que manejaba todos los hilos. Puede que Matías hubiera adoptado el papel de mafioso, pero quien tenía la última palabra era Nogales.

—Señorita Zahner, ¿en qué puedo ayudarla? —me preguntó la secretaria.

Yo ni me detuve a responder. Caminé directa hacia la oficina y entré sin llamar.

Allí estaba, enfrascado en sus documentos, con la apariencia serena e inocente de un contable. Cualquiera lo diría...

—Se acabó —dije a modo de saludo—. Ahora mismo va a ir al juzgado y entregará todo lo que aún conserve sobre mi padre.

—Berenguela, por favor...

—Esta vez ha ido demasiado lejos. El «accidente» del juez Castell, la paliza a la señorita Herrero... ¿Soy yo la siguiente?

—¡Son acusaciones infundadas! —protestó elevando la voz, algo inusual en él.

—Infundadas o no, ¡se acabó! —estallé, y de un manotazo esparcí todos los papeles, dejando su escritorio vacío.

—¡Berenguela! —gritó, agachándose para recoger los documentos.

Yo aproveché para rodear el escritorio, abrir uno de los cajones y dejar caer un regalito dentro. Un regalo que en el mercado de la droga costaría cinco mil quinientos euros.

Cerré con el pie justo en el instante en que entraba la secretaria, sin duda alarmada por las voces.

—Adiós —les dije y, antes de marcharme, aproveché que la mujer estaba ayudando a Nogales, para obsequiarla con otro presente de igual valor.

Satisfecha por haber salido indemne de mi primera aproximación al juego sucio, me fui directa a una cafetería que encontré y me pedí un whisky doble sin hielo. Mi nivel de adrenalina estaba por las nubes. Me sentía eufórica. Esperé diez minutos y después encendí el móvil. Hice una llamada. Una sola y me quedé sentada, mirando por el cristal, hasta que apareció el primer coche de policía. Después pagué la cuenta y me marché de allí, aunque me hubiera

gustado ver salir a Nogales esposado.

* * *

Con parte de los deberes hechos, me fui a comprar y después, por fin, llegué al apartamento. Al abrir, me extrañó encontrarme con que no estaba echada la llave, cuando yo siempre cerraba al irme. No me gustó nada y entré con precaución. ¿Y si habían averiguado dónde vivía y me estaban esperando?

—¿Quién eres tú? —me preguntó una mujer, examinándome de arriba abajo.

Era algo más joven que yo. Vestida con traje chaqueta muy similar a un uniforme. Yo dejé la bolsa del supermercado en la encimera y crucé los brazos. Me sonaba de algo...

—Yo podría hacerte la misma pregunta —contesté.

—Mira, no tengo ganas de discutir. No sé cómo has conseguido las llaves, pero o te largas o llamo a la policía.

No me gustó nada su amenaza y yo, que me encontraba en un elevado estado de excitación, en vez de ser prudente y cerrar el pico, repliqué tan pancha:

—Llámalos —y abrí el frigorífico para buscar algo de beber.

—Muy bien... —Sacó su móvil y marcó un número—. ¿Armando? Hola, chato, soy Marcela. ¿Cómo estás? —Hizo una pausa sin dejar de mirarme—. ¿Podrías hacerme un favor? Acabo de pasar por mi apartamento y me he encontrado a una intrusa que además se me ha puesto chula. ¿Puedes venir a hablar con ella?

Yo no me moví ni tampoco dije nada. Ambas no dejábamos de observarnos. Y entonces empecé a atar cabos. Marcela era la hermana de Fabio y, claro, llamaba a Armando, su amigo policía. Todo cuadraba. Me eché a reír, lo que hizo que ella frunciera el cejo mientras daba mi descripción.

—Pásame a Armando —le pedí—. Por favor.

—Quiere hablar contigo, la muy descarada... ¿Qué? ¿Me tomas el pelo?

Por su expresión deduje que la estaba poniendo al corriente y fue ella la que se despidió, para después guardar su teléfono. Sonrió de medio lado, un poco cínica.

—¿Y bien? —la reté.

—Así que estás liada con mi hermano... Ahora entiendo para qué me alquiló

este apartamento. Por lo visto prefiere mantenerte en secreto y no llevarte a su bonito y carísimo piso.

Era una forma de menospreciarme. Quería hacerme sentir como si no fuera nadie, lo que en otro tiempo se denominaba la «querida», a la que se le ponía un pisito discreto para poder encontrarse con ella, siempre lejos del círculo social.

Yo sabía muy bien que no era el caso, aunque tampoco le expliqué la realidad. No merecía la pena.

—¿Y a qué debemos el honor de tu visita? —pregunté con recochineo.

—¿Te parece mal que quiera ver a mi hermano?

—No, pero deberías haber avisado antes. Por si acaso —añadí, y me di cuenta de que a ese paso acabaríamos en una pelea de barro.

Por suerte se oyó el sonido de la puerta al abrirse y apareció Fabio, que, inexplicablemente, ni reparó en su hermana. Se situó frente a mí con una expresión que no auguraba nada bueno.

—Nos han descubierto —soltó a bocajarro, y sacó el móvil para mostrarme una imagen.

—Joder... —farfullé.

—¿Hola? —interrumpió Marcela al ver que no le hacíamos ningún caso—. ¿Fabio?

—¿Qué cojones haces tú aquí? —le espetó, y ambas nos quedamos ojipláticas—. ¿No se supone que te has ido a vivir con tu último novio?

—Oye, baja esos humos. He venido a verte porque todos estamos preocupados por ti. Tuviste un accidente y en vez de refugiarte en casa de papá y mamá, desapareces y, para más inri, me entero de que has roto, según parece de forma definitiva, con Estela.

—Deja de meterte en mi vida. Y ahora, si eres tan amable, tengo asuntos más importantes de los que ocuparme.

—¿Me estás echando? —Fabio asintió—. O sea, que es cierto que estás liado con ésta.

Él resopló, pues no le gustó nada que se dirigiera a mí con aquel tono tan despectivo.

—Cuidado, Marcela. Y déjanos en paz. ¡Maldita sea!

Fabio dejó de cualquier manera su abrigo y se quitó la corbata con furia.

—Ya te vale, con lo bien que estabas con Estela...

—Escucha y escucha bien. Berenguela es mi esposa, ¿de acuerdo? No te voy a tolerar ni una sola salida de tono más.

—¿Perdón?

—No he querido decir nada en casa porque las cosas son complicadas.

Yo torcí el gesto, ¿complicadas? Era una forma muy suave de definir las.

—¿Te has casado? —inquirió, alzando la voz—. ¿Y cuánto hace que la conoces? Porque desde que rompiste con Estela no has salido con ninguna en serio, que yo sepa, claro.

—Eso no te incumbe —replicó él, a punto de perder los nervios.

—¿De qué me suena a mí ese nombre? —murmuró ella mirándome fijamente, y de repente abrió los ojos como platos. Sin duda había establecido la conexión.

Genial.

—Sí. Soy Berenguela Zahner —me adelanté, y noté la mano de Fabio en la parte baja de mi espalda, en señal evidente de apoyo—. La misma que viste y calza.

—Sólo te ha faltado decir: «rechace imitaciones» —se guaseó Marcela—. Vaya, qué cuñada tan original tengo...

—Si no te importa, deja la ironía para la cena de Nochebuena —dijo Fabio a mi lado—. Tenemos problemas, por si no te has dado cuenta. Así que... —Le hizo un gesto señalando la puerta, una clara invitación a que se largara.

—Escúchame tú a mí —contestó ella enfadada—. Puede que no esté para nada de acuerdo con tu decisión, pues aparte de ilógica es suicida, pero allá tú. Sin embargo, no voy a hacer sangre ni a recordarte lo que con toda seguridad ya sabes. ¿En qué puedo ayudarte?

Sentí a Fabio respirar algo más tranquilo junto a mí y yo también pude hacerlo, ya que, contra todo pronóstico, Marcela, en vez de recriminarle su decisión, nos mostraba su apoyo.

—Gracias —murmuré, esbozando una sonrisa.

Le contamos más o menos en qué situación nos hallábamos y ella silbó. La cosa estaba muy jodida, y eso tirando bajo. Pero no nos embarcamos en una conversación de lamentos, pues así no iríamos a ninguna parte.

Yo me armé de valor y expliqué lo que había hecho en el despacho de Nogales. Fabio se llevó las manos a la cabeza y, aparte de calificarlo como

temeridad, opinó que serviría de muy poco. Por suerte, Marcela dijo en voz alta lo mismo que yo pensaba: que así empezarían a temerme y verían que no me amilanaba y que, si me buscaban, me iban a encontrar.

De todos modos, acordamos en primer lugar no volver a jugar sucio. En segundo lugar, buscar la forma de desenmascarar a Matías. Y en tercero, pedir la cena, pues ninguno de los tres teníamos ganas de ponernos a cocinar.

Capítulo 58

Fabio

Marcela se marchó de casa y yo esperé a que Berenguela terminara de recoger la cocina, sin dejar de toquetear las alianzas que guardaba en el bolsillo del pantalón. Visto en perspectiva, era un detalle sin importancia, y más teniendo en cuenta la situación cada vez más vertiginosa en la que nos hallábamos; no obstante, aunque sólo fuera por unas horas, quería tener un poco de paz.

—¿Qué te ocurre? —preguntó Berenguela, arqueando una ceja tras cerrar el lavavajillas.

Sonreí de medio lado y dije:

—Acércate, por favor.

No obedeció de inmediato, cruzó los brazos y me miró con recelo. Finalmente se acercó despacio. No sonreía.

—Es tarde y...

Le puse un dedo en los labios para acallarla y después le cogí la mano. Entrelacé los dedos con los suyos y saqué del bolsillo las alianzas. En silencio y procurando en todo momento mirarla a los ojos, le coloqué la suya en el anular. Acto seguido, le entregué la otra para que hiciera lo mismo conmigo.

—Di algo —le pedí, mientras me ponía el anillo en el dedo.

Una vez que acabó, me acarició la mejilla y sonrió.

—Con todo lo que se nos viene encima y tú sólo piensas en esto... —musitó, inspirando hondo.

—Es un detalle fundamental —dije, rodeándole la cintura para atraerla hacia

mí.

—Fabio... —gimió, recostándose en mi pecho.

—Ya sé que de momento no podremos llevarlas, así que he comprado un par de cadenas...

—No pienso esconderla —me interrumpió y, joder, ¿era o no era para sentirse orgulloso?

—Esperaba un agradecimiento más explícito... —comenté, abrazándola—, pero supongo que no has tenido un buen día. Tendré que conformarme con...

Me detuve cuando posó una mano sobre mi bragueta y apretó, haciéndome gemir.

Y eso fue sólo el principio, pues luego me desabrochó los pantalones, metió la mano dentro y comenzó a acariciarme hasta ponérmela dura. Cuando me tuvo a punto, me empujó hasta sentarme. Se bajó las bragas, se subió la falda y, mostrándome su sexo, se acomodó encima de mí hasta que pude metérsela.

La agarré de las caderas mientras ella me follaba con ganas, montándome sin medias tintas, lo que me pareció el mejor remedio para sobrellevar lo que se nos venía encima. Al menos de momento nadie podía arrebatarnos aquellos momentos de placer, pero también de intensa conexión.

* * *

Nos acostamos con una media sonrisa y satisfechos, conscientes de que era una tregua necesaria para afrontar la realidad.

Una realidad que por desgracia madrugó. No eran ni las ocho de la mañana cuando sonó el primer teléfono, el mío. Era Estela.

—¡Haz el favor de venir lo antes posible! —me chilló, sin darme ni los buenos días—. Todo está a punto de saltar por los aires.

—Joder... —gruñí, sentándome en la cama y mirando de reojo a Berenguela, que se despertaba en ese momento. Me pasé la mano por la cara con intención de despejarme—. ¿Qué ha pasado?

—Ha llegado otro correo a tu cuenta, ¡la copia de tu certificado de matrimonio! —exclamó—. Ya no tienes escapatoria, Fabio. Joder, reacciona.

—Está bien, iré enseguida.

—¡Mueve el culo, ya!

Corté la comunicación y miré a Berenguela, que permanecía sentada a mi lado con cara de circunstancias, aunque estaba preciosa. Era una pena que no pudiese sonreírle.

—No disimules —dijo, abandonando la cama y vistiéndose a toda prisa—. Algo malo ha ocurrido.

—Saben que estamos casados —admití, observando la mano en la que lucía la alianza.

—Mierda, me cago en la puta... —maldijo sin ahorrar palabras.

Se fue directa a por la maleta y empezó a recoger sus cosas sin orden ni concierto, sin dejar de farfullar y de acordarse de todo el árbol genealógico de muchos, incluido el suyo propio.

—Ni se te ocurra largarte —dije, acercándome para detenerla.

—¡No me toques! —gritó apartándose—. ¡Lo sabía, joder, lo sabía! Y aun así no he sido capaz de hacer nada a derechas.

—Relájate, Berenguela, por favor. Esto es lo que vamos a hacer. Hoy mismo le pasaré el caso a otro juez, me desvincularé por completo.

—¿Qué? ¿Estás loco? ¿Vas a renunciar después de todo el trabajo? ¿Así, por las buenas?

—No queda más remedio. Me juego una inhabilitación de por vida, debo ser yo quien maneje los tiempos. Lo prepararé todo para que mi sucesor pueda llevar la instrucción y tú dispongas de todas las garantías.

—¡Joder! —volvió a gritar, sentándose en la cama abatida, y yo me senté a su lado.

—Respecto a lo que le hiciste a Nogales, de momento quedará entre nosotros. No sé cómo te las apañaste para conseguir tal cantidad de droga y colársela, pero...

—Mónica me ayudó —murmuró, dejándome perplejo.

—¿Cómo dices?

—Fui a verla al hospital. No hace falta que me lo digas, fue una imprudencia. Teníamos que hablar. No nos delató, por si te interesa, y, antes de que estalles, quiero decir que confío en ella. Cuando le conté mi plan para quitar de en medio a Nogales, me lo desaconsejó, pero yo insistí hasta que accedió a ayudarme.

—No sé por qué lo hizo... —susurré, negando con la cabeza.

—Podría decirse que me debía un favor —respondió, apartando la vista—, pero surtió efecto. Nogales está detenido, ahora sólo tengo que entrar en su despacho y sacar la documentación...

—¡Cojonudo! Además de incriminar al administrador de una forma un tanto dudosa, ahora pretendes cometer allanamiento.

—Oye, es la primera vez que me pongo a jugar sucio, la próxima lo haré mejor... —replicó con sarcasmo—. Sólo pretendía despejar el camino; ahora puedes ordenar un registro y llevártelo todo sin impedimentos.

Torcí el gesto, en ese punto tenía razón.

—De acuerdo, antes de renunciar mandaré recoger todos los documentos, aunque, como comprenderás, no podré examinarlos. —Y añadí con cierta ironía, producto de la frustración—: Y no por falta de ganas.

—¡Lo siento, lo siento! —exclamó alzando los brazos—. No tenía ni idea de cómo hacerlo, ¿de acuerdo? Nogales me oculta información, Matías me amenaza con hacerle daño a Natalia... ¿Qué querías que hiciese? ¿Quedarme de brazos cruzados?

—Consultarme primero, Berenguela. No actuar llevada por un impulso.

—Nos casamos llevados por un impulso —me espetó.

—Eso ha sido un golpe bajo —dije con sequedad, y ella pareció avergonzada—. ¿Te arrepientes?

—No —murmuró, y respiré aliviado.

—Habla con tu socia, busca las excusas que creas convenientes, cuéntale la verdad si es preciso sobre quién es su novio y haz que lo deje —ordené—. Y llama ahora mismo al tonto de los cojones de tu abogado, que haga algo bien, para variar.

—No sé por qué le tienes tanta inquina a Eliseo.

—Porque no tengo muy claro si es un inepto o un espabilado —rezongué, hastiado de la discusión—. Pero me aguanto. Por tanto, concierta cuanto antes una reunión con él y, por favor, no te dejes convencer.

Quizá fui muy severo con ella, sin embargo, estando en esa tesitura cualquier despiste, por tonto que fuera, podía condenarnos a ambos. Con la intranquilidad y el nerviosismo a flor de piel, me despedí de ella para encaminarme hacia el despacho. Allí me esperaba otro frente de guerra encabezado por Estela, que nada más verme aparecer se coló en la oficina y cerró la puerta de malos modos.

—Buenos días. ¿Serías tan amable de traerme un café? —le pedí, como si nada grave ocurriera.

—¡Eres un imbécil! —siseó, y antes de que pudiera detenerme, se puso a mi lado y me arreó una bofetada.

—¿Qué cojones haces?

—Eso para ver si espabilas, joder —me increpó furiosa.

Me llevé la mano a la cara sin podérmelo creer. Así por las buenas me había dado un bofetón.

—¿Y pretendes ayudarme a hostia limpia? —pregunté con sarcasmo, mientras me sentaba.

—Ahora te traigo el café —dijo sin mirarme, abandonándome a mi suerte.

Me quedé pensativo frotándome la cara y me vino una extraña idea a la cabeza. ¿Y si Estela me había atizado por celos? Al fin y al cabo, habíamos estado juntos mucho tiempo y eran bastantes los que pensaban que nuestra relación acabaría en boda. ¿Ella también?

El caso era que eso ya carecía de sentido, mi ex ahora tenía una relación que se presuponía satisfactoria.

—Toma —me dijo Estela, dejando de malos modos la taza sobre el escritorio.

—Muchas gracias —contesté, temiéndome lo peor, es decir, que me hubiera echado sal, por ejemplo. Tras dar el primer sorbo y comprobar que no era tan bruja, pregunté—: ¿Estás celosa?

Ella arqueó una ceja.

—Estoy cabreada, que no es lo mismo. Pero ¿tú quién te crees que eres? ¿El hombre perfecto? —me contestó con chulería—. Pues no, tío listo. Eres uno más, te conservas, follas bien, pero aun así no mereces la pena.

—Vaya..., gracias. Y ahora, si has acabado de echarme flores, por favor ponte en contacto con el juez César García. Tengo que hablar con él.

—¿De qué? —me espetó sin un ápice de respeto.

—De lo que a ti no te importa —respondí, poniéndome en pie y devolviéndole la taza vacía.

Estela me volvió a insultar antes de ir a cumplir el encargo. Yo me quedé por fin solo y miré la alianza. Suspiré. ¿Merecía la pena todo lo que estaba dispuesto a hacer? ¿Algún día me arrepentiría?

No podía perder el tiempo en eso, así que redacté los documentos que necesitaba para pedir una excedencia y también hice unas anotaciones para que el juez García pudiera ocuparse del caso Zahner con mayor facilidad. Conocía a César desde hacía más de cuatro años. Un tipo educado, quizá algo distante. Por lo poco que había hablado con él, sabía que estaba casado, que rondaba los cincuenta, y no mucho más.

Mi reunión con él empezó tensa, pues como era lógico, pensó que le pasaba una patata caliente. Obviando los detalles personales, le expliqué la situación del caso, intentando en todo momento comportarme de la manera más profesional posible, ya que aparte de jugarme mucho con aquella decisión, no deseaba que mi colega se viera metido en problemas derivados de mi actuación hasta el momento.

Me formuló un sinfín de preguntas que respondí con mayor o menor acierto, pues todavía quedaban muchas incógnitas pendientes, que, por supuesto, él debería investigar hasta resolverlas. Tampoco le hizo mucha gracia que la fiscal fuera Dolores San Pedro, pues era conocida por ser demasiado tiquismiquis con tal de llevarse el gato al agua y eso desesperaba a cualquiera. Sabía a ciencia cierta que entre el juez César García y Lola no había ocurrido nada extralaboral como en mi caso; no obstante, teniendo en cuenta la personalidad de ella, controladora hasta atosigar, no me extrañaba que su fama la precediera.

César García continuaba sin ver claros los motivos por los que yo, después de haber dedicado tantas horas de trabajo al caso Zahner, había decidido de un día para otro abandonarlo. Por un momento llegué a pensar, sin duda producto de la paranoia de aquellos días, que a lo mejor juez García había tenido algún que otro desliz y que Ezequiel Zahner lo sabía y lo había amenazado.

No nos teníamos la suficiente confianza, pero decidí hablarle con mayor sinceridad, ya que con argumentos técnicos no terminaba de convencerlo. Asumí un gran riesgo, pues ponía en sus manos ciertos detalles que, llegado el caso, podrían utilizarse en mi contra.

Una vez que estuvo al tanto de todos los pormenores, aceptó estudiar el caso y prometió darme una respuesta en cuarenta y ocho horas. Eso podía ser buena señal, ya que por lo menos no se había negado en redondo.

Si había confiado en César García era por su trayectoria y por su fama de hombre reservado. Sólo esperaba que el caso Zahner no acabara en manos de

cualquier otro, desbaratando por completo tanto mis planes como mi vida.

Capítulo 59

Berenguela

Llegué a la oficina con los nervios a flor de piel, como no podía ser de otra manera. Le había dado vueltas una y otra vez a la cuestión de cómo abordar con Natalia el delicado asunto de su novio. Y no había hallado las palabras ni el tono adecuado. Desesperada, me senté a mi mesa de trabajo y encendí el ordenador para ponerme a trabajar. Poco después llegó Nerea, la ayudante que mi socia había contratado para ayudarla en mis ausencias. Nos saludamos con educación y le pregunté por el paradero de Natalia. Ella me informó que no vendría hasta la tarde, ya que estaba visitando una obra en las afueras. Respiré aliviada, pero sólo había logrado una especie de aplazamiento y poco más. Hice unas llamadas y actualicé algunas hojas de cálculo y, conforme avanzaba la mañana, se fue formando en mi cabeza una inquietante idea. Podía ser una estupidez, pero me apetecía, así que me acerqué a Nerea y le pedí el dossier del proyecto que Matías, haciéndose pasar por un cliente, había encargado. La chica me lo entregó y lo revisé.

A priori no vi nada raro, a excepción de que se iba a gastar un dineral en la reforma de un ático impresionante en pleno centro. Entonces la idea de joderle la reforma se fue afianzando en mi mente, y antes del mediodía ya estaba sentada en un taxi, camino de esa dirección. Disponíamos de las llaves, o sea que nadie me impediría acceder.

Cuando llegué al ático de lujo y entré, vi que no había nadie; no me extrañó, ya que habían terminado de pulir los suelos y, como aún no estaban barnizados,

el resto de los industriales no debían de entrar para no mancharlos. Lamenté no llevar unos tacones de aguja, para dejarle un millar de marcas. Deambulé por el piso y comprobé que el muy cabrón no se privaba de nada. Tenía el «morro fino» y, como disponía de recursos, satisfacía sus ansias megalómanas comprando lo mejorcito. Muy bien, yo podía encargarme de que siguiera gastándose una barbaridad y la casa terminara siendo un espanto. Abrí el dossier con las especificaciones y empecé a tomar notas, llamaría a los distintos operarios y les cambiaría las directrices. Aunque protestaran, la recompensa en forma de dinero que pensaba darles acallaría cualquier protesta. Dinero que, por supuesto, pagaría el propio Matías, ya que con el desembolso a cuenta cubríamos sin problemas los gastos. Cuando más concentrada estaba en joderle la reforma, oí el sonido de la puerta abriéndose. No tenía por qué asustarme, pues lo más probable era que fuera algún trabajador, pero lo que oí fueron unas risas femeninas seguidas de unas palabras.

—¡Venga, que me tienes caliente como una perra!

No tuve que esforzarme para saber quién era. Natalia estaba allí. No podía verme, así que me escabullí hasta la zona de servicio, a la espera de que ellos se fueran a uno de los dormitorios principales.

—Pues te voy a follar como la perra que eres —replicó Matías entusiasmado.

«Yo no debería estar oyendo esto», pensé con temor a ser descubierta. Él lo aprovecharía para ponerla aún más en mi contra y ya todo estaría perdido sin remedio. Busqué con rapidez el móvil y le bajé el volumen para que nada delatase mi presencia. Tuve que oír gemidos, gruñidos y palabras explícitas. De acuerdo, Natalia tenía razón, Matías parecía que era bueno en la cama, sin embargo, tenía que conseguir que ella abriera los ojos. Miré a mi alrededor, buscando una vía de escape, pero al mover el pie el maldito plástico que cubría el suelo hizo ruido y si me arriesgaba a caminar, podrían descubrirme. Así que allí me quedé, como una estatua. Cuando por fin acabaron, después de dos asaltos, yo aún no sabía cómo salir de allí.

—Joder, todavía sigo cachonda —canturreó ella, y yo torcí el gesto pensando lo peor, que iban a empezar otra vez.

—No me extraña, nena, con toda la coca que te has metido —dijo él, echándose a reír.

Un momento..., ¿había oído bien? ¿Coca? Joder, joder, joder, también la

había arrastrado a las drogas. Mierda, aquello se complicaba por momentos.

—A ti te gusta que me comporte como una puta, ¿me equivoco? —ronroneó Natalia, y tuve que respirar hondo para no vomitar. No por sus palabras, que podía llegar a entender dentro de un contexto, sino por la situación en la que por mi culpa se hallaba inmersa.

—Por supuesto, y me gustaría poder quedarme aquí toda la mañana follando, pero..., ¡el deber me llama!

—No seas tonto, en cuanto todo vuelva a la normalidad, no tendrás que dar un palo al agua y yo tampoco —dijo Natalia convencida, y eso tardé algo más en comprenderlo.

¿Qué significaba exactamente «volver a la normalidad»?

—Eso si tu querida socia deja de dar por el saco, aunque dudo que se arriesgue a seguir tirando de la manta. Su querido juez ya no va a poder cubrirle las espaldas a esa tonta del culo. Hay que ser imbécil, sólo tenía que firmar aquí y allá y vivir como Dios, pero no, la muy digna va y se pone a removerlo todo. ¡Si el padre levantara la cabeza!

Me llevé una mano al pecho. Respirar me resultaba complicado.

—A mí me ha tenido aburrída con su historia de la pobre niña rica. Siempre quejándose de su padre y la muy estúpida trabajando de sol a sol para pagarse los estudios. ¡Cómo se nota que no ha tenido verdadera necesidad! —dijo ella, y por el tono daba a entender que me odiaba.

Mi amiga me odiaba. Natalia, que había estado a conmigo desde el principio y resulta que se había dejado comprar... Contuve las lágrimas porque no merecía la pena derramar ni una sola.

—Tú tranquila, ella confía en ti. Hazte la tonta cuando intente convencerte de que soy lo peor.

—¡Lo eres! —exclamó Natalia riéndose, y de nuevo empezaron gemir.

Mierda, mierda, mierda.

—Ahora en serio, nena, hay que seguir adelante. Jugamos con ventaja: por un lado ella se fía de ti y por otro lado está su sentido de la honradez.

—Siempre ha sido muy confiada, como su hermano. Vaya par de pánfilos.

Tragué saliva. ¿Qué sabían esos dos de Ezequiel?

—Sí, pero hubo suerte y él solito se encargó de quitarse de en medio. Porque, de haber vivido, habría arruinado el negocio.

—Suerte y un poquito de ayuda —añadió Natalia, riéndose como una hiena —. Cómo le gustaba a ese hijo de puta meterse de todo. Por lo menos murió con una sonrisa en la boca mientras follaba.

Oí impotente las carcajadas de ambos. Me hubiera gustado poder gritarles allí mismo que, aparte de ser unos cabrones mentirosos, iba a encargarme de que acabaran entre rejas, pero templé mis nervios y aguanté como pude las ganas de chillar.

—Berenguela no es tan tonta como su hermano, no te confíes. Aparte de honrada, no se pone hasta las cejas y por tanto se da cuenta de las cosas.

—Bah, tranquilo, nunca ha sospechado de mí. Súbeme la cremallera por favor. Cada trimestre ve que cuadran las cuentas, que los ingresos superan a los gastos y que cobramos beneficios. Ella atiende a los clientes de verdad y se entretiene buscando otros nuevos.

—El caso es que tiene buen gusto... —murmuró Matías, y sonaba a ¿admiración?

Valiente cabronazo.

—Te la pone dura, ¿verdad? —preguntó Natalia.

—Joder, pues claro —admitió él, y mi estómago ya no aguantaba más.

—Pues siento informarte que es más estrecha que el coño de la Barbie; como mucho, confórmate con pajearte con una foto suya.

—No, gracias, prefiero follarte a ti —dijo en tono seductor.

—Ya me he dado cuenta —contestó mimosa.

Los oí terminar de arreglarse y salir del dormitorio. Contuve las ganas de vomitar ante la rabia y la impotencia que sentía. Pero debía ser cautelosa, aún podían pillarme, así que, tragándome la bilis y confiando en que aquellos dos hijos de puta se largaran satisfechos tras follar en su ático de lujo, aguardé casi sin respirar. Como les diera por revisar las obras, estaba jodida. Hubo suerte, sólo se detuvieron un instante en la entrada para besuquearse, o al menos eso me pareció por el sonido, y por fin cerraron la puerta. Yo temblaba y tuve que sentarme en un bote de pintura para poder recuperar el control. Me quedé allí, con la cabeza gacha y un malestar muy difícil de sobrellevar. Quería romper algo, gritar..., lo que fuera para deshacerme de aquella sensación.

No hubo suerte y dudaba que fuera a conseguirlo en breve.

Me incorporé y arrugué entre las manos los papeles de la obra. No lo pensé

más, aquella casa terminaría siendo la de los horrores, incluso pensé que también podía dejarles un regalito, como a Nogales; sin embargo, eso último lo desestimé, ya que primero debía consultarlo con Fabio. Me marché y, una vez en la calle y segura de que nadie me seguía, lo llamé. Ni me molesté en buscar un teléfono público.

—Dime, Berenguela —respondió amable y, por estúpido que pareciera, me relajó oírlo tan atento y sobre todo seguro de sí mismo.

—¿Estás libre a la hora de comer? —le pregunté, mirando a un lado y otro de la calle.

—Ya sabes que sí, para ti siempre lo estoy —murmuró seductor, y no pude evitar esbozar una sonrisa.

—De acuerdo, pero ya te avanzo que no va a ser una cita agradable.

Me encontraba cerca del Cien Fuegos, así que no lo pensé dos veces. Cierto que Natalia también lo frecuentaba, no obstante, con un poco de suerte hasta podría ocupar uno de los comedores privados y así hablar con Fabio sin interrupciones. Porque lo íbamos a necesitar. Llegué al restaurante en diez minutos y busqué con la mirada al encargado, Xavi, a ver si me sonreía la suerte. Él, nada más verme, se acercó con una sonrisa seductora. No tenía yo el cuerpo para mucha diplomacia, pero si deseaba un comedor privado, lo mínimo que podía hacer era ser educada.

—Tengo que pedirte un favor... —dije, tras darle dos besos,

—Tú dirás.

—¿Podría disponer de un comedor privado?

—Me pides un imposible, pero veré qué puedo hacer —contestó con aquella sonrisa suya tan correcta, tan comercial, sin comprometerse, aunque sin descartarlo. Le hizo un gesto a uno de los camareros y me sirvieron una copa de vino blanco.

Nunca me mordía las uñas, pero era tal mi nerviosismo, que lo hice mientras esperaba a Fabio. Intentaba distraerme observando a otros clientes, pero nada, incluso me parecían potencialmente peligrosos, imbuida como estaba de mi paranoia. Me entretuve enviando mensajes a los diferentes industriales que trabajaban en el ático de Matías y avanzándoles las modificaciones de la obra. Algunos respondían extrañados, lógico, pero yo me limitaba a confirmar las nuevas órdenes, así que mi venganza, puede que pueril, empezaba a tomar

forma.

—¿Me esperabas? —susurró una voz conocida a mi lado.

Casi salto a sus brazos allí mismo; no obstante, me contuve en el último segundo. Era tanto lo que tenía que contarle, que si no me esforzaba por ordenar mis pensamientos, terminaría por dejarlo todo a medias. Le di un beso rápido en los labios, aunque, de haber podido, lo habría besado con mayor intensidad.

—Berenguela... —musitó, apartándose lo imprescindible para mirarme a los ojos y acariciarme la mejilla—, esto es una imprudencia que me encanta.

—No voy a esconderme más —dije y Fabio sonrió, sin duda complacido.

—Vaya... no sé qué te ha ocurrido, pero me gusta ser recibido de esta forma.

—No te emociones...

Nos sentamos a la mesa del reservado, frente a frente, y permanecemos en silencio mientras nos tomaban nota de la comanda.

Una vez hecho esto, suspiré hondo y, agradeciendo la sonrisa cómplice que Fabio me brindaba, comencé a relatarle toda la conversación de la que había sido testigo involuntaria. No pareció sorprendido, lo que aún me dejó peor cuerpo. Cuando mencioné, palabra por palabra, lo que había dicho la que yo consideraba mi mejor amiga, negó con la cabeza como si sólo le estuviera confirmando lo que ya intuía. Estiró la mano y apretó la mía en señal evidente de apoyo.

—Tenías razón —concluí admitiéndolo.

—Créeme, me gustaría no tenerla —dijo, negando aún con la cabeza—. Pero no es momento de lamentaciones. Has hecho bien en contármelo antes de tomar decisiones.

—Ya he tomado una y, por mucho que te empeñes, voy a seguir adelante —lo interrumpí.

—Berenguela...

—¡Les voy a dejar el piso hecho un asco!

Fabio estalló en carcajadas cuando le comenté mis ideas para que el ático de lujo acabara siendo un espanto.

—¿Gotelé?

—Es barato y luego cuesta una barbaridad quitarlo de las paredes —le expliqué, y continuó descojonándose—. Ya le he mandado un mensaje al pintor. También les voy a dejar un recuerdo en el cuarto de baño, con unos sanitarios verde vómito que ya ni se fabrican y encima tendrán que pagar por ellos una

fortuna. He anulado el pedido de la instalación eléctrica y en vez de luces led integradas en techo y paredes van a tener bombillas colgando con farolillos chinos de colores variados...

Continué desgranando todas las ideas, a cada cuál más hortera y estrafalaria, hasta que Fabio se levantó para sentarse a mi lado y abrazarme.

—Tienes derecho a joder a esos dos cabrones —susurró antes de besarme—. Y cuentas con todo mi apoyo. No lo dudes nunca.

—Lo sé, Fabio, lo sé...

Nos quedamos abrazados un rato, porque a pesar de las risas, que nos habían ayudado a desconectar un poco, teníamos por delante la cruda realidad.

Oímos pasos, así que nos separamos, eso sí, tras un beso espectacular.

—Bien, ahora, tras tus hilarantes ideas decorativas, que espero que nunca pongas en práctica en casa, vayamos a lo importante: tu abogado.

—Ya sé que no le tienes mucho aprecio, pero...

—¿Cómo te pusiste en contacto con él? ¿Te lo recomendaron? ¿Lo conocías de antes?

—¡Joder! —exclamé, y dejé caer la cabeza sobre la mesa por no haberme dado de cuenta de un detalle tan importante—. Natalia me lo recomendó. Era un cliente y, supuestamente, ella había tenido algo con él —añadí, dándome cabezazos de nuevo contra la mesa.

Fabio hizo que dejara de golpearme.

—De acuerdo, tu abogado «puede» estar en el ajo.

—Lo está, no lo dudes. Con la mala suerte que tengo, seguro que... ¡Un momento!

—¿Qué ocurre?

—Hay un detalle que no cuadra... —murmuré reflexiva—. Si Eliseo está en el ajo, como tú dices, ¿por qué no se entiende con Nogales?

—Por la misma razón que tu socia fingía ser tu amiga —respondió él amable, mientras me acariciaba la mejilla.

—No, no me da esa impresión... Nogales lleva toda la vida al servicio de los intereses de mi padre. Matías es, por decirlo de alguna manera, quien quería ocupar el puesto que mi hermano dejó libre y que yo ni muerta aceptaría. Entre el administrador y ese cabrón hay un buen entendimiento, pero Eliseo...

—¿Intentó llevarte a la cama? —inquirió, y fruncí el cejo.

—¿Eso qué tiene que ver? —Fabio sonrió de medio lado.

—¿Lo intentó? —repitió.

—No te pongas ahora en plan celoso —le advertí.

—No son celos, Berenguela, no al menos de los que tú imaginas —respondió ambiguo—. No soy tan estúpido como para ponerme de uñas con tus ex.

—No te preocupes, no ha habido muchos —aseguré.

—Da igual, el pasado no me preocupa, siempre y cuando no afecte a nuestro futuro.

Suspiré en cierto modo aliviada. Era una declaración que interpreté como madura, y además tenía razón.

—No, no llegué a nada con él —contesté, mirándolo a los ojos.

—Bien —dijo, sin duda satisfecho—. Ese detalle simplifica las cosas.

—Ahora lo entiendo... —reflexioné en voz alta—. Natalia insistía una y otra vez en que me acostara con él, pero... —Me detuve, porque hablarle a un hombre con el que te habías casado de otros tipos podía ser contraproducente y más es mi caso.

—Otra forma de tenerte controlada, sin duda alguna —dijo convencido.

—Pues peor me lo pones. Una amiga traidora, un administrador desleal, un encargado sin escrúpulos, un abogado vendido al mejor postor... Todos aquéllos en los que se supone que debía confiar me la han jugado.

—Te olvidas de un juez curioso —me recordó, arqueando una ceja, y tuve que sonreír.

—Mira por dónde, quien debía ser mi enemigo...

No rematé la frase, porque deseaba besarlo. Lo hice, a conciencia, y pronto lo que empezó siendo un beso se fue convirtiendo en algo mucho más intenso, tanto, que yo terminé subiéndome a horcajadas sobre Fabio y desabrochándole los pantalones, al tiempo que él me subía la falda hasta la cintura para tener acceso a mi entrepierna.

—Me encanta este restaurante, tenemos que venir más a menudo —susurró un segundo antes de penetrarme.

—Fabio... —gemí, mientras me arqueaba y ponía en tensión cada músculo del cuerpo.

Ambos éramos muy conscientes de dónde estábamos. Quizá la sensación de peligro, el temor ser descubiertos incrementó el placer.

—Vamos, más fuerte, fóllame más fuerte —ordenó, rodeándome el cuello con una mano y apretando ligeramente.

Me encantó que se mostrara tan exigente, tan expeditivo, y no tuve ningún reparo en obedecer, mientras lo montaba con frenesí y él empujaba sin descanso, hasta que caí medio desfallecida sobre él.

Capítulo 60

Fabio

No resultó sencillo convencerla para que, de momento, no despidiera a su abogado. Cierto es que, de haber podido, yo le hubiera partido la cara, y teniendo en cuenta que nunca había llegado a pegarme por una mujer, mi cabreo era considerable. Aun así, a base de persuasión y argumentos, incluido algún que otro arrumaco, logré que Berenguela aceptase mantener a Palazón sólo unos días más.

¿La razón?

Muy simple, quería pillarlo para poder tener después base legal y que ella lo demandase por mala praxis. Desde luego era un juego arriesgado, aunque la razón quizá más poderosa para seguir adelante, razón que por cuestiones obvias no le comenté a Berenguela, era el simple placer de tenerlo cara a cara y decirselo sin ambages, sin máscaras legales de por medio.

Ella, como cabía esperar, se subió por las paredes cuando supo, por medio de mi querida ex, a la que le eché la bronca sin contemplaciones por bocazas, que yo había solicitado una excedencia. Le expliqué paciente las razones y que podía asesorarla, por supuesto en un segundo plano, a la hora de tomar decisiones. No muy convencida, terminó claudicando, no sin antes maldecir de forma muy creativa.

—La jodida herencia de mi padre se lo va a llevar todo por delante —fueron sus palabras.

Nos encontrábamos de camino al despacho de Palazón; por supuesto, él

esperaba a Berenguela sola, no conmigo, y mientras conducía no podía ocultar un perverso placer. Primero por ir los dos juntos, sin ocultarnos, y segundo por ir a cantarle a ese cantamañanas las cuarenta. Si de verdad se confirmaban las sospechas, y tenía toda la pinta, de que el abogado estaba compinchado con el resto, a Berenguela le iba a hacer falta mucha paciencia y buenos profesionales, porque todo se había descontrolado. Ella era muy consciente de ese hecho, y por eso me sentía cada vez más orgulloso de ver cómo aguantaba el chaparrón y aún estaba más decidido a sacarla de aquel embrollo.

—Estás muy callada —comenté al llegar al parking cercano a la oficina de Palazón.

—No me apetece hablar —respondió.

—Vaya, que no se diga que no hacemos cosas típicas de casados —apunté con ironía.

—Dudo mucho que haya hombres capaces de meterse en semejante berenjenal sólo por estar con una mujer.

—Te sorprenderías y, ya que me lo sirves en bandeja, añadiré que tú no eres una mujer cualquiera.

Frunció el cejo, ni los halagos parecían funcionar aquella mañana.

Dejé el coche de Berenguela bien aparcado y recogí todos los papeles y las anotaciones que había preparado para la reunión. Y, a pesar de su mal humor, la cogí de la mano. Un gesto tonto que me gustaba. Esperaba que un día pudiera pasear con ella por el simple placer de hacerlo. Perder el tiempo incluso y olvidarnos de todo, igual que habíamos hecho durante el intenso mes que pasamos en la sierra. Por suerte, Berenguela aceptó el gesto y caminamos sin separarnos hasta la puerta del bufete.

—Espera un segundo —le pedí, apartando su mano del timbre.

—¿Qué ocurre? —preguntó molesta.

Tiré de ella alejándola de la puerta y dejé el maletín en el suelo. Acuné su rostro y la miré fijamente a los ojos.

—Escucha bien, pase lo que pase ahí dentro, debes tener muy claro que en esto estamos juntos, sin fisuras. —Ella cerró los ojos, inspiró hondo y asintió, aunque no todo lo convencida que debería, así que la besé despacio, no era cuestión de ponernos cachondos, transmitiéndole todo mi apoyo.

—No me gusta nada todo esto... —musitó.

Le di un último beso y recuperé el maletín.

* * *

La secretaria de Palazón se limitó a saludarnos y a acompañarnos hasta el despacho de su jefe. Yo caminé tras Berenguela, pues quería dar un golpe de efecto cuando aquel tonto de los cojones me viera aparecer.

—Buenos días, Berenguela, ni te imaginas las ganas que tenía de verte —fue el saludo, demasiado entusiasta a mi parecer, del abogado.

Se acercó con rapidez a ella, con la evidente intención de besarla. No me importaba que otro hombre la saludara así, sería ridículo comportarme con tanta inmadurez, pero me jodía bastante que Palazón la tocara.

—Buenos días —intervine, y sentí un inmenso y perverso placer cuando me vio.

El abogado nos miró a Berenguela y a mí de forma alternativa, sin duda contrariado por mi presencia.

—¿Nos sentamos? —sugirió ella, acomodándose.

—Buenos días... señorita —dijo Palazón en voz baja, aún recuperándose de la impresión.

Excelente, era una de las bazas con las que contaba para que todo se encauzara de una jodida vez.

Berenguela y yo habíamos acordado, por indicación mía y, por supuesto, mostrándose ella reticente, que yo llevaría el peso de la conversación. Entendía su postura, pues conocía toda su historia y sin duda le resultaba complicado asumir que yo llevara la iniciativa, teniendo en cuenta que siempre se las había apañado sola.

El abogado señaló con fría cortesía el asiento junto a Berenguela y me acomodé. Me hubiera gustado cogerle la mano en señal de apoyo, pero bien sabía que ese gesto, de momento, debería guardarlo para cuando estuviéramos a solas. Palazón la miró a ella en busca de una explicación y Berenguela se encogió de hombros y me observó de reojo.

—Eliseo, ya no puedo más —dijo ella, y me molestó la familiaridad con que lo trataba.

—Traducido —intervine serio—: a partir de ahora se acabó cuestionar sus

indicaciones.

—Pero... usted... es... —titubeó ante mi contundencia.

—Ese detalle ahora carece de importancia —lo interrumpió Berenguela.

—Esto es del todo irregular —se quejó Palazón.

—Lo que es del todo irregular es cómo ha llevado este asunto. En vez de ayudarla, sólo ha conseguido que la situación de la señorita Zahner sea mucho peor que al principio. No ha dado un paso correcto en todo el proceso —dije, convencido de cada palabra, a la espera de su reacción.

—Aún no le has puesto la denuncia a Narváez. El informe del asesor fiscal brilla por su ausencia. Zahnersa sigue operando como si tal cosa —le recordó ella.

—Si no se ve capacitado para seguir con el caso, lo entenderíamos —añadí, sabiendo que mi comentario iba directo a su orgullo profesional.

—Berenguela, ¿podemos hablar un instante a solas? —le pidió, y ella negó con la cabeza.

—Cualquier cosa que tengas que decirme, puedes hacerlo delante del juez Castell.

¿Era yo o Berenguela había pronunciado con cierto deleite la palabra «juez»? Desde luego, la cara del tipo no tenía precio, no sabía ni por dónde le daba el aire.

—Berenguela...

—No —replicó ella contundente, sin levantar la voz—. Fabio está al tanto de todo.

Hasta yo di un respingo cuando pronunció mi nombre. Y no se quedó en ese punto, sino que movió la mano y cogió la mía. Joder, ¿era o no era para quererla?

Puede que pocas veces expresara en voz alta lo que sentía por mí, Berenguela no era una mujer dada a repetir ciertas palabras. No, prefería hacerlo con gestos como aquél. Toda una declaración de intenciones. Palazón disimuló como pudo. El hombre demostraba buen temple. Saltaba a la vista que se moría por preguntar, pero que no le quedaba más remedio que morderse la lengua. Excelente, ése era uno de mis objetivos. El que da primero da dos veces, y si él estaba en la nómina de Narváez, le iría con el cuento sin dilación y eso desconcertaría a aquel cabrón, pues ya no podría utilizar mi relación con

Berenguela como chantaje.

Palazón intentó justificar los pasos dados hasta el momento; alegaba prudencia y sentido común para dar más veracidad a sus argumentos, sin embargo, yo negaba con la cabeza, pues cada decisión sólo había complicado más la situación de Berenguela. Tomé el mando de la conversación y le entregué unos documentos en los que había anotado las directrices a seguir a partir de entonces. Aceptó los papeles con reticencia y los examinó por encima; sin duda después, una vez a solas, les prestaría la atención debida, ya que no era ningún estúpido.

Berenguela no me interrumpió ni una sola vez, permitió que le explicara el asunto desde mi perspectiva, dejándole muy claro que no íbamos a admitir ningún cambio. Yo era muy consciente de que el abogado hervía por dentro, pues en su lugar a mí tampoco me hubiera hecho ni puta gracia que me dijeran cómo debía hacer mi trabajo, amén de que era yo quien lo hacía y en el ambiente se notaba de sobra la tensión entre ambos. Por suerte, ella no se dio cuenta o, sencillamente, decidió obviarla.

* * *

—Sólo te ha faltado levantar la pata y mear en la esquina —me dijo, no tan enfadada como pudiera parecer, mientras caminábamos hacia el parking.

Sí había notado la tensión.

No iba a justificarme ni a darle explicaciones.

Cuando llegamos al coche, me sonó el móvil y vi que era Armando. No tenían por qué ser malas noticias pero, tal como estábamos, cualquiera se fiaba.

—Dime —respondí, sonriéndole a Berenguela a modo de disculpa.

—¿Estás libre esta noche? —disparó mi amigo a bocajarro con voz de falsete—. Te echo de menos.

—Vaya, vaya, al tipo duro le han dado plantón —bromeé sin piedad.

Berenguela me miraba divertida, intuyendo con quién hablaba.

—Pues no, querido. Aunque yo, a diferencia de otros, no dejo a mis amigos de lado cuando me emparejo —dijo, dispuesto a pincharme.

—Eso ha dolido, chato —contesté, también con tono de falsete—. Si tienes tanto interés en verme, no seas rata e invítame a cenar.

Algo debía de ocurrirle para que me llamara y aceptara pagar una cena. Lo cierto era que me apetecía volver a casa, ponerme cómodo, apoltronarme un rato en el sofá y abrazar a Berenguela.

—Fabio, si quieres pasar un noche de chicos, por mí no te preocupes —murmuró ella al ver mi apuro.

Se quedó apoyada en la carrocería, sonriendo de medio lado. Guardé el móvil y me acerqué. Entonces me vino a la cabeza el día en que casi acabo besándola en el aparcamiento de un centro comercial.

—Una noche de chicos... —repetí, mientras me inclinaba para poder hablarle al oído.

—¿Y qué vais a hacer?

—Me lo preguntas como si fueras mi madre y yo tuviera dieciocho años —dije para provocarla. La besé en el cuello y ella gimió muy bajito—. ¿Me das o no permiso?

—No seas tonto. Anda, ve a divertirte —contestó, arreglándome la corbata y riéndose.

—Mejor me divierto un poco ahora, que con Armando nunca se sabe —repliqué, besándola como me apetecía hacerlo. Aunque la fase de besuqueo pronto se nos quedó corta y, pese a mis deseos de ir un poco más allá, al final logramos separarnos y meternos en el coche para regresar a casa.

Cuando me cambié de ropa para la salida nocturna, oí un silbido de lo más picante.

—Es la primera vez que te veo tan... tan...

Arqueé una ceja encantado, por supuesto, y continué posando para ella.

—Normal. No sé, es que rara vez te veo así, con vaqueros, sudadera, deportivas... Pareces otro, la verdad.

—Gracias.

—Si te viera por la calle, a lo mejor te metía ficha —añadió, poniéndome morritos.

Me gustaron mucho sus piropos. Tanto, que estuve a punto de llamar a Armando y suspender nuestra cita. No lo hice, pues ella me animó a largarme aduciendo que deseaba perderme de vista un rato. Aquello era verdadero amor, pensé con ironía.

* * *

Por una vez, mi amigo ya estaba en el restaurante esperándome. Lo vi de espaldas y caminé hasta quedar a su lado y poder pincharlo un poco.

—¿Estudias o trabajas? —le pregunté, y él se volvió para responder.

—¡Soy un ni-ni, no te jode!

Nos echamos a reír, porque a pesar de todos nuestros piques, disparidad de opiniones y demás complicaciones, podíamos bromear y tomarnos el pelo, incluso dejar de hablarnos, pero no perderíamos nuestra amistad. Nos sentamos a la mesa. No se trataba de disfrutar de la comida, sino de recuperar un poco el hábito perdido, volver a reunirnos como hacíamos antes y charlar de todo sin preocuparnos del tiempo. Al principio nos limitamos a ponernos al día, comentando generalidades, noticias, temas que no nos incumbían de forma directa, lo que nos ayudaba a sentirnos cómodos.

—¿Tienes permiso para llegar tarde? —me preguntó, tras pagar la cuenta.

—¿Y tú? —le espeté en el mismo tono guasón.

Propuso ir a un local de copas y acepté, aunque si queríamos seguir hablando lo menos indicado era meternos en un antro con la música a todo volumen; pero Armando escogió un pub discreto, con música de piano en directo, algo que me sorprendió, pues rara vez coincidíamos en gustos musicales. Una vez acomodados y con un par de cervezas bien frías, dejando que las notas del piano nos acompañasen, Armando declaró:

—Estoy acojonado.

—¿A qué te refieres? —pregunté, frunciendo el cejo.

—Llevo ya una semana con esto encima. —Sacó del bolsillo una pequeña bolsita de terciopelo y me la entregó—. ¿Qué opinas?

—Que no es de mi medida —respondí, contemplando el anillo y colocándomelo en el meñique.

—No seas idiota —dijo, recuperándolo y esbozando una sonrisa—. Quiero pedirle que se case conmigo y no me atrevo.

—¿Y pretendes que yo te ayude? —pregunté perplejo.

—No, joder. Sólo quería hablar de esto con alguien de confianza. Es que... —nervioso, se pasó la mano por el pelo— no termino de decidirme.

—¿No lo tienes seguro?

—Yo sí, maldita sea. Para una vez que lo tengo claro, es ella la que no me da seguridad. Estela es...

—Complicada —finalicé yo la frase y Armando asintió.

—Es una mujer independiente, parece que no necesite a nadie. Ella sola se las apaña. No es la típica chica que va de dura y que luego se desmorona.

—¿Y eso te asusta? —pregunté sin comprender—. Joder, tío, te creía más maduro. Ésas son sus virtudes. ¿Qué buscas, a una dependiente emocional? ¿A una mujer que ante el menor revés vaya llorando a tus brazos en busca de soluciones?

—Ése no es el problema...

—Armando, joder, espabila y no seas imbécil. Es una mujer hecha y derecha, no una veinteañera emocionalmente inestable. ¿Qué coño tiene que ver el hecho de que sea independiente?

—Pues que a lo mejor me rechaza, lumbreras —me espetó, y se levantó a por otra ronda.

Mientras él iba en busca de más combustible, reflexioné sobre la conversación. Me había sorprendido que Armando, tan poco proclive al compromiso, pensara en casarse; sin embargo, podía comprenderlo, pues yo había pasado por lo mismo.

—¿Puedo hacerte una pregunta personal? —dije cuando regresó a la mesa, y él asintió—. ¿Por qué quieres casarte ahora, cuando nunca antes te lo has planteado?

—Respóndeme tú —replicó, y levantó el botellín en un brindis un tanto burlón—. Te has casado sin avisar.

—Cierto y no me arrepiento. Así que no pierdas el tiempo, pídeselo de una jodida vez.

—Y en el improbable caso de que acepte, ¿serás el padrino?

—Voy a por otra ronda.

El caso es que, tras aquellas extrañas confesiones, recuperamos nuestro tono bromista y sin pelos en la lengua de siempre. Hacía mucho que no estábamos en sintonía, así que sin darnos cuenta se nos fue pasando el tiempo, hasta que cerraron el local y no quedó más remedio que irse a casa. Habíamos bebido más de la cuenta, algo de lo que no me di cuenta hasta que me subí al taxi. Cuando llegué a casa, entré tropezando hasta llegar al dormitorio. Casi termino en el

suelo al tratar de quitarme las zapatillas de deporte.

—¿Fabio? —murmuró Berenguela medio dormida, encendiendo la lamparita de la mesilla.

Me levanté para quitarme el resto de la ropa y al verla allí en penumbra, y pese a llevar un buen ciego, me empalmé.

—Ábrete de piernas —ordené, despojándome no sin cierta dificultad de la sudadera, debido a mi estado de embriaguez.

—¿Estás borracho? —inquirió adormilada.

—Ábrete de piernas —repetí, no con muy buena pronunciación.

Debí de resultar convincente, pues ella apartó la sábana y obedeció, tumbada con las rodillas dobladas, pero con las malditas bragas puestas. Me desabroché los vaqueros y ella se quitó las bragas tirándomelas a la cara, para después quedarse quieta, expectante. No podía defraudarla.

Apoyé una rodilla a los pies de la cama y con cuidado de no caerme, pues mi estabilidad no era la idónea, me incliné hacia ella hasta poder posar los labios en su pubis. Berenguela gimió bajito y yo cerré los ojos, dispuesto a lamerla de arriba abajo.

En cuanto mi lengua entró en contacto con su sexo, sentí cómo enredaba las manos en mi pelo y tiraba de él. Sin duda diciéndome que fuera más expeditivo.

Y lo fui.

Capítulo 61

Berenguela

Cuando sonó el móvil a primera hora de la mañana, quise estamparlo contra la pared. Lo cogí de malas maneras y me jodió aún más ver de quién era la llamada entrante. Natalia. Inspiré para templar mis nervios, pues debía hablar con ella como si no supiese nada. Antes de responder miré a Fabio, que dormía boca abajo.

—Buenos días, dormilona —dijo Natalia cantarina—. Te llamaba para decirte que tengo que salir de viaje. Un nuevo cliente que me ha presentado mi novio. —Torcí el gesto, sonaba tan natural—. Sólo serán dos días fuera, si lo consigo como cliente será un pelotazo.

—¡Genial! —contesté, intentando darle a mi exclamación un tono emocionado que, por supuesto, no sentía. A mi lado, Fabio se movió y gruñó.

—¿A que sí? Es el responsable de compras de una cadena hotelera, y si logro que firme con nosotras tendremos trabajo garantizado —prosiguió excitada.

—¿Necesitas ayuda? —pregunté cordial.

—De momento no —respondió con su tono desenfadado habitual—. Tendrás que ocuparte tú de la oficina. Nerea ya está avisada, así que espero volver con buenas noticias.

—De acuerdo —dije, porque a pesar de que se me estaban revolviendo las tripas, y eso que aún no había desayunado, que Natalia se fuera podía venirme de perlas para recabar información, pues Nerea sólo estaba contratada a media jornada.

Me despedí de la que esperaba perder como socia cuanto antes y dejé el teléfono sobre la mesilla. Aún podía quedarme un rato más en la cama. Miré a Fabio y tuve que apretar los muslos al recordar lo ocurrido de madrugada, cuando regresó con un pedal del quince. Me acerqué a él y le besé la nuca. Gruñó e insistí hasta que se dio la vuelta para mirarme con cara de malas pulgas y taparse los ojos con el brazo.

—Buenos días, señor sádico —susurré, pegando los labios a los suyos—. ¿Qué, de resaca?

—Mejor no preguntes —murmuró, haciendo una mueca de dolor.

—Ay, pobrecito... —me burlé, acariciándole el brazo con el que se cubría—. Y supongo que no recuerdas nada de las estupendas y morbosas palabras que me dedicaste. —Negó con la cabeza y añadí con malicia—. Pues yo sí.

Podía ser una buena chica, levantarme y traerle un analgésico y un zumo de naranja, cosa que por supuesto haría, pero antes quería torturarlo un poco.

—Me estoy haciendo mayor... —dijo gruñendo.

—¿De verdad no te acuerdas de lo que pasó? —Negó con la cabeza y yo sonreí mientras le besaba el hombro desnudo, encantada con la situación—. «Ábrete de piernas» —lo imité, intentando poner voz grave; entonces Fabio gimió y se frotó las sienes.

—¿Eso dije?

—Ajá —le confirmé—. Aunque mi parte favorita fue la de «Ponte a cuatro patas, que hace mucho que no me follo ese culo».

—Joder... —masculló, y me eché a reír a carcajadas—. Lo siento. No volverá a ocurrir.

—¿Ah, no?

—Oye, tengo una edad —se defendió malhumorado—, ya no aguanto tan bien como antes la bebida.

—Pues para ser tan mayor... —bajé la mano y le agarré el pene, apretando ligeramente—... tienes una resistencia envidiable.

Esbozó media sonrisa, que le duró apenas medio minuto, pues de nuevo frunció el cejo debido a la resaca. Dejé de acariciarlo, pues aquello no se animaba, y decidí que ya lo había pinchado bastante.

—Hoy no soy capaz ni de parpadear —murmuró.

—No sabía que fueras tan quejica —le reproché, levantándome de la cama

—; sin embargo, es tu día de suerte. Antes de irme a trabajar, haré el papel de buena esposa y te traeré el desayuno junto con una aspirina.

—Algo que te agradeceré toda la vida —apostilló.

Le dejé lo prometido junto a la cama antes de meterme en el baño. Cuando salí, recién duchada, observé cómo dormía, el pobre no podía con su alma. Yo debía olvidarme de un marido activo y trasnochador para enfrentarme a mis problemas; por tanto, le di un beso rápido en los labios. Fabio ni se movió y me fui a la oficina.

* * *

Encontré a Nerea en su puesto. Sabía que no debía fiarme de nadie, así que durante la mañana me limité a revisar los trabajos pendientes, consciente de que todo el esfuerzo de años iba a irse por el retrete. Pero no podía dejar los encargos ya empezados a medias y, muy a mi pesar, debía ir avisando a los clientes que esperaban el inicio de las obras que no iba a ser posible llevarlas a cabo. No sólo suponía perder ingresos, sino lo peor, la respetabilidad como profesional. Para amortiguar el golpe, me encargué de contactar con otras empresas del sector y traspasarles los proyectos. Ni que decir tiene que quienes me conocían se mostraron en primer lugar muy sorprendidos, pues la competencia siempre es feroz; aunque después en más de un caso se ofrecieron a pagarme una comisión. Algo que, por supuesto, no pude aceptar, pese a que cualquier ingreso de cara a un futuro laboral más que incierto me vendría de perlas.

A la hora de comer por fin me quedé sola en la oficina. No era la primera vez, pero a diferencia de otras ocasiones, me di cuenta de que algo más que el trabajo ocupaba mis pensamientos. Saqué el móvil y le envié un mensaje a Fabio para preguntarle si había regresado al mundo de los vivos.

La respuesta llegó dos minutos más tarde, haciéndome sonreír:

Más o menos.

He conseguido llegar a la mesa de trabajo y empezar con el ordenador de tu archienemigo.

¿Te apetece dorada a la sal para cenar?

Me quedé mirando la pantalla como una gilipollas, sin saber qué responderle. Era demasiado bueno para ser realidad, de ahí mi cautela.

Pero algo tenía que decirle para que se quedara tranquilo.

Me parece una cena perfecta. Llevaré el vino.

Le di a Enviar y en el acto caí en la cuenta de que faltaba algo... Así que pensé con rapidez qué añadir. «¿Te quiero?» «¿Te echo de menos?» «¿Te deseo?»

No encontraba la frase exacta, la que resumiera todo lo que sentía por él sin escribirle una parrafada interminable. Tampoco me pareció apropiado enviarle una sarta de corazoncitos, porque además de cursi me pareció ridículo.

Él seguía en línea y yo, incapaz de responderle. Entonces se me ocurrió una idea disparatada, me desabroché la blusa, y activé la cámara del móvil para fotografiar mi sujetador. Revisé la instantánea y añadí el mensaje:

Y también el postre.

Antes de que me volviese la cordura, pulsé Enviar y Fabio respondió un minuto después con la foto de un perro con la lengua fuera. Aquello era romanticismo y lo demás tonterías. Dejé el móvil a un lado y me concentré en revisar el ordenador de Natalia. Ella estaría dos días fuera, una oportunidad única. Fabio me había aconsejado que hiciera copias de sus archivos dejando el menor rastro posible, así que busqué los documentos. Aparte de una carpeta llena de fotos de hombres en poses sugerentes, desnudos, mojados y demás (carpeta que conocía, pues me enviaba con regularidad archivos de ese tipo), revisé el resto.

No quise perder tiempo en seleccionar lo relevante y empecé a copiar archivos. Más tarde, Fabio los examinaría con paciencia. Sin embargo... me pareció demasiado fácil. Si guardase información comprometedor, Natalia se habría molestado en ocultarla. Las carpetas etiquetadas como facturas, presupuestos o clientes no tenían por qué ser sospechosas. Debía encontrar lo antes posible los documentos que revelasen lo que era ficticio y, lo más complicado, cruzarlo con mis proyectos. Y, para rematar, revisar los ingresos.

Todo un rompecabezas.

Por si acaso, copié todo lo que veía, incluidas las fotos de macizos. También anoté el historial de navegación. Cuando quise darme cuenta, eran casi las ocho,

no había comprado el vino para la cena y me dolía la cabeza. Así que decidí que ya estaba bien por el momento de jugar a los agentes secretos y apagué el ordenador, procurando dejar el escritorio de Natalia con el desorden de siempre.

* * *

Llegué a la casa que compartía con Fabio y, nada más abrir la puerta, me llegó el aroma de la comida. Así daba gusto. Y, por si fuera poco, sonaba una melodía envolvente, una pieza clásica muy conocida, pero de la que desconocía el título. Supuse que lo encontraría en la cocina y así fue. Lo que no esperaba era verlo como lo vi. Ni rastro del Fabio serio y formal. En su lugar vi a un tipo sin afeitar, con unos pantalones de yoga y una camiseta negra bastante vieja, con las mangas recortadas a tijeretazos.

Él se volvió al notar mi presencia y yo arqueé una ceja.

—¿Nirvana?

—Hay quien se cree que es una marca de camisetas —comentó alegre, acercándose con el trapo de cocina en las manos.

—Teniendo en cuenta lo que está sonando de fondo, este atuendo tan *grungre* no te pega mucho.

—Que disfrute escuchando el *Canon* de Pachelbel no significa que *Nevermind* no sea un disco cojonudo, querida.

—A veces me resultas contradictorio —dije, esperando que me besara, pero el maldito horno escogió ese instante para avisar de que la cena estaba lista.

Le di la botella de vino para que la metiera en la nevera y me fui al dormitorio a ponerme algo más cómodo. Yo no disponía de un atuendo similar al suyo, pero para no desentonar, le birlé una camiseta y completé el conjunto con un pantalón de deporte. Cuando regresé a la cocina ya estaba la mesa puesta y él esperándome.

—Nunca imaginé que fueras un cocinillas.

—Me relaja —comentó, cogiendo las manoplas para sacar la bandeja del horno.

Yo dejé sobre la mesa la memoria USB con todo lo que había sacado del ordenador de mi socia. Fabio lo miró y después a mí.

—Toma, aquí está todo lo que he encontrado.

Estiró el brazo, agarró el dispositivo y lo dejó como si nada sobre la encimera.

—Hagamos un pacto —propuso sonriendo—. Sólo hablaremos de problemas, de trabajo y de embrollos varios en horario laboral.

—¿Perdón?

—De ocho de la mañana a ocho de la tarde. De lunes a viernes. Después tú y yo no mencionaremos ni una palabra, nada. Por muy urgente que sea, por muy relevante que nos parezca, esperaremos al día siguiente.

—Como idea es buena, aunque... —negué con la cabeza—, me temo que no será fácil.

—Intentémoslo. Joder, Berenguela, no puede ser tan difícil. Estamos casados, soy consciente de que nuestro matrimonio no ha tenido unos inicios muy convencionales, pero maldita sea, quiero prepararte la cena y no acabar cenando enfurruñados. Quiero que me cuentes cosas normales de trabajo para pasar el rato...

—¿Qué trabajo? Dentro de nada ambos estaremos en la cola del paro —lo interrumpí, dejando salir mi lado más pesimista.

—No seas agorera —murmuró, apretándome la mano—. Mañana me pondré con eso. —Señaló la memoria USB—. Ahora, por favor, disfrutemos de la cena y del «postre».

No me quedó más remedio que aceptar el trato.

Capítulo 62

Fabio

Cada mañana, cuando Berenguela se marchaba, yo me quedaba en casa con un montón de documentos por examinar, lo que *a priori* era un buen método para desconectar; sin embargo, no lograba sentirme tranquilo, ya que ella era quien se exponía. Por ese motivo, cuando me dijo que todavía existían muchos más archivos en el apartamento de su padre, me negué en redondo a que fuera allí sola y la acompañé.

—Siéntete como en casa —me dijo, y noté su ironía cuando traspasamos las horrorosas puertas de acceso. Todo un ejemplo de mal gusto.

—Vamos a lo importante.

—Por aquí —me indicó, yendo hacia al despacho de su padre.

La primera impresión que tuve era que había hecho un viaje en el tiempo, más en concreto a los años ochenta. Estanterías negras en las que se notaba la falta de limpieza, y un sinfín de puertas con apliques de recargado latón.

Había soñado con aquello durante muchos años, tener a mi alcance todo lo relacionado con Ezequiel Zahner, y ahora estaba a punto de meter las narices en sus documentos y pensaba aprovechar al máximo la oportunidad.

—No sé ni por dónde empezar —comenté, mirando a mi alrededor con una ligera reverencia, porque al fin y al cabo me encontraba en la guarida del que había considerado un enemigo durante mucho tiempo y con el que me había llegado a obsesionar.

Berenguela abrió las puertas de algunos muebles mostrándome su contenido

como si fuera una azafata de concurso. Todo estaba ordenado, pero lo difícil era averiguar con qué criterio.

—Mi padre pensaba, no sin cierta razón, que estos cacharros —señaló un potente ordenador sobre el escritorio— no eran seguros. Si alguien entraba en esta habitación en busca de información, ¿qué crees que se llevaría sin titubear? De ahí que sólo lo tuviera para realizar cosas sin importancia. Nadie perdería el tiempo en llevarse un motón de archivadores, teniendo un ordenador delante y sin clave de acceso.

—No te enfades por estas palabras: tu padre era un hijo de puta muy listo — admití, y ella asintió.

—Le gustaba recopilar información de todo el mundo, tanto amigos como enemigos —me explicó—. Así es como encontré todo lo relacionado contigo, incluida tu dirección.

—¿Me investigaba? —pregunté, frunciendo el cejo.

—¿Lo dudas acaso? Vi hasta tu expediente académico. Muy bueno, por cierto.

—Gracias —repliqué con sorna.

—Todo tuyo. Haz lo que quieras —me indicó.

Con toda aquella documentación a mi alcance, me sentí eufórico, aunque al mismo tiempo cauto, ya que encontrar sólo los papeles comprometedores me iba a exigir mucha paciencia, pues a buen seguro allí había multitud de carpetas que no servirían para nada.

—¿Puedo? —pregunté, señalando los cajones del escritorio.

Berenguela sonrió y me acerqué para darle un beso en los labios antes de ocupar el enorme sillón donde su padre trabajaba y corrompía a la gente a partes iguales. Ella se acercó a una de las estanterías y se puso a examinar libros.

En el primer cajón encontré una agenda de las de antes, abultada, llena de notas anexas; podía considerarse un filón informativo. La abrí sin un criterio concreto, sólo por curiosidad, más tarde la estudiaría con precisión. Vi un montón de anotaciones, citas y abreviaturas. Seguí registrando los cajones en los que hallé útiles de escritorio, sobres, sellos..., todo a la vieja usanza. Nada sospechoso, pero al llegar al último me di cuenta de que estaba cerrado. Se me dispararon las pulsaciones.

Berenguela continuaba sacando archivadores y revisando las etiquetas; de

momento no había encontrado nada importante.

—Necesito un destornillador o cualquier otra cosa para hacer palanca —le dije, y ella me miró por encima del hombro con cara de extrañeza. Le señalé el cajón cerrado y salió del despacho, regresando enseguida con una pequeña caja de herramientas.

Encontré lo que necesitaba, pero me daba apuro romper nada.

—No te cortes —me indicó—, pienso donarlo todo a una ONG.

No obstante, prefería ser un poco más delicado y sóloforcé la cerradura.

Como era lógico, Berenguela arqueó una ceja ante mis habilidades, muy cuestionables, cuando logré abrir el cajón manipulando la cerradura.

—He sido cocinero antes que fraile —me justifiqué, sin rastro de vergüenza.

Ella volvió a su tarea y yo, ansioso por ver qué encontraba, saqué una vieja carpeta azul. En la solapa leí Berenguela y me puse tenso. Ella me daba la espalda, así que la abrí con sumo cuidado. Por decirlo de alguna forma, esperaba encontrar el tesoro, la clave de los negocios de Ezequiel Zahner, la lista de sus socios, la combinación de una caja de seguridad en un banco..., pero nunca imaginé ver aquello.

Con mucho cuidado, fui observando las instantáneas. Todas de Berenguela de joven. Me quedé ensimismado contemplándola. Parecía otra, menos sofisticada, aunque igual de atractiva. Había fotos de ella sonriendo, sin duda ajena al hecho de que la estaban fotografiando. Hasta que encontré una que me hizo silbar de admiración.

—¿Qué ocurre? —preguntó, acercándose con rapidez al escritorio.

Intenté ocultar la foto, pero ella se percató de la maniobra.

—Qué hijo de puta... Sabía que me vigilaba, aunque no pensaba que fuera tan rastreador como para esto. Era un enfermo... Siempre controlaba todos mis movimientos.

Miré de nuevo la fotografía de Berenguela tumbada en la playa, sola.

—Esta foto es preciosa y me gustaría quedármela.

—Fabio, por favor, estoy horrible. Qué pelos, llevaba al menos un año sin pasar por la peluquería. El bikini era de segunda mano y si estaba tan delgada era porque no me llegaba el dinero para comer.

—¿Cuántos años tenías? —pregunté, poniéndome en pie.

—Diecinueve. Fue el primer verano que pasé por fin sola.

Inspiré hondo y la abracé. De acuerdo, para ella era un recuerdo doloroso y yo sólo había visto el lado sugerente.

—¿Lo pasaste bien? ¿Conociste a alguien?

—¿Por qué preguntas eso? —replicó molesta.

—No te enfades. Sé que lo pasaste mal, pero en esta foto yo veo a una chica preciosa disfrutando del sol, puede que sin un céntimo en la cartera, aunque con ganas de salir adelante por sí misma.

—Qué lisonjero... —murmuró, dejándose abrazar.

—Es la verdad.

—Yo sólo tengo malos recuerdos de aquella época. Mi padre nunca aceptó que me fuera de casa, no sólo por el hecho de contravenir su voluntad, sino también por ser mujer.

—No me sorprende —dije, peinándola con los dedos.

—Y lo peor vino cuando murió mi hermano. Se creyó con derecho a exigirme que volviera y que le diera nietos. Incluso me buscó algún que otro candidato, ¿te lo puedes creer?

—Por desgracia, de tu padre me creo cualquier cosa —contesté, antes de besarla despacio. No tenía por qué ser un beso sexual, simplemente deseaba transmitirle mi apoyo incondicional, mi comprensión y todo el cariño y respeto que sentía por ella.

—Por eso las fotos..., sólo me hacen recordar lo peor. ¿Qué importa si yo me encontraba en un momento de calma? Él se encargó de joderlo.

—Escucha, dale la vuelta a la tortilla. ¿Vas a seguir sufriendo ahora que puedes tomar tus decisiones? —le dije convencido—. No pienses en quién hizo la foto, piensa en ti, en tu vida, y compártela conmigo.

Era consciente de lo cursi que me estaba poniendo. Bueno cursi y cachondo, pues era innegable su atractivo con casi veinte años. Estaba fuera de lugar que pensara con la polla, pero era inevitable. Continué abrazándola en silencio y besándola de forma casi asexual, hasta que se relajó. Entonces me di cuenta de cómo podía calmar su tensión.

—Si quieres, cuando vayamos a casa de mis padres te enseño el álbum familiar —le propuse divertido—. Corro un gran riesgo si ves mis fotos de adolescente, podrías abandonarme...

—Tus padres... —suspiró.

—Oye, tranquila, no pienses cosas raras —dije, con la sensación de que me había salido el tiro por la culata.

—No me parece que les vaya a hacer mucha gracia verme, ¿no crees?

Yo había pensado en ello, desde luego. No era una situación fácil.

—Escucha, si aún no te los he presentado, no es por lo que imaginas. Conoces a mi hermana y yo no me escondo de mi familia. Sólo quiero resolver toda esta mierda para olvidarme y centrarme en ti. Mis padres entenderán sin problema la decisión que he tomado.

—¿Tú crees? ¡Voy a ser la mujer perfecta! —exclamó sarcástica—. Primero hundo tu carrera como juez y luego, de propina, te regalo unos negocios sucios.

—Joder, Berenguela, deja la ironía para otro momento, ¿de acuerdo? —le pedí frustrado y, antes de que rompiera todas las fotografías, me aparté de ella para guardarlas.

—Quémalas —exigió, intentando arrebátarmelas.

—¡No! —le grité, y entonces caí en la cuenta—. Mierda, ¿cómo no lo hemos pensado antes?

—¿A qué te refieres?

—Joder, estas fotos son la prueba perfecta de que estabas desvinculada por completo de cualquier negocio de tu padre. Esto puede salvarte el pellejo —dije, cada vez más convencido.

Berenguela entrecerró los ojos, no lo veía del todo claro.

—¿Me tomas el pelo?

—Así es como debería haberlo enfocado el gilipollas de Palazón. Nada de sanear las cuentas para que todo fuera legal, porque, al hacerlo, admites que antes no lo eran y que estabas al tanto de ello.

—Eso que dices... —murmuró, empezando a entender.

—Aquí hay pruebas de tu pasado. Bueno, la del bikini me la guardo yo. De lo que hacías, de dónde estabas... Es perfecto, Berenguela —exclamé, animándome.

—¿Y vamos a cambiar ahora de estrategia? —inquirió con recelo.

—La que habéis llevado hasta el momento es una mierda —dije sin ambages—. El juez García te citará en breve, así que espabila. Tienes una segunda oportunidad de hacer las cosas bien.

—Ya no estoy segura de nada... —suspiró abatida.

—Venga, vamos a casa, con la agenda y las fotos tengo material de sobra. Ya volveremos otro día a revisar más papeles —propuse.

—¿Seguro? Aquí tiene que haber datos importantes.

—No lo dudo. Pero me apetece salir a comer por ahí, distraernos un rato y llevarte cuanto antes a la cama. Y aquí, en este despacho, mi libido ha desaparecido.

—¿Con esas pintas? —preguntó, sonriendo de medio lado y señalando mi ropa.

Había abandonado mis trajes pulcros y discretos en beneficio de pantalones vaqueros y camisetas. Sin olvidar que ni me molestaba en afeitarme.

—Voy divino de la muerte —repliqué, con voz de falsete.

Y Berenguela, por fin, estalló en carcajadas.

Capítulo 63

Estela

No debería haber dicho que sí. Bueno, en primer lugar él no debería habérmelo propuesto. No sé qué ocurrió. Me pilló con la guardia baja o a saber qué. El caso es que cuando Armando me pidió que me casara con él, en vez de explicarle las mil razones por las que el matrimonio es un error, le dije que sí, lo besé y además acabamos follando en los aseos del restaurante.

A lo grande.

Me hubiera gustado hablar de aquello con alguien, pero Marcela estaba de viaje. Era una de mis mejores amigas, de las pocas que me comprendían, pese a ser la hermana de mi ex.

Y encima mi ex, Fabio, el único hombre al que llegado el momento consideraría un amigo, seguía desaparecido en combate. Me dolía por él, pues estaba siendo la comidilla de los juzgados.

Especulaciones de todo tipo (unas más cercanas a la realidad que otras) corrían por los pasillos y yo debía morderme la lengua, porque, desde luego, la gente le echaba mucha imaginación. Detrás de todo eso (no tenía pruebas, pero dudaba que me equivocase) debía de estar la petarda de Lola, que, desde la marcha de Fabio se subía por las paredes, ya que el nuevo juez, César García, le había puesto los puntos sobre las íes el primer día, advirtiéndole que las causas personales se quedaban fuera.

Desde luego, mi exjefe y examante había dado en el clavo pasándole el caso.

Así que un viernes, cansada de una semana de altibajos emocionales (en

algunos momentos la idea de casarme me parecía la mejor del mundo, y veinticuatro horas después la detestaba), no se me ocurrió otra cosa que llamar a Fabio y pedirle que me invitara a comer.

—Me lo debes —le dije, cuando empezó a buscar excusas para posponer la invitación.

Y allí estaba yo, a la puerta del apartamento de Marcela, dispuesta a tener una conversación sincera con él y confiando en que su esposa no se lo tomara a mal.

—Anda, pasa, que cuando te pones pesadita... —fue el sarcástico recibimiento que me dispensó, nada más abrir la puerta.

—¿Tú quién narices eres? —le pregunté al hombre que tenía delante.

Ni rastro del jefe pulcro, elegante, distinguido que cada día compartía espacio conmigo (y en tiempos remotos más que espacio).

—Si vas a empezar a tocarme la moral, mejor te largas.

Me acerqué a darle dos besos y aproveché para tirarle de la barba y olerlo.

—Por lo menos te duchas.

—Muy graciosa.

—¿Sabe tu mujercita que estoy aquí?

—Sí, por lo tanto, no montes escenas ni te desnudes por sorpresa —replicó riéndose.

—¡Qué más quisieras! —exclamé riéndome también, porque al menos habíamos recuperado la sintonía.

—Y, bueno, ¿qué perturba tu sueño para que vengas a molestar? —inquirió, invitándome a sentarme a la mesa de la cocina.

—Antes de responder, ¿cómo te las apañas, con lo tiquismiquis que eres, para guardar tus cosas en un espacio tan reducido? —pregunté, porque para Fabio su espacio vital, como él lo llamaba, siempre había sido algo irrenunciable mientras los dos convivimos.

—Es temporal —contestó seco.

Me di cuenta de que no sólo estaba sacrificando su carrera por Berenguela, sino también sus manías. ¿A ver si se había enamorado de verdad?

—¿Qué opinas de esto? —Estiré el brazo y le mostré el dedo donde llevaba el anillo de pedida.

—Muy bonito —comentó con indolencia.

—Míralo otra vez —exigí.

—Es elegante, discreto..., ¿qué más quieres que te diga?

—Es un anillo de pedida —le informé, irritada ante su odiosa indiferencia.

—Así que el huevazos de Armando al fin se ha atrevido a pedírtelo.

—¡¿Lo sabías?! —grité.

Fabio tuvo el descaro de arquear una ceja sin disimular su regocijo.

—Somos amigos —afirmó con su parsimonia habitual, y yo quise tirarle de los pelos.

—O sea, que el muy cretino ha ido contándoselo a todo el mundo antes que a mí —dije, pensando en cómo vengarme de mi prometido.

—No exageres, Estela. Me lo dijo de forma confidencial. Reconoce que eres de armas tomar y el pobre estaba indeciso. Aunque según veo te ha convencido. Me alegro.

—¿Me estás dando tu bendición? —pregunté con voz burlona.

—¿La necesitas?

—¡Eres imposible! Vengo aquí llena de dudas, con la idea de aclararme un poco, y tú sólo me pones las cosas más difíciles —protesté, y Fabio me dio una copa de vino. Luego cruzó los brazos y me miró.

—¿Desde cuando eres tan insegura? Porque la Estela que yo conozco trata a Dios de tú. No se amilana por nada. Es decidida, sabe lo que quiere y no se anda con zarandajas —afirmó tan serio y sincero que me llegó al alma.

Entonces le conté en qué situación estaba, mis dudas. Que no era tan fuerte como él pensaba. También le confesé que nunca había pensado en el matrimonio detenidamente y que hubo un momento en que él parecía el candidato perfecto. Fabio me cogió la mano en señal de apoyo.

—¿Y por qué no hablas con él de tus preocupaciones? —sugirió, cuando acabé de contarle todo lo que se me pasaba por la cabeza.

—Porque, como bien has dicho, yo no soy una de esas estúpidas, inmaduras, inestables e inseguras que le dan cien mil vueltas a un asunto y vuelven loco a todo el mundo.

—Joder, Estela, no cambies nunca —bromeó—, pero ¿has pensado que Armando se encuentra en una situación parecida?

—¿Armando indeciso? Vamos, no me jodas —repliqué.

Fabio puso los ojos en blanco ante mi respuesta nada madura.

—Hay que ver lo que tengo que lidiar con vosotros dos —masculló—. En primer lugar, yo soy el menos indicado para aconsejaros, y en segundo, maldita sea, que voy a terminar poniéndome cursi y todo. Así que nada, te las apañas con tu novio, que para eso lo has elegido —me espetó, haciéndome sonreír.

—Lo cierto es que en los últimos tiempos sí que te estás volviendo un poco moñas —lo provoqué.

—Será que me estoy haciendo mayor —comentó despreocupado, y vi cómo ocultaba una sonrisa de lo más socarrona.

Se ocupó de servir la comida. Puede que su aspecto hubiera cambiado, pero en lo referente a modales seguía siendo el mismo de siempre. Tan tiquismiquis que me hizo sonreír. Comimos charlando de temas banales. Me di cuenta de que, si bien en su momento lo fue todo para mí y cuando rompimos creí que no levantaría cabeza, ahora habíamos logrado sentirnos cómodos y, al menos por mi parte y a juzgar por su comportamiento también por la suya, ya no quedaba ni rastro de atracción sexual entre nosotros, lo que facilitaba y mucho el entendimiento.

—Sigues siendo un as en la cocina —lo alabé—. A ver si va a ser verdad que has pescado mujer por eso y no por tus encantos.

—Muy graciosa... —dijo burlón—. ¿Quieres repetir?

—No, gracias. Estoy llena —murmuré agradecida de verdad, porque echaba de menos las comidas caseras. Desde que vivía sola, mi dieta era un desastre, aunque me abstuve de mencionarlo para que no se colgara medallas.

—¿Café? —preguntó, siempre tan solícito.

—Vale, y de paso me cuentas cómo te van ahora las cosas, porque desde que no vas por la oficina ya no es lo mismo.

—¿Me echas de menos? —inquirió provocador.

—Pues sí —admití sin titubear—. Y mucho. No te imaginas lo tedioso que es trabajar con alguien al que no le puedes tomar el pelo. Un jefe tan serio que aburre.

—Oye, un detalle: yo era serio —me interrumpió—. Y que conste en acta, lo sigo siendo.

—Ya lo sé, pero entrabas al trapo y cuando me mirabas el culo lo hacías con gracia —añadí suspirando—. Tu suplente es insoportable. Un reaccionario insufrible.

—Cuánto lo siento.

—No lo sientes, mentiroso, creo que incluso disfrutas viéndome sufrir —indiqué.

—Pues sí, lo admito —contestó sin perder el buen humor—. Eres, con diferencia, la mejor secretaria que he tenido, y también la más meticona, cotilla y, sobre todo, descarada.

—Estamos hechos el uno para el otro..., laboralmente hablando, claro. Sin embargo, no soy tan tonta como para no darme cuenta de que has desviado la conversación, así que, venga, desembucha o me desnudo aquí en la cocina, empiezo a gemir como una loca y, cuando tu mujer aparezca, a ver cómo se lo explicas.

—Puede que te sorprenda la confianza que Berenguela tiene en mí —dijo.

—¿Lo comprobamos? —lo provoqué, desabrochándome el primer botón de la blusa.

Fabio se echó a reír a carcajadas y, en vez de detenerme, sacó el móvil y me hizo una foto.

—¡Seguro que a Armando le encanta! —exclamó—. ¿Lo comprobamos?

—Eres... —farfullé, y caí en la cuenta de que hacía mucho que no me divertía tanto. Joder, lo había echado muchísimo de menos.

—Si quieres saber cómo me van las cosas..., sólo tienes que preguntar.

—Muy bien, ¿qué tal la vida de casado?

—De puta madre —respondió con rapidez—. Ya lo comprobarás por ti misma.

—¿Y el resto?

Escuché con cara de circunstancias, pues, a pesar de que Fabio intentaba convencerme, yo no terminaba de aceptar que aquella mujer fuera inocente. Y estaba jugándose el pellejo por ella. Quería ponerme en su lugar para entender por qué una persona como él, hasta la fecha nada propenso a implicarse, había dado ese giro. Lo conocía bien, pero a la vez estaba escuchando a una persona desconocida. ¿Tanto lo había cambiado Berenguela?

—Ya sé que no estás de acuerdo con mi proceder, no obstante, entiendo y agradezco tu preocupación.

—El problema aquí no soy yo, Fabio. La cuestión es qué pasará después, porque todo el proceso acabará, bien o mal. Y yo creo que acabará mal; es lo que

tienes que plantearte.

—¿Qué quieres decir? —me preguntó, frunciendo el cejo.

—Puede que, al estar sumidos en una situación complicada, ambos hayáis unido fuerzas, os sintáis conectados. Yo me pregunto: cuando la amenaza desaparezca, ¿seguirá todo igual?

—Joder, eres única dando por el culo —masculló.

Me di cuenta de que había puesto el dedo en la llaga, pero no por gusto. No era tan retorcida como para fastidiarle una relación. Se trataba sólo de preocupación, el cariño era lo que me movía a decirle algo que con toda probabilidad él ya se había planteado, aunque por miedo o prudencia evitaba mencionar.

El ambiente se volvió algo tenso y esperé a que se le pasara un poco el cabreo. Me quedé sentada mientras él recogía la cocina, confiando en que eso lo distrajera lo suficiente como para volver a charlar. Sin embargo, el ruido de la puerta al abrirse desbarató mis planes. Berenguela había llegado a casa y, a juzgar por la cara de Fabio, antes de lo previsto.

Sin importar que yo estuviera presente, él se le acercó y le dio un rápido beso en los labios.

—Vaya, si es mi peluquera favorita —comentó ella sarcástica.

—Gracias. Es un detalle que aprecies mis intentos por ayudar —respondí, con el mismo tonito impertinente.

Fabio cruzó los brazos y negó con la cabeza, sin duda molesto con la situación.

—¿Cómo así tan pronto en casa? —le preguntó con amabilidad, lo que fue todo un error de cálculo por su parte, ya que ella lo interpretó como que había interrumpido, y a ninguna mujer le gusta que le digan algo así.

—Voy a cambiarme, estoy molida —dijo, dejándonos de nuevo a solas en la cocina.

—Será mejor que me vaya —murmuré, poniéndome en pie.

—No tienes por qué —replicó serio—. Escucha, por mucho que te empeñes en ver sólo la parte negativa, Berenguela es mi mujer. Punto. Acéptalo.

—Me cuesta, aunque no por las razones que tú crees.

—Me dan igual las putas razones. No quiero una pelea de gatas sacando las uñas delante de mis narices. ¿Estamos?

—Lo intentaré —dije sin comprometerme.

Fabio me acompañó hasta la puerta y me dio dos besos a modo de despedida.

Yo le susurré un «te quiero» de lo más fraternal y él esbozó una sonrisa.

Bueno, tampoco había ido tan mal.

Capítulo 64

Fabio

Habíamos trabajado muy duro. Horas y horas revisando cada maldito documento e intentando cerrar todos los frentes, antes de que Berenguela tuviera que presentarse ante el juez García. Por supuesto, en esos días hubo montones de roces entre ambos, provocados en gran medida por terceras personas. Ni que decir tiene que ella estuvo mosca durante bastante tiempo tras la visita de mi ex. Le expliqué, igual que a Estela, que tenían que aprender a respetarse porque yo no iba a consentir juegucitos tontos y pueriles y ver a una a escondidas para contentar a la otra. Entendía que no fueran amigas, pero debían procurar no calentarme la cabeza.

La segunda injerencia vino por parte de Mónica. Cierto que ella no había puesto un pie en casa, pero Berenguela se obstinó en visitarla en la suya, cuando por fin le dieron el alta. Según mi esposa, la *madame* no nos había traicionado ni tampoco pensaba hacerlo. Yo lo dudaba, pues ya había recibido un primer aviso. Y, por supuesto, estaba también Natalia, la socia de Berenguela. Claro que para ella era todo un desafío fingir cada día que no sabía la verdad. Habíamos ideado un plan para ganar tiempo y tener a Narváez controlado. Un plan que podía estallarnos en la cara, sin embargo, era la única salida: fingir que Berenguela asumía el legado de su padre y que aceptaría volver a reabrir el club Miami, eso sí, con una hábil estratagema.

Reformar una construcción prácticamente nueva era sin duda un despilfarro, pero al parecer, Berenguela lo había convencido alegando que, como propietaria,

tenía derecho a dejar su impronta. Un caso típico de megalomanía que en aquel ambiente hasta podía considerarse una buena señal.

Cada noche, cuando Berenguela regresaba a casa, me sentía mal por ella y procuraba no sólo consolarla, sino también ofrecerle buenos momentos para que se olvidara de todo por unas horas. Momentos repletos de abrazos, palabras susurradas, de aliento y otras menos correctas, para que obtuviera el mayor placer. Un placer que por otro lado compartíamos, ya que cada vez nuestros encuentros resultaban más excitantes.

Yo pasaba muchas horas en casa, revisando documentación y preparando su defensa, aunque más de una vez mi imaginación echaba a volar y no sólo anotaba fechas o nombres, sino que además terminaba haciendo una lista de las perversiones que podía llevar a cabo. Una lista que luego le entregaba. Era una auténtica delicia ver cómo se sonrojaba primero y asentía después.

Por extraño que pareciera, el abogado se había puesto las pilas. Palazón, no sé si por conveniencia o por integridad profesional, había llevado a cabo las acciones requeridas sin desviarse un milímetro. Llegué a pensar que el tipo era listo y, sabiendo que en el caso de Berenguela había un buen pellizco a ganar, y de forma legal, eso lo ayudaba a declinar la más que probable propuesta por parte de Narváez de venderse al mejor postor. Sea como sea, el tipo cumplía su cometido, eso sí, supervisado en todo momento por mí, algo que le escocía, como era evidente.

Y sólo nos quedaba el «fiel administrador», que, tras haber pasado unos días entre rejas debido al regalito de Berenguela, parecía haberle visto las orejas al lobo. Además, al informarle ella de que pensaba reabrir el negocio, había empezado a mostrarse más colaborador y yo tuve acceso a más documentación de la que nunca había podido imaginar. Una información que, por supuesto, revisé antes de enviársela al inspector Abad para que éste realizara los informes. De esa forma podríamos demostrar la total inocencia de Berenguela y librarla de cualquier responsabilidad.

Pero aquella noche, justo unas horas antes de comparecer ante el juez, intenté que no pensara en ello. Le había preparado una sorpresa. Como en el apartamento que compartíamos el espacio era muy limitado, había reservado una suite en un hotel de lujo, algo que por supuesto no le había comentado para que no se opusiera. Así que, nada más llegar a casa, me encontró vestido como

tiempo atrás, recién afeitado y con una sonrisa prometedora.

—¿Ha ocurrido algo? —me preguntó.

—No, todavía no.

Tiré de ella y la empujé contra la pared del recibidor para besarla y calentarla un poco; eso sí, siendo consciente de que la cosa no podía pasar de un magreo rápido y unos besos, porque si no la noche que había preparado se podía ir al garete debido a mi impaciencia.

—Estás muy guapo... —musitó, acariciándome la mejilla—. Reconozco que tenía su punto lo de sentir tu barba rozándome..., ya me entiendes.

—Todo se andará —dije, besándola una última vez.

Cogidos de la mano llegamos hasta el coche. Yo debía ir pensando en comprarme uno, pero de momento nos apañábamos con el Opel Insignia de Berenguela. Además, cuando toda aquella mierda acabase, tendríamos que decidir qué rumbo tomar y en mi cabeza empezaba a formarse la idea de que a lo mejor ya no nos era necesario tanto vehículo. Pese a que no era el momento de hacer planes a largo plazo.

—¿Adónde me llevas? —preguntó, frunciendo el cejo mientras conducía.

—Es una sorpresa. No te vendo los ojos para no llamar la atención, así que no pienses en nada.

—Mañana...

—Mañana ya se verá —la interrumpí, antes de que siguiera por esos derroteros.

* * *

El hotel se encontraba a poco más de cuarenta y cinco minutos. Lo había elegido sobre todo por su discreción y, por supuesto, por el equipamiento. La habitación reservada no era otra que la suite nupcial, con todo el confort que se esperaba de ésta. Confiaba en que Berenguela apreciase el detalle y, sobre todo, que se dejara llevar, pues su tensión era palpable.

Cuando entramos en el vestíbulo del hotel, cogidos de la mano, me miró de soslayo. Permanecía callada y yo estaba con unas ganas locas de encerrarme en la habitación con ella.

—Los ascensores y tú sois una combinación irresistible —le murmuré al

oído, y noté cómo inspiraba un par de veces.

—Algún día follaremos en uno —respondió en voz baja, dejándome atónito y excitado, por supuesto.

Caminé más deprisa de lo normal, casi arrastrándola debido al calentamiento global de todo mi cuerpo. Ella me arrebató la tarjeta magnética y, nada más traspasar la puerta, me empujó contra la pared para besarme.

La velada prometía.

—Berenguela... —gemí, sujetándola de las caderas y respondiendo a sus avances con igual frenesí.

Enredó las manos en mi pelo, despeinándome y tirando de él con verdadera ansia. Tenía que encontrar el modo de frenarla un poco, pues en la cubitera nos esperaba un buen cava frío que me apetecía compartir con ella. Sin embargo, seguía besándome y acariciándome, y yo encantado, faltaría más.

Notaba cómo me apretaba contra la pared, una sensación extraña y muy deliciosa.

—Escucha, por favor —rogué cuando me dio un leve respiro.

—No quiero palabras, quiero hechos —exigió, volviéndome a besar como si le fuera la vida en ello.

—Y los vas a tener —añadí—. En el suelo, en la cama, en la bañera de hidromasaje, aquí mismo...

—Desnúdate —dijo tajante—. Reconozco que el traje te sienta de maravilla y que me pone muy cachonda, pero quiero piel, te quiero a ti.

Que declarase algo así hizo que olvidase el cava, la cama *king size* y las demás chorradas, porque sólo pensaba en su siguiente movimiento. Me puso una mano en el centro del pecho, demostrando su fuerza y logrando que pegase la espalda por completo a la pared. Con la otra me deshizo el nudo de la corbata con habilidad, para después tirarla por encima de su hombro sin preocuparse de dónde caía. Fue bajando la mano despacio, al tiempo que me miraba a los ojos, hasta la hebilla del cinturón, que desabrochó. Tuve que inspirar hondo un par de veces. Nada estaba saliendo como había planeado y me encantaba.

—¿No te apetece tomar una copa de cava bien frío? —pregunté sólo para provocarla, señalándole la cubitera, y ella sonrió con malicia.

—Sí, me apetece. No te muevas.

Me quedé inmóvil mientras se encaminaba hacia allá. Agarró la botella del

cuello y la descorchó sin parpadear. Bebió un buen trago a morro, dejando que parte del líquido se le deslizara por la barbilla.

Tragué saliva. Aquello se ponía cada vez mejor.

Se colocó de nuevo frente a mí y se ocupó de liberar mi polla. Cerré los ojos un segundo y apreté los puños cuando la vi caer de rodillas, sin soltar la botella, de la que bebió de nuevo y, para mi más profunda estupefacción, la acercó a mi erección y vertió una generosa cantidad antes de metérsela en la boca.

—¡La hostia puta, Berenguela! —gemí, echando la cabeza hacia atrás y cerrando los ojos para disfrutar al máximo.

Comenzó a chupármela de una forma indescriptible. Yo intentaba pensar en algo poco erótico para poder aguantar al menos cinco minutos, pero cada segundo que pasaba me daba cuenta de que tenía la batalla perdida.

—Quiero que me folles de todas las maneras posibles —jadeó, pasando la lengua de manera perversa por mis pelotas y clavándome las uñas en el muslo.

—Joder... —mascullé—. Por supuesto.

Me soltó la polla y dio otro trago antes de ponerse en pie y besarme. Iba a acabar loco, o más loco en todo caso, por ella, con ella. Entretanto, Berenguela continuaba con aquella actitud tan dominante.

Tras besarla como me exigía, le arrebaté la botella y, sin miramientos, bebí para después volcar una buena cantidad sobre su blusa, marcando así todo su pecho. Ella sonrió y de nuevo me tiró del pelo, sin dejar de besarme, al tiempo que me arrastraba hacia la cama, con cierta dificultad, pues yo tenía los pantalones a medio muslo. Me empujó y, sin perder un segundo, comenzó a desnudarme. No tuve que mover un dedo, lo que me puso a cien. Verla tan animada y decidida era todo un placer, como los que imaginaba que vendrían a continuación. No me defraudó; tras bajarse de la cama y apartarse un poco, se quedó mirándome un instante con la blusa empapada y empezó a desprenderse de ella con parsimonia al igual que del resto de sus prendas, hasta quedarse tan sólo con los zapatos de tacón.

—Sea lo que sea lo que estás pensando, hazlo —dije con voz ronca.

Caminó despacio hacia mí con la botella de cava en una mano, ofreciéndome una imagen privilegiada de su cuerpo, y con mi corbata en la otra. Se subió a la cama, a un lado para ser exactos, y comenzó a acariciarme con lentitud hasta que se colocó a horcajadas. No tuvo que pedírmelo, yo mismo coloqué los brazos por

encima de la cabeza para que pudiera atarme. Lo hizo inclinándose despacio, tentándome al ponerme sus espectaculares tetas en la cara, a las que no hice caso, a la espera de instrucciones. Se irguió y vertió más cava sobre su pecho, que, al resbalar, acabó sobre mi abdomen. Me revolví expectante y gemí cuando con la palma de la mano, húmeda y fría a causa de la bebida, comenzó a tocarme.

—Chúpalos —ronroneó, colocando los dedos junto a mis labios, y lo hice, uno por uno, intentando en todo momento mantener la vista fija en sus ojos. No fue fácil, pero lo logré, ya que no deseaba perderme ni una sola de sus expresiones.

—¿Puedo chupar algo más? —pregunté con el tono más sugerente del que fui capaz, dadas las circunstancias.

—Pues sí... —respondió, y acercó la botella a mi boca. Apenas quedaba nada, aunque agradecí beber algo frío.

Berenguela se relamió y, con una actitud de lo más felina, gateó sobre mí. Imaginé que me dejaría lamerle los pezones, sin embargo, no fue así. Negó de forma maliciosa con la cabeza y acercó su sexo a mi cara, elevándose lo justo para que yo pudiera acomodarme y de esa forma llegar con la lengua. Berenguela se agarró al cabecero y yo no perdí el tiempo. La encontré tan húmeda que gemí incluso más que ella. Noté el sabor del cava mezclado con el suyo propio. Un sabor que no olvidaría jamás. De haber tenido las manos libres, también la habría acariciado; no obstante, caí en la cuenta de que la restricción de movimientos hacía que fuera mucho más excitante, ya que me obligaba a complacerla sólo de una manera. Y me entregué por completo a ello. Con la punta de la lengua presionaba cuanto podía, dejándome guiar por sus gemidos. Berenguela intentaba no moverse mucho, pero saltaba a la vista que estaba muy cerca de correrse y que, por lo tanto, le era difícil controlarse. Eso hizo que me volviera más resolutivo, pues cada gemido, cada lamento, iba directo a mi libido.

—Córrete... —murmuré, sin dejar de lamerla como un gato goloso— en mi boca.

No sé si esas palabras pronunciadas con un tono sugerente fueron el toque de gracia o toda la escena en sí, el caso es que Berenguela gritó y tensó las piernas hasta explotar. No dejé de rozarla, eso sí, con mucho más cuidado, hasta que ella se apartó para besarme.

—Esto ha sido sólo el principio —musité, pegado a sus labios vaginales—. Quiero mucho más.

—Entonces esto te va a encantar.

Se bajó de un salto, dejándome atado y confuso en la cama. Verla caminar desnuda y con tacones era increíble, pero lo era mucho más tenerla cerca. Abrió su bolso y me mostró un pequeño tubo. No tuve que esforzarme mucho para saber qué era.

—¿Cómo...?

—Siempre procuro ser previsor —respondió, sin dejar que formulase la pregunta completa—. Al llegar y casa y verte preparado para salir, he supuesto que no ibas a llevarme a cenar.

—Ven aquí —dije, sin sonar muy impaciente, aunque estaba a punto de explotar.

Con dificultad, logré sentarme en la cama a pesar de que seguía con las manos unidas. Berenguela sonrió y obedeció. Volvió a besarme, despacio, primero en los labios, para después doblarse y llegar a la punta de mi polla y recorrer todo el contorno con la lengua. No hacía falta que siguiera estimulándome; no obstante, nunca iba a rechazar semejante atención.

Pero ella sólo quería jugar conmigo, pues enseguida se irguió y de nuevo me avasalló con otro de aquellos besos que me revolucionaban. Cederle el control había sido sin duda una decisión de lo más acertada.

—Creo que vas a tener que encargarte tú de esto —la provoqué, señalando con un gesto el tubo de lubricante.

—Faltaría más —ronroneó.

Acto seguido, abrió el envase y se untó las manos de forma generosa, para después masturbarme, lo que suponía otra prueba más de contención para mí. Gemí mientras me embadurnaba, sin demasiado cuidado, aunque me preocupaba más bien poco que se mostrara tan agresiva.

—Estoy más que preparado —dije en voz baja, y me miró a los ojos asintiendo—. Tú verás cómo te las apañas para... —añadí, moviendo las muñecas aún unidas por la corbata.

—Tranquilo...

En aquella postura iba a resultar complicado, por no decir imposible; sin embargo, me limité a que ella hiciera los ajustes que considerase oportunos.

—Berenguela... —jadeé, cuando sin previo aviso se sentó encima de mí—...
Para esto no necesitabas lubricación extra.

—La verdad es que no y, como te he dicho antes, quiero tenerte de todas las formas posibles.

Se me hizo un nudo en la garganta al volver a oír esas palabras.

Reajustamos un poco la postura para que yo pudiera rodearla con los brazos sin liberarme y de ese modo ella pudo montarme.

Además de, por supuesto, placentero, era increíble estar a su merced. Era tal mi nivel de excitación que apenas la había penetrado y ya sentí el primer aviso de que iba a correrme. Me concentré en aguantar, en retrasar aquello cuanto fuera posible, pero mi cuerpo había recibido y seguía recibiendo demasiada estimulación sensorial.

—Berenguela... —mascullé, intentando que se apartara.

—¿Mmm?

—Si no quieres quedarte a medias...

—Córrete —ordenó, ajena al hecho de que yo no podía soportarlo más.

No me dio tiempo a preguntar de nuevo, pues ella selló mis labios besándome hasta robarme el aliento, y entonces mi cuerpo decidió ir por libre y terminé corriéndome entre gruñidos de satisfacción por el placer obtenido y de frustración de no haber aguantado un poco más para follármela tal como ella deseaba.

Caímos hacia atrás y, para que yo no acabara lesionado, me desató y después se quedó acurrucada sobre mí.

—Dame quince minutos —musité, peinándola con los dedos—, y te garantizo que este precioso trasero sabrá lo que es bueno.

—Fabio..., relájate —me pidió en voz baja, dándome pequeños besos en el cuello y en el hombro.

—Vale —acepté, encantado con la sugerencia.

—Tenemos tiempo —añadió mimosa, haciéndome reír.

Pero ambos nos quedamos dormidos como troncos antes de poder cumplir las promesas.

Capítulo 65

Berenguela

Llegamos juntos al juzgado, detalle que en cualquier otra circunstancia apreciaría; sin embargo, en aquella me pareció del todo desaconsejable. Fabio no dio su brazo a torcer por más que le rogué, sobre todo para evitar el más que probable enfrentamiento con Eliseo. Ambos se saludaron como hacen los contrincantes en el ring antes de una pelea. Testosterona con disfraz de cortesía. Nada que me sorprendiera, pero en aquella tesitura no necesitaba tenerlos a los dos cacareando a mi alrededor para ver quién era más gallito.

Eliseo, contra todo pronóstico, había resultado ser legal, pese a que yo intuía que lo habían tentado con una oferta más que generosa. No sé si a favor de su decisión jugó el hecho de que albergaba algún tipo de sentimiento hacia mí. Sea como sea, había llegado el día y debía concentrarme en lo importante.

La noche anterior Fabio había intentado hacerme sentir diferente, no olvidar, sino aceptar que iba a llegar lo inevitable y que lo mejor era afrontarlo con serenidad. Nada de dramas, el trabajo estaba hecho, ahora sólo teníamos que jugar nuestras cartas lo mejor posible y, como me explicaron tanto Eliseo como él, eso sí, por separado, cabían múltiples interpretaciones.

—Vamos, tenemos que entrar —me indicó el abogado, y vi cómo Fabio se ponía en guardia.

—Discúlpame un minuto —le pedí a Eliseo, llevando a mi marido aparte—. Escucha, ahora no me crispes los nervios con tus paranoias.

—¿Paranoias? No me jodas, Berenguela.

—O te calmas o no te quiero a mi lado —le advertí, y noté cómo se tensaba, pero al final asintió, no muy convencido.

Eliseo, no sé cómo, había logrado que la primera vista se celebrara a puerta cerrada, lo que nos beneficiaba, pues nuestra estrategia se basaba en convencer al juez García de que yo era ajena a todo. De hecho, Fabio se había encargado de redactar de forma detallada todos mis pasos desde que abandoné la casa paterna hasta el día del fallecimiento de mi padre. Por supuesto, sería Eliseo quien lo entregaría.

Accedimos a la sala y Fabio se quedó en la última fila. En teoría, nadie podía entrar, por lo que supuse que, debido a sus contactos, con él hacían una excepción. No estaba segura de si era buena idea que estuviera presente. Podría distraerme.

—Tranquila. No la mires —me susurró Eliseo refiriéndose a la fiscal. No sé si por suerte o por desgracia, me había tocado la misma—. A no ser que te pregunte; entonces ni se te ocurra bajar la vista.

Cada uno se fue a su puesto.

La parafernalia legal siempre me había parecido obsoleta e innecesaria, aunque tenía gracia el asunto, pues me había casado con un juez. Sin embargo, ahora me encontraba sumida en un proceso legal en el que yo era la protagonista. Quise mirar hacia atrás y ver qué cara estaba poniendo Fabio mientras las partes exponían sus razonamientos. Tuve que hacer verdaderos esfuerzos para contener las ganas.

Eliseo me había advertido que la fiscal era dura y que, además, se rumoreaba que le tenía una inquina personal a Fabio. Los rumores no tenían por qué afectarme; no obstante, me había quedado con la duda. No era el momento de hacer preguntas tan nimias en comparación con lo que tenía encima, pero pese a todo me apetecía saber si eran ciertos.

Había llegado mi turno de responder.

Tras la exquisita educación de la mujer, noté que era toda una experta en sacar de quicio a quien se le pusiera por delante. No podía criticar que hiciera su trabajo, pero al menos, cuando se dirigía a mí, esperé que mostrara un poco más de consideración. Me di cuenta de que más de una vez no me miraba a mí, sino al fondo de la sala, donde se encontraba Fabio.

¿Cómo debía interpretar eso?

Comencé a exponer mi sincera versión, un tanto ensayada, pero los miembros del tribunal, a juzgar por su expresión, no me creían. Supuse que estaban hartos de escuchar alegatos similares.

—¿No le parece un tanto extraño, señorita Zahner, que en todo ese tiempo que usted dice haber pasado alejada de su familia no hayan tenido ningún contacto? —insistió la fiscal.

—Yo no he dicho que no hubiera contacto —la corregí—. Es más, mientras vivía mi madre, hablaba con ella. He dicho que no participaba de ninguna manera en los negocios de mi padre.

—Pero hay indicios de que el señor Zahner seguía contactando con usted.

—No lo he negado, pues él deseaba que volviera al seno familiar, algo que, por supuesto, no ocurrió. Y, como he mencionado, durante años, mi padre se encargó de que me vigilaran —dije en tono firme.

—De haber estado junto a él, colaborando en sus negocios, ¿cree que hubiera ordenado seguirla? —apuntó Eliseo, ganándose una mirada asesina de la fiscal.

—Podría tratarse de una estrategia —apuntó la mujer, sin dar su brazo a torcer—. Pero avancemos, por favor. ¿Qué puede decirnos de sus acciones una vez que falleció su padre?

—Intenté renunciar a todo, sin embargo, las habilidades contables de quienes llevaban sus negocios no me lo permitieron, ya que, sin saberlo, yo aparecía en documentos que podían malinterpretarse —respondí, controlando los nervios.

—¿Por qué no presentó ante el juez Castell un escrito de renuncia explicando la situación?

Joder, qué asquerosa. Miré a Eliseo, que me hizo un gesto para que contestara.

—Barajamos esa opción, pero optamos por colaborar con la justicia legalizando las irregularidades y aportando cualquier documento que nos fuera solicitado.

—Le recuerdo, señoría, que la señorita Zahner ha depositado cuanta documentación se ha requerido y nunca se ha opuesto al registro de las propiedades de su difunto padre —apuntó mi abogado.

—Una maniobra de distracción —comentó la muy perra, tomando nota—. ¿Y qué me dice de la denuncia por robo interpuesta por su socio, el señor Matías Narváez? ¿Otro intento de colaboración con la justicia?

—En primer lugar, no es mi socio. Nunca lo ha sido. Trabajaba para mi padre como encargado de un club —respondí sin titubear—, cargo que ocupaba hasta que yo decidí cerrar el establecimiento, ya que desobedeció mis órdenes.

—Luego usted daba órdenes.

—Sólo cuando tuve que hacerme cargo por obligación —apostillé, para que no tergiversara cada palabra.

—Según la denuncia, usted dio orden de cierre, cambió las cerraduras y se llevó un ordenador portátil propiedad de señor Narváez.

Inspiré antes de responder. Me estaba llevando al límite, no por las preguntas, sino por el tono malicioso y mezquino que empleaba.

—Mi padre me legó todos sus bienes y yo no estaba dispuesta a permitir que un club como el Miami siguiera funcionando, y menos cuando supe lo que allí ocurría. Por otra parte, como propietaria me pertenecía todo.

—Les recuerdo que el mencionado ordenador portátil fue depositado en el juzgado para su análisis —terció Eliseo—. En ningún momento se pretendía hacerlo desaparecer.

—El señor Narváez afirma que es de su propiedad —se obstinó la fiscal.

—Desconozco quién pagó la factura, pero lo usaba en las instalaciones del Miami, para la gestión del club —respondí.

—Los documentos hallados en dicho dispositivo así lo atestiguan. Se han encontrado libros de contabilidad referentes a las actividades del club —mencionó Eliseo con calma.

—Y también documentos personales —dijo la fiscal, satisfecha por tocarnos la moral.

—Es lógico, muchos, yo incluido, por razones de comodidad utilizamos el ordenador del trabajo para motivos ajenos a él —alegó mi abogado, mirándola fijamente a los ojos.

Ella apartó la vista. ¿La fiscal reculaba?

Sea como sea, continuaron haciéndome preguntas; las más fáciles, por supuesto, eran las de mi abogado, de ese modo pude al menos relajarme un poco. Respondí con aplomo y sin titubear. Ciertamente que por dentro hervía de indignación y sobre todo de rabia por tener que recordar una y otra vez el pasado.

* * *

Cuando por fin se levantó la sesión abandoné la sala y me fui directa a los servicios. Quería estar sola y echarme a llorar. Me encerré en uno de los cubículos y agarré un buen trozo de papel higiénico para poder limpiarme la nariz, ya que preveía que mi crisis de llanto iba a ser larga y abundante. Pero no había empezado aún cuando unos golpes en la puerta me sobresaltaron.

—Sé que estás ahí, Berenguela. —Di un respingo al reconocer la voz.

—¿Qué haces en el servicio de señoras?

—Arriesgarme a que me eche el guardia de seguridad —respondió Fabio tenso—. Sal de ahí ahora mismo.

—No quiero parecer una histérica resentida. Por favor, déjame sola —dije, sonándome la nariz.

Lo oí suspirar impaciente.

—Berenguela, vámonos, joder. Si quieres estar sola, por mí de acuerdo, pero enciértrate en el baño de casa, no aquí.

—He dicho que no —respondí, alzando la voz.

—Vaya, tenemos chica nueva en la oficina —se burló una voz conocida, y me quise morir allí mismo. La que faltaba, pensé.

—Estela, deja de tocar los cojones —masculló él.

—Y tú de hacer el idiota, que te van a pillar. Ya es bastante sospechoso que entres en el aseo de mujeres, si además os ven aquí juntos, la cosa terminará estallando.

—En cuanto Berenguela salga nos vamos, tranquila —replicó Fabio impertinente.

—Tienes un marido de lo más maleducado —me dijo ella, y oí resoplar al aludido—, pero no te preocupes, que lo saco de aquí a collejas si es preciso.

—Gracias —murmuré, lo que incendió a Fabio.

—¿Ahora, justo ahora, os hacéis amiguitas? —inquirió con incredulidad.

—Llámalo *sentido común* —le explicó Estela.

—Bobadas —refunfuñó él.

—O *solidaridad femenina*. ¿Sabes que incluso se han dado casos de mujeres que al convivir terminan teniendo el periodo a la vez? —le espetó, y casi acabo riéndome, pues el sainete que se estaba montando tenía su gracia.

—No me jodas... —exclamó él exasperado.

—Sal de aquí, Fabio. Yo me quedo con ella —le exigió Estela seria, y pocos segundos después oí unos pasos alejándose y una puerta al cerrarse—. ¿Necesitas algo más para tu crisis?

—Tequila, ron, ginebra... —respondí con sarcasmo.

—Pues ven conmigo, conozco un bar discreto aquí cerca donde emborracharnos —contestó risueña.

—No hace falta que te solidarices tanto —gruñí.

—Yo también tengo problemas, ¿sabes? —replicó.

—¿A ti también te van al meter a la cárcel por defraudar, traficar, ocultar información, blanquear dinero negro y destruir la carrera de un juez? —solté sarcástica.

—Estoy comprometida con el mejor amigo de mi ex. Intento ayudar a una mujer en problemas. Mi nuevo jefe es desagradable y le huele el aliento. Hace quince días que mi novio y yo no follamos porque hemos discutido —enumeró ella con mi mismo tono afectado.

—Vaya, eso último es grave —apunté, sonándome una vez más la nariz.

—Así que, venga, ahogemos las penas en alcohol.

De manera inexplicable, acepté su oferta y juntas nos escabullimos por la salida destinada al personal, y de ese modo evitamos a Fabio.

Apagué el móvil, ya que sabía que me llamaría sin cesar; eso sí, antes le envié un mensaje tranquilizador diciéndole que estaba con Estela. Lo que, intuí, no le haría ninguna gracia.

—Tú y yo no somos colegas —dije, nada más acomodarnos en un bar, con un par de *gin-tonics* bien cargados delante.

—Claro que no.

Y le conté por encima la situación con Natalia para que lo entendiera.

—Eso sí que es una putada —reflexionó.

—Y ahora tengo que conformarme contigo —apostillé, y Estela no se enfadó.

—Pues nada, primero bebamos. Ya veremos qué ocurre después.

Como era de prever, ninguna de las dos se atrevía a hablar. Una cosa era dejarse llevar en un momento de tensión y otra bien distinta hacerlo hasta las últimas consecuencias. Pero no quería andarme con sutilezas.

—¿De verdad has discutido con Armando? —pregunté, tras acabar mi

primer combinado.

—No te andes por las ramas, tú lo que quieres saber es cómo nos lo montamos.

Me atraganté y asentí, no porque tuviera curiosidad, sino porque era una forma como otra cualquiera de empezar una conversación.

—Soy muy morbosa —dije, fingiendo una sonrisa.

Estela me contó que no terminaba de aclararse respecto a su situación con él. También mencionó los detalles del inicio de la relación y cómo se lo ocultaron a Fabio por temor a que éste se enfadara.

A medida que transcurrían los minutos y encargábamos nuestra segunda ronda, empecé a sentirme más cómoda y a entenderla mejor. Ella hablaba con sinceridad de Armando, reconociendo en voz alta que si alguna vez se le pasó por la cabeza la idea de casarse, siempre imaginó que sería con Fabio, pero que, ironías del destino, a pesar de todo lo vivido la idea nunca se materializó y ahora, cuando menos se lo esperaba, tenía un anillo de compromiso en el dedo y un millar de dudas. No porque no quisiera a Armando, sino más bien por todo lo contrario, era el miedo a «cagarla» (palabras textuales) el motivo que le impedía disfrutar del momento, y había acabado siendo una arpía histérica que había discutido con su novio sólo para poder estar sola.

—Ya sé lo que estás pensando —señaló, mirándome con una sonrisilla un tanto maliciosa.

—Sorpréndeme.

—Crees que me estoy haciendo pasar por tu amiguita para estar cerca de Fabio y que la historia con Armando es sólo una argucia para darle celos y recuperarlo.

Medité esas palabras y sonreí.

—Voy a por otra copa —respondí, poniéndome en pie ya un poco perjudicada—. ¿Lo mismo? —Ella asintió—. Y después te doy mi versión.

Antes de pedir, pasé por el servicio. Cuando me miré al espejo mientras me lavaba las manos, pensé en la última vez que me había emborrachado. Tuve que esforzarme y no sólo porque en aquel momento tuviera la cabeza un tanto embotada. Tardé bastante en recordar mi último acercamiento masivo al alcohol. Mi veinticinco cumpleaños, sola y con vino de tetrabrik del que no servía ni para cocinar. En el primer apartamento que alquilé sin compartir.

No tenía sentido deprimirme más, así que regresé junto a Estela, que hablaba animadamente con un tipo. Me quedé de pie con las bebidas en la mano.

—Te he dicho que no, estoy con una amiga. No me interesa —le decía.

—¿Estás segura? —insistía él.

—Ya estoy aquí —avisé en voz baja, y el hombre se fijó en mí.

—Oye, no me importa que seáis lesbianas, me conformo con mirar —nos soltó, y ambas nos echamos a reír.

—A ver, chato, ya tenemos quien nos aplauda al final de cada actuación, así que muchas gracias por tu oferta. Adiós.

—Otra vez será...

El hombre dio media vuelta, sin duda decepcionado por la negativa. Yo recordé entonces aquel día en casa de Mónica y noté cómo me excitaba sin querer.

—Bueno, ahora que por fin estamos solas, venga, espero el veredicto —dijo Estela burlona, y añadió—: Tu veredicto.

—Tu explicación tiene todo el sentido del mundo —comenté, encogiéndome de hombros—. Chica guapa que no olvida a su ex y se lía con el amigo. Todo un clásico, muy apropiado para una peli, pero no para la vida real y menos con alguien como tú de protagonista. Puedes ser muchas cosas, pero nunca me ha dado la impresión de que fueras una persona de esas que actúan a traición.

—Vaya, si al final hasta vamos a llevarnos bien —comentó riéndose y levantando su copa.

—Oye, no hace falta que disimules conmigo —repliqué resoplando—. Si quieres contarme qué te ocurre, perfecto, si no, tranquila, yo tengo suficientes problemas para ambas.

—Vale, pues atenta, porque te vas a aburrir...

No sé si fue producto del alcohol o que tan sólo escuchar las desgracias de otra persona hizo que olvidase las propias, pero al menos mientras Estela me relataba sus dudas me sentí más tranquila.

—Resumiendo, que lo quieres y estás cagada de miedo —concluí, cuando acabó su exposición.

—Un excelente resumen, sí señora. Además de problemática eres lista. No me extraña que Fabio esté loco por ti.

—Está loco y punto. Volviendo a tu caso, ¿qué vas a hacer?

—Supongo que nada, se me pasará...

—¿Tú crees? —pregunté ante su tono indeciso.

—Bueno, Armando y yo no tuvimos un buen comienzo, es más, podría decirse que lo odiaba y que ese odio era recíproco, y después...

—¿Y por qué ahora es diferente? ¿A qué vienen tantas dudas? Armando no parece un tipo de esos que se vienen abajo ante una negativa —dije con cierto sarcasmo, ya que mi breve encuentro con él no había sido precisamente agradable.

—Te sorprendería descubrir lo frágiles que son algunos —resopló—. Y yo... ¡Joder! Es que..., mira que he estado con tíos y, tras estar con Fabio, pensaba que no encontraría a ninguno con el que mantener una relación seria, pero me he dado cuenta de que Armando es importante para mí y de ahí el miedo. ¿Qué pasará si no sale bien?

—Creo que mañana voy a ir directa a pedir el divorcio —farfullé—. Porque yo no creo que vaya a cargarla sino que ya la he cagado.

—Maldita sea, nos estamos poniendo melodramáticas. ¿Otra ronda?

Negué con la cabeza; ya no podía beber ni una gota más o acabaría perdiendo la consciencia, así que, tambaleante, me puse en pie, pero la cabeza empezó a darme vueltas y tuve que sentarme.

—Joder, mañana no voy a poder ni dar un paso —me quejé.

—Espera, ahora mismo busco un chófer, yo tampoco puedo ni moverme...

Capítulo 66

Fabio

Cuando oí el interfono casi lo arranco de la pared; tenía que ser ella.

—Entrega especial —respondió una voz burlona que reconocí en el acto—. Anda, baja, que tengo a dos borrachas en el coche durmiendo la mona.

—Joder, ahora voy.

Me puse con rapidez una sudadera y cogí las llaves, mascullando todo tipo de juramentos hasta llegar al coche. Armando me esperaba apoyado en él, con los brazos cruzados y una sonrisa.

—Ahí las tienes —dijo divertido, abriendo la puerta trasera como si fuera un chófer profesional.

—¿Dónde han estado?

—Poniéndose hasta el culo en un pub. Estela me ha llamado y, tras mucho esfuerzo, he conseguido averiguar la dirección.

Torcí el gesto, vaya par. Las dos estaban desmadejadas en el asiento trasero, con los ojos entrecerrados, riéndose de vaya usted a saber qué y, para rematar, cogidas de la mano.

—De verdad, si fuera lesbiana me acostaba contigo, tía —farfulló Estela.

—Lo sé, a mí me pasa igual —convino Berenguela en el mismo tono borrachín—. Tienes que ser muy buena en la cama...

Armando estalló en carcajadas.

—Yo no puedo opinar, no me he acostado con ella —comentó entre risas, señalando a mi mujer.

Opté por no responder a aquellas palabras, porque eran toda una provocación.

—Venga, vamos a casa —ordené, inclinándome para tirar de ella, pero Berenguela no se soltaba de su nueva amiguita.

—Fabio, chato, no me jodas el plan —me espetó Estela riéndose.

Como discutir con dos borrachas iba a terminar en tragedia, miré a Armando para que me echara una mano y él, tras descojonarse, abrió la puerta del otro lado y consiguió separarlas.

—No quiero ni pensar cómo has conseguido meterlas ahí dentro —dije, sujetando a Berenguela para que no se diera un golpe en la frente.

—Lo suyo me ha costado, pero al final, tocando aquí y allá...

—Nos ha sobado el culo —me informó Berenguela riéndose.

—¡Abuso policial! —exclamó la otra.

—Sí que están borrachas, sí —afirmó Armando.

—Te quiero mucho, ¿sabes? —farfulló Estela, acariciándolo—. Las borrachas no mentimos.

Entonces fue mi turno de reírme.

A trompicones, porque llevar a una mujer ebria que apenas colaboraba resultaba complicado, conseguí llegar al apartamento y meterla en el dormitorio; en su estado otra cosa no se podía hacer.

La desvestí y la arropé para que durmiera la mona, porque al día siguiente tenía que estar presentable. Estuve tentado de prepararle algo de comer, pero desestimé la idea. Me limité a picar algo y después me acosté junto a ella. Tuve la precaución de llevar una papelerita por si acababa vomitando.

Sentado en la cama, me puse a repasar los papeles. Tras la primera jornada en el juzgado, seguía sin ver las cosas claras. Cuando más concentrado estaba en la lectura, Berenguela gimió y se dio la vuelta, llevándose las manos a la cabeza; sin duda empezaba a sufrir los efectos de la borrachera.

—Joder... —se quejó.

—Si vas a vomitar avisa, no quiero tener que limpiar y cambiar las sábanas —le advertí impertinente.

—Gracias por preocuparte por mí —masculló, frotándose las sienes.

—¿Lo has pasado bien con tu nueva amiga?

—Parece que te moleste.

—Por mí puedes irte de pedo con Estela o con quien quieras todos los días, pero no cuando tenemos por delante varias jornadas complicadas. Esta mañana he tenido que mordirme la lengua cuando esa perra de Lola...

—¿Te enrollaste con ella? —preguntó, dejándome estupefacto.

—¿Qué te ha contado Estela? —repliqué con cautela, porque a saber lo que aquellas dos borrachas habían hablado.

—Entonces es que hay algo que contar... —reflexionó, haciendo una mueca que supuse de dolor.

—No es ningún secreto que la fiscal me la tiene jurada —admití, esperando que la cosa quedara ahí.

—Mira, Fabio, me da igual si te la tiraste o no, no soy tan infantil como para ponerme celosa, pero me hierve la sangre cuando vuelca en mí su frustración. ¿Tan cabrón fuiste con ella?

—Joder... Vale, me lie con ella. Fue una estupidez, un calentón si lo prefieres —tuve que reconocer, porque ya resultaba ridículo marear la perdiz.

—Vale, sabiéndolo me quedo más tranquila —comentó más relajada, algo que me extrañó—. Ahora ya sé a quién me enfrento.

—No tienes ni puta idea —la corregí—. Lola es competitiva, puntillosa...

—¿Y eso es malo? Hace su trabajo. Tú eres igual, no dejas nada al azar, trabajas las horas que hagan falta; ¿por qué la criticas?

—No me jodas, Berenguela, no me jodas —estallé, dejando de malas maneras los papeles a un lado, porque ya me era imposible concentrarme.

—Tiene que haber algo más... personal.

—Cuando bebes te pones insoportable —solté irritado.

—Luego me pondré cariñosa, no te preocupes —me espetó.

No confié mucho, pues su estado dejaba mucho que desear, pero aun así sentí cierto interés, además de ser una excelente oportunidad para desviar la conversación.

—¿Cómo de cariñosa?

—¿Qué ocurrió con ella? —contraatacó.

—No entendió el concepto de *rollo* y, debido a su carácter vengativo, no va a parar hasta joderme vivo.

—Gracias por responder, y ahora pásame esa papelera, que voy a echar hasta la primera papilla —gimió, y tuve que ayudarla.

A pesar de su desastroso estado, consiguió dormir sin mayor problema, lo que me permitió también descansar a mí.

* * *

Al día siguiente de nuevo la acompañé al juzgado en un discreto segundo plano, a pesar de que me hubiera gustado estar todo el rato a su lado. Comenté algunos detalles con Palazón y éste tomó nota antes de entrar en la sala de vistas.

Era el día de Matías Narváez. Cómo me hubiera gustado poder interrogarlo, le tenía ganas a aquel cabrón. No obstante debía conformarme con ver los toros desde la barrera.

No me sorprendió que el tipo mirase a su alrededor con altanería, como si aquello sólo fuera un mero trámite que cumplir. Se sentía tan seguro de sí mismo que daba asco. Berenguela, que no dejaba de frotarse las sienes con disimulo, lo miró de reajo.

Lola empezó a formularle preguntas a Narváez y éste respondió con tono firme, eso sí, dando a entender que todo era culpa de Berenguela. Descargaba toda la responsabilidad en ella con frases como: «Yo siempre he sido un subordinado, primero del señor Zahner y después de su hija. Nunca he tomado una decisión que no fuese aprobada antes». Todo un alarde de cinismo, que dicho con firmeza hasta podía resultar creíble.

Y el colmo de todo fue cuando acusó a Berenguela de querer ampliar el negocio, por su cuenta y sin atender a sus consejos, metiéndose en asuntos poco legales. Cuando Lola, que, como yo sabía, era vengativa y muy lista, le preguntó por qué las declaraciones de impuestos arrojaban incluso pérdidas en algunos ejercicios, el caradura de Narváez explicó que todo se debía a una optimización financiera sugerida por la señorita Zahner, ya que el padre hacía los negocios a la vieja usanza.

Tuve que esforzarme para no agarrarlo del cuello y sacudirlo; mentía con descaro y encima le cargaba el muerto a Berenguela.

Palazón intentaba desmontar cada una de sus afirmaciones, pero debido a los errores cometidos no todo quedaba probado y, con la duda sembrada, Narváez sonreía con autosuficiencia, convencido de que se iba a ir de rositas y que se llevaría por delante a Berenguela.

La jornada fue de mal en peor, porque Narváez, aparte de mentir, dejó caer que Berenguela había ocultado información y además sembró la duda sobre un conflicto de intereses. El muy cabrón no dijo nombres, pero hizo que Lola, que sospechaba de todo, me dirigiera una mirada recelosa.

Cuando por fin se levantó la sesión, esperé en el coche a Berenguela. Odiaba tener que disimular y no veía el día en que por fin se acabase aquella farsa.

—No me prepares nada de comer, sólo necesito dormir... —musitó ella, arrastrando los pies hacia el dormitorio—. Ah, y la próxima vez que me entren ganas de olvidar bebiendo, hazme un favor: átame a la cama y no me dejes salir.

—Si quieres, te ato hoy para ir practicando —contesté, pero ni siquiera sonrió, se limitó a mirarme y a negar con la cabeza—. Es una pena, porque la idea tenía muchas posibilidades.

Berenguela se acercó a mí y me dio un beso en los labios que me pareció insuficiente, pero con el que tuve que conformarme.

Dejé que se acostara sola, y, tras picar algo en la cocina, me senté ante mi improvisado despacho, dispuesto a pasar la tarde entre papeles. Apagué el móvil para que nadie me molestara y puse música; necesitaba algo bueno de verdad para poder concentrarme. Con la obertura de *Orfeo en los infiernos* de Offenbach de fondo me metí de lleno en los documentos. Tuve que esforzarme para no mandar a paseo tanto papel e ir a ver a Berenguela, aunque vencí la tentación; bien podía dejar a un lado mis impulsos con tal de que aquella pesadilla finalizase. Podía considerarlo como un aplazamiento, porque en cuanto Berenguela quedase libre, no perdonaría.

El siguiente en declarar fue el administrador de Ezequiel Zahner. Berenguela lo había definido como el hombre invisible, leal y servil a su amo, y pude comprobar por mí mismo que la descripción era exacta. Emilio Nogales explicó su cometido junto al fallecido y hasta se le quebró la voz al hablar de su difunto jefe.

Ya estábamos al tanto de su inquebrantable lealtad, nada nuevo, aunque lo mejor de su declaración fue cuando desmintió por completo a Narváez.

—El señor Zahner confiaba en que su hija un día ocupara su puesto y se murió con la enorme pena de ver que su amada Berenguela seguía dándole la espalda, a pesar de los innumerables intentos por su parte para reconciliarse con ella —dijo Nogales apesadumbrado.

—¿Y es cierto que el difunto señor Zahner ordenó vigilarla?

—Sí, pero no para tenerla controlada como ella pensaba. El señor Zahner quedó muy marcado por la muerte de su hijo y no quería que a Berenguela le ocurriera nada. Un hombre de negocios siempre se crea enemigos y éstos podían hacerle daño a través de su querida hija —explicó, y respiré; aquél era un testimonio muy esclarecedor.

—¿Y ella nunca lo ayudó en sus negocios? —preguntó Lola recelosa.

—No, la señorita Zahner se negó una y otra vez a participar en ellos, una negativa que causaba mucho dolor a su padre, pues deseaba más que nada en el mundo tenerla a su lado.

—Cuando el señor Zahner cayó enfermo, ¿quién se ocupó de la toma de decisiones?

—El señor Narváez —dijo con aplomo— era quien estaba al tanto de todas las operaciones y quien conocía a fondo el negocio. Ezequiel confiaba en él, pero siempre le advirtió que sería Berenguela quien lo sustituiría al frente de todo.

—¿Alguna vez la señorita Zahner manifestó la intención de ocuparse de los negocios de su padre? —inquirió Lola algo contrariada, pues la declaración de Nogales daba al traste con los argumentos en contra de Berenguela.

—No, todo lo contrario. Su intención siempre ha sido destruir el legado de su padre —replicó enfadado—. No ha hecho más que traicionar la memoria del señor Zahner.

—Sin embargo, todas las propiedades del difunto ahora están a su nombre —le recordó Lola.

—La señorita Zahner ha realizado trámites legales con el propósito de donar dichas propiedades; si no estuvieran inscritas a su nombre, no podría donarlas —contestó Palazón.

—Según consta en los documentos de la Agencia Tributaria, ya ha donado una de las propiedades... —indicó Lola con su tono malicioso.

Mascullé entre dientes, porque la estrafalaria idea de cederle el chalet a Mónica antes de que se resolviera todo había sido una estupidez, pero todo dependía de la interpretación que se le diera, porque con un poco de suerte podrían pensar que había empezado a cumplir su objetivo de donar sus propiedades.

—Así es —confirmó Palazón—, la señorita Zahner va a ir desprendiéndose de la herencia sin obtener beneficio.

—Cuánta generosidad —murmuró la fiscal con su tono seco.

A partir de ese momento siguieron una serie de preguntas rutinarias sobre el funcionamiento de los negocios de Ezequiel Zahner, tecnicismos que yo conocía y que los técnicos de Hacienda corroboraron. Nogales intentó justificar muchos de los datos, una estrategia que todos esperábamos.

* * *

Cada día se repetía el mismo ritual, lo que empezaba a desesperar a Berenguela, pues se agobiaba con tantos tecnicismos y, pese a que después, a solas, yo intentaba explicárselos, ella resoplaba y prefería no hablar de ello. No contagiarme de ese desánimo me suponía un gran esfuerzo, pues con cada nueva declaración se iba desenmarañando la trama, pero también surgían imprevistos, debido en gran parte a los errores de Palazón.

—Si pudiera, mañana me quedaría en casa todo el día, aquí sola —murmuró mientras se acostaba a mi lado.

Dejé a un lado mi tableta, en la que repasaba unos documentos, y puse toda la atención en ella.

—Te comprendo. Eso sí, cada vez queda menos. Cuando esto acabe, nos iremos unos días a la sierra —propuse, acercándome con la intención de que ella se recostara y así poder abrazarla.

—Siempre y cuando no acabe en prisión —contestó pesimista.

—Berenguela, en el hipotético caso de que te condenen, y precisamente para que eso no ocurra me estoy esforzando..., no tienes antecedentes.

Ella se acostó y yo hice lo mismo, rodeándola con los brazos y pegándome a su espalda.

—Ah, qué bien —dijo, sin ápice de entusiasmo.

—Lo más probable es que cierren el caso, aunque la sanción por parte de la administración va a ser imposible de evitar.

—Pues me dejas más tranquila... —rezongó, retorciéndose; yo intenté que se relajara acariciándole despacio el estómago.

Por normal general, yo nunca había sido tan paciente ni tan considerado. No

recordaba haberme preocupado más allá de lo que se consideraba correcto, así que me sorprendió que no acabara levantándome para largarme al sofá y que ella se las apañara sola.

—Relájate, cierra los ojos e intenta dormir —musité, conformándome con darle un beso en el hombro.

—¿Estás enfermo? —preguntó al cabo de un rato.

—No, ¿por qué? —Me extrañó la pregunta y de ahí que quisiera salir de dudas.

—Llevas un buen rato tocándome, ¿no vas a ir más allá? —apostilló con cierto aire provocador, o al menos así lo interpreté.

—¡Hay que joderse! —exclamé sonriendo—. Mira que eres retorcida. Si querías que fuera «más allá», sólo tenías que hacer esto...

Le agarré la mano y tiré de ella para que la colocara sobre mi entrepierna. Presioné y entre sus ronroneos y las ganas que tenía de echar un buen polvo, tardé bien poco en empalmarme. Apenas tuve que reajustar mi postura, pues Berenguela levantó una pierna y de ese modo pude penetrarla desde atrás, al tiempo que le agarraba las tetas y le pellizcaba los pezones.

—Fabio —gimió, retorciéndose con cada embestida.

—Córrete —exigí, embistiendo cada vez con mayor fuerza, sin dejar de acariciarle los pechos y controlándome para no clavarle los dientes en el hombro.

No sé si debido a las ganas, la necesidad o a saber qué, el polvo fue rápido, aunque muy satisfactorio. A ambos nos fue de perlas para poder conciliar el sueño, no sólo por el desahogo sexual, que siempre se agradece, sino también por lo que vino después, ya que descansar con ella al lado siempre era mejor. Teníamos por delante muchas jornadas que afrontar y para ello nada mejor que despertarse cada mañana con la sensación de que al menos entre nosotros las cosas funcionaban.

* * *

Las jornadas siguientes fueron tediosas. Era el momento de la parte técnica: inspectores, contables y peritos que habían analizado al detalle todo el entramado financiero de Ezequiel Zahner, bajo mi instrucción, y también los

movimientos de Berenguela. De nuevo el factor interpretación era clave, nos podía salvar o arruinarlo todo, ya que determinados movimientos de capital resultaban contradictorios.

Berenguela se llevaba las manos a la cabeza, pues entre que no entendía muy bien qué se decía y lo largo y aburrido del proceso, tenía que hacer verdaderos esfuerzos para no ponerse a gritar en medio de la sala. Yo la comprendía, pero nada podía hacer nada al respecto. Y bien que lo sentía.

El día que declararon los policías que la habían seguido, a mí se me encogió el alma, pues a pesar de que ella ya estaba al corriente, no por eso resultaba menos traumático saber que todo había sido por mis órdenes.

Por suerte, se acabaron las declaraciones técnicas, y tanto Palazón como yo esperábamos que todo quedara visto para sentencia; sin embargo, no fue así. En el último momento el abogado de Narváez presentó a un nuevo testigo, lo que nos descolocó por completo.

Capítulo 67

Berenguela

Cuando Eliseo me informó de quién era el testigo sorpresa no reaccioné. Sólo cerré los ojos, pues ni gritar ni emborracharme ni cualquier otra acción podría ayudarme a pasar aquel amargo trago.

Fabio y mi abogado discutieron al respecto. Cada uno proponía una forma diferente de abordar la cuestión y, si ya era difícil sobrellevar aquello, todavía lo era mucho más con la tensión que me creaban debido a su disparidad de opiniones.

Eliseo sugería que nos metiésemos de lleno en la vida privada de Natalia, desmontar su imagen, poner de relieve que sólo era una marioneta de Matías. Fabio en cambio optaba por desacreditarla con documentos, ya que yo había sacado de la empresa copias de todo para que fueran utilizadas en caso de necesidad. Según mi marido, atacar la vida privada de una persona suponía correr el riesgo de que hicieran lo mismo conmigo, algo que no estaba dispuesto a tolerar. Así que, tras mucho discutir entre ellos porque yo no podía más, Fabio terminó imponiéndose. No teníamos mucho tiempo, pero al menos sí habíamos hecho los deberes.

Cuando Natalia entró en la sala, sonriente, vestida para la ocasión y acompañada de Matías, quise vomitar. Me dedicó una mirada maliciosa, llena de rencor, dando a entender que, si se lo permitían, se ocuparía de machacarme.

Yo ya me sabía al dedillo todos los formalismos legales antes de ir al meollo de la cuestión, por lo que aproveché para respirar y templar los nervios. El

primero en intervenir fue el abogado de Matías, que le preguntó a Natalia que desde cuándo me conocía.

Era triste recordarlo y aún más escuchar de labios de la que había sido mi confidente y amiga el relato de aquellos días en los que yo lo veía todo negro. Según lo contaba, daba a entender que me salvó poco menos que de un suicidio. Lo peor y más relevante fue cuando habló de cómo montamos el negocio. Toda una puñalada.

—Berenguela siempre ha sido la típica niña rica que se queja de todo. No sé qué pretendía demostrar renegando de un padre que la quería y que hacía todo lo posible por ella. De hecho, cuando solicitamos el préstamo para montar el negocio, el señor Zahner nos ayudó avalándonos.

—¿Tenía conocimiento la señorita Zahner de ese detalle? ¿Lo aprobó? —intervino Eliseo.

—Al principio no se lo dije, pero es lista y lo averiguó, aunque como es tan orgullosa, prefirió no decir nada y seguir adelante.

Cómo mentía la muy zorra.

—Si, como usted dice, el señor Zahner avaló el préstamo y ella estaba de acuerdo, ¿por qué no abonarle directamente la cantidad y evitar unos gastos financieros?

—Cuando Berenguela lo averiguó dijo que bueno, que así el dinero era más legal, y yo no lo cuestioné —explicó toda ufana.

Me retorcí en el asiento y observé con disimulo a mi abogado, que no estaba muy contento con el discurrir de la sesión.

—Según usted montaron el negocio con la ayuda del señor Zahner... —murmuró la fiscal, siempre atenta—; ¿intervenía él en las decisiones mercantiles?

—Nos enviaba clientes —alegó Natalia.

—Clientes ficticios —terció Eliseo con rapidez—. Tengo en mi poder un resumen de los trabajos efectuados por la señorita Yuste y los efectuados por mi defendida. Se puede corroborar que los de la señorita Zahner son reales al cien por cien.

—Eso no es cierto. Todo lo hacíamos a medias.

—¿Y por qué en la contabilidad aparecen separados? —atacó Eliseo.

—Lo decidimos así para..., para..., por comodidad —respondió Natalia

después de titubear, y aun así no pude respirar aliviada.

—¿Podría explicarlo mejor, señorita Yuste? —pidió la fiscal.

—Ella lo organizó todo —soltó, señalándome con rencor—. Es más lista y además contaba con el apoyo financiero de su padre, yo no podía hacer nada.

—Usted era tan socia como la señorita Zahner —le recordó Eliseo.

—Aunque sin voz ni voto —respondió ella, lo cual era totalmente falso.

—¿Y cómo consiguió usted su parte del capital para crear la empresa?

—Ya he dicho que el señor Ezequiel Zahner nos avaló.

—¿Padre o hijo? —pregunté, arriesgándome a ser amonestada, pero por la cara que puso Natalia supe que, si no había acertado, sí me había acercado al centro de la diana.

—¿Conocía usted, señorita Yuste, a Ezequiel Zahner júnior? —inquirió Eliseo, recogiendo el testigo.

Natalia miró a su abogado, a Matías y después a mí. Supongo que ató cabos e intuyó que yo sabía más de lo que ella imaginaba. Entonces me di cuenta de que sólo una persona podía desmentir a Natalia. Era un gran riesgo, lo más probable era que tanto Fabio como Eliseo se opusieran, pero no teníamos nada que perder.

—Conteste, por favor —le indicó el juez García.

—Sí, lo conocía.

—Si no recuerdo mal, usted ha detallado cómo conoció a su socia, dejando implícito que no tenía ninguna relación con la familia Zahner —le recordó Eliseo.

Natalia se sintió perdida.

—No supe que eran hermanos hasta mucho después —dijo, y no resultó nada convincente.

—El apellido Zahner es poco habitual, señorita Yuste —indicó mi abogado con tono irónico, y tuve que disimular una sonrisa. La estaba acorralando. Excelente.

—Ya he dicho que no lo sabía —se obstinó—. Además, yo he venido como testigo. Nada más.

—Y para aclarar ciertos aspectos —le recordó el juez.

—¿Debemos entender que su parte del negocio la recibió de manos de Ezequiel Zahner júnior?

—¡Yo no he dicho eso! —exclamó molesta, mirando a su abogado, pero él poco podía hacer—. Seguro que es cosa de ella. —Me señaló—. Siempre restregándome su dinero, cuando sabía perfectamente mi origen humilde, y sólo porque su familia decidió ayudarme no tiene derecho a ponerse celosa. No tiene por qué mirarme por encima del hombro. Además, tanto protestar y al final se ha quedado con todo.

—Parece que a quien le molesta es a usted, señorita Yuste —expuso Eliseo—. Y aún no sabemos cómo logró su parte para montar el negocio.

—No creo que sea relevante —terció su letrado intentando salvarla.

—Lo es cuando se está juzgando a la señorita Zahner y acusándola de fraude —le recordó mi defensa.

—Ella también debería responder acerca de sus relaciones personales —espetó Natalia con rabia.

—¿A qué se refiere? —inquirió la fiscal.

—Berenguela se las ha ingeniado para tener una aventura con...

—Señorita Yuste, aquí no se cuestionan las relaciones de carácter íntimo —la interrumpió Eliseo con rapidez.

—Con el juez Castell —remató, dejando a todos los presentes ojipláticos.

Empezaron a mirarse unos a otros, porque aquella acusación era muy grave.

—¿Sabe usted lo que está insinuando? —preguntó el juez García tras reponerse de la impresión.

—La señorita Yuste sólo habla movida por el rencor —indicó Eliseo.

—¿Puede demostrarlo? —inquirió la fiscal.

No sé si fueron impresiones mías o parecía la más interesada en averiguar la veracidad de aquellas palabras.

—Ella me lo contó —dijo Natalia señalándome.

—¿Se lo contó? ¿Así, por las buenas, sabiendo que semejante revelación podría perjudicarla? —preguntó la fiscal.

—Somos amigas, nos lo contamos todo —afirmó con desparpajo.

—¿Amigas? Pues tiene usted una forma muy curiosa de demostrar su amistad, ya que, de ser eso cierto, está traicionando la confianza depositada en usted —señaló mi letrado en un intento por desacreditarla.

Natalia se dio cuenta de que debía cerrar el pico, pues en caso de no poder demostrar aquello, las cosas se le podían complicar mucho; pero había sido

inteligente al sembrar la duda.

Eliseo, valiéndose de una estratagema legal, logró que se aplazara la sesión, aunque la duda ya estaba allí e iba a ser muy difícil afrontar la situación.

—Gracias por el gotelé —murmuró Matías al pasar por mi lado, sin dejar de sonreír como el hijo de puta que era.

—De nada. Ha sido un placer —respondí en idéntico tono.

Miré de reojo a Fabio, que, sentado al fondo de la sala, contenía a duras penas el cabreo. Yo salí acompañada de Eliseo en dirección a una sala privada para poder afrontar la nueva situación creada. Me llegó un mensaje de mi marido en el que me indicaba que mejor que nos fuéramos al despacho de mi abogado, si no él no podría acompañarnos.

Me encontré con Estela, que se detuvo junto a nosotros y me pidió que habláramos un segundo a solas. Nos apartamos a un lado y ella dijo:

—Lola os va a crujir.

—¿Cómo te has enterado de lo ocurrido? —pregunté, y me mostró un mensaje de Fabio en su móvil—. Ya sé que se la tiene jurada, pero no hay pruebas...

—Qué ingenua eres, por favor. Estoy segura de que tu certificado de matrimonio saldrá a la luz en breve.

—Si lo tienen, ¿por qué no lo han mostrado ya?

—Para ponerte nerviosa. Lo dejarán como último recurso dependiendo de la sentencia.

—Joder... —mascullé.

—Anima esa cara, seguro que a Fabio se le ocurre algo —añadió sonriendo—. La única pega es no haber podido ver la cara de Lola rabiando.

—Por cierto, ¿cómo va lo tuyo? —le pregunté.

—Regular. Nos hemos reconciliado, o al menos hemos echado el polvo de la reconciliación, pero después..., bueno, Armando quiere que fije ya una fecha y yo..., le he dado largas.

—Te comprendo, cuando se les mete algo entre ceja y ceja...

—¡Qué me vas a contar! —exclamó, negando con la cabeza—. En fin, no te preocupes ahora de eso. Que bastante tienes con lo tuyo.

—Muchas gracias —murmuré, antes de despedirme.

Sólo me faltaba eso, una mujer despechada, con la carta ganadora para

vengarse. Genial.

—No voy a preguntar —dijo Eliseo cuando reanudamos la marcha.

* * *

Pedimos un taxi para ir al despacho y, en el momento en que llegamos, Fabio ya estaba allí esperando. No tenía buena cara.

—Bien, ya estamos todos —afirmó Eliseo, tras cerrar la puerta de su despacho.

Yo me senté, porque hasta me temblaban las piernas. Fabio se quedó de pie detrás de mí.

—Tarde o temprano tenía que ocurrir —murmuró reflexivo, cuando lo más lógico era que se mostrara cabreado.

—Nos va a estallar en la cara y cualquier posibilidad de salir indemne se esfumará —aseguró Eliseo—, pues quedará en entredicho tu papel como juez instructor, eso para empezar, y, en segundo, a ella la pueden considerar una mujer interesada, manipuladora. Justo la clase de persona que hace cualquier cosa por salvar el pellejo.

—Genial —dije sin emoción.

—No adelantemos acontecimientos —intervino Fabio—. Si no han mostrado aún el documento será por algo. Voy a llamar a mi amigo Fernando para informarme, no sé cómo han conseguido acceder a los archivos.

—Hoy en día es relativamente fácil —comentó mi abogado—. Aquí lo relevante es impedir que sigan por ese camino. Con documento o sin él, nos perjudica.

—De acuerdo —convino Fabio—. ¿Qué sugieres?

—Negarlo todo, obligarlos a aportar pruebas y, si lo hacen, rebatirlas cuestionando la legalidad de cómo las han obtenido, para que no se tomen en consideración.

—Por favor, qué retorcido —murmuré desanimada.

Sentí las manos de Fabio sobre los hombros en señal de apoyo.

—Estoy de acuerdo con ella, no podemos arriesgarnos.

—Pues entonces ya me diréis qué hacemos, porque no se me ocurre otro camino —dijo Eliseo con evidentes síntomas de enfado.

—Ponerse a la defensiva podría interpretarse como que tienen razón y que, por tanto, pueden hacernos daño con ese argumento —prosiguió Fabio serio.

—Tarde o temprano va a salir a la luz —nos recordó el abogado—, mejor estar preparados.

—¿Cuántos testigos quedan por declarar? —inquirió Fabio, aunque me dio la impresión de que conocía la respuesta.

—Ninguno, a no ser que quieran volver a interrogar a alguno.

Me puse en pie y, ya que gozaba de la confianza suficiente, los dejé a solas mientras me iba al aseo. Saludé a la secretaria de Eliseo, que al verme tan abatida me ofreció un café, yo acepté agradecida.

No sé qué estrategia era la correcta o, ya puestos, la menos mala, y tampoco quería permanecer más tiempo encerrada con ellos dos, pues, aparte de provocarme dolor de cabeza, tampoco me apetecía ver su «duelo» de testosterona; me agotaba.

Pero, claro, disfrutar de un café en soledad parecía mucho pedir, pues enseguida apareció Fabio buscándome para que me uniera de nuevo a la «fiesta».

—Esto es lo que vamos a hacer —dijo, nada más volver yo y cerrar la puerta. Observé que Eliseo torcía el gesto—. Vamos a adelantarnos a ellos confirmando nuestro matrimonio.

—¿Perdón?! —exclamé atónita, mirándolo con cara horrorizada, pues después de tantas precauciones, me parecía ridículo admitirlo.

—Es lo más sensato —añadió.

—Es una estupidez —lo contradijo el abogado—. Pero allá vosotros.

—Berenguela, escúchame: para bien o para mal, estamos casados, y en caso de emergencia nadie te puede obligar a declarar en mi contra.

—Y viceversa —apostilló el abogado con ironía.

—Pero... Pero ¿no quedará en entredicho todo el proceso? ¿No te pueden inhabilitar o algo así?

Fabio desvió un instante la mirada; saltaba a la vista que yo había dado en el clavo.

—Es lo más probable —terminó admitiendo.

—¿Y lo dices así, tan pancho? —pregunté, con incredulidad ante su actitud tan pasiva.

—No queda más remedio —respondió.

—Vámonos a casa —dije, poniéndome en pie—. Gracias por todo, Eliseo.

Capítulo 68

Fabio

Durante el trayecto de regreso a casa, Berenguela no me dirigió la palabra. No me sorprendió. Yo confiaba en que se fuera mostrando más proclive al diálogo, pero no fue así, pues se encerró en el cuarto de baño. Oí el ruido del agua y pensé que lo más acertado era dejar que se relajara. Era una pena que en el apartamento no dispusiéramos de una bañera de tamaño adecuado para pasar los dos un buen rato juntos.

Me cambié de ropa y esperé en la cocina a que estuviera dispuesta a hablar de lo que iba a ocurrir. Con la mesa preparada, me serví una copa de vino mientras reflexionaba acerca de dónde me había metido. La conclusión se resumió en una sola pregunta: de haber podido, ¿mi comportamiento hubiera sido distinto?

Y la respuesta fue instantánea: No, y lo más sorprendente, no me arrepentía.

Cierto que mi carrera de juez podía considerarse acabada, sin embargo, la frustración o el enfado no hicieron acto de presencia cuando acepté esa verdad. Había trabajado, y muy duro, durante muchos años para conseguir y asentar mi puesto, y aún podía recordar con orgullo el día en que por fin me concedieron la plaza de juez. Pero ni punto de comparación con la primera noche que pasé con ella.

Nunca antes me había molestado estar solo, así que mientras Berenguela terminaba en el baño, me puse a trastear por la cocina. Y como siempre cocinaba mejor con música de fondo, me decanté por la relajante, aunque triste, banda

sonora de *El piano*.

—No tengo mucha hambre, la verdad —comentó ella, entrando en la cocina recién duchada. Toda una tentación, que dadas las circunstancias tendría que contener.

—Al menos acompáñame, no quiero comer solo —dije mirándola, hasta que ella pareció entender mi postura y se sentó enfrente.

—He estado pensando... —empezó, mientras observaba cómo yo comía— todo se va al carajo. —Levantó la mano para que la dejase continuar—. Y quizá sea de necios decirlo, pero..., ¿y si morimos matando?

Bebí un buen trago de vino tinto, porque si bien admiraba su inteligencia y su forma de sobrellevar aquello, a veces también se comportaba con demasiada ingenuidad.

—Explícame esa teoría —le pedí con amabilidad.

—Deja la condescendencia a un lado y escucha —exigió seria—. Hay una persona que conoce al dedillo todos los trapicheos de mi «querido» padre y que lo más probable es que, con el incentivo adecuado, hable sin tapujos.

—Eso es mucho suponer, ¿no crees? —repliqué, sin querer parecer muy desconfiado.

—Mónica deseará colaborar, seguro.

—¿Cómo?!

Me levanté y aparté la comida, pues lo cierto fue que al oír semejante ocurrencia perdí el hambre. Recogí los platos, aprovechando para templar mi mala leche, ya que seguía sin comprender por qué Berenguela se fiaba de aquella mujer, cuando era evidente que Mónica sólo se ocupaba de sus propios intereses.

—Ya sé que no la tragas —me reprochó—, pero si lo piensas bien es nuestra única salida.

—Lo siento, es un riesgo muy alto. Puede que ella esté en deuda contigo por haberle regalado la casa...

—Me debe otro favor —dijo interrumpiéndome.

Ese supuesto favor ya me estaba intrigando mucho, por lo que le hice un gesto para que me desvelara los detalles. Esperé con los brazos cruzados y apoyado en la encimera; sin embargo, Berenguela no parecía muy dispuesta a hablar.

—¿Qué favor? —pregunté, a ver si se animaba.

—Nada que te importe, y te pido que no utilices ese tono de juez conmigo, ahora no llevas la toga —me advirtió, y tuve que disimular una sonrisa, pues lo cierto era que me excitaba verla tan severa. También me abstuve de decir que, una vez que acabara todo aquello, si volvía a ponerme la toga lo más probable era que no llevara nada debajo.

—Dejemos entonces las fantasías y centrémonos en lo importante. Tú y yo. Nada más.

Berenguela se acercó despacio hasta quedar frente a mí.

—No puedo discutir contigo cuando te pones tan tierno —murmuró, acariciándome la mejilla—, por eso será mejor que me dejes hablar antes de que acabemos desnudos en la cocina.

Esa idea me pareció cojonuda, aunque fuera consciente de que era una maniobra de distracción en toda regla.

—Juegas sucio... —musité, dejándome querer.

—Mónica conocía los entresijos de los negocios de mi padre, pero ese detalle no es el más relevante. Fueron amantes y él fue quien la protegió y la ayudó a establecerse. Estuvieron juntos y por tanto sabe de primera mano quién daba las órdenes tras la muerte de mi padre —explicó, desabrochándose la camisa.

Respiré.

—En el supuesto de que acceda a comparecer de forma voluntaria, ¿por qué iba a arriesgarse a decir la verdad, sabiendo que su negocio peligraría en cuanto hablara? —pregunté, a pesar de que sentía una mano recorriéndome el pecho de forma descendente.

—Mónica podría salir beneficiada... —susurró, mordiéndome el lóbulo de la oreja.

—Mmm..., ¿beneficiada?

—Si le quitamos de en medio a Matías...

—No lo había visto de esa manera —añadí y, a pesar de ser una interesante línea de pensamiento, me fue ya casi imposible razonar cuando presionó sobre mi entrepierna.

—Pues medítalo detenidamente... —musitó, cayendo de rodillas.

Y antes de que pudiera procesar nada de todo aquello, sus manos ya estaban dentro de mis pantalones para bajármelos y, sin pensárselo medio segundo,

acercó la boca y empezó a chupármela. No sé si era una técnica de distracción o verdadero interés, pero no iba a preguntárselo justo en ese instante. Berenguela levantó la vista sin soltar mi polla y entrecerró los ojos. Joder, casi me caigo allí mismo de rodillas; tuve que agarrarme al borde de la encimera mientras continuaba chupándomela con aquella extraña mezcla de habilidad y malicia, destinada sin duda a dejarme satisfecho, pero al mismo tiempo con ganas de más.

Intenté concentrarme para no correrme demasiado deprisa y disfrutar de aquello; sin embargo, Berenguela tenía otros planes, pues, aparte de jugar de forma perversa con la lengua, también utilizaba las manos, agarrándome las pelotas para tensarme aún más. Y no sólo eso, con idéntica picardía movía un dedo, acercándose con intención de profundizar en mi culo, y yo, que no podía negarle nada, gemí encantado, porque estaba en sus manos. Me tensé, por supuesto, al sentir cómo me penetraba. La incomodidad inicial fue sustituida con rapidez por un gran placer. Entonces Berenguela se volvió más agresiva, chupando con mucha más fuerza y gimiendo sobre mi polla, lo que sin duda aceleró mi propia excitación. Al imaginarme lo húmeda que debía de estar, sentí un escalofrío que me hizo jadear y apretar los dientes. Quería aguantar, joder, vaya si quería, pero ella me lo ponía muy difícil. Movié el maldito dedo y, como si hubiera apretado un resorte, terminé corriéndome en su boca entre gemidos y gruñidos.

—Joder... —mascullé, echando la cabeza hacia atrás.

Ella se ocupó de darme un beso en el abdomen y después de colocarme bien la ropa.

—¿Todo bien? —inquirió, tras ponerse en pie.

Abrí los ojos y la miré.

—No sé si es el momento para decir que te quiero, podrías creer que es producto de... —Me besó interrumpiéndome; sin duda fue una maniobra cojonuda.

—No lo estropees —musitó con una sonrisa—. Y ahora que estamos más relajados, elaboremos una estrategia adecuada.

—¿Cómo dices? —pregunté perplejo cuando se apartó para sentarse, adoptando una pose de lo más profesional, lo que sin duda iba en contra de mis planes más inmediatos.

—Fabio, por favor —me reprendió—, tenemos que organizarlo todo.

—Vamos a ver que yo me entere..., ¿me la acabas de chupar, muy bien por cierto, y ahora pretendes que me ponga a trabajar en tu defensa, sabiendo que estás empapada?

—Olvídate de ese detalle y céntrate.

—No puedo —respondí, cruzando los brazos—. Y ni se te ocurra negarlo, estás cachonda.

—Ya nos ocuparemos después de eso —se obstinó, dejándome más perplejo aún si cabía.

—Ni hablar...

Me di cuenta de un detalle básico: dadas las circunstancias, ella no iba a dejar que la tocara, pues pensaba que, tras habérmela chupado, yo me mostraría más proclive a obedecer. Puede que no fuera muy descaminada, pero me apetecía contradecirla y, qué narices, echar un polvo en la cocina siempre era un buen aliciente.

—Fabio... —murmuró, arqueando una ceja ante mi avance.

Tiré de ella, la puse en pie y sin perder un segundo fui a por su boca, acorralándola contra la mesa y sin darle opción a réplica. Aún tenía el pelo mojado tras la ducha y me puso a cien el olor del champú, una tontería, pero que surtió efecto.

—No sé si follarte o meter la lengua en tu coño hasta que grites y me pidas más.

—Ahora no me vengas con indecisiones —me retó, sujetándose a mis hombros.

Sonreí, así daba gusto, pese a que tenía que mantener mi postura de tipo expeditivo y dominante.

—No tengo por qué elegir, eso es cierto —susurré mordiéndole la oreja, mientras metía la mano dentro de sus pantalones deportivos.

La encontré empapada, tal como imaginaba, y fui un poco canalla al acariciarla de forma superficial hasta que empezó a protestar y a revolverse en mis brazos. Pero de poco sirvió, ya que yo, tras haberme corrido, podía entretenerme un buen rato y ser malo, muy malo, con ella.

Me deshice de su pantalón de deporte y de las bragas para acomodarla después sobre la mesa y separarle las piernas todo lo que consideré necesario, y

así situarme entre ellas con intenciones nada decentes. La toqué de nuevo, coloqué una mano sobre su sexo y sólo la rocé, observando en todo momento su reacción. Berenguela tenía los ojos entrecerrados y se mordía el labio a la espera de mi siguiente movimiento.

Me incliné para devorar su boca, un pequeño adelanto de mis próximos pasos, y acto seguido fui dejando un rastro de besos por su pecho, su vientre..., hasta llegar a su pubis, al que dediqué unos cuantos besos, disfrutando de su excitación, así como de sus gemidos de placer. Caí de rodillas. Con la punta de la lengua tanteé el terreno; por supuesto, evité rozarle el clítoris, acrecentando de esa forma su enfado, pero al final me lo agradecería, pues todo resultaría más intenso.

—Fabio... estás jugando con fuego —me advirtió e intentó cerrar las piernas a modo de castigo.

—No, estoy intentando saborearte —la contradije, antes de darle un mordisquito en el interior del muslo—, y lo voy a hacer a conciencia —añadí en tono seductor.

Berenguela gimió y enredó las manos en mi pelo para forzarme a ir más rápido, pero me solté de su agarre, apartándome para poder besarle otros puntos de las piernas hasta llegar a la rodilla, donde me entretuve lo que consideré necesario.

—No sabía que fueras tan vengativo —suspiró, a un paso de rendirse y dejar que hiciera con ella lo que me viniera en gana.

—Ni yo tampoco —murmuré, sin apenas separar los labios de su piel.

Y a partir de ese instante se quedó quieta, recostada y con las piernas colgando por encima de mis hombros. La postura ideal para hacer que disfrutase, y yo estaba dispuesto a conseguirlo. Como ya la había hecho sufrir lo suficiente, me dejé de rodeos y fui directo a su clítoris, que succioné con ahínco, haciendo que Berenguela gritara bien fuerte.

—Por fin... —gimió, arqueando la pelvis en busca de mayor contacto.

Eso hizo que me volviera más codicioso, y no le di tregua hasta que oí sus jadeos y sentí cómo se corría en mi boca, disfrutando tanto o más que ella.

Pude detenerme en ese punto, al fin y al cabo ambos habíamos obtenido nuestra cuota de placer; no obstante, me pareció una oportunidad única para rematar la situación. Con rapidez, me incorporé y liberé mi erección para

penetrarla.

Nada más clavársela hasta el fondo, ella me abrazó y me lamió los labios, devorándome la boca y rodeándome con las piernas, instándome a que fuera más contundente, lo que coincidía de pleno con mis deseos, así que lo fui.

Por delante nos quedaban muchos momentos amargos, pero teníamos algunos como aquél, que nos compensaban con creces.

Capítulo 69

Berenguela

Mónica no se mostró muy conforme cuando le hablé de declarar, algo con lo que yo ya contaba. Sin embargo, quien más se opuso, aparte de Fabio, fue Eliseo, que opinaba que llamar a declarar a una mujer que regentaba un prostíbulo no era lo ideal.

Pero al final logré imponer mi criterio y Mónica se prestó a colaborar. Por supuesto, lo que todos más temíamos era cuando tuviera que enfrentarse a las preguntas de la fiscal o del abogado de Matías, pero debíamos correr ese riesgo.

Y había llegado el momento de correrlo. Mónica se presentó con un vestido cerrado de raya diplomática que destacaba cada curva de su cuerpo. Todos sin excepción la miraron y algunos incluso la desnudaron con la mirada. Me alegré, pues de ese modo podría convencer mucho más.

Disimulé una sonrisa. Incluso Eliseo, tan reacio a contar con su colaboración, parecía no poder mirar a otra parte que no fuera el cuerpo de Mónica. Y, por supuesto, Fabio; lo vi de reojo y él ni se molestó en fingir. ¡Hombres! Tan predecibles...

Quien era evidente que no cayó bajo el hechizo de Mónica fue la fiscal. La señorita San Pedro se mostró tan distante y profesional como siempre, aunque sin que faltara la mirada asesina a Fabio. Desde luego, hube de reconocer que mi querido esposo sabía cómo dejar huella en las mujeres.

Eliseo fue el primero en el turno de preguntas, todas ellas ensayadas con Mónica y destinadas a reforzar mi defensa, por lo que apenas presté atención.

Cuando finalizó su turno, me preparé para lo bueno, o lo malo, según se mirase.

—De sus palabras se desprende que existe una amistad entre usted y la señorita Zahner... —dejó caer la fiscal.

—Así es —corroboró Mónica, y añadió en tono severo—: Y antes de que lo insinúe, mi relación con ella comenzó tras la muerte de su padre, antes no tenía el placer de conocerla.

—Y esa amistad, ¿surgió a raíz de la donación que le hizo la señorita Zahner?

—No —afirmó ella con rotundidad—, por mucho que le sorprenda, entre ambas no existen intereses económicos.

—Pero es cierto que recibió una propiedad que había pertenecido a Ezequiel Zahner —continuó acosándola la fiscal.

—Una propiedad de la que ya disfrutaba, pues mediaba un contrato de alquiler muy ventajoso —alegó Mónica sin perder la calma.

—Creo que ese punto ya ha quedado claro —intervino Eliseo.

—¿Mantuvo usted una relación íntima con el difunto Ezequiel Zahner? —inquirió la fiscal.

—¿Padre o hijo? —retrucó Mónica, dejándola momentáneamente desconcertada.

Yo también me quedé perpleja y aguardé, como el resto de la sala, la respuesta.

—Empecemos por el padre —sugirió la fiscal.

—Sí, mantuve una relación no sólo laboral sino también personal con él. Durante dos años, hasta que decidió que le gustaba otra más joven y sobre todo más obediente.

—¿Obediente?

—El señor Zahner padre tenía una idea muy particular de las mujeres. Era un firme defensor de mantenernos en casa, con la pata quebrada, sin voz ni voto; sin embargo, descubrió que algunas podían ser muy rentables y, a pesar de sus ideas, prefirió pasar por alto sus principios y sacar todo el beneficio posible, eso sí, dejando a un lado a las mujeres de su familia.

—¿Está usted diciendo que el señor Zahner era un proxeneta?

—¿No lo sabía? —contestó con ironía ante la estúpida pregunta de la fiscal —. El caso es que el viejo levantó un lucrativo negocio que podemos llamar de

mil maneras, pero en el fondo todos sabemos de qué se trata, ¿verdad?

—¿Y qué papel jugaba la señorita Zahner en todo ese entramado?

—Ninguno —respondió—. Ezequiel Zahner padre siempre pensó que sería su hijo quien le sucedería al frente de todo, pero no pudo ser, ya que murió; de ahí que el viejo se volviera loco intentando convencer a su única hija para que regresara al redil familiar. Se ponía hecho una fiera cada vez que ella lo rechazaba y lo mandaba a paseo.

—Según usted, el señor Zahner quería legarle todos sus negocios a su única hija, ¿y ésta se negaba a aceptarlo?

—Se negaba incluso a verlo. Durante mucho tiempo, Ezequiel ordenó que la siguieran y lo informaran de todos sus movimientos. También intentó convencerla mediante generosos donativos, que ella rechazaba siempre, algo que lo enfadaba como ninguna otra cosa.

—Sin embargo, a su muerte, la señorita Zahner se quedó la herencia —terció el abogado de Matías.

—No le quedó más remedio, ya que, tras las reiteradas negativas, terminaron por involucrarla en sus negocios, todo ello con la colaboración de la señorita Yuste —dijo Mónica con un aplomo envidiable.

—Entonces, según usted, la señorita Zahner nunca estuvo al tanto de los negocios de su progenitor.

—Conocía su existencia y su naturaleza, ella misma lo ha admitido, pero no participaba. De hecho, según tengo entendido, ha cerrado el club propiedad de su padre y ha colaborado en todo momento con la justicia.

—Ha colaborado con una parte muy relevante de la justicia —la corrigió el abogado de Matías.

Me tensé, como no podía ser de otro modo, pues aprovechaban cualquier oportunidad para insinuar que estaban al tanto de mi relación con Fabio, aunque los muy cabrones no lo decían abiertamente, sólo pretendían ponernos nerviosos.

—¿Y le parece mal? —preguntó Mónica, mirándolo a los ojos hasta que el tipo apartó la vista.

—No, siempre y cuando no afecte al proceso —murmuró el hombre con malicia, y añadió—: Algo que no puede garantizarse, ya que el juez instructor no fue todo lo imparcial que se esperaba.

—¿Qué insinúa? —inquirió la fiscal muy interesada.

Contuve la respiración, los muy cabrones habían sembrado la duda para crear atención e iban a soltarlo para dar el golpe de gracia, pues tras la declaración de Mónica las cosas parecían muy claras y ya sólo les quedaba una carta a la que apostar.

—No insinúo nada, afirmo que el juez Castell no llevó el caso de manera profesional, ya que tenía intereses personales.

—Déjese de marear la perdiz y hable con claridad —lo instó el juez García—. No voy a tolerar que se hagan comentarios malintencionados sin otra intención que difamar.

—Muy bien —dijo el abogado de Matías—: el juez Castell mantiene una relación personal y de naturaleza íntima con la señorita Zahner.

Cerré los ojos, lo peor que podía ocurrir estaba sucediendo. Ahora ya nadie nos tomaría en serio y, algo más terrible incluso, Fabio sería investigado y yo..., bueno a mí ya poco más podía pasarme, así que estaba mentalizada para ello; lo que me inquietaba era el futuro de él, pues el mío ya estaba decidido.

—¿Puede repetir eso? —pidió la fiscal, disimulando bastante mal su emoción.

—¿Qué quiere decir con «muy personal»? —preguntó Eliseo, supuse que intentando ganar tiempo.

—Tenemos pruebas que relacionan a la señorita Zahner con el juez Castell —prosiguió todo pomposo el abogado.

—¿Y va a mostrarlas o va a seguir haciéndonos perder el tiempo? —intervino el juez García, a punto de perder la paciencia.

—No es necesario —dijo una voz a mi espalda.

Negué con la cabeza. Había llegado el fin.

Todos miraron a Fabio, que se había puesto de pie, deduje que con la intención de hablar. Me miró un instante y después avanzó hasta situarse junto a mí, lo que me puso más nerviosa si cabía.

—Berenguela es mi esposa —afirmó alto y claro con su tono más incontestable, dejándolos a todos perplejos con la revelación. Era la peor forma de hacerlo público y desde luego suponía el fin de cualquier esperanza.

Me quedé sentada con la cabeza gacha. No era vergüenza, sino tristeza, pues sin duda él saldría mal parado y, en vez de negarlo y buscar una salida, se ponía a mi lado en señal más que evidente de apoyo.

Cuando me tendió la mano, instándome a levantarme, me di cuenta de que ya no había vuelta atrás y que, por muy mal que nos fueran las cosas, y nos iban a ir de puta pena, Fabio estaría a mi lado, por lo que yo debía corresponderle de igual modo.

—¿Puede repetirlo? —pidió la fiscal, sin duda regodeándose ante la posibilidad de hundirlo de forma definitiva.

—Es cierto, estamos casados —dije apretándole la mano, aunque mirando al frente.

—Señorita Zahner, ¿es consciente de lo que semejantes palabras implican?

—Sí —respondí sin titubear.

—Me temo que a raíz de estas últimas revelaciones no podemos continuar este proceso —anunció el juez García—. Motivo por el cual he de suspender la vista hasta haber estudiado detenidamente todas las implicaciones.

La fiscal intentó protestar, pero sin éxito, lo mismo que el abogado de Matías. Yo sabía que aquello no podía considerarse un buen augurio, más bien sólo un aplazamiento.

Eliseo se acercó a nosotros echando chispas y se despidió de malas maneras.

—Los tienes bien puestos —murmuró Mónica sonriendo—. Ahora esos hijos de puta no podrán chantajearte.

—Gracias —le dije—, aunque no es tan fácil.

—Yo creo que sí. Era lo único que tenían en tu contra, pues todo lo demás ha quedado en entredicho. Ahora bien, tu marido no se va a ir de rositas —añadió, con un cierto aire seductor del todo impropio dadas las circunstancias.

—No te preocupes por eso —comentó Fabio sin soltarme la mano.

—Ahora tengo que marcharme. Preferiría no tener que volver a aparecer en público, no es bueno para mi negocio. No obstante, sólo por ver la cara de esos cabrones ha merecido la pena.

—¿Crees que irán a por ti? —pregunté preocupada.

—Lo dudo. De todas formas ya me las apañaré —afirmó y, a pesar de sonar despreocupada y segura de sí misma, no pude librarme de la sensación de que podían, de nuevo, ir a por ella. Pero nada parecía amedrentarla, pues se despidió de nosotros con una sonrisa.

—Joder, qué a gusto me he quedado —comentó Fabio, pasándose una mano por el pelo—. Vámonos de aquí.

Caminé a su lado en silencio, pues yo no estaba tan convencida como él de que aquello fuera un alivio; sin embargo, opté por no decir nada. No pudimos ir muy lejos, porque cuando abandonamos la sala nos topamos de frente con la fiscal. Su mal disimulada sonrisa decía a las claras que por fin iba a poder tocarle la moral y que bajo ningún concepto renunciaría a tal oportunidad.

—Si nos disculpas... —susurró Fabio, aunque ella negó con la cabeza.

—Ha sido demasiado fácil, juez —respondió ella altiva—. Demasiado fácil.

—Déjame tranquilo, has conseguido tus objetivos —replicó tuteándola—. Haz lo que te venga en gana y no me toques más los cojones.

Hasta yo di un respingo ante ese lenguaje tan vulgar.

—¿Todavía cree que es algo personal? —inquirió ella, negando con la cabeza y tratándolo de usted, sin perder las formas—. No vale tanto, juez Castell. Pero sí, voy a hacer lo posible para que esto siga adelante.

—Buenos días —dijo Fabio, mirándola con desprecio.

Intuí que ella buscaba pelea, un enfrentamiento verbal a la vista de todos, en cambio él, conociéndola, había preferido no darle esa satisfacción. Fuera como fuese, yo deseaba salir de allí lo antes posible, así que me mantuve en silencio, caminando cogida de la mano de Fabio con la esperanza de llegar a casa cuanto antes.

—¡La que habéis liado! —exclamó Estela, deteniéndonos cerca de la salida—. ¡Y yo me lo he perdido!

—No estoy para tus bromas, te lo advierto.

—Joder, Fabio, le quitas toda la gracia al asunto. En fin, venía a buscarte. El juez García quiere verte en privado y, antes de que me lo preguntes, está que se sube por las paredes. Ya sabes lo mucho que odia las sorpresas y tú le has chafado su norma; por tanto, atente a las consecuencias.

—Dile que ahora no puedo reunirme con él, tengo otros asuntos de los que ocuparme —respondió él, haciendo amago de reanudar la marcha.

—¿Estás loco? Ahora que la has liado parda pretendes largarte como si nada. Maldita sea, haz por una vez las cosas bien, que no cuesta tanto —lo regañó ella, y vi a Fabio resoplar, sin duda hastiado de todo aquello.

—Habla con él —le indiqué en voz baja—; cuanto antes te enfrentes a eso, mejor.

—¿Y qué cojones le voy a decir?

—Pues la verdad, que eres gilipollas y que lo has hecho todo rematadamente mal —sugirió Estela, siempre tan amable.

—Está bien, iré a hablar con él. No te vayas, ¿de acuerdo? Espérame en la cafetería.

—Tranquilo, yo me ocupo de ella.

—No le hagas caso —intervine con una sonrisa—, Estela seguro que sólo quiere hacerte rabiar.

—Y también estrangularlo, pero eso es delito —apostilló ella toda chula—. Anda, lárgate y soluciona las cosas. Nosotras te esperamos en el bar.

—De acuerdo —accedió a regañadientes.

Fabio dio media vuelta dispuesto a enfrentarse al juez García, sin embargo, no había dado ni medio paso cuando se detuvo, volvió a mirarme y, sin tener en cuenta que nos hallábamos en medio de un edificio público, rodeados de gente, me sujetó por la cintura y me pegó a su cuerpo para darme uno de esos besos que le hacen flaquear las rodillas a cualquiera. Gemí en su boca, no sólo por la sorpresa que me causó su reacción, sino también por lo simbólico de ese gesto.

Sentí su mano presionando mi trasero y, no sé si producto de la excitación o de la vergüenza por montar ese espectáculo, me aferré con fuerza a su cuello y le devolví el beso con igual o mayor frenesí hasta que lo oí jadear.

—Chicos, no deis envidia —nos regañó Estela, y logró que nos separásemos, eso sí, mirándonos con cara de gilipollas y sonrientes.

Le limpié los restos de carmín de los labios e hice un gran esfuerzo para dar un paso atrás, aunque el cuerpo me pedía que lo arrastrara a los aseos y lo follara a la desesperada.

Fabio se marchó, dejándome a solas con su ex, que, con los brazos cruzados, fingía estar escandalizada por lo que acababa de presenciar.

—Como si tú no hubieras hecho lo mismo —le dije en tono de reproche, y ella sonrió.

—Todavía llevas las bragas puestas, te queda mucho por aprender, querida.

Capítulo 70

Fabio

Como era de prever, la reunión con el juez García fue tensa y me comunicó una decisión que ya sabía. Se veía obligado a pedir mi inhabilitación. Sólo faltaba por decidir por cuánto tiempo, aunque estando de por medio Lola, lo más seguro era que fuera el máximo. Lo más curioso de todo era que me traía sin cuidado. Algo que *a priori* debería haberme cabreado resultaba que me dejaba indiferente. Mi colega se mostró perplejo cuando, tras exponerme con detalle los problemas a los que me enfrentaba, me vio encogerme de hombros, y al final terminó preguntándome:

—¿De verdad merece la pena tirarlo todo por la borda por una mujer?

—Ésa es una pregunta incorrecta. La cuestión es si merece la pena seguir como si nada, acabar amargado por mantener un puesto y perderla —respondí, convencido al cien por cien de mis palabras.

—Pues entonces me temo que todo esto tendrá un final aciago. Y no sólo para usted, sino también para ella, pues si declaran todo el proceso nulo, y créame que tiene todos los visos de ser así, la señorita Zahner tendría que enfrentarse a un nuevo juicio y no hace falta decir que cualquiera que se encargue de instruir el caso será mucho más puntilloso de lo habitual, por razones obvias.

—Algo que espero, pues de ese modo será más fácil que ella demuestre su inocencia.

—Seamos francos, ambos tenemos edad suficiente para saber cómo

funcionan las cosas. No es cuestión de ser inocente o no, es algo más complicado. Por desgracia, se la tildará de..., aprovechada, por decirlo de una manera suave —dijo y, a pesar del insulto que encerraba esa frase, no me puse a la defensiva y lo dejé continuar—. Por lo tanto, debería prepararse para un proceso más costoso y complicado.

—Agradezco el consejo —respondí, pues la idea no era discutir sobre mis decisiones.

—Lo que más me extraña es que usted, que ha tenido una trayectoria impecable, de repente se haya dejado enredar... —Arqueé una ceja ante ese nuevo insulto y debía ser el último, pues no estaba dispuesto a tolerar ni uno más—. Y me extraña que el abogado de la señorita Zahner no los haya prevenido al respecto. ¿Qué necesidad tenían ambos de estropear una defensa que, si bien flaqueaba en algunos aspectos, podría haberse resuelto de forma favorable para ella sólo con que hubieran esperado unos meses?

—Tomé una decisión y asumo las consecuencias. Ahora ya no tiene sentido andarse con arrepentimientos. Agradezco el detalle de informarme. Buenos días.

El juez García se dio cuenta del brusco cambio de tema y, como siempre, se comportó de manera sosegada. De todas formas, quien realmente iba a disfrutar viéndome caer en desgracia era Lola, así que tampoco debía preocuparme en exceso. Mi prioridad en aquel momento era estar junto a Berenguela y esperar a que se tomara una decisión respecto a su causa. Verla libre de cualquier problema era prioritario, lo demás ya me importaba bien poco. Salí de la oficina del juez y caminé hacia la cafetería. Sentí cierto ramalazo nostálgico y me acerqué hasta el que había sido mi lugar de trabajo durante los últimos años. La mesa que ocupaba Estela seguía igual de caótica. No quise molestar a quien ocupaba el despacho, tampoco tenía necesidad de saber quién era. No sé por qué, pero esperé a que apareciera cierto sentimiento de rabia, de impotencia, sin embargo, no hizo acto de presencia. Nada, no hubo ni malestar ni enfado, sólo indiferencia y hasta cierto punto alivio. Y con la misma discreción con que había llegado, me marché. A mi paso saludé a conocidos que me miraron con cierta curiosidad. Supuse que ya todos estaban al tanto de la situación, por lo que no merecía la pena disimular.

* * *

Cuando llegué a la cafetería, localicé a Berenguela y a Estela sentadas riéndose a carcajadas, lo que me dejó confuso, ya que teniendo en cuenta los acontecimientos de la mañana, la situación no era muy proclive al humor. Aunque ellas dos se lo estaban pasando en grande.

—Prefiero no preguntar —dije al llegar a su lado.

—Fabio, tú siempre tan sieso —comentó mi ex y yo arqueé una ceja—. Sólo le estaba contando algunos chismes de trabajo. ¿Te parece mal?

Teniendo en cuenta que cabía la posibilidad de que yo fuera protagonista de alguno de ellos, no me hacía mucha gracia y me limité a sentarme junto a Berenguela.

—¿Qué estáis tomando? —pregunté al ver sus consumiciones, y ambas levantaron sus bebidas y brindaron.

—Vodka con naranja —respondió Berenguela.

—Ron con Coca-Cola —añadió Estela.

—Lo necesitaba —comentó mi mujer, apurando su bebida.

—Y yo —apostilló la otra en plan solidario.

—Joder... Que yo sepa tú no estás en medio de un proceso judicial —le espeté a Estela, frunciendo el cejo.

—Ya lo sé, pero estoy en medio de un proceso matrimonial y hoy tengo reunión con la organizadora de bodas. ¿Cómo lo ves? —replicó tan altanera como siempre.

—No son ni las dos de la tarde y ya estáis empinando el codo —alegué, y me sentí como un abuelo cascarrabias regañando a la juventud.

—Tranquilo, éste es el último —dijo Berenguela, y después pasó de mí para dirigirse a Estela—. Si quieres te acompaño, como no tengo trabajo ni perspectivas de tenerlo, me sobra tiempo.

—¡Genial! Así no me desespero. Ni te imaginas lo complicado que es organizar una boda y más cuando tienes una suegra como la que me va a tocar.

—No te quejes tanto —le dije, y ella me hizo burla. Yo, que conocía a la madre de Armando, disimulé una sonrisa. Terminarían entendiéndose, aunque Estela iba a tener que aguantar a una suegra omnipresente.

—Debería hacer lo que vosotros, escaparme, boda rápida y a tomar por el saco.

—No creo que te hiciera mucha gracia casarte con un forro polar y unas botas de montaña —comentó Berenguela sonriendo.

—Mmm, pues no sé qué decirte... De momento vamos a pedirnos otra. Como está Fabio, el responsable, luego nos llevará a casa sanas y salvas —propuso Estela, levantándose para ir a pedir otra ronda, pero la detuve antes de que se escabullera.

—Ni hablar —le advertí con seriedad, ya que si no me andaba con cuidado ambas podían liarla y no estaba dispuesto. Miré a Berenguela para añadir—: Nosotros nos vamos.

—Aguafiestas —murmuró mi mujer, poniéndose en pie.

—Lo mismo digo —la secundó Estela.

No respondí a su «cariñoso» adjetivo y, tras dedicarle a mi ex una mirada burlona, agarré a Berenguela de la mano porque no quería perder más tiempo allí. Nos subimos al coche, arranqué y la miré, porque ella había cerrado los ojos y echado la cabeza hacia atrás, sin duda afectada por el alcohol. Me dirigí hacia el apartamento y, a medida que nos acercábamos, fui dando forma a una idea. Cuando aparqué ya estaba convencido del camino que debíamos tomar. Ayudé a Berenguela a salir del coche y nada más poner un pie dentro de casa le dije:

—Haz la maleta.

—Hoy no prepares comida —contestó ella algo perjudicada, y se fue directa al dormitorio para dejarse caer en la cama sin ni siquiera quitarse los zapatos.

Mientras estaba en la cama, tumbada de manera poco elegante (algo a lo que tenía derecho), saqué las maletas del armario, las abrí y me puse a meter cosas dentro sin ton ni son. Empecé con las mías, pues tenía muy claro lo que necesitaba. Berenguela parecía muerta y hasta que me vio sacar su ropa no reaccionó. Se sentó en la cama con el cejo fruncido.

—No sé si preguntar qué te propones —dijo frotándose las sienes.

—Nos vamos de viaje —respondí, sin dejar de guardar su ropa.

—¿Ah, sí? —replicó con ironía—. Y adónde, si eres tan amable de decírmelo.

—A la casa de la sierra.

—¿Perdón?

—Estoy hasta los cojones de vivir aquí, medio escondiéndonos, sin poder disfrutar ni de un minuto de tranquilidad, preocupados por lo que va a pasar. Ya

no tiene sentido.

—Te recuerdo que ambos estamos sin trabajo —alegó en voz baja.

—Hecho que me importa un carajo. Lo cierto es que me siento liberado —expliqué, y por la cara que puso fue evidente que no me creía.

Dejé de hacer la maleta para acercarme a ella y sentarme a su lado.

—Fabio, por favor, deja de negar la evidencia —masculló abatida—. Tu carrera se ha ido a la mierda y la mía, tres cuartos de lo mismo. ¡Qué futuro tan prometedor! ¿No te parece?

Hice una mueca, tanto sarcasmo no era bueno.

—Escucha, tú y yo nos vamos a la sierra. Allí, para empezar, podremos vivir a gusto, sin presiones, sin miradas indiscretas, ¿o ya no te acuerdas de lo bien que estuvimos?

—Eso es chantaje emocional y lo sabes —protestó—. Claro que fueron unos días especiales, pero ahora todo ha cambiado. No puedes obviarlo, te pongas como te pongas. Yo tengo unos ahorros, vale. ¿Y después?

No quería contarle todos mis planes antes de tiempo, prefería que primero nos instalásemos y una vez allí, relajados, rodeados de campo, sin presiones, explicarle cuál era mi intención.

—Necesitamos salir de aquí, olvidarnos de toda esta mierda. Joder, Berenguela, ahora lo menos importante es el trabajo.

—Pues a mí me parece un detalle vital cuando tengamos que comprar comida —apuntó irónica.

Sonreí de medio lado, no podía quitarle la razón; sin embargo, sí podía desviar la conversación hacia temas menos conflictivos. Me acerqué más a ella y le aparté el pelo de la cara.

—¿Sabes qué canción escuchaba en el coche el día que te vi por primera vez?

—¿A qué viene ahora eso? —replicó, frunciendo el cejo.

—*Du Hast* —le dije, y Berenguela, que no terminaba de cogerles el punto a los Rammstein, me miró sin comprender—. ¿Sabes qué significa?

—No y, la verdad, no sé si quiero saberlo —murmuró, y continué acariciándole el rostro mientras la recostaba sobre la cama.

Como era de esperar, Berenguela me miró suspicaz, pues no parecía el momento más propicio para ponernos a follar, lo cual, si ella no me ponía

demasiados impedimentos, haría que ambos nos relajásemos; poco se lograba encabronándonos y dando vueltas a un asunto que ya no tenía solución.

—Significa «tú odias». No sé si fue casualidad, pero sonaba en mi coche justo el día que fui al cementerio, al entierro de tu padre. Tres años obsesionado con él, con pillarlo, con desenmascararlo, con meterlo entre rejas. Tres putos años —confesé suspirando— en los que no tuve otro objetivo. Horas y horas de trabajo intentando acorralarlo, dejando a un lado mi vida personal.

—Por eso no entiendo por qué ahora te comportas como si nada —murmuró, acariciándome con la misma ternura que yo a ella—. Dedicaste mucho tiempo y esfuerzo, y me cuesta mucho comprender que ahora te muestres tan tranquilo sabiendo que tu carrera se ha ido al garete. Y por su culpa y la mía, ya puestos.

Negué con la cabeza.

—Eso no era vida, créeme. Y no quiero volver nunca más a comportarme de ese modo —dije, besándola despacio.

—Fabio, digas lo que digas, no puedo dejar de sentirme culpable...

Metí la mano por debajo de su falda y con lentitud la fui subiendo hasta llegar al borde de las bragas. Esperé el rechazo y, al no encontrarlo, la rocé por encima de la tela, confiando en que fuera facilitándome el acceso.

—No tienes por qué —le dije al oído antes de atrapar entre los dientes el lóbulo de su oreja—. Cometí errores, pero lo más importante es que ahora estás conmigo.

Le bajé las bragas para poder acariciarla como quería y ella respondió enredando las manos en mi pelo mientras modificábamos nuestras posturas hasta quedar yo encima y tener mejor acceso a su cuerpo.

—Fabio —gimió.

—A pesar de todo, ¿sabes qué recuerdo del primer día que te vi?

—No, dímelo...

—Tus zapatos rojos de tacón —musité, mientras ella empezaba a desabrocharme los pantalones—. Cuando caminaba detrás de ti, no sabía quién eras ni tu relación con el difunto. Entonces dejé de obsesionarme con tu padre para hacerlo contigo —admití.

—Eres un hombre de obsesiones, por lo que veo... Me lo tomaré como un cumplido.

Comencé a masturbarla, notando cómo se iba humedeciendo poco a poco,

disfrutando de sus gemidos, que iban en aumento, a la par que su excitación.

—Me volví loco... No sólo por el hecho de que tu repentina aparición alteraba toda mi investigación. Nadie sabía nada de ti.

—Y me investigaste... —murmuró, arqueándose—. También me lo tomaré como un cumplido.

—Sí, lo hice —confesé, metiéndole otro dedo—. Quería saberlo todo de ti. Todo, Berenguela. Y también quería estar cerca de ti, tocarte, desnudarte...

—Señor juez... —replicó provocadora, haciéndome sonreír—. ¡Qué maquiavélico!

Conseguí bajarme los pantalones para liberar mi polla y así poder penetrarla. Berenguela me ayudó y me rodeó con las piernas. No fui delicado, no creo que ella quisiera delicadezas. Se la metí con brusquedad haciéndola jadear. Cuando sentí sus manos presionando sobre mi trasero, supe que estaba encantada.

—No veía el momento de llamarte a declarar, de tenerte frente a mí. De escuchar tu voz. De comprobar qué clase de mujer eras —continué confesándole, sin dejar de moverme.

—¿Y cuál fue el veredicto? —inquirió, antes de robarme el aliento con un beso que me hizo hasta perder el ritmo.

La miré. Joder, estaba loco por ella.

—Me deslumbraste, Berenguela. Hiciste que mi obsesión por ti fuera imposible de disimular. Todos a mi alrededor se dieron cuenta. Me advirtieron del peligro y, como has podido comprobar, no les hice ni puto caso.

—Entonces supongo que estamos empatados —admitió en un susurro—. La peor idea del mundo era pensar en ti, desearte. Tener fantasías contigo.

Sonreí encantado con sus palabras.

—¿Te masturbabas pensando en mí? —pregunté emocionado.

—Sí.

—Joder, Berenguela... —Arremetí con más ímpetu y notando el sudor en la espalda, encantado con la idea de que se hubiera acariciado pensando en mí.

—La primera vez que te tuve cerca, en el parking..., casi grito cuando te apartaste. Fue cruel.

—No me lo recuerdes. Me largué con un calentón de mil demonios —gruñí.

—Y el día del hotel... Quise ser prudente, razonable y por eso me marché. Pero no llegué al vestíbulo, te deseaba. Era una locura, un suicidio acostarme

contigo; sin embargo, perdí cualquier resto de sensatez y regresé a la suite.

—Si no llegas a volver...

—Ahora todo sería diferente —completó por mí con tono triste.

—Muy diferente —corroboré—, no te tendría aquí conmigo, a medio desnudar. No me hubiera enamorado como un colegial, hasta las trancas, y sería sólo un juez adicto al trabajo, tirándome a cualquier guarra en los lavabos de un club de moda.

—¡Vaya..., qué gráfico! —exclamó, riéndose.

—No te rías, es cierto. Me volví loco cuando no supe de ti durante un mes. No se lo deseo ni a mi peor enemigo. Así que ahora hazme un favor, Berenguela: olvídate de los problemas. Saldremos adelante.

—Tu táctica de follar como maniobra de despiste funciona tan sólo durante un rato... —dijo, clavándome las uñas en el culo.

—Pues nada, a follar como mandriles hasta que uno de los dos pierda el conocimiento —repliqué, tensando todo el cuerpo, pues estaba muy cerca de correrme.

—Si fuera tan fácil...

—Tú, por si acaso, déjate llevar.

—¿Al campo? ¿Crees que allí no nos encontrarán?

—Escucha, no voy a esconderme. Allí pueden localizarnos y asumiremos lo que nos toque, pero no voy a permitir que nos amarguen. Te quiero, Berenguela, eso es lo importante.

Empujé con fuerza hasta oír aquel gemido casi lastimero suyo y percibí la tensión de sus músculos internos apretándome la polla e indicándome que había alcanzado el clímax y que, por lo tanto, yo podía hacer lo mismo.

—Te quiero, señor juez —musitó abrazándome.

Capítulo 71

Estela

—Alegra esa cara —murmuró Armando cuando aminoró la velocidad—. Piensa en el encanto del paisaje rural.

Habíamos abandonado la autovía y tomado la carretera comarcal que conducía hacia la «casita de la sierra» de Fabio. Había intentado escaquearme, pues, por mucho que fuéramos amigos, seguía siendo raro poner un pie en aquella casa donde yo había pasado incontables fines de semana y vacaciones cuando Fabio y yo éramos pareja. Fingí una sonrisa radiante, de ésas de anuncio de dentífrico, y mi marido negó con la cabeza. Me conocía muy bien y por tanto resultaba imposible engañarlo.

Celebrar el primer aniversario de casados en una casa rural no era mi gran ilusión; sin embargo, Armando y yo terminamos aceptando, ya que apoyar a unos amigos podía considerarse un buen plan.

Mi ex, Fabio, y su mujer Berenguela, se habían apartado del «mundanal ruido» (decisión incomprensible y ridícula bajo mi punto de vista) hacía ya tiempo y, para terminar de dejarnos a todos perplejos, no sólo habían optado por irse a vivir a un pueblo, sino que además habían vendido todas sus propiedades y después invertido el dinero en remodelar la casa que Fabio poseía y convertirla en un hotel rural pequeño. Lo habían inaugurado hacía tres meses y por lo visto con buenas perspectivas.

Yo mantuve con mi ex una larga conversación sobre la decisión tomada, ya que no me cuadraba, pero él se mostraba convencido por completo. No quería ni

volver a plantearse regresar a su puesto de juez una vez transcurridos los años de inhabilitación que le habían impuesto.

—Venga, Estela, haz un esfuerzo —dijo Armando al apagar el motor—. Ya verás qué divertido cuando te lleve al pajar.

—No veo el momento —murmuré, y él se echó a reír ante la poca convicción que demostré.

Se ocupó de sacar el equipaje, mientras yo miraba a mi alrededor. Conocía muy bien la zona y la casa, por eso intenté identificar los cambios. Aparte de un rústico letrero junto a la puerta principal, nada parecía diferente, así que supuse que toda la remodelación se había llevado a cabo en el interior.

Berenguela fue quien abrió la puerta y nos sonrió, invitándonos a pasar. Aquel fin de semana no iba a haber más huéspedes que nosotros, ya que, según me comentó Fabio, querían descansar y poder pasar con nosotros todo el tiempo en vez de tener que estar pendientes de los clientes.

—¡Ya era hora! —exclamó, acercándose a nosotros.

Primero saludó a Armando con dos besos y después a mí.

—Estás más gorda —le dije, señalando su vientre.

—Y más que me voy a poner —suspiró—. Dentro de poco ya no me veré los pies. ¿Tú no te animas?

La miré horrorizada y negué con la cabeza.

—Todo se andará —terció Armando divertido.

No quise contradecirlo, pues a pesar de quererlo, a veces deseaba atizarle con una sartén en el cogote. Yo aún creía que habernos casado era un error, pues la convivencia era, por decirlo de una manera suave, una montaña rusa.

—Anda, pasad dentro —nos indicó ella, moviéndose con dificultad.

Me quedé la última, porque seguía sintiendo ese runrún interior. Sin embargo, al entrar me quedé alucinada con el cambio. Desde luego, no se parecía nada a la casa que yo conocía. Sabía que Berenguela era decoradora, pero no que fuera de las buenas.

Había dejado a la vista todas las vigas de madera y derribado los tabiques de división para crear una acogedora sala en la que había dispuestos sillones y mesas para uso de los huéspedes. La antigua escalera, bastante estrecha, la habían sustituido por una de madera que arrancaba de un lateral e iba rodeando el perímetro, y dejaba a la vista las puertas de las habitaciones.

—Vaya... —murmuré con admiración—. Os ha quedado impresionante.

—Gracias —respondió Berenguela agradecida—. Vuestra habitación es la número uno, la que tiene vistas al invernadero.

—¿Y la vuestra? —inquirió Armando—. Lo pregunto porque no me gustaría molestar a una embarazada con mi ímpetu al celebrar nuestro aniversario.

Berenguela le dio un manotazo riéndose.

—Qué ganso eres —lo reprendió—. Pero si tanto te interesa... Estamos en el ático.

—¿Ático? —pregunté, pues yo recordaba un desván de mala muerte donde no te podías poner de pie.

—Vaciando toda la construcción por el interior y levantando el tejado, conseguimos sacar una planta más y, para evitar molestar a los huéspedes, construimos un acceso independiente por el exterior.

—Joder, el día que reformemos la casa, te llamo sin dudar —dijo Armando.

Yo suspiré; nuestro apartamento podía necesitar una reforma, aunque lo que de verdad la necesitaba era nuestro matrimonio.

—Por cierto, ¿dónde está el hombre de campo? —pregunté, refiriéndome a Fabio.

—Está en el ayuntamiento, llegará enseguida, en cuanto acaben el pleno —nos informó Berenguela—. Así que tranquilos, id instalándoos y entretanto yo prepararé la cena. Mañana llega Marcela y así podremos pasar todos juntos el fin de semana.

Nos fuimos a la habitación que nos indicó y al entrar, de nuevo me quedé con la boca abierta. Yo esperaba un espacio rústico típico, y no, era una combinación minimalista con un toque oriental que me encantó. Armando lo expresó silbando y, como un niño pequeño, se tiró en la enorme cama de uno ochenta rebotando y todo. Cuando palmeó el colchón invitándome a tumbarme negué con la cabeza. Rechazar un buen revolcón no era mi estilo, sin embargo, no me apetecía retozar con él. Se le borró la sonrisa de la cara, aunque no dijo nada y se limitó a ocuparse de las maletas. Yo odiaba que fuera tan comprensivo, pues me hubiera gustado un poco de pelea, que mostrara su enfado, pero no, siempre aceptaba mis decisiones sin armar mucho jaleo.

* * *

No estábamos de humor para una cena de parejitas, y menos teniendo en cuenta nuestro pasado común. Resultaba cuando menos curioso estar en la mesa acompañada de mi marido y de mi ex y, para rizar el rizo, que los dos integrantes masculinos sean amigos íntimos. Un *menage à trois* de lo más peculiar.

A pesar de todo, al final la velada resultó amena y terminamos riéndonos como niños al escuchar las andanzas de aquellos dos sinvergüenzas. Yo había oído algunas y, desde luego, verlos a los dos tan relajados y sobre todo sin preocupaciones, compenetrados, como en los viejos tiempos, me alegró. Pero había una embarazada de por medio, por lo que no era posible trasnochar demasiado, así que cada mochuelo se fue a su olivo.

Era nuestro aniversario y mi nivel de emoción se encontraba bajo mínimos. Pese a que me repateaba fingir, intenté acercarme a Armando y mostrarme más proclive a celebraciones. Pero nada más salir del cuarto de baño, él, en vez de acercarse a mí como cabría esperar, se sentó en la cama y, tras mirarme con cierto aire de tristeza, se quitó la ropa y se metió dentro.

Desnudarme delante de él no suponía, *a priori*, ninguna novedad; aun así Armando no se perdió detalle y hasta arqueó una ceja cuando vio la lencería que ocultaba bajo la ropa. De un púrpura tan intenso que se revolvió, sin duda interesado, en la cama.

—Hoy has estado más callada de lo normal —me dijo, y me di cuenta de que intentaba no saltarme encima.

Puede que no hubiera subido muy animada a la habitación; sin embargo, al comprobar su interés por mí, me sentí un poco perversa, me animé y empecé a pasearme por la estancia más de lo necesario, ordenando aquí y allá, porque lo de ser admirada me subía la autoestima.

—¿Estela?

—No tenía mucho que decir, porque estabais tan entretenidos... —murmuré distraída, dándole la espalda y doblándome más de lo necesario, para que tuviera un buen plano de mi culo

—Ya... claro... —susurró—. ¿Te queda mucho? Te lo pregunto porque si te vas a pasar la siguiente hora poniéndome cardíaco, moviendo el trasero sin darme oportunidad de catarlo, avísame para que pueda pedir una tila al servicio

de habitaciones. Soy joven y estoy en buen estado de forma, pero tu cuerpo es un arma de seducción masiva.

Con comentarios como ése conseguía que mandara al carajo todas mis reticencias y me lanzara a sus brazos. Y lo hice también esa vez: caminé balanceando las caderas hasta la cama y me detuve en su lado. Tiré de la sábana y exageré un poco cuando vi su erección.

—¿Todo eso es para mí? —pregunté, como si fuera la primera vez que veía a un hombre excitado.

—Depende...

Vale, quería jugar. Estupendo, porque cada vez me notaba más animada.

—Mmm...

Puse una rodilla en el colchón y me incliné hacia delante con cuidado de no tocarlo. Armando inspiró hondo. Yo humedecí los labios. Él alzó una mano y recorrió el contorno de mi escote un par de veces hasta meter un dedo dentro y separar la tela de la piel.

—Muy... mono —comentó en tono burlón—, pero seguro que me gusta más lo que hay debajo.

—Tú verás —dije, en apariencia indiferente.

Entonces, cogiéndome por sorpresa y abusando de su superioridad física, Armando me agarró hasta inmovilizarme y tumbarme sobre la cama para situarse encima y tenerme controlada.

—Yo esperaba que esta noche tú y yo celebrásemos nuestro aniversario de forma más..., romántica, especial o como narices quieras llamarlo. Pero te has empeñado, ya averiguaré en otro momento por qué, en joderme los planes, así que nada, follaremos a lo bruto y otro día, cuando tengas las ideas claras, te monto una escenita con velas perfumadas, masajes o lo que quieras, pero hoy no te escapas.

Me dejó tan impactada con esa declaración que al inclinarse para besarme no fui capaz de oponer resistencia y separé encantada los labios, recibéndolo con entusiasmo. Él comenzó entonces a frotarse y a empujar entre mis piernas, pese a que aún no me había quitado el tanga.

—Voy a tocarte por todas partes y tú, querida esposa, no vas a mover ni un dedo y te vas a mostrar entusiasmada con mis ideas durante al menos la próxima media hora.

—¿Sólo media hora? —lo provoqué.

Armando sonrió de medio lado, encantado con el reto, y volvió a besarme con más agresividad. Yo eché los brazos hacia atrás adoptando una postura de lo más sumisa, porque de vez en cuando apetecía no hacer nada. Cerré los ojos y él se encargó de todo.

Sentí cómo sus manos me despojaban de la poca ropa que llevaba y cómo acto seguido su boca se posaba aquí y allá volviéndome loca, pues no siempre escogía los lugares más erógenos, aunque desde luego me puso tan cachonda que fui incapaz de protestar.

Tras jugar conmigo un tiempo que se me antojó excesivo, comenzó a ir en serio. Su boca primero me robó el aliento, para después dejarme al borde del clímax cuando se acercó a mi sexo y recorrió cada pliegue con verdadera maestría. Se me encogieron hasta los dedos de los pies.

Armando sabía muy bien cómo llevarme al orgasmo, cómo mantenerme en tensión y hasta cómo hacerme suplicar; sin embargo, esa vez fue muy diferente. Fue hábil, desde luego, pero no me desesperó deteniéndose. Se ocupó de que el placer fuera ascendente, sin paradas intermedias, hasta que liberé toda la tensión y arqueé el cuerpo al correrme.

—Ya me la chuparás otro día en agradecimiento —susurró junto a mi boca antes de besarme.

Se incorporó hasta quedar de rodillas entre mis piernas y agarrarme de las corvas, de ese modo podía penetrarme y adoptar el ritmo que se le antojase. Y lo hizo, fue implacable mientras me follaba a lo bruto, tal como había dicho. Resoplaba en cada embestida y yo salía a su encuentro, aunque ni lo besé ni lo acaricié. Parecía una muñeca hinchable y no me importaba lo más mínimo. Disfruté siendo, por una vez en la vida, pasiva y, por lo visto, él también disfrutó, pues noté cómo se estremecía y gruñía hasta caer con todo su peso sobre mí.

No quería estropear con nada ese instante, así que cerré el pico. El sexo no era la solución a nuestras divergencias y desde luego no podía quejarme, pues siempre me dejaba satisfecha. Armando me besó, con más delicadeza, y tampoco dijo nada. Nos conocíamos lo suficiente. Se apartó a un lado, nos cubrió con las mantas y apenas unos minutos después noté que se había dormido. Enfadarme por su actitud carecía de sentido, así que me quedé allí, acostada boca arriba, en

silencio, oyéndolo respirar, y me di cuenta de que se me había olvidado bajar la persiana y que, de no hacerlo, al amanecer con tanta luz sería imposible dormir.

Me levanté y a pesar de que a mí el campo no me entusiasmaba, hube de reconocer que a través de la ventana podía observar una noche preciosa, con la luna en cuarto creciente y un montón de estrellas. Sin embargo, lo que me llamó la atención fue una luz procedente de la estancia que Berenguela había llamado *invernadero*. A esas horas de la madrugada me resultó cuando menos chocante que una planta necesitara cuidados especiales. Me fijé con atención y vi moverse algo en el interior. La curiosidad me venció y me puse algo de ropa para bajar y enterarme de qué ocurría. Procuré hacer el menor ruido posible, aunque si me topaba con alguien, la excusa de ir a buscar algo de beber me salvaría.

Una vez fuera, me di cuenta de que la noche engañaba y que si no regresaba pronto a mi comfortable habitación iba a coger un buen catarro. Fui despacio hasta el invernadero y me detuve en la puerta. La encontré entreabierta y reconocí en el acto las notas de la melodía que sonaba en el interior.

El concierto de Aranjuez. Cerré los ojos. Una de las piezas favoritas de Fabio. Entonces me di cuenta de que podrían pillarme en una situación incómoda y di media vuelta cuando la puerta se abrió del todo. Pillada *in fraganti*.

—¿Ocurre algo? —inquirió Fabio preocupado, y negué con la cabeza.

Sentí cierto alivio, pues estaba vestido, eso significaba que de estar allí con su mujer al menos no había llegado en el momento más inoportuno.

—¿Y qué haces a estas horas levantada? —Algo debió de ver en mi actitud, porque terminó diciendo—: Anda, pasa.

Yo entré y vi dos estupendos sillones sobre una acogedora alfombra.

—Esto no es un invernadero —murmuré.

—Lo era en un principio, cuando lo compré, pues me pareció idóneo para una casa rural, pero ni Berenguela ni yo teníamos intención de cultivar plantas, así que ella se encargó de remodelarlo para que fuera una sala de relax. —Señaló el equipo de audio y vídeo, así como el mueble bar y las diferentes estanterías repletas de libros y CD—. Las plantas aquí son sólo decorativas.

—¿Te has construido un rinconcito melómano? —pregunté con una sonrisa—. Y según veo tus gustos musicales no han cambiado.

—Es un espacio muy personal, sí —contestó Fabio.

Me senté en uno de los sillones y me sirvió una copa.

No me di cuenta de cuánto la necesitaba hasta que di el primer sorbo.

—Deduzco entonces que por mucho que te hayas venido a vivir al campo no piensas renunciar a tus caprichos.

—¿Por qué iba a hacerlo? —replicó, acomodándose en el otro sillón—. Y ahora cuéntame qué te ocurre. Has estado muy callada toda la cena. Para ser tu primer aniversario de boda no te has mostrado muy emocionada.

—Si lo que te preocupa es tu amigo, tranquilo, lo he dejado roncando y satisfecho —respondí, haciendo una mueca.

—No necesitaba saber ese detalle —dijo, sonriendo de medio lado. Estiró el brazo hasta poder cogerme la mano—. Habla conmigo.

—Antes quiero saber cómo te va a ti, porque no es muy normal que estés aquí solo, tan lejos de Berenguela, cuando por norma general no te separas de ella ni con agua caliente.

—Puede parecerte absurdo, quizá irracional, pero me viene bien, nos vienen bien a los dos estos momentos de soledad —reflexionó, sin soltarme la mano.

—Me sorprende, porque, según dicen, las embarazadas tienen un revuelo hormonal impresionante. —Ambos nos reímos—. Y según veo es cierto.

—No cambies de tema, pero si te quedas más tranquila, Berenguela está dormida y satisfecha, y por supuesto tengo aguante para este embarazo o más —me espetó sin perder la sonrisa.

Le expliqué entonces que, a pesar de querer a Armando, yo seguía sin sentirme a gusto con la situación. Si me había casado con él era más bien por inercia, por comodidad, pero que tantas dudas me estaban carcomiendo por dentro. Era incapaz de hablarlo con él para no crear una situación extraña entre ambos. Y que lo que de verdad me estaba matando era el trabajo de él. No sólo por el peligro al que se exponía, sino también por sus horarios, o más bien por la falta de ellos. Había meses que apenas coincidíamos dos horas al día y a mí se me hacía muy cuesta arriba ir a trabajar cada mañana sin que él hubiera regresado. Cierto que me tenía informada y recibía mensajes avisándome de si iba a llegar tarde o sencillamente no iba a regresar, pero esa pequeña información no lograba tranquilizarme.

También le hablé de mi necesidad de estar sola, algo que a Armando lo cabreaba mucho. No comprendía, por ejemplo, que a veces prefiriese irme de

vacaciones con alguna amiga en vez de con él. Terminé confesándole a mi ex que de seguir así no celebraríamos el segundo aniversario.

—Mucha gente confunde la soledad con el fracaso —murmuró, y se levantó para servir otra copa.

Lo observé con cariño. Parecía otro, con aquellos vaqueros deshilachados y la sudadera deportiva. Podía ser ahora el juez de paz del pueblo, pero nada que ver con el de antaño.

—Lo que más me cabrea es hacerle daño. Armando no se merece que le jorobe la vida.

—¿Y por qué iba a ocurrir algo así? Estoy seguro de que si se lo explicas terminará aceptándolo.

—Yo no apostaría por ello, el ambiente está enrarecido... —Suspiré.

—Escucha, ¿sabes por qué Berenguela se queda sola en el dormitorio y no se inquieta cuando al despertarse no me encuentra a su lado?

—¿Porque la tienes comiendo de tu mano? —sugerí con sarcasmo, pues sabía muy bien que ella jamás sería una mujer dócil y maleable; tenía, al igual que yo, sus propias ideas.

—No, querida Estela —me reprendió—. Porque Berenguela sabe que podrá encontrarme en cualquier momento. Siempre. Sabe que a la hora del desayuno, aunque hayamos dormido separados, estaré junto a ella y que si quiere bajar aquí y hacerme compañía, puede venir cuando desee. Y viceversa.

—Eso es confianza y lo demás son tonterías —farfullé, sintiendo un pelín de envidia.

—Es mucho más que confianza... —Sonrió y echó la cabeza hacia atrás, manteniendo la expresión serena—. Sin embargo, no hemos caído en el error, como muchos, de construir una vida sobre un único pilar. Berenguela es fundamental para mí, pero también tengo otros pilares en los que apoyarme y de ese modo ambos podemos mirar hacia delante y tener nuestras propias parcelas, conscientes de que el otro no se sentirá excluido si decide no participar.

—Demasiado profundo para estas horas de la noche —dije, sólo por hacer un comentario frívolo.

Nos quedamos en silencio, reflexionando sobre sus palabras. No podía estar más de acuerdo. Ellos habían logrado, tras innumerables conflictos, encontrar su espacio. Y no había sido fácil, yo conocía los detalles.

Primero la inhabilitación de Fabio, que era de por sí un gran mazazo, y de lo más injusto, y después, para rematar, la condena de Berenguela a dieciocho meses por falsificación, estafa, blanqueo de dinero y no sé cuántas chorradas más que la dejaron hecha polvo.

Sé que ella quiso recurrir, apelar, pero Fabio la convenció de que era mejor dejarlo en ese punto, porque al no tener antecedentes no pisaría la cárcel. Estuvieron separados al menos tres meses, en los que Berenguela se fue a París, pues no quería saber nada de nadie. Yo seguía hablando con ella y estaba al tanto de su paradero, hecho que tuve que ocultarle con todo el dolor de mi corazón a Fabio, y es que ella necesitaba poner distancia.

El único consuelo fue que a su socia la señorita Yuste también la condenaron por delito fiscal y al novio de ésta por tráfico de drogas, lo que vino a compensar en cierta manera la desilusión por haber soportado un proceso injusto desde el principio y que tuvo que repetirse tras la emocionante admisión por parte de Fabio, que, si bien los perjudicó a efectos jurídicos, los liberó en lo personal.

Yo viajé a París sin decirle nada a nadie y hablé con ella. No fui a convencerla de nada ni a cantarle las excelencias de Fabio, pero sí a apoyarla, pues pese a que mi ex, tras conocerla, había arruinado su carrera, tampoco era plan que viviera amargado al no tenerla cerca. Por lo visto, el muy capullo, en colaboración con Armando, se enteró de dónde estaba y se presentó allí dispuesto a todo. Y a juzgar por la barriga actual de Berenguela, logró convencerla. Me alegré, y mucho, aunque yo siguiera pensando en Fabio y en si, de haber actuado de otra forma, hubiéramos acabado juntos.

—Podrías poner otra música —dije cuando acabó *El concierto de Aranjuez*, y él tocó el mando a distancia del equipo de audio—. Algo de este siglo, por ejemplo.

—No. Para charlas transcendentales, Albinoni y sus conciertos para oboe son perfectos —sentenció.

—A veces pienso en ti —le solté, sin calibrar muy bien cómo podían afectarlo esas palabras.

—Normal, soy un hombre que deja huella —replicó, optando por un comentario en broma.

—Sabes que no me refiero a eso —lo corregí—. Y me niego a sentirme culpable por ello.

—No tienes por qué —dijo en voz baja—. Al fin y al cabo estuvimos juntos.

—Armando lo sospecha y no sé cómo explicarle que no tiene de qué preocuparse. Además, no quiero que bajo ningún concepto él y tú terminéis enfadados.

—No tiene por qué ocurrir... —comentó con aire serio.

—Por mucho que digas, Albinoni no me convence, estoy diciendo muchas tonterías.

Se levantó y, en vez de cambiar la música, como yo esperaba, regresó con una manta y me cubrió con ella.

—Puede, pero somos amigos, tienes derecho a decir cuantas bobadas quieras —afirmó, cogiéndome la mano—. Y si te apetece hasta te puedes quedar a pasar la noche aquí conmigo.

—Una oferta tentadora, desde luego —susurré, aunque negué con la cabeza al tiempo que inspiraba.

Me puse en pie y le devolví la manta, antes de inclinarme y besarlo en los labios.

Fabio no dijo nada. Yo tampoco.

Cerré la puerta del curioso invernadero al salir y caminé despacio hacia la casa, procurando no hacer ruido. Por suerte, ninguno de los escalones de madera crujió. Una vez en el dormitorio me desnudé y me acosté. Nada más cubrirme con el edredón, sentí unos brazos rodeándome.

—¿Dónde has estado? —inquirió Armando somnoliento.

—Intentando serte infiel con mi ex —respondí en voz baja.

—¿Ha habido suerte?

Me volví para hablarle cara a cara. Pese a estar en penumbra, me pareció más oportuno.

—Como puedes comprobar, no.

Armando me acarició la cara y suspiró.

Me acerqué a él y lo besé, sintiendo su entusiasta respuesta. Ambos estábamos desnudos y noté todo el calor de su cuerpo junto a mío. Lo quería, de eso podía estar segura, pero...

—Estela... —susurró mi nombre en aquel tono tan erótico que me derretía sin remedio—, te propongo un trato.

—¿Un trato? ¿Ahora? —pregunté, sin entender a qué se refería.

—Un año. Sólo un año. Sé que no todo es perfecto. Que entre tú y yo parece haber más cosas que nos separan de las que nos unen, sin embargo...

Le impedí continuar colocándole una mano sobre la boca.

—Armando..., yo te quiero.

—Por eso mismo —prosiguió, apartándome la mano—. Intentémoslo, ¿de acuerdo? Si dentro de un año nuestra situación no ha mejorado, si te sientes insegura o cualquier otra cosa, nos separaremos. Sin dramas, sin recriminaciones.

Tuve que hacer un enorme esfuerzo por contener las lágrimas.

Volví a besarlo y me fui acomodando encima de él para poder demostrarle que yo estaba dispuesta a todo. Noté su respiración cada vez menos sosegada a medida que mis labios acariciaban su piel.

Sólo por esas palabras merecía la pena intentarlo.

Referencias a las canciones

Du hast, P 1997 Universal Music Domestic Division, a division of Universal Music GmbH © 1997 Motor Music GmbH, interpretada por Rammstein.

Sonne, P© Rammstein GbR, interpretada por Rammstein.

Engel, P 1997 Universal Music Domestic Division, a division of Universal Music GmbH © 1997 Motor Music GmbH, interpretada por Rammstein.

Nevermind, P© 2011 Geffen Records, Nirvana

Biografía

Nací en Burgos, lugar donde resido. Me aficioné a la lectura en cuanto acabé el instituto y dejaron de obligarme a leer. Empecé con el género histórico. Uno de esos días tontos, me prestaron una novela romántica y, casi por casualidad, terminé enganchada. ¡Y de qué manera! Vivía en mi mundo particular hasta que internet y diversos foros literarios obraron el milagro de dejarme hablar de lo que me gusta y compartir mis opiniones con los demás.

He escrito varias novelas, ambientadas en diferentes épocas. La primera fue *Divorcio* (2011), que pertenece a la serie «Boston» y en la que se incluye también *A contracorriente* (ganadora del VII Premio Terciopele de Novela). Entre las de ambientación contemporánea cabe mencionar *Treinta noches con Olivia* (2012), que forma parte de una serie divertida y desenfadada compuesta por seis títulos más. También me he aventurado con novelas de temática histórica como *No te pertenezco* (2015) y *No te he olvidado* (2016). Otras de corte más intimista, como *Sin reservas* (2015) y su desenlace, *Sin palabras* (2016). Asimismo he publicado títulos independientes como *Tal vez igual que ayer* (2016), varias novelas en formato digital, entre las que destaca *No se lo cuentes a nadie* (2017) y, por supuesto, no hay que olvidar la serie «más gamberra» de las que hasta la fecha he publicado: *Quiero lo mismo que tú* (2014) y *Dímelo al oído* (2017).

Inútil ilusión traicionera

Noe Casado

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© de la ilustración de la cubierta: Hetman Bohdan y Boas 73 – Shutterstock

© de la fotografía de la autora: Archivo de la autora

© Noemí Ordóñez Casado, 2018

© Editorial Planeta, S. A., 2018

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.esenciaeditorial.com

www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): febrero de 2018

ISBN: 978-84-08-18285-6 (epub)

Conversión a libro electrónico: El Taller del Llibre, S. L.

www.eltallerdelllibre.com